



BIBLIOTECA DE
CLÁSICOS CUBANOS

LA POLEMICA
FILOSOFICA
CUBANA



1840

IMPUGNACIÓN
A COUSIN
(Volumen II)



IMAGEN CONTEMPORÁNEA



BIBLIOTECA DE
CLÁSICOS CUBANOS



LA POLEMICA
FILOSOFICA
CUBANA



1840

IMPUGNACIÓN
A COUSIN

(Volumen II)



CASA DE ALTOS ESTUDIOS DON FERNANDO ORTIZ
UNIVERSIDAD DE LA HABANA

BIBLIOTECA DE CLÁSICOS CUBANOS

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE LA HABANA
Y PRESIDENTE
Juan Vela Valdés

DIRECTOR
Eduardo Torres-Cuevas

SUBDIRECTOR
Luis M. de las Traviesas Moreno

EDITORA PRINCIPAL
Gladys Alonso González

DIRECTOR ARTÍSTICO
Earles de la O Torres

ADMINISTRADORA EDITORIAL
Esther Lobaina Oliva



Esta obra se publica con el auspicio
del Ministerio de Educación Superior de la República de Cuba



BIBLIOTECA DE
CLASICOS CUBANOS

LA POLEMICA
FILOSOFICA
CUBANA



1840

IMPUGNACIÓN
A COUSIN
(Volumen II)



IMAGEN CONTEMPORANEA

LA HABANA, 2000

Responsable de la edición:

Zaida González Amador

Diseño gráfico:

Earles de la O Torres

Realización y emplane:

Beatriz Pérez Rodríguez

Composición de textos:

Equipo de Ediciones IC

Todos los derechos reservados.

© **Sobre la presente edición: Ediciones IMAGEN CONTEMPORÁNEA,
2000; Colección Biblioteca de Clásicos Cubanos, no. 11**

ISBN 959-7078-18-X

ISBN 959-7078-20-1

Ediciones IMAGEN CONTEMPORÁNEA

Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, L y 27, CP 10400, Vedado,
Ciudad de La Habana, Cuba



Alameda de Paula
(grabado de Federico Miahle)

TEMAS
POLÉMICA SOBRE EL ECLECTICISMO
Y CUESTIÓN DE MÉTODO

POLEMISTAS
JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO
MANUEL GONZÁLEZ DEL VALLE
DOMINGO DE LEÓN Y MORA
JUAN FRANCISCO FUNES
Y OTROS

MARZO



I

TRINIDAD

POR EL LUGAREÑO (GASPAR BETANCOURT CISNEROS)

(Gaceta de Puerto Príncipe, marzo 3 de 1840.)

El día 27 como a las 4 de la tarde anclamos en el puerto de Casilda, que es el que sirve de comunicación exterior a la ciudad de Trinidad. Considerado como puerto no vale gran cosa, pues los buques hallan en él tan mezquino abrigo que cualquier temporal los echa y encalla sobre la costa. Esta sola desventaja decide la cuestión a favor de Cienfuegos, ciudad dotada de una bahía de primer orden (el puerto de Jagua), no sólo en la Isla sino en el mundo. Me cuentan que los trinitarios se encelan cuando oyen decir que Cienfuegos será la Habana del Sur. Quédese la verdad en su lugar; pero los celos y rivalidades pasan y quedan invulnerables los dos grandes elementos que no pueden destruirse: la naturaleza de las cosas y el interés de la sociedad. Por más obstáculo y tranquilas que opongán los sistemas, las opiniones y los individuos, la naturaleza de las cosas y el interés general de las sociedades humanas han de triunfar a la larga. La cuestión es puramente de tiempo, a saber, si con tales obstáculos resultará en 20 años, o si sin ellos resultaría en 10; pero de resultar tiene. Así lo estamos observando por acá con Nuevitas: está en el orden de las cosas, en los intereses de

los habitantes de la provincia central, que Nuevitas prospere más que ningún pueblo del interior. Será, pues, el más acertado sistema conformarnos con la imperiosa ley de la naturaleza, y, obedeciendo dócilmente, sacar todo el partido posible para el Príncipe: así la planta parásita, abrazándose fuertemente con el árbol frondoso, se nutre y florece, y vive y reproduce conforme a su propia naturaleza.

Mi buena suerte me deparó en el muelle de Casilda un amigo que me llevase a Trinidad en su quitrín. El camino es bastante ancho, y hay un gran tráfico entre Casilda y Trinidad. En todo él no vi una casa de campo, ni un jardincito, ni una arboleda que me llamase la atención. Parece que el gusto de los trinitarios está en los ingenios y no en las quintas o casas de recreo, que son tan favorables para una ciudad como las flores y las joyas para una muchacha bonita.

Apenas llegamos a casa de mi amigo cuando salimos a dar un paseo a pie por la ciudad. Llamó mi atención muy particularmente un edificio arruinado que está en el punto más visible de la población, rodeado de casas tan magníficas y de una arquitectura tan bella, que el contraste no puede ser más. Tengo pasión por las ruinas: una casa caída, un árbol derribado, el casco de un buque sobre un arrecife me producen siempre ideas religiosas, sentimientos tiernísimos. A vista de cualquiera ruina se humilla mi soberbia, y mi espíritu traza la línea que separa el hombre moral del hombre físico, a Washington en el Capitolio fijando con su sabiduría los destinos de un gran pueblo, de Washington reducido a polvo bajo el sauce de Monte Vermont: a Napoleón encadenando con su genio la Revolución Francesa, de Napoleón encadenado cual otro Prometeo a la roca de Santa Elena. Parece que toda ruina tiene vinculado en mis ojos un capital de lágrimas, y al acercarme a ella pago los réditos. Volviendo a nuestras ruinas averigüé que tenían un mérito particular. No son ruinas de lo que fue, sino de lo que jamás existió. Creo que allá por los años de 820 se proyectó edificar una iglesia en aquella plaza, se reunió algún dinero, se empezó la fábrica, y por abreviar, la casa de Dios se quedó a menos de medio camino, o por falta de fondos, o por desidia, o por ambas cosas juntas. ¡Anjáaa!... —dije yo para mi capote— ¡vaya una gente parecida a la de mi tierra! Es preciso que nosotros nos amemos mucho, porque no cabe duda de que hemos salido del mismo vientre. En el Camagüey hay una torre que se empezó algunos años ha, se ha quedado en el primer cuerpo aguardando que Dios haga el milagro. El padre Valencia estuvo en Trinidad y en cuatro palotadas edificó el convento de San Francisco, única obra buena de esta clase que hay allí: vino al Príncipe, y edificó el San Lázaro, el Carmen y otros edificios que valen centenares de miles de pesos; y el padre Valencia no tenía un medio partido por la mitad. Hago mérito de estos hechos para contestar a tantos hombres ruines y menguados, que apenas asoma un proyecto útil y benéfico cuando gritan: ¡eso no se puede en este pueblo! ¡somos unos pobrecitos!

iéste es un pueblo naciente (digo, con tres siglos y medio al coletto) que apenas da para comer! Y yo digo: no se puede porque no queréis: no se puede porque no hay hombres: idadme el hombre, y os daré la cosa! A mi vuelta a Trinidad supe que el señor Gobernador tenía entre sus proyectos levantar esa iglesia, y es de esperarse que su actividad y energía, unidas a la religiosidad, opulencia y generosidad acreditada de ese pueblo lograrán dar un testimonio de que en Trinidad no es menos apreciable el progreso religioso que el social. Que se concluyan el Teatro, la Plaza y el camino de hierro, es útil y bueno: que se concluya la iglesia, es santo y mejor.

Nótese en Trinidad un aseo extraordinario en las casas, y la mayor limpieza en las calles. Los esfuerzos que ha hecho aquel Gobernador por empedrar las calles no han sido infructuosos, prueba de que ha encontrado cooperación en el público. El número de hombres que en Trinidad como en todas partes se avienen mal con los progresos y exigencias de la sociedad moderna, es insignificante, y no deben excitar otro sentimiento que el de la compasión de los hombres ilustrados: ¡perdonarlos, que no saben lo que hacen! Las calles están empedradas por el sistema antiguo: no son tan cómodas para carruajes como el sistema de M. Adams, adoptado ya en la Habana; pero son infinitamente más aseadas, debido a la circunstancia de estar en las faldas de una colina, con un descenso tan gradual que acabado de llover se puede salir con escarpines y medias de seda. Ahora ha emprendido el señor Gobernador una mejora en las calles, de grande importancia, reduciendo a calzadas los antiguos quicios que cortan el paso a los transeúntes. No hemos podido dar crédito a lo que nos contaron, que había en Trinidad quienes se opusiesen a tan útiles mejoras; pero cuando la utilidad pública está por medio, cuando la ilustración cunde por todas las masas de la sociedad, y cuando la energía del Gobierno no desmaya, es seguro el triunfo sobre todos los obstáculos que inventa el egoísmo individual.

La Plaza de Recreo de Trinidad es preciosa. Los espacios que no están soleados, son un pequeño jardín de flores, plantas aromáticas, y arbolitos que de noche embalsaman el ambiente, y de día alegran la vista. Preguntéle a mi amigo si los niños de Trinidad no eran bellacos, y el vulgo grosero, visto que las flores y plantas no recibían perjuicio alguno. Respondióme: ¡amigo mío, todo el mundo es Popayán!; pero este Gobernador tiene predilección por la Plaza y mantiene constantemente trabajadores, jardineros y celadores que cuiden de todo esto, y así muchachos y el vulgo, respetan una obra de ornato y utilidad pública que está costando algunos miles de pesos. Quedo satisfecho, contesté yo, y por la parte de recreo y deleite que me ha cabido en esta Plaza, doy mil gracias al señor Gobernador y a los trinitarios sensatos que le ayudan a hacer estas cosas.

Procuré informarme en las pocas horas que me quedaban del estado de la educación primaria: me hicieron una pintura bastante triste, lo que me causó mucha novedad, A creer lo que me dijeron, la educación primaria no

está suficientemente difundida ni aun entre las clases principales. Toda la Isla, es verdad, adolece de este mal, pero yo esperaba que en Trinidad hubiese mejores colegios, seminarios y escuelas que en el Príncipe, por haber allí más caudales grandes y más roce con el mundo exterior. A lo que parece, más se ocupan allí de las riquezas materiales que de las intelectuales. ¡Maldito dinero! ¡que no pudiéramos dividir ese prestigio de que goza en nuestros pueblos, entre el talento y la virtud! Vemos que nuestros padres de familia echan el alma trabajando por dejarles a sus hijos ingenios, casas, negros, animales y pesetas; y ni una idea, ni un sentimiento, ni una habilidad que pueda evitarles que se los lleve la trampa el día que la casa se caiga y el ingenio se arruine, y los negros se mueran y el diablo se lleve lo demás que es suyo! Contóme el amigo, que un seminario de niñas no había podido medrar en Trinidad por falta de patrocinio público; y en esto ha corrido parejas el del Príncipe; pero acá tenemos siquiera el monasterio de Ursulinas, donde se les da a las niñas una buena educación religiosa y regular educación primaria. Sin embargo, ¿qué son en un pueblo como el Príncipe 25 ó 30 niñas regularmente educadas? Bien poco, a fe.

En cuanto a educación secundaria, me dijeron que estaban peor parados que nosotros los jóvenes de Trinidad. A propósito de educación secundaria, quiero tocar un punto de gran trascendencia para la juventud trinitaria.¹ Sé que trata de abrir una clase de Filosofía en Trinidad y que *El Lector* no está acorde con el método y algunas doctrinas filosóficas de nuestro Varela. Convendría que en Trinidad se ventilasen esas cuestiones, antes de abrirse la Cátedra; porque no es un grano de anís lo que se juega. Se trata de doctrinas que suelen acompañarnos hasta el sepulcro, y que formarán como el diccionario de nuestras ideas: se trata de un método de enseñanza que puede servir de obstáculo al desarrollo completo de la inteligencia; y un talento que por un buen método, y doctrinas bien analizadas cuyo resultado sea la verdad, y sólo la verdad, y nada más que la verdad, pudiera desarrollarse en dos o tres años, tardará veinte, y se llenará de telarañas y ridiculeces. Es necesario saber si las doctrinas y métodos filosóficos son buenos o malos porque llevan la autoridad de Altieri² o de Varela, o de Juan Panderó, o porque son el resultado de la experiencia, del análisis completo de las facultades físicas y morales del hombre. Si los métodos y doctrinas son errados, ésta es una responsabilidad inmensa para un catedrático, y la juventud de Trinidad perderá cuanto no es capaz de calcularse. Llegará un tiempo en que tendrá que desaprender errores,³ y esto es mil veces peor que aprender verdades.

1. Este es el eje de la presente polémica (Roberto Agramonte).

2. Sobre el texto de Altieri, vid. páginas 627 y ss.; 630 y ss. (Roberto Agramonte).

3. Sobre esta frase girará también la polémica (Roberto Agramonte).

Hay en Trinidad una Imprenta que circula dos números por semana. Ya en esto le sacamos una ventaja a Trinidad, pues nuestra *Gaceta* sale a dar un paseo tres veces a la semana. El editor y el público de Trinidad están en el caso de no dejarse ganar ni una pulgada en el terreno de la civilización. ¿Y por quién? Por el pobre Camagüey, que no come patas de ganso, ni salchichones, ni tiene ingenios de vapor, ni capitalistas de cinco o seis mil cajas de azúcar. Vamos, señor editor, mi amigo y muy estimado, suelte V. tres correos por semana, y no nos venga a sacar la cuenta de los gorriones periódifilos. Mire: acá en mi tierra es cosa casi segura que en la cuadra donde hay barbería, taller o taberna, no hay otro suscriptor que el infeliz barbero, artesano o comerciante. Esto está plagado de gorristas, pancistas, petardistas del entendimiento que sin conciencia ni caridad con el editor y los suscriptores, están atentos al vecino para saber lo que pasa en su pueblo; y son tan desconsiderados que muchas veces se quedan con la *Gaceta* ajena, y si el suscriptor los requiere, dicen que es un miserable. ¡Qué le parece! Un miserable que se para en una porquería, ¡en una *Gaceta*! ¿Y no es miserable y medio el que lee de gorra por no suscribirse? Dicen también que nosotros, la pandilla de articulistas, somos unos pedantes, ignorantes, tunantes, farsantes, malos paisanos. ¿Sabe V. por qué? Porque publicamos estas y otras verdades que no pueden desmentir; y saben que si las desmienten vamos con el editor, le pedimos la lista, y la echamos a la calle, con una reglita de tres al canto: S.p.m.; hay un número de gorriones increíble en la población dadas las personas que pudieran pagar sin arruinarse y con muchísima utilidad propia. Conque no le arredre a V. el número de gorriones trinitarios, que según me dijo el amigo soplón, cuando más será igual al de los gorriones camagüeyanos.

El alumbrado de Trinidad, el cuerpo de serenos, el empedrado de las calles, sus calzadas o aceras, su mercadito aunque demasiado pequeño, su Plaza de recreo, el Teatro nuevo, y el proyecto del ferrocarril, dan fe y testimonio del progreso que hace aquel pueblo de poco tiempo a esta parte. Me han asegurado que pronto estarán la Iglesia y el ferrocarril. Los trinitarios tienen ya seguro su privilegio, un buen ingeniero y todo el capital suscrito.

¡Honor a los promovedores y cooperadores de empresas tan útiles y gloriosas para esa preciosa ciudad! Que se realicen y perfeccionen cuanto antes es el voto sincero de nuestro corazón, que no somos acá el perro del hortelano, ni miramos con celo la prosperidad de nuestras hermanas. Entre tanto veremos si machacando —y machacando duro— logramos ver nuestras calles alumbradas, empedradas, destruidos los descomunales pretorios, limpias nuestras casas, que den exteriormente idea de la civilización de los que las habitan, edificando un mercado que nos evite el asqueroso espectáculo de los puntos de matazón, con sus insignias de sangre e inmundicias, establecido un alumbrado público que sería mucho

más barato que el que acostumbra, un cuerpo de serenos que celebre nuestras calles, vidas y propiedades, un teatro que no sirva de vergüenza a la segunda población de Cuba, ni nos saque los colores a la cara ante un extranjero o un hijo de cualquier otra ciudad de la Isla, una Plaza de recreo convertida también en un jardincito, y finalmente un camino de hierro que valdrá más que todo lo dicho porque, contruido él, todo lo demás se hará en poco tiempo.

Y pues llega la hora de embarcarme y proseguir a mi destino, será preciso hacer una manifestación pública de reconocimiento por la buena acogida que tuve entre los trinitarios que me obsequiaron y trataron.

El viajero, el peregrino que encuentra hospitalidad en un pueblo, debe recordarlo en todas partes, y el pedir por ese pueblo la bendición del Cielo. El Lugareño

II

LA PSICOLOGÍA SEGUN LA DOCTRINA DE COUSIN

POR MANUEL GONZÁLEZ DEL VALLE

“La ciencia de las ideas ¿no es la verdadera llave de las demás, la que debe colocarse a su entrada y ocupar el lugar dado al arte del raciocinio?”.

JOVELLANOS

CERTEZA DE LA PSICOLOGÍA⁴

¿Dónde aprendemos a conocer la naturaleza humana? Averiguado está que nada pasa en nosotros, sin que de ello tengamos noticia acá dentro del alma. Acude la conciencia, como un testigo, para avisarnos de todo lo que allí sucede, y no siendo el principio de nuestras facultades, sirve sin embargo su lugar para todas. No viene de la conciencia, ni ésta constituye lo que pasa en nosotros; pero sería como si no pasase, a estar nosotros desprovistos del testimonio de la conciencia.

4. Se publicó en folleto por la Oficina de Boloña. Impresor de la Real Marina por S.M. 1840 (Roberto Agramonte).

Su autoridad es la última prueba a que apela la autoridad de todas las demás facultades; puesto que como por ahí llega a nuestra noticia la acción de todas ellas, hasta de la eminentísima de conocer, a falta de conciencia, nos fueran desconocidas y serían para nosotros como si no existiesen. Así, tampoco hay quien no se fie plenamente de su conciencia, quien no la crea, ni quien se halle destituido de su testimonio. Aunque pocos se conocen bien, ninguno deja de contar con la conciencia, ninguno es desconocido a sí mismo.

Algunos elevan el procedimiento natural de la conciencia al rango de un arte o de un método. Esos por medio de la reflexión, que es al modo de una segunda conciencia o una reproducción libre de la natural, logran reconocer y distinguir sus fenómenos y darse cuenta de todo lo que allí aparece, mediante la observación interior. A fuerza de atención, de voluntad y de ejercicio se alcanza el observar los hechos interiores a la manera que se consigue discernir, determinar y esclarecer los que caen bajo el dominio de la observación exterior. Queda, pues, constante y patente la autenticidad de los hechos interiores, a fe de la conciencia. Por eso se ha dicho que la Psicología es la ciencia del yo, distinta del objeto, no yo, escrita por la reflexión al dictado de la conciencia y la memoria. Por eso es la historia del alma.

OBJETOS DE LA PSICOLOGÍA

Son objeto de la reflexión los mismos de la conciencia. ¿Pero cuáles? Porque ni el mundo exterior, ni Dios, ni el alma como substancias caen bajo las miradas de la conciencia: compete sólo a la conciencia el certificar la manifestación del alma por el ejercicio, allí notorio, de sus facultades, cada y cuando las emplea y aplica a sus objetos y solamente hasta allí llega la Psicología. En una palabra, el ser, ora se trate de Dios, ora del mundo, ora del alma, no le corresponde, pues no los alcanza la conciencia. ¿Y qué le incumbe? La acción de nuestras facultades, es decir, fenómenos y nada más. De aquí el estudio de las ideas o fenómenos en los cuales se desarrolla el entendimiento, dado que las ideas son respecto a la inteligencia lo que los efectos a sus causas. De aquí también el pertenecerle a la Psicología los fenómenos de la actividad y de la sensibilidad en cuanto de ellos sabe la conciencia.

ESPONTANEIDAD. REFLEXIÓN

Hay en el pensamiento humano dos momentos fundamentales, distinto el uno del otro. Aquel en que por primera vez se estrenó la inteligencia por su propia virtud, sin participio de nuestra voluntad, cuando acompañada del séquito de la sensibilidad, de los afectos y de la imaginativa, alcanzó a

conocer las verdades esenciales, entre la acción simultánea de todas nuestras facultades, con la evidencia de la intuición racional. Momento de fe, de arrobo y admiración en el que la luz de la verdad viene al pensamiento y el pensamiento se deja ir por la luz que lo alumbra e ilumina.

Así las señales que traen las verdades primitivas no dejan la menor duda de su evidencia. ¿A quién se le oculta de que existe? ¿A quién se le oscurece que existe el mundo? ¿A quién se le esconde que Dios existe? Al punto se comprenden las verdades espontáneas y se reconoce su autoridad.

Después de la espontaneidad de la razón, o sea, después de su primer estreno sintético, como todo allí fue complejo y simultáneo, para distinguir, analizar, esclarecer y disipar la oscuridad en que vienen como sombreadas las verdades primitivas, llega la reflexión en segundo momento; el yo, que fue mero espectador a la aurora de la razón, ya atiende, se auxilia de la memoria, reproduce el cuadro de las primeras verdades y comienza con el análisis la época de la Filosofía a reserva de volver a la síntesis, pero a una síntesis clara y luminosa.

Con el análisis empezamos a despejar la oscuridad, y a esclarecer y distinguir lo que antes parecía vago y confuso en la conciencia, por la simultaneidad primitiva. Este es el campo de la filosofía.

Si por la espontaneidad nos igualamos todos, luego, por la reflexión, comienzan las diferencias de hombre a hombre.

Peró ¡cuidado! la reflexión nada crea, nada produce y supone la espontaneidad como base indispensable para sus trabajos, porque la reflexión es una operación retrógrada para conocer no más que antes, sino mejor que antes. Ella advierte el contraste y la oposición, pone aquí el sujeto, allí el objeto, afirma el yo, niega que el objeto sea el yo, señala los límites, deslinda, y de afirmar y de negar sobreviene nueva claridad.

Al estrenarse la razón, como ahora y como siempre, sentimos y sabemos que sentimos, obramos y sabemos que obramos, y pensamos sabiendo que pensamos, con seguridad de que es así; porque si tal certeza nos faltase, sensaciones, pensamientos, voliciones, todo sería como si no fuese. ¡He aquí la conciencia! Ella acompaña puntualmente a todas nuestras facultades.

Prestemos atención a lo que pasa en nuestra conciencia cuando la razón humana se aplica a conocer la naturaleza exterior, el mundo intelectual y el mundo moral, acordándose de los trabajos preciosos de Aristóteles, Kant y Cousin, que se han distinguido en este análisis importante.

Hagamos constar los elementos de la razón humana.

Se trata de números y cantidad: no puede la razón prescindir de la unidad o de la multiplicidad, de lo que es uno y de lo que es diverso, de la unidad absoluta o de la pluralidad.

Entiende en el espacio, concibe o un espacio determinado o el espacio de los espacios, el espacio absoluto, la inmensidad.

Se ocupa en la existencia, le es imposible dejar de contemplar o la existencia absoluta sin principio ni fin, a1 que es quien es, o la existencia relativa.

Piensa en el tiempo: no hay mas para la razón humana que un tiempo determinado, o el tiempo absoluto, el tiempo en sí, o sea, la eternidad.

Conoce de formas: no puede menos que concebir o una forma finita, limitada y mensurable y algo que es el principio de tal forma, algo que creemos infinito e inconmensurable.

Se ofrece un movimiento, una acción no le es dable comprender otra cosa que acciones limitadas, principios de acciones limitadas, fuerzas, causas relativas o secundarias, o una fuerza absoluta, una causa primera, más allá de la cual en materia de acción no cabe ni más buscar ni más hallar.

¿Se emplea la razón en el examen de los fenómenos exteriores o interiores? Pues concibe dos cosas; o lo que comienza a existir, la manifestación y apariencia, o aquello más, que, descubriéndose de este modo, retiene todavía recatada e invisible su existencia en sí, o, lo que ea lo mismo, concibe el fenómeno y la substancia.

En cuanto concierne al pensamiento, o concibe pensamientos relativos a esto, o aquello, que pueden ser o no ser, o el principio en sí del pensamiento, que se halla en todos los pensamientos relativos, pero sin acabarse nunca.

En punto a belleza ¿qué es dado concebir sino lo bello ideal, y lo bello fenomenal, de cualquier modo y sea cual fuere el objeto a que se aplique la razón. Ni después puede prescindir de la distinción de la belleza y la fealdad, ni confundir jamás lo uno con lo otro.

Preséntanse, ante la razón, hechos indiferentes por lo que toca a su relación con lo sentidos, hechos intentados o cumplidos por el hombre con libertad o deliberación: ella califica necesariamente de justos o injustos tales actos, sin darse caso de que falte nunca la inmutable diferencia entre lo que es bueno y lo que es malo.

¿Juzga la razón con cualquier motivo? Declara por su virtud propia lo que es verdad y lo que es error, lo que es la verdad absoluta y verdad relativa.

Cada una de las proposiciones que hemos descrito tiene dos términos: el uno necesario, absoluto; uno sustancial, causal, perfecto, infinito, lo que debe ser; el otro imperfecto, fenomenal, relativo, múltiple y finito: los primeros idénticos entre sí como lo son también entre sí los segundos.

Redúcense estas proposiciones a la oposición de la unidad y la pluralidad, de la substancia y del fenómeno, del ser y del parecer, de la identidad y de la diferencia; o, todavía en menos términos, estableciendo dos categorías, la de substancia y la de causa, que a todas encierran en breve cifra, según Cousin.

¿Y qué carácter advertimos en el primer orden de conceptos, esto es, en los de lo absoluto, sustancial, causal e infinito? El de la necesidad, puesto que por extraordinario que sea el esfuerzo de prescindir de ellos o de negarlos, después de tenidos, no se pueden negar y nos dominan siempre, sin creer jamás que su poder provenga de nosotros. No sucede lo mismo con lo variable, múltiple, imperfecto y finito, que si bien presentan ocasión para que alumbre al punto la razón de sus concepciones necesarias, no se oculta a nadie que así como existe el fenómeno puede no existir. De aquí ha dimanado el reconocer por su carácter de contingencia a esta otra clase de elementos racionales.

PUNTO DE EXAMEN. SU ORDEN

Pueden estudiarse las ideas o como se hallan actualmente según las manifiesta la conciencia prescindiendo de si son verdaderas o falsas, o ya en su aplicación legítima o ilegítima a sus objetos. El orden requiere comenzar por lo primero, haciendo la estadística de las ideas con sus caracteres tales como se presentan ante la observación. Después viene bien explorar la legitimidad o ilegitimidad de los resultados pues que se conocen los principios.

Pero hay más, tenemos que averiguar las ideas o fenómenos del entendimiento en la actualidad, descubrir y notar sus semejanzas o diferencias para ir instruyendo una buena clasificación.

Acabado el apunte fiel y completo de las ideas y sus caracteres, puede pasarse a inquirir su origen y procedencia: preguntarle de dónde vienen, a la experiencia y a la razón.

DEL FINITO Y DEL INFINITO

Cuando yo me distingo de todo aquello que no soy yo mismo, este acto de conocimiento se llama aperccepción. Pues bien, entonces hago dos cosas. Afirmo que estoy existiendo y a la vez que existe aquello de que yo me distingo con toda certidumbre. El hombre no da consigo mismo, sino es encontrándose con los objetos que lo rodean, que lo impresionan y lo limitan y circunscriben. Calemos un instante los adentros de la conciencia y preguntemos a este yo de cada uno de nosotros, si no es un yo coartado por objetos y fuerzas del mundo exterior. Luego el yo es finito. Pero si el mundo exterior limita al yo con obstáculos que le ponen en todas direcciones, en cambio el yo también obra sobre el mundo, lo modifica, contrasta su acción imprimiéndole de algún modo la suya propia; con lo que viene a limitar, el hombre, el poder de la naturaleza exterior. Tal es la oposición mutua y recíproca en que da, cada uno de nosotros, consigo mismo, oposición permanente en la conciencia y que dura mien-

tras haya conciencia ¿Y en qué se resuelve esta lucha? En la noción de finito. Yo finito; el mundo mi compañero también. ¿Y no hay más que esto en la conciencia? Sí, porque al punto que damos con el yo y el no yo, ambos finitos, limitados y relativos, aparece la concepción de una unidad absoluta, necesaria, que contiene a los dos. Ninguno de estos tres términos le falta a la conciencia del hombre: ninguno de ellos puede destruirse; a cada momento, siempre nos asiste la fe de que existimos, de que el mundo existe, y de Dios sobre todo.

La duración y la sucesión se nos presentan en el orden psicológico como antecedentes del infinito: mas en el orden lógico primero es la noción del infinito que la duración y sucesión limitadas.

EXISTENCIA PERSONAL

Haya conciencia de una operación del espíritu, de una siquiera, así sea referente al fenómeno de una sensación, de un pensamiento o de una volición, es indefectible la convicción íntima en cada uno de nosotros de que su yo existe como el sujeto de tales atributos. Pienso, siento, quiero y estas facultades diferentes, con sus variedades, suponen un yo, uno siempre que se manifiesta en esos modos de existir.

Resulta, pues, que el antecedente psicológico de la idea que tenemos de nuestra existencia, se halla en la conciencia de alguna de las operaciones de nuestro espíritu; mientras que en el orden de la razón, si no existiera la concepción del espíritu, no podía entenderse el pensamiento o la sensación, porque ¿cómo era dable sin un objeto a quien atribuirle el pensar o sentir? ¡He aquí en claro la concepción necesaria de substancia!

IDENTIDAD PERSONAL

Ninguno deja de creer que es el mismo hoy que ayer y que será mañana. En medio de los actos más diversos de la vida, nos acompaña esta fe de que somos los mismos. Pero si careciéramos de memoria, si nos acordásemos de la sucesión de nuestros pensamientos, si faltase, en fin, tal antecedente cronológico, ¿revelaría la razón la identidad personal de cada uno de nosotros? Seguramente que no. ¿Y cuál es la condición de la memoria? La conciencia. ¿Y cómo se da la conciencia? Si interviene la atención. ¿Y qué es la atención? Un rasgo de la voluntad, un hecho suyo. Luego la continuidad de nuestra voluntad certificada por la memoria da motivo a que la razón afirme nuestra identidad personal. Si la conciencia de alguna operación del espíritu mide nuestra existencia, la memoria es el último testimonio de nuestro yo, uno y no otro entre los distintos sucesos de la vida. Pero ni la conciencia constituye la existencia, ni la memoria tampoco constituye nuestra identidad personal.

CAUSA Y EFECTO

Que lo diga la curiosidad humana. ¿Hay alguien que al notar que comienza a existir un fenómeno cualquiera, una vicisitud, un acontecimiento, una mudanza, no levante el pensamiento a juzgar que debe tener una causa? Ninguno, porque es concepción universal, absoluta y necesaria.

Algunos han sostenido que la relación de causa y efecto no es más que la sucesión de dos fenómenos. ¡Grave equivocación! Quiero cantar y después en seguida oigo un himno. Aquí hay sucesión; pero no la eficaz y poderosa genealogía de causa a efecto. Pongo otro caso: quiero cantar y canto. Ahora sí sé y creo que a más de venir el cantar después de mi querer, yo soy la causa.

Da margen, sin embargo, la sucesión de dos fenómenos a la idea de causa. Queda por averiguar cuál es la primer sucesión con cuyo motivo se manifiesta aplicado ese principio de causa. Recibimos una impresión del mundo exterior; si no acude la atención, no sabemos de ella, no se verifica la sensación, ni la percepción. Atender es cosa que me pertenece a mí: atiendo si quiero, si no, no; luego la atención es un efecto de la causa que soy yo, causa la más cierta y constante para cada uno de nosotros.

ESPACIO Y CUERPO

Provisto de sentidos sanos, recibíendose en ellos la impresión que hacen los objetos exteriores, con poco que de su parte ponga la actividad del espíritu, percibimos los cuerpos; mas no bien percibimos un cuerpo cualquiera, cuando ya está ahí la razón alumbrando la idea de espacio para atender lo que es el cuerpo. Existen, pues, las ideas de cuerpo y espacio: dada la una, la otra no falta. ¿Cuál de ellas supone, explica y debe anteceder a la otra; el cuerpo al espacio o el espacio al cuerpo? Esto es preguntar por el orden lógico que entre sí guardan las dos ideas. Pero si no hay idea de espacio, no entiendo lo que es cuerpo. Luego en el orden racional primero es el espacio que el cuerpo.

Y en el orden de lo que es, o dígase psicológico, ¿cuál antecede, la idea de cuerpo o la de espacio? Sin duda, la idea de cuerpo.

Cuando percibo un cuerpo lo pongo, y no puede dejar de ser así, en un lugar; lo distingo, pues, del lugar, o sea, del espacio. Además, mientras percibo el cuerpo como cosa finita, contingente, relativa y divisible, concibo el espacio como infinito, necesario, absoluto e indivisible. Al cuerpo me lo represento, al espacio no; al cuerpo lo comprendo bajo una forma determinada, al espacio no; y cuando trato de abrazarle, se me escapa sin cesar.

Constante ya la diferencia de las dos nociones, ¿ambas se pueden recurrir igualmente a la experiencia sensible? No, que la experiencia da la realidad relativa, contingente, finita y divisible, y por eso es el origen de la

idea de cuerpo; mas ella no da la realidad absoluta, necesaria, infinita e indivisible. Atesta la experiencia lo que es, jamás lo que debe ser siempre y donde quiera.

Que haya mil cuerpos y más y más, distantes unos de otros, o contiguos, no es dable explicarlos sin la concepción de espacio. ¿Cómo entender de otra manera la continuidad y la extensión? Si el cuerpo se nos da a conocer por la resistencia, según lo descubre Locke, la resistencia ha de ser en algún punto, y este punto se halla indudablemente en el espacio. Luego la idea necesaria del espacio autoriza, explica y hace inteligible al cuerpo, y sin ella de ninguna suerte pudiéramos concebirlo; de donde resulta que el antecedente lógico, la condición racional de la idea de cuerpo es, y no puede menos de ser, la idea de espacio, revelada por la razón, cuando a nuestra conciencia llega la idea contingente de cuerpo, que sólo le ofrece ocasión inmutando el tacto y la vista.

Pero la relación lógica del espacio y del cuerpo no excluye la relación de la anterioridad o posterioridad, atendiendo el orden en que adquirimos los conocimientos, que se llama cronológico o psicológico; pues si en verdad la idea de espacio es la condición lógica, sin la cual no cabe admitir la idea de cuerpo, observando, por otra parte, el cómo aparecen sucesivamente las dos ideas, no hay que negar que apenas se verifica el advenimiento a la conciencia de la noción del cuerpo, cuando ya alumbra la idea del espacio, y que faltando la sensación de la vista y del tacto, al hallarse el cuerpo, nos faltaría la ocasión para el concepto de espacio, y aquí está el porqué a la idea de cuerpo se le dice condición psicológica de la de espacio, en el desarrollo relativo de los conocimientos. Y sin embargo entrambas ideas son contemporáneas, toda la vez que tan presto como se tiene la una ahí está la otra, con la diferencia muy notable de que cumplida la condición cronológica, la concepción de espacio queda invencible y persiste independientemente de la idea del cuerpo.

Aseguramos, conforme a la opinión general, que debemos a la experiencia la noción del cuerpo. Pero esta misma aserción tiene sus límites porque la noción de cuerpo nos la da la experiencia, no por sí sola, sino con el concurso de otras facultades; que no es esta idea tan simple ni tan primitiva, como vulgarmente se cree: supone entre otros elementos dos concepciones, sin las que se quedaría en estado de mera sensación. Aludimos a la idea de espacio y a la idea de unidad. Que implícitamente la noción de cuerpo trae subentendida la concepción de espacio, ya es cosa clara de suyo; porque todo cuerpo supone continuidad y la continuidad extensión, la cual supone el espacio; el cuerpo ni es posible, más digo, ni es inteligible, sino en el espacio y por el espacio. Abandonada la experiencia a sí misma no nos atesta por donde quiera sino la resistencia y de aquí a la extensión, y por consecuencia al cuerpo, hay un abismo para el espíritu. Fuera de esto, la experiencia destituida de la concepción de espacio no basta a dar sino una o

muchas sensaciones de puntos resistentes en el espacio; pero esta sensación única, o esta colección de sensaciones, está muy lejos de ser adecuada a la idea misma de cuerpo; pues para que a tal forma llegue, se ha menester que caiga bajo una ley del entendimiento, independiente y aparte de la experiencia sensible, que es la ley de la unidad. No es, pues, la sensación el principio único de todo pensamiento y de toda facultad, pero sí la condición necesaria de su desarrollo. Habían suprimido los cartesianos el papel de la experiencia en ciertas manifestaciones y ejercicios del pensamiento, y Locke lo ha restablecido en todos.

El acto intelectual es el símbolo del hombre; la naturaleza del hombre es doble: espíritu y materia; así el acto intelectual es sensación y pensamiento. Imaginaron lo cartesianos concepciones puras con el nombre de ideas innatas, como si el hombre fuese espíritu puro; Locke muestra lo que le debe el pensamiento a la experiencia en lo diversos modos de ejercerse.

ACONTECIMIENTO Y TIEMPO CONDICIÓN DE UNA Y OTRA IDEA

Observando con lealtad lo que sucede en la conciencia al presentárenos cualquier acontecimiento, hallamos que es imposible concebir el tal acontecimiento sin la condición precisa de un tiempo en que pase, sea día, semana, año o siglo. O real, o posible, o fingido el acontecimiento necesita invenciblemente de la concepción del tiempo. Cabe suponer que no haya acontecimiento; que así como lo hay o lo puede haber, deje de haberlo; y, sin embargo, fija, persistente y dominante, permanece la idea absoluta del tiempo, como la del espacio, sugerida con ocasión de la idea del cuerpo. Divídese el tiempo por los acontecimientos al modo que el espacio por los cuerpos; pero las divisiones suponen el tiempo, siempre uno, siempre infinito. Así campea necesaria la idea del tiempo por ser una idea pura de la razón. Si, pues, la idea de acontecimiento pertenece a la categoría de los elementos contingentes, y la de tiempo a la clase de las necesarias, en el orden lógico el conocimiento de cualquier sucesión de acontecimiento exige racionalmente que antes haya un tiempo en que pasen. Ni puede haber sucesión sino con tal que haya una duración continua en cuyos diferentes puntos ocurran los distintos acontecimientos. Quítese la continuidad del tiempo, adiós posibilidad de sucesión de acontecimientos.

Pero no sucede así contrayéndonos al orden de la adquisición de nuestros conocimientos; porque, cronológicamente, primero es la idea de la sucesión de acontecimientos, que la idea absoluta y necesaria del tiempo; sin que por esto vayamos a creer que se necesita el tener un conocimiento cabal de lo que es una sucesión, para que aparezca la concepción dominante del tiempo. Basta la percepción de algunos acontecimientos que sirvan de

ocasión, de antecedentes o motivo que provoquen la idea del tiempo. Después ésta persiste por su virtud propia.

¿Y por dónde adquirimos la idea de sucesión? No negamos a la escuela de Locke que la adquirimos por la experiencia. Falta saber si es por la interior o la exterior. Preséntase una sucesión de acontecimientos, uno, dos, tres, etcétera. Si al ver el segundo se nos olvida el primero, no hay para nosotros segundo acontecimiento, y, por descontado, ni sucesión. Luego nos es necesaria la memoria para concebir cualquier sucesión.

Pues bien, la memoria no tiene por objeto, como lo observa Cousin, nada exterior; antes, se refiere a nosotros mismos. Así cuando nos acordamos de una persona o de un lugar, hay una elipsis en tal modo de hablar, puesto que de lo que nos acordamos en realidad es de haber estado viendo a cierta persona o cierto lugar. Y la memoria, que es la razón última de la continuidad de nuestra existencia, se ocupa de nosotros mismos, a condición de que haya habido conciencia.

De forma que si la conciencia es la condición de la memoria, como lo es la memoria de la idea de sucesión, queda averiguado cómo la primer sucesión la hallamos en los fenómenos de la conciencia, en nuestros pensamientos, en nuestras ideas, en nosotros mismos.

Y como, según lo reconocía el médico español Piquer⁵ en el siglo pasado, al entendimiento le es innata la fuerza de producir los actos de las primeras verdades, una vez que antecedan las ocasiones y motivos necesarios para que obren; y puestas estas disposiciones, como que vienen por sí no pueden dejar de producirlos, al instante que nos es dada la primera sucesión de nuestras ideas, la razón impone necesariamente el concepto de inevitable del tiempo; de lo cual se deduce también que la primer idea de tiempo que nos ocurre, es la del tiempo en que estamos: así mismo la primer sucesión es la de nuestras ideas, y la primer duración la nuestra propia; porque la sucesión de los acontecimientos exteriores y la duración en que se realizan son conocimientos posteriores.

Todavía más se ha adelantado en este análisis. Débese a Maine de Biran el haber hallado entre la multitud de fenómenos que caen en el ámbito de la conciencia, aquellas primeras ideas que forman la primer sucesión. En cuanto a las sensaciones, sólo vienen a ser fenómenos de conciencia, cumplida una condición, la de atender; pues en vano nos asaltarán mil impresiones, si no poníamos atención para tener conciencia de ellas. Otro tanto resulta con los pensamientos, si la atención está distraída; de manera que la atención entra como esencial condición de la conciencia. ¿Y cuál fenómeno interno más íntimo a la conciencia que la atención? Luego la serie de

5. *Lógica* de don Andrés Piquer, médico de S. M.; tercera edición, año 1871, capítulo 3, página 15. (Era médico de Cámara de Carlos III, y publicó también una interesante *Philosophia Moral para la Juventud Española*, Madrid, 1875.) (Roberto Agramonte).

actos de la atención forma la primera sucesión que conocemos. Y ¡cuanta! con que la atención se resuelve en la voluntad, por cuanto que ninguno atiende si no quiere atender; y así el primer acto de atención es un acto voluntario y una volición el primer acontecimiento de que tenemos conciencia. Porque atender ¿qué es sino apoderarse el yo de sus facultades, poniéndolas aquí, allí o allá, en esta o aquella dirección, según más cumpla a los fines de la voluntad?

DE LO BELLO

Aparte del placer que experimentamos con los objetos que satisfacen nuestras necesidades, aparte de las consideraciones de conveniencia en cuanto a su uso, utilidad y servicio, al presentársenos en el orden físico ciertos cuerpos, en el orden moral estos o aquellos rasgos de bondad, y en el orden intelectual tales o cuales pensamientos, por un juicio irresistible, que ni esfuerzo cuesta, afirmamos que son bellos, como la aurora al despertar, la clemencia de Tito y el pensamiento de salvar a un inocente.

Con ocasión, pues, de lo contingente se revela por la razón lo absoluto; mas si entra como condición lo particular para concebir lo necesario y universal, v.g. la perspectiva de la aurora, la clemencia de Tito o el pensamiento de salvar a un inocente, de ahí no se infiere que la idea de la belleza es una idea colectiva y nominal fabricada por la abstracción: ¿cómo de lo bello contingente, vario y múltiple, podía salir la unidad absoluta de la belleza? Esto, aquello, lo de más allá, dan margen a la concepción necesaria de lo bello, como el atributo presta motivo para la idea de sustancia y el fenómeno presta ocasión para que el entendimiento conciba la causa. Pero luego, con sólo prescindirse del dato contingente, queda fija y única en su forma pura la concepción de la belleza.

A no haberse mostrado nunca algunos de esos cuerpos que llaman universalmente bellos todos los hombres, a buen seguro que nos viniese el concepto de la belleza. Sin embargo, el objeto que despertó la idea había de tener algo de bello, bien que no con la perfección que lo concibe la inteligencia. Así en vano buscaríamos en un clavel su belleza, ni en sus hojas, ni debajo de ellas, como algo material y sujeto a los sentidos. Sólo nos es dado concebir y no más que concebir la belleza, poseyendo cuando más los caracteres exteriores que la anuncian. Los goces mismos que proporciona la belleza y que se comprenden en la admiración, son de suyo contemplativos y muy intelectuales, tanto que un filósofo ha dicho que lo bello es el esplendor de la verdad.

La especie de gusto que nos procuran ciertos objetos en relación con nuestras necesidades, hábitos y disposiciones, no es tampoco ni siquiera el sentimiento de lo bello; puesto que tal género de impresiones no proviene de la admiración. Y de paso distingamos el juicio de lo bello del sentimiento

con que se asocia; porque, como a consecuencia de los juicios más puros de la razón, se manifiestan movimientos contemporáneos en la sensibilidad bajo la forma de pasiones, algunos han confundido los fenómenos puros de la inteligencia con los sentimientos que se les allegan por asimilaciones de relación y correspondencia. Siempre le pertenece a la razón percibir la belleza, la virtud y la verdad; pero a la par entra en ejercicio la sensibilidad mezclando sus fenómenos con los del entendimiento.

Otros equivocaron lo bello con lo útil sosteniendo que lo que constituye la belleza es la utilidad. ¡ Grave error! Porque a ser cierta su aseeración, los objetos serían bellos a medida que se aumentasen los grados de su utilidad. Una flor es más bella que la grama y seguramente que la grama se tiene por de mayor utilidad que un clavel, por ejemplo. Lo bello se quiere conservar, lo útil usarlo y consumirlo. Lo bello se admira, lo útil no; y la admiración nos extasia mucho antes de todo cálculo de la conveniencia de aquello que nos arroba. En la majestad de lo bello suponemos algo mejor que nosotros mismos. Todo lo que está en orden es bello porque es la unidad en la variedad, según la definición de Leibnitz.

Si lo bello arroba, embelesa y se lleva tras de sí el alma, lo sublime, que es una de sus fases manifestada en la mayor energía del poder, nos conturba, llena de respeto y de un santo pavor.

DE LO JUSTO Y DE LO INJUSTO SU ANTECEDENTE PSICOLÓGICO

Haya una intención, una, que es una, en la conciencia, y ahí está la razón intimando que es buena o que es mala tal intención y simultáneamente que debe hacerse si es bueno lo intentado, y que debe no hacerse si es malo. Y respecto a nuestros semejantes, cuando observamos que comienzan o concluyen una acción libre, al punto también pronunciamos el fallo de que es justa o injusta.

Por ser para cada uno de nosotros transparentes las propias intenciones, el juicio de aprobación o vituperio es más decidido ¿Qué más? Entre la imagen de un acto moral y la voluntad se aparece la razón condenando lo malo y aprobando lo bueno. Si hacemos bien, recibimos la primer recompensa en el placer interior de la conciencia, y luego en el aplauso de nuestros semejantes, si mal, sufrimos el suplicio de los remordimientos y el desprecio de nuestros hermanos, y en su caso las penas que imponen los tribunales. Perece para todos aquel que pudiendo hacer bien, hace mal. Y considerando a Dios padre del mundo moral y la sustancia del bien, creemos que ha de tener reservados premios al bueno, castigos al malo.

Esta distinción de lo justo y de lo injusto, aunque se explique, varíe de objetos, y se esclarezca más y más con el estudio y el tiempo, nunca desaparece ni deja de ser la misma en cualquiera época y lugar. La acción que

se tiene por injusta, no puede tenerse por justa a medida de la voluntad.

Pero una ley necesaria para la razón en lo concerniente a las acciones, sólo impone al yo moral una obligación, puesto que le deja libre, aunque responsable. Si falta el yo libre a la ley del deber, todavía la razón sostiene su autoridad invencible, de la que no puede renegar en modo alguno el más rebelde a su imperio.

De manera, que un hecho de libertad es el antecedente psicológico de la ley del deber, que se nos presenta, no bajo una forma abstracta, sino en aplicaciones a casos y ejemplos particulares. Por la libertad se hace el hombre acreedor al aplauso o vituperio, y éste es el principio característico que ennoblece su naturaleza. De aquí, la máxima de que uno debe mantenerse libre para ser bueno.

Abro este libro, y tengo conciencia de ello, y memoria me queda después que lo abrí. Me apropio la acción a mí y no a otro, y me es íntima la conciencia de que hice esta acción pudiendo no hacerla, que abrí el libro siendo poderoso de no abrirlo, de mirarlo, como de no mirarlo, de atender, como de no atender. Pues dónde y cuándo hay conciencia de una acción, que así se hace como puede no hacerse, allí está la libertad.

Empero el acto libre contiene otros elementos; porque si obrar con libertad es hacer una acción con la conciencia de poder no hacerla, cuando se hace hubo motivo. Se ha preferido hacerla a dejarla de hacer, comenzarla a no comenzarla, seguirla a dejarla o interrumpirla. Esto de preferir supone motivos a favor y en contra, y ¿cuál es la facultad que conoce de tales motivos, prefiriendo éste a aquél o al otro de más allá?

LA INTELIGENCIA.—Mas para que prefiera tales motivos a cuales otros ha menester conocerlos, compararlos y haber deliberado para fallar. ¿Y qué es deliberar? Examinar con duda, apreciar la bondad relativa de los motivos, sin penetrarla todavía, con la evidencia que lleva en pos de sí al juicio de preferencia. Quien examina y duda y declara que no se juzgue todavía para sopesar sus juicios provisorios, para concluir definitivamente pronunciando sobre el que debe prevalecer. La voluntad interviene sólo como una condición, porque ella no es la facultad que examina y delibera, sino la inteligencia.

Ya juzgó la inteligencia que esto o aquello debe hacerse por tal o cual motivo. Pasemos ahora a la acción. Me resuelvo a hacerla. Aquí está la voluntad diciendo: quiero hacer. El acto sólo de querer no es la acción propiamente tal, pues para que se realice la acción ha de pasar de la esfera interior de la voluntad a la del mundo exterior, donde se cumple la acción concebida, deliberada, preferida y querida. Sin el mundo exterior no se consumará la acción; bien que ha de concurrir la unión del poder de la voluntad con un poder orgánico que le sirva de instrumento dócil y obediente.

En la organización del cuerpo humano se tiene al sistema muscular por instrumento especial de la voluntad.

Por último, resultan tres elementos: el intelectual concerniente a conocer de los motivos a favor y en contra, o sea, a la deliberación, preferencia y elección de una acción; el voluntario, que consiste en la resolución de hacer; el físico, o sea, la acción exterior.

DE LO VERDADERO Y DE LO FALSO

*Decipimur specie recti.*⁶

Si bien es cierto que, en cuanto a la espontaneidad, no hay diferencia de hombre a hombre, pues ninguno está desprovisto del tesoro de las verdades primitivas del yo, el mundo y Dios, después de ese momento solemne, vuelve la razón, bajo otra forma, a esclarecer y distinguir con el auxilio del análisis lo que afirmábamos del conjunto sintético que no se nos aparecía con toda claridad. Entonces, la reflexión, ayudada de la memoria, emprende el examen de los elementos del pensamiento mismo. ¿Y cómo procede? Sucesivamente y mientras considera un elemento, lo abstrae⁷ del otro y del otro, lo aísla y no lo deja hasta no ponerlo a la mayor luz. Ocupada la reflexión, en el tiempo que destina al examen y reconocimiento del fenómeno a que atiende, se embelesa con el brillo de la abstracción, que ilumina la parte de verdad que ha descubierto, y oscureciéndosele los demás elementos del pensamiento, sostiene, que a fe del análisis que ha hecho, que allí en lo que se ha detenido, allí está toda la verdad. No es otro el peligro de la reflexión, ni tampoco es otra cosa el error; que tener por verdad sintética lo que es una verdad parcial abstraída por el análisis; y sin embargo, con el análisis tomamos posesión de la verdad, y de las reflexiones parciales sale la síntesis filosófica.

Presentad a un filósofo esta proposición: “La bondad de las intenciones y de los actos morales se deriva del placer regalado de la conciencia”. Si es de la escuela de Sócrates, dirá que es la verdad. Si la oye un discípulo de Kant, exclamará: ¡Error! La bondad moral consiste en el cumplimiento de la ley absoluta del deber; y si interviene otro moralista fundará toda la moralidad en lo indefectible de las recompensas o castigos de Dios, según el mérito o demérito de las intenciones y de las obras. En todos verdad sobre lo que afirman; error en lo que niegan: cada uno posee la parte de luz que les dio un análisis parcial y padecen error; en cuanto desechan la parte de verdad de los otros escrutadores de la conciencia moral.

Porque importa sobremanera advertir que la humanidad no ha delirado en distribuir la fama entre Sócrates, Platón, Aristóteles, Zenón y Epicuro,

6. “Nos engaña la apariencia de verdad”.

7. La abstracción no es más que la voluntad haciendo esfuerzos por separar y distinguir lo que está unido para adquirir mejor conocimiento de lo compuesto.

etcétera ni cabe el error sino bajo la forma y apariencia de la verdad, puesto que para pensar, de cualquier modo que sea, ha de haber, cuando menos, en la conciencia uno de sus elementos, creencia siquiera en el yo. El error total destruiría hasta la posibilidad de la conciencia.

Pero la verdad, aunque luzca más clara, más distinta y radiosa bajo los auspicios de la reflexión, que divide y abstrae, no pierde su carácter independiente. La razón reconoce la verdad y la declara sin que nosotros pensemos que ella es obra nuestra, o que depende de nuestro poder, que sea tal. Así toda la verdad, aunque venga a parar al testimonio de la conciencia, reina y domina por su propia virtud, y el error particular o el examen incompleto sólo es de atribuirse a la reflexión, que necesita de la memoria y de la sucesiva consideración de los elementos que quiere conocer y distinguir, para ir de análisis en análisis hasta una síntesis luminosa. Si en la espontaneidad no hay duda, negación ni error, en el reinado de la reflexión, en medio de las diferencias, distinciones, contrastes y negaciones, llevándose el tiempo los errores, nos va quedando mayor claridad y más perspicuo conocimiento de las verdades primitivas.

SEÑALES DE LAS IDEAS ABSOLUTAS

PRIMERA: Que nunca varían porque son unas y siempre las mismas.

SEGUNDA: Que son independientes de toda condición, y de ellas necesitan las contingentes para ser comprendidas. ¿Cuál de las ideas contingentes no está subordinada a la de unidad, de espacio, de substancia, de tiempo, etcétera?

TERCERA: Que es imposible que dejen de existir, por más esfuerzos que se hagan.

CUARTA: Comprenden toda realidad en el tiempo y el espacio.

ESTUDIO SOBRE LA CONCIENCIA

Para el que no lleve cuenta, en la clasificación de los hechos, sino de las semejanzas o diferencias esenciales que en ellos se noten, los hechos de la conciencia se reducen solamente a tres: sentir, pensar y obrar. Sin duda, la sensibilidad tiene diversos modos, y así la inteligencia, y así también la actividad. Ejemplo: en la sensibilidad incluimos la sensación propiamente tal, el sentimiento, las afecciones, el deseo, la pasión, etcétera. Y ¿a que se halla el carácter afectivo en cada uno de estos modos, en el fondo de cada variedad? Lo mismo sucede con la inteligencia, ya se trate de percepciones o de concepciones, o juicios, o racionios, o memorias, etcétera, porque todos estos hechos, aunque diversos, tienen una esencia común: el pensamiento; otro tanto decimos de la actividad. Sea espontánea o reflexiva, bajo estas diferentes formas, conserva siempre su carácter propio. En suma, la

vida intelectual y moral del hombre está toda entera en la sensación, el pensamiento y la acción.

Vano sería cualquier esfuerzo por reducir el sentir al pensar, o el pensar al sentir, o el obrar al sentir o al pensar, porque media una diferencia, no de forma ni de grados, antes de naturaleza. Sentir equivale a sufrir o gozar, y el pensamiento nada tiene de común con esto. ¿Y obrar? Tampoco, pues obrar para mí es crear o producir, es ser causa yo, mientras que el sentir y el pensar suponen, en mí, sólo un sujeto que recibe la sensación y el pensamiento. La acción revela una causa, y para producirse no se ha menester inmediatamente más que de un solo término, el yo. Así la acción voluntaria no viene directamente sino del yo, y puede darse independiente de toda impresión exterior; al paso que la sensación y el pensamiento suponen dos términos, un sujeto y un objeto, un yo y algo que no sea yo; lo cual pone en claro que la acción interior y voluntaria es un fenómeno simple, mientras que la sensación y el pensamiento anuncian relación. Luego si estos tres hechos son esencialmente distintos, por lo mismo son primitivos. Ni la sensibilidad engendra a la inteligencia ni a la actividad, aunque pueda preceder a una y a otra. La mera sucesión no pasa jamás a ser relación genealógica de causa y efecto.

Ahora bien, estos tres hechos de la conciencia ¿se presentan cada uno por su lado, de una manera independiente y solitaria? Más claro todavía: ¿viene la sensación sin venir el pensamiento, y el pensamiento sin la actividad? No... Distinga la ciencia, separe, aíse, clasifique, hace bien; porque el análisis lo esclarece todo; pero la conciencia en realidad es una síntesis, cuya vida está en el maravilloso conjunto de sus elementos. Desprender la sensación del pensamiento y la actividad, o a la inversa, es quedarse en abstracciones. Abro un libro y leo. Este hecho es compuesto y vamos a inquirir sus elementos. Si mis manos no cogen el libro, si no abro y pongo los ojos en tal o cual página, no habrá modo de percibir las letras. Aquí se echa de ver la necesidad de los sentidos: como de un instrumento le han servido al espíritu, pero nada más, puesto que ni la mano que tocó el libro percibió, ni los ojos conocen las letras. Pero ¿a qué coger el libro y abrir los ojos, si el espíritu está con la atención en otras cosas? Por de contado que no leerá. Luego la atención es la voluntad, o sea, la actividad, por cuanto que la actividad es su principio, y la conciencia sale del yo solamente. A pesar del yo, *conscius sui*⁸ aunque no suponga la sensibilidad tan directamente como la percepción, la supone sin embargo, dado que si no ocurre excitación exterior, no se tiene conciencia. Para distinguir el yo del mundo, es preciso que el espíritu se encuentre con la materia. Y ¿dónde el punto de contacto? El punto es la sensibilidad. Luego hasta en el hecho mismo de la conciencia del yo se hallan rastros de la impresión exterior.

8. "consciente de sí mismo".

No menos se advierte la intervención de la sensibilidad y de la actividad en las concepciones de la razón.

¡Cuidado con ir a confundir la actividad con la voluntad! Todo pensamiento no trae acción voluntaria, mas al cabo, supone algún grado de actividad interior; so pena de no llegar a ninguna percepción, a la conciencia, si así no fuese. Por lo que concierne a la sensibilidad, si bien ella no es la causa eficiente de nuestras concepciones, da sin embargo margen y ocasión para que la razón las alumbre. Se ha menester que la experiencia sensible nos ponga en posesión de los cuerpos y del mundo, para que la razón conciba el tiempo, el espacio y a Dios.

Tampoco se verifica la sensación sin concurrir la inteligencia y algún grado de actividad. ¿No es el yo quien tiene conciencia de toda sensación? Sí, pues la conciencia no es más que un acto intelectual, y ya está ahí la inteligencia. Además, no hay conciencia de una sensación, sino con tal que el yo tome parte en el fenómeno, oponiendo su acción a la acción de las causas exteriores, porque si está distraído degenera la sensación en mera impresión orgánica, y entonces no hay de ella lo que se llama conciencia.

Por último, la actividad trae implícitamente consigo a la sensibilidad y a la inteligencia. Una cosa es que el yo se reconozca libre, y otra que sea independiente de toda condición sensible e intelectual, porque perpetuamente se quedaría en lo profundo de la conciencia a falta de una sensación o de un pensamiento. Y no vaya a creerse que por manifestarse la actividad del yo bajo la influencia de la sensibilidad, o de la inteligencia, cesa de ser libre y pierde su naturaleza. Estos dos hechos la provocan, pero sin encadenarla. Una acción mía tenderá a tal pensamiento, o cual sensación, por motivo, por ocasión, por condición; pero jamás ni nunca por causa; la verdadera causa de mi acción soy yo con mi poder voluntario. Sin embargo, sea lo que sea, la acción no se produce sin la concomitancia de los otros dos hechos, de la vida intelectual y moral.

¡Y qué! —se dirá— ¿no puedo yo querer de tal modo, que el acto de mi voluntad no se refiera directa ni indirectamente a una sensación o a un pensamiento? Obvia es la respuesta. La voluntad se produce siempre bajo dos formas, o la de la reflexión o la del capricho. En el primer caso se divisa el pensamiento. En el segundo, si no se columbra tan a las claras el antecedente, lo hay, pues en la vida del yo, todo se combina y encadena, sin haber hecho alguno, por oscuro y humilde que sea, que suceda y se produzca solitariamente. Hecho tal sería un misterio inexplicable. Sólo, que el hábito vuelve menos sobresaliente el lazo que une ciertos hechos con los otros de la vida humana, porque se escapan, por su sutileza y fragilidad, a la observación, y pasan, casi sin ser percibidos, por el teatro de la conciencia. La voluntad siempre tiene un antecedente, o en la sensibilidad o en la inteligencia. El capricho en Psicología es lo que la casualidad en la explica-

ción de los fenómenos naturales. Observándose mejor, siempre se muestra una causa oscura, pero real, que determina nuestra voluntad.

En el ejemplo citado, el pensamiento viene con la sensibilidad y la actividad. Pues lo mismo sucede con los casos y modos más diversos de la inteligencia. Preguntemos a la percepción lo que es ella. Una relación de dos términos; interior uno, que es el sujeto que percibe, y exterior el otro, que es el objeto. El sujeto que percibe no toma posesión del objeto, sino por medio de los sentidos, pues por ahí sufre la acción de la naturaleza exterior. Ni basta que el sujeto reciba una impresión, porque si de su parte no pone su acción, no percibe. Así toda percepción resulta del antagonismo de dos fuerzas que se oponen y encuentran por medio de la sensibilidad.

Para acabar, todo acto real de conciencia es triple y uno; triple, por cuanto que contiene sensación, pensamiento y acción, y uno, porque siempre de esos tres elementos alguno predomina y prevalece sobre los demás. ¡Trinidad misteriosa! que ya bajo una forma, ya bajo de otra, así en la ciencia antigua como en la moderna, se halla en toda explicación verdadera de la vida.

III

PROLEGÓMENO⁹ CONTRA LA PSICOLOGÍA SEGÚN LA DOCTRINA DE COUSIN, POR MANUEL GONZÁLEZ DEL VALLE

POR *FILOLOZES*¹⁰ (JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO)

(*Diario de la Habana*, marzo 13 de 1840.)

“Vitam impendere vero”.¹¹

Bajo el título¹² de *Artículos publicados sobre Psicología según la doctrina de Cousin* corre impreso un cuadernillo de 32 páginas, rebajada la tara, en el cual se encierran y recopilan los varios escritos sueltos que del

9. Este artículo lleva por título de la columna periodística *Filosofía* (Roberto Agramonte).

10. En el *Nuevo tratado sobre el entendimiento humano* de Leibnitz, el primer personaje que dialoga en contra de la inneidad de las ideas, de tendencia lockeana, es *Filaletes*. Posiblemente de aquí haya tomado Luz su pseudónimo a lo largo de la polémica sobre el eclecticismo. *Filaletes* significa en griego “amigo de la verdad”. Luz lo hace “amante de la verdad” (*Filolezes*). De *fileo* y *aleteia* (la verdad.) Así lo corrobora en *Diario de la Habana* de julio 10 de 1840 (Roberto Agramonte).

11. “Dedicar la vida a la verdad.”

12. Esta polémica alcanzó extremada resonancia en la Isla de Cuba, por el giro que desde sus principios hubo de dársele, atribuyéndose marcado carácter político. Indudablemente, y como lo evidencia don Manuel Sanguily (*Estudio Crítico*), al combatir don José de la Luz Caballero el eclecticismo de Cousin, tenía en cuenta tanto el mal que a la sociedad cubana pudiera inferir, cuanto que la bondad intrínseca de la doctrina: con numerosas citas de los escritos de Luz puede confirmarse esta opinión; así como creo también fácil de comprobar la que sustenta don Enrique José Varona (*Revista Cubana*) referente a la atención que dispensó Luz a la política de su país, atención que yo tengo por constante y por inspiradora de la mayoría de sus actos.

En esta polémica se produjo el fenómeno, que rara vez deja de presentarse en las cuestiones que se ventilan entre nosotros, tan luego asoma el menor pretexto de divergencia, esto es, que al apartarse en dos grupos las personas que en las mismas intervienen, uno de éstos siempre logra cierto apoyo, o alentadora aprobación, en esferas oficiales y nunca figuran en tal grupo las que más simpatías cuentan entre los cubanos, por sus opiniones y méritos.

Para justificar el precedente aserto, y para que el lector pueda formar cabal concepto de la agria y prolongada polémica, y no siendo este lugar de entrar en largas disertaciones, reproduciré, ora en notas, ora en apéndices, cuanto juzgue conducente a tal propósito. (N. de Alfredo Zayas.)

taller pseudo-eclético de la culta capital las Antillas, se han volado por aquí y acullá, por diversos puntos de la Isla, haciendo imprimir unos en la Habana, otros en Matanzas, algunos en Puerto Príncipe, tales en Villa Clara, cuales en Trinidad, para aparentar que semejantes doctrinas hallaban eco en nuestra tierra, desde la Punta de Maisí hasta el cabo de San Antonio. Muchas y muchas son las observaciones que nos ofrece este antiguo cometa de nuevo aparecido en nuestro horizonte filosófico; y así para que no se escape ninguna al catalejo, como para evitar una sobrada difusión —porque me temo en comenzando— apelaremos a los números amparándonos del beneficio del siguiente inventario. Conque salud corporal y guerra espiritual, pero no cordial, señor Editor, que la ojeriza no tiene cabida, ni tiene para qué tenerla en este pecho, a toda la turba *cousinesco-eclético-doctrinaria* aquende y allende los mares. Y a cuentas, que acá ejecutamos más que hablamos.

1. Habiendo sido fuertemente impugnados —si bien o mal sábenlo Dios y el público— aquí en la misma Habana casi todos esos articulejos en cuerpo y alma, como que a ellos se redujeron toda la metralla y todas las fuerzas, así en grande cuanto sutiles que desplegasteis vosotros los espiritualistas en campaña, creo que teníamos un derecho adquirido los del opuesto bando, derecho de conquista, derecho de razón, a que se discutiesen nuestras opiniones al volver a revivir las vuestras; o caso de querer desempeñar el papel de verdaderos ecléticos o de varones imparciales, en fin, de filósofos prácticos —género tanto más precioso cuanto más escasea en el mercado—, de amantes de la justicia más que de la propia utilidad, que también es utilitario, y de mal linaje de utilidad, el amor propio, debisteis por lo menos haber reproducido siquiera en extracto nuestras contestaciones, ayuntándolas bajo la misma cuerda y en el mismo cuaderno en que recopilabais vuestras doctrinas. Sobre reclamarlo así la *ley del deber*; que siempre lleváis en los labios, pedíalo también la de vuestra propia utilidad (¡y miren cómo por estos barrios distinguimos igualmente lo útil de lo justo!); porque es menester desengañarse; señores, en filosofía no se gobierna por la gracia de Dios ni por la gracia de nadie, ni se reconoce más Rey ni más Roque que la discusión; de modo sea que los que sustentan opiniones tan controvertidas sin entrar de nuevo a contrastar las alegadas en contrario, se juzgan a sí mismos con semejante conducta, *judicium sibi manducant et bibunt*¹³ manifestando bien a las claras que no se tienen ellos propios en grande estima; no conocen sus verdaderos intereses, se infieren una herida mortal, volviendo al palenque con las mismas armas tantas veces conculcadas y quebrantadas. ¡Qué! se han figurado en su delirio estos molidos caballeros, que sólo basta presentar las suyas como las de aquel ilustre paladín entre los paladines, de quien a ley eterno ven-

13. “se comen y beben su juicio”. (“Se reservan su juicio para sí”).

cedor —vosotros empero a la de sempiternos vencidos, pintiparados en esto al inmortal y siempre apaleado hidalgo de la Triste Figura— con sobrada razón se decía y se cantaba: Nadie las toque que estar no pueda/ Con Roldán a prueba.

Conque cuenta palmaria; si por filósofos queréis pasar, como filósofos os portad. Luego si no sois parte a sustentar en vuestras opiniones, tampoco sois parte en este juicio; así que, o escribir como Dios manda o no escribir cosa ninguna, que así también lo manda Dios, que es la suma justicia, cuando no hay nada nuevo que alegar. Y ahora se habrá tocado cuanta razón tuvo aquel nombrado *Justiciero* para proclamar, entre el martilleo del ferrocarril,¹⁴ que los espiritualistas habanenses reñidos con la originalidad, sólo entendían de *repetición, traducción y trasuntación*, recursos que si bien cómodos y socorridos para convertirse en filósofos de la noche a la mañana los más crudos e indigestos aspirantillos, están en pugna abierta con aquel áureo documento de su celeberrimo corifeo, cuando dice; *la science ne s'acquiert que á la sueur de notre front*,¹⁵ la máxima

14. Con estas palabras alude Luz a unos breves renglones, que insertó en el *Diario de la Habana* de 11 de diciembre de 1839, firmándolos con el pseudónimo *El Justiciero*. Dos meses antes había sostenido con don José Zacarías G. del Valle la polémica sobre la filosofía de Cousin, y estaba por entonces muy engolfado en la viva discusión que suscitó en la prensa habanera el proyecto de enajenarse por la Junta de Fomento el Camino de Hierro de la Habana; en tales circunstancias en el *Noticiero y Lucero* se publicaron varios artículos de Víctor Cousin, con sus iniciales al pie, y cuyo traductor fue el doctor don Manuel González del Valle, que luego los coleccionó con otros en el folleto a que se contrae Luz en est escrito. He aquí el comunicado de Luz, donde designa la del ferrocarril con el epíteto de *cuestión del día*:

FILOSOFIA

“*Para bellum*”.*

No vayan a creer los muchachos que no están en autos que estos dos artículos sobre Locke publicados en los *Luceros* de estos días sean originales de algún espiritualista de por acá llamado Valiente Campeón, o cosa que se le parezca, o más bien que no se le parezca, a juzgar por las iniciales V. C. (ivaliente copistas!) con que se firma el comunicador, pues, sobre andar reñidos los espiritualistas habanenses con esto que llaman originalidad —porque el fuerte de ellos es la traducción, la confusión y la repetición— pertenecen los tales artículos nada menos que a Víctor Cousin, el famoso caudillo de la *soi-disant* escuela ecléctica. Caballeritos, algún valor se necesita, por no decir otra cosa, para presentarse en la arena con armas prestadas, embotadas y hasta quebrantadas algunas de ellas. Sean Vds. alguna vez hombres de pro: estudien, rumien, mediten, pidan luz al Padre de las luces, y no se figuren que por no estar ocupada con la cuestión del día la atención de quien los pone a raya, dejará de dar a Vds. su merecido en su tiempo y lugar. *El Justiciero* [José de la Luz] (Alfredo Zayas). Diciembre 8 de 1839.

* “Prepara la guerra”.

15. “no se logra la ciencia sino con el sudor de nuestra frente”.

de que ahora y antes se han mostrado fieles guardadores sus contrarios, los sensualistas de la Habana, quienes se han hecho por ende más dignos del nombre de *filósofos*, no menos que del distintivo de *espirituales* o *intelectuales* por esencia. *Filósofos*, por haber pensado siempre por sí mismos, sin jurar en las palabras de ningún maestro, y *espirituales*, más que los espiritualistas, por haber ejercitado el pensamiento, prenda de la racionalidad, en mayor grado y energía que los *soin-disant* eclécticos, que tales pueden ser llamados sólo por antífrasi; resultando así más beneficiadas las dos partes esenciales de la *Trinidad*, según sus mismos principios, esto es, la intelectual y la moral,¹⁶ cuyo último elemento, por ley de nuestra humana naturaleza, gana y se fortifica en razón directa de la ocupación en que tengamos al entendimiento, que cuanto más activa y eficaz ella sea, tanta más garantía de morigerarse ofreceremos a la fogosa e incauta mocedad: salud para la cabeza, y salud para el corazón, acaso —y sin acaso— más importante la última que la primera, la cual en resumen no es más que un *medio* respecto al gran *fin* de mejoramiento a que nos destinó la Providencia. Porque desengañémonos: ella, en sus inescrutables designios, todo lo sujetó a ciertas leyes inalterables e imperecederas, y habiendo dotado a la juventud de un ardor extremado en todos sus afectos, origen de su ventura y desventura, no le dio otro medio de domeñar sus impulsos en un sentido, sino de cautivar tan fuertemente su atención por otro diverso, que llegase a ser tan ardorosa y decidida por el estudio y la observación como pudiera serlo por el objeto de sus primeros amores. Aquí está la ley del contrapeso en lo moral como en lo físico, ley que fortificada por el hábito, viene a ser la verdadera tabla del naufragio en la tormenta deshecha de la temprana juventud; apoyo sólido y verdadero, donde se afirma la casi omnipotente palanca de la voluntad para hacer triunfar en su empeñada lucha el *espíritu* sobre la *carne*. Tal es el hombre: si queréis mejorarle, forzoso es estudiarle como es en sí, y no como vosotros lo fingís. Vosotros sois sus novelistas, nosotros sus historiadores. ¿De qué sirve que le inspiréis empeño en conseguir el cielo, si no le enseñáis el camino, ni le ponéis la escala para subir desde este suelo? Filosofía somera y estéril, o fementida y corruptora, pues o no abraza la historia completa del hombre, o pretende descaradamente alzarse contra ella, y por consiguiente viciar la obra santa de Dios, tornando raquíuticos y acuitados los entendimientos que nacieron para ser absolutos y lozanos, y volviendo hipócritas y simuladores a corazones que habrían sido la honra y prez de la humanidad por su leal franqueza e hidalguía. Filosofía doblemente perniciosa e inaplicable en el siglo que

16. Para no hablar de la física, complemento del *tres*,* que lo queda sobradamente, conforme a los datos en que descansa el sistema sensualistas.

* De la Trinidad (Roberto Agramonte).

vivimos, por hábito ya exigente en pruebas y anhelos de demostración y convencimiento; si salen, pues, fallidas a la juventud las esperanzas que se le han hecho concebir y abrigar, por venir a tierra el deleznable cimiento sobre que se levantara el edificio sacrosanto de la moral, ¿a dónde vamos a parar después? ¿Quién será poderoso a contener ese torrente que arrasando por todas partes dejará como una verdadera *tabla rasa*, sin apoyo ni freno, a las almas desengañadas de la juventud? *Quis talia fando temperet a lacrymis?*¹⁷ Por eso, y sólo por eso, porque lamento de antemano la mortal herida que el sistema espiritualista va a inferir a las costumbres, me siento como forzado a tomar la pluma para prestar mi débil pero decidido apoyo a tan noble causa, cuando ha sonado la hora del peligro. Y ya se inferirá por aquí que no es mi ánimo tachar de inmorales ni de corruptores a los que entre nosotros propalan y diseminan semejante teoría. No tal: es necesario ser muy explícitos para no pecar de injustos: nosotros no nos dirigimos a las intenciones, cuanto se nos presentan como síntomas sobrados para comprobar —como lo haremos en tiempo y forma— que a los espiritualistas de por acá, en su candor e inocencia, se les habían escapado las miras políticas de la nueva escuela francesa y de la caterva de galiparlantes de otros puntos; tanto que fue menester que alzáramos de recio la voz sobre este tema, para hacerlos caer en la cuenta, para que al menos sospechasen que había algo más que la *trinidad* (la *non sancta humanidad* era lo que había) en el fondo de esta *ciencia moderna*, o quier *anfibia*, hablando con todo el rigor de derecho y de filosofía. Tampoco queremos decir que todos los corifeos o sectarios de la escuela ecléctica hayan estado tan de mala fe, que a sabiendas se propusieran hacer el daño; muy al contrario, juzgamos que un hombre v.g. de la honradez y valía de M. Royer Collard, entendía hacer un inmenso beneficio a su nación inculcando doctrinas, que si bien no podrían demostrarse rigurosamente, podrían servir de freno a la juventud francesa empapada todavía en las ideas del siglo decimotercero; lo que, en resumidas cuentas, quiere decir que hubo de apelarse al engaño y estratagema para demostrar la sabiduría de unas instituciones que se apoyaban en los solidísimos fundamentos de la propia existencia nacional, y a la verdad, que no es de almas grandes acudir a la mentira, ni en razón de bien, y máxime cuando tantas y tan sólidas verdades hay que alegar; si se entrara con franqueza y lealtad, con varonil denuedo y buena fe, en las cuestiones de esta trascendencia.

Podría también argüirse, prescindiendo de la política, a favor de las tendencias *morales* de esta nueva escuela, diciendo que bueno es encumbrar al hombre y hasta exigirle más de lo que pueda, para que haga al menos lo que deba. Muy enhorabuena, y tal es cabalmente mi más firme

17. “¿Quién podría contener las lágrimas al hablar de tales cosas” (Virgilio, *Eneida*).

empeño, aunque no precisamente en los términos que lo practica esa escuela, de quien ya he dicho que recomienda la adquisición del cielo, pero no facilita la escala para subir hasta él.

Si yo presento rasgos de heroicidad a la imitación de la juventud, se los ofrezco como hacederos, en el círculo de la humana naturaleza, y así a un tiempo le hablo con la verdad en la mano, y le demuestro la facilidad de la ejecución. Empero, si ataco las fundadas creencias¹⁸ de la humanidad, si me esfuerzo en hacer una historia falaz y mentirosa de los sentimientos del hombre; en una palabra, una historia, entonces, de seguro que o extravío al débil o irrito al fuerte. ¿Qué necesidad tenía Cousin (exagerador por esencia, y perdóneme por su vida el apóstrofe, pero el amor a la verdad me arranca ese epíteto característico) para inculcar un principio tan exacto como sencillo, cual es el de que hay placeres físicos y morales y que éstos siendo más nobles y duraderos, merecen la preferencia sobre aquellos; que necesidad, repito, tenía para tan simple propósito, de llegar hasta decir que *lo que agrada al hombre no es bello*, y que el verdadero artista no desea *poseer* la belleza, dando a la palabra *posesión* un sentido tan restringido e inexacto como material y ridículo? Cousin muy a menudo, por parecer *picante* y original, no para hasta sublevar el espíritu del lector. En la cuestión presente se lleva de encuentro hasta los fundamentos de la institución del matrimonio, que vendría a ser ilícito y reprehensible siguiendo las consecuencias de sus descabelladas ideas.¹⁹ No puedo por ahora detenerme más en tan interesante materia, pero ya lo haremos muy *ex professo*, manifestando con los textos de esos mismos filósofos al canto la maligna influencia de sus doctrinas, y vindicando así los sagrados derechos de la verdad, único numen ante quien el filósofo deberá doblar la rodilla. *The truth, the whole truth, and nothing but the truth*.²⁰ Con harta razón me temía yo en comenzando, y eso que dejo mucho guardado, como a su tiempo se verá; y vamos con los demás artículos del inventario, pues fuerza me es el terminar presto por hoy.

2. No faltará quien piense que el motivo de no contestarnos a los pobrecitos plebeyos sensualistas el caporal de los espiritualistas, de los aristócratas de la ciencia, sea un profundo desprecio por nuestras doctrinas y nuestros escasos conocimientos; pero la verdad en su lugar: creo por el contrario que quien tal sospechase, se equivocaría de medio a medio, pues antes bien se traduce un ahínco marcado por parte del *Editor* de los

18. Y adrede digo las *fundadas*, las sancionadas por la ciencia, pues respecto de las no comprobadas, por más universales que ellas sean, prefiero atacarlas aunque me quede solo en la arena.

19. Véase la lección 22^a. página 218 y siguiente, sobre lo bello, correspondiente a su *Curso de filosofía* de 1818, publicado en 1836 por su discípulo Adolfo Garnier.

20. "La verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad".

artículos consabidos en *redondear* y pasar la lija por cuantas espinas y escabrosidades ofrecen las materias que toca a fin de evitar, al parecer, el empeñar lance, táctica e hilaza que se descubre entre otras puntadas, muy a las claras, en los fueros y contemplaciones que guarda al amigo Locke, dispensándole aún más honores que los que le tributamos sus afectísimos apasionados. Hablemos en plata, señor maestro en artes, y confiésemos que no ha obrado muy magistralmente empleando con su compañero *Filolezes*²¹ una conducta tan remirada, así sobrancera de ingeniatura como carente de ingenuidad; porque *a la fin, fine*, Ud. no es amigo de Locke, ni de Roque, y quien no quiere a Juan no quiere a su can. No recuerdo ahora a punto fijo un pasaje de cierto fabulista español, que viene de molde a nuestro caso; pero ello, verso más, verso menos (que eso V. lo sabrá mejor que yo, por sus puntas de vate) creo que la moral del cuento se encierra en aquello del sabrosísimo Iriarte cuando dice que el: no acometer con sincero denuedo, poca razón arguye o mucho miedo.

No es ésta la primera vez que ha tomado S.S. la pluma bajo la influencia de este bendito numen: ejemplo notable nos ofreció de ello en otro cuaderno de proposiciones estampado sobre ocho meses ha, que en un guirigay heleno llaman *elenco*, en cuya tesis 57^a —si la memoria no es infiel— se me tendía una mano de conciliación y de paz, que con harto dolor de mi corazón no pude aceptar, porque yo, a imitación de Jesucristo, *no busco mi voluntad* en la ciencia, sino la revelación de la ley de la naturaleza. *Judicium meum justum, quia voluntatem meam non quaero*.²² En la ciencia no cabe transacción pesa a los *escogidos* y *escogentes* (los ignorados), pues mientras nosotros transigimos confiadamente, ella sigue *galán, galán*, su marcha majestuosa, sonando con su incansable péndola el eterno y continuo *e pur si muove*.²³

3. Quiero apuntar aquí otra indicación, que está muy enlazada con la anterior; y es, que aun suponiendo ciertas y positivas, después de las modificaciones —que se le han hecho muchas— de las ideas inclusas en el consabido cuaderno y constitutivas de la escuela pseudo-ecléctica, lejos de enseñar ellas verdades importantes, contribuyen al descrédito de la filosofía en general; pues haciendo consistir la ciencia en mil fruslerías y perogrulladas que nadie ignora, y en otras tantas inutilidades que están mandadas recoger, reviven hasta cierto punto el escolasticismo, y así ahuyentan a los sensatos de los umbrales de la filosofía.

Bien veo que algo más que historia y memoria reclama el progreso de la ciencia. Enhorabuena, pues no hay más arbitrio sino estudiar de nuevo lo

21. Luz y Caballero (Roberto Agramonte).

22. “Mi juicio es correcto porque no tengo prejuicio”.

23. “¡pero se mueve!”.

que se ha de menester, y tratar de olvidar lo añejo y carcomido: nunca es tarde para emprender, ni para aprender. Pero éste es punto demasiado importante, que ahora no haremos más que indicar para desenvolverlo cumplidamente en su tiempo y lugar, a cuyo efecto trazaré un programa de todo aquello que en mi concepto exige el estado actual de la ciencia, para formar un curso de verdadera filosofía; programa, que desde luego invito a V. para que me ayude a llenarlo, en gracia de su nunca desmentido amor por este género de investigaciones.²⁴

4. Algo tengo que decir sobre el título con que ha adornado V. sus artículos de filosofía. “Según la doctrina de Cousin” dice V. que son; y yo distingo, porque algunos pertenecen a Cousin *ad pedem litterae*;²⁵ otros son exclusivamente hechura de V., según las ideas de aquel maestro; y a fe que de varios de ellos no hubiera creído tal paternidad, si no viera ahora recogerlos y prohiarlos todos bajo un mismo manto, porque si bien me parecieron siempre del mismo taller y mandatos a forjar por la misma orden, hasta este momento los tuve por obra no ya de oficiales veteranos, sino de bisoños aprendices, que en el pecado llevan la penitencia. Creo, pues, en resumen, que contra algunos de los mencionados artículos se querrellaría civil y criminalmente el mismo caudillo de la escuela, bien que en general soy de sentir que reclamaría de todo procedimiento arguyendo nulidad de todo lo actuado, así en la sustancia como en el modo; siendo así que M. Cousin debe celebrar no precisamente el que se *tengan*, sino el que se *sostengan* sus opiniones; fuera de que no le faltarían, y con razón, sus humillos respetos del estilo, sobre todo, si es de los que creen con su ilustre compatriota el naturalista “que el estilo es todo el hombre”.²⁶

5. Tan olvidados tenía yo los artículos por mí publicados en las diversas campañas filosóficas que aquí se han empeñado, cuanto ni poseo la mayor parte de ellos, pues considerándolos como obra de meras circunstancias e indignos por lo mismo de transmitirse a la posteridad, ni me había vuelto a ocupar de tal cosa, pasada su efímera existencia. Fueron únicamente calculados para poner un dique a ese torrente de perjudiciales doctrinas, que amenazaba inundar a nuestra estudiosa juventud, y habiendo llenado su destino, ya no tenían para que volver a salir a la luz pública. Pero pues torna a verterse el mismo veneno, y concentrado en un solo vaso, y adornadas sus orlas materiales, se hace necesario ocurrir al mal con el mismo antídoto o triaca que entonces fuera parte a conjurar la plaga. Así que para el nuevo cuaderno de los viejos artículos, llevará V. cuaderno y medio de las viejas respuestas; y mientras pueda yo tener el gusto de dar a V. el alegrón

24. Este programa se publicará después de impresa la refutación del presente folleto, que es su legítima oportunidad.

25. “Al pie de la letra”.

26. Buffon (Roberto Agramonte).

de enviarle un ejemplar completo y empastado en el que peregrinemos juntos con nuestras opiniones, atados en imparcial y santo nudo, por este valle de lágrimas y risas, me ingeniaré a aparejarle un nuevo comentario a su exquisito folleto, para quitarle al público y a mí el fastidio causado por la *repetición*, que es la divisa de la banda ecléctica en la reina de las Antillas, así como la *discusión*, enseña de la verdadera filosofía, es el pendón de la llamada sensualista, aunque no sensual, a fuer de sus sanas doctrinas y observancia de sus rígidos cultivadores. FILOLEZES.

Habana, 11 de marzo de 1840.

IV

APÉNDICE

DISCURSO INAGURAL PRONUNCIADO EN LA APERTURA DEL CURSO DE FILOSOFÍA EN EL REAL COLEGIO DE HUMANIDADES DE JESÚS EL DÍA 15 DE MARZO DE 1840²⁷

¡Con cuánto placer y satisfacción me presento, señores, ante una porción escogida de nuestra preciosa juventud, que ocurre con ansia a oír las importantes verdades que encierra la filosofía, y a iniciarse en los métodos adecuados para interrogar a la naturaleza a fin de que no esquive franquearnos sus tesoros! Difícil es por cierto desempeñar debidamente tan delicada misión y me juzgaré por muy dichoso si lo alcanzo de un modo digno.

27. En el *Diario de la Habana* del 21 de marzo de 1840 aparece la siguiente nota:

“El domingo 15 del corriente se verificó a las tres de la tarde la solemne apertura del curso de Filosofía en el Colegio de Humanidades de Jesús que hábilmente dirige el Br. don Juan Naponuceno Basco.

En aquel acto que presidió el R. P. Pr. José María Miranda, vicerrector de la Real y Pontificia Universidad, y a que asistieron varias personas de distinción, padres de familia y una porción escogida de la sociedad que se interesa en los progresos de la ilustración, leyó el Presbítero Don Francisco Ruiz el discurso que a continuación insertamos. Este benemérito patricio tiene también a su cargo las cátedras de Filosofía del Colegio seminario de San Carlos y la de San Cristóbal de Carraguao, y esta circunstancia unida a sus asiduos estudios constituyen una preciosa garantía que promete fruto para la juventud.

Nos congratulamos sobremanera en que la santa causa de la ilustración vea a su frente individuos de mérito que difundiendo la sana doctrina y los principios luminosos de la filosofía, contribuyan de este modo a los adelantos intelectuales y morales que son la base de la felicidad social. –E.E”

La experiencia adquirida con la práctica de la enseñanza, y el estudio que he procurado hacer de los autores más abonados así en la observación y conocimiento de los objetos de la naturaleza, como en la dirección de nuestros pasos intelectuales, me inspiran cierta confianza en la investigación de la verdad; y a su debido tiempo tendrá el público ocasión de juzgar acerca del aprovechamiento de nuestros alumnos, y si los resultados han correspondido a los fines que nos hemos propuesto.

Aunque la filosofía, objeto de nuestros entretenimientos, tomada en su más lata acepción, comprende el estudio del Universo, es decir, cuanto en sí contienen los cielos y la tierra, capaz de interesar a la razón humana, nosotros la limitaremos a los ramos que forman el curso de la ciencia, según el plan actual de nuestros estudios, procurando cultivarlos con esmero. Varios y complicados, sin embargo, son los objetos de cuyo examen nos vamos a encarar; pero lo haremos con desembarazo, toda vez que cuento con una juventud preparada para comprender el método establecido, lo cual hará que con su aplicación se despliegue gradualmente y por parte el cuadro de nuestras investigaciones, situándose los objetos en el orden intelectual conforme a su naturaleza y relaciones. Siendo la verdad el blanco a que dirigimos nuestros estudios, sólo nos detendremos en los hechos reales y positivos, es decir, verdaderos, en cuanto digan relación a la utilidad y felicidad del hombre, sin malgastar el precioso tiempo consagrado a nuestras tareas en inutilizar, o mejor diría sofisticar, maleando nuestro entendimiento, con cuestiones frívolas o absurdas unas, e imposible de resolverse otras; porque si es cierto, señores que la experiencia contribuye a la ilustración del hombre; si algo valen los datos históricos, harto desengañados debemos estar para no volver a caer bajo una tiranía más dura acaso, que aquella con la que Aristóteles y su escuela avasalló por espacio de tantos siglos a la razón humana “segando los caminos y atrancando las puertas que dan paso al templo de la verdad”, según la enérgica expresión del ilustre Jovellanos, dejándonos deslumbrar con el falso brillo de cierto sistema, que por más que quiera la escuela a que debe su transitoria existencia cubrirlos con el respetable manto de la filosofía, han perdido por fortuna entre nosotros sus patronos el prestigio con que quisieron por un momento sorprender a nuestra ligera y irreflexiva juventud. Merced a la cautela con que vigilan ciertos experimentados adalides para que no se la extravíe conduciéndola por la senda del error a un funesto e inevitable abismo.

La verdad es la misma luz, y repugna tanto disfrazarse como ostentar frases pomposas, vacías de sentido, *sesquipedalia verba*²⁸ con las que se hace mas bien alarde de diestros sofistas que de sesudos pensadores que son los verdaderos filósofos, amantes de la verdad y amigos del hombre,

28. “palabras rimbombantes”.

los cuales siempre presentan con sencillez y candor el fruto de sus investigaciones. Esta advertencia en nada se opone a que cuando tratemos de deslindar el origen y generación de nuestras ideas nos internemos en tan inmenso océano a fin de escudriñar la naturaleza de nuestras facultades intelectuales, analizándolas, sin embargo, con sobriedad, y cuanto baste a conocer y fijar el principio que en nosotros piensa, sin empeñarnos demasiado en querer explicar la causa y modo con que se efectúan ciertos fenómenos relativos a la acción que recíprocamente existe entre el mundo exterior y el principio pensante, entre nuestro cuerpo y nuestra alma, porque sobre ser impropio tratar semejantes cuestiones en una clase elemental, donde sólo deben presentarse las verdades averiguadas e incontrovertibles, son problemas, a nuestro entender de dudosa por no decir imposible resolución, atendiendo al estado actual de la ciencia. Es necesario convenir que todas tienen sus misterios, y ninguna los presenta tan augustos e inefables como la Psicología, con lo cual ha querido el supremo autor del Universo hacernos sentir nuestra limitada inteligencia. Así, pues, si nos preciamos en conocer algún tanto nuestra naturaleza, si queremos oír los sinceros dictámenes de una razón ilustrada, fuerza es que nos detengamos en cierto punto, más allá del cual no hay sino quimeras, caos, nada...

En tan intrincado y oscuro laberinto procuraremos marcar con tiento, apoyándonos en los hechos. Sería muy de desear que para comprender mejor la naturaleza de los fenómenos psicológicos precediera a su estudio, y aun al de la legislación y moral un curso de anatomía y fisiología, porque ¿quién dudará hoy que estas ciencias han contribuido no menos a la rectificación y adelantamiento de otros ramos muy principales de la medicina, que a la explicación de los fenómenos y facultades morales e intelectuales del hombre...?

Procuraré cuanto lo permitan mis escasos conocimientos en tan vastos ramos de la ciencia, suplir este vacío dando unas ligerísimas nociones de la estructura del cuerpo humano y de los principales fenómenos de la vida.

Con estos conocimientos nos será fácil generalizar su aplicación al ramo que trata del método de investigar la verdad, o sea la Lógica, que según la entiende el profundo J. F. W. Herschel, “es la ciencia que nos enseña a usar de nuestra razón para descubrir la verdad; la que manifiesta el criterio por el cual estamos seguros de haberla alcanzado; y la que descubriendo las fuentes del error, y manifestando los escondrijos donde la sofistería es capaz de insinuar, a la vez que nos precave de sus daños, y nos manifiesta el modo de evitarlos. Semejante Lógica puede denominarse racional mientras que a la otra de inferior calidad, y que sólo tiene de común con ésta el nombre, puede darse por distinción el epíteto de verbal”.

Dado este primer paso, y vencidos en parte las dificultades que por su naturaleza presta el asunto, entraremos en alguna confianza y desemba-

razo en el estudio de la parte más importante al hombre por su objeto y resultado. Hablo, pues, de la moral. ¿Qué ciencia, en efecto, puede haber más apreciable al hombre, que la que le enseña a mejorar su corazón dirigiendo y rectificando sus deseos a fin de que se hallen siempre en armonía con los dictámenes de la razón; la que le obliga a conocer y cumplir los deberes que ha contraído con Dios, consigo mismo y con sus semejantes; y por último, la que le acostumbra a practicar las virtudes, gozando de los encantos de esa fuente la más pura e inagotable de felicidad que le es dado al hombre gozar sobre la tierra?

Desde la más remota antigüedad se consagraron los sabios a quienes estaba encomendado el régimen, conservación y mejora de los pueblos, al estudio de la moral, con preferencia a los ramos de la física, y otras ciencias; pero no siempre atinaron a guiarlos por la senda que conduce al templo de la felicidad. Nosotros, sin temor de que se nos tache de presuntuosos, creo que nos hemos aproximado infinitamente más que los antiguos a la resolución del problema final, hallándose resueltos otros muchos que con él tienen íntimo enlace, y de quienes puede decirse que deriva, que no lo estaban en aquella edad. El *nosce te ipsum*²⁹ no ha dejado un momento de ocupar a la humanidad; y así es que hoy conocemos mejor nuestra naturaleza, porque se han profundizado los fenómenos y estamos enterados de nuestras verdaderas necesidades y medios de satisfacerlas; teniendo por consiguiente más recursos de ser felices, que son los designios de nuestro benévolo Autor.

Conocido el objeto de este ramo de la filosofía, para no extraviarnos en su estudio consultaremos a los que mejor han conocido nuestra naturaleza en virtud del estudio comparativo y experimental que han hecho de los fenómenos orgánicos, morales e intelectuales; lo cual será un motivo más para que nos dediquemos con doble empeño al de nuestro propio ser. Entonces comprenderemos las íntimas relaciones entre lo moral y lo físico del hombre, y daremos mayor amplitud y desarrollo a la esfera de la acción de nuestros conocimientos, llegando así a columbrar las verdaderas relaciones que en la gran cadena de los seres, nos ligan con el Criador Supremo, y sus benéficos designios al colocarnos sobre la tierra.

Iniciados ya en el importantísimo estudio del hombre pasaremos al del universo, esto es, al de los cuerpos que se hallan fuera de nosotros, capaces de afectar nuestros sentidos, y cuyas propiedades podemos someter al examen de nuestra razón. El deleite que nos causa tan ameno estudio depende no sólo de que nos hace descubrir las propiedades y relaciones que tienen los objetos con nuestras necesidades, evitando los que atacan nuestra conservación y bienestar, y apropiándonos los que la favorecen, sino también por satisfacer aquel precioso instinto de curiosidad que con

29. "conócete a ti mismo".

tanto placer nos excita a investigar la naturaleza y causas de tan variados fenómenos, como incesantemente nos ofrece el Universo.

Estando convencidos, así por nuestra propia observación y experiencia, como por las profundas y constantes investigaciones de los que usando el verdadero método, se han dedicado al estudio de la naturaleza, que sólo nos es dado conocer de los cuerpos que nos rodean algunas de sus propiedades, sin que se haya podido penetrar jamás su íntima naturaleza, pues la esencia de la materia o sustancia que los constituye, hasta hoy ha resistido revelarse a la investigación del más sagaz observador, no incurriremos en el temerario empeño de muchos filósofos antiguos, y varios de los modernos, en querer descorrer el denso velo que oculta los secretos de la naturaleza, con lo cual han caído en mil lastimosos extravíos. En el progreso de nuestras lecciones no dejará de presentárenos ocasión de criticarlos, aprendiendo al mismo tiempo a ser cautos; porque si tan distinguidos maestros han incurrido en tales desconfianzas ¿con qué marcharíamos por la senda de la naturaleza en pos de la verdad los que apenas osáramos colocarnos entre sus últimos adeptos? Por fortuna, señores, ¡hasta los delirios de los grandes genios son provechosos a la humanidad!

Como hemos tenido la suerte de alcanzar un siglo en que si bien se columbra allá a lo lejos, cierto porvenir de mayor perfección que cuanto poseemos, si bien se nota un vago deseo, una inquietud que a veces degenera en impaciencia, esto sobre ser la cualidad más preciosa inherente a la especie humana, es un síntoma inequívoco de mejora social; congratulémonos, pues, de haber saludado una época que se distingue, no menos por sus portentosos descubrimientos en favor de la humanidad, que por sus aplicaciones a todo cuanto dice relación a la perfección moral y social del hombre; época en que los acontecimientos especulativos corren casi a la par con los prácticos; y en que a ninguno se le da el pase sin haberlo ensayado antes por conocer su ley en la verdadera piedra de toque, que es el principio utilitario.

Como la verdad es el fin a que dirigimos nuestras investigaciones, me complazco en repetirlo, no perderemos ocasión de proclamar cuantas se nos presenten, aunque a primera vista parezcan estériles y de poco valor; pues a nadie se le oculta que las ha habido muy importantes por su inmensa utilidad, sin que al descubrirse hubiesen manifestado su provechosa aplicación, acaso porque los que tuvieron la suerte de encontrarlas no comprendieron su relación con otros hechos, ni las leyes a que estaban sujetos. ¿Quién hubiera sospechado en la antigüedad que del simple juego de las atracciones y repulsiones magnéticas y eléctricas habrían de derivarse un día los fecundos principios de la mayor revolución, progreso y civilización del hombre...?

Si el majestuosos espectáculo de la naturaleza aparece tan bello aun al rústico que lo observa exteriormente sin detenerse a investigar las causas

de tantos y tan portentosos fenómenos, ¿cuánto mayor deleite no se sentirá al contemplarlo después de haber descubierto y comprendido las relaciones, el íntimo enlace de fenómenos al parecer los más opuestos y que sin embargo dependen de una misma causa, y están sujetos a las mismas leyes que con la mayor sencillez rigen de un modo admirable su armoniosa marcha? Entonces advertiremos que desde el átomo imperceptible hasta esas enormes esferas que giran con el mayor concierto por el inmenso espacio, y desde el animalculo, millones de veces menor que un gramo de arena, hasta el hombre, todos concurren, según leyes eternas e invariables, a los rectos fines y designios del supremo Autor del Universo.

Conozco toda la extensión de mis deberes, y procuraré cuanto sea de mi parte, corresponder a la confianza con que me ha honrado el digno Director de este Colegio. Mi principal anhelo se dirigirá a inculcar a mis alumnos un amor respetuoso a la verdad y a la justicia, un discreto y racional afecto al estudio de la naturaleza. Asimismo solicitaré con el mayor empeño que mejoren sus facultades físicas, morales e intelectuales. Al guiarlos por la senda de la naturaleza evitaré encadenar su razón a pretexto de que no se extravíen, como lo han practicado institutores, cuyo ingenio y saber honran por otra parte a la especie humana.

Tampoco imitaré la servil conducta de aquellos pedagogos que por manifestarse officiosos con sus discípulos, son complacientes y aun lisonjeros, ahorrándoles a veces hasta el pequeño trabajo de responder a las preguntas más sencillas y triviales, consiguiendo de este modo reducirle a la nulidad, por no decir imbecilidad. Ya se ve: estos pedantes ignoran que nuestras facultades intelectuales y morales se desarrollan, crecen y se vigorizan del mismo modo que las físicas; a saber: con el oportuno y conveniente ejercicio.

Aunque atendido el estado actual de los conocimientos humanos y la rectificación de los métodos para adquirirlos, no debiera advertir que en mi clase no se exigirá ninguna lección de coro o al pie de la letra, como suele decirse; me es forzoso, sin embargo, insistir en la reprobación de método tan absurdo, porque aun se encuentran patronos que pretenden sostener sus decantadas excelencias, asegurando que con él se aumenta y fortifica la memoria, y al mismo tiempo se da estabilidad y permanencia a las ideas. La memoria, señores, se ejercita y extiende aprendiendo y conservando los signos así articulados como inarticulados necesarios para la expresión del pensamiento, sin cuya preciosa facultad no podríamos poner en ejercicio a nuestra razón. Asimismo se ejercita con provecho siempre que discutimos sobre cualquier objeto, porque encontraremos las relaciones que ligan entre sí las ideas. En cuanto al segundo motivo que alegan los partidarios del método que impugnamos no merece una seria y detenida refutación. Recuerde cada uno lo que le ha quedado de todo lo que aprendió con tanta fatiga en su infancia, y verá que no conserva de ello el menor vestigio

(hablo de las palabras), a no ser que haya repetido muchas veces la misma operación para revivir los signos.

En lugar de esta servil e infructuosa práctica, procuraré que ejerciten su razón haciéndoles discurrir con libertad por escrito y de palabra sobre el mismo objeto de nuestros estudios. Al principio se experimenta cierto embarazo, como sucede en todo aprendizaje, no atinándose muchas veces con los términos adecuados al concepto; pero una práctica perseverante y racional vence al cabo estas dificultades, y se encontrarán habituados a discurrir con facilidad y acierto sobre cualquier asunto: los tropiezos y aun caídas que se den, esto es, las equivocaciones, inexactitudes y errores que se cometan, contribuirán hasta cierto punto al mayor progreso, porque enseñarán a que se proceda con la debida precaución, corrigiendo al mismo tiempo aquel exceso de confianza y presunción, que si bien anuncia en ciertas almas nuevas su generoso y elevado temple, también cuando no se corrige a tiempo dándole la conveniente dirección, es principio de insoponible pedantería, vicio funesto que ha hecho pervertir los más claros talentos de muchos jóvenes que descollaban entre sus contemporáneos, y que por un momento se fundó en ellos las más lisonjeras esperanzas; pero la desatentada dirección que por desgracia dieron a sus pasos intelectuales y ese mismo exceso de presunción halagado por el falso brillo del aura popular, fueron causas poderosas a destemprarlos desapareciendo todas aquellas brillantes disposiciones, para no dejar sino un triste recuerdo entre los mismos que, acaso con sus inconsiderados aplausos, cooperaron al extravío de su razón.

Mi principal conato será, como dejo indicado, dar a conocer la senda que conduce al templo de la verdad, inculcando el método que debe seguirse para progresar en la investigación de la naturaleza, y coleccionar entre la variedad y copia de objetos con que nos brinda, aquellos que más convengan a nuestro propósito: a este fin usaré también del provechoso resorte que nos estimula a igualar, y aun a exceder aquellos con quienes nos comparamos, o medimos nuestras fuerzas; pero al usar de tan delicado medio de adelantamiento lo haré con la debida precaución y reserva, despertando por grado la emulación en unos, e inspirándoles cierta confianza, mientras que procuraré reprimir en otros sus bríos obligándoles a usar con sobriedad y moderación de las ventajas con que la naturaleza se haya dignado favorecerles; pero inútiles serán estos esfuerzos, jóvenes amadísimos, si por vuestra parte no coadyuváis al buen éxito. Vosotros pertenecéis ya por vuestra elección a una clase distinguida de la sociedad, formáis el precioso plantel de donde la patria ha de proveerse para llenar sus más importantes destinos; próbidos comerciantes, valerosos militares, médicos filantrópicos e ilustrados, elocuentes jurisconsultos, integérrimos magistrados, piadosos y justificados eclesiásticos, y cuanto hay de más digno e importante en el orden social, ha de salir de entre vosotros; si queréis,

pues, corresponder a las esperanzas de la patria, y si deseáis llenar en su oportunidad dignamente estos ventajosos destinos, fuerza es que desde hoy resplandezca la decencia y compostura en vuestro porte, la urbanidad y decoro en vuestros modales, asidua y racional aplicación a vuestros estudios, y constante atención a las explicaciones que tengo el honor de haceros sobre los puntos doctrinales que ocurran.

Como os supongo preparados con los estudio previos al de la Filosofía, no me detendré en recomendaros el de la lengua patria, por la estrecha relación y dependencia que hay entre los signos y las ideas. Si creéis, pues, alcanzar algún día aquella facultad superior de anunciar los más exquisitos pensamientos con los delicados matices que los concibe el ingenio; de presentar con perspicuidad y sencillez los más abstrusos conceptos de la recóndita Metafísica; de embelesar el ánimo con los mágicos encantos de la elocuencia, dedicaos con asidua aplicación al estudio de la lengua patria. Grecia y Roma deben en gran parte los esclarecidos nombres de que gozan a la perfección de sus respectivas lenguas, alcanzadas por sus instituciones políticas y civiles, no menos que por la doble emulación con que se dedicaron a cultivarlas. Lo mismo han hecho en nuestros tiempos todas las naciones cultas, ejecutando en lengua patria así las obras más sublimes y profundas sobre los infinitos ramos que comprende la filosofía, como las más elocuentes disertaciones, arengas y discursos pronunciados ya en las academias o institutos literarios, ya improvisado en las asambleas legislativas al discutir los más graves negocios del Estado. Nuestra nación ha entrado también en la misma senda, y nosotros debemos apresurarnos a secundar sus acertadas miras para que se anticipe el momento en que la incomparable lengua castellana ocupe entre las vivas un lugar preferente, cual corresponde a su generosa índole y de más exquisitas dotes que la adornan.

También me parece excusado recomendaros el estudio de las otras lenguas vivas y el de las muertas, cuando su conocimiento que es un poderoso auxiliar para adelantar en las ramas a que hemos de dedicarnos, y a los demás que han de constituir nuestra carrera literaria. Como al tratar de la naturaleza y propiedades de los cuerpos, o sea de la física, no podemos prescindir de considerar su cantidad y extensión, propiedades inherentes a la materia, os hallaréis asimismo preparados con los elementos de las matemáticas a fin de poder resolver los problemas que ocurran relativos a su objeto, y estudiar con fruto los varios ramos de la ciencia fundados en los cálculos y demostraciones matemáticas.

Grande será vuestra ventura, señores, e inefable el contento de mi alma, si los fervientes votos que hoy hago por vuestro adelantamiento y mejora moral e intelectual son de tal eficacia que alcancen a imprimir en vuestras tiernas almas el amor más puro y constante a la verdad y a la justicia, un deseo perseverante de sólida y provechosa instrucción, que así extienda y

corrobore vuestro entendimiento como depure y mejore vuestras costumbres, rectificando las inclinaciones y deseos bastardos del corazón para que al terminar vuestras tareas, llevéis desarrollado y arraigado lo bastante el precioso germen de la sabiduría; la honradez granjeará así la dulce satisfacción de vuestra pura conciencia, como el aprecio y consideración de vuestros conciudadanos.

He dicho.

V

SEÑORES EDITORES DEL CORREO DE TRINIDAD

Casa de ustedes y marzo 16 de 1840.

Muy señores míos: He visto en su apreciable periódico número veintidós, del domingo 15 del corriente, un artículo, cuyo lema es: “Continuación del viaje”, suscrito por El Lugareño y que ustedes copiaron de la *Gaceta de Puerto Príncipe*, en que se leen estas palabras: “A propósito de educación secundaria, quiero tocar un punto de gran trascendencia para la juventud trinitaria. Sé que se trata de abrir una clase de Filosofía en Trinidad, y que el *Lector* no está acorde con el método y algunas doctrinas filosóficas de nuestro Varela. Convendría que, en Trinidad, se ventilasen esas cuestiones antes de abrirse la cátedra, porque no es un grano de anís lo que se juega...”.

Aunque el señor Lugareño no dice cómo se llama el *Lector*, no cabe duda, de que su parrafito de educación secundaria es dirigido contra mí, ya por el término “*Lector*” de que usa, ya por el antecedente de haberme hecho el mismo Lugareño ciertas preguntas sobre la materia. (No cuando iba para la Habana, El Lugareño, sino cuando regresaba de ella.) Protesto que, ya por mis ocupaciones, ya porque soy enemigo de entrar en disputas sobre cuestiones que, si no merecen la pena (porque, ¡qué importa que El Lugareño sea un entusiasta fanático de la filosofía del señor Varela, y que yo no esté acorde con dicha filosofía? ¿Por ventura, no se ve esta diversidad de opiniones sobre un autor aun entre personas íntimamente unidas por las relaciones de la sangre o de la amistad, y sin que, por esto rompan relaciones, ni aun el autor se dé por agraviado? Luego, nada importa que El Lugareño sea en este punto de distinto modo de pensar que yo). Por esto, repito, que si no fuese más que eso, no tomaría la pluma ni para contestarle a él, ni para molestar la atención de ustedes.

Pero, como yo tengo hablado con el señor Gobernador de esta provincia sobre la apertura de un curso de Filosofía, como Su Señoría, que tanto se interesa por el bien físico y moral de esta población, no sólo ha accedido gustoso, sino que me ha estimulado a que lo verifique cuanto antes, para lo cual me ha ofrecido que corre de su cuenta el que ustedes inserten en su periódico un aviso para que llegue a noticia del público; y, como aunque semejante aviso no se ha verificado todavía por los motivos que tengo expuestos al mismo señor Gobernador; sin embargo, se ha divulgado la noticia por la ciudad, y me es indispensable dar al público algunas satisfacciones, y contestar a El Lugareño en la parte que dice relación a mi persona o empleo de Catedrático. Pues que ello es cierto que el mencionado párrafo es dirigido contra mí y que, sin necesidad de haber estudiado mucho, ni de pensar por mucho tiempo, luego se conoce que sus miras son: o comprometerme a que yo explique por Varela, si llego a abrir la cátedra; o que, de no hacerlo así, se retraigan los jóvenes que quieran estudiar Filosofía; y que, por otra parte se excite la Autoridad para impedir su apertura.

De cualquier modo que esto sea, mi honor está muy vulnerado, pues que, el señor Lugareño no habla, en el lugar citado, con términos generales. Él, aunque sin decir mi nombre propio, se concreta, precisamente, a esta ciudad y a mí. Él exige una cosa nunca vista, ni oída en las escuelas, para que yo pueda dar principio a mis clases. Debo, pues, vindicarme dando una satisfacción al público de el por qué no se abrirá el mencionado curso, y debo exigir también que, el señor Lugareño, si es tan amante de la verdad como dice, si tiene la religión que aparenta y la buena imparcialidad que indica, al ver que en su “Comunicado” lastima directamente mi honor; y degrada mi reputación ante un vecindario de quien, desde mi llegado a ésta, solo he recibido demostraciones de estimación y de aprecio, me dará satisfacción a mí. *Quia sapientum est mutare concilium...*

Y, por esto suplico a ustedes me hagan el favor de insertar éste y la siguiente contestación a El Lugareño en su muy apreciable periódico.

Contando con la segura y fina gratitud de su afectísimo y s.s. que, atento, b.l.m. de ustedes.

(f) *El Ciudadano del mundo.*

VI

AL PRESUNTUOSO FILOLEZES

POR MANUEL GONZÁLEZ DEL VALLE

(*Diario de la Habana*, marzo 17 de 1840.)

He visto en el *Diario* del 13 de marzo un artículo que con el lema “Filosofía” me dirige V. y donde de todo hay menos de la ciencia y de la dignidad que requiere su culto.

Debo extrañar el tono de vanidad y jactancia con que quiere V., a fuer de entendido como nadie, obrar mi conversión a sus ideas filosóficas, lanzándome saetas de ironía y de burla, porque no ha sido de su gusto la reciente reproducción que he hecho de algunos artículos de Psicología, que creo, confieso y enseño con la confianza que me inspiran profundas convicciones sobre la materia.

¿Quién le ha dado a V. derecho sobre mi conciencia? ¿A qué tanto furor y frenesí de intolerancia si lo que ha hecho con eso hasta ahora es consolidar más y más mis creencias filosóficas haciéndoles los honores del martirio? ¿A qué la rebosadura de amor propio gritando de voz en cuello que se le tiene a V. miedo, que los otros son filósofos de la noche a la mañana, que la filosofía (de mi estimación) es somera, perniciosa, fermentada y corruptora, que vuelve hipócritas los corazones y sin exponer una prueba, una que es una, echar latines, italiano, francés y... que sé yo que más cosas en estilo de río revuelto?

Yo no hablo de política en mis artículos psicológicos, ni quiero. Soy un viajero en nave del Estado por ahora y nada más. Pero tampoco me he creído ser el Sultán de la filosofía a quien han de venir, cruzados los brazos, a pedir licencia de reflexionar los que intenten instruirse en éste o aquel ramo del saber humano.

Muy penetrado de que acá llega tarde el progreso de las ciencias que se cultivan en Europa, me conformo en entender el movimiento de su civilización cuando trascienda a mi país.

Ni me precio de original; porque hace diz que como cuatro mil años que la flor de los filósofos ha enseñado a la humanidad; y hasta al mismo Montesquieu, varón eminente, se le ha tildado el epígrafe *Prolem sine matre creatam*,³⁰ que puso a su inmortal libro del *Espíritu de las leyes*; porque antes que él había el célebre Vico.

30. “Prole nacida sin madre”.

Conque así, sea V. lo que guste y lo que se figure; siga las opiniones que más le cumplan a su punto de vanidad y respete a quien le desea toda especie de ventura.

Ahí está mi cuaderno: júzguele V. pero guarde decoro con quien le ha dado hartas pruebas de atención y cortesía, pruebas que ha tenido V. por señales de miedo con demasiada preocupación. *Vale*. MANUEL GONZÁLEZ DEL VALLE.

VII

SEGUNDO ARTÍCULO CONTRA LA PSICOLOGÍA SEGÚN LA DOCTRINA DE COUSIN³¹

POR *FILOLEZES* (JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO)

(*Diario de la Habana*, marzo 19 de 1840)

Señor doctor don Manuel González del Valle

¡Conque “de todo hay en mi artículo sobre *Filosofía*, menos de la ciencia y de la dignidad que requiere su culto”!

Siempre que he hablado de la Filosofía, lo he hecho con la veneración que ella me inspira; mas cuando me contraje a la acción *ridícula*, por lo menos que V. cometía, no sujetándose a la ley de la discusión, máxime después de lo pasado, republicando en los mismos términos doctrinas aquí tan combatidas, no podía menos mi lenguaje que llevar la estampa de ese mismo *ridículo* que V. se ha impreso indeleblemente.

¿Quién es más *vano* y *presuntuoso*, el que quiere eximirse del yugo de la discusión, o el que clama constante por ella, por esa arena que a todos nos reúne y nivela? ¿No he dado yo repetidas veces el ejemplo, atendiendo en ese campo lo mismo al joven principiante que al profesor veterano? ¿No es mi alma, y mi vida, y mi aliento de vida el ahínco por aprender y discutir, y aprender, no en una sola clase de fuentes, sino en todas, bebiendo a veces copiosamente hasta en las turbias de los pseudo-eclécticos? ¿Por qué no bebe V. tan solo una en las purísimas de la fisiología, si es que quiere de veras aprender a ilustrarse? Pero no, V. huye hasta cotejar el un terreno con el otro, y encastillado en su *Psicología*, no hay quien le haga salir a

31. Rubro de la columna periodística: “Comunicados. Filosofía” (Roberto Agramonte).

buscar los conocimientos que necesita. ¿Quién será, pues, más vano, y más aferrado? ¿Quién tendrá más el espíritu de filósofo, el que estudia en todos los autores y muy singularmente en sus contrarios, o el que sólo se circunscribe a los de su bando, por más que le griten y prueban que en ellos no puede encontrar lo que ha de menester?

¿Quién es, por fin más *vano* y *presuntuoso*, el que hace caso a todo lo viviente, o el que despreciando las primeras consideraciones a que debe atender el filósofo, vuelve a reproducir un escrito muy rebatido sin insinuar siquiera que se lo han impugnado? Esto es algo más que vanidad y presunción. Bien que por más que V. alce la voz por esta clave, ni V. mismo ni nadie cree que es presumido. FILOLEZES.

En cuanto a la ironía,³² la he empleado alguna vez a ejemplo de los hombres más graves, modestos y mensurados, así entre nosotros mismos como en todos los países del orbe, sin que ello haya menoscabado ni atacado los fueros de la filosofía: testigos notables, sin salir de nuestra tierra, nuestros venerables sacerdotes Caballero y Varela, filósofos de corazón y de profesión. La ironía se emplea para ayudar el triunfo de la verdad; y se emplea con tanto mayor motivo en nuestro caso, cuando *ya llovía muy sobre mojado*; pues V. con su reiterado empeño de propagar sus combatidas doctrinas, despreciando de todo punto muchas razones sin una chispa siquiera de análisis acerca de su mérito, o demérito (porque díganos cuanto se le ocurra; pero pruébelo y entre en materia, que la *polémica* es ilustrativa y fundamento de la *dogmática*) nos puso en el duro trance de aplicarle aquella receta del gran padre de la medicina: *Quod medicamenta non sanant, ferrum sanat*,³³ y si todavía no es bastante porque creo que nos quedamos cortos, seguiremos con el *quod ferrum non sanat, ignis sanat*,³⁴ y aun cuando lleguemos a desahuciar a V., si no se alcanza la curación por medio del *fuego*, pues *quod ignis non sanat, lethale*,³⁵ le advertimos de una vez que continuaremos aplicando remedios adecuados; pues no escribimos para obrar la conversión de un pecador empedernido, sino en obsequio de la juventud estudiosa de nuestro suelo, a quien extravían y pueden extraviar más las doctrinas de esa su predilecta filosofía. ¿No he combatido yo siempre a Cousin, así cuando V. lo ha defendido, como cuando lo han defendido otros? ¿No le he rebatido otras veces sin contraerme a ninguno de los nuestros? Luego siempre he tenido a la mira las *doctrinas*, no las *personas*.

Que semejante filosofía es *somera, perniciosa, fermentada y corruptora*, lo he probado algunas veces, lo probé de paso en mi *Prolegómeno* (nombre

32. Vid. *Aforismos*, 345 (Roberto Agramonte).

33. "Lo que no curan los medicamentos lo cura el bisturí".

34. "Lo que no se cura con medicinas, se cura con fuego".

35. "Lo que el fuego no cura, es mortal".

que dí a mi primer artículo en la presente controversia), a pesar de no ser condición precisa de un prólogo el *probar*; sino el *proponer*; y lo probaré hasta el fastidio en el discurso de las notas con que voy a salpicar el cuaderno de V. Si V. quiere además que se le pruebe con el Cousin, Jouffroy o Damiron en la mano, y a viva voz, analizando minuciosamente cada renglón de doctrina de cada uno de esos autores, sin perjuicio de la presente contienda por escrito, avise V., y hágalo por su vida, a ver si me convence de esos dogmas de su iglesia que V. *crea, confiesa y enseña*, pero es menester que *demuestre*, porque en filosofía no basta la *fe sin demostratividad y buenas obras*.

Que V. una y otra vez escribió bajo influencia del planeta *pavor*; es una de las verdades más completas que he dicho yo jamás en mi vida. Hecho que habla: ¿Cómo lejos de haber salido V. a la palestra pública por el honor de sus opiniones más favoritas, tan combatidas y martirizadas en la noche memorable para V. de 22 de julio de 1839, se presentó tan solo contra quien menos le había impugnado, por creerse V. lleno e invencible en la materia, y eso hasta tomando por pretexto una cuestión filosófica insignificante (la de si dijo o si no dijo tal Helvecio); mientras que en vez de impugnar a quien tanto y tan vigorosamente le atacara, le tributó V. inciensos y elogios que hubieran envanecido al más sólido y menos vano?³⁶ Este dato me releva de la enojosa tarea de amontonar otras pruebas; y aún he aventurado la presente al ver que V. trata de *descuartelar*. Yo también he hecho trizas la vaina de la espada.

Pues yo sí hablo de política en mis artículos de filosofía; no para tratar de política, sino para inspirar a la juventud la justa desconfianza que debe animarla respecto de unos hombres que prostituyen la dignidad de la ciencia, haciéndola servir a los fines de la política, o de intereses especiales, cuando la ciencia es un ramo independiente, y no subordinado a nadie, más que a la naturaleza. Sea V. muy en buena hora, *viajero y nada más en la nave del Estado*: yo amo demasiado a mi suelo, y estoy harto apegado a su gleba, para poder decir otro tanto, y a este título soy, cuanto alcanzan mis fuerzas, miembro activo de la colmena de la patria.

El epíteto de *Sultán* de la *filosofía* embona a su mismo inventor en más de un sentido:

1º Por querer se le crea bajo la fe y eficacia de su palabra, sustrayéndose al yugo de la ley filosófica; pues acá, en todo caso si queremos triunfar en el

36. El 22 de julio de 1839, en unos exámenes públicos del "Colegio cubano de conocimientos útiles", se suscitó una animada discusión sobre filosofía, en la que tomaron parte contra el doctor Valle, los señores Luz y presbítero Ruiz. Pocos días después, el doctor Valle inició en el *Diario de la Habana* una polémica con el presbítero Ruiz, a la que dio principio comentando ciertas frases que atribuyó erróneamente a Helvecio, en cuya polémica más tarde intervino Luz con el artículo que puede leerse en la página 85 y siguientes de este volumen. (N. de Alfredo Zayas) (Esta polémica sobre *Moral Utilitaria* se recoge en el t. II del vol. III de la B.A.C. Roberto Agramonte)*

* En la presente edición vol. I (*N. de la E.*)

campo de la ciencia, no es por el poder de la cimitarra, sino por el de la ley de la materia, por la gracia de Dios y de la discusión. 2º Título para merecer el de *Sultán*, que a V. le acomoda la variedad de sistemas para constituir el suyo, a fuer de ecléctico cousinista; al paso que a mí, aunque me llamen *exclusivo*, no me hace entrar nadie por la *fusión*,³⁷ o sea, *confusión*, que es una especie de *poligamia* y verdadero río *revuelto*, así ajena de la filosofía, como de mi carácter consecuente y exigente en prueba.

Dice V. que se “conforma con entender el movimiento de la civilización europea cuando trasciende a nuestro país”. No diré yo que me conforme con eso sólo, aunque es sí uno de mis más ahincados conatos el que se distingue, en el estudio de las causas, el oro falso del verdadero. Así es que siempre he exigido a los espiritualistas habanenses el requisito que me parece indispensable para seguir con provecho ese mismo movimiento que V. se propone comprender; es decir, buen criterio y discernimiento, pues ya que no siempre podamos tener gloria de inventar, poseamos al menos la cualidad segunda de *examinar* lo que inventan las inteligencias superiores; sin avasallar nuestra razón más que a Dios, y haciendo pagar en la aduana de nuestro entendimiento, a cuantos escritores quieran entrar en nuestra tierra, sea quien fuere.

Yo no pedí, pues, a nuestros espiritualistas que fueran originales a estilo de Platón o de Cartesio, sino que al menos supiesen siquiera *contar su cuento*, como dicen los ingleses expresivamente de un hombre llano y vulgar que se explica con lisura y al caso. Ejemplo al canto: Que los que combaten en la cuestión de la *utilidad y la ley del deber*; y ellos a responder con luengos retazos de Rossi, insertos en los periódicos (pero, señores, ¡estudien Vds. a Rossi, *asimílenle, hagan suya su sustancia*, digieran, y entonces escriban, o citenlo, o trasúntenlo, o hagan lo que quieran de él, pero siempre con conocimiento de causa!). Que se les dice que cómo es eso de tanto Rossi, que contesten a los argumentos precisos que les ponen; y ellos: “mirad, responden, como un literato tan insigne como don Alberto Lista enaltece las dotes de nuestro Rossi”; (pero, señores, no estén Vds. esperando el correo para saber cómo han de pensar o de decir lo que piensan). Dentro de breves días comenzará el público a ver un juicio crítico sobre las doctrinas del señor Rossi,³⁸ que pondrá las cosas en su lugar.

37. Vid. *Aforismos*, no. 620, posiblemente en concordancia con este pasaje (Roberto Agramonte).

38. Se refiere al “Examen crítico de las doctrinas que contiene el *Tratado de Derecho Penal*”, escrito en francés por M. Rossi, profesor de Derecho Político y Constitucional en la Universidad de París y de Economía Política en el Colegio de Francia, y traducido al idioma español por don Cayetano Cortés, cuyo *Examen* comenzó a publicarse en el *Diario de la Habana* de 25 de abril del propio año de 1840, firmándolo su autor, el ilustrado don Juan Francisco Funes, con las iniciales de su nombre (Alfredo Zayas).

Esto es lo que hacemos por acá los sensualistas: trabajar, ver modo de ejercitar el pensamiento, prenda y prez de la racionalidad y fin también para que fuimos criados. No haremos gran cosa, pero procuramos hacer, damos algunas señales de vida; *et in magnis voluisse sat est*,³⁹ y no riña con mis latines, que V. los entiende como el romance, y le gusta la lengua del Lacio tanto más que a mí.

Dice V. terminantemente que “siga yo las opiniones que más cumplan a mi punto de vanidad”. Eso es dar a entender que yo sólo por punto, y no por solidísimas razones, sustento tales o cuáles opiniones. Demuéstemelo V., y asunto concluido: en su mano está hacer *vana* mi *vanidad*.

Que V. “me desee toda especie de ventura,” lo creeré yo piadosamente, y motivos sobrados hemos tenido de querernos mucho; pero no sé si los creerá el público, no por estas cuestiones filosóficas, sino por otros antecedentes y consiguientes, que aunque enlazados con ellas, no vienen a nuestro propósito.

Así, pues, todo lo dicho hasta aquí, como no se hubiera estampado; puesto que está presto V. a entrar en discusión: sin temor de que falte a las leyes de la cortesía, quien aprecia sin embargo más que la corteza el *corazón*, y es su atento. FILOLEZES.

Habana, 17 de marzo de 1840

39. “y en las cosas grandes con la buena voluntad basta”.

VIII

EL EPÍGRAFE (I)
TERCER ARTÍCULO CONTRA LA PSICOLOGÍA
SEGÚN LA DOCTRINA DE COUSIN⁴⁰

POR FILOLEZES

(*Diario de la Habana*, marzo 23 de 1840.)

“Principis obsta”.

“Tu me coegisti”⁴¹

Porque aun estudiando la brevedad, ha de resultar dilatado mi comentario prometido a “los artículos sobre Psicología, según las doctrinas de Cousin”, paréceme lo más acertado, combinando el laconismo con la imparcialidad, reproducir textualmente cada capítulo de los cansabidos, e ir anotando brevemente, *pero en columna cerrada*, cuantos pasajes lo merezcan, dejándonos de todo punto de los muchos piropos y repulgos con que pudieran engalanarse nuestros corolarios y escolios. Será una especie de cuenta de cargo y data, por el estilo de aquellas de *pro* y *contra* que formaba el bonazo de Benjamín Franklyn, cuando se proponía ajustar el colete a cualquier cuestión en que no viese bien claro la luz, aunque mediase el lucero del alba.

¡Ea, pues, así él nos alumbré y ánimo y *ad rem*,⁴² hijo de Cousin!

Empecemos con el epígrafe. “La ciencia de las ideas ¿no es la verdadera llave de las demás, la que debe colocarse a su entrada y ocupar el lugar dado al arte del raciocinio? JOVELLANOS”.

Distingo: No señor, no lo es; (¡y cuidado que se lo niego a uno de los santos de mi devoción, a uno de los hombres que más he venerado en este mundo, a un hombre superior... a un hombre que pertenece a los varones ilustres de Plutarco!) 1º Porque existen ciencias más fáciles, y como dijéramos más materiales que las de las ideas. 2ª Porque acerca de muchos de los objetos de aquéllas tenemos infinitas nociones *primero* que acerca de los objetos de la ciencia de las ideas. 3º Porque el buen método ordena proceder de lo fácil a lo difícil. 4º Porque naturalmente nos ha de impresionar primero el mundo exterior que el interno; y traslado a la espléndida

40. En el original: “Filosofía” “Artículo II”. “Comunicado”.

41. “Resiste a los principios”.

“Tú me has obligado a ello”.

42. “al grano”.

tirada de Jouffroy, que no me dejará mentir. 5º Porque el entendimiento humano, según el exactísimo símil del amigo Locke, es al principio como el ojo, que todo lo ve, y no se ve aun a sí mismo. En fin, y por evitar prolijidad, remito al lector al cuaderno que le he ofrecido publicar, reimprimiendo en él cuanto he escrito (que no es poco) sobre la *Cuestión de método*; pues ésta ni más ni menos es la que solapadamente me quiere mover el Editor de los artículos sobre Psicología, escudándose bajo la égida respetable de Jovellanos, como para protestar así con media palabrita (¡que tal le conozco! ¿no es verdad, lector mío?) contra la resma de papel que sobre la materia he embadurnado, buscando así el peso y padrinzago de un ilustre nombre, a falta del *pondus et plumbum*⁴³ de razones con qué *contrapesar* las mías. Salga V., pues, al frente, señor mío, analicelas, destrúyalas, desmorónelas, como yo estoy pulverizando, no sus razones, sino sus tentativas o *pinitos de razón*, que así quedan ahogados en su cuna. Ahora bien; y es el otro miembro de la distinción: Jovellanos lleva fundamento, si la ciencia de las ideas se mira con respecto a las demás ciencias morales o intelectuales; y en este sentido he sustentado yo repetidamente en todos mis papeles que la Psicología o la Ideología (nombre menos pretencioso que el otro; pero no nos paremos ahora en pelillos) son el legítimo vestíbulo y antecedente de la moral, de la legislación, de la economía y aun de la lógica. Y ved aquí como el período de Jovellanos envuelve una doctrina exactísima, pues él trata de sustituir, o al menos de poner por delante de la lógica a la ideología, que es su rigurosa premisa, como que las reglas lógicas han de ser consecuencia de la observación de los fenómenos en que se ocupa la ideología, o psicología; por eso dice con mucho tino que la “ciencia de las ideas... (Ideología) debe ocupar el lugar dado al arte del raciocinio (Lógica); y tanto bastaba a nuestro insigne español para combatir la práctica viciosa de las escuelas, que era su principal propósito. Todos estos puntos quedaron, en mi concepto, harto elucidados en la Polémica que sostuve con el *Dómine* de Puerto-Príncipe en enero del año pasado, no menos que en la otra sobre el mismo asunto que midió seguidamente con el señor Adicto, polémica que se reimprimirá para los olvidadizos: *tu me coegisti*.⁴⁴ Por los demás, ideas y lógica hay en todas las ciencias; y tanto, que sin fe de ellas nadie puede formarse, ni formarlas. Pero no nos ocupemos con trivialidades y vamos a cosas mayores.

TÍTULO DEL PRIMER CAPÍTULO: CERTEZA DE LA PSICOLOGÍA

Parece que esto es una inocentada, y que no habría de llevar su nota corriente el simple título de un artículo. Pues, no señor, que aquí hay gato

43. “peso y plomo” del famoso símil de Bacon (Roberto Agramonte).

44. “Tú me has obligado a ello”.

encerrado; no que lo haya encerrado el Editor (que en esta parte lo absuelvo yo de culpa y pena) pero sí sus egregios y esclarecidos maestros. Poco a poco... ipaciencia...! lectores míos, que allá voy a satisfaceros, no os vayáis a figurar que hay aquí algo de metafísica, o sutileza, o *agibilibus*,⁴⁵ o *savoir-faire*,⁴⁶ como saben y hacen allá en las Galias; nada, nada de eso que son habas contadas, y como las contamos por acá, a lo franco Franklin, a lo macha-martillo, o a lo *macha jocuma*, como diría din duda nuestro donosísimo cuanto original y nunca bien alabado *Lugareño*, honra y gloria del Camagüey, y... y... y... El título “Certeza de la Psicología” arguye que ha habido quien dude de la certidumbre de esta ciencia; y así es la verdad, puesto que algunos filósofos se alzaron hasta contra la denominación, siendo así que sus introductores pretendían bajo de ella tratar de la naturaleza y esencia del alma, que no puede menos de sernos desconocida, o que sólo conocemos como causa.⁴⁷ Por eso dijeron que la palabra *Ideología* era menos ambiciosa y más conforme al estado de la ciencia, que no conoce al alma sino por las ideas; aplicando con más propiedad a la ciencia entera del hombre el título de *Antropología*. Ahora bien, si a la Psicología, según confiesa el mismo Editor de los artículos en su 2º capítulo, le *incumbe describir fenómenos, y nada más*, claro está que según él no le es dado penetrar la naturaleza del alma. Pregunto yo ahora, y en este sentido, ¿quién dudó jamás de la certeza de la Psicología? Entonces ¿para qué gastar la pólvora en salvas? Entonces, ¿por qué, ni para qué un hombre del mérito de Jouffroy, por no hablar de otros escolares de menos cuantía, emplea hojas y más hojas en alguno de sus mejores escritos, malgastando su excelente prosa en persuadir que de las *ideas y sentimientos*, en una palabra, de los fenómenos del mundo interior estamos *tan cerciorados (más, digo yo) como de los fenómenos del exterior?* ¿Quién ha negado eso jamás? ¿Quién puede negar verdades, hechos que conocemos, que sentimos por la íntima experiencia? De nada en el orbe podemos estar más seguros. ¿A qué, pues, fincar tal empeño? ¿Y cómo no ha sospechado V. siquiera, señor doctor, que había en ellos algún fin oculto, *argumentum non apparentium*?⁴⁸ Yo le diré el por qué en breves razones, pues si a V. le sobra la fe más explícita para creer en las palabras de tales maestros, a mí no me falta la dosis de análisis necesaria para examinar los fundamentos de las creencias ajenas y las propias. Siguen, pues, esa táctica de superchería. 1º Porque de esa manera pintan a sus contrarios a los ojos de la juventud —pues sólo a mozalbetes pueden alucinar, y a tanto aspiran por de

45. “agilidad”.

46. “habilidad”.

47. Aquí coincido con el punto de vista leibniziano respecto a la idea de *sustancia*, que para él se refunde en la de *causa*.

48. “argumento de cosas no aparentes”.

pronto— que no lee, y con esos ardides no leerá tan aína sus obras, como unos escépticos insensatos que niegan la misma evidencia, o tan torpes y groseros de testa que no pueden alcanzar las delicadezas y sutilezas de la *ciencia del espíritu*, sobre todo siendo por la mayor parte toda ella gente de *fragua y bisturí*, que en achaque de *metafísica* se hallan los pobrecillos como el *pez en la arena*. Pero adviertan los señores *calumniadores* —y yo los perdono por mi parte, porque no les queda más arma, y porque así confirman la opinión en contrario— que ni aun los filósofos más materialistas han negado jamás la existencia de los fenómenos internos. La cuestión ha sido siempre entre materialistas y espiritualistas *utrum*⁴⁹ si tales fenómenos, esto es, si las *ideas*, los *sentimientos*, etcétera son consecuencia de la *organización*, o si se deben al *espíritu*. 2º Otro de los fines que se proponen es el empeño de hacer derivar *toda* la ciencia de la fuente del hecho o hechos de conciencia, que no es tan fértil, ni completa para constituirla, como veremos a su tiempo; y cuenta que digo toda la ciencia, pues también contribuye a ella con su parte el *hecho de conciencia*. 3º En fin, y por abreviar —pues ya volveremos forzosamente sobre este punto en el curso de la corriente discusión—, tiene este ahínco por hacer pasar después bajo la capa y patrocinio de lo demostrado y evidente, lo que se halla muy lejos de estarlo. Y para prueba perentoria de ello traslado a muchos de los fenómenos intelectuales y morales que pasan dentro de nosotros mismos, y dentro de los demás hombres, que no pasan en algunos individuos, para cerciorarnos de los cuales, así como para explicar, o siquiera exponer las tendencias e influencias de los primeros, habemos de apelar forzosamente a la *experiencia externa*, único crisol donde pueden probarse y reconocerse. ¿Quiere V. ejemplos? Por no hacerme interminable, no los agrego a continuación. Si los desea V., pues, no hay más que avisar, que los daré a centenas.

¿Tuve, o no tuve, razón para decir poco ha, que sobre la *conciencia*, aisladamente, no podía levantarse toda la ciencia del hombre moral e intelectual? Resumiendo, pues, sacamos en limpio que el membrete “Certeza de la Psicología”, con que bautiza V. su primer capítulo, o indica lo que no es dado al hombre penetrar —y entonces que se borre— o señala lo que nadie ha negado ni podido negar —y entonces que se borre también—.

Luego por un rumbo, o por otro, siempre venimos a parar al mismo escollo, o al mismo puerto. Es una grandísima verdad que *el sol nos alumbraba*; pero a ningún astrónomo se le ha ocurrido, para demostrar la seguridad de su ciencia, escribir un capítulo a fin de convencer de la certeza del alumbramiento. *Ergo, a pari*.⁵⁰ Así como aunque se volviera y revolviera el tal

49. “sobre si...”.

50. “luego, por la misma razón”.

astrónomo, nada conseguiría en el estado actual de los conocimientos, si se propusiese exponer la íntima naturaleza de los cuerpos celestes; porque, como dice la Escritura, *mundum tradidit Deus disputationi eorum ut non inveniat homo opus quod operatus est Deus ab initio usque in finem*.⁵¹ Pues primero podrá el hombre rasgar el velo que cubre los cielos que penetrar el arcano insondable del alma humana. Aplíquense el texto los psicologistas, *et puis, vous m'en direz des nouvelles*.⁵²

Mandado ya cancelar el epígrafe anterior por la autoridad competente, veamos qué tan librada sale la materia que cubre con su égida. Copiemos, pues, los dos párrafos que la constituyen, aplicando los correspondientes *tópicos* a los puntos que más lo reclamen. Dice el 1º: “¿Dónde aprendemos a conocer la naturaleza humana?”⁵³ Averiguado está que nada pasa en nosotros, sin que de ello tengamos noticia acá dentro del alma.⁵⁴ Acude la conciencia como un testigo para avisarnos de todo lo que allí sucede, y no siendo el principio de nuestras facultades, sirve sin embargo su luz para

51. “El mundo —habla la Escritura— lo entregó Dios a la discusión de los mortales, de modo que no encuentre el hombre la obra que ha operado Dios desde el principio al fin”. (Luz, en *Diario de la Habana*, abril 8 de 1840). Vid. además *Aforismos*, no. 112, in fine.

52. “y después de esto,; hableme de cosas nuevas!”.

53. Respuesta mía: en la misma naturaleza *humana* y en la no humana; en la confronta del *yo* con el *no yo*, para hablar en lengua idealista. Creo empero, por la respuesta del señor Psicólogo, que la pregunta debió ser no precisamente *dónde*, sino *cómo y con qué* aprendemos a conocer la naturaleza humana; pues se contesta a sí mismo en estos términos: “averiguado está que nada pasa en nosotros sin que de ello tengamos noticia acá dentro del alma”; cuya proposición da margen a la nota.

54. Averiguado está, digo yo al revés, que muchas cosas pasan en nosotros sin que de ellas tengamos noticias *dentro* del alma, para hablar con la materialísima frase del señor espiritualista: testigos la *absorción*, la *quiliificación*, *etétera*, etcétera; y para que no se me diga que sólo se trata bajo las absolutísimas palabras *nada pasa*, de fenómenos puramente intelectuales y morales, y no fisiológicos y materiales, le preguntaré a V. si es o no en la naturaleza humana donde pasa el dolor de un recién nacido, de que aun no puede tener ni dar ideas: * ¿y los fenómenos que aún los grandes maestros no saben donde pasan, como le sucede entre otros a su predilecto de Vd. Maine de Biran, que no atina a qué carta quedarse, inclinándose a creer que algunos pertenecen al cuerpo, y otros se quedan como en terreno neutral formando una especie de puente *colgante* o en el aire, entre el espíritu y la materia? Vosotros mismo os refutáis; y así *non nostrum inter vos tantas componere lites*,** y a otra cosa; ¡y cuidado que no hablamos del *quomodo**** sino del *ubi!*****.

* Aquí cuadra bien aquello de que “ya siente, pero aún no conoce”, sin que por ende se distinga esencialmente el *sentir del conocer*:

** “No es de mi incumbencia arreglar entre vosotros cuestiones tan arduas”.

*** “cómo”.

**** “dónde”.

todas.⁵⁵ No viene de la conciencia⁵⁶ ni ésta constituye lo que pasa en nosotros.⁵⁷ Pero sería como si no pasase, a estar nosotros desprovistos del testimonio de la conciencia.⁵⁸ Su autoridad es la última prueba a que apela la autoridad de todas las demás facultades.⁵⁹ Puesto que como por ahí llega a nuestra noticia la acción de todas ellas hasta de la eminentísima de conocer.⁶⁰ A falta de conciencia, nos fueran desconocidas y serían para nosotros como si no existiesen.⁶¹ Así, tampoco hay quien no se fie plenamente de su

55. Esto es confesar paladinamente que para *conocer* arrancamos indefectiblemente del *sentido íntimo*, o *conciencia*; o en otros términos, mangüer no les plazca el son a bastanza, de la *sensación interna*, y Dios guarde a V. muchos años.

56. ¿Quién no viene, el *principio* o la *luz*? El Señor nos la dé, para salir con bien de aqueste laberinto, que harto intrincado va a ser en el que V. se mete y nos mete en el presente párrafo y su compañero.

57. Ahora caigo en que lo que no viene de la conciencia es lo que *pasa en nosotros*. ¿Quién lo duda, ni puede dudarlo? Y entonces, perogrullada por perogrullada ¿no valía más haber principiado lisa y llanamente por el principio, como todo fiel historiador, diciendo que los objetos inmutaban nuestros sentidos? Esto no lo digo yo, porque lo supongo harto evidente; pero vosotros no le decís, por no declinar a *sensus, sensus*.*

* “los sentidos, los sentidos”.

58. No quiero yo más testimonio para afincar sobre una base inexpugnable el sistema de la sensación. Pero viniendo a otra cosa, lo que afirma V. de la conciencia se aplica igualmente a otras varias facultades del entendimiento, sin cuya conjunta operación, todo *sería como si no pasase* en nuestro espíritu, pues ni aún se puede concebir que pasen unos fenómenos con independencia de los otros; ellos se suponen, y se sirven de antecedentes y consiguientes los unos a los otros. Así, al haber *percepción* hay *conciencia*, y en el acto de darse *conciencia*, ya hay *memoria*. No quiero extender más la relación del enlace de las facultades; bastando asimismo lo dicho para convencer de la vaguedad de lenguaje con que se explica V. y los de su escuela, aún en los casos en que sólo tratan de exponer los hechos.

59. ¿Pudiera yo decir con mejor modo, que sin la *sensación* nos falta todo? Mas para hablar en rigor, esto es, en ciencia, diría yo, que no como quiera es la última autoridad la conciencia, sino la primera a que apelamos, y a veces, la única, a más no poder; pues siendo a menudo falible, es menester que nos amparemos de otra tabla para escapar del naufragio. ¿Y qué tabla? La experiencia exterior, los sentidos, que se corrigen a sí mismos, y por ende corrigen también a ocasiones hasta el entendimiento. Si hay duda en esto, lloverán los ejemplos: los omitimos por obvios, y por no quebrantar las leyes del estilo anotador.

60. Es mucha la infidelidad de que se resiente el lenguaje de V. Decir “que por ahí llega a nuestra noticia” (refiriéndose a la conciencia) la acción de todas las facultades, hasta la eminentísima de conocer”, es como dar a entender, cual lo indica el *por ahí*, que media como un vehículo entre la conciencia y cada una de las facultades, quedando como más distante la *eminentísima de conocer*; que por mucho que V. la aleje o la encumbre, está *inmediatísimamente trabada* con el acto de la conciencia.

61. ¡Lluevan todos los dones celestiales y todos los premios terrenales sobre el hombre que haga concebir al hombre en esa hipótesis! Bien que el hombre de los espiritualistas no

conciencia⁶² quien no la crea, ni quien se halle destituido de su testimonio. Aunque pocos se conocen bien,⁶³ ninguno deja de contar con la conciencia,⁶⁴ ninguno es desconocido a sí mismo⁶⁵”.

Y basta por hoy, que aunque no hemos acabado con el primer artículo, acabaremos con él en primera oportunidad, reiterando que no nos haremos esperar.

FILOLEZES

Habana, 15 de marzo de 1840.

62. *Negatur*;*** que hay de sobra quien no se fie en ocasiones de su conciencia, no digo *plena* pero ni escasamente, como le acontece a cada paso a cada hijo de vecino. ¿Qué V. nunca ha dudado, no se ha visto perplejo en ningún lance? ¡Qué fortuna! Eso tiene ser de otra estofa más fina y delicada, y no estar vestido *of this mortal coil*,**** como nosotros los desterrados hijos de Eva.

* “te juzgo por tus palabras, oh mi Birano!”

** “en él vivimos, nos movemos y estamos”. (*Hechos*, XVII, 28).

*** “se niega”.

**** “de este cuerpo mortal”. *Coil* es término que usa Shakespeare para designar al cuerpo como lo que envuelve y encierra el alma (Roberto Agramonte).

63. Bien pocos.

64. Como el que hace la cuenta sin la huéspedada, lleva clavo: por no haberla hecho V. con la experiencia externa, no puede sacarse los que tiende dentro.

65. ¡Grande descubrimiento! Todo el mundo se conoce, se siente a sí mismo: esto ya lo sabíamos: ahora hemos adelantado, que no todos hacen bien una cosa tan vulgar:

misma cofradía: *ex ore tuo te judico, Birane mi!** —se formaron su hombrecito a su imagen y semejanza, es decir; a la de su conciencia, porque son *conciencistas*, aunque no *concienzudos*, hasta dejarlo de sobra. ¡Miren que es honda la consideración! Por vida mía, que me ha dejado largo espacio estupefacto y cabizbajo. ¡Conque a falta de conciencia, nos fueran desconocidas! (las facultades) ¡Conque entonces la conciencia es la misma facultad de conocer a *la facultad de conocer*, pues por ella se nos hace perceptible! “Y serían para nosotros (las facultades) como si no existiesen”, continúa V. ¿Cómo se puede ni siquiera hacer el supuesto de que existirían las facultades sin el sentimiento, cuando éste es el elemento, que en todas ellas entra para constituir las esencialmente? Sólo una virtualidad de facultades, así en globo, pudiera concederse antes de aparecer la conciencia; pero semejante consideración nada nos adelantaría, puesto que virtualmente iríamos a parar hasta el Ser Supremo, en quien existe *virtualiter* así el hombre como todo el universo; en cuyo sentido dice profundamente la Escritura que *in eo vivimus, movemur et sumus*.**

IX

**EL TEXTO DE VARELA
Y LA CÁTEDRA DE FILOSOFÍA DE TRINIDAD⁶⁶
CONTESTACIÓN AL LUGAREÑO**

POR EL CIUDADANO DEL MUNDO

(*Correo de Trinidad*, marzo 19 de 1840, y *Gaceta de Puerto Príncipe*, marzo 26 de 1840.)

Sobre el párrafo⁶⁷ de *Educación Secundaria* del artículo comunicado de que se hace mención arriba.

Señor Lugareño: Cuando yo estaba pensando remitir a Ud. un ejemplar del periódico de esta ciudad en que se anunciase al público la apertura de mi cátedra, con el objeto de que Ud. lo publicara en esa de Puerto Príncipe, por si hubiese algunos jóvenes que quisiesen estudiar filosofía, y que les viniese mejor pasar a verificarlo a esta ciudad, que caminar hasta la Habana, usted, señor mío, discurría por el contrario. No solamente trabajaba para que no viniesen aquí los príncipeños, sino que alarmaba, digámoslo así, a los trinitarios para que ni asistiesen a mi clase, ni aún permitiesen que yo abriese mi cátedra. En esto nos hemos dado a conocer ambos: usted como ciudadano de su lugar solamente y yo como ciudadano del mundo. Porque aunque yo también soy amante de mi lugar, no obsta para que en cualquier otro en que me halle, procure servir al público en lo que pueda. Con este objeto, me propuse, desde mi venida a esta ciudad, servir a la juventud de ella en todo aquello que mis cortas luces alcanzasen; y este servicio trata usted de impedirlo.

Porque, diga Ud., señor mío: ¿qué quiere decir aquello de, “convendría que en Trinidad se ventilasen esas cuestiones antes de abrirse la cátedra”? ¿qué aquellas palabras de letras bastardillas *desaprender errores*? ¿qué otras expresiones que Ud. vierte en su parrafito, y que omito por abreviar, sino el de ver si yo desisto de mis propósitos, ya sea de grado o por fuerza? Porque ello es cierto: que el entendimiento más tupido, al leer y oír las producciones de Ud. muy luego se juzgara que no soy capaz de enseñar más que errores y preocupaciones. ¿Y qué fundamento tiene Ud. para haberse formado un concepto tan bajo de mi capacidad? Usted no me ha conocido a mí más que muy de paso. Nuestras conversaciones han sido tan escasas, que una de ellas fue puntualmente para hacerle a Ud. conocer, que

66. Título de Roberto Agramonte.

67. Transcrito en las páginas 498-499.

en cierto punto discurría muy mal. Esto se lo demostraré con muy pocas palabras; pero a las que Ud., que tanto habla, no pudo contestar. (Pudiera citar varios sujetos que presenciaron aquel hecho, y decir también el punto sobre que rodaba la conversación); pero aunque esta última ya supondrán los lectores sobre qué podría ser, hablando el Lugareño lo omitiré todo por abreviar.

La segunda conversación que tuvimos no fue mucho más larga. Sin embargo, para dar al público una idea de los fundamentos que Ud. puede tener, para suponer que yo no puedo enseñar verdades, es necesario poner aquí el diálogo según y como pasó. Es el caso que habiendo Ud. oído que yo venía con objeto de abrir curso de filosofía, que me hizo Ud. estas preguntas. “¿Conque Ud. va a abrir cátedra de filosofía a Trinidad?” “Sí señor, si acaso se proporciona que se reúnan algunos discípulos, llevo ese ánimo”. “¿Supongo que enseñará Ud. la filosofía de Varela?” “No es santo de mi devoción”. “¿Pues qué piensa Ud., echarla por algunos de esos autores antiguos?” “Yo sí le he de decir a Ud. la verdad: ni me llevo con muchas de las opiniones de los antiguos, ni tampoco me gustan algunas de los modernos”. Usted siguió después hablando acerca de la filosofía de Varela, mas como yo no le diese otra respuesta, se acabó la conversación.

Es cuanto Ud. puede saber de mi capacidad y acerca también de las intenciones que yo podía tener en enseñar por este o el otro autor. Porque ni Ud. ha hablado conmigo más palabras sobre el particular; ni yo he comunicado a nadie sobre el [método]⁶⁸ y doctrina que pensaba enseñar. ¿A qué fin, pues, esa prevención a los trinitarios para que ventilen mil cuestiones antes de enseñarlas? ¿En dónde ha visto Ud. u oído decir semejante cosa? O usted no ha cursado las escuelas, o se conoce que se ha olvidado del todo de las costumbres que hay en ellas. La práctica es (porque es necesario que lo entiendan todos) que el catedrático, aún cuando haya señalado autor para que explique por él, escoge ciertas cuestiones de aquel mismo autor; que a él le parecen más fundadas en razón; haciendo a un lado aquellas que le parecen ser menos probables. Cuando no tiene autor designado por la casa en donde explica, él entonces es árbitro de escoger el que le pareciere. Así explica su facultad, y cuando llega el tiempo de los exámenes o actos públicos, entonces es cuando se ventilan las cuestiones. No sólo antes de enseñarlas, sino también antes de saber cuáles serán éstas, sólo he oído decir esto al preocupado Lugareño. Sólo en su majín ha cabido hasta ahora en lo que uno sepa, que a un catedrático que no está acorde con las opiniones de un autor; a quien no hay precepto divino ni humano que mande se siga, se hayan de ventilar sus cuestiones antes de explicarlas.

Y si no, señor Lugareño, ¿ha visto Ud. algún precepto divino o humano que mande explicar la filosofía, sólo la filosofía y nada más que la filosofía de

68. Suplido por Roberto Agramonte.

Varela? Porque en este caso no debía Ud. de acusarme a mí solo. En su mismo lugar de Ud. se ha explicado filosofía que no ha sido de Varela; y en la Habana son pocas las casas de estudio en que se sigue. Hasta don José de la Luz y Caballero, que según tengo noticias, es quizás más amigo que Ud. del señor Varela, no sigue su filosofía. Prueba evidente de que no está acorde, ni con su método, ni con sus doctrinas filosóficas. ¿Por qué, pues, no acusa Ud. a todos estos, excitando a que se ventilen sus doctrinas antes de enseñarlas? Sólo conmigo descarga Ud. su furia porque soy en Trinidad; y esto me huele a una de dos cosas: o que Ud. lo hace por mucho amor a los trinitarios, o por envidia que les tiene al ver que van a poseer una cátedra de enseñanza, que según noticias hace algún tiempo que no tiene Puerto Príncipe.

Yo, señor mío, la verdad, me inclino más a esto último, y si he de decir lo que siento, me parece que este juicio que yo me he formado está más rectamente deducido, que el que Ud. deduce cuando supone que yo sólo podré enseñar errores. Por lo menos, a mí con sólo lo que he oído a Ud. en dos días, y lo poco que he leído de sus comunicados, me sobran los fundamentos que a Ud. le faltan para formar el suyo. Por lo que quiero darle un consejo, y es que si estima al señor Varela, no diga Ud. que él ha sido su maestro, o que ha estudiado su filosofía. Pues que en el primer caso hace Ud. muy poco honor a ese señor; y en el segundo, se conoce que salió Ud. aprovechado en esto de discurrir lógicamente. Yo a lo menos, por las noticias que tengo de quién es el señor Varela, por lo poco que he visto de su filosofía, puedo asegurar a Ud. que no creo que dicho señor enseñase —ni enseña tampoco su lógica— a sacar consecuencias tan ramplonas como las que Ud. suele sacar.

Pero ¡vaya! quizá Ud. pretende que mis cuestiones sean ventiladas en Trinidad por el grande amor y aprecio que hace de los rincones trinitarios. Y en este caso, quiero darle a Ud. gusto con una condición. Yo había pensado escribir la mayor parte de mi curso. Mas al considerar que esto de escribir en la clase, acarrea necesariamente mucho perdedero de tiempo, estaba indeciso si abriría o no abriría mi cátedra. Pero ahora con el comunicado de Ud. me ha ocurrido una idea, que si no redundará en beneficio de los trinitarios será porque Ud. no quiere, (y así quedará desmentido el amor que Ud. les profesa). Ud. dice que es hombre que no le duele gastar el dinero en cosas de pública utilidad. Pues hagamos una cosa nosotros (y ésta es la condición que le dije a Ud.): venga Ud. a Trinidad; yo propondré al público mis cuestiones, mi método, y mis doctrinas, y Ud. argüirá contra aquellas cuestiones que le parezca no están suficientemente probadas; y si de la serie de nuestros argumentos delante de personas inteligentes, resultare que los a quienes yo explique mi filosofía, no hallen motivo para que por ella tengan que *desaprender errores*, entonces Ud. pagará la impresión de los cuadernos que basten para entregar a los estudiantes, a fin de ahorrarles el trabajo de escribir.

Con esta condición le aseguro a Ud. que se abrirá el curso en Trinidad, según y como Ud. quiere. Esto es: ventiladas las cuestiones antes de explicarlas. Ya Ud. ve que soy comedido, que trato de servir al público, y de dar, a Ud. gusto. Sí, señor Lugareño. No crea Ud. que yo, en explicar filosofía en Trinidad tenga un empeño decidido, con objeto de medrar con la cátedra o de conseguir alguna borla de doctor. No, señor mío, el ser útil al público, como ciudadano del mundo, es lo que me estimula, y ello nada más. En esta virtud, haga Ud. alguna cosa real por los trinitarios: no se contente Ud. sólo con adularles en sus comunicados, quizá con el objeto de criticar y vituperar más a su salvo después sus operaciones. La propuesta que hago a Ud. me parece que es muy racional, atendiendo a su comunicado. Admita-la Ud., pues, y si no, no charle a roso y vellosa. Sepa Ud. que la libertad de imprenta no es con el objeto de autorizar a nadie para que ultraje, injurie ni vitupere a otro. Ya sabe Ud. que nos manda la ley de Dios y de la naturaleza, que al difamar a otro en su reputación es un delito; y que el que quita a otro el crédito directa o indirectamente, sin más que porque se le antoja, está obligado a restituírle su buena fama.

Conque señor mío, manos a la obra si no quiere Ud. cargar con el agravio que me ha hecho a mí, y privar a esta juventud de que se ilustre a poca costa, quizá en disposición de que pueda raciocinar con más precisión y acierto que suele raciocinar Ud. Sí, mi amigo: esto de hablar a ochenta o cien leguas de distancia de quien pueda contrarrestarnos, cuesta poco trabajo. Venga Ud. acá, y si ama como dice la verdad, sólo la verdad, y nada más que la verdad; si desea que los jóvenes de Trinidad se ilustren, de manera que no tengan después que *desaprender errores*, ventilaremos boca a boca las cuestiones que me he propuesto explicar. Así lo espero de su generosidad y de su amor patrio; y entre tanto queda de Ud. su afectísimo seguro servidor que atento b.l.m. EL CIUDADANO DEL MUNDO.

X

AL CIUDADANO DEL MUNDOPOR *EL LUGAREÑO* [GASPAR BETANCOURT CISNEROS]*(Gaceta de Puerto Príncipe, marzo 26 de 1840.)*Señor Redactor de la *Gaceta de Puerto Príncipe*.

Estimado amigo y señor mío: Adjunto acompaño a V. un ejemplar del *Correo de Trinidad* del 19 de marzo, en el cual se inserta un artículo contestatorio al mío publicado en la *Gaceta* de esta ciudad del 3 del corriente, para que V. se sirva reimprimirle con esta franca manifestación en desagravio del ofendido *Ciudadano del Mundo*.

El público de Puerto Príncipe y el de Trinidad, que son los jueces más inmediatos y legítimos de esta causa, sentenciarán a su tiempo, y yo ofrezco y a la vez espero, que ninguno quedará ni agraviado no descontento. Quiero, ante todas cosas, que ambos públicos estén enterados de los antecedentes, y para eso exijo de V., señor Editor, se sirva reimprimir el artículo del *Ciudadano del Mundo*, mientras yo preparo mi contestación a los cargos que se me hacen.

Bien podrá suceder que de mi artículo *Trinidad*⁶⁹ en la parte a que se contrae el *Ciudadano del Mundo* se desprendan las consecuencias que él ha sacado; pero protesto que tal no ha sido mi intención, y entretanto lo demuestro, séame lícito exigir del público, de este público que todavía no tiene derecho de dudar de mis sentimientos, una fe racional, la fe que inspira el escritor independiente, que dueño de su opinión respeta la de todos los hombres, al mismo tiempo que las combate. En cuanto al *Ciudadano del Mundo*, quiero adelantarle también una parte de la satisfacción que pienso darle. Si a su carácter de Catedrático de Filosofía y preceptor de la juventud, no agregase otro carácter para mí más sagrado, aquél solo bastaría para profesarle amistad, amor y respeto. Aun cuando el método y doctrinas filosóficas del señor Catedrático fuesen diametralmente opuestas a las mías; aun cuando yo figurase en alguna de las banderas del cisma filosófico del siglo, será cierto que atacaría su método y sus doctrinas, pero su honrada opinión, sus intereses ¡oh! eso no, jamás, señor Redactor; y es el único agravio que leo entre los que pudiera adjudicarme en la clase de directos, personales o intencionales, contenidos en la contestación del *Ciudadano del Mundo*.

Quedo de V., señor Redactor, como siempre su amigo afmo. EL LUGAREÑO

69. Vid. páginas 495 y ss.

XI

AL CIUDADANO DEL MUNDO, RESIDENTE EN LA CIUDAD DE TRINIDAD

POR EL LUGAREÑO.

(*Gaceta de Puerto Príncipe*, marzo 28 de 1840.)

Muy señor mío: Voy a cumplir la palabra que empeñé en la *Gaceta* de 26 del corriente, con tanto más placer cuanto que pasada la primera impresión dolorosa que me produjo su artículo contestatorio inserto en el *Correo de Trinidad* número 23, puedo ya dejarle todo el lugar a la Filosofía, a la razón imparcial, olvidándome de mí mismo, en cuanto a usar el derecho de defenderme.

Enterados ya el público de Trinidad y el de Puerto Príncipe del artículo que ha dado origen al resentimiento del *Ciudadano del Mundo*, tócame demostrar que nada hay en mi artículo que difame su reputación, nada que menoscabe su capacidad para Catedrático de Filosofía, nada que ultraje, injurie, ni vitupere a criatura viviente, nada que haga retraer a la juventud trinitaria de estudiar filosofía con él, ni menos que alarme o excite a la Autoridad a prohibirle la enseñanza de esa ciencia. Al público toca juzgar y sentenciar.

Afortunadamente para mí, señor Catedrático, en la carta de inserción que Ud. dirigió a los señores Editores del *Correo*, transcribe las palabras de mi ofensivo artículo, origen del sentimiento: helas aquí nuevamente dispuestas a sufrir el más severo examen. “A propósito de educación secundaria quiero tocar un punto de gran trascendencia para la juventud trinitaria. Sé que se trata de abrir una clase de filosofía en Trinidad, y que el Lector no está acorde con el método y algunas doctrinas filosóficas de nuestro Varela. Convendría que en Trinidad se ventilasen esas cuestiones antes de abrirse la Cátedra; porque no es un grano de anís lo que se juega...etcétera. En nombre de la justicia, señor Catedrático, ¿qué hay en esas palabras contra la reputación, la persona o los métodos y doctrinas filosóficas de ningún Catedrático del mundo? En nombre de esa Filosofía, a cuyo altar piensa V. consagrarse y consagrar la juventud, ¿qué hay en esas palabras que pueda hacer retraer a los jóvenes de Trinidad, ni menos alarmar la autoridad local contra su persona, ni en sombras imponerle a V. el método ni doctrina de nadie?”

Permítame decirle, *Ciudadano*, que en aquel momento de eclipse de su razón, perdió V. la serenidad filosófica y con ella la llave de las ciencias morales, la Lógica.

Pregunta V: ¿qué quiere decir convendría “que en Trinidad se ventilasen esas cuestiones antes de abrirse la Cátedra”? Quiere decir, señor Catedrático, que sería cosa muy útil discutir por la prensa periódica de Trinidad, como se ha hecho en Puerto-Príncipe, y actualmente se hace en la Habana, para inteligencia y provecho de todos, así peritos como imperitos, partidarios como opositores, los métodos de enseñanza, y las doctrinas filosóficas en que se han dividido las escuelas desde Platón hasta Cousin; porque, como ha dicho y bien dicho un filósofo habanero, en filosofía no “se gobierna por la gracia de Dios, ni por la gracia de nadie, ni se reconoce más rey ni más roque que la discusión y sólo la discusión”.⁷⁰ Pero mal puede deducirse de tales palabras, que su método de enseñanza o sus principios filosóficos son buenos o malos, ni que los de Locke o Varela, de Altieri o Cousin son malos o buenos; porque de proponer o incitar a que se ventile una cuestión, ni se infiere que este o el otro lado es el bueno, ni de ello resulta deshonra, agravio, ni perjuicio a quien se halla con suficiencia y razón para sostener su método y las doctrinas que intente establecer. Quiere también decir, señor Catedrático, que si se establece un método de enseñanza por el cual aprenderán los jóvenes con sumo trabajo, o por el cual se facilite el explicarse y entender lo que se les explique, la juventud de Trinidad perderá o ganará su tiempo y trabajo, según sea el método por el cual la enseñen; pero lógicamente no puede deducirse de aquellas mis palabras, que el Catedrático de Trinidad sabe o no sabe cuál es el buen método, ni que el Lugareño sabe cuál es ese método, ni que quiere sujetar al Catedrático al método de tal o cual profesor. Deseaba yo, y lo deseo, que los Editores o los Articulistas de Trinidad hubiesen suscitado cuestiones de método y doctrinas, en lo cual no veo cómo, ni en qué, he atentado contra su honor, su reputación, ni su capacidad profesional; semejante intención no es de suponerse en quien se ha ceñido a manifestar un deseo, sin recomendar, ni reprobar métodos ni doctrinas de ninguna escuela filosófica. Lejos de perjudicar a nadie este deseo o invitación, le proporcionaría a un Catedrático un campo de honor y de gloria en que lucir y hacer triunfar sus doctrinas y su método; porque un Catedrático de Filosofía no es un jugador de manos que combina cubiteles y máquina en secreto para alucinar a los espectadores; ni por medio de una charla sempiterna los entretiene y distrae para que no descubran dónde y cuándo se hizo trampa. Un Catedrático de Filosofía antes de la Cátedra, y en la Cátedra, y después de la Cátedra, presenta sus doctrinas y sus métodos, sin huir jamás de la discusión y del análisis, porque los buenos métodos y las buenas doctrinas son aquellos que pueden provocar a discusión, sin apoyo de autoridad ni de épocas, ni de lugares, sino de los hechos, de la experiencia, de la razón soberana. Así, cuando yo dije: “sé que el Lector no está acorde con el

70. *Diario de la Habana* del 13 del corriente (de marzo de 1840). Art. “Filosofía”. *Filolezes*.

método y algunas doctrinas de nuestro Varela”, no he querido decir que el método de Varela (enseñar la Física con la Lógica, y enseñarlo todo en buen Castellano) sea el único bueno y acertado; lo más que podría sospecharse, por inducción, es que sea yo apasionado de Varela, o de su método, y lo que en este caso le corresponde a un catedrático es demostrar que yo estoy muy atrasado en punto de métodos, cuando hago tanto caso del método viejo y carcomido de Varela, habiendo otro flamante y militante, que ha dejado a Varela y a todos sus apasionados medio siglo atrás en la filosofía. ¿Y es esto lo que V. ha hecho, señor Catedrático? Son esas las consecuencias que ha desprendido V. de mis antecedentes? Doy de barato, que mi intención secreta haya sido comprometer a V. a entrar en una cuestión de método; ¿en qué forma, con qué palabras he mancillado su opinión literaria, he alarmado a la juventud de Trinidad, he prevenido al Gobierno contra V. o sus doctrinas? ¡Oh! señor *Ciudadano del Mundo*: su filantropía universal, que excluye injustamente del derecho a ella: V. me supone gratuitamente motivos tan bastardos e innobles que me compele a renunciar hasta del derecho de defenderme, pues hay cargos en que más humilla que se dignifica la razón, por comedida y decorosa que fuese la defensa. Prefiero el silencio, y continuó mi satisfacción en punto a doctrinas.

He dicho en mi artículo: “se trata de doctrinas que suelen acompañarnos hasta el sepulcro...doctrinas bien analizadas, cuyo resultado sea la verdad, y sólo la verdad, y nada más que la verdad...etcétera”. ¿Se infiere de aquí que las doctrinas del Catedrático de Trinidad son malas o no están bien analizadas? Si ni el público ni yo sabemos cuáles son las doctrinas de V. ¿por qué se adjudica mis palabras dirigidas a las doctrinas filosóficas en general? Si hubiera dicho: “¡Alerta, jóvenes de Trinidad! ¡que os van a enredar en el escolasticismo, o en el sensualismo, o en el espiritualismo, o en el idealismo, o en el eclecticismo, o en algún nuevo y peregrino sistema que va a ensayar a costa de nuestra inteligencia el Catedrático de Trinidad!; ¡guardaos, jóvenes incautos, de las doctrinas erradas de vuestro Catedrático, que va a llenaros el cerebro de patrañas y fanatismo! Entonces, el *Ciudadano del Mundo*, con sobradísima razón, me acusaría de mal cristiano, mal hombre, que atacaba la persona de un Profesor de Filosofía. Pero es el caso que tampoco he atacado ninguna doctrina,; he querido que se ventilen, se analicen, sin alistarme en ningún partido, ni contra nadie. Supongo que las doctrinas del Catedrático de Trinidad son buenas ¿en qué le he ofendido, proponiendo que se discutan y ventilen? Supóngolas malas: ¿dónde está la ofensa, donde el ataque a su honra, a su capacidad profesional? ¿Está V. seguro de que son buenas? Muy bien, V. lo sabrá; pero ni el público ni yo lo sabemos. ¿Y cómo haremos para saberlo?: analizándolas, discutiéndolas, refutándolas. Si está V. seguro de sus doctrinas, defiéndalas y triunfará; si no está V. seguro, sométalas a investigación y a discusión pública, que V. será también de los gananciosos: *quia sapientium est*

mutare consilium.⁷¹ Pero lo más particular es, que ni mi impugnación (suponiendo que yo lo intentase) ni la de la prensa de Trinidad, ofenderían en lo más leve a la honra, a la delicadeza, ni a la capacidad del señor Catedrático; ni de que se ventile un sistema de filosofía resulta daño a la juventud ni al Gobierno, ni a la Moral; porque precisamente el daño resultaría de dejar correr un sistema sin análisis y sin refutación.

Nos cuentan que el profeta Mahoma imponía su doctrina diciendo: “Créeme, o te mato!” En el día se juega más limpio, señor Catedrático; en el día decimos: resistete, niega todo lo que quieras, yo te convenceré, y he aquí por qué el creer no es voluntad, como dice el vulgo; creer es necesidad, es el homenaje que rinde el entendimiento humano a la verdad divina, y yo desafío a todos los Catedráticos, y a todos los escépticos a que tengan la voluntad de creer que lo que es, no es, o que crean que un error es una verdad, precisamente porque es error.

Ahora bien, señor Catedrático, ¿Si V. se opone a que se analicen sus métodos y doctrinas filosóficas; si a la simple invitación de que se ventilen, se ha exaltado V., se ha indignado y perdido, como dicen, los estribos, o el timón de la serenidad filosófica ¿qué concepto quiere V. que forme de sus doctrinas esa juventud inexperta y fogosa, a quien V. se propone sujetar a la raya de la razón y la filosofía? ¿No han de pensar que a la menor duda que les ocurra, a la más ligera resistencia que opongan al *magister dixit*, empezará V. a dar patadas sobre los ladrillos que opongan a la mesa, y a echar *ergos* a gritos y voces como antaño? Porque de su indebida exaltación resulta una de dos: o que entre sus doctrinas filosóficas entra la intolerancia como un principio; o que V. se molesta porque yo haya tenido el arrojo de desear que se nos dé alguna idea de sus doctrinas filosóficas, para que los jóvenes de Trinidad no tengan con el tiempo que *desaprender errores*. Y ya que tanto le han chocado al señor Catedrático estas dos palabritas, voy a satisfacerle sobre el concepto en que las he empleado. Yo he tenido que luchar mucho, y aún queda el rabo por desollar; para barrer y decartarme de muchos errores que mis padres y maestros me imprimieron en el cerebro. Esto no quiere decir que mis padres y maestros eran unos pícaros, borricos ni fanáticos, sino que recibieron de los suyos ideas muy falsas sobre varias y muchas cosas, y cual las recibieron, así me las legaron, para tener yo que luchar como un valiente y resistirme como un rebelde al yugo de las primeras impresiones, y de la autoridad de los mayores. Mire V., ahora me ocurre de momento una idea moral impresa en la infancia, que todavía me tiene encadenados corazón y cabeza, sin poderme zafar de ella: hablo de la idea de la Caridad pública. Los filósofos y moralistas modernos sostienen que ciertos establecimientos de Caridad y Beneficencia son perjudiciales a la moral pública y privada,⁷² y

71. “porque es de sabios mudar de parecer”.

72. Comte, *Traité de Legislation*, tom. I. lib. 2, chap. XVII.

aquí me tiene V. en una lucha terrible entre los principios de este célebre moralista, que con una fuerza lógica irresistible, conduce el entendimiento desde un principio hasta su última consecuencia, y las doctrinas de la misericordia, si no obedecidas, para mi mal, impresas, para mi bien, por la mano de mis padres y maestros, en mi corazón y en mi cerebro. Pues le juro a V. que ahora, en este instante fluctúo en un piélago de dudas y de incertidumbres, como el buque sin timón, sin velas, sin pilotos, ni más esperanzas de no sumergirse que el lastre de las primeras impresiones y doctrinas. En este sentido he usado de las palabras más difíciles de *desaprender errores* que aprender verdades. Pero esto no es decir que el Catedrático de Trinidad va a enseñar errores, o sólo podrá enseñar errores; yo ignoro absolutamente lo que enseñará y me he limitado al deseo de saberlo. En las ciencias morales, la verdad no es más que una; pero allí está el *ergo*: en apoderarse de la verdad. Para buscarla no hay otro camino que el de la investigación; para encontrarla no hay otro método que el análisis; para apoderarse de ella no hay otro derecho ni otra autoridad que la razón, o en término más de moda, la conciencia. Ahora diga V. ¿cómo nos apoderamos de la verdad filosófica, si no investigamos, analizamos y convencemos?

He concluido mi penosa tarea, en la parte satisfactoria, única que me he propuesto desempeñar. He querido satisfacer a V. de la pureza de mis sentimientos, y del respeto que por más de un título le debo. Si lo he conseguido, el público lo dirá y V., si no queda satisfecho, podrá enseñar a perdonar las injurias, y a no ser sólo cristiano en apariencias. Yo entre tanto, deseo que abra V. su curso de Filosofía y disponga del afecto y respeto de su más atento y S.S.Q.S.M.B. EL LUGAREÑO

XII

EL EPÍGRAFE (II)
CUARTO ARTÍCULO CONTRA LA PSICOLOGÍA
SEGÚN LA DOCTRINA DE COUSIN

POR FILOLEZES

(*Diario de la Habana*, marzo 30 de 1840.)

“You are nothing, if you
are not critical”.⁷³

SHAKESPEARE

Parecería agotado el manantial de notas que ofrece el párrafo 1º de nuestro psicologista con las que llevó en la parte anterior del presente artículo, que estando en razón de 13 notas a 19 líneas, apenas hubo renglón que no sacase su merecida. Pero ahora verá el lector que aún prescindiendo de ampliar las ya puestas, dos por lo menos se quedaron en el tintero, y han ocurrido como *espontáneamente*, al oír releer el mal parado parrafillo.

Dícese en él que “*acude* la conciencia como un *testigo* para avisarnos de todo lo que allí sucede”. En primer lugar la observación que hice en mi anterior sobre el mal empleo de la frase “por ahí llega a nuestra noticia, etcétera” hablando del ministerio de la *conciencia*, se aplica igualmente con todo rigor al caso presente. Es en efecto un modo inexactísimo de expresarse el decir que la *conciencia acude*, cuando la conciencia es el mismo acto de sentir internamente, y si bien se puede marcar *analíticamente* como distinto del de *conocer*, está íntimamente enlazado con él y con otros muchos, algunos de los cuales acontecen simultánea o casi simultáneamente los unos con los otros. En segundo lugar —y el reparo que vamos a poner es un comprobante del primero— tampoco es fiel a la historia de nuestras facultades que pinte a la conciencia como un *testigo*, y nada más, cual lo hace V. con su escuela en el pasaje a que aludo. La conciencia es a un tiempo *testigo y actor* en este drama que se representa interiormente; pues aun cuando no le demos un papel tan *activo* como a la facultad de raciocinar, v.g., todavía hay distancia de ser *testigo* a sentir ella misma como siente, a tener una parte tan inmediata en el juego de acciones y reacciones que sin cesar están sucediéndose por allá dentro; y aún suponiendo *pasiva* a la conciencia respecto de la *activísima* facultad de raciocinar, todavía media un enorme trecho entre su pasividad y la mera atesti-

73. “Nada eres, si no eres crítico”.

guación, o testimonio, a que la reducen y arrinconan sus decantados encumbradores. Véase ahora mi doctrina, o, mejor decir, mi relato. La conciencia así como la inteligencia, la voluntad y demás fenómenos interinos, es uno de tantos efectos dependientes todos de la misma causa; efectos que, cada cual a su vez, pueden ser y son causa de otros infinitos; y cuyo carácter es tan rigurosamente fenomenal, cuanto aparecen y desaparecen, y andan más o menos juntos o separados, pero siempre enlazados, y algunos presuponiéndose indefectiblemente los unos a los otros y aun coexistiendo varios simultáneamente. ¡Síntesis completa y admirable, que vosotros destrozáis, no desmenuzáis, con vuestro análisis inexacto e infiel!; siendo muy de notar que la misma escuela que más lleva en los labios la síntesis, que más la acata de palabra, que más ha echado en rostro al siglo XVIII el abuso de análisis —a ese siglo XVIII a quien nunca *digerirá* la secta espiritual doctrinaria, más corporal y *positiva* que toda la falange de materialistas reunidos—, sea cabalmente la que más quebrante los fueros y traspase los lindes de uno y otro.

Estos señores tienen siempre la de no perder con su espadilla de dos filos: si se les analiza cualquier fenómeno en sus elementos sabiendo hasta su origen, entonces claman por la síntesis, diciendo que dejamos las cosas como están, en su estado actual, envueltas en la corteza de la ignorancia humana, sin duda para que no se descubran, ni se vean en su verdadero punto de vista, persuadidos de que la luz no se hizo, antes es dañina (al menos en abundancia y de golpe), para los ojos de los mortales. ¡Humillémonos, pues, ante las sacratísimas tinieblas de la buena fe! Y si se les dice que ellos en sus análisis abstraen, personifican y dan vida separada a sus abstracciones como cosas existentes por sí y ante sí, entonces apelan a la diversidad de actos para abroquelar su pecho y autorizar la usurpación, que no merece otro nombre su procedimiento, pues entre los fenómenos internos no median esos abismos que ellos suponen, y pregonan, para aturdir a la pobre juventud; ni es siempre esencial esa diversidad, sino muy a menudo más bien de especie que de género: así, v.g., nadie pretenderá que por ser el oír diferente al ver deja de constituir tan sensación el un acto como el otro —fuera de que en la naturaleza todo se verifica y se enlaza al mismo tiempo; y ved aquí a la variedad constituir lejos de destruir la unidad: síntesis sublime a donde ha de venir a elevarse toda ciencia que merezca el nombre de tal, por los pasos contados del análisis. Verdad es que el caudillo de esta escuela es el primero en clamar; que la ciencia separa para explicar y nada más; porque todo está unido y enlazado en la naturaleza de las cosas. A lo cual contesto que en guerrero tan hábil y ducho en estas lides no podía quedar el negocio por ostentar los principios más bellos y luminosos, y máxime cuando esos mismos sirven como de patronos y padrinos para escoltar a los más tenebrosos, y como de salidas en lance crítico y apurado para proporcionarse una retirada. La dificultad está en ser consecuente con las máximas que se proclaman.

Por eso dije en cierta ocasión que había dos, o por decir mejor, tres mrs. Cousin. Uno, celoso promotor de la educación, elocuente orador, historiador de la filosofía, si se quiere (pero no filósofo), y a éste adoro; otro, que proclama principios magníficos, dignos del siglo y de la humanidad, aunque no peculiarmente suyos, y a este tomo la palabra; y otro finalmente que confrontado y cotejado con sus mismos principios, se le halla tan olvidado de todos ellos, que es un verdadero apóstata, lejos de ser un apóstol de la buena causa. Muy fácil sería desempeñar perfectamente una obra, muy consecuente a su título —cosa algo rara entre los metafísicos de nuevo cuño— y sin echar mano de pruebas sacadas de otros manantiales, una obra que se titulase *El eclecticismo refutado por sí mismo*. Si V. quiere que yo pruebe mi tosca mano, como vía de *verbi gratia* escogeremos un capítulo de su maestro, uno de aquellos en que más traba la pelea con el buen Locke (que es quien les ha enseñado lo poco que saben, ingratos!) y veremos qué tal le va, que para muestra del paño bastará y aún sobrarán un capitulito; y vea aquí el público insensiblemente, y sin querer, la causa por la que, aún cuando no me hubiesen agobiado otras preocupaciones, no hubiera yo dado la versión de Cousin íntegra, como le prometí; pues habría sido un verdadero cargo de conciencia el estar a cada paso volviendo a contestar los mismos argumentos que bajo diversas formas reproduce este escritor en el discurso de sus obras, y tornando a desbaratar los propios idénticos ardidés que para sacar adelante sus delirios, y sus *designios* —ésta es la palabra — constantemente emplea y revive.⁷⁴

Parecíame bastante esa muestra para inspirar a la juventud una justa desconfianza, y los medios de seguir por sí mismo deshaciendo las tramas de ese protipo de la sofistería.⁷⁵

74. Tarea que ya desempeñó en octubre próximo pasado, aun a satisfacción de muchos, que del tiro dejaron de pertenecer a esa *escuela*, aunque todavía pertenezcan al mismo *partido*. Es muy chistoso, empero, lo que propalan no pocos de ellos. Dicen que ni pueden ya sustentar sus antiguas opiniones, ni atacar las mías; pero que no están, sin embargo, convencidos. Entonces, la cuenta es clara: “estudien antes de escribir”. Mas no es eso precisamente lo que encierra esa declaración. No; ellos lo que quieren a todo trance es negarme que tengo razón, y primero me conceden que soy hasta un *gigante*, por tal de no concederme la razón. Yo creo todo lo contrario, esto es, que soy un pigmeo, pero que ni los gigantes pueden resistir a un pigmeo que tiene razón. Por eso he dicho siempre que no tengo ni a honra el refutar a Cousin, pues me parece obra tan fácil y hacedera, que no alcanza más mérito que el de la buena intención y los buenos afectos. En fin, si aún no estáis convencidos, vamos a conferencias públicas o privadas. Podríamos fijar la cuestión con una nueva muestra. ¿Qué tal le parece a V. la impugnación hecha por Cousin a la idea imagen de Locke? Ella es el triunfo de la ciencia del maestro en el concepto de todos los discípulos. Pues yo la impugno: ¿Puedo elegir más a vuestro sabor?

75. No hay que asustarse: que donde las dan, las toman. El *moderadísimo* Jouffroy (y dígolo sin ironía) repetidamente hablando de Jeremías Bentham le echa en cara su *profundísima* ignorancia en materia de Psicología, lo que no es tan verdad como la sofistería de nuestro hombre; y el parvulillo de Edgard Quinet.

Bien sé que me dirán que Hamilton, uno de sus formidables antagonistas en el extranjero, habla de Cousin en los términos más respetuosos y encomiásticos, al punto de asentar que, todo bien considerado (*taken all in all*), es para la Francia único en su línea (*he stands alone in France*). Empero, si se traen a colación todos los antecedentes y pasajes de ese admirable artículo de la *Revista de Edimburgo*, para valerme del epíteto con que lo hubo de caracterizar el mismo Cousin, casi nos inclinaremos a creer que estos elogios que se le tributan, envuelven precisamente la sátira más amarga que imaginarse pudiera, no ya sólo contra el elogiado filósofo, sino contra la parte filosófica de la misma nación a que pertenece. Vamos a manifestarlo brevemente, cotejando a este propósito algunos lugares del mencionado artículo, que espero no me dejarán deslucido en la demanda.

Dice primero Hamilton que “dos mil oyentes escuchaban admirados la exposición de unas doctrinas, inteligibles para la mayor parte”; de suerte que entró de moda en París el ir a escuchar a Cousin, rasgo con que de paso, pintando Hamilton el carácter nacional propagandista del pueblo francés —que yo por otro lado antes alabo que vitupero— da a entender bien a las claras que no abundaban allí los que pudieran juzgar competentemente en tales materias. Después de seguir Hamilton por este tenor haciendo reseña del ruido e impresión que causó la filosofía de Cousin no sólo en la capital, sino hasta en las provincias más remotas del reino, pasa a establecer la cuestión en estos términos, antes de entrar todavía en asunto. Y primero que procedamos a trasuntar, ruego al lector advierta y pese el empeño del crítico escocés en tomar nota circunstanciada de cuanto concierne a patentizar el influjo de semejante filosofía en Francia, haciendo de esta manera más gloriosa su refutación para el mismo, y rebajando en igual proporción las honras filosóficas de la nación francesa. Copiemos pues el pasaje: “Ni son desproporcionadas las pretensiones de su doctrina (la de Cousin) a la atención que hubo de atraerse. Pretende nada menos que ser el complemento y conciliación de todas las opiniones filosóficas, aspirando su autor a la gloria de haber puesto la clave en el arco de la ciencia, con el descubrimiento de principios no observados hasta aquí entre los fenómenos de la conciencia”. Sin ir más adelante, veo yo aquí ya, y verá el más miope, cierto aire sarcástico no muy embozado en las palabras de nuestro revisor; máxime para quien esté familiarizado con el estilo de los escritores ingleses, a quienes de la vena por esta nota (*humour*) más de lo que se figuran aquellos que los tienen por los *archigraves* de la cristiandad; sospechas que casi se convierten en realidades cuando después de exponer la doctrina del eclecticismo, reproduce la misma idea, contrayéndose a fechas, y hasta empleando el lenguaje que se usaría para señalar un descubrimiento o invención en las ciencias naturales o en las artes. Aquí están las palabras

que no me dejarán mentir: “Este eclecticismo está contenido en el sistema anteriormente expuesto; y la posibilidad de semejante filosofía universal (quiero ser literalísimo, hasta con mengua de la elegancia, que así lo pide el caso) fue primeramente sugerida u ocasionada por el *descubrimiento* de M. Cousin en el año 1817, (esto es tratar a un hombre hasta de candoroso; al menos, a mí me lo parece) sobre que “*la conciencia contenía muchos mas fenómenos que los que se habían sospechado hasta entonces*”.

Pero corroboremos más nuestras sospechas, después de tantos encomios y alabanzas con que ensalza el solidísimo cuanto astuto revisador, a fuer de escocés, a nuestro fundador de la nueva escuela (que para la ciencia, no para la política y su partido, se quedó en proyecto) como si se empeñara en enaltecerle más y más, para hacerle infinitamente más sensible la caída (*tolluntur in altum, ut lapsu graviore ruant*);⁷⁶ encomios y alabanzas en que también pueden tener su parte las mismas doctrinas del crítico, perteneciente a la escuela escocesa, como reconoce y confiesa en aquellos lugares de su artículo en donde insinúa, que la “filosofía de la sensación es tan triste en sus consecuencias”, pero no *prueba* que sea mala, o errónea: pues demostrada su verdad, ya no es mala, ni puede serlo. Pero prescindiendo ahora de esta cuestión, que no es para tratarla por incidencia, y que ya ventilaremos otro día, de la circunstancia de ser Hamilton no como quiera de la escuela filosófica de su nación, sino antagonista marcado del sistema de las sensaciones, saco yo un nuevo argumento invencible, sobre todo para mis contrarios que en tan alto predicamento tienen el *sanctasancorum* de la autoridad. ¿No es cosa muy digna de notarse, sin duda, que partiendo los escoceses y los sensualistas (pero aquí tengo que agregar también a la falange de *idealistas* de Alemania, donde no como quiera no ha hallado eco el eclecticismo, sino que se han reído de él a las claras, *et tout en rendant justice au mérite de M. Cousin*,⁷⁷ como literato, como historiador de la filosofía, como promotor de la instrucción pública, como traductor de Platón —aunque esto después y *d’après*⁷⁸ los trabajos inmensos del divino Schleiermacher— ¿no es cosa muy digna de notarse sin duda, repetimos, con ese gran refuerzo venido de Alemania, que partiendo escoceses, sensualistas e idealistas de puntos tan diversos o contrapuestos, vengan todos a parar en el mismo blanco, convergiendo todos sus tiros en la mal arquitectonada fábrica del eclecticismo? Pero continuemos con nuestros extractos; y a fe que levantado por esas alturas, se me había ido de la conciencia el *Psicologista* de la Habana.

76. “se elevan para que sea más fuerte la caída”.

77. “al mismo tiempo que reconocen el mérito de M. Cousin”.

78. “según”.

Iba diciendo que después de prodigar Hamilton a Cousin esos espléndidos elogios, después de indicar que el mismo Víctor *conocía* (*¡atención!*) “que la intuición intelectual, piedra de escándalo hasta para él propio, sería una solemne necesidad a los ojos de sus compatriotas” (más que solemne, *famosa* —dice el original— *arrant foolishness*),⁷⁹ después de echarle en cara la omisión del nombre de su maestro Schelling en todo el discurso de sus *Lecciones*, en que tan a menudo debiera citarlo por las materias de que trata,⁸⁰ y después en fin de otras muchas especies y recuerdos, que aunque vienen a cuento, serían muy largos de contar, y ya se hará en su día, le suelta las flores, o espinas, del tenor siguiente:

“Aquellas dificultades —le dice— que asaltan, ya sea contra la doctrina del *absoluto* en general (alude al sistema de Schelling y demás doctrinas idealistas), ora contra su modificación peculiar (la de Cousin) de aquella doctrina, son *estudiadamente* eludidas, o solamente resueltas por otras mayores. La aserción se pone en lugar de la argumentación; alérganse hechos de conciencia que la conciencia jamás conoció; y *paradojas* que eluden o frustran (*baffle*); los argumentos se promulgan “como verdades intuitivas que no necesitan de confirmación” (*above the necessity of confirmation*). “Con todos los sentimientos debidos de respeto hacia M. Cousin como hombre de instrucción y de talento, nos vemos obligados a mirar los fundamentos sobre que se esfuerza en establecer su doctrina (*hear; hear; hear!*)⁸¹ como *erróneos, inconsecuentes y suponedores*”. (Es mas fuerte el original *assumptive*, derivado del latín *assumo*, que vale tanto como *gratuito, apropiádoselo por el mismo interesado*, en fin, sin pruebas, contra viento y marea, por virtud de la fe y de la gracia, *gratis data*,⁸² porque le da su regalada gana, sultanescamente, a lo *sic volo, sic jubeo, sit pro ratione voluntas*,⁸³ pues *la voluntad*, en expresión del profundo Pascal, *es el órgano de la creencia*; pero no por la gracia y eficacia de la demostración, que es lo que acá, sin duda equivocadamente, bautizamos con el excelso nombre de la ciencia.) Para afianzar la verdad de nuestros asertos, manifestaremos, en primer lugar, que M. Cousin está *fallo* en todas las autoridades que cita en favor de la opinión de ser lo absoluto, infinito, incondicionado; una noción primitiva *conocible* por el entendimiento; en segundo lugar, que su argumento para probar la *co-realidad* (*co-reality*) o co-existencia de sus *tres ideas* —la trinidad favo-

79. “rayana necesidad”.

80. Bien que de este cargo se sincera o procura sincerarse Cousin, y a mi entender con algún fundamento, al fin de uno de sus cursos.

81. “¡Oigan! ¡oigan! ¡oigan!”.

82. “dada graciosamente”.

83. “así lo quiero, así lo ordeno, sin más razones que mi capricho”.

rita, la que encuentra siempre en el fondo de la *ciencia antigua y moderna*; y la hay en algunos fenómenos del mundo, y la explicaré a su tiempo y a mi modo— prueba *directamente* lo contrario; en tercero, que las condiciones bajo las cuales solamente concede él que sea posible la inteligencia, excluyen necesariamente la posibilidad del conocimiento del absoluto (esto se llama en buen romance libar a *pleine gorge*⁸⁴ la copa de la contradicción); y en cuarto y último, que lo absoluto, según su propia definición, “es sólo un *condicionado y relativo*”. Ahora entra la famosa refutación; pero no siendo mi ánimo por el momento, según recordará el benigno lector, hacer una historia de ella, sino tan sólo apreciar en su justo valor, depurar, como si dijéramos, en el alambique los inciensos quemados por el sólido escocés al *nebuloso* francés, según expresión de una pluma compatriota y contemporánea, que es pluma, si las hay,⁸⁵ daremos desde aquí un salto a pie juntillas hasta plantarnos en derecha en el mismo final del artículo, cuyo resultado es lo que más hace ahora a nuestro propósito, con dolor de dejar en el medio tanto como nos viene asimismo no menos de molde, y que cierra en estos términos: “Según el tenor de nuestras anteriores observaciones, es innecesario decir que miramos la tentativa de M. Cousin de establecer una paz general entre los filósofos, con la promulgación de su teoría ecléctica, como una *señalada fallida*” (*as a signal failure*) *una especie de punto en contra*, o de prueba *contra producentem*.⁸⁶ Y como si todavía al despedirse quisiera el Caledonio echar el resto a sus lecciones, después de tornar a elogiarle, concluye dándole una de las más graves e impresivas que jamás se dieron a un filósofo en las palabras de otro tan olvidado como perspicaz, a saber: *magna, immo maxima, pars sapientiae, est quaedam aequo animo nescire velle*,⁸⁷ escollo donde han de venir a estrellarse las pretensiones de los ontologistas, quienes, a manera de Ixión, con el símil de nuestro crítico, abrazan una nube por una deidad.

Dígase ahora, después de esta rápida reseña de los pasajes citados, si no está Hamilton en realidad mucho más fuerte que yo en su lenguaje; sin comparación, fuerte *in re et in modo*.⁸⁸ Y dispénseme el benévolo lector esta larga digresión, que no podía ser más breve, en gracia de mi anhelo por satisfacer a cuantas especies de dudas, reparos y aún cargos se me dirijan, fundados o infundados; pues mi táctica es oír todo, y todo

84. “a boca llena”.

85. Cormenin.

86. “prueba en contra del argumento”.

87. “la sabiduría consiste en gran parte, es más, en su mayor parte, en resignarse [de buen grado] a ignorar algo”.

88. “en el fondo y en la forma”.

discutirlo. Adrede he aprovechado la presente coyuntura para responder a algunos murmullos, que aunque no muy recios, han llegado hasta mi oído, sobre la especie de denuedo con que hablo yo, vil gusano de la tierra de Cuba, de un sabio como M. Cousin, al paso que un Hamilton, el primer crítico de la época en concepto del mismo criticado, y no el postremo de los filósofos, lo hace en los términos más respetuosos y encomiásticos. El lector ha visto como esos inciensos se han resuelto en el humo, quedando en el fondo de la cucúrbita las realidades o *caput fortuum*⁸⁹ de la denodada impugnación del impertérrito escocés. Pero si todavía no estuviese satisfecho en el particular, tenga presente: 1º Que Hamilton en el eclecticismo no combate más que el eclecticismo; mientras que yo en el eclecticismo combato al mismo tiempo la *resurrección* del espiritualismo; por lo cual he tenido que entrar en los antecedentes y tendencias de esta escuela en Francia; en una palabra, hacer ver sus miras políticas, para descargarle un golpe en el mismo corazón, que acabara de desacreditarla en nuestro suelo, completando así la obra de análisis de sus principios, toda vez que el entendimiento humano queda más cabalmente satisfecho y tranquilo, cuando se le deslinda el origen hasta de las más ridículas preocupaciones, máxime, suponiéndole, cual debemos suponerle, en el caso presente sobre todo, con el candor e inocencia de la mocedad, como atónito y espantado de que varones por otra parte tan recomendables sean capaces de embaucar y de enseñar patrañas. Bastóle, pues, a Hamilton ventilar lisa y puramente la cuestión de principios, y nada más. 2º El escocés escribía en un terreno, que por confesión del mismo Cousin, lejos de ser a propósito para aclimatarse la semilla de su doctrina, le era antes bien adverso e ingrato; en suma, escribía en medio de una paz octaviana; acá estamos escribiendo entre el estruendo de las armas, después de haberse repetidamente empeñado la lucha; lucha tanto más necesaria, cuanto corríamos el riesgo inminente de que germinaran y fructificaran semejantes doctrinas en nuestro suelo virginal. 3º Pudo también ser la mente del Revisor de Edimburgo contestar, guardando las formas establecidas por los franceses en sus polémicas, o sea, elogiar *primero*, para después *clavar* más hondamente la espada; en guardando en Francia lo que llaman *les convenances*,⁹⁰ puede uno hacer cuanto quiera hasta contra las más lícitas y naturales impulsiones del hombre (¡loor al triunfo de la civilización!) y Hamilton no quería abandonar un arma que hacía doblemente eficaz su ya temible impugnación. Yo ni he querido ni debido hacer otro tanto; pues aunque supiera efectuarlo, ni es propio de mi carácter franco y abierto, ni había de ofrecer muestras

89. "escoria".

90. "las formas".

solapadas de cortesanía quien trataba de dar ejemplo de filosofía clara y manifiesta. Pero supongamos que mis expresiones sean sobrado fuertes, y sólo más. Pues bien, si pruebo rigurosamente su rígida exactitud, no hay más que pedirle a un filósofo por los que precian de *filósofos*; lo demás sería posponer el fondo a la forma, preferir las apariencias a las realidades, y esto no es ser filósofo. Yo no repruebo la conducta de los demás; haga cada cual lo que le acomode, yo no hago más que justificar la mía. ¡Anduviéramos con mano suave sobre esas doctrinas, y veríamos si echaban raíces y alzaban cabeza entre nosotros! *Principiis obsta*.⁹¹

Iba ya a escapárseme con tanto divagar⁹² la segunda observación de las dejadas en el tintero acerca del mismo párrafo 1º del Editor de los artículos psicológicos; y la reduciré a una simple pregunta, porque ya va siendo preciso dar punto por hoy. Dice V. que “la conciencia no es el principio de nuestras facultades”, en lo cual corremos de acuerdo. Pero, ¿se servirá V. decirme, que entiende por *principio*, contraído a la cuestión? Y en tal caso, ¿cuál es el principio de nuestras facultades? Por lo demás, no sé que a nadie le haya ocurrido la idea de que la *conciencia* pueda ser el *principio* de nuestras facultades; en fin, definamos lo que aquí es *principio*, porque de lo contrario no adelantamos un paso en la carrera.

Y con esto despedámonos ya del párrafo 1º sin andar tan pesados sobre el 2º, que apenas necesita más comentario que dejarlo hablar por su propia boca. Pues que hable:

“Algunos elevan el procedimiento natural⁹³ de la conciencia al rango de un arte o de un método.⁹⁴ Esos por medio de la reflexión, que es al modo de una segunda conciencia, o una reproducción libre de la natu-

91. “Oponte a los principios”.

92. Conozco mi pecado; pero hay divagaciones más útiles al asunto principal que todas las *oportunidades* imaginables, y sobre todo, como no sobra el tiempo para escribir; es menester aprovechar las coyunturas que se presentan para decir verdades útiles, no sea que se vayan a olvidar y perder.

93. Aun suponiendo que haya otro procedimiento *no-natural*, o adquirido o *artificial* en la conciencia, ¿sigue acaso distintas leyes? Entonces ¿para qué es distinguir con el epíteto *natural*, cuando sólo se trata del procedimiento, esto es, de los trámites que observa la conciencia? *Difficile est proprie communia dicere*.*

* “Es difícil expresar con elegancia las cosas vulgares”.

94. Veamos claro: ¿Elevan el procedimiento a arte o a método? porque puede ser a las dos, o a una sola de las dos cosas, no siendo ellas palabras *sinónimas*. Pero sea lo que fuere, el procedimiento nunca se elevará ni a uno ni a otro; pues el *arte* se reduce a las reglas que la observación puede haber dictado, pero que no constituyen la misma observación, y mucho menos el procedimiento o pasos de la naturaleza; y el *método*, como lo dice bien este término griego, es el *orden* que se sigue, bien sea en la observación, bien en las reglas; así es que hay *método* tanto en la *ciencia* como en el *arte*, sin que ni uno ni otro sean el método mismo.

ral,⁹⁵ logran reconocer y distinguir sus fenómenos, y darse cuenta de todo lo que allí aparece, mediante la observación interior”.⁹⁶

95. Quieto, ¡que aquí hemos dado con algo y aún algo de lo que buscábamos! Vamos a ver si le entiendo a V. ¿Con que la reflexión es lo que se contrapone a la conciencia llamada por V. *natural*? Muy bien, y admitido esto, por admitirlo, no por deberlo admitir; ¿cómo asienta V. enseguida que es (la reflexión) una reproducción libre de la *natural*? Entonces es también *espontánea* la reflexión; y en tal caso, ¿qué la distingue de la espontaneidad, según vosotros mismos, y en vuestra propia jerga? Bien sé que lo espontáneo no es sinónimo de lo *libre*. Pero entonces va a crecer la dificultad, porque —pregunto— ¿es hija o no es hija la reflexión de la voluntad? Puede demostrarse que lejos de serlo siempre, a veces se verifica aquella función contra el anhelo de la voluntad. Luego no puede llamarse con verdad a la reflexión una *reproducción* libre, si todos los actos de esta especie han de ser hijos legítimos de la voluntad.

96. Esto no está perspicuamente explanado, y así induce a errores, sobre todo a la juventud; siendo de advertir que un gran número de mis reparos versen sobre inexactitudes de lenguaje, aún sobre aquellos puntos en que convenimos, pues lo mejor de V. y de su maestro se halla más adelante, en el cuaderno. El hablar a los alumnos de *observación interior*; sin más explicación, es darles a entender que existe una *observación interna* diferente de la que recae sobre los objetos exteriores; y a fe que de esta manera proceden más lógicamente que sus institutores, pues en rigor no hay tal diferencia sino de parte del *objeto*, y no de parte del *sujeto*, ni del *procedimiento*, ni de los instrumentos en mucha parte con que se verifica la observación, así respecto de lo que pasa en el mundo externo como respecto a lo que ocurre en el interno; y en buena ciencia, y en buen método no se debe distinguir por la diversidad de principios. Lo que debía decir este párrafo en idioma claro y perceptible, y la lengua es el espejo de la idea, se reduce a lo siguiente. Que así como hay hechos en el interior, cual los hay en lo exterior; y que los segundos se discernen por medio de la observación, o de las facultades para ella empleadas, de la misma manera, aplicando la propia observación a los que pasan en lo interior, llegarán también a discernirse, a pesar de su delicadeza. Y no se crea que es simplemente de lenguaje o de exposición la diferencia que versa entre una y otra escuela en el particular; es mucho más importante de lo que parece y por lo mismo vale la pena hacer la diferenciación. Efectivamente, en el empeño de los psicólogos espiritualistas por distinguir la observación interna de la externa se proponen hacer creer a la juventud que son cosas diversas, y que los fisiologistas no estando habituados a aquel género de observación, no son capaces de elevarse hasta ella, siendo así que el método es uno y sólo uno en todos ramos, y que con el mismo entendimiento con que observo yo las reacciones químicas, v.g., observo las leyes de la vitalidad, y cuantos fenómenos pasan dentro de mi propio, sin más diferencia sino que en unos casos tendré que emplear los ojos y otros sentidos externos, pero junto con el sentido íntimo, y en otros sólo este sentido, pero en ambos casos junto siempre con el entendimiento, que es quien en todos observa. Luego toda observación es *interna* y *externa*, o ninguna debe distinguirse por lo que realmente no las distingue.* Ahora que se me diga, que el hombre que esté acostumbrado a observar en un ramo, acertará más en él que quien no lo esté, ya se comprende, así como por la misma razón el que se halla habituado a observar un ramo análogo o inmediato o relacionado con los objetos de la nueva observación, será más apto que otro alguno *ceteris paribus*** para el nuevo ramo. Por eso, y por ser tan delicados los objetos sobre que tiene que ejercitarse la observación del médico, o filósofo natural que examina las sutiles leyes de la vitalidad, hallo más a propósito a esta clase de investigadores que a ningunos otros, incluso los

A fuerza de atención, de voluntad⁹⁷ y de ejercicio, se alcanza el observar los hechos interiores a la manera que se consigue discernir, determinar y esclarecer los que caen bajo el dominio de la observación exterior.⁹⁸ Queda pues constante y patente la autenticidad de los hechos interiores, a fe de la conciencia.⁹⁹ Por eso se ha dicho que la Psicología es “la ciencia del yo distinta del objeto (*no-yo*),¹⁰⁰ escrita por la reflexión al dictado de la conciencia y la memoria;¹⁰¹ por eso es la historia del alma”.¹⁰²

Y hemos concluido con las notas, no con los reparos que todavía ofrece el 2º párrafo de su folleto. ¿Quiere V. que le diga con mi genial franqueza la observación que me asalta en los momentos de levantar la pluma? Hela aquí: paréceme que, no de ahora, sino de algún tiempo a esta parte, se hallan algunos de Vds. o convencidos plenamente del error de sus opiniones, o al menos vacilantes en casi todas ellas. Si eso es así, citen, emplacen y concentren cuantas chispas de magnanimidad tengan derramadas por todo el ámbito de su *yo*, y confiesen paladinamente que se alegran de haber sustentado sus opiniones por haber ofrecido ocasión para que se presenten a mayor luz las doctrinas verdaderas y comprobadas; o no decir cosa nin-

97. Esa prevención no es menester hacerla para la masa de observadores, porque se entiende; y mucho menos dirigiéndose a los de la escuela que enseña que *toda atención es hija de la voluntad*, aunque esto no siempre es verdad, como ya lo veremos a su tiempo: bien que ya V. lo vio *in illo tempore*.

98. Véase la nota 96 de la página anterior.

99. Esta autenticidad es, en efecto, patente, y por ende ni necesita demostración, según he manifestado. Pero no lo queda en virtud de lo que V. ha expuesto; así debía V. haber dicho: “la autenticidad de los hechos interiores es patente”; o no haber dicho nada, por lo mismo de ser patente. Lógica, lógica y lógica, que es para la ciencia como para la guerra dinero, dinero y siempre dinero, en expresión del gran Montecúculi.

100. Mas bien debería decirse, que es la ciencia cuyo *objeto* es el mismo *sujeto*. Tampoco debe decirse *distinta*, sino *distinto*, o más bien *como distinto* del *no-yo*; pues nadie es capaz de confundir esas ciencias, sobre todo cuando se determinen bien sus *objetos* respectivos. Mas precisión, Doctor mío, y eso menos nos pararemos.

101. Y de todas facultades. Entonces es cuando será la *verdadera historia del alma*.

102. Véase la anterior.

metafísicos puramente tales, (si mucho aprecio al venerable Malebranche como metafísico, es por lo que tiene de físico, de matemático, de observador, de verdadero filósofo) para comprender con éxito la observación de los fenómenos intelectuales; conclusión confesada y negada a un tiempo por los filósofos que profesan por principios la contradicción e inconsecuencia, y se llaman eclécticos por antifrasi. (Véase al intento la lección introductoria de Cousin sobre Locke en su curso de 1828 y 29.)

* El que quiera cerciorarse de cuán fundado son mis temores, vea el artículo *Espiritualismo*, escrito por Jouffroy en la *Enciclopedia Moderna*, que en medio de muchas ideas útiles, y de su dirección siempre perspicua, se halla salpicado con doctrinas tan inexactas como la que impugno, y de trascendencia en su aplicación, que es lo peor:

** “iguales a los demás”.

guna, mientras no tengan algo de provecho, que ésta es también magnanimidad de no muy inferior categoría. FILOLEZES

Marzo 24 de 1840.

XIII

PRIMERA¹⁰³ RESPUESTA A LAS PRIMERAS OBJECIONES DE FILOLEZES CONTRA LOS ARTÍCULOS PUBLICADOS DE PSICOLOGÍA

POR MANUEL GONZÁLEZ DEL VALLE

(*Diario de la Habana*, marzo 30 de 1840.)

Si no es para V. la conciencia la última prueba a que apela la autoridad de todas las facultades del espíritu, si o no es la última, antes la primera y a veces la única ¿cómo de reacio y rebelde a la consecuencia que de ahí se debe sacar, tilda el atinado pensamiento que por epígrafe puse a los artículos de Psicología? El ilustre Asturiano, honor de España, harto bien conocía que si se ignoraba la ciencia de las ideas, si se desconocía lo que eran, si no se advertían sus alcances y andando van, procederíamos por instinto, expuestísimos siempre a perturbaciones y dudas cada y cuando se nos pidiesen los títulos de crédito que legitimasen nuestro caudal de verdades. Luego acertó Jovellanos, al encarecer que fuese el estudio de las ideas el de entrada a las demás ciencias. Su voto lo hago mío.

Al afirmar V. que no como quiera es la última autoridad la conciencia, sino la primera, el buen sentido y la sana lógica por la mano lo llevan a V. a que declare sin remedio que debemos comenzar por lo primero. Luego la Dialéctica asegura a la Psicología el punto que ya le he señalado al tenor del epígrafe combatido.

Hay otra confesión, en las notas críticas del *Diario* de 23 de marzo, que honrando la sinceridad de V., acaba por adjudicar definitivamente a la Psicología la puerta y llave de las demás ciencias. Aquí está la frase ingenua de V., señor Filolezes: aquí y ¡¡atención!!: “De los fenómenos del mundo interior, estamos *más* cerciorados que de los fenómenos del mundo exterior”. Válgame la evidencia con que V. lo ha reconocido, y siga mi argumento. Pero si según la ley del análisis debemos comenzar el trabajo por lo más

103. Añadido por Roberto Agramonte.

fácil y más conocido, luciente y radiosa brilla la verdad de que el estudio de la filosofía tiene que empezar por el escrutinio de los fenómenos del mundo de la iniciadora conciencia.

¿Y cómo, señor Filolezes, convencido V. de que los conocimientos de acá dentro del alma son los más ciertos, que nadie los ha negado, que todos los tenemos y sentimos íntimamente, después se retracta y prevarica en la nota 10, y sostiene que hay de sobra quien no se fía en ocasiones de su conciencia? O es el olvido o caso de contradicción... Sentencie V. mismo el dilema y juzgue de paso si no hubo necesidad de esclarecer la certeza de la Psicología. Como es V. Caballero y antes Luz que caballero, nada aventuro haciéndole juez.

Y por tanto como yo no soy ni causa ni sustancia de la circulación de la sangre, del digerir de los alimentos, de la bilis, del gusto u otros fenómenos del animalismo fatal; y porque solamente pasan allá en el cuerpo organizado y no en la conciencia, de ahí viene el faltarme sobre tales cosas el testimonio íntimo.

*Vivit et est vitae nescius ipse suae.*¹⁰⁴ Recuerdo que el señor Varela argüía que el alma no vivificaba al cuerpo, acaso por la observación de los ejemplos acotados de adverso. ¿Qué es del *yo* en la demencia rematada? ¿Padece un eclipse total? ¿Y del cuerpo? El cuerpo, sin embargo, continúa viviendo, aunque de un modo impersonal, conforme a sus leyes animales. Por donde se divisan dos imperios: el del Yo perteneciente a la observación psicológica y el del cuerpo que toca las exploraciones de la Fisiología, resultando también dos reinos de distinto análisis: por supuesto, dos ciencias.

¿Conque es perogrullada aquello de no constituir la conciencia lo que en nosotros pasa? ¡Perogrullada! Esto es cosa clara de suyo. ¡Vaya! Eso de bueno y de muy propio tiene la conciencia que en lo que sabe, ni consiente duda, y cátenos V. que volveremos a parar en que la Psicología es el primer capítulo de todas las demás ciencias.

A un cargo así respondió cierta vez el publicista Comte, que sin ir por esa y otras perogrulladas no se levanta la mente a la celsitud de mayores conocimientos. ¿No se acuerda V. de aquella nota suya, la del número 10, que en ocasiones se desconfía de la conciencia? Luego bien empleado está el probar la eficacia de la fe íntima.

Por el símil de que al principio el ojo no se ve a sí mismo, no puede V. destituir al Yo de la noción primitiva e inmediata de su propia existencia; cabalmente esa noción evidentísima le sirvió como de ancla al genio de Descartes, para salvar las ciencias contra los embates del desesperado escepticismo. Pase enhorabuena el símil para de algún modo dar a entender que nos encontramos existiendo junto con nuestro hermano fatal, el

104. "Está vivo y no se da cuenta de ello".

mundo, causa ciega de nuestras sensaciones. El sustantivo Yo anuncia lo primitivo de su origen, y en castellano, hasta en lo de unisílabo, porque ni cabe en lo posible derivarlo de otras palabras aplicadas a sensaciones; y antes existo Yo, antes que hacer la comparación de mi persona con los objetos que me rodean, aun cuando todo suceda en el blandir de un relámpago. Y del Yo, de ahí, sale la conciencia como el Sol del Oriente; de ahí sale con la luz de la razón, la luz única que da color y esmalte de inteligencia y significación a todo cuanto encuentra, así en el mundo psicológico y moral como en la naturaleza física.

Volveré a la arena de la discusión, según se presente V, señor *Filolezes*. *Algo puede que gane la ciencia en nuestro país*. B.S.M. MANUEL GONZÁLEZ DEL VALLE.

ABRIL



XIV

RÉPLICA DE *FILOLEZES* A LA PRIMERA RESPUESTA DEL DOCTOR DON MANUEL GONZÁLEZ DEL VALLE

POR FILOLEZES

(*Diario de la Habana*, abril 2 de 1840.)

“Simplex dumtaxat et unum”.¹

HORACIO

1º De que la conciencia sea la *primera*, y a veces la única autoridad a que apelan las demás facultades de nuestro espíritu, no se infiere que se halle V. autorizado para afirmar, absolutamente hablando, que “la ciencia de las ideas sea la llave de todas las demás”, pues no lo es de la Historia natural, de la Física, de la Química, ni de las Matemáticas, que me parece no les negará V. el carácter de tales.² Por eso distinguí diciendo (y reclamo un

1. “[sea el asunto] simple y uno”. Horacio, *Arte poética*.

2. Véanse los Reglamentos de la Escuela Normal, dirigida por Cousin, donde se aprende Física primero que Psicología.

poquito de más buena fe en la réplica) que si se considera la ciencia de las ideas respecto de las llamadas *morales*, esto es, la Ética, la Legislación, la Economía pública y aún la misma Lógica, antes que éstas, merece a justo título la Ideología, o Psicología³ el nombre de llave y puerta de las demás. Si se hubiera dicho que la ciencia de las ideas era la llave de la Filosofía propiamente tal, o al menos, de aquellos ramos de los conocimientos humanos a los cuales se consagra hoy más especialmente esta denominación, entonces ni sombra de disputa hubiera habido sobre el particular. Así, pues, hice justicia al ilustre Asturiano, gloria de España, a quien más que alma viviente aplaudo como escritor; y venero como hombre, manifestando la doctrina que descubriría sin embargo en sus palabras, encaminadas a refutar el sistema escolástico que hacía preceder la Lógica a la Ideología, invirtiendo el orden legítimo y natural de las cosas. De todo lo cual traslucí en consecuencia que V. trataba de protestar con esa media palabra del *Epígrafe* sobre cuanto tengo escrito acerca de la *Cuestión de método*; y de seguro que no estuve equivocado en este mi concepto sobre la mente de V., cuando después de tan clara distinción y de haber hecho referencia a mis anteriores escritos en la materia para más dilucidación, me repite V. todavía en el 3º de su *Respuesta* que la “Psicología es la puerta y llave de las demás ciencias”. ¿Quiere Vd. decir así? o así: es decir, de todas, sin limitación; pues que no limita después de haber yo distinguido. Tengo, pues, más derechos que V. para volverle los epítetos de rebelde y reacio con que me regala y aun de ponerles alguna añadidura; que no pongo, porque se trata sólo de lógica seca y secante.

2º No es de la mejor lógica en su clase la del 2º de V. en que pretende deducir de esta premisa mía “que no como quiera es la última autoridad la conciencia, sino la primera” el que deba preceder su estudio al de todas las demás ciencias. Dios es lo primero del mundo, y sin embargo si le vais a explicar a un niño lo que es Dios, primero que las cosas del mundo, se quedará sin comprender a Dios, ni a vos. Primero es la generación que la existencia entre los animales, pues vaya V. a explicar los misterios que preceden a la existencia de los individuos antes de ocuparse de los fenómenos de la existencia; y para concluir, y hablar con filosófico laconismo: investigue V. la causa antes de conocer el efecto, pues sin duda aquélla precede a éste. ¿Pero como se va a lo que es primero en tiempo? No se puede ir sino por el conducto de lo que es primero en el orden del conocimiento. Así subo a la causa por la escala de los efectos. Mi objeto, pues, en aquella nota fue probar a V. que se explicaba con inexactitud al afirmar que la conciencia era la *última* autoridad a que apelaba nuestro espíritu, y lo

3. Y aún ésta con su preámbulo de Fisiología.

4. Luz parodia en esta frase la de *El ilustre Asturiano, honra de España*, con que en el artículo designa G. del Valle a Jovellanos. (Alfredo Zayas.)

conseguí insinuándole que era la *primera*, y a veces la *única*, palabra en que creyó V. ver el elogio de su predilecta *conciencia*, pero que en buena lógica no expresan más que dos hechos inconcusos, de los cuales no puede inferirse que yo tenga a ese fenómeno (*la conciencia*) en más ni en menos de lo que es en sí.

Efectivamente, en mis expresiones, lejos de notarse el encomio, se envuelve la crítica de la conciencia. Y ahora he tocado de nuevo la necesidad en que se halla el escritor de extenderse para ser comprendido, (o para no dar entrada a que afecten no comprenderle) sobre todo en pensamientos que son hijos de sus propias meditaciones. Así que, podría y quería a veces ser más conciso y apretado (ime gusta tanto Tácito!); empero no me dejan seguir mi natural inclinación. Decía que aquellas expresiones mías, “que la conciencia era la primera, y a veces la única autoridad” a que solía apelar nuestro espíritu en el conocimiento de las cosas, envolvían más bien su crítica que su apoteosis.⁵ En efecto, es la primera, y a veces la única; pero no debe serlo *siempre*; y recuerde el lector aquella observación que a V. hice de paso en la cita evacuada por mí en agosto o septiembre pasado⁶ con motivo de la polémica de V. con el señor Ruiz acerca del principio moral: fue reducida a que el hecho mismo de tener unos hombres individualmente ciertos sentimientos que otros no experimentan, echaba por tierra a toda la escuela idealista, y sobre todo en achaque de método. ¿Cómo es posible v.g. que un hombre natural, orgánicamente desprendido y caritativo, que apenas ve el duelo y miseria de su hermano, de su concriatura, acuda a socorrerle y aliviarle, privándose hasta de lo necesario para su propia subsistencia, pecando contra sí mismo acaso, y contra su familia (que ya no es pecado venial) ¿cómo es posible —repito— que semejante hombre, siguiendo los dictados, los sentimientos, de su propia conciencia, llegue por este medio a persuadirse y creer que existen monstruos de faz humana, llamados avarientos, que nadando, o mejor dicho *varando*, en riquezas y recursos, desoyen despiadadamente los clamores de la doliente humanidad, y quebrantan hasta los vínculos de la sangre? Si, pues, mi compasivo hombre no sale fuera de su conciencia a ver, a tocar el mundo exterior, con sus sentidos externos, se queda sin conocer no ya como quiera las realidades del mundo exterior, sino las realidades del mundo interior de los demás hombres, pues por la conciencia sin los sentidos externos no podría pene-

5. Si Vd. hubiera copiado fielmente el periódico y su subsecuente, sería ahora excusada toda explicación. Después de “a veces la única” dice allí “a más no poder”; y en el siguiente está la apelación a la *experiencia externa* como único recurso y áncora para afianzar y salvar nuestros conocimientos en el naufragio que nos hace sufrir la conciencia.

6. Vid. este escrito en t. II, vol. III de Obras de Luz de la B.A.C. Fue en septiembre. (Roberto Agramonte.)

trar más que el suyo propio, y el suyo propio no es la historia de la humanidad. Si tal sucede en la ciencia moral, en la ciencia de nuestro *interior*, ¿qué será en las demás ciencias que tienen por objeto el mundo exterior? Mala roca, y peor criterio, es la conciencia por sí sola para levantar el edificio del saber, y para aquilatar sus materiales.

Con lo expuesto parece excusado contestar a la llamada de atención que con duplicadas admiraciones y letra de marca hace V. al párrafo tercero sobre “haber dicho yo que de algunos fenómenos del mundo interior estamos aún más cerciorados que de los fenómenos del mundo exterior”; proposición destinada a reprender la superfluidad, por no decir otra cosa, con que hasta algunos hombres de pro, gastando la pólvora en salvas, perdían el tiempo y el trabajo en probar la existencia de las ideas y de los sentimientos, con el plan de hacer pasar por mentecatos a sus fingidos antagonistas en esta parte. Pero que de ahí salte V. a deducir, enjaretando otro principio incuestionable, esto es, el de proceder de lo fácil a lo difícil, que se debe comenzar (ya no lo dice Vd. al final del párrafo, como lo asentaba *ab initio*, sino que substituye la palabra Filosofía en el sentido especial que hoy se le da de ciencias puramente morales, de acuerdo) por el de la Psicología, el estudio de todas las ciencias, o de la Filosofía, es consecuencia... o mejor dicho (no es consecuencia), que no podía yo esperar de las premisas de V., ni de las mías ¡Conque porque un salvaje esté tanto o más seguro de la existencia del sol, v.g., que de la de un animal que también ha visto, ha de ser más fácil la astronomía que la zoología! Porque estemos seguros, segurísimos, de los hechos de conciencia, se infiere de ahí que la ciencia que trate de deslindarlos y exponerlos sea la ¿más fácil de todas las ciencias? V. es el único que así lo cree, pues hasta Cousin, Jouffroy y toda su gente ecléctica, se hacen lenguas ponderando las dificultades y espinas de esta ciencia sobre las ciencias naturales. Pero ni aun V. mismo cree tal cosa de veras, pues si fuese a enseñar a un hijo suyo cualquier ramo de ciencia, v.g., la química o las matemáticas, no empezaría, a fuer de buen práctico, por embocarle su cursito de Psicología. Entonces probablemente se quedaría el muchacho atascado desde el principio y en el principio. Y demos aquí punto por hoy, así por no quitar la unidad a este papelito, entrando en el análisis de otras especies que V. toca en el suyo, entre ellas los fenómenos de la demencia, que es meterse los idealistas en la renta del excusado, y les ha costado caro más de una vez, y que dejaré por su entidad para artículo separado, como por no andar yo sobrado de tiempo. Entre tanto, si no he andado falto de lo que V. esperaba de mí al despedirse, invocando sobre todo a mi deidad, que es el procomunal de la tierra, quedarán colmados mis deseos en el seguro de hallar siempre, en primera fila, cuando medie tan grande interés, a su *siempre* el mismo. FILOLEZES

Habana, 30 de marzo de 1840

XV

**TERCIANDO EN LA DISPUTA ENTRE EL
LUGAREÑO Y EL CIUDADANO DEL MUNDO⁷**

POR EL HABANERO

(Gaceta de Puerto Príncipe, abril 2 de 1840.)

Trinidad, marzo 27 de 1840.

Querido tío Periquillo: en el *Correo* de esta Ciudad, papel público único de ella, vio la luz el 19 del corriente el remitido de un señor que se titula *El Ciudadano del Mundo*, contestando otro del señor *Lugareño*, referente a una clase de filosofía, que, dijo éste, supo iba a abrir aquí aquél; y como nuestro camarada el barbero siempre anda a caza de noticias para dárselas a V., va ésta para hacer boca, y en seguida lo que V. verá.

Dijo el *Lugareño* que sabía que el Lector que iba a abrir aquélla, no estaba acorde con el método y algunas doctrinas filosóficas de nuestro Varela, y convendría se ventilasen esas cuestiones antes de la apertura; que si el método y doctrinas eran errados, sería una responsabilidad inmensa para el Catedrático, y la juventud de Trinidad perdería cuanto no era capaz de calcularse, y tendría que *desaprender errores*.

El Lugareño dijo muy bien respecto a que *El Ciudadano* no estaba de acuerdo con el método, etcétera de nuestro Varela, puesto que él mismo dice no ser santo de su devoción.

El Lugareño dijo muy bien cuando aseguró que si el método y doctrinas fuesen errados, se perjudicaría la juventud, sería grave la responsabilidad del Catedrático, e inmensa la pena de *desaprender errores*. Es verdad, tío, y el señor *Ciudadano* carece de motivo para darse por tan agraviado, sacando la cuestión de su verdadero terreno y convirtiendo en ofensa personal lo que, en concepto de imparciales, ha distado de serlo.

Si el *Lugareño* hubiera dicho que el *Ciudadano* venía a enseñar errores, podía éste darse por enojado, aunque nunca al grado de llamar entusiasta fanático a un buen patriota, decirle que excitaba la autoridad, que impidiese la apertura de la clase, que alarmaba los trinitarios para que no permitiesen la instalación de ella, que son pocas las casas de la Habana que enseñan por Varela, que no honra a éste titulándose su discípulo, que saca consecuencias ramplonas, y otras cosas semejantes, que en vez de contribuir a nuestra ilustración, nos afligen, pues quisiéramos que entre dos

7. Título de Roberto Agramonte.

personas que estimamos, se depurasen las materias con más templanza. Hasta que, descubierta la verdad, pudiéramos ponernos a su alcance los más legos.

Aun cuando el *Lugareño* hubiese sostenido que las doctrinas de Varela eran las mejores, y su filosofía la única que debiera enseñarse, eso no pasaba de opinión, que en cuanto a autores puede ser libre; luego si ni aún dedujo la consecuencia de que quien explicara otro autor, enseñaría errores, ¿dónde está el ultraje que se apropia el *Ciudadano*? Este nos asegura que aquél ignora el autor escogido por él, y es claro que tampoco ha podido formar parangón con Varela, ni vituperar al electo por el *Ciudadano*, que no debió tratar con tanta acrimonia al Camagüeyano. ¡Fervores escolásticos...!

El *Ciudadano* está recomendado como persona juiciosa, instruida y estimable. El *Lugareño* es ilustrado, amante del bien público, amable y franco. ¿Es posible que entre dos personas tan interesantes sea necesario ofenderse para tratar de asuntos? El *Lugareño* es hombre de tan buena fe, que si el *Ciudadano* nombra su autor, y él lo juzga a propósito, lejos de hacerle oposición, estoy cierto que lo aplaude, así como sinceramente le manifestaría los defectos que en su concepto tuviese, y oíría mansamente las reflexiones que se le hiciesen, replicándolas con razones, si las encontraba, o sometiéndose a las fundadas en contra.

Es individuo de la mejor intención, y no puede proceder de malicia; yo desearía que a su maestro se le hubiera hecho representar un papel más airoso aquí, tanto éste, como por su discípulo; pero no todas las cosas han de salir a medida de nuestros deseos, y vamos a otra cosa.

Señores *Ciudadano* y *Lugareño*, paz, paz entre los hombres de buena voluntad, y a trabajar en bien de vuestros semejantes. Si vosotros, a quienes plugo al Supremo Hacedor de las cosas dotar con virtudes y talento, demoráis por pequeñeces el beneficio que podéis prodigar; ¿qué será de los que nacimos ciegos, y permanecemos en la oscuridad? ¡Medrados estuviéramos, si porque uno dijo que se ventilaran las cuestiones y el otro que no, hubiéramos de quedarnos en la inacción en que estábamos! Por cierto que sería grande nuestro adelanto. Despéjese esa incógnita perjudicial al desarrollo de las luces, publique el señor *Ciudadano* su autor, y verá que son con él no sólo un *Lugareño*, sino los Lugares, Villas y Ciudades. ¿Piensa que el *Lugareño* sea su enemigo? ¡Cuánto se equivoca! Indique su autoridad, y lo verá predicar en su favor, hasta en los famosos puentes trinitarios y hatibónicos.

Tiño, que risa me da, al considerarlo abriendo más boca que una guasa cuando lea mi algarabía. ¿Es éste, dirá V., es éste mi sobrino, aquel patán que otra vez me molió los chichones, con su Caridad Angelical, su Cocinera, y otras sandeces? Pues sí señor, el mismo, mi mismo sopenco soy y no soy. Soy, porque no he dejado de ser, y no soy porque es don Tedo el rapa-

dor. Toma, simplicio, me dijo, firma este papelón, y mándaselo a tu tío allá al Camagüey; vamos a ver si en paz y concordia y buena armonía, se forma entre *El Lugareño* y *El Ciudadano* una postema, o polémica (que no sé como me dijo) y aprendemos a filósofos. ¿Filósofo me dijiste? Allá va la firma entera, y sus tres carpetas. A mi tío en el Camagüey; lo mismo en la otra, idem en la tercera, y *zás* al agujero del *Correo* con ella, que iba que echaba chispas para abajo. Ahora lo que quiero es, que V. haga imprimir el papelote, para que don Tedo lo vea en letra de libro, que creo que se vuelve loco de contento, porque él piensa que el señor *Ciudadano* va gusto, y que al momento se abre la clase de filosofía y nos hacemos filósofos. ¡Buen par de ganzos; él ni aún teología sabe, y yo, ni el manejo de armas! Calla simplicio, me decía anoche, cenando nuestros plátanos y café; deja que empiecen a cantar los dos pájaros, verás cosa buena, y cómo nosotros sin penas, ni trabajos, nos hacemos más filósofos que ellos; pero yo no sé, tío, como ha de ser eso; el Catedrático es bravo. ¿Cómo va a tener paciencia para enseñar? ¿No ha visto V. cual pone al pobre pollo pelón? ¿Y él, que habrá dicho? Estará como ají guagua. No necesita mucho, porque siempre está gruñendo, que parece que todos le deben y no le pagan; esta vez se encontró con yuca, pero no hay que temer; ellos se arreglarán; ojalá salgan avante los cálculos de don Tedo, y veremos entonces adelantarse los jóvenes aquí, que no lo están mucho en verdad.

Esta va por el *Correo*, pídasela V. a don Joaquín, que él se la entregará desde antes que llegue porque así se lo encargo yo. Écheme V. su bendición, títo, y cuente con el amor y respeto de su amante sobrino, EL HABANERO.

XVI

**MÁS SOBRE LA CATEDRA DEL TRINITARIO Y
EL TEXTO DE VARELA⁸**

POR NOIRÍA

Al señor *Lugareño*

(*Gaceta de Puerto Príncipe*, abril 2 de 1840.)

*Tenes quid dicam?*⁹

TERENCIO

Veamos ahora, señor *Lugareño*, V. que tanto habla y que no pudo contestar a unas muy pocas palabras, veamos cómo se quita V. de encima ese parchazo, ese vejigatorio que le cubre a V. toditas sus tres partes, física, moral e intelectual, y veinte más que tuviera. Bien ha hecho V., según he leído en la *Gaceta* del 28, en no contestar a ese filosofazo de Trinidad, a ese catedraticazo que debe ser del universo entero; porque en proporción a que su cuerpo ocupa el mundo todo (que por ende debe ser asaz mayúsculo), como bien lo necesita para poder ser ciudadano de todo él, la razón, que es la que constituye a un catedrático, debe extenderse todavía más, porque sabido es que los pensamientos de los que no ocupan con su cuerpo más que un lugar, recorren el mundo, y los de Víctor Hugo v.g. han llegado hasta nosotros sin moverse de París. Eso le sucede, camarada, a los que como V. padecen de ese flujo maldito de hablar siempre y en todas partes, y de esa diabólica manía de censurar todo lo malo, y no dejar las cosas como se están.

Buenas cosas nos fue V. a buscar con su viaje de los demonios: charla V. en la Habana y salta un matancero diciéndonos que hablamos como los negros bozales; y al pasar por Trinidad, se le antoja a V. que se ventilen el método y doctrinas de un catedrático antes de abrir su clase para que éste nos regale tantas lindezas que V. sólo como fruto suyo debería apropiarse. No, amigo mío, hable V. en su tierra no más cuanto quisiera, aquí que somos blancos y nos entendemos, aunque no hemos llegado a ladinos siquiera; y déjese de andar buscando quimeras con las comadres de Matanzas, Trinidad y otros tales, no sea que se vayan a descubrir las verdades, y no las echen en rostro, así como nuestro catedrático con sobrados fundamentos.

8. Título de Roberto Agramonte.

9. "¿Comprendes lo que digo?"

¡Vaya que V. luego hace bobos! Pues no faltaba más sino que fuese el señor Catedrático a revelarles a V. su método y doctrinas, para que V. se alzase luego con el santo y la limosna, y apropiándose los, los publicase por cuantas prensas cuenta la Isla, como diz que se hace con ciertos articulejos ecléctico-propagandistas; disipan así la ilusión teatral que deberá producir cuando aparezcan desde la cátedra.

¿Sabe que ya V. me va pareciendo muy subversivo? Porque eso de ventilar públicamente cuestiones de filosofía, hace huir de su estudio a la juventud, alarma a los pueblos y las autoridades y compromete la sociedad; y sólo acá en nuestro tranquilo a fuer de atrasado Camagüey, es que pueden a mansalva discutir esas cosas.

Por otra parte, yo no sé qué gracia tenga enseñar lo que ya todos sepan, y el *quid* donde está es en la novedad, porque claro es que para ventilar las doctrinas de que se compusiera el curso (supuesto que el método no había de responder a ella) sería preciso publicarlo entero, que es como si dijéramos imprimir en los papeles públicos tres o cuatro tomos, quizá en lengua no común; y luego dale con que se cruzan los artículos en pro y en contra, sobre que esta proposición es verdadera, que la otra absurda, que esa debe entenderse de este modo, que aquella de aquel otro, con que sí, con que no, y vayan comunicados, que los más no contengan sino palabras, y vengán y pasen meses, y un año tras otro, y las puertas de la clase cerradas entretanto, esperando que escampe la lluvia de *ergos* que atraviesan de un lado a otro y de encuentro se llevan la reputación moral y literaria del adverso, y al fin resulte que nos quedemos como antes o sea menester aclaratoria. No, señor, de eso no se entiende por allá por Trinidad entre los catedráticos de filosofía, que saben y enseñan a sacar, lógicamente por supuesto, unas consecuencias tamañas como el mundo de que son ciudadanos.

¡Qué calladito se tenía V. que se ha olvidado del todo de las costumbres que hay en las escuelas! Pero ya nos lo ha indicado el señor Catedrático, y lo vemos con nuestros ojos; porque, a no ser así, no hubiera V. deseado que se discutiesen sus métodos y doctrinas, y hubiera V. respetado el silencio del maestro, creyéndolos lo mejor bajo su palabra como era costumbre en las escuelas, que V. aprendió, porque ya V. es viejecito.

¡Pobres de nosotros sin un catedrático de filosofía como el trinitario ciudadano del mundo! Porque la que se enseña en nuestros colegios es la de Varela; y ya sabe V. que ese no es santo de la devoción de nuestro catedrático de Trinidad. Ya se ve con aquella maldita pelotera sobre métodos, que se armó en nuestra tierra, y en que tomó parte algún hábil habanero¹⁰ como había de enseñarse en lo adelante en este suelo más filosofía que la decrepita de Varela. A ello contribuyó no poco el habérsenos metido en la

10. Alusión a Luz (Roberto Agramonte).

cabeza aquella descabellada y repetida máxima: tal es el método, tales las doctrinas. Por eso es que dice el catedrático trinitario que según noticias (¡vaya si son ciertas!), hace algún tiempo no tiene (el Camagüey) una cátedra, de eso que él va a enseñar, motivo que nos hace tener envidia a Trinidad.

A propósito de nuestra carencia de quien nos enseña a discurrir, por ello no habíamos caído hasta ahora, que nos lo ha indicado el *Ciudadano del Mundo*, en que el pseudónimo que V. se ha apropiado quiere decir ciudadano de su lugar solamente: ésta es la traducción de la palabra Lugareño. ¡Quién lo hiciera a V. Mundo!

Amigo mío, hablemos claro; V. le ha cogido miedo al reto de nuestro maestro trinitario, y sólo quiere V. que se discuta por escrito cuando de este modo hay tiempo de meditar las cosas: lo bueno es la improvisación: *lo más pronto es lo más decente*, se dice vulgarmente, supuesto que lo que se trata es de ver cuál es más diestro de los contendientes, no cual profesa mejor método y mejores doctrinas. ¿No ve V., además, que por escrito se gasta mucho tiempo en la discusión? Y lo que importa es lo breve, no la verdad; porque eso de que baste la discusión acerca del método para que quedo *ipso facto* hecha la de las doctrinas, es vejez en que sólo nosotros ya creemos.

No hay remedio, amigo mío, V. está en el caso de abandonar todos los asuntos que gravitan sobre V., así públicos como privados, y proveer sus alforjas de una yuntica de novillos cebones, y con aquella al hombro tomar plan camino de Trinidad, a levantar el guante que me le han arrojado y a vender el par de novillos para que, gane o pierda la apuesta (que ya supongo yo será lo último), pague la impresión de esos benditos cuadernos, que tanto ha deseado V. saber lo que contiene; porque además ha de saber V. que los jóvenes de Trinidad parece que no tienen un par de pesos para contribuir a la de una obra de que se espera tanta utilidad.

¡Hombre de Dios! ¿será posible que aún esté V. haciendo caso de lo que le entra por los sentidos, a pesar de cuanto han dicho los cousinistas? Ya se ve por eso como, cuando V. vio con sus ojos y oyó con sus oídos, hace poco en la Habana, a don José de la Luz explicar por el señor Varela, lo creyó *a rotundis*;¹¹ pues mire que le advierto, para que en lo adelante no cometa V. error tan garrafal, que no crea a sus ojos si leyere en el [informe sobre el] *Instituto Cubano* de dicho Luz dársele la preferencia a la obra del señor Varela para la enseñanza, con gran copia de merecidos elogios a su autor. Él, él, fue quien mató en Cuba el escolasticismo.

Por último, señor Lugareño, y ya porque hasta la misma ley no me llame vil no le denuncio por haber cometido un delito en provocar la discusión del método y doctrinas del mundanal ciudadano, le voy a repetir un

11. "a pies juntillas".

consejo, pues veo que bien lo necesita; y es que sólo charle en su tierra, en su lugar; sin hacer traición a su nombre adoptivo, que, al fin, sólo le saldrá en contra algún imparcial o algún malhechor, y que sobre todo, señor, su patria de V. y la mía no es la isla de Cuba entera; no señor: el Camagüey, y nada más que el Camagüey. NOIRÍA¹²

XVII

SEGUNDA RESPUESTA A LAS OBSERVACIONES DE *FILOLEZES* PUESTAS EN EL *DIARIO* DEL 30 DE MARZO CONTRA LOS *ARTÍCULOS* DE *PSICOLOGÍA*

POR MANUEL GONZÁLEZ DEL VALLE

(*Diario de la Habana*, abril 4 de 1840.)

Pues confiesa V. su pecado de que se lo llevan los episodios hasta casi perder de vista el asunto principal, yo le invito a que ponga de su parte cuanto pueda por estar a raya de discusión.

Volver a la conciencia, teatro de observación: detener allí al pensamiento: emprender su análisis y estudiar con esmero los fenómenos íntimos y describirlos según su número y orden: ¿lo hacen todos? No. Los más se

12. Apéndice VII de A. Zayas (*Obras de Luz*, t. I, p. 380).

Cartas del Lugareño a Luz en febrero 29 de 1840:

“Allá va un paquete en lengua camagüeyana. En la semana entrante irá el segundo artículo del viaje *Trinidad*, en que le doy sus mordidas a los paisanitos, pero muy suaves. Solo le tiro una tenazada de caimán, de paso, a un fraile que me encontré a bordo, franciscano, español, que me dijo que iba a abrir una clase de filosofía en Trinidad. Entramos en materia, y el hombre es un pobre fraile, y nada más; figúrese Ud. cuando me dijo que no estaba acorde con algunas doctrinas filosóficas de Varela, y que consideraba el latín como indispensable para estudiar filosofía”...

Ídem de marzo 29 de 1840:

“Pues volviendo al franciscano, verá Ud., Pepe, qué fraile tan descortés y desvergonzado. Yo no le dije en mi artículo *Trinidad* cosa que pueda ofender a criatura viviente: él ha cogido el rábano por las hojas o la mona por la cola. En fin, lea Ud. su ataque y mi contestación, y suelte Ud. la sentencia. Yo podría contestarle en otro estilo, pero no quiero pendencias con frailes... Por su artículo se puede juzgar la leche que dará esa vaca frailesca. Dígame algo, hombre!...”

conforman con saber que oyen; si les hablan, con saber que piensan, y con saber que son autores de todo aquello que hacen pudiendo hacer lo contrario. Pero de ahí a la ciencia hay que llevar el pasaporte de un método y de un arte propios para aplicarlos con buen éxito. Esta es mi explicación. Si en otro sentido toma V. mis palabras, la culpa no es mía.

También me permitirá V. advertirle que la reflexión, por ser sucesiva y posterior al advenimiento de la razón, cuenta con la memoria de lo que hubo en el riquísimo espectáculo de la espontaneidad. Análoga a la conciencia es la reflexión: pero la primera la poseen todos en general mientras que la segunda no; casos habrá en que por hábito de meditar, hasta entre sueños se piense y vuelva a pensar sobre algún punto fijo en la imaginación; mas en la hipótesis de que tales ejemplos sean de reflexión, no ha de alterarse por excepciones raras el notable influjo del Yo en todo acto reflexivo. Si quiero reflexiono; si no, no. *Niego*, pues, que haya reflexión sin voluntad.

Avezarnos a entrar en nosotros mismos para mejor conocernos a fuerza de observación interior, hacer que vuelva la luz del entendimiento para dentro del alma: desde Sócrates hasta ahora se ha usado con más o menos acierto, y el examen de la conciencia en lo moral se enseña en cualquier catecismo cristiano, y pardiez que a ninguno le ha ocurrido, al menos en nuestro siglo, dudar de que la observación es el método definitivo de todas las ciencias. Pero si la observación se emplea a veces en lo que está fuera del alma, en los fenómenos del mundo que nos rodea ¿por qué, señor *Filolezes*, no he de llamarla entonces observación exterior? Y cuando se consagra al estudio íntimo de los hechos de mi conciencia ¿por qué no distinguirla con el nombre de observación interior tanto y más cuando a V. le consta que la existencia del sujeto y causa que se conoce manifestándose con la personalísima expresión Yo, se ha recibido entre calificados psicólogos como el dato ciertísimo y el primero de la ciencia que nos ocupa?

Ya se queja V. de que no enseño lo que es observación interior, ya cuando la explico me censura el propósito. ¿Qué es esto? La nota 4 en parte contrapugna con la 5. Conciértelas V.

¿Cuándo, dónde, a qué hora, cómo me probó V. que la atención no es un fenómeno de voluntad? Presente los argumentos y hechos de que la atención es fatal. Vengan, que los quiero oír.

Recuso las enmiendas de términos que V. me propone, 1º porque V. ha confesado el pecado de la difusión, y 2º porque no creo que haya ni más precisión ni más claridad en las sustituciones de las frases que quiere V. hacer.

Salud y al palenque de la cuestión, como amigo de la verdad. MANUEL GONZÁLEZ DEL VALLE

XVIII

**EL ENTREACTO
A LA SEGUNDA RESPUESTA DEL PSICÓLOGO
SEGUNDA RÉPLICA DE FILOLEZES**

POR FILOLEZES

(*Diario de la Habana*, abril 5 de 1840.)

“Eo?-I”¹³

LACONQUITO

Veamos si me gana V. a laconismo. ¡Bonito modo le ha ocurrido de salir de los atolladeros! “Discusión y conclusión”, *ça ne va pas*;¹⁴ pero probemos.

1º *Episodié* tan largo para sincerarme de un cargo, y para hacerle otros a V. y a su predilecto, que no se los quitan de encima.

2º Corriente: pongo de mi parte cuanto pueda por estar a raya de discusión, y así le ruego lo haga por la suya, invitándole a conferenciar como, donde y ante quien guste, acerca de todas estas materias. Con la concisión silogística, si quiere; porque en el papel se desliza V., o nos deslizamos, que es un contento.

3º Tan no todos estudian los fenómenos de conciencia, que los psicólogos ecléticos son los primeros en ignorar muchos de ellos, puesto que encastillados en los de la *suya propia*, no quieren salir de reconocer la *ajena*, y de una y otra se compone la *ciencia* de la conciencia. Los pseudo-ecléticos son los que más se conforman con saber que oyen, si les hablan, y con saber que piensan, si se *oyen* o se *sienten* pensar. Ellos son los que se quedan en la *superficie* de la ciencia, por más que se *internen* en las *profundidades* de su conciencia: ellos son los que no quieren entrar en el estudio de las causas que alteran y modifican aquellos efectos: ellos no quieren fisiología, ellos no quieren ciencia, porque se apartan de la única senda, del único método para constituirla; pues al paso que de boca proclaman el método de la observación, son demasiado infieles a sus dogmas, y volviendo *entes* y *causas* lo que sólo son *efectos* concomitantes de otros *efectos*. Testigo: la personificación del yo. Pero esto lo tengo demostrado hasta el fastidio en mis anteriores papeles, y de los posteriores aparecerá

13. “¿Voy? – Ve”

14. “esto no sirve”.

cada vez más *radiante* y *esmaltado* que aquella su *conciencia* de V. saliendo del yo como de su oriente. Ya tocaremos a su *occidente*.

4º Dice V. que “si quiere reflexiona; si no, no”. Pues deje V. de pensar en mí, de *reflexionar*; después que lee un artículo mio, *ad kalendas graecas*.¹⁵

5º ¿A quién ha de haberle ocurrido dudar en nuestro siglo de que “la observación es el método definitivo en todas las ciencias”, como V. mismo dice? Pues entonces no gastar la pólvora en salvas. Y vea V. como en su cortedad (en las de sus artículos, quiero decir) hay todavía mucho que cortar. Ya expuse sobradamente en mi anterior porqué me oponía a la división de observación en *interna* y *externa*; pues aunque realmente haya objetos *internos* y *externos*, todos son *exteriores* respecto del *observante* y del instrumento con que *se observa*. Dije además (mire V. cómo me obliga a repetir, y a ser menos breve) que si no hubiera visto abusar mucho, muchísimo, de tal división, y sobre todo a hombre de pro, la hubiera dejado correr; a pesar de su inexactitud. Conque lea V. el artículo de Jouffroy que cité en comprobación; y si aún persiste en impugnarme por esa parte, se lo copiaré, y verá la luz.

6º Yo no me quejo de “que V. no enseña lo que es *observación interior*”; falso ilo que hice fue tachar la denominación, porque así hasta la física es interna y externa, pues los objetos están *fuera* y la *observación dentro*. *Nugae*!¹⁶

7º Pregunta V.: “¿Cuándo, dónde y a qué hora le probé que la atención no es un fenómeno de voluntad”? ¿Cuándo? El 22 de julio de 1839. ¿Dónde? En el *Colegio Cubano* dirigido por don Claudio Díaz *coram parochi et duobus (centum) testibus, coram populo et non barbaro, in patefactionis specimen*.¹⁷ ¿A qué hora? No puedo decir a punto fijo; porque fueron muchas las cosas que le probé entre 5 y 8 de la noche; creo en *conciencia* que no fue de las últimas la que sonó a la voluntad. Vuelva, pues, un solo argumentito, para los olvidadizos, y para la brevedad. Pero cuidado ino vayamos a caer en el *brevis esse laboro, obscurus fio*,¹⁸ como le sucede a más de cuatro, pues no basta *querer*, que éste no es negocio de *voluntad*, sino *saber* ser *breve*, que lo es de otra facultad que no está siempre a nuestras órdenes. Un hecho, y basta. ¿Cuándo nos sentimos arrastrados a *atender* un objeto? Cuando nos ha agradado, cuando nos ha inmutado fuertemente. Luego la impresión impele y arrebató mi atención y mi voluntad hacia el objeto, en el concepto de estar yo dotado de la facultad de atender.

15. “hasta las calendas griegas”.

16. “¡Tonterías!”

17. “ante el párroco y doscientos testigos, frente al pueblo, y no precisamente inculco; para constancia”.

18. “al afanarme por ser breve, resulto obscuro” (Horacio, *Arte poética*).

¿Es aquí *activa o pasiva la atención*? ¿Es aquí *activa o pasiva la voluntad*? Esto no quita que en infinitos casos pueda yo atender porque quiero, o dejar de atender, si no quiero.

Pero el que afirme que la atención es siempre hija de la voluntad, se equivoca de medio a medio; no hace una historia completa del hombre. Otro hecho y sobra. Internado y absorto en un cálculo, con todo el poder de mi voluntad, y su hija la atención, me hallaba yo, Pedro matemático, y una música angelical viene a sacarme de las honduras de mi meditación: en vano invoco todo el poderío de mi voluntad, aquí te quiero atención; no, y no, que se la robaron los dulces sonos. Las impresiones: ved aquí el punto de partida de la humanidad; es decir, no de las impresiones solas sin facultades, sino de las impresiones sobre un ente impresionable y cogitante.

8º Mal hace V. “en recusar mis enmiendas”, pues a la exactitud todo debe sacrificarse en el lenguaje de las ciencias. Facilísimo me es ser conciso. Si V. me promete no tergiversar mis expresiones, ni repetirme lo mismo que ya he contestado o expuesto, me comprometo a hablarle a V. por fórmulas, a lo Kant. Así que, salud, y venir mejor armado al palenque, si precia de buen amigo de la verdad, como lo es.

FILOLEZES

Habana, 4 de abril de 1840

XIX

**OBSERVACIONES SOBRE EL JUICIO DE VÍCTOR
COUSIN ACERCA DE CONDILLAC, RECIÉN
PUBLICADO EN EL NO. 6º DEL TOMO III DE LA
CARTERA CUBANA¹⁹**

POR FILOLEZES

(*Diario de la Habana*, abril 6 de 1840.)

“Sit spes fallendi, miscebunt sacra
profanis”.²⁰

HORACIO

Aquí tiene la juventud un nuevo comprobante de lo que repetidamente tengo manifestado acerca de Cousin y de su escuela, a saber, que cuando en ellos se encuentra algo de provecho en puntos de doctrina (pues prescindo de la parte histórica, que es el verdadero ramo peculiar de aquel escritor), no es precisamente hijo de su sistema, sino sacando de fuera de él, o lo que es peor, a veces contrapuesto a él; pues la inconsecuencia y la contradicción que continuamente echan en cara a sus contrarios, es para ellos un elemento de vida, sin la cual no podrían sostenerse un instante, siendo así que a no mezclar sus absurdos y paradojas, con algunas verdades demostradas, no les sería posible alucinar ni aún a la bisoña e incauta sociedad.

Estas consideraciones que siempre nos ha sugerido la lectura del corifeo de la escuela ecléctica, se ofrecen más fuertemente a nuestro espíritu con motivo de la presente publicación, por ser ella realmente de lo mejor, o para hablar con más exactitud, de lo menos malo que en puntos crítico-dogmáticos ha salido de manos de Víctor Cousin. Se echará de ver, en efecto, que aquellos pasajes en que combate victoriosamente a Condillac son precisamente los mismos que nosotros hemos impugnado, y a veces con las mismas armas, que seguramente no hemos tomado de la escuela espiritualista. Así lo demostraremos en el análisis que de este artículo nos proponemos hacer, manifestando al propio tiempo los errores que todavía pululan en dicho trabajo; para que vea el público que si tal sucede en una de sus mejores producciones de esta especie, ¿cómo estarán las que se hallan en inferior predicamento? Aquí quedará más y más ratificado el cargo de

19. Rótulo de la columna periodística: *Filosofía*. (Roberto Agramonte.)

20. “Que a tener medios de esconder la mano, le fuera igual lo santo y lo profano” (*Ep.* I, 16, 54). En *Hor.* “miscebit”.

somera y estéril que siempre he hecho a la filosofía del espiritualismo. Oiganse, pues, mis pruebas, y júzguese luego sin prevención, olvidándose los juzgadores no menos de la inferioridad del crítico que de la superioridad del criticado.

Pero antes de entrar en materia, séame lícito dirigir algunas preguntas a la misma Redacción de *La Cartera*, encaminadas al mayor esclarecimiento del asunto; y sea la 1^a: ¿Cómo girando una gran parte (y la más esencial para caracterizar las diversas escuelas) de la impugnación que se hace a Condillac sobre la hecha anteriormente a Locke, cual se notará a cada paso en el contexto, no se ha publicado esta última, que es la primera en tiempo, y el preliminar obligado de la presente? Así lo pedía el método estrictamente, y más en este caso que en ningún otro. Crecerá la extrañeza de los lectores al contemplar que aun caso de hacer el disfavor a la Redacción (de lo que aquellos y nosotros estamos sobrado distantes) de que se le hubiese ido por alto especie tan obvia y perceptible, no queda entrada ni a éste ni a ningún otro subterfugio, a vista de los repetidos lugares (pasan de una docena en un discurso de menos número de folios) en que el autor, refiriéndose a cada paso a su anterior impugnación, está como si dijéramos tocando de continuo la campanilla, para despertar a los más distraídos y aletargados. ¿Cuál será pues, la causa de haberse preterido la indispensable impugnación de Locke? Mientras me responden a esta pregunta, arreglada a ordenanza, mis apreciables contemporáneos (como se llaman por moda los periodistas entre sí), Editores de *La Cartera Cubana*, no me llevarán a mal el que yo arriesgue algunas conjeturas para contribuir con mi humilde cuota a la explicación del fenómeno. Primeramente, será porque mis ilustrados contemporáneos tentarán el vado a la cuestión, y graduarian de más floja y menos fundada la impugnación al filósofo inglés. Segundo: será también quizá (y perdónese la avilantez en un pigmeo) porque en unos *Diario de la Habana* de fines de octubre de 1839, se puso más claro que la luz, en concepto de los jueces más peritos de uno y otro partido, que en la cuestión fundamental del origen de las ideas,²¹ decía Cousin lo mismo en sustancia que Locke, o era aquél y no éste quien se contradecía.

Tengo datos recientes y muy positivos para juzgar que aún está viva en la memoria de muchos sensatos la última impresión de aquella empeñada polémica. Bien saben los redactores de *La Cartera* en guardar miramien-

21. Adrede digo en la cuestión fundamental, en la base del sistema de Locke, que es lo que yo encuentro inexpugnable; pues lejos de ser yo en todo y por todo el apologista del filósofo inglés, y menos de su discípulo Condillac, le tacho otras y diversas especies, algunas de las cuales se han escapado a Cousin, y varias que ha dejado escapar de intento, porque se avenían con ciertos puntos de vista de su nebulosa metafísica. Ya se presentará oportunidad de profundizar la materia de la presente nota.

tos a la opinión pública, y en guardárselos a su propio decoro, si no tenían o no hallaban nuevas razones en el arsenal de Víctor Cousin, capaces de contrarrestar las alegadas en los períodos susodichos. ¡Así imitaran tan loable ejemplo cuantos se hallasen en igual emergencia! Otra pregunta y concluyo: pero esta vez encarriladamente enderezada a nuestro buen amigo, el Jefe de los redactores, de quien, a fuer de fisiologista, y de fisiologista aplicado, y sobre todo, a fuer de haber manifestado constantemente, así en público como en privado, opiniones tan decididas en la materia que le hacen forzosamente pertenecer no ya a la escuela sensualista tan solo, sino hasta a la frenológica de Gall y de Spurzheim; de quien repito, a título de tantos títulos esperábamos confiadamente, el público y nosotros, siquiera algunas notas derramadas sobre algunos pasajes con los que forzosamente había de chocar su buen criterio, y de pugnar sus profundos conocimientos. Permítanos, pues, preguntarle ¿por qué no ha agregado sus notas y rectificaciones? Ni vale contestar que se lo estorbaba hasta cierto punto su divisa de dar libre vuelo a las opiniones de todas las escuelas, para que sus caudillos respectivos empeñasen la contienda con mayor beneficio para la instrucción pública. No; porque esa misma voz del patriotismo, siempre eficaz en los oídos del Director de *La Cartera*, hablaba más fuertemente en el caso presente, cuando se debían prodigar los medios a la incauta juventud para ayudarla a juzgar con más pleno conocimiento de causa; privándosele, por no haber puesto los comentarios de las oportunas observaciones de un fisiólogo, siempre más preciosas y concluyentes, que cuantas puedan hacer los filósofos puramente metafísicos, y nunca reemplazables por las que ofrezcan los meros aficionados a la verdadera ciencia del hombre, entre cuyo postrer número y clase nos contamos nosotros mismos.

Así que serán dobladas y cordiales nuestras enhorabuenas al Director de *La Cartera Cubana* (pues sencillas, ya se las damos por la presente publicación) si para el próximo número de su interesante obra nos regala a nosotros, siempre sedientos por saber, y sobre todo de manos de los discípulos de Esculapio, así como a la apreciable juventud de este suelo, no menos ansiosa que necesitada de sólidos conocimientos; si nos regala, repetimos, con sus atinadas observaciones acerca del artículo a que ha dado hoy cabida en su cuaderno; esto es, notas y rectificaciones sugeridas por la fisiología al juicio de M. Cousin sobre el abate Condillac. Y ved aquí el único medio con que quedará saldada, en nuestro humilde concepto, la deuda que con la juventud estudiosa de la Isla ha contraído el Director de *La Cartera Cubana*.

No fue sólo para Condillac, para Locke y para toda la filosofía del siglo XVIII, el problema por excelencia buscar el origen de los conocimientos humanos: fue lo, y debió serlo también para el siglo XVII, como lo había sido desde Aristóteles, y como ha tornado a serlo en nuestros días, por conse-

cuencia forzosa de haber resucitado las mismas o análogas doctrinas ya sepultadas, que en vida motivaron la preferencia de resolver aquel importantísimo problema. En los citados *Diarios* de fines del mes de octubre próximo pasado (que no tengo a la vista), demostré con raciocinios sencillísimos, toda la vacuidad de la moderna escuela espiritualista en echar en rostro a la sensualista la preferencia y precocidad con que mueve la cuestión del origen de las ideas. Tan superficial es aquella escuela, que desconoce, o afecta desconocer (y entonces de superficial pasa a ser profundamente impostora) que *primo limine*,²² a la misma entrada de la ciencia, forzosamente se traba, y traban ellos, y motivada por ellos mismos, la cuestión de origen y procedencia.

¿Ni cómo puede ser de otra manera? Si exponiéndose v.g. la doctrina de Kant sobre el tiempo y el espacio, oye un sensualista esta proposición: “el tiempo y el espacio son de una naturaleza tan *a priori*, que lejos de derivar de la experiencia, son por el contrario condiciones de toda experiencia”. Cosa tan cierta, añade Cousin, explayando la teoría, cuanto que todos los fenómenos pasan indefectiblemente en el tiempo y en el espacio, y ni aún podemos concebirllos sino en el tiempo y el espacio. Prescindo de la verdad o falsedad de la doctrina, que no es la cuestión del momento, y voy a continuar la exposición del caso pendiente. Pregunto, pues, yo ahora: ¿con el mero hecho de exponer una doctrina semejante, no empeña el espiritualista el lance, no es él el verdadero provocador de la cuestión del origen de las ideas? ¿Como cuestión del origen de las ideas? ¿Cómo puede por su parte el sensualista tratar de convencerle de lo contrario, esto es, de que las ideas de tiempo y de espacio presuponen la experiencia, el lugar de ser condiciones de ella? ¿Cómo puede menos de subirse al origen para decidir la contienda? Veámoslo materialmente, y digo materialmente, porque no puedo menos de reconvenir a los publicadores del *Artículo de Cousin* (y este tiro no va lanzado contra los amigos Editores de *La Cartera*) sobre Condillac, por no haberse hecho cargo siquiera en nota, de las razones con que procuré esclarecer esta cuestión en los mencionados *Diarios*, manifestando así el desprecio más antifilosófico a cuantos por la misericordia de Dios discurren un poquito. Yo bien sé, señores, que no soy francés ni filósofo recibido, ni autor célebre, ni cosa que lo valga; pero mis razones, o no mis razones, si queréis, sino las razones alegadas por mí, son de todas partes y de todas lenguas. Volvamos, pues, a demostrar materialmente que en aquella conformidad se traba de juro la cuestión sobre el origen, para ver si tenéis valor los filósofos de por acá, de volver a repetir la especiotía de la preferencia y la precocidad. Esta no es táctica de hombres, ni de filósofos, ni aun de... hidalgos pechos. Pero dejémonos de quejas y cargos, y volvamos al raciocinio seco y secante. Si el kantista pretende que el tiempo es

22. “a la misma entrada”.

condición de la experiencia, y yo pretendo que la experiencia es condición del tiempo, ¿cómo se decide la cuestión? No hay remedio, es menester apelar a un *veamos cómo se empieza* en efecto, dice el sensualismo; tomemos al hombre desde el primer instante de su ser natural.

¿Qué es el hombre en semejante estado respecto de las ideas, acabado de salir del claustro materno? Una verdadera tabla rasa, pesa a los negadores de los hechos: no que carezca de virtualidades, que llegarán después a ser facultades, por medio de las cuales con el ministerio de los sentidos internos y externos y los materiales suministrados por el mundo exterior; forme o adquiera las ideas; pero todavía no las tiene, supuesto que ha menester formarlas, o sea rigurosamente adquirirlas. Pocas veces se ha usado en la ciencia un símil más exactamente ajustado que el famoso de la tabla rasa de Aristóteles, más eterno que su mismo inventor, por estar siempre vivo en la misma naturaleza de las cosas; y cuente que yo no admito ni aún la modificación sugerida por Leibnitz de *nisi intellectus ipse*,²³ al principio de, *nihil est in intellectu quod non prius fuerit in sensu*,²⁴ pues aunque encierra una verdad, es de todo punto superflua, y aún injusta respecto de Aristóteles y de toda su escuela, así en lo antiguo como en lo moderno, a quien no se escapó jamás la potencia o virtualidad del entendimiento.²⁵

Pero aun cuando tal cosa no nos constara del modo más terminante y explícito por lo mismos textos de todos los autores de la escuela sensualista, ¿quién les ha dicho a estos levantadores de testimonios los unos, repetido-

23. “excepto el entendimiento mismo”.

24. “nada hay en el entendimiento que no haya pasado antes por los sentidos”.

25. Con tanto traquetear sobre el símil de la tabla rasa han logrado alucinar los idealistas hasta a hombres de la sensatez y sindéresis de un Londe (en sus *Elementos de higiene*) y de Augusto Comte, en su *Filosofía positiva* (no el Comte publicista más conocido aquí, que era Carlos); quienes procediendo bajo el supuesto, como Leibnitz, y en esa hipótesis son consecuentes, de que en el principio de la tabla rasa se destruían las virtualidades mentales, sustentan que es necesario admitir la adición de *nisi intellectus ipse*,* sugerida por aquel insigne alemán al axioma de *nihil est in intellectu quod non prius fuerit in sensu*.** De forma que hoy más al que diga que un hombre corriendo veloz, vuela, es menester retrucarle con lo que lo ha vuelto pájaro en todo y por todo, con alas y arrastraderas. No tal, contestará el comprador acosado. Yo no he hecho más, señores, que asimilar el hombre al pájaro en la circunstancia de la velocidad, que me arrebató la atención así en el uno como en el otro. Pues aplíquese el cuento a quienes embona. El entendimiento no es tabla, ni rasa, ni calabaza, sino tan sólo en la circunstancia de no tener todavía nociones; que en cuanto a sus virtualidades, ninguna ciencia mejor que la frenología (y Londe es muy frenologista) sabe, no como quiera, que son innatas, sino muchas individuales y características.

* “excepto el entendimiento mismo”.

** “Nada existe en el entendimiento que antes no haya pasado por los sentidos”.

res los otros (*servum pecus*)²⁶ que el celeberrimo principio, en sí mismo, y aún sin comentarios, excluye las facultades del entendimiento? “Nada hay en el entendimiento, dice, y dice muy bien, que primero no haya estado en el sentido”, siendo aun más expresivo y riguroso emplear la palabra sentido en singular, como para incluir todo sentimiento, y todo órgano interno y externo; así es, que ni los adelantos posteriores en fisiología han podido informar ese principio, que como roca inexpugnable ha resistido a los embates con que en el discurso de los siglos han pretendido socavarlo las oleadas embravecidas de los filósofos espiritualistas, quedando por su propio trabajo resueltas en espuma y en humo.

Pero continuemos con el razonamiento interrumpido, aunque la interrupción fue para su bien: luego si el hombre al nacer es nada respecto a las ideas, ¿cuál será su punto de partida? El sentimiento: necesita sentir para conocer: ¿cómo formó, pues, la idea del tiempo? Respuesta: por haber experimentado, por haber sentido la sucesión de sus ideas, que son pensamientos sobre las impresiones, y estar dotado de memoria, que es una sustituta de las impresiones: es decir, que para fabricar la idea del tiempo, así como para fabricar todas las ideas se necesitan objetos y facultades: luego las condiciones de todas las ideas son los objetos y facultades: luego lejos de ser la idea del tiempo condición de la experiencia, es la experiencia *conditio sine qua non*²⁷ del tiempo. En la imposibilidad de resistir a esta consecuencia, en la impotencia de acometer al enemigo de frente ¿qué debemos practicar, a fuer de guerrilleros abonados?, dicen para su capote y claman a sus caudillos las huestes espantadas de los espiritualistas, y los caudillos responden: *il faut les tourner*.²⁸ *Et bien! vous serez culbutés*.²⁹ Veámoslo. “Tenéis razón”, nos dicen, en cuanto al origen (¿pero si antes me tachabais por buscar el origen?); esto es, cronológicamente; pero respecto del estado actual la llevamos nosotros, pues lógicamente no pueden concebirse los sucesos sin presuponer la idea del tiempo.

Mas esta salida tan satisfactoria para los niños de la doctrina, los pone de peor condición para con la gente pensadora. Porque, en primer lugar, el haber existido hechos que nos impresionen, teniendo nosotros una memoria, es la causa de que los tales hechos los consideremos como sucesos por el ministerio de la memoria (y aun por la vía del movimiento) ya formó la idea del tiempo. En una palabra, en la naturaleza no hay una entidad llamada tiempo; el tiempo sólo existe para nuestras percepciones, es una rela-

26. “rebaño de esclavos”.

27. “condición necesaria”.

28. “hay que rechazarlos”.

29. “Pues bien: será Vd. volteado”.

ción encontrada y formada por nuestro espíritu. La naturaleza no necesita del tiempo para producir los fenómenos; así viene debajo de una sola plomada, con una distinción muy sencilla, lo que en aire y son de triunfo dice Cousin impugnando la explicación de la idea del tiempo por Locke; y sobre todo aquel pasaje en que se expresa así: “Las ideas no existen sino bajo los ojos de la conciencia; pero no hay conciencia en el letargo, en el sueño; luego no ha habido tiempo: en vano ha marchado el reloj, ha hecho mal el reloj, y el sol, como el reloj, hubieran debido detenerse”. Sí señor, ha habido movimiento, el reloj ha marchado; pero no ha habido tiempo para el aletargado; porque el tiempo sólo existe para nuestras percepciones: para la naturaleza no hay tiempo: el tiempo es un modo de nuestra sensibilidad (no crean Vds. que en expresión de ningún sensualista, sino en la del idealista Kant); y permítaseme de paso preguntar: ¿podría nadie haberse esperado semejante doctrina de Kant, doctrina que contradice y refuta tan abiertamente todas sus anteriores doctrinas en la materia? ¿Dónde está, pues, la contradicción, en el sensualismo o en el idealismo? Pero ¿quién creería tampoco que fuese ese mismo filósofo de Koenisberg el que dijera, en los propios umbrales de la introducción a su *Crítica de la razón pura*, “que nada hay *a priori*, sino lo que en las cosas pone nuestro propio entendimiento”? ¿No es esta tesis, profundamente exacta, la quintaesencia del sistema de Locke; y si me es lícito venir en pos de tan grandes maestros, no viene a ser precisamente la misma idéntica doctrina que en el *Elenco de 1835* expresé en estos términos?:

“La distinción entre elementos sacados de la razón y de la experiencia desaparece ante un severo análisis: o en otras palabras, la razón humana jamás puede rigurosamente proceder *a priori*”. (Proposición 4^a allí.) Y no se crea que recalcitro sobre las contradicciones del ilustre alemán, para menoscabar en lo más mínimo su relevante mérito; hágolo antes para defender al sensualismo que para ofender a los idealistas, tanto más cuanto se le pueden dispensar las contradicciones a Kant en gracia de los profundos y luminosos pensamientos que a cada paso brillan en el curso de sus meditaciones. En las obras de este maestro, aunque con algún trabajo y detención, mucho se aprende y puede aprenderse; en una palabra, Kant es un pensador sapientísimo y profundísimo, original si los hay, que de buena fe, con germana sinceridad, suele perderse en la misma profundidad de su cerebro. Cousin, por el contrario, o no trae a la ciencia todo el candor debido a su culto, o cuando lo trae, es un copista exagerador de opiniones ajenas o mal aventurado expositor de las propias.

Tampoco trato yo de rebajar el mérito o los méritos que éste alcanza: sobrada justicia le tengo yo hecha en repetidísimos lugares, digo, justicia franca y no embozada. Mi ánimo ha sido únicamente abrir los ojos a la juventud de nuestro suelo, para que distinga entre filósofos y filósofos; no vaya a creer — como se le quiere hacer tragar — que los catedráticos que

en tiempo son, porque escriben libros y más libros, sean los verdaderos sucesores, y se hallen en el mismo predicamento de los Aristóteles, Cartesios, Leibnitzes y Kants; gentes como éstas no nacen ni todos los siglos, haciéndose en esto mismo la más cabal justicia a los que actualmente ocupan las cátedras en Francia; pues en mi concepto no es primero Cousin que Jouffroy, y dista mucho de ambos el discípulo Damiron, y a Franck sólo le pondría en lista la escuela espiritualista. Tenga entendido la juventud que en la ciencia, así en la tierra como en el cielo, se encuentran ángeles, potestades, denominaciones, grados, escalones, jerarquías (y los espiritualistas quieren el primer rango para ellos, y el último para nosotros) con todo el cortejo de fuerzas sutiles, o gentes de menor cuantía, *cumque omni militia celestis exercitus*.³⁰ Justicia seca: cada uno en su lugar: *uniquique suum*.³¹ Y perdónenseme estas continuas digresiones críticas, en gracia del patriótico fin que las inspira, desengañar a la juventud, y en gracia también de la premura con que se escribe, para que estas útiles no queden olvidadas entre el torbellino de las ocupaciones que agobian al escritor.

Tiempo es ya de volver a la idea de tiempo. Vamos por otro rumbo, y he aquí este dilema que regalo a la solución de la escuela pseudo-ecléctica. Vosotros asentáis que de la naturaleza, esto es, del mundo exterior, no sale *tanquam a fonte*³² la idea del tiempo, para hablar con más rigor, que la idea de tiempo no tiene modelo en la naturaleza: luego no podéis resistir entonces la teoría que acabo de exponer, considerando al tiempo con sólo una realidad sugestiva, para hablar en lengua kantiana, o para decir en román paladino, como existente tan sólo para el sujeto que percibe. Es así que si la idea de tiempo, siendo cual es, no tuviera motivo, ni modelo en la naturaleza, ni en el sentimiento, sería una mera ilusión de la fantasía, no existiría ni aún como idea fija o necesaria. Luego escoged: o no hay idea de tiempo, o es inspirada por la naturaleza de las cosas a un sujeto habilitado para formarla. Si me la deriváis sólo del sujeto, sin el sentimiento, sin la sucesión de pensamientos excitados por el mundo exterior e interior, suponéis lo que os da la gana, empero no hacéis la historia del hombre. Aquí está en sustancia lo que os dije en el mes de octubre: “ideas sin objetos, sin sensaciones, *prolem sine matre creatam*”; ideas sin entendimiento, sin facultades, *prolem sine patre creatam*!; o reduciendo toda la doctrina a la precisión de una fórmula: “son innatas *las facultades*³³ pero no las ideas”, en lo

30. “y con todos los soldados del ejército celeste”.

31. “a cada cual suyo”.

32. “como en la fuente”.

33. Para que fuera aun más rigurosa la fórmula, debería decir: “son innatas las virtualidades, en lugar de las facultades: porque en realidad no nace con nosotros ni una siquiera de las potencias intelectuales, y muchas de ellas no aparecen en el horizonte de la conciencia

cual encuentro sin violencia una legítima y forzosa trinidad, a saber, madre, padre e hijo; pues la idea es hija del entendimiento que trabaja sobre los objetos, siendo excitado por ellos mismos por medio de las sensaciones: así es como todo se enlaza y encadena en la naturaleza de las cosas: así, y sólo así, es como se ve derivar *tanquam a radice*³⁴ unos fenómenos de otros, y no admitir, conforme hacen los espiritualistas y pseudo-ecléticos, efectos aparecidos de buenas a primeras, que es como si dijéramos efectos sin causa; procedencia que ya marcara el inmortal Estagirita con su atinada distinción de *alma activa* y *alma pasiva*, en que se cifra la verdadera historia intelectual del hombre. A nadie, pues, con menos fundamento que a Aristóteles, pudo hacerse el manoseado cargo de aniquilar la virtualidad y actividad del entendimiento con su famoso y nunca bien alabado símil de la tabla rasa; pues fuera de no excluir su célebre principio, según hemos probado a nuestro parecer, aquellas condiciones del alma, en su distinción, estaban hartamente expresamente incluidas para poder alegar ignorancia respecto a la verdadera mente del Filósofo: conducta esa mas reprehensible en los señores ecléticos de nueva invención, cuanto a ley de buenos eruditos invocan la muy filosófica máxima de crítica, que, “para juzgar de las doctrinas de un autor tan antiguo y famoso, y cuyos escritos desgraciadamente (pero, ¡qué dolor!) han llegado a nosotros, los que han llegado, todos mutilados por las injurias de los tiempos, e interpolados con los errores o torpezas de los copistas, se deben colacionar escrupulosamente no ya los pasajes de una obra suya, sino los lugares relacionados de todas ellas juntas, a fin de desentrañar el genuino sentido, y fallar con pleno conocimiento en la materia, para hacer y hacernos la debida justicia”. Esta tarea es aun más indispensable respecto del Filósofo griego, así por el laconismo de su estilo didáctico como por el lenguaje especial, que a fuer de reformador, creador y organizador introdujo en toda la ciencia.

Con este motivo no quiero perder la coyuntura de manifestar cuán acertada es la diferencia señalada por Aristóteles entre alma activa y alma pasiva; porque realmente nuestro espíritu recibe de las impresiones; y tan recibe, y tan pasivo es en esta parte, cuanto, aunque no quiera, tiene de juro que pensar sobre lo que le ha impresionado fuertemente, sea agradable, o desagradablemente, con cuyo solo hecho viene abajo, a lo menos en parte, la teoría de Biran sobre la voluntad y la atención; pero esto no quita que ese

34. ... “como de su raíz”.

hasta largo tiempo después (años enteros) de haberse desarrollado ciertos órganos. Mas como no hay inconveniente, y aun está generalmente admitido, en llamar innato, o más propiamente congénito, a cuanto es consecuencia forzosa e inmediata de nuestra constitución, en contraste con lo que deriva del uso de las facultades, o de la educación, bien puede correr la fórmula como va expresada.

mismo espíritu sea en otros casos activo, y que gobierne, busque y aún escoja las impresiones, y dirija su atención subordinada a la voluntad, que es una fuerza, no omnipotente, como queréis vosotros, pero si casi-omnipotente, o poderosísima en infinitos lances y empeños: *nihil difficile volenti*;³⁵ que es una fuerza motivada, y no sin causa como precisamente la queréis presentar, obrando por sí y ante sí, sin apelar a sus antecedentes: ivergüenza! que hasta las escuelas³⁶ dijeron: *voluntas sine motivis non flectitur ad volendum vel nolendum*,³⁷ que las impresiones son el punto de partida de la humanidad; y para llevar adelante vuestras miras hasta fingís unos hechos paralelos, andando cada línea por su lado, cuando en la naturaleza todo se toca, y encadena, prevaleciendo en ella más bien tangentes y secantes que no paralelas, que siempre equidistantes, no pueden encontrarse o converger más que en la contemplación del matemático.

Véase, pues, cuán completa es la historia de Aristóteles en este ramo; siendo observación constante, comprobada con la lectura de todos sus escritos, que aún cuando en alguna materia no alcanzase aquel mortal privilegio la verdadera teoría (que era mortal, y creador en la ciencia) siempre se le halla en todas fiel historiador, sabiendo lo que todos hasta entonces sabían, y agregando infinito de su propia parte, siendo además observador agudísimo, tan exacto en la concepción como en la expresión. De muy buen talante recomendaría yo su estudio a los corifeos de la escuela espiritualista, a ver si por el camino de la erudición, su fuerte de ellos, se les lleva a puerto de salvamento, y muy singularmente a quien tuvo la sencillez de declarar que “hasta el año de 1817 no se habían observado ciertos fenómenos de la conciencia que él había tenido la dicha de descubrir”;³⁸ lo cual bien podrá ser (aunque opino que nadie le hubiera dicho palabra a haberse explicado en estos u otros términos —que por primera vez, y todavía es mucho decir para el año 17^o del siglo XIX, se habían explicado, o deslindado bien, esos fenómenos); pero lo que sí es, es, que a tan sagaz escudriñador se le fueron por alto los hechos muy añejos observados y bien historiados desde la 99^a Olimpiada, o para hablar cristiano, 480 años antes de J.C., y por buena aritmética cronológica, unos dos mil doscientos y pico de años (¡y qué pico!) antes del de gracia de 1817.

Estudien un poco más la naturaleza —este libro abierto de los seres, como le apellida nuestro Félix Varela— y entonces encontrarán los metafísicos una buena parte de lo que él encontró; y entonces, aunque no la lean —que la investigación es primero que la erudición— seguros de que cose-

35. “nada hay difícil para el que tiene voluntad”.

36. Se refiere a los escolásticos (Roberto Agramonte.)

37. “La voluntad no se inclina sin motivo a querer o a no querer”.

38. Victor Cousin, para que nadie pierda.

charán con usura, pues de esa fuente perenne y copiosa fue de donde él sacó los fundamentos de su gloria: Aristóteles fue un gran metafísico, después de su genio, porque fue un gran naturalista, y el primer observador de la antigüedad. Este consejo es tanto más preciso respecto de aquellos que han fincado tan grande empeño en traducir y vulgarizar las obras de Platón: hagan otro tanto con las de Aristóteles, si precian de eclécticos e imparciales, para que vea también la juventud estudiosa el reverso de la medalla.

Ya algunos de los discípulos de esta escuela han conocido el descubierto en que estaban de realizarlo, si habían de ser consecuentes a los dogmas de su militante iglesia; y aunque no lo hacen con el espíritu que debieran, pues quieren hasta dar importancia en el Estagirita a lo que ya no la merece, reviviendo así las semillas del escolasticismo de la Edad Media — porque la divisa de esta escuela es la retrogradación— con todo, debemos siempre darnos los parabienes de que lo verifiquen de cualquier modo.³⁹ Todavía está por hacerse la historia de la filosofía con el criterio que demanda el espíritu y conocimientos de la época. En Francia, esta tarea hubiera podido desempeñarla justa y gloriosamente un Jorge Cuvier. Viven y vivirán en mi memoria las lecciones que en 1830 oí de sus labios en el Colegio de Francia (París) sobre la influencia de los escritos de Aristóteles en los progresos de las ciencias, y señaladamente en los de la historia natural. El plan del curso aquel y de los futuros (pues era vastísimo: en rigor, la historia crítica de la filosofía) se extendía a dar cuenta de la influencia de toda la antigüedad, de la edad media y del renacimiento sobre el estado actual de los conocimientos humanos. La muerte arrebató a este hombre superior en los primeros pasos de la carrera. ¡Así acometería hoy la empresa su digno rival y antagonista el profundo Geoffroy de Saint Hilaire! ¡Siempre apelaremos a naturalistas eruditos, y no a metafísicos insustanciales para acometer obras de semejante calibre y alcance! Aquellos con la erudición tienen lo que éstos pueden y lo que no pueden tener,

39. Es muy singular, no: me equivoco; es muy propio en M. Cousin que la obra de Aristóteles que primero se le ocurriera traducir fuera el libro 12º de su *Metafísica*, es decir, lo más impugnabile y menos útil que hay entre las obras del Estagirita; pero era lo más oscuro, y ahí está Cousin. Vaya una muestra. Dice que se le van los ojos tras él: porque en ese libro 12º descubre los gérmenes de cuanto la ciencia moderna ha desarrollado después sobre la naturaleza del Ente supremo, y entre otros aquellos de “la suma inteligencia puesta (*posé*) como la absoluta identidad del sujeto y del objeto del pensamiento en la unidad del pensar eterno pensándose a sí mismo eternamente”. Esto no dice Aristóteles, sino dice Cousin que se halla como semilla en el Estagirita. ¡Qué pasaje tan sublime, o tan profundo! Exclamarán al no entenderlo sus discípulos, y nosotros: “tan sublime que no se alcanza, y tan hondo que es insondable, como la divinidad a quien representa”. ¡O, *miseras hominum mentes!**

* “¡Pobres mentes de los hombres!”.

pues les falta lo principal careciendo de los conocimientos del profundo investigador de la naturaleza.

Pero volviendo de este digresión, que por más de un motivo se me perdonará, atacando con nuevas armas a nuestros declamadores adversarios, ¿cómo vais a constituir la ciencia, os pregunto, en cualquier ramo que sea, si no intentáis, desde los primeros pasos, ascender al origen, a las causas?

Todo es milagro para el hombre la primera vez que lo advierte. Lo presente no puede ser explicado sino por el pretérito: cuando el hombre contempla el magnífico cuanto armonioso edificio de las lenguas, en su admiración e ignorancia se siente arrebatado a atribuirlo a una potestad sobrehumana: sólo analizando pieza por pieza, y remontándose hasta los sencillos y toscos principios de la obra,⁴⁰ llegamos a comprender su estructura, apagándose por consecuencia el asombro que experimentábamos, y traspasándose a las facultades humanas, que son el verdadero milagro, o mejor dicho, al Creador de las facultades humanas y de cuanto existe, que es el gran océano de misterios, donde vienen a absorberse, como otros tantos ríos en el piélagos, todos los arcanos del universo. La primera vez que se presentase a la vista de un salvaje, hijo del interior de un continente, el espectáculo de un navío de tres puentes, cinglando majestuosamente las aguas, ¿no lo tendría en su arrobamiento por un Dios o por un parto de una potencia sobrehumana? El hombre en su ignorancia de las causas y los trámites, se remonta a la región de los espíritus; y he aquí lo que quieren los idealistas: lanzarnos por esas regiones imaginarias, revivir y sancionar con la égida sacrosanta de la filosofía (¡profanos, que la mancilláis!) el imperio de la ignorancia sobre la faz de la tierra. ¡Superficiales! os olvidáis de los torrentes de sangre que ha costado a la humanidad el conquistar ciertas verdades, y queréis volverla a empapar en sangre con vuestra reacción y retrogradación.

Pero no incurramos nosotros en la nota de declamadores con que hemos marcado a nuestros adversarios; aunque hay diferencia entre clamar después de probar, y clamar después de sofistear. *Quis tam ferreus ut teneat se?*⁴¹ y sigamos viento en popa con nuestro estupendo bajel y nuestro azorado salvaje. Mas si en su estado de estupefacción, lejos de dar con un impostor más aventajado, encuentra con un amante de la verdad, con un filósofo genuino, a quien mueva de lástima su mismo estado de barbarie, entonces, llegada para él la hora de la ciencia, colmará de bendiciones a la lengua caritativa que se la proporciona e introduce en su alma. Pongamos que le diga: “mira, ¿no has visto en aquel arroyuelo de tus bosques flotar una yagua o tablilla, arrojada allí por un accidente cualquiera? ¿No adver-

40. Compárese la lengua de un pueblo naciente e inculto con la de otro antiguo y civilizado, y se tiene resuelto el problema.

41. “¿Quién es tan fuerte que pueda dominarse?”.

tiste quizás que aún llevando encima un pajarillo y hasta otro animal más pesado, se trasladaba sin hundirse a la otra margen? Pues un hombre que por las circunstancias que le rodeaban vio ese fenómeno más a menudo, o que tuvo naturalmente más atrevimiento, o más perspicacia, o que fuese más hostigado que tú por la necesidad, sea de evitar un mal urgente, o de satisfacer un apetito, v.g. el de coger una fruta dorada que a la otra orilla del riachuelo provocaba su vista, excitando más el hambre que le atormentara... este hombre así constituido tuvo la audacia de lanzarse sobre la frágil tabla, y ahí está el origen de la navegación, y del portento que te pasma”. Por este orden podría continuar nuestro filósofo gradualmente desde el segundo paso que fue ahuecar el tronco de un árbol para labrar una piragua, hasta llegar por sus pasos contados a todo ese embolismo de velas, jarcias, hierros y maderos, cuya perfecta construcción y manejo, siendo el resultado de la ciencia más profunda, es uno de los primeros timbres de que puede vanagloriarse la humanidad.

Ahora bien: ¿podemos subir a las causas, sino por los escalones de los efectos? ¿Qué es por ventura la ciencia humana sino el enlace de efectos con efectos, pues una causa hace a su turno veces de efecto con relación a su antecedente; relación y siempre relación con la naturaleza, hasta llegar a la *causa causarum*,⁴² a la causa suprema, que aun cuando sea, como es, absoluta, esto es, independiente de las demás, no es absoluta la idea que de ella tenemos, puesto que hasta ella nos elevamos por la escala de tantas relaciones, cuyo término constituye. Es, pues, de todo punto imposible en lo humano constituir el absoluto como idea; siendo la del Supremo Hacedor; la del *ego sum qui sum*,⁴³ la más eminentemente relativa de cuantas fabricó la inteligencia... FILOLEZES

Habana, marzo 30 de 1840

(OTROSI: Téngase por parte de prueba la pieza anterior y la secuela en el *litis* pendiente entre el Editor de los *Artículos de Psicología* y su antiguo contrincante el memorado *Filolezes. Utique*.⁴⁴)

42. “la causa de las causas”, “la causa suprema”.

43. “Yo soy el que soy” (*Éxodo*, III, 14).

44. “Sí, señor”.

XX

**TERCERA RESPUESTA A FILOLEZES
POR LO DEL DIARIO DE 5 DE ABRIL**

POR MANUEL GONZÁLEZ DEL VALLE

(Diario de la Habana, abril 8 de 1840.)

¡Lacónico estáis!... ¡Qué me place! ¡Pero no valiera más que, aparte del *Diario*, en un cuaderno, consignase V. todas sus objeciones a los *Artículos de Psicología*, para que, puestas así, se leyesen, no como quiera y de momento, sino con la debida meditación? ¡Ojalá que a ello se aviniera V.. ojalá!

Hablemos en plata. Exponer la ciencia a la suerte de un duelo verbal, de persona a persona, entre V. y yo, en 2,3,4, ó 5 horas, daría margen a la inútil exclamación: ¡Vaya! ¡Bien han disputado... y gracia si en eso quedara el asunto!

Por la negra honrilla —¿me entiende V., *Filoleses?*—sucedería que se creyese V. vencedor *et ego quoque*.⁴⁵ A estas horas, me parece puedo enseñar algún trofeo que me ha dado la Dialéctica y itan al principio del certamen! Lo de la llave de las ciencias.

Rotundamente niego el lauro que V. se pone del 22 de julio. Allí no examinó V. a los alumnos del *Colegio Cubano*, sino que se adjudicó la palabra exclusiva sin caer en la cuenta de que yo también poseía mis títulos para ser oído.

Hanc veniam damus petimusque vicissim.⁴⁶

Valga el ejemplar para la apelación a la reflexiva pluma que no tiene tan cerca los peligros de la improvisación acalorada. A los alumnos se les pregunta para explorar lo que han aprendido. ¿Estamos?.. ¡Sabe Dios, aun escribiendo... las que se arman!...

Si no acepta V. la diferencia que noto entre la observación de los fenómenos íntimos y los del mundo exterior; porque hasta la observación física es interna y externa, mejor para mí pues se reconoce el Yo activo, sensible e inteligente, como indispensable para el estudio de la Creación.

Que la sensación o el pensamiento procedan a las veces al acto de atender, que a ocasiones la atención sea provocada, de ahí no sé que degeneren de su principio. V. mismo declara que está dotado de la facultad de atender, que para mí es el derecho muy suyo de poner aquí o allá sus sentidos y su pensamiento. Los juristas dicen: *voluntas coacta, semper*

45. "y yo también".

46. "Concedo esa facultad, pero la reclamo también para mí". (Horacio, *Arte poética*.)

voluntas.⁴⁷ ¿Quién ignora la eficacia de la actividad espiritual, para estar en muchas cosas a un tiempo? Yo oigo, hablo, recuerdo, muevo el cuerpo, y, uno siempre, estoy en esas y otras partes. Dios nos hizo a su semejanza.

Entre el ruido y fragor del combate recibe el bizarro militar dos o más heridas: batalla con los enemigos, con la cutis y tejidos de su cuerpo lacerados: no siente ni el dolor: calma el furor de las armas: se retira y entra en su tienda. Entonces sabe que siente las heridas. ¿Y dónde el valiente cuando las balas le ofendían al cuerpo? ¿Dónde estaba? ¿Quiere V. que se lo diga?.. En la pelea. Por eso, allí, ni hubo sensación de las heridas.

Habrá grados de más o menos actividad en la atención. ¡Cierto! Pero siempre esto de la atención sale del poder personal del Yo, cumplidas las condiciones que a V. le constan.

Y lo de la reflexión. Momento que la materia lo merece. MANUEL GONZÁLEZ DEL VALLE.

XXI

LA ONTOLOGÍA EMBOZADA Y DESEMBOZADA

POR FILOLEZES

(*Diario de la Habana*, abril 8 de 1840.)

“Multaque indicia [Ontologiae]
quanquam premantur, erumpere”.⁴⁸

TÁCITO

Desde el 2° capítulo de nuestro psicologista, rotulado “Objetos de la Psicología”, se descubre una prueba marcada del empeño que le indiqué ponía en *redondear* ciertas puntas, y en embozar ciertas dolamas de sus predilectas doctrinas, para ver de esquivar el encuentro con las más favoritas de entre las mías. En efecto, ya de antemano oyera él de mis labios un dilema tan sencillo como arrasante de toda Ontología, y aún de toda tentativa de Ontología; dilema reducido a los términos siguientes: La Ontología o trata del ente común, o del *Ente* por excelencia; si lo primero, está toda

47. “La voluntad, aun constreñida, sigue siendo voluntad”.

48. “y muchos signos [de la Ontología], se hacen visibles aunque se quiera ocultarlos”.

ella reducida a esta sola proposición, u otra equivalente, a saber “todo ente existe, o todas las cosas se parecen en una cosa, en la existencia, dado que el único punto de clasificación para todos los seres es la existencia”. ¿Pero se le ocurrirá a nadie que esté en su razón, *rationis compos*⁴⁹ formar una ciencia del ser, o de los seres, como ser? No, porque ese punto de clasificación nada enseña y es una verdadera perogrullada. Si para conocer, pues, los *seres* tengo que entrar en el estudio de cada uno, o de cada clase, o de cada aspecto bajo el cual puede ser mirado el mismo ente, o la clase a que pertenezca, claro está que el conocimiento de los seres será el objeto de otras tantas ciencias especiales, de todas las ciencias humanas; en una palabra, Dios, el hombre y el mundo. Luego por este lado no puede constituirse la Ontología. Veamos ahora si puede fabricarse por otro, que es el 2º miembro de la alternativa propuesta. Si la Ontología versa acerca del *Ente* por excelencia, entonces abandonando sus pretensiones al ente en común, se convierte en la Teología natural, o ciencia de Dios, hasta donde alcancen las luces de la razón; pero aún no puede hallar rigurosamente cabida, porque en primer lugar a Dios no lo podemos concebir sin atributos o propiedades, como no puede menos de suceder al entendimiento humano respecto de cuanto existe; de suerte que la ciencia que tengamos de Dios, cualquiera que sea, más o menos limitada, forzosamente ha de recaer sobre sus atributos, y entonces ni aún la ciencia de Dios lo es, en cuanto ente o ser meramente tal; luego no es en rigor ciencia ontológica: Tal es, en efecto, la propensión, la ley del alma humana, que todo hombre se figura o concibe al Ser Supremo, según los datos o modelos que le ofrece la misma naturaleza o su propio entendimiento, fingiéndosele muy corporal el hombre salvaje, y muy espiritual el civilizado, cada cual a imagen y semejanza de sus concepciones. Luego no es posible en lo humano formar una ciencia del ente en cuanto ente, sea por el rumbo del universo, sea por el rumbo de su hacedor. Ni aún la misma existencia de Dios, que sería en todo caso el fundamento de la Ontología, es ni puede ser, inducción o deducción de esta pretendida ciencia, toda vez que aquella gran verdad fundamental es filosóficamente el resultado de la misma observación del hombre y del universo. Además de esto, aún considerando a Dios, cual lo es, como el *Ente* por sí y absoluto, esto es, independiente y superior a todo lo creado, todavía la *idea* de Dios no es *absoluta* respecto de nosotros, dado que nos elevamos hasta ella por la contemplación de los fenómenos; así que, lejos de ser absoluta, es *eminentemente relativa*, y tanto, que cada objeto comparado con otro objeto del universo, y el conjunto de los objetos, nos llevan invenciblemente a la misma grandiosa *inducción*, o sea, a un resultado corroborado por millares de millares de inducciones, incluso en ellas el magnífico argumento de Cartesio, que entra forzosamente en el círculo de

49. “en su juicio”.

la inducción. Cousin, presintiendo que no podía de primera intención introducir y acreditar la Ontología, y señaladamente entre sus ilustrados compatriotas, se contentó con insinuar hábilmente —y aún fue hasta valentía— que aunque no debía comenzarse por la Ontología, sin embargo, eso nada probaba contra su existencia, pues sólo se había de llegar a ella por medio de la Psicología, es decir, después de agotado el estudio de los fenómenos: “una sana filosofía —dice al comenzar la lección 18ª del curso de 1829— no debe, sin duda, quitar del medio y destruir las cuestiones ontológicas sobre la naturaleza del espacio en sí mismo: *utrum*⁵⁰ si es material o espiritual; si es sustancia o atributo; si es independiente de Dios o si se refiere a Dios mismo (es decir, una parte o atributo de Dios mismo, como ha sobrado quien lo defienda, pues no hay disparate que no lo haya dicho algún filósofo, como ya observó Marco Tulio); puesto que todas estas cuestiones se hallan incontestablemente en el espíritu humano; empero, la filosofía debe aplazarlas hasta el tiempo en que observaciones psicológicas bien hechas y hábilmente combinadas permitan resolverlas”.⁵¹ ¿Se pudiera creer que un hombre en su sana razón, y seriamente, se explicase en los términos enunciados? No quiero ni calificar las especies que a manos llenas vierte nuestro metafísico en el párrafo anterior, porque son pocas y flojas las más abundantes y enérgicas palabras, para bautizar semejantes desvaríos. ¿Merece ser *libro dogmático*, texto de enseñanza, libro de ponerse en mano de la juventud, en donde a cada paso se tropieza con esas pomposas y huecas extravagancias? Si pudiéramos decir de Víctor Cousin, el filósofo,⁵² lo que del padre Homero decía Horacio, *quandoque bonus dormitat Homerus*,⁵³ podrían disculparse esos arranques ontológicos y algunas otras espinitas, si estuvieran más *clairsemées*,⁵⁴ o menos copiosamente vertidas. Pero ¿qué hemos de hacer con un escritor que está continuamente *dormitando*, o *ejecutando* en la vigilia cosas peores que en el sueño? La justicia nos obliga a declararle pésima guía, y sobre todo para guía de la juventud. *Principiis obsta*.⁵⁵

Vamos a ver, siquiera por encima, algunos de los errores —otra sería la expresión propia— que envuelve ese celeberrimo pasaje.

50. “sobre sí”...

51. “¡Bien largo va eso!”. Nota que hace más de ocho años puse al margen a este lugar de la obra de M. Cousin.

52. Hablo en la parte puramente doctrinaria, pues en la histórica y literaria, o en puntos ajenos a la filosofía, hasta me encanta su estilo. ¿Quién es el escritor que le mejora el epitafio de su íntimo Santa Rosa? Justicia. Fair Play!

53. “Algunas veces se queda dormido hasta el bueno de Homero” (Horacio, *Arte poética*). Equivale a nuestro adagio: “al mejor escribano se le va un borrón”.

54. “espaciadas”

55. “Oponte a los principios”.

1º *Ignorancia* de la naturaleza de las ideas. Por más que adelante la ciencia, ¿qué más se ha de descubrir en esa relación sencillísima de nuestras concepciones? Si el espacio no es más que la extensión limitada por mi entendimiento, ¿qué otra cosa más puede ser con el tiempo? ¿Acaso es el espacio un objeto compuesto, como un mineral, v.g., que hoy se le descubre una propiedad, y mañana otra, y andando de los siglos otra y otra, que nos haga dudar, o por lo menos nos alumbre acerca de su naturaleza? El espacio, el número, el tiempo, el ser y otras relaciones simplicísimas por este estilo, nos tienen más naturaleza que la que les atribuye el entendimiento humano. Podrarse descubrir con el tiempo nuevas combinaciones con los *números* v.g., pero estos adelantos en nada pueden ilustrar la cuestión de la naturaleza del número, que ya está ilustrada por sí misma, que no admite más, ni poco ni mucho. Así hoy, después de todos los adelantos del álgebra y del cálculo infinitesimal, se está el número como se estaba así en la mente de Newton como en la del último hotentote; porque la naturaleza del número es la misma que le ha dado el entendimiento humano, la relación del *cuánto*, y nada más, hasta la consumación de los siglos, y hasta *in aeternum* para los entendimientos humanos, no para los divinos de los eternos psicólogos o sempiternos visionarios. Así, pues, tan ridícula es para mí la cuestión de “si el espacio será *corporal o espiritual*”, como si me preguntaran si el número era negro o blanco, agrio o dulce. En todo caso, más bien sería corporal, porque su base está en la extensión, para cuya corporeidad no me parece exigirán mis adversos las pruebas. Pero en rigor, el espacio ilimitado, o lo que filosóficamente se llama el espacio, es una formación de nuestro entendimiento, y bajo este concepto se le puede llamar *intelectual o espiritual*, desde ahora, sin tener para qué aguardar a esas profundas investigaciones ontológicas hechas y dirigidas *comme il faut*,⁵⁶ por los observadores internos, no los groseros externos, por los observadores de lo fino, así como hay carpinteros de lo blanco. ¡Habrás visto gente como ella! Sacamos, pues, en claro que el espacio es eclético; no hay que reírse, que allá va la prueba: por la extensión, que es la raíz que lo pega a la tierra es sensualista, corporal, y por el espíritu, que lo multiplica hasta el infinito, hechura suya —aunque la palabra no es muy espiritual—, se remonta hasta el séptimo cielo, y cátelele espiritualista *Sed sic est*⁵⁷ que lo sensualista y espiritualista bien mezclado y diluido (para la neutralización del veneno ¡qué químico! iríase Ud. de Berzelius!) constituye lo *eclectical*; ERGO, *luce clarius patet, clamante scientia (et CONSCIENTIA!) spatium quid eclecticum, ECCLECTIQUISSIMUM esse*.⁵⁸

56. “como es debido”.

57. “Pero es así [que]”...

58. *Luego*, según la ciencia (y la conciencia), *queda más claro* que la luz que el espacio es *eclético, eclecticísimo*”.

No le vendría mal a esta escuela, y le embonaría literalmente otra *metrificatio invectivalis contra studia MODERNORUM*,⁵⁹ sí, contra los estudios de estos modernos que piadosamente nos quieren volver a los relumbrones de la Edad Media —*tanquam lucus a non lucendo*.⁶⁰

2º Si el espacio es *sustancia* o *atributo*, podrá ya sentenciarse según lo alegado y probado. Ni uno, ni otro, hablando en rigor; aunque en todo caso, más tiene de atributo en el fondo que de otra cosa, como que es una *relación* bajo la cual se contemplan los cuerpos —y sugerida, no formada por ellos mismos.

3º “Si el espacio es *independiente* de Dios...” ¿Qué diríamos del que nos preguntase si la línea recta v.g. era independiente de Dios? Pues yo voy a probar que también es ecléctica la línea recta, y que hasta hay en ella *trinidad*, como procedente *ab utroque*,⁶¹ de donde proceden todas sus hermanas ideas, que no pueden negar la alcurnia, esto es, de las cosas de afuera y del entendimiento de adentro, madre y padre de la hija idea. ¿No reparáis en el límite de aquella mesa? Pues yo prescindo de su ancho y de todo lo demás, y sólo considero el remate de la superficie. Pero la mesa u otro objeto de donde yo he sacado la línea, es un objeto material: (aquí está el sensualismo, ¿no es verdad?) y el entendimiento con que la he sacado, pues ella no estaba suelta, sino atada al cuerpo en el universo, es facultad de un alma espiritual (aquí está el espiritualismo ¿no es eso?); es así que, según lo demostrado, (sí, será así, pero no según lo demostrado, sino según lo convenido) la combinación perfecta de aquello con esto constituye el eclecticismo (aquí está mi gente): luego la línea recta es ecléctica en derecha, y por los cuatro costados (o por los dos que tiene).

Pero bien, ¿a qué viene todo ese tren y andamio de pruebas para la cuestión de “si el espacio es o no dependiente de Dios?” Sí viene; porque así como de cualquier objeto y de cualquier idea puede decirse que es espiritual o corporal, o ambas cosas, según el modo con que se considere, de la misma manera no hay idea que no sea dependiente de Dios, porque Dios fue el creador de los objetos y del hombre dotado con facultades para conocerlos. Pero no es esta la dependencia o inmediatez a que se contraen los metafísicos; trátase de hacer el espacio un atributo de la Divinidad, pues considerándolo increado, por forzosa consecuencia le miran como eterno, y nada hay eterno más que Dios:⁶² y ved aquí cómo por sus pasos contados vienen a parar en el espinocismo más neto y lleno. Así, pues, considerando

59. “Invectiva métrica contra los estudios de los *modernos*”.

60. “como *lucus* [bosques], de *no lucir*”.

61. “de uno y otro lado”.

62. Recuértese lo que dije en mi último Elenco: que una gran fuente de extravíos en los metafísicos era aplicar ideas de un orden a objetos de otro.

a Dios como inmenso, entienden los espiritualistas esta expresión muy materialmente y al pie de la letra, concibiendo que el Criador se halla ocupando todo el espacio, sin dejar ni un poquito siquiera al justo.⁶³ Lo que prueba de paso cuán enclavada está en el entendimiento humano la idea de espacio como extensión, en términos que no pueda concebir ni aún los espíritus sino en el espacio, esto es, en la extensión limitada de la realidad o ilimitada que fabrica nuestro entendimiento. Lección importante que nos advierte no internarnos en regiones de cuyos linderos ningún viajero vuelve; regiones por las cuales se place en volar nuestro caudillo de la escuela ecléctica, toda vez que no contento ya con haber insinuado que la Ontología se quedase para más adelante, se mete en ella de rondón en varios lugares de sus obras, y muy singularmente en el famoso prólogo de la última edición de sus *Fragmentos filosóficos*. No quiero citar más que un pasaje, por no prolongar mucho más el presente artículo, aunque sería muy conducente a nuestro propósito acotarle todo entero; itanto es el material refutable que envuelve en esta parte! Dice, pues, entre otras cosas muy notables, “que Dios no puede deliberar ni querer *a nuestro modo*”. Luego quiere y delibera al suyo, esto es, *more divino*.⁶⁴ Es decir, señor Cousin, que sustituis las palabras a las cosas; porque en rigor, ¿cómo podéis decir que *delibera* un Ente *presciente* y para quien todo está presente hasta lo futuro; mejor dicho, para quien no hay pasado, ni futuro?

Deliberar vale tanto como *escoger* entre varios extremos y *determinarse* en consecuencia; y todo esto es humano y ajenísmo de la idea que por otra parte nos hace la naturaleza formar de Dios, para no hablar de la revelación, Así, pues, no por proferir V. las palabras “Dios *delibera* a su modo” alcanza más vuestro entendimiento que el de cualquier otro hombre acerca de la naturaleza divina; tan completa es vuestra ignorancia como la mía en el particular; pues no concebís mejor que yo ni esa, ni ningún género de deliberación en el Ente Supremo; con la diferencia, a mi favor, de que yo evito, confesando mi ignorancia, la contradicción en que vos mismo os colocáis gratuitamente. Hay también otra diferencia, que en vuestro favor reclaman vuestros partidarios, y es que con semejante conducta sois más valiente y arrojado que nosotros los que profesamos, dicen ellos, una filosofía tímida y mezquina (ahora es *tímida*, y otras veces la

63. Esto es, *repletivité** que es una de las tres clases de *ubicuidad*, con que están los entes ocupando el espacio, según los escolásticos; las otras dos son *punctatim* y *definitive*.**
¿Cuál de las tres les acomodará para los espíritus? *Ostende nobis*.***

* “repletividad”

** “breve y definitivamente”.

*** “Muéstranoslo”.

64. “de manera divina”.

tachan de arriesgada, y es lo uno y lo otro: porque no va ni a más ni a menos de lo que consienten los hechos) que no se atreve a acometer las altas cuestiones de la naturaleza divina y la creación del Universo. ¿Y qué ganáis vosotros los valientes con acometerlas? Perderlas todas... ¿Por ventura las acometéis? No, sino que ponéis *palabras* en lugar de *cosas*. ¿A qué viene una valentía que se reduce forzosamente a valentía de decir desatinos gratuitamente?

¡Qué! ¿Por ventura se dejan de acometer semejantes cuestiones por falta de valor? ¿Qué idea os habéis formado de la naturaleza de la ciencia? ¿No os he dicho repetidamente que habías tomado la ciencia como negocio de voluntad? No, mirad que en la mayor parte es negocio del *entendimiento*. Si por más que yo desee profundizar una materia, me clama y convence mi entendimiento que no me es dado ni siquiera saludarla sin desbarrar, ¿cómo puedo gratuitamente, a sabiendas, zamparme de bruces en la sima del error o en el laberinto de la contradicción? Digo, pues, y repito con nuestro divino maestro, el hijo de María: *voluntatem non quaero*,⁶⁵ no busco mi voluntad en la ciencia, y así tendré al menos más derecho a esperar que mi juicio llegue a ser justo *et ideo iudicium meum justum*.⁶⁶ A veces llego a creer que vosotros tenéis el entendimiento de diversa conformación al mío, pues lo que más os acomoda es cabalmente lo que a mí más me repugna; y entonces creo más en la frenología, y hasta pierdo las esperanzas de convencerlos, aún caso que estéis de buena fe. ¡Qué remedio! *Sic erat in fatiis*.⁶⁷ El filósofo no es más que ministro e intérprete, no dueño ni legislador de la naturaleza; a nosotros no nos toca más que estudiar sus leyes, no dárselas; sin que esto quiera decir que seamos empíricos, que nos contentemos con la mera exposición de los fenómenos: no tal, quien busca las leyes, halla las causas hasta donde es lícito a hombres remontarse con las alas de su inteligencia. Señores, ¿y es este Víctor Cousin el mismo que nos repite en diversos lugares de sus obras, que “la filosofía para siempre se emancipó de la teología?” ¿Y quién con más osadía ha introducido las cuestiones teológicas en el campo de la filosofía? Víctor Cousin. ¿Y quién hace promesas más espléndidas de seguir el legítimo espíritu de la ciencia? Víctor Cousin. ¿Y quién se burla más de tanta palabra empeñada? Víctor Cousin. ¿Y quién se alimenta y alimenta a sus hijos con el pan cotidiano de la contradicción y la paradoja? Víctor Cousin. ¿No es él mismo quien nos dice, en ese propio lugar, que ante la Providencia es forzoso doblar la cerviz? ¿Y cómo no se fía a la gran verdad de la existencia de Dios y sus atributos consiguientes? ¿Cómo antes de internarse en el misterio insondable de la naturaleza divina, en el misterio de los misterios, no reco-

65. “no busco mi voluntad” (*San Juan*, V, 30).

66. “y así mi juicio será correcto”.

67. “estaba escrito”.

noce y confiesa, en espíritu y verdad, que allí sólo *oportet adorare*,⁶⁸ clamando antes de lo que él lo ha hecho. *O, altitudo!*⁶⁹

Resulta, pues, en definitiva comprobado lo que antes critiqué a los metafísicos, es decir, que *construían a Dios* a imagen y semejanza de ellos; vio M. Cousin⁷⁰ que el acto de la deliberación era lo más noble y bello que había en el hombre; Dios se compone de lo mejor y más selecto (pero no de lo mejor en lo humano); luego en Dios hay y debe haber deliberación, aunque deliberación *allá a su modo*. Este *allá a su modo* es un manto para cubrir uno su ignorancia: yo como no tengo para qué cubrirla, ni me avergüenzo de confesarla, no me falta valor para decir paladinamente: “Yo no sé nada de eso”. ¿Quién es valiente, el que confiesa su pecado o el que se pone una careta para ocultarlo? “Máscaras abajo”, señores, y adelante.

“Todas estas cuestiones se hallan incontestablemente en el espíritu humano”, continúa Cousin; luego deben examinarse algún día, es su consecuencia, pues afirma que siendo así, “una sana filosofía debe aplazarlas hasta que las buenas observaciones psicológicas nos permitan resolverlas”. Ya hemos visto algún síntoma de que él no ha esperado al plazo, habiendo así enfermado a la antes sana y robusta filosofía. ¡Bien se lo temía el mismo médico! Pero viniendo a nuestro caso, esta necesidad de examinar semejantes cuestiones, por estar en el espíritu humano, se me parece al argumento que hacen algunos de la misma escuela, cuando para probar la existencia de sus *entes*, de los hijos de sus cerebros, dicen muy seriamente: “existe el nombre, luego existe la cosa”. Corriente, en todas las lenguas se encuentran las palabras *duende y vestiglo*, luego las cuatro partes del mundo están pobladas de endriagos y de espíritus *foletos*; pero fuera burlas, lo que existe o ha existido en la *impresión* y su *causa*, a que el hombre ha puesto una denominación. Vio el hombre un objeto extraordinario, que le asustó y consideró, o le dijeron en su espanto, hijo de su ignorancia, que era un agente superior a él y a la naturaleza —a la poca parte de ella que conocía— y capaz de hacerle daño y le llamó *duende o vestiglo*. No hizo, pues, otra cosa que consignar, con el nombre de su *impresión*, un error en el catálogo de la lengua; ni más ni menos a guisa de un pobre rematado que, porque realmente sufre crueles sensaciones en su sobreexcitado cerebro, sensaciones que son muy reales y efectivas, le pinta aquél con la mayor viveza —que es uno de sus modos de padecer, análogo a su principal modo de obrar— legiones de diablos y centellas, a quienes atribuye toda la *realidad* que no tienen, y que les da su sentimiento.

68. “conviene adorar”.

69. “¡Cuán elevada cosa!”

70. Algún día verá el público otros revuelos ontológicos de Cousin, pues el que ha visto es, en comparación, de los menos atrevidos.

Se dirá que no hay paridad, porque las cuestiones de que se trata no están sólo en los cerebros asustados y enfermos, sino en toda la humanidad, así en los ignorantes como en los sabios, puesto que todos queremos penetrar el misterio de la creación y el de la naturaleza divina, y otros no menos inabordables. Muy bien, eso podrá decirse con verdad acerca de Dios y del mundo; pero no acerca de la idea de espacio y de tiempo. Entendámonos. Digo que podrá afirmarse con verdad que a todos nos atormenta más o menos el deseo de saber cómo es Dios y cómo y cuándo se hizo esta máquina admirable. Pero ¿podemos penetrar de presente estos arcanos? Si hemos de juzgar por los resultados de nuestra ciencia hasta el día de hoy —y cuenta que está adelantado— más bien nos inclinaremos por la negativa, puesto que toda nuestra ciencia se reduce, cuando llega a tanto, al conocimiento de las causas *segundas*, o para hablar con más exactitud, a conocer que hay tales o cuales causas segundas, sin penetrar todavía su naturaleza, o siendo propiamente para nosotros su *naturaleza* lo que de ellas conocemos. Pero ¿quién osará aseverar que tal es *toda* la naturaleza, y la *íntima* naturaleza de las cosas? Nadie que reflexione. Mas supongamos que, andando el tiempo, pudiera el hombre llegar a calar el misterio que envuelve al mundo y a su Hacedor; aún en tal caso ¿podríamos arribar a ese resultado por los medios que proponen los metafísicos, por virtud de observaciones psicológicas? Mas bien llegaríamos a alzar un canto de ese denso e inmenso velo, por el camino de la geología y de todas las ciencias de observación estrechamente coligadas al intento; lo cual prueba que la Ontología propiamente tal, ni existe, ni puede existir.

Pero ¿quién no ve que estamos suponiendo lo que jamás existirá? Aún cuando le sea dado al ingenio del hombre aumentar el caudal de sus conocimientos, aún cuando alcance a descubrir nuevas leyes inimaginables. ¿podría jamás penetrar la obra del Eterno? ¿Podría por más que sepa, *no tener más que saber*? No, mil veces no; y aquí es donde se le revela invenciblemente el infinito; y aquí la profundísima ciencia de aquellas palabras, fanal de mis ojos, y nutrimento de mi alma en el curso de mis meditaciones: “El mundo —habla la Escritura— lo entregó Dios a la discusión de los mortales, de modo que no encuentre el hombre la obra que ha operado Dios desde el principio hasta el fin”.⁷¹ Si después de nuestra humillación y nuestra miseria, me fuera lícito sondear los inescrutables planes del Eterno, yo diría que es obra, o hecho pensado, de su suprema inteligencia, hacer sentir a la criatura su inferioridad respecto de su Criador. Y éste es en sustancia el magnífico y nunca bien alabado argumento de Cartesio en favor de la existencia de Dios: del sentimiento de la imperfección levantar el ánimo a la suprema *perfección*. Al arribar allí, ¿qué habremos de hacer? Adorar, y nada más que adorar. Cuando el hombre llegue a conocer *toda* la

71. Vid. supra, p. 546, nota 51.

naturaleza (¿cuándo? ¿toda la naturaleza? ¿la de cada uno de los millones de astros visibles e invisibles que sin confundirse ni tocarse vagan por el espacio con los infinitos seres que los poblaren, y que acaso algunos sean superiores a nosotros?, pues ¿quién será osado a afirmar que somos el último eslabón en la cadena de lo creado?); cuando el hombre llegue a conocer toda la naturaleza —repito— se convertiría en su mismo autor; llegaría a ser *perfecto* no *perfectible*, que es la ley a que lo sujetó su divino Hacedor.

Quedan, pues, de todo punto atrancadas las avenidas a la Ontología propiamente tal; resultando incluso en una de sus especies la manía que os aqueja a los idealistas de personificar los fenómenos, convirtiendo las abstracciones en realidades; o sea, dando una realidad *entitativa* a lo que sólo tiene una realidad *fenomenal*; así v.g., existe el *yo*, pero no existe, según queréis vosotros, como causa de los fenómenos, sino como *efecto* de otra causa, que es el alma. Tan cierto es que el *yo* no pasa de la esfera del mero fenómeno, cuanto que aparece y desaparece en infinitos casos; así es que vosotros mismos os véis precisados a decir que padece un eclipse total, y a fe que no podría haberse escogitado un giro más enérgico para impresionarnos de su *fenomenalidad*. ¿Pero no es más derecho y exacto decir lisa y llanamente que desaparece el fenómeno *yo*, quedando siempre la virtualidad del alma y de la vida, causa única de las facultades del hombre?

Ocioso será advertir que la anterior refutación de toda Ontología no va precisamente encaminada contra V., sino contra su maestro; toda la vez que V. ha tenido la circunspección de no lanzarse a toda vela por el océano de las hipótesis. Empero los indicios ontológicos que todavía descubro en el cuaderno de V. y señaladamente en el capítulo que ha dado ocasión al disparo de toda esa artillería contra las tentativas de esta especie, me hacen conocer que aún cuando V. oprima esos ímpetus ontológicos, todavía algunos rompen las trabas y se salen fuera; motivo por que no quise desaprovechar la coyuntura de ahogarlos en su principio. Pero justifiquemos mi operación con el mismo texto del señor Psicólogo. “Ni el mundo exterior —dice— ni Dios, ni el alma, como *substancias*, caen bajo las miradas de la conciencia”. Esto es dar a entender que como substancias pueden estos objetos entrar en la jurisdicción de otra facultad en lo humano; siendo así, como hemos demostrado, que ni existen substancias *per se*, esto es, sin propiedades, ni podemos concebir a Dios, ni al alma, rigurosamente, por el ministerio de la razón, sino como causa.

Tampoco puedo dejar pasar impunemente las palabras que a continuación trae V.: “compete *sólo* a la conciencia el certificar la manifestación del alma por el ejercicio de sus facultades”. Pues ya he manifestado que pasan un sinnúmero de fenómenos internos, no corporales solamente, sino mentales y muy mentales, como son muchos de memoria, sin que la conciencia pueda certificar acerca de ellos, y que sin embargo se nos den a conocer

por sus efectos, y como quien dice, sin saber cómo. ¡Cuántas veces perdemos al parecer absolutamente de nuestra recordación una idea, que otra circunstancia posterior revive y resucita! ¿Y dónde estaba? En mi espíritu. ¿Y lo sabía la conciencia? Cuantas otras veces, por fuerza del hábito, que tiene la virtud de encubrir las operaciones, se escapan a los ojos de la conciencia innumerables antecedentes, que están sin embargo influyendo cada uno por su parte en la elaboración del pensamiento, si me permiten los idealistas explicarme con esta imagen, que sí lo permitirán, puesto que ellos, a fuer de tales, gastan más imágenes que realidades. No quiero privarme ni privaros del placer de apoyar mi doctrina, o por mejor decir, mi exposición de los hechos, con el voto irrecusable para vosotros del gran Leibnitz. “Hay *mil* señales —dice— que nos hacen juzgar que existen en todos momentos en nosotros una infinidad de percepciones, pero sin *apercepción* y sin *reflexión* (esto es, sin conciencia, de ninguna clase, ni de la natural de V. ni de su *reproducción*); es decir, mudanzas en la misma alma de que no nos apercibimos, porque dichas percepciones son muy pequeñas y en muy grande número, o demasiado informes, de suerte que no tienen nada de muy distintivo aparte, pero que estando unidas a otras, no dejan de producir su efecto, a lo menos confusamente. Así es cómo el hábito hace que no paremos la atención en el movimiento de un molino cuando hemos vivido cerca de él por algún tiempo. No es decir que este movimiento no inmute siempre nuestros órganos, que no se encuentre también en el alma algo que le corresponda, a causa de la armonía del alma y del cuerpo; empero las impresiones que están en uno y otro, destituidas del aliciente de la novedad, no son bastante fuertes para atraerse nuestra atención y nuestra memoria, que sólo se fijan en objetos más ocupantes”. Tenemos, pues, en resumidas cuentas, por donde quiera que la tomemos que la conciencia, para constituir la ciencia aún de los mismos fenómenos internos, o sea, la Psicología propiamente dicha, tiene que venir a dar forzosamente con la piedra de toque, con la imprescindible *experiencia exterior*, sin cuyo cimiento *in vanum laboraverunt, qui aedificant eam*.⁷²

Infiérese asimismo de lo dicho, que si a la Psicología “le pertenece también —como V. asienta al final del párrafo que ha dado margen a la presente discusión— los fenómenos de la actividad y de la sensibilidad, en cuanto de ellos sabe la conciencia”, entonces se queda sin saber lo que necesita para constituir las ciencias de las ideas, puesto que para ello he demostrado repetidamente la absoluta necesidad de la experiencia externa reiterada y muy reiterada.

Con lo cual queda contestada insensiblemente la parte que ofrecí responder por separado en mi réplica a su primera respuesta de V; aunque siempre volveré a hacerlo más detenidamente, por haberme propuesto dar tal claridad a mis ideas, que sea forzoso a mis adversarios abjurar de las

72. “trabajan en vano los que la edifican”.

suyas, o buscar nuevos datos para impugnar las mías. Creo que así es como haremos algo por la causa de la ciencia en nuestro suelo. Y adiós, hasta otro día que abriremos con la *espontaneidad*. FILOLEZES

Habana, 2 de abril de 1840⁷³

XXII

LA VOLUNTARIEDAD DÚPLICA A LA ÚLTIMA RÉPLICA DEL PSICÓLOGO INSERTA EN EL DIARIO DE HOY⁷⁴

POR FILOLEZES

(*Diario de la Habana*, abril 9 de 1840.)

“*Vires amittit eundo*”.⁷⁵

A este paso, tanto va V. cortando y recortando⁷⁶ que a las primeras de cambio, le tendremos concluido por inanición: pues mientras más camina, más cojea.

Pero hablemos en plata y hasta en oro, si gusta. ¿Tiene siquiera visos de discusión el aire y son que V. ha tomado en sus *contestaciones* que no ya *respuestas*? ¡Responder V., es decir, hablar a la cuestión! Baje Dios y véalo. No puede V., aunque quiera, con todo el *omnipoderío* de su voluntad; ise está infiriendo por sí mismo heridas más mortales que cuantas mi pobre péñola pueda causarle!

¿Quién le ha dado a Ud. derecho para adjudicarse ese tono de oráculo y preñado estilo, dando a entender como que guarda mucho y bueno allá en los adentros de su conciencia, y que desdeña exteriorizarlo? En buen hora; pues a su ejemplo, esto es, soltando aserciones sin pruebas (aunque estoy

73. Este trabajo filosófico, que es uno de los más importantes y densos de Luz, es reproducido en la *Impugnación a Cousin*. Véase páginas 863 y ss. (Roberto Agramonte.)

74. De 8 de abril de 1840. “Tercera respuesta a Filolezes por lo del Diario 5 de abril” (Alfredo Zayas).

75. “Lo abandonan las fuerzas, cuando va caminando”.

76. Ninguno de los tres artículos publicados hasta entonces por el doctor Manuel González del Valle, ocupaba una columna completa del *Diario de la Habana* (Alfredo Zayas).

pronto a ministrarlas, si se piden, y no van todas desde luego, por no infringir las venerandas leyes del laconismo, *únicas* que venera el psicólogo) ¿quiere V. que en una plumada le caracterice su papel? Poca sustancia, menos candor y más pavor.

¿A qué viene V. con la propuesta del cuadernito? ¡Qué! ¿también quiere V. encapillarse ese nuevo *trofeo* con una idea que salió de mí? Ya le dije a V. que para su cuaderno tendría *cuaderno y medio* de lo viejo que publiqué en los periódicos; y que de los presentes y futuros artículos —porque esto va largo— se formaría otro, y de todo ello un volumen de tomo y lomo, impreso a lo Bodoni, rica, espléndida y *alegrescamente*⁷⁷ empastado, para servir a Dios y a su merced. Conque, como pide, “a su reiterado *¡ojalá! ¡ojalá!*” — que en el eco de su conciencia sigue repitiendo: “¡Ojalá que este maldito no escriba más, ni en hoja larga ni en cuadernillo!” — Pero aun cuando tales y tantos articulejos no se compaginaran, ni vistieran de gala, ¿tan mal encaminados están en esas columnazas del *Diario* que sean parte a distraer la atención a todo un psicólogo *absoluto*, con su *sic volo*⁷⁸ de su voluntad a su *yo*, me lo mete en un zapato, y bien calzado e *incalzato*, me lo lleva en volandas hasta los campos de Waterloo y de Arbelas? Que me lo hieran allí, y me lo acribillen a cuchilladas. Ni las siente, ni puede sentir las en el calor del combate: como que todo su *yo* se ha vuelto pelea, refriega, fragor, estruendo, humo, nada. *Somera* y muy *somera* es la filosofía que *mira* los hechos, y no los ve: pero ese del soldado afecta V. no comprenderlo ahora, pues en la noche del día 22 de julio (*infandum, regina jubes renovare dolorem?*),⁷⁹ como instase yo a uno de sus estudiantes con un hecho análogo al propuesto, le mandó V. pronunciar su sentencia de muerte, previniéndole contestara con el axioma de que “la mayor sensación destruye la menor”. ¿Qué otra cosa sucede con el can aguerrido y furioso, que descuar-

77. “¿Pero no valiera más que, aparte del *Diario*, en un cuaderno consignase V. todas sus objeciones a los Artículos de Psicología”, para que, puestas así, se leyese, no como quiera y de momento, sino con la debida meditación? ¡Ojalá que a ello se aviniera V. ... ¡ojalá!” En la pág. 525 de este vol. puede verse la oferta a que alude Luz, de publicar en cuaderno sus artículos. Con las palabras “empastado alegrescamente” se refiere Luz a que lo fuese en el taller de encuadernaciones del señor Alegre, socio luego de la acreditada librería de Charlain. En el *Diario* de 11 de abril, en un artículo dirigido a don Nicolás Pardo Pimentel, redactor principal del *Noticiero y Lucero*, el articulista, que entiendo era don Juan Francisco Funes, hace alusión al párrafo de González del Valle que copio al comienzo de esta nota, diciendo: “También se le trasluce a V. demasiado, señor Pardo, el empeño de hacer de una vía dos mandados: esto es, de hacer coro a algún pseudo-filósofo, que nos clama, no más, ¡ojalá! ¡ojalá!”, por que me le tiene harto mal parado otro filósofo verdadero”. (N. de Alfredo Zayas.)

78. “así lo quiero”.

79. “¿Quieres, oh reina, que se remueva el terrible dolor?”. (Virgilio, *Eneida*).

tizado a machetazos, suelta la vida antes que la presa? Cabalmente fue V. a tocar una cuerda, que es el triunfo del sistema de la sensación. Ahora bien: —problema *psico-fisiológico-jurídico*— “¿cuál es el estado del ánimo que desconoce lo que le perjudica?”

En resolución, yo publico estos papeles en los *Diarios* no por V., ni por mí, ni por la *negra* honrilla,⁸⁰ ni por nada más —harto me conoce V. y me conoce toda la tierra— sino por derramar copiosamente en la juventud de mi patria para obvio de esas malhadadas doctrinas.

Germen de vida que en sus venas cunda
Y a cien generaciones se difunda.⁸¹

¡Trofeo de dialéctica alcanzado por V. tan al principio del certamen! ¿A ver? Vuélvamelo V. a decir. ¡Qué valor! ¿Y pretenderá V. todavía estar de buena fe, respecto del hombre que desde la *Memoria sobre método* publicada en 1838, había consignado latamente la misma doctrina que acerca de la *llave de las ciencias* ha expuesto a V. en últimas y de nuevo, más breve, pero no menos terminantemente? ¡Digo, al hombre que a renglón seguido, en la polémica con el *Dómine de Puerto Príncipe*, y después en la trabada con el señor Adicto ocupó más de sesenta columnas de los periódicos en deslindar los caracteres y dependencia entre las ciencias físicas y morales! V. dice que la Psicología es la llave de todas las ciencias físicas y morales; yo sostengo que lo es de algunas, pues la Física, Química, Matemáticas, etcétera que son ciencias más que la Psicología, no están bajo de su jurisdicción. ¿Quién ha perdido? Cuando está V. más maltratado, es cuando más canta victorias. La *llave* está muy en su lugar; después de haberle cerrado V. para siempre la puerta de su *tenebrosa* metafísica, y abiértole de par en par el magnífico templo, donde radiante brilla la verdad. Entre V. y adore.

Pero ¿qué mucho usurpe fingidos laureles quien se atreve a *negar rotundamente* los hechos públicos y notorios ocurridos hasta delante de una autoridad literaria? Infinitas fueron las personas —y si me lo niega todavía le citaré sus nombres y apellidos— que salieron diciendo *rotundamente aquella* noche, no sólo que V. no había contestado a una, *que es una*, de mis observaciones, sino que en lo poco que dijera, se había contradicho lastimosamente y abjurado de todas sus doctrinas. Y quédese esto aquí, porque peor es meneallo... y vamos con los otros cargos.

Yo ataqué a V. después de haber examinado por más de una hora a los alumnos, a quienes hice lucir y lucieron hasta sin mí (esto es justicia a los

80. “Por la negra honrilla ¿me entiende V. *Filolezes*? Sucedería que se creyese V. vencedor, *et ego quoque*”. (Manuel González del Valle.) Alfredo Zayas.

81. Versos del autor del *Dos de Mayo* de Gallego (Roberto Agramonte).

buenos muchachos, que lo eran). Por más señas recordará V. que la lucha se empeñó por la especie de conciliación que V. me ofrecía en la tesis 57^a de su Elenco; conciliación que no pude aceptar con harto dolor de mi corazón, porque en balde es transigirse los hombres entre sí, cuando los hechos persisten pugnando con las doctrinas. Tan vano como negar rotundamente lo ocurrido, a menos que por arte cabalístico de Pettifogger, o de forense birlibirloque, se declaren nulos los palos dados.

“Que V. también tenía sus títulos (más que yo, señor doctor) para tomar la palabra”, está fuera de duda como lo es que la tomó varias veces en aquella noche, y cuando la dejaba, le instaba y con mis interpelaciones para que la volviese a tomar. V. empero tuvo a bien abandonarla de una vez, dejar el campo al enemigo, pues mientras más salidas daba, más entradas llevaba a la cuestión. Fue V. a refugiarse bajo la sombra de la Grecia deleitosa, y de allí salió V. más acalorado; voló luego a la frígida Alemania, a esa segunda tierra mía, y allí, en lugar de las flores y frescos que buscaba, encontró más espinas y dolores.

¿Quién ha perdido el juicio para negar a V. que se necesita un principio activo e inteligente para el estudio de la Creación? Pero ese *yo* no es el principio, la causa, sino uno de tantos *efectos* o fenómenos de la *causa, alma y vida*; fenómeno que es antecedente y concomitante de otros fenómenos, y que aún puede ser y es causa de algunos, como sucede con infinitos efectos en el Universo que hace también el papel de causas. El *yo* aparece y desaparece en la apoplejía, en la demencia, en el sonambulismo, sin que desaparezca el alma, la causa que después lo vuelve a traer a la escena. Luego es efecto, en todo rigor; y quíteme V. al *yo* de donde le he situado.

Aseveró un *quidam*⁸² rotundamente, que la atención era siempre hija de la voluntad; y no contento con echar tantas plantas, subió los puntos a la clave de sol, y pavoneándose y aleteando, soltó la vena con los gorgoros de “cuándo, dónde, cómo, a qué hora”, gorgoros que me la han dejado trinando al canoro cisne.⁸³ ¿Y para qué tanto *ruido* sin una *nuececita siquiera*? Para hacer creer que yo era un solemne embustero, o por lo bajo un charlatán exagerador. Pero acá pescamos al vuelo los recursos, o más bien, los pujidos retóricos del laborioso parto en que le habemos puesto, por la misericordia de Dios. Salió otro *quidam* al encuentro, probándole al primero que en muchos, muchísimos casos, era forzada la atención —aunque en infinitos otros fuera libre— y su madre, la voluntad, hija a veces de la

82. “un donnadie”.

83. “¿Cuándo? ¿Dónde? ¿A qué hora? ¿Cómo me probó Vd. que la atención no es un fenómeno de voluntad? Presente los argumentos y hechos de que la atención es fatal. Vengan, que los quiero oír”. (Manuel González del Valle. *Diario de la Habana de 4 de abril de 1840*.) Véase la página 566 de este volumen (Alfredo Zayas)

impresión, y por consiguiente *abuela* legítima ésta de aquella. (No les haga V. negar su ascendencia, que por más plebeya que me la ponga, es la genuina y natural.) Muy bien, ¿qué diremos ahora del hombre que se nos descuelga por toda respuesta con la de la atención *provocada*, y muy *suya*, y la flor jurídica de que de *voluntas coacta semper voluntas*,⁸⁴ que podría venir muy a cuento para *cubrir el expediente*, esto es, para no *callarse* y confesar: primero *mártir* que confesor a lo San Víctor; pero no para cubrir sus huesos con nosotros los anatómicos, o aprendices de la *otomía*,⁸⁵ que somos el diablo para cortar velos y membranas con el aciclado bisturí. *Intus et in cute*.⁸⁶ En efecto *voluntas coactas semper voluntas*; pero mientras está *coacta*⁸⁷ no es libre, aunque sea *voluntas*,⁸⁸ y así tienen razón los juristas, pero no la tiene V., aunque jurista en calidad de psicologista.

Por de contado que el hombre ve, oye, toca, habla, se mueve, recuerda simultáneamente, y sin salir de donde está, como que tiene sentidos y facultades diversas para que todas esas funciones se verifiquen sin confundirse ni contrariarse. Dios nos hizo a imagen y semejanza suya.

Por último, es muy singular que siendo V. tan avaro de palabras, y tan mesurado y tranquilo, enemigo a par de muerte de la improvisación, circunstancias que deberían influir en hacerle olvidar menos las empeñadas, haya trascordado de todo punto la que nos dio al final de su *Primera Respuesta*; conviene a saber: “que algo ganaría la ciencia en nuestro país” con la presente discusión. Lo que bien podrá ser en puridad; pero hasta ahora no hemos visto el óbolo con que V. ha contribuido por su parte para enriquecer el fondo de la patria. Y... *mementote sermonis tui, Domine*,⁸⁹ que no es mal *memento*, ni escasa materia para su enfática *reflexión*.

FILOLEZES

La Habana, 8 de abril de 1840

84. “La voluntad, aun constreñida, siempre es voluntad”.

85. Sic. Quizá: *tomía* (Roberto Agramonte).

86. “Dentro y en la cara”.

87. “constreñida, coaccionada”.

88. “voluntad”.

89. “Acuérdate de tu palabra, Señor”. (*Salmos*, 119, 49.)

XXIII

**CONTINÚA LA RÉPLICA DE FILOLEZES A LA
PRIMERA RESPUESTA DEL DOCTOR DON
MANUEL GONZÁLEZ DEL VALLE**

POR FILOLEZES

(*Diario de La Habana*, 11 de abril de 1840. Suplemento.)

“No es encontrar la verdad, tener una opinión justa de cada cosa”.

PLATÓN, *República*.

Interesante por extremo es la materia que dejé en mi réplica para artículo separado, y forma el asunto del presente; más a fin de no eternizarnos en cada punto, y porque debe escribirse muy seriamente una *Memoria* impugnando muchas de las doctrinas expuestas por Maine-Biran en su famosa obra, tan recomendable por otra parte, de las *Relaciones entre lo físico y lo moral*, que a una con Cousin es otra de las principales guías de V, emplearé por el momento toda la posible brevedad.

Después de lo que he manifestado en mi último papel sobre Ontología, acerca de la realidad de las sensaciones hasta en un frenético, que no prueba sin embargo la realidad en la naturaleza exterior de las concepciones que actualmente conmueven su cerebro, agitando toda su máquina, podrá V. comprender, que aunque estemos aún más seguros de lo que pasa dentro de nosotros que de lo que pasa en el mundo exterior, eso no prueba la *certeza* de nuestros conocimientos ni sobre el mundo externo ni sobre el interno. Fue mi propósito, al afirmar que de los *fenómenos* internos estábamos, si cabía, más cerciorados que de los exteriores, reprimir de una plumada a Jouffroy y otros psicologistas, que gastan el tiempo y el papel en establecer hechos evidentes hasta para el más rústico entre los mortales, con la segunda o tercera intención de pintar a sus adversarios o como unos pirrónicos risibles e *imposibles*, o como unos imbéciles o lerdos forrados en la misma torpeza. Yo, pues, amigo mío, no hice más que asentar un *hecho*, a saber, que “estamos segurísimos de lo que pasaba en nuestro interior”. Veamos ahora el raciocinio que sobre ese dato ha levantado V; y V. mismo va a sentenciar si está arreglado a las leyes de la Lógica, absolviéndole forzosamente del caso de olvido o de contradicción en que tan gratuitamente me coloca. Luego estoy yo convencido —deduce V.— de que *los conocimientos de acá dentro del alma son los más ciertos*. Pues, no señor, no se infiere tal cosa de aquella premisa; porque puede V. estar; o

parecerle estar, como hartó a menudo sucede, segurísimo de una impresión acerca de un objeto interno, y sin embargo ser muy *inexacto*, muy *equivocado*, el *conocimiento* acerca de dicho objeto, pues una cosa es el *hecho de conciencia* y otra el *hecho del conocimiento*: lo primero es sentir, experimentar, creer que se sabe; lo segundo es saber realmente, es decir, que el *conocimiento* verdaderamente tal ha de ser un reflejo o representación de la realidad. Ejemplos ahora, para que lo comprenda hasta el que se empeñara en no comprenderlo. Un hombre pretende estar seguro, en conciencia, de la existencia, de la realidad de un fantasma. ¿Diremos que este hombre lo ha imaginado, que está fuera de sí? Nada de eso; su creencia estriba en una sensación que ha experimentado, porque o ha visto durante la noche una sombra en realidad, o se le ha representado durante el sueño; así que, ni frailes descalzos, como suele decirse, le harán desistir de su firme persuasión sobre la existencia del fantasma; y sin embargo éste es un error grosero, en la naturaleza no existe tal cosa, este hombre *no tiene conocimiento* ni mediano de la naturaleza, y cabalmente, porque carece de tal conocimiento, es por lo que se hace víctima del error y del terror. Luego la conciencia le engaña, o por lo menos, se deja engañar por los sentidos, y no es parte a sacarle de su error.

¿Cómo, pues, curaré a este hombre de su preocupación? Instruyéndole en las leyes de la naturaleza exterior o interior suya, por medio de las observaciones hechas por los sentidos externos. Luego la conciencia, por sí sola, es inútil e ineficaz para constituir hasta la ciencia que trata de ella misma y de sus fenómenos. Otro ejemplo, con un hecho interno. Pongamos que un individuo dice que se siente con valor para oponerse frente a frente a su enemigo, para arrostrar las bombas y las balas: cree nuestro valiente, firmemente en conciencia (¿qué más quieren los psicólogos?) que será hombre capaz de llenar su deber en llegando el lance: llega en efecto y mi impertérrito vuela en alas de la conciencia hasta donde le alcanzaron las piernas. Pero él engañó a los demás, y se engañó a sí mismo. ¿Tuvo empero ánimo (¡qué ánimo había de tener el malaventurado!) de engañarse y engañarnos? Absolvámosle, pues, de culpa y pena, condenando en lo principal y las costas al único causante de su chasco y el nuestro: su predilecta de V., la soberana conciencia, la reina de la infalibilidad y crisol de los conocimientos humanos. ¡Pobres conocimientos, y pobre humanidad!

Hay más: sin salir del sentimiento del valor. ¡Cuán a menudo no se observa que un hombre aguerrido, *fogueado*, como decirse suele, en uno o en varios géneros de peligros, cree *en conciencia*, y aún en experiencia, podríamos agregar con seguridad, que será parte a afrontar denodadamente riesgos que en su concepto (también en *su conciencia*) y en el de los demás hombres (también *en la conciencia ajena*) son inferiores sin comparación a los airosamente pasados, y sin embargo, él mismo se queda pasmado y atónito de aquella su nueva cobardía! Siempre recordaré el

caso de un militar; hijo y honor de nuestro suelo (ya descansa en paz), que ganó sus grados en la guerra de la independencia nacional; varón tan sereno como esforzado, y gozando de su merecida reputación de esfuerzo extraordinario para con los mejores jueces, sus compañeros de armas; pues este mismo sujeto me confesaba admirado —y aquí probó de nuevo su valor, porque el valiente es franco y no falaz— que le aquejó un miedo cervical, inevitable, durante la tremenda plaga del cólera-morbo en este suelo. Demasiado saben los que saben mandar, por haber observado al hombre, que entre los mismo valientes unos son más a propósito para el mar que para la tierra, otros mejores para el ataque que para la defensa, tales que necesitan excitarse o entrar en una especie de fiebre para entrar en el combate, cuales que no han menester más que su firme voluntad, y a quienes hasta se aclara el entendimiento con la vista y silbido de las balas, como del mariscal Massena decía el primero de los capitanes. Verdad es que Napoleón, como todos los hombres grandes, hacía las cosas muy a menudo como por inspiración, sin estudio previo, y que la experiencia, en expresión de Shakespeare, es la sabiduría de los necios (*fool's wisdom*);⁹⁰ pero ese privilegio que a las inteligencias superiores concede el Padre y dispensador de las luces, no los exime de las leyes o condiciones generales a que está sujeta la humanidad. En efecto, el punto de partida del hombre extraordinario, así como del hombre vulgar, es siempre la experiencia, puesto que el entendimiento humano no puede rigurosamente hablando proceder *a priori*. La diferencia se cifra, pues, únicamente en que el genio, con los mismos y hasta con menos materiales que el vulgo, levantará el edificio de los conocimientos, y arrancará secretos a la naturaleza; pero él no puede *adivinar* su *marcha*, o es un adivinar sobre algún *hecho*, sobre alguna experiencia; una verdadera *inducción*, más o menos atrevida, porque el hombre no inventa, no crea, sino *descubre* o *imagina*, y aún la voz latina *inventar*⁹¹ acusa rigurosamente su origen, pues vale tanto como *hallar*; *encontrar*; *venir en* o *dar* con el objeto en relación. Así, observando los mismos fenómenos del descenso de los cuerpos que observaban todos los hombres, sin descubrir nada, pero observando indispensablemente, se elevó el gran Newton al descubrimiento de las leyes de la atracción universal. Lo cual en todo caso prueba, y esto nada dice a favor de la conciencia, que a sus facultades, a sus virtualidades, no a *ideas infundidas* de antemano, deben en gran parte los grandes hombres su notable superioridad; y así se entiende perfectamente la respuesta de Newton a los que le pre-

90. Dice muy bien Shakespeare, en cuyas obras se aprende más Psicología que en todas las de la escuela pseudoeclectica: “El necio necesita hechos y más hechos iguales, repetidos, para saber algo, y con todo suele llevar chascos: al hombre extraordinario basta una prueba y luego *parece que adivina*”.

91. *invenire*.

guntaban como había dado con la atracción universal: *meditando, meditando sin cesar*; respondía este hijo predilecto de la naturaleza; pensando y reflejando sobre los *fenómenos*, no dándole su entendimiento *espontáneamente* las ideas que ya hubiera en él; que a haber estado allí, o se aparecieran con menor esfuerzo, al menos alguna o algunas, siquiera una vez, y no siempre con el sabor gratísimo de la novedad,⁹² nunca más satisfactorio y arrobante como cuando acaba de lograrse algún descubrimiento; pensando y reflejando acerca de los hechos más comunes y familiares, que por lo mismo ni llaman ya la atención de la muchedumbre; y aquí encuentro yo cabalmente la diferencia característica entre los talentos vulgares y los extraordinarios. Los hombres comunes necesitan un hecho portentoso, que los saque y los sacuda, por decirlo así, del torpor de sus pensamientos; mientras que el genio encuentra esos prodigios y analogías con lo prodigioso con los datos más triviales y sencillos; el numen de la ciencia todo lo ve y descubre encadenado, halla una clave general bajo la cual encierra fenómenos al parecer lo más inconexos y remotos. Tan cierto es que hasta el ingenio más estupendo ha de ser fecundado por los hechos, que toca en lo imposible que en medio de un pueblo salvaje nazcan Newtones y Cartesios; no porque la naturaleza no haya situado en todas partes hombres con las *capacidades* o virtualidades competentes para haber llegado a ser otros tantos insignes filósofos y matemáticos, sino que les faltaron

92. Cada vez que reflexiono sobre esta materia me representa la memoria a Cartesio, al gran Cartesio, quien todavía, entusiasmado por el sistema de Platón sobre las ideas y excitado por su mismo principio de tener por firmemente verdadero aquello que concebimos muy clara y distintamente, y acaso también movido por su extremada afición a las matemáticas, decía que, cuando pensaba en el triángulo, o en el círculo, o en sus propiedades, percibía tan fácil y sencillamente todas estas relaciones, que se le antojaba si esto *no fuera más que acordarse*. Aquí está el *scire nihil aliud quam meminisse* (*) del filósofo griego. Pues yo por mi parte confieso que cuando estudiaba la ciencia de la extensión, si bien me encantaban las *figuras* y sus accidentes, no menos que las demostraciones, nunca me pareció que *me acordaba*, sino que eran cosas enteramente *nuevas* para mí, aunque fundadas en otras que me eran muy añejas y familiares: ¡qué digo! me agradaban más precisamente por el incentivo de la novedad, y mirad ahora, como sin querer me ocurre un argumento que viene de molde. ¿Quién tiene razón, Descartes, o yo? Los dos, si queréis, porque él refiérese a un hecho de *su conciencia*, conocer todos los hechos de la conciencia, tiene que salir fuera de sí, o no tener los de la suya por únicos e invariables en la humanidad. ¿Y qué, siempre merecerán su asenso como características generales de ella misma las observaciones o *imaginaciones* que le vengan de todas partes? No tal: porque, entrando entonces en examen de las causas especiales que las han producido, esto es, practicando nuevas observaciones con los sentidos externos, acudiendo a la *piedra de toque*, se cerciora de los motivos de la excepción, o del error; y entonces queda satisfecha. Creo que la mayoría lo estará con los asignados en el caso del ilustre Cartesio.

* “saber no es otra cosa que recordar”.

las circunstancias, pues las necesidades de la sociedad a que pertenecen no son poderosas a fecundar su grande ingenio. Así me ha parecido siempre de la mayor verdad aquel pensamiento del poeta inglés Gray, en su famosa oda⁹³ *A un cementerio*, cuando exclama: “¡Cuántos hombres aquí sepultados, que hubieran sido unos Miltones o unos Shakespeares!”⁹⁴ El hombre, pues, por grande que sea, y por mucho que deba al aguijón de su genio, es deudor en parte a su siglo, y a las circunstancias que también lo aguijan y rodean; a un tiempo e independientemente fue inventado por Newton y Leibnitz el cálculo infinitesimal, como que ya reclamaba un instrumento más exquisito el estado de la *lengua matemática* para llenar las necesidades de la ciencia. Los hombres grandes deben algún tanto a su siglo, pero su siglo y aun los posteriores deben mucho a los hombres grandes. A nadie con menos derecho puede tacharse de amenguar la virtualidad del ingenio humano que a quien estampó esta proposición en su *Elenco de 1835*: “En materia de artes (y en ciencia no puede ser en tanto grado, *quia res ipsa vetat*,⁹⁵ pero también tiene lugar) nos parece un error el juzgar que los grandes maestros se formaran con los largos estudios: nosotros creemos que la *inspiración* los *formó*, y el trabajo los *perfeccionó*”. Rafael murió de 36 años, y dejó vinculada la inmortalidad en infinito número de obras, muchas de las cuales había ejecutado antes de los veinte. Nadie, pues, más decidido que yo por la ineidad no ya de las facultades en general, sino de las facultades muy en especial, o llámense *especialidades*; hechos que hoy sirven de segura base a la *frenología*, a pesar de hallarse este ramo todavía en mantillas, a fuer de novísimo árbol de los conocimientos. Estos mismos datos, y no la doctrina de los idealistas, son los que refutan la opinión de Helvecio sobre la omnipotencia de la *educación*; pues esta misma pende de un principio, la *organización* o constitución individual, que a veces no puede aquélla vencer, y a veces —desgraciadamente— ni aún modificar.

Así veremos igualmente cómo se equivoca y se contradice Cousin en la lección 18^a y en la 22^a de su curso de 1829. Se equivoca en suponer el entendimiento igual en todos los hombres —lo que viene a ser el mismo error de Helvecio, que refuta en otra parte—; y aún cuando se diga que esta *igualación* no pasa de lo que esa escuela llama impropriamente *espontaneidad*, es facilísimo probar que sin salir de tal época de la espontaneidad, se hace forzoso circunscribir la pretendida igualación. Con efecto, aún suponiendo que no han llegado dos o más hombres a la época de la *reflexión* —único distintivo entre sus facultades que asignáis— todavía difie-

93. Elegía (Roberto Agramonte).

94. No cito los versos, que no recuerdo literalmente, sino tan sólo el pensamiento.

95. “porque lo rechaza la propia cuestión”.

ren y se *individualizan*, no sólo en el modo de recibir las impresiones, pues uno tiene la vista más perpicaz que el otro, y éste el oído más delicado que aquél, etcétera, sino en las ideas esas *espontáneas* y fáciles, o de primera mano, que los objetos les inspiran. Más diré: las diferencias de la espontaneidad suelen ser igualadas por la *reflexión*. ¿Quién no ha visto a un hombre no entender una cosa al principio como otro, y después alcanzarle con la reflexión? Luego a veces la reflexión es más niveladora que la espontaneidad.

Así que los entendimientos, hablando en rigor, que es lo que acá llamamos ciencia, no se hallan uniformados, ni aún en esa época, más que en ciertos hechos harto groseros, por decir así, puesto que pueden alcanzarse hasta por los sentidos más obtusos y los espíritus más limitados; esos son los que constituyen el único patrimonio común de la humanidad; como v.g., *saber* que el sol nos alumbra y nos quema; que es malo matar a un hombre; tener la idea de tiempo, etcétera, etcétera, pues con no ser idiota, están asegurados semejantes conocimientos. En tal estado, hasta el más torpe entendimiento puede hacerle comprender por otro algunas —no todas— de las razones que él por sí solo no fue parte a descubrir o percibir. Por eso nos hizo nuestro Criador; por eso está asegurada la idea de Dios entre los hombres; porque, si bien no todos llegan aislada o individualmente a ella, como ocurra a uno siquiera más capaz que a los otros, ya se difunde y vincula en la comunidad, la cual toda está *formada* para percibirla, o para percibir las pruebas, los hechos en que descansa, ya que no para dar con ellas así de primera mano. *Caeli enarrant gloriam Dei*.⁹⁶

He probado que se equivocaba Víctor Cousin. Dije también que se contradecía y voy a probarlo asimismo. ¿Cómo, después de tanto impugnar a Locke en la lección 18^a (no cito texto, por no levantarme a tomar el libro del estante, pero reléala todo el que guste) porque se resiste a la inneidad de las ideas, y solamente la concede a las facultades, vemos a nuestro campeón en la Lección 22^a muy empeñado en demostrarnos con razones y hasta con autoridad que el *entendimiento*, las facultades son *innatas*? ¿Qué es eso, señor de mi ánima? Una gran verdad, por la cual hemos estado luchando y lucharemos a brazo partido, pero un grandísimo *renuncio* de parte de V. y toda su clientela decidora de amenes. Sea muy en buena hora; ya le pescamos una verdad, y una verdad vale mucho, aunque sea a costa de una contradicción. Pues, no señor; porque M. Cousin no está contento hasta que no eche a perder aun lo más sencillo y perceptible; cuando no es en el fondo lo hace en la forma, para que no se le escape hacer la maldad de poner en confusión a los muchachos. A la prueba: Después de demostrar perfectamente la *inneidad* del *entendimiento*, la renuncia al final en es-

96. “los cielos proclaman la gloria de Dios”.

tos términos: “el entendimiento humano es innato a *él mismo* o por *él mismo*, e *igual a él mismo* en todos los hombres”. Señor, diga es *innato*, y pare V. de contar.

¿Qué quiere decir *innato* a *él mismo* o por *él mismo*? ¿Por su propia virtud? Ya está dicho, pues eso quiere decir *innato* en todo el curso de la discusión. ¿Y por qué agregar además la *absoluta* de que “es igual en todos los hombres el entendimiento”? Si quiere ser agudo y conciso en la sentencia, es menester que sea perspicuo y exacto: traslado a Verulamio, para el que desee aprender a enunciar aforismos. ¡Valiente libro de texto para la juventud el de M. Cousin! Física y realmente ¿son iguales los entendimientos? ¡Ojalá que no estuvieran aquí ni en ninguna parte desgañitándose las gentes con tanto debatir! Yo, por el contrario, creo cada vez más en la frenología; y M. Cousin y otros espíritus de su temple me aferran más y más en mi creencia, pues aquello cabalmente que a ellos les parece *divino*, a mí me parece *menos* que *humano*. Y de aquí saco una gran lección de tolerancia, es decir, querernos y compadecernos recíprocamente los mortales, de corazón, aunque estén peleando los entendimientos, pues si naturaleza los hizo tan diversos, están en su oficio, para pelear los hizo; o bien recorran los contrarios nuestro campo, así como nosotros hemos recorrido el suyo, y entonces habrá más esperanzas de conciliación, porque habremos adelantado mucho para el *ceteris paribus*.⁹⁷ Así esta misma guerra prueba que la *ciencia* de la *conciencia* no se puede levantar sólo sobre la conciencia propia individual. ¿No se acuerda V. ahora, sin querer, del ejemplo del valor, al principio de este papel? Pues todavía no quedó agotada su sustancia. ¿Al mismo hombre que se ha esforzado por la mañana, no se le ve cobarde por la noche? ¿Y al más menguado durante su vida, no se admira, a veces, por su denuedo en la postrimera hora? Así yo, cuando quiero estudiar y profundizar los fenómenos morales cierro los libros de los metafísicos —ídichoso el que no ha tenido que abrirllos!— clavo los ojos en este grandioso de la *naturaleza*, o en los textos que en fiel reflejo me lo reproducen, *en el espejo que no adula de la fisiología* y la *datología*, y después me hundo y me concentro en el recinto de mis meditaciones. Así es como hace sus mementos y el debido examen de conciencia su siempre el mismo FILOLEZES.

Habana, 8 de abril de 1840

97. “a los iguales a los demás”.

XXIV

**CUARTA RESPUESTA A LOS TRES CRECIENTES
VERBALES DE *FILOLEZES* VISIBLES EN LOS
DIARIOS DE 6,8 Y 9 DE ABRIL**

POR MANUEL GONZÁLEZ DEL VALLE

(Diario de la Habana, abril 11 de 1840.)

Tienen los sentidos su papel importante en la historia de los conocimientos humanos, pero no dan, como lo observó Aristóteles, sino con lo contingente, con lo que está aquí, allí, ahora, luego, allá, después, etcétera porque el conocimiento de lo que debe ser siempre y por siempre le corresponde a la alta jurisdicción de la inteligencia, por supuesto habiendo ocasión propicia.

Que las ideas puramente metódicas de flor, electricidad, atracción y otras —que bastantes hay así— sean hijas legítimas de comparaciones progresivas y del apuntador lenguaje, voy a concedérselo a V., señor *Filolezes*, porque lo ha hecho ver como el alemán Gruppe. Pero que las concepciones del bien, de lo justo, del tiempo, sustancia, de Dios, en fin, sean relativas, se lo niego *totis ulnis*.⁹⁸ ¿Porque caiga la luz del sol en el mar degenera? Y porque venga a la conciencia de lo relativo la concepción de lo justo ha de perder Dios, que es la justicia eterna, su naturaleza absoluta? ¡Qué! ¿la diferencia del bien y del mal será todo contraste de mera clasificación, expuesto a que de aquí a mañana varíe por nuevos casos, por nuevas confrontas y arreglos nominales de la fábrica de más o menos? ¡Horror a la hipótesis para quien no sea inmutable e indeleble la distinción notoria que hay entre el bien y el mal!

Según ese sistema, un hombre condenado por homicida pudiera replicar: ¿Qué es esto? ¿como así, señores jueces? Todo es relativo. Lo que para ustedes es malo por ciertas comparaciones, yo lo tengo por buenísimo. Esto depende de clasificaciones, y nada más; con otras confrontas de casos yo seré reputado héroe, puesto que justicia y crimen son invenciones verbales, cosas de convención para la comunicación del pensamiento, y no distinciones esenciales. Conque ¿dónde se funda el derecho de ustedes? ¿Dónde la justicia del castigo que me imponéis? Entre lo justo y lo injusto, entre lo bello y lo feo, entre lo falso y lo verdadero la diferencia es la misma que entre claro y oscuro, caliente y frío, pasado y ligero. Hablando de este

98. “enérgicamente”.

modo el criminal sentenciado ¿qué podía responderle *Filolezes?* Apuradísimo lo veo.

Si todo es relativo en todo y por todo ¡caíste!... Luego la relatividad es absoluta. Luego hay absoluto de algún modo. Traslado y a oír sentencia con la contestación para después morirse. Dios existe aparte del espíritu que lo concibe y por eso hay Ontología.

La lógica rechaza la consecuencia que saca V. contra Cousin suponiendo que Dios delibera. La mayor de Cousin no trae el corolario que le dicta a V. el odio mal reprimido con que, sin claridad, atiza hasta para cien generaciones el descrédito del lucero de la filosofía actual. Pasarán las cóleras de U. Sin detenerse el carro triunfal de las ciencias. Créalo. Eso de que no somos más que sensibles se acabó. Está truculento lo del perro furioso que no suelta la presa, aunque lo descuarticen a machetazos, como V. dice; pero no viene a cuento, porque hablamos del Yo humano, y una alegoría no se estima por razón bastante. El bizarro militar que no supo de las heridas en la pelea estaba fuera de sí, *alienus a se*,⁹⁹ poseído del furor. ¡He aquí una solución! El valiente soldado tenía su atención toda en el uso de las armas contra los enemigos, sin quedarle lugar para hacer caso de las heridas. ¡He aquí otra explicación! Ninguna necesita de perros. Tampoco ninguna vino de V. para mí sino que van de mí para V.

Ratifico, *erecta fronte*,¹⁰⁰ que no hubo lauro al honor de V. el 22 de julio. Por el prisma de la negra honrilla que descompone al antojo la luz de la verdad, sin pecado a veces, la imaginación de V. le hace ver lo que a Igión cuando el abrazo de la nube.

Culpa de tan alucinador prisma sea también aquello otro de que de mí saliese, que una sensación mayor destruya otra menor.

Dí una respuesta ¡y bien interrumpida! Esta fue. Hablamos V. y yo en voz remisa: disparan el cañonazo de las ocho: a poco rato decimos: ¿cuándo dará el cañonazo?! ¡Qué! ¿no teníamos oídos sanos? ¿no era mayor el ruido del cañonazo que el de nuestras palabras?

Prueba de que las más fuertes impresiones no siempre dan margen a sensación preferente.

Cuidado Filolezes con la negra honrilla. MANUEL GONZÁLEZ DEL VALLE

99. "fuera de sí".

100. "con la frente alta".

XXV

EL ALTIERI COMO TEXTO DE ENSEÑANZA FILOSÓFICA

POR FILOLEZES

(*Diario de la Habana*, abril 11 de 1840.)

Semper ego auditor tantum?
Nunquam ne reponam?¹⁰¹

Señor don Nicolás Pardo Pimentel.¹⁰²

Ni el que le dijo V. que señalara el texto de enseñanza a que aludió en su artículo laudatorio a la apertura del curso de filosofía en el *Colegio de Jesús*, es pedante, ni acaba de salir de las aulas, sino que es un hombre, todo un hombre de los de más pulso y pujanza con que puede honrarse el país, capaz de dar a V. lecciones, cual se las ha dado, no ya en las materias que a V. no se le alcanzan —que son infinitas— sino hasta en aquellas que le son más familiares, así en el fondo como en la forma; ni un periódico, como V. dice, desfallece y muere en manos de la filosofía. Por estar V. asesinando el suyo¹⁰³ con la falta de razón y de ingenio y de tino, quiere V. llevarse de encuentro al *Diario* de gobierno, como si en él se insertasen exclusivamente artículos de filosofía, cuando raro es el día que no brilla con alguna comunicación importante sobre agricultura, industria popular, comercio y cuanto puede interesar al procomunal, y esto al alcance de todas las clases de la sociedad, cuya ilustración y mejoramiento es el primero y exclusivo anhelo de cuantos contribuyen principalmente con sus comunicados al *Diario* de gobierno, así por ser el vehículo por donde pueden lograr más difusión las ideas útiles, como por la buena disposición de sus Redactores en franquear a ellas sus columnas. También se la trasluce a V. demasiado, señor Pardo, el empeño de hacer de una vía dos mandados: esto es, de hacer coro a algún seudo-filósofo,¹⁰⁴ que nos clama no más: ¡ojalá! ¡ojalá! porque me le tiene harto mal parado otro filósofo verdadero. Ya quisiera-

101. “¿Me he de limitar a escuchar tan sólo siempre? ¿No he de replicar nunca?” (Juvenal, I, 1).

102. Nicolás Pardo Pimentel, redactor en jefe del *Noticioso y Lucero* representa la tendencia anticubana y antiliberal, frente a Luz (Roberto Agramonte).

103. *Noticioso y Lucero* (Roberto Agramonte).

104. Alusión a Manuel González del Valle, cuya es la expresión: “¡ojalá!”...

mos tener un periódico especial par ventilar estas materias puramente científicas; pero deseando atajar de veras el mal, acudimos al remedio más adecuado con arreglo a nuestras circunstancias especiales, que no pueden ser las de la adelantadísima Europa, donde a virtud de la excesiva división del trabajo, tienen cada cosa para su cosa: acá todavía, es necesario para nuestro bien expender a veces el alimento y el vestido en el mismo mercado, so pena de quedarnos mal comidos y peor arropados. Fuera de que *Filolezes*, que es el que más ha ocupado las columnas del *Diario* con filosofía, ha sido provocado a ello por ese ahínco del bando contrario, de los mandatarios de V. en el presente caso; de V. cuya pluma es siempre extraviada por ajenas influencias; sin contar con la otra considera de que *Filolezes* pone al alcance del público en general esas abstrusas cuestiones, arreglando su estilo al meridiano del lugar. En fin, sobradamente claro nos dijo ayer con los enérgicos acentos del sublime cantor del 2 de mayo, que él no escribía sino para sembrar en la juventud de su patria

Germen de vida que en sus venas cunda.
Y a cien generaciones se difunda.

Falso, falsísimo es que V. aludiese a la filosofía de Altieri¹⁰⁵ cuando habló V. de algún texto por donde se enseñaba entre nosotros. Demasiado sabe V. —bien que V. ignora todo lo del país, y lo poco que sabe... (más vale papel blanco que emborronado) o podía saberlo si le preguntaba al postrero de los estudiantes— que en la Habana hace largos años que no se enseña por los autores escolástico, ni por Altieri (aunque Altieri no es escolástico, sino antes mejor guía que los guías de su comite de V.,¹⁰⁶ pues cada cosa en su lugar. *Fair play*¹⁰⁷ ¡Y estudiar antes de escribir!) ni cosa que se le parezca; que se enseña en román paladino, más castizo que el que V. escribe y habla, señor gali-parlante anatético; que las clases de filosofía escolástica se han consumado entre nosotros por inanición; y las que estén abiertas de esta conformidad, se quedaron y quedarán vacías. ¡Loor eterno al Hércules que son su robusta maza dejó postrados en el polvo y convertidos en polvo la hiedra e ídolo de las escuelas! ¡Loor una y mil veces al Cartesio cubano, que derrocó lo malo que había, y levantó lo bueno que hay en el edificio de la ciencia en nuestro suelo! No es menester nombrarlo.¹⁰⁸ Mis alusiones se comprenden desde punta de Maisí hasta el cabo de San Antonio.

105. Sobre este punto vid. *Philosophia Electiva* en la B. A. C., p. 278

106. Cousin y Cía. (Roberto Agramonte).

107. "Juego limpio"... y el pseudónimo de Luz a la polémica contra Del Monte.

108. Se refiere al Padre Fundador, Félix Varela. (Alicia Conde.)

Pero ya le entiendo a V. don Nicolás Pardo y Pimentel. Ha visto V. trabada en la *Gaceta de Puerto Príncipe* la contienda entre *El Lugareño* y un religioso franciscano, bajo el pseudónimo del *Ciudadano del Mundo*,¹⁰⁹ y habiendo V. sabido, o habiéndole dicho (¡que ha de saber! V.!) que Altieri es el autor por donde se enseña en esa orden, y por donde se proponía en consecuencia leer el Padre lector futuro de Trinidad, no de la Habana, (y hasta por allá se lo disputan, por los chispazos de por acá; y no ponga V. esto en los *Diarios*...) pretende sacar el caballito de su alusión, por esa veredilla que le ha proporcionado la ocurrencia, y parecerle a V. que sabe cazarlas al viento, para salir de un aprieto. Pero de éstas (bien que de ninguna) no escapa V. ni aún de caballo. ¡Viva la estrategia! Por fin, y para ser lacónico,¹¹⁰ que es cosa *à la dernière*,¹¹¹ y acá no nos portamos menos, concluyamos, y por... con las mismísimas palabras de V. que nos vienen más que de perlas, por ostentar ellas las mismas idénticas doctrinas que tanto se esfuerzan en proclamar el esforzado *Filolezes*. “Es preciso no engañarse (habla Pardo, esto es, su apuntador): pasó el tiempo en que la teología lo invadía todo. No es la manía del siglo. La metafísica teológica desapareció con las sutilezas escolásticas. El verdadero progreso de las sociedades modernas se cifra en el aprecio del tiempo, como precioso capital que no debe emplearse en cosas inútiles”. He ahí el programa de los conatos de *Filolezes*: que estudie la juventud las ciencias positivas: matemáticas, física, química, fisiología, y no la metafísica de Cousin y de toda esa escuela farsante y pseudo-ecléctica. La filosofía de *Filolezes* consiste en predicar a sus alumnos que la filosofía de los puramente metafísicos no es ni merece el nombre de tal; y poco ha de poder él, o ha de ponerle la losa sepulcral en su patria, en esta patria para quien vive él y respira. Ataca a los filósofos de nuevo cuño: por su progreso, por su mejora trata de quitar del medio cuanto se opone a tan noble marcha, que esté en su débil brazo remover; y por su progreso y mejora, y por evitar su deshonra, levanta la voz para denunciar ante la opinión pública a cuantos escritores incapaces se arrojan el derecho de dirigirla y vilipendiarla. *Ecce homo*.¹¹² Aquí está *Filolezes*.

Habana, 10 de abril de 1840

109. Véase artículos de marzo y comienzos de abril. (*N. de la E.*)

110. Alusión a los artículos cortos de Manuel González del Valle.

111. “a la última moda”.

112. “He ahí el hombre” (*San Juan*, XIX, 5).

XXVI

**CUADRAGÉSIMA RÉPLICA A LA CUARTA
RESPUESTA DEL DOCTOR DON MANUEL
GONZÁLEZ DEL VALLE INSERTA
EN EL *DIARIO DE HOY*¹¹³**

(*Diario de la Habana*, abril 12 de 1840.)

“Miseria y mentira, todo
es miseria”. *Sainete moderno*.

“¡Reputación! ¡Reputación! ¡Ah! ¡Yo he perdido mi reputación! Señor, he perdido la parte inmortal de mí mismo, y lo restante es lo animal. ¡Mi reputación, Jago, mi reputación!”. Así me eché a clamar de voz en grito con las sentidas palabras del buen Casio en el *Otelo* de Shakespeare, apenas me cayó la llovizna de mi carísimo cofrade, y sobre todo aquel mandoble, aquel rayo tremendo de ¡*Caíste!*; pero tal es la confusión en que me ha puesto el varapalo, que plantándome la frente en tierra, me tiene ahí sujeto, para *oír sentencia con la contestación, para después morir*, que es como si dijéramos que ya estoy en capilla: así voy a perder hasta la parte animal de mí mismo, habiéndome puesto peor parado que el pobre Casio, mi compasivo y nunca bien alabado verdugo, el *Psicólogo de la Habana*. Vamos a ver empero, si el *encapillado* se sacude y la encasqueta la *capilla* al *encapillante*. Derechito, poquito, y durito; porque es gastar el tiempo en balde el *discutir* con quien *no discute*. A la sala de *incurables* con él.

Crecientes, aluviones reales y efectivos son mis artículos, que a guisa de nuestro paisano el Almendares, cuando sale de madre, no sólo se llevan jugando los castillitos de baraja que opone V. a su curso, sino que arrasan con las obras y murallones estupendos levantados por el *ingenioso* de su maestro.

Cuestión primera. Mire Doctor, si soy más espiritualista que V. Vosotros creéis que los sentidos solos, por sí y ante sí, nos dan *idea* de lo *contingente*, de lo que está *aquí, allí, ahora, luego, allá, acullá, después*, porque hacéis vuestra división y partición equitativa, mitad y mitad; ese malhadado *dualismo* de Platón que, como el diablo, ha estado metiendo el rabo en la mies de la filosofía hace más de veinte siglos para oponerse a sus progresos, la mitad para los *sentidos*, y la otra mitad para el entendimien-

113. Poseo un manuscrito de este artículo, con el “Puede publicarse” del censor al pie, que tiene algunas diferencias con el publicado: Una de éstas consiste en ponerse por epígrafe y en inglés las palabras de Shakespeare, y omitirse lo demás que sigue hasta la frase: “Derechito, poquito y durito”. (N. de Alfredo Zayas.)

to, cada uno por su lado. ¡Disparate! Ni la idea de lo más material v.g. del color, de la figura, se adquiere sólo por los sentidos sin el entendimiento, ni se alza el entendimiento a lo más espiritual sin trabajar sobre los materiales del mundo exterior. Así es chistosísimo oírse adjudicar ciertas verdades a sólo la experiencia, y otras a sólo la razón, como si la experiencia misma pudiera confeccionarse sin el ingrediente de la razón y la razón pudiera ejercitarse sin los materiales de la experiencia. Y vuelvo al estribillo: “Someros, someros, superficiales por entero”.

Segunda: ¿Por qué llama V. ideas *puramente metódicas* a las de *flor, electricidad, atracción* y otras? ¿A qué es ese nuevo bautismo a las ideas *generales o generalizadas*? Mire que aquel sacramento no se reitera cuando está bien administrado; fuera de que es duro eso de quitarle a uno su bueno y claro nombre, para ponerle otro más feo y oscuro. Sí, mi Doctor, *confusión, confusión*, que es lo que hay para constituir la filosofía, y para *confundir*.

Tercera: Dígame por su vida ¿cuándo, dónde y a qué hora leyó al alemán Gruppe? (que vale más que toda la caterva *galo-ecléctico-doctrinaria* agrupada, con su capataz a la cabeza); porque lo cita V. tan orondo... Nadie menos que yo da importancia a haber leído este o el otro libro, pues mi libro favorito es el gran libro de Dios, en que siempre leo más que en los libros de los hombres. La divisa de mi anti-pseudo-ecléctica-filosofía es primero la investigación que la erudición. V. lo ha leído en cita en un artículo de aquella famosa *Revista francesa y extranjera* (que en paz descanse) ¡Que falta les ha hecho la difunta! Así lloran a la buena señora a lágrima viva y en coro, que es un contento.

Pero vamos más presto, que quiero cumplir mi palabra de *laconismo*. Pero, ¡ah! que se me olvidaba decirle que en esto de citas se anduviera con un poco más de tiento, porque no tiene V. la mejor mano para ellas; en la que evacué en su polémica con el señor Ruiz, sabe el público todo como le fue y le advierto que respecto a los alemanes sea todavía un poquito más *cauto*, pues en la que hizo de Kant en la *infanda* noche le salió la *criada respondona*.

Cuarta: ¡Santo Dios! Dios es un ente absoluto; pero la *concepción* de Dios no es absoluta, ni puede serlo. Si no existen el *mundo* y el hombre, no puede el hombre elevarse hasta Dios, lo cual de puro fácil y perceptible es hasta una perogrullada. Pruébeme V. lo contrario.

Quinta: ¡Vaya broza la de los párrafos 2º y 3º! Precisamente, porque hay contraste entre el bien y el mal es por lo que existe *relación* y es por lo que se afirma la ciencia. Se le ha indigestado ya el Rossi a nuestro hombre. Pronto le administrará *Aureliano*¹¹⁴ un poderoso emético que le hará arrojar hasta las heces y sanará si aún es curable, que lo dudo, pues hartito veo que se ha propuesto escribir a todo trance trayendo lo que no es del caso a la cuestión, huyendo el cuerpo a ésta a par de muerte, y negando

114. Se contrae Luz al ya mencionado don Juan Francisco Funes (Alfredo Zayas).

sultanescamente la verdad de los hechos. Ud. no se ingenia para ser sofista; ni con las lecciones de su maestro, que es el archipámpano en la materia, ha aprendido a hacerlo regular. Pero ya yo la voy tomando larga y no quiero abusar más por hoy ni de la paciencia del público, ni de la impaciencia de V., ni de la *quisquillosidad* del famoso y afamado Pimentel;¹¹⁵ y doy punto dejando para otro día continuar el presente sainete, sin perjuicio de seguir por separado con mis gravísimas respuestas, o *contestaciones* a su cuaderno, y demás especies dignas de seria impugnación. FILOLEZES

XXVII

EL ALTIERI COMO TEXTO DE ENSEÑANZA FILOSÓFICA

POR JUAN FRANCISCO FUNES

(*Diario de la Habana*, abril 13 de 1840.)

Señor don Nicolás Pardo y Pimentel, Redactor del folletín del *Noticioso y Lucero de la Habana*.

*Hay autores que en voces misteriosas,
Estilo fanfarrón y campanudo,
Nos anuncian ideas provechosas,
Pero suele a menudo
Ser el gran parto de su pensamiento
Después de tanto ruido, sólo viento.*

SAMANIEGO

Hace mucho tiempo, señor don Nicolás de mi vida, que me he persuadido profundamente de que V. es el hombre que Dios crió para dar en el hito

115. Don Nicolás Pardo Pimentel, redactor principal del *Noticioso y Lucero*, sostenía continuas polémicas con los redactores del *Diario de la Habana*. Habiendo hecho el señor Pardo Pimentel ciertas apreciaciones sobre un texto de filosofía, sin determinar cual fuera su autor; invitole uno de sus contrincantes a que lo señalase, y respondió aquél en varios párrafos titulados *Estrategia*. A esta respuesta alude Luz al hablar de “la quisquillosidad del famoso y afamado Pimentel”. (Alfredo Zayas.) Con relación a Pimentel véanse los artículos del 15, 16 y 19 de abril en este volumen. (*N. de la E.*)

en todo género de cuestiones. Después de todo el ruido que hizo V. en algún folletín hablando de algún texto de enseñanza; después de mi instancia para que dijese algo, y de tanto tiempo como se ha tomado para buscar por donde salir, véase la empanada, quisicosa o embolismo con que se nos viene hoy a guisa de embaucamiento, o prestigio, a que el señor Redactor es inclinado sobremanera; y todo esto cuando tal vez tendrá que decir, como el Capacho.

Hube, hermano, menester
Aquello de Dios y ayuda.

Copiaremos íntegro todo el parto, aunque a trozos para irle haciendo sus consiguiente comentarios, a fin de que todos los comadrones y parturientes se instruyan de las pesadas consecuencias que trae consigo un mal parto; copiaremosles tal como está escrito, hasta con sus equivocaciones de ortografía o de imprenta, para no alterar ni en un punto el texto. Ya comienza.

“Hemos indicado que algún texto de enseñanza estaba recargado en la parte dogmática. Un pedante (bien! Bien!) que acababa de salir de las aulas (mejor! Mejor!) pidió (¡qué avilantez!) que señaláremos el texto a que nos referíamos, creyendo llevarnos (¡el bribón!) a un terreno ventajoso para él, y por el prestigio de que goza algún autor (¿árabe o chino?) se engañó el recluta”. (Veamos por donde se apea el veterano). Aquí entra el embolismo, quisicosa o empanada de la nueva fábrica luceresca; pero en medio y al través de esta mañana, se descubre como rasgo característico la sobresaliente cortesanía que tanto alaba don Impertinente, y en seguida se me ocurre pedantescamente inferir una consecuencia de aquello de las aulas, y es si no lo ha por enojo, que si el tal pedante acaba de salir de ellas, señal es de que las ha cursado, y vale más que no haber estado en ninguna. Vaya otra pedantería: ese algún autor de que V. habla, sea el que fuere, goza de prestigio con razón, o sin ella; si es lo primero, hace V. mal en censurarlo y procurar que desmerezca en el concepto público, y si es lo segundo la ventaja es para V., que podrá combatirle con éxito y en beneficio del mismo público que lo agradecería, y que no podía pagar de una obra mala si se le demostrase que lo era.

Por otra parte, este *algún* texto prestigioso, es el mismo algún texto recargado que mencionó V. el otro día, o no lo es; si lo es, ¿como no miró V. entonces, lo mismo que ahora, qué ponía en el terreno ventajoso? ¿por qué se colocó V. mismo en él? y si no lo es, peor que peor, porque no tiene que ver el prestigio de un autor cualquiera, con el recargado de que V. habló primeramente y sería eludir la dificultad de un modo absurdo, el pretender descartarse de la cuestión acerca de tal autor; con decir que cual otro goza de prestigio; y si el gozarlo había de ser un motivo para no descubrir sus defectos, para no ilustrar al público sobre la materia, modo de proceder nada propio de un escritor público, ¿a qué fin, con qué objeto se hizo la indeterminada, vaga e inútil censura de *algún* texto de enseñanza?

Vamos, señor Redactor, es menester confesar que no hay por donde salir; están cerrados todos los caminos, y hasta los vericuetos: estos pedantes son el mismo demonio; ¡cómo estrechan la dificultad!

¿Qué dice ahora el Veterano? Diga lo que quiera él, lo que yo digo es, que no parece sino que algún redactor nos está siempre jugando a que te encandilo.

Sigue el texto. “Nosotros habíamos pensado guardar silencio sobre este punto, porque un periódico¹¹⁶ desfallece y muere en manos de la filosofía; pero los amigos celosos de nuestra reputación nos han instado a que por una vez toquemos la cuestión filosófica. Breve seremos”. Aquí hay varias cosas: 1ª tiro al Diario y no sé si a alguien más: 2ª lección redactoril a todos los periódicos del mundo, sea de la clase que fueren, pues que en la palabra periódicos están todos comprendidos; por consiguiente, adiós revistas y las que no son revistas, vengan sus redactores, que no saben lo que se pescan, a aprender con el del *Noticioso* lo que se han de pescar: miren como todo anduve muy acertado en poner mi aviso, ya acudirán aprendices que será un jubileo. Con lo que no desfallecen ni mueren los periódicos, antes se fortalecen y eternizan, es con los artículos paja, forraje y farrago. Disculpas por aquí, protestas por allá, contradicciones por acá, todo se vuelve un caos, un laberinto, en donde el mágico prestigiador se enreda él propio y se pierde al paso mismo que busca el modo de escabullirse.

Y por lo que hace a los amigos celosos de su reputación de V, los dejó V a buenas noches, a ellos y a ella, si todo lo demás es tan bueno como lo que va expuesto y comentado: ello dirá. Va a continuar el texto: (oíd, oíd.)

“Los elementos de filosofía por Altieri están en el caso indicado”. Según esto, el texto recargado parece que es el de Altieri: así lo creerán todos sin duda al llegar aquí; pero lo demás que sigue hasta acabar nos hace presumir lo contrario: ¿En que quedaremos? en que todo es prestigio y encantamiento, cuando no embaucamiento, que es lo que yo más bien creo: veámoslo; así continúa:

“De la existencia dice este autor: *adversus atheos demonstrata, de ejus essentia non est opus disputare, quod est theologi, non metaphysici munus.*¹¹⁷ ¿Y es *metaphysici munus* el demostrar los atributos de Dios, el acumular citas de los sagrados libros y de los santos padres, para probar la unidad del Ser Supremo?” “*Quae enim de Deo notitiae adquiri possunt revelationis lumine ad Sacram Theologian pertinent.*”¹¹⁸ Altieri lo dijo por nosotros. “Se cita, pues, la autoridad de Altieri para probar que el metafísico no debe convertirse en teólogo, cosa sobre que no hay ni cabe disputa; luego parece que el texto que se tacha por recargado no es al de Altieri ¿será

116. Alusión al *Diario de la Habana* y a los artículos filosóficos de la Luz.

117. “demostrada [la existencia] contra los ateos, no es necesario discutir acerca de su existencia, lo que compete a los teólogos y no a los filósofos”.

118. “El conocimiento de Dios que se puede adquirir mediante la luz de la revelación, pertenece a la Sagrada Teología”.

o no será? ¿qué diremos? Yo no me atrevo a decidir cual sería la mente del señor Redactor al escribir este apéndice de folletín, que tal es ni más ni menos. ¿Qué os parece, lectores; no es esto jugar a que te encandilo?

Diré más, para que aparezca más claro el juego: ¿si es Altieri, a qué excusarse con el prestigio de que goza algún autor? ¿y si no lo es, por qué decir que sus elementos de filosofía se hallan en este caso? ¿Y por último, qué significa el citarle como autoridad que reprueba el vicio de mezclar la teología con la metafísica? ¿qué quiere decir todo esto? ¿Así salva el Redactor su reputación y cumple con las instancias de sus amigos celosos de ella? ¿qué más prueba se quiere de que se habla sin conocimiento en la materia y sólo por hablar de todo? Vamos, señor don Nicolás, déjese de embolismos y prestigios, y conteste clara y decisivamente a mis preguntas del 8 de marzo, que lo demás es perder tiempo y trabajo. Lo que hay en esto me lo sé yo muy bien: todo se reduce a una friolera; algún Redactor asistió a la apertura de algún curso de filosofía, oyó allí algunas cosas, compaginó un artículo, escribió lo que le saliere, púsole lo que quiso, y, ¡zas! al folletín con él; pues, porque es menester hablar de todo, un redactor no se puede portar menos: esto es todo lo que hay. Pero oigamos, que va a continuar el resto.

“Es preciso no engañarse: pasó el tiempo en que la teología lo invadía todo. No es esta la manía del siglo. La metafísica teológica desapareció con las sutilezas escolásticas.” Quien lo oyera creía que alguien le ha disputado lo contrario, y que ésta es la cuestión; pues no señor, todo esto es prestigio y arte mágico como lo demás que hemos visto: y cabalmente esa fue una de las cosas que oyó algún redactor en la sobredicha apertura de algún curso de filosofía, cosa en que además todos estamos de acuerdo, y ahora nos la vienen a referir como nueva, y como si alguien la hubiera negado. ¡Sobre que parece más que cierto que algún redactor nos está jugando a que te encandilo! Adelante con el texto.

“El verdadero progreso de las sociedades modernas (escuchad) se cifra en el aprecio del tiempo, como precioso capital que no debe emplearse en cosas inútiles. Por esta razón precisamente (atended) no sostendremos jamás una polémica sobre este asunto. *Intelligenti pauca*”.¹¹⁹ ¿Conque es perder el tiempo emplearle en una discusión sobre un texto de enseñanza? ¿Y no es perder el tiempo emplearle en hablar huecamente y sin decir nada, como lo demuestra este apéndice de folletín, y otros folletines enteros? ¿No es perder el tiempo, y peor que perderlo, emplearle en escribir artículos para decir a todos, necios, tontos, pedantes, perritos falderos, que le tienen a V. envidia, y otras cosas tales y tan vacías como ésta? Pero venga V. acá, señor prestigiador, ¿no habló V. en un sentido muy contrario en su folletín del 18 de marzo? ¿qué le mueve ahora a contradecirse? ¿Si entonces dijo V., tal vez porque lo oyó decir, que los estudios filosóficos son tan importantes, ¿cómo puede ser tan perdido el tiempo que se emplee en una discusión acerca del texto de su enseñanza? ¿está V. en sí, señor Re-

119. “Al buen entendedor, pocas palabras”.

dactor? ¿así saca V. adelante su refutación? ¡No hay duda que es un modo muy particular de ejecutarlo! ¿Quién no dirá que todo esto es prestigio y embeleco, o artimañas periodísticas para salir del apuro? Pero todo es inútil, señor don Nicolás; camina V. de mal en peor y sus defensores ni más ni menos: *requiescat in pace*.

J. F. F.

Habana y abril 11 de 1840.

XXVIII

RETO AL ANTICUBANO PARDO Y PIMENTEL

POR *FILOLEZES*

(*Diario de la Habana*, abril 13 de 1840.)

Señor don Nicolás Pardo y Pimentel.

Cuando en uno de mis papeles dije que “me conocía toda la tierra”, aludí a esta tierra de Cuba; hallándose por más señas el posesivo *mi* en el original manuscrito. Lo contrario sería una necedad imperdonable, un imposible, pues ni el primer hombre de la tierra es conocido de toda la tierra; y harto manifiesto yo ahora y he manifestado toda mi vida, que lejos de aspirar a una reputación europea, ni aún nacional, no me he esforzado en alcanzar la poca o mediana que pudieran lograrme mis pobres producciones ni siquiera en el estrecho ámbito de la tierra de Cuba, ni aún de la misma Habana, mi patria; y aquí está la prueba perentoria: sólo en materias de oficio, por indispensable, he puesto mi nombre al pie de lo que he escrito: en todo lo demás que ha salido de mi pluma he guardado constante el anónimo: y no se diga que por temor, ni por ofender a mansalva, pues igual conducta he observado así en los escritos serios como en los festivos; así en los de empeñada controversia como en los de simple exposición, consecuente siempre a mi antigua máxima de hacer luchar las cosas, no los nombres. Tenía, pues, sobrado antecedente el señor Pardo Pimentel —si él fuera hombre de buscar antecedentes y consiguientes— para haberse abstenido decir a tomar con pinzas las expresiones de “me conoce toda la tierra” con ánimo de pintarme a los ojos de todo el mundo como un proto-

tipo de vanidad y presunción. Y esto, público respetable, ¿de parte de quién? De un escritor que no farfulla siquiera una triste nota periodística sin apuntarlo con su P correspondiente, cuando sabe toda la tierra que el señor doble PP es el redactor o confeccionador del *Noticioso y Lucero de la Habana*, de ese “alimento de pocas sustancias y precipitado amasijo”, para valerme de su propia metáfora, a fin de hacerlo de más pronta y fácil digestión, según llevan sus mismas palabras. Pero las PP reiteradas no son para lo presente, ni pasado, sino para la posteridad, para lo futuro, hasta donde se piensa transmitir esas producciones efímeras y chocolateras, en expresión del mismo antelgado Señor:

V. ni me aprecia ni me respeta; y ni... aún me ofende; pero es porque no puede ofenderme. Yo no he abusado de mi posición, ni he ultrajado a los que se hallan, o parecen hallarse, según dice V. de sí mismo (prueba de que en realidad no cree V. se halla, y que bajo sus pobres apariencias se encierran ricas realidades), “al nivel de la base de un pedestal”. Si alguna falta he cometido yo, por el contrario, a la ley de patriota, de *Filolezes*,¹²⁰ y de hombre de bien, es el no haber salido antes a la liza para poner fuera de combate al paladín que, poco caballero, en la palea (porque no es caballero el que nace, sino el que lo sabe ser) violaba las leyes del decoro, las de todo linaje de saber, las armas de la hospitalidad, y aún de la justicia respecto del país, (porque yo soy justo antes que patriota, y no lisonjeo ni a la patria) pintándole siempre menos ilustrado de lo que en puridad se encuentra, para llevarse el lauro de su ilustrador, fingiéndose siempre su amigo, y derramando en son de amistad, a manos llenas, todo el veneno que en su corazón concentrara hasta sobre las ideas más inocentes y sencillas, sobre las más patrióticas y lisonjeras para el porvenir del país que le da vida y nutrimento.

¿Y cómo pretende V. ahora aparentar una moderación en sus labios que no siento dentro de su pecho? Si, pues, no salí antes a la palestra, fue porque estaba el acero en manos harto robustas y experimentadas, en manos de uno de los raros hombres en todas partes,¹²¹ hombres que piensan sólo con su cabeza; de ese mismo hombre a quien no ha cesado V. de regalar con los epítetos de tonto, ignorante, perro, mosquito, nigua y otras *sondideces* por este estilo, que asqueada la pluma se resiste a reproducir textualmente, y son los manjares que constituyen el suntuoso banquete con que don Nicolás Pardo Pimentel obsequia al público de esta capital. Ni en cien leguas puede V. acercarse al escritor a quien vilipendia. Hartas lecciones ha dado a V. ya, no sólo de literatura y estrategia periodística (¡el *forte* de V. señor Pardo!) sino de cortesanía y moderación llevadas al extremo. Por mi parte confieso que yo no le hubiera tolerado a V. ni la mitad, sin

120. Filolezes, “amigo de la verdad”. (Roberto Agramonte.)

121. Juan Francisco Funes. Vid. *Aforismos*, no. 7.

acusarle aun más enérgicamente de lo que lo hago ante la opinión pública, sin desenmascararle de una vez: él se ha contentado con pulverizarle a V. meramente con el poder de aquella lógica irresistible que tan atinada y cumplidamente maneja aquel fuerte y firme fundamento de la buena causa. Pero, *ne quid nimis*.¹²² Después del cimiento de la demostración, viene el entablar la acusación, y aquí está mi parte. Si V. quiere que la apoye y explaye, muchas serán las columnas que ocuparemos con sus alas. Si por el contrario prefiere que se quede ahí, no hay más que avisar con media palabra. Escoja V. señor Pimentel! La ignorancia de V. está ya fuera de duda hace mucho tiempo, por ser cosa que ha tomado V. muy a pechos demostrar hasta la última evidencia, y ponerla al alcance del último hotentote: pues no crea V. ni un instante que mi barómetro, o mi dinamómetro para graduar las fuerzas mentales del caballero de las 3 efes, o tres veces fuerte, haya sido esos cuatro reveses que le ha soltado a V. jugando y revolcándole: no, no tal. V. mismo es el que echa por tierra, y mi buen lancero no ha hecho otra cosa que coger un poco en su rodela de la misma que V. muele y levanta con las reiteradas caídas para rociárselas después por el rostro y por la cerviz. Si V. quiere medir, o sentir, que es más fácil, la pujanza de ese adversario a quien afecta menospreciar, lea el *Discurso sobre prescripciones*, y los artículos sobre filosofía publicados en septiembre de 1838, bajo el seudónimo de *Cauto* en ese mismo *Noticioso* y *Lucero* que V. hoy redacta, y le sirvió de local entonces para dar clases a otro moderado, que lo era de veras, no como V., que todavía no lo es suficientemente, cuando sus mismas culpas le han postrado en tierra. *Ex ungue leonem*.¹²³

Al decirle a V. que asesinaba su periódico, quise significarle que estaba dando al traste con las reliquias de reputación que pudieran quedarle aún entre sus amigos y paniaguados, pues ya se repetían demasiado los yerros, erratas y errores del omniscio (pues, en miniatura del señor don Nicolás Pardo y Pimentel & &.) El disminuir notablemente la suscripción de unos papeles de la naturaleza cotidiana, económica, política, gubernativa y miscelánea, del *Noticioso del Diario*, no es el mejor criterio para juzgar de la excelencia de un periódico y menos su desempeño puede serlo de la capacidad (en esto último convengo con V.) pero sí de la incapacidad de su redactor. Recuerdo que días pasados, hablando de los menudeados renuncios que no había títere con cabeza que no le cogiera a V. (sic), y aludiendo a las retractaciones reiteradas, que le arrancaban sus propios desaciertos escriturales, [jeco] seriamente manifestó a un amigo, que lo que debían decirle a P. Pimentel sus críticos (cuando estaba yo lo más distante de contarme en el número de sus apasionados), era, que comprase

122. "de nada demasiado".

123. "Por las uñas se conoce al león".

esternón en algún museo, porque el suyo se lo había de haber quebrantado a fuerza de golpes de pecho. Pero la gente necesita el *Diario* o el *Noticioso*, y por eso se vende éste, bueno o malo, sin que esto nada pruebe en pro ni en contra de la opinión pública; fuera de que a nadie le faltan sus patronos, particularmente cuando yace en el polvo; porque está en las inmutables leyes de la humana naturaleza excitarse la compasión por el caído, al lado del encono u oposición contra el levantado, sobre todo si fue instrumento del descenso.

Napoleón en la roca de Santa Elena hizo salir la indignación contra sus detentores, hasta de los mismos pechos británicos de sus hermanos, de los cuales había brotado el odio contra él en los días de la prepotencia y del combate. Y mire V. como es más ventajosa la posición de Pardo Pimentel, en el país de las almas compasivas y generosas; sí, en mi patria querida (¡y ésta una de sus primeras glorias!) es más ventajosa la posición de Pardo Pimentel que la de su amantísimo hijo. —FILOLEZES

Habana, abril 12 de 1840.

Nota. Ni V. mismo confía en hacerme creer que no aludió a mí en su artículo estratégico de Filosofía, por no haber aludido a comunicados, ni al *Diario*. Esto es añadir al pecado la contumacia, y otro nuevo pecado peor que los dos. ¡No valiera más un *peccavi*¹²⁴ redondo! Ídem respecto a la otra peregrina especie sobre Altieri, que le sirve a V. de valladar para encubrir al apuntador y defender al apuntado.

124. “¡Confieso mi pecado!”.

XXIX

QUINTA RESPUESTA A *FILOLEZES*

POR MANUEL GONZÁLES DEL VALLE

(Diario de la Habana, abril 14 de 1840.)"Magister est prior, posterior discipulus".¹²⁵

Como se ve V. complicadísimo en las cuestiones que ha suscitado, ni sabe ya con quién habérselas, y ora acomete a éste, ora a aquél, ora cita a los Ruizes y Aurelianos, para no entregar su harto rompida bandera, y creyéndose todavía esforzado campeón, me reta para cuando tenga yo cierto acto en la Real y Pontificia Universidad.

En la polémica con V. no invoco a nadie. Me basta el auxilio poderoso de la razón. Ni de persona conozco siquiera a don N. P. P. ¡Qué! ¿hasta negará V. que me halla en el palenque de la discusión? ¿Aquello de dar V. un elenco de proposiciones febricitantes contra el criterio ecléctico, proposiciones que así eran un apéndice del de Carraguao, como es la noche consecuencia del día; aquello de lozanearse V. de ver arruinada la Filosofía del buen sentido y de la imparcialidad, aquello todo fue un sueño de ilusión que debe haber pasado para V. Rompa el mágico y desleal prisma que lo tentó hasta hacerle retractarse en público de las opiniones que en días serenos y despejados recibió del sabio europeo Víctor Cousin.

Entonces no hablaba V. de que el anuente e insigne Filósofo enseñase la ciencia por miras políticas: no le vejaba V. con la nota de que andaba de mala fe: aprendía V. en sus páginas inmortales, admitiendo el orden lógico y cronológico de las ideas, sustentando que todos los juicios no eran comparativos; que la virtud consistía en la fidelidad al deber; que la religión era la primera maestra del género humano, etcétera. Y porque yo me hice también alumno del vencedor de la escuela sensual ¿vuelve V. la espalda?

Para que V. disipe las malas sospechas que le han turbado la tranquilidad de sus anteriores doctrinas, quiero preguntarle si Lactancio, aquel luminar de la Iglesia en el siglo III escribía por miras políticas y de mala fe cuando dijo: *Facile est autem docere pone universam veritatem per philosophorum sectas esse divissam. Nou enim Philosephiam sic nos evertimus, ut Academici solent, quibus ad omnia respondere propositum est, qued est potius calumniari et illuderes sed docemus, nullam sectan fuise tam falsam, nec philosophorum quemquam tam inanem qui non*

125. "Primero está el maestro, después el discípulo".

*viderit aliquid ex vero.*¹²⁶ Si alguno, agrega el eminente escritor, reuniese en cuerpo de doctrina la verdad esparcida aquí y allá, no se pondría por cierto distante de nuestra aprobación. ¿Qué otra cosa ha hecho Cousin sino realizar el alto pensamiento de Lactancio?

V. no es original, no señor: aprendió en la escuela de otros y siguió aprendiendo en los libros que todos estudiamos. Declararse V. por Lucrecio y yo por el celebrado Pope, ¿no sería estar por las tradiciones ciertas? De lo contrario, el califa Omar mereciera elogios por haber condenado al fuego la biblioteca alejandrina, dejándoles a sus súbditos el único recurso de ir al decantado libro de la naturaleza donde los perros, los gatos, etcétera dan lecciones a la maravilla. Adiós hombre, el Rey de la creación.

¿Cómo fue eso de tener V. al Yo humano por efecto cuando pocos días hace lo tuyo por sustancia y causa? El Yo, estúdielo mejor; es o causa de las acciones libres o sujeto del pensamiento, pero siempre uno, idéntico a sí mismo; el Yo es el alma en posesión de sus facultades: el Yo —y se lo dije a V. en uno de mis artículos— padece sus eclipses en la demencia y en el sueño profundo; el Yo no es efecto ahora y luego causa; atributo después y más adelante sustancia; el Yo no es un nombre de mera clasificación que ha salido de la fábrica del más o menos, del taller de las comparaciones, ni es un hueso alto o bajo del cráneo, aunque se lo figure la hipótesis frenológica. Sólo respecto a Dios será el Yo efecto, porque él lo hizo; pero Dios mismo *reliquit illum in manu consilii sui*,¹²⁷ según el Eclesiastés. ¿A quién le ocurrió negar la existencia del Sol por un eclipse? El Yo, pasada de la demencia, acabado el sueño, recobrando el imperio perdido en el sonambulismo tiene conciencia de su unidad y la memoria alerta de que es el mismo de antes. Confiéselo *Filolezes*.

Todavía estoy esperando la prueba de que la atención no es voluntaria: todavía aguardo los documentos de que la reflexión se verifique sin mediar la voluntad; todavía el arreglo de las contradicciones que le señalo con el dedo desde mi primer contestación. ¿Qué será eso, *Filolezes*, cuando la pluma de V. escribe tanto, tantísimo?

Tan resplandece como absoluta la concepción de Dios en todas y cada una de las inteligencias humanas, cuanto que sin ella no se entiende lo que es el Yo, ni lo que es el mundo. Dios para existir no necesita de la creación: ésta sí del poder sagrado del Altísimo: yo soy un enigma, un caos... sin

126. “Es fácil enseñar que la totalidad casi de la verdad está recogida en las escuelas filosóficas. Pero yo no he desvirtuado hasta este punto la filosofía, como acostumbran los académicos, que tienen la pretensión de explicarlo todo, lo que constituye más bien un engaño y una burla, sino que digo que ningún sistema es tan falso, ni ningún filósofo tan vacío, que no se le pueda encontrar algo de la verdad”. [Cicerón, citado por Séneca. Vid. José Agustín Caballero, *Philosophia Electiva*, B. A. C., v. 1, p. 210.]

127. “los abandonó a su propia suerte”.

Dios nada. Además, el orden de la dialéctica exige que V. sea quien pruebe que la concepción de lo absoluto no es la luz divina de que habló San Juan y después Fenelón. ¿No es V. el que arguye? ¡Qué miedo a la dificultad!

De las concepciones absolutas, sí señor Filolezes, todos los hijos de Adán participamos: verdades universales que juntan por unas mismas creencias necesarias a todos los hombres que habitan la tierra, no obstante las distancias, climas, lenguas distintas, diversos intereses, pasiones, costumbres e innumerables accidentes. ¿Quién pudo concebir? ¿cuándo? ¿a qué hora? ¿en qué país? ¿cómo concebir lo justo sin creer necesariamente que es obligatorio? No hay posibilidad de extinguir el esplendor radiante de esta ley inmutable. Desengañese, Filolezes. Cuente con su conciencia y la del género humano traducida en los venerables momentos de la historia.

Vulgarísimo, sofisticado y capcioso me parece el baladí argumento con que piensa V. anonadar ahora la fe de la conciencia. Yerre V. o acierte, de lo que sea el hecho en sí, tiene V. noticia interior. Ejemplos: sume que dos y dos son seis; sé que esto apunté o escribí y dije: corrijo el error: sé también que Yo lo corregí. La objeción desaparece como una visión nocturna al despertar el hombre cuerdo.

¿Se ha necesitado venir a cátedras para afirmar que existimos junto con el mundo, y que hay Dios? En su extremo la razón alumbra esas nociones esenciales que forman, a juicio de Jovellanos, mi querido paisano por línea paterna, la cifra y término de toda instrucción; y ¡he aquí por qué el varón consumadísimo en filosofía, Víctor Cousin, reconoce que de suyo, o sea, espontáneamente, la razón alcanza las verdades fundamentales de Dios, del Yo y de la naturaleza, nuestra hermana fatal. En el Carpio, también, hallará V. sin falta su seguro contendedor. *Manuel González del Valle*

XXX

A OÍR SENTENCIA EL DOCTOR VALLE
Y FILOLEZESPOR *FILOLEZES**(Diario de la Habana, abril 14 de 1840.)*“Judex ergo cum sedebit
Quidquid latet apparebit”¹²⁸

“Dios existe aparte del espíritu que lo concibe, y por eso hay Ontología”.

Este rengloncito es toda la respuesta que en su Cuarta Respuesta (*Diario* del once del corriente, al terminar el párrafo cuarto) da el doctor don Manuel González del Valle a las seis columnas bien apretadas y apretantes con que en el *Diario* del seis destruye *Filolezes* hasta las tentativas de Ontología.

Decida ahora el público filosófico estudiantil, ¿cuál de los dos contendores se porta como verdadero filósofo, pues ya esta es más cuestión de conducta que de filosofía? ¡Tú lo has querido, caro Manuel!

¡Ven acá, hombre de Dios! Supongamos que mis crecientes verbales, como llamas propia e impropriamente a mis tres artículos del seis, ocho y nueve del río que cursa; propia, en lo de crecientes, que te han arrebatado y ahogado para siempre tus doctrinas; impropia, en lo de verbales *tantum modo*,¹²⁹ porque no puedes volver a tu centro, esto es, a la superficie, a la flor del agua. Pues bien, pongamos que las seis columnas estén atestadas de más disparates que palabras, ¿cumple el doctor Valle con su deber, el doctor Valle que no suelta de sus labios y de su pluma la ley del deber, el doctor Valle que en su febril entusiasmo nos pinta a los demás como contrarios, si no olvidados de la ley del deber, y esto aún respecto a hombres de austerísimas costumbres, como lo son sus antagonistas, ¿cumple el doctor Valle, repito, con su deber respecto de la juventud estudiosa del país, (a quien ofreció, además, contribuirle con su óbolo determinadamente ¿dónde está?) cumple respecto de su contrincante *Filolezes*, que no se ha manifestado tan indigno de la cuestión que digamos, y aún respecto de sí mismo, doctor mío, con salir sultanesca y mahométicamente con la... (no quiero ni bautizarla, que es rebelde y reacia la catecúmena)... con la de

128. “A la hora del juicio, nada quedará oculto”.

129. “solamente”.

“Dios existe aparte del espíritu que lo concibe, y por eso hay Ontología”. La piedra, el madero, el hierro, el fuego, existen aparte del espíritu que los percibe, luego por aquí también hay Ontología. Lo que hay, lo dirá el público, no el doctor Valle ni *Filolezes*.

Abril 13 de 1840.

XXXI

EN DEFENSA DE COUSIN Y EL ECLECTICISMO

POR DOMINGO LEÓN Y MORA (*EL MODERADO*)

(*Noticioso y Lucero*, abril 14 de 1840.)

“Y los artículos sobre filosofía publicados en septiembre de 1838 bajo el seudónimo de *Cauto*¹³⁰ en ese mismo *Noticioso y Lucero* que Ud. hoy redacta, y le sirvió de local entonces para dar clases a otro moderado,¹³¹ etcétera”. *Filolezes*, *Diario* del 13 de abril.

Es muy extraño en Ud., señor *Filolezes*, que me tome por instrumento para ensalzar a su protegido contra razón y me robe el tiempo que necesito para mis estudios, para leer los breves y sesudos artículos del doctor don Manuel González del Valle y los eternos de Ud., que por estar atestados de episodios, de paréntesis, de notas y de citas alemanas, francesas, inglesas, latinas, portuguesas, y no sé si turcas, nadie puede sacarles el poco jugo que contienen si no emplea muchas horas en su lectura.

¡Con que el *Cauto* ha dado clase al *Moderado* en el *Noticioso*, señor *Filolezes*! V. no es, ni puede ser recto en la materia, primero, porque hay *litis* pendiente en el asunto y como parte está Ud. más bien en disposición de que le juzguen que no de juzgar; en segundo lugar; podrá ser Ud. perito, si se quiere, en frenología, patología y física, pero en psicología no lo creo, y por último, que estando Ud. defendiendo a capa y espada su refutación de filósofo omnipotente más bien que los verdaderos principios filosóficos, no puede ser bastante imparcial, ni hallarse suficientemente despreocupado para fallar con arreglo a derecho, pues es de suponerse que a todo el que no sea de su devoción, lo tratará Ud. como enemigo a fuer de consecuente sensualista.

130. Juan Francisco Funes y Morejón.

131. Domingo de León y Mora a favor de González del Valle.

Dirá Ud. que soy atrevido, insolente, etcétera, porque todos los que salen a la palestra principian echándole flores, lo que no hago yo, pero eso es porque estoy impuesto de que es *Filolezes* amante de la verdad y he querido más bien sembrarle verdades que no flores, así como él ha creído hacerlo con sus adversarios.

¿Ha leído Ud. mis artículos sobre psicología? ¿Ha notado Ud. mi buena fe en mis escritos? Entonces deberá tener idea exacta de la clase de mis principios y conducta filosófica, deberá saber que pertenezco a la escuela ecléctica francesa y que no es el *Cauto* a quien debo tener o haber tenido por maestro, y mucho menos a *Filolezes*. A *Cauto* no, porque se dice sensualista y como exclusivo no podría satisfacer a las exigencias de un ecléctico que toma todo lo bueno de todos los sistemas: tampoco a *Filolezes*, porque ya se llama sensualista, ya espiritualista, ya ecléctico, ya frenologista, ya patologista, ora dice que el Yo preexiste, ora que es resultado de la experiencia, ora habla de justicia y deber como las leyes morales, ora sanciona como tales al placer, el interés y la utilidad: no me parece, pues, prudente tomar por maestro a quien no tiene opinión fija, pues podría colocar en mi pensamiento un laberinto de que jamás me sería posible salir.

¿Sabe Ud., señor *Filolezes*, cuales han sido y son mis maestros desde el año de 1835, y los que hallo dignos de serlo de toda la especie racional? Royer-Collard, Maine de Biran, Jouffroy, Damiron, Rossi, y sobre todos Cousin, aquel a quien Ud. mismo ha dado más valor con sus imponentes amenazas, y prometida pero no realizada crítica,¹³² aquel de quien Ud. tomó las más bellas proposiciones de su *Elenco de Carraguo*; aquel, en fin, a quien Ud. jamás podrá criticar, porque según echo de ver en sus escritos, aún no lo ha entendido. Antes del año citado eran mis maestros Locke, Condillac, Hobbes, Helvecio, Holbach, *et reliqua*,¹³³ y Ud. podrá confirmar esta verdad si se acuerda de aquellas conclusiones de San Fernando, y aquellas disputa en que yo defendía a Bacon y Ud. a Cartesio; mas conocí sus errores y en el momento los abandoné a fuer de verdadero ecléctico. Sin embargo, todavía leo algunas de sus páginas que me sirven para robustecer mis opiniones actuales, para conocer sus extravíos y medir la enorme diferencia entre el sensualista del año de 35 y el ecléctico del año de 40: diferencia grande en verdad, pero que admito con todas veras y por convicción.

No pertenezco a ninguna pandilla, y es tal mi independencia filosófica que jamás he sometido mis creencias a nadie, y miraría con desprecio a aquel que quisiera forzarlas, pues entre los eclécticos acostumbramos tener por razonable y bueno lo que en sí lo es, y porque conocemos que lo

132. Se refiere a la *Impugnación*.

133. "y otros más".

es efectivamente, no porque otro dijo que lo era; no tenemos la presunción de ser originales, ni pensar sólo con nuestras cabezas como se jactan de hacerlo los sensualistas sin que sea verdad. Verdaderos moderados, no nos atribuimos más mérito del que tenemos, ni nos llenamos de orgullo y necia vanidad ostentándolos en nuestros escritos, ni amenazamos a los gigantes cuando los vemos de lejos, ni menospreciamos a los pigmeos; respetamos, sí, las personas y las cosas porque es un deber, y le sabemos decir a los sensualistas que las respeten cuando no lo hacen: no guardamos el anónimo por modestia cuando no la tenemos, ni hacemos de la institución casi divina de la imprenta un instrumento de nuestras iras, de nuestras pasiones, ni de nuestras miras porque sabemos que la moral pública exige respeto y consideración a todo ciudadano.

Al propósito de independencia en el creer, pensar y adoptar principios: le juzgo a Ud. cerciorado de que me unen al doctor Valle estrechas y queridas relaciones de amistad, ya a causa de que ambos somos discípulos de Cousin, ya porque su celo apostólico por la educación de la juventud y sus sacrificios a este respecto lo han hecho a los ojos de mi conciencia más respetable y digno de aprecio; pues no obstante estas consideraciones, jamás he cedido a su modo de ver en varios puntos de divergencia, filosóficos y jurídicos, que han ocurrido entre nosotros; algunos de estos disentimientos se han hecho públicos en la Academia de Jurisprudencia sobre legados, sobre derecho de representación y sucesiones y sobre censos: cuando no hemos convenido durante las discusión, cada uno se ha retirado luego a su casa a estudiar mejor la materia, y conocido el error lo hemos confesado francamente a primera entrevista, experimentando la satisfacción de haberlo conocido y confesado.

Todo lo alegado y probado se reduce a manifestar que Ud. se ha equivocado sensual, relativa y *parcialmente* al pintarme tomando lecciones de filosofía de sus cien veces alabado y otras tantas protegido Cauto, y que se ha erigido autoridad sin poderlo ser; pues llevando la de perder en su cuestión con el doctor Valle, según he oído decir, no está Ud. en capacidad de ser juez respecto del *Cauto* y *El Moderado*, cuando es una misma la polémica entre diversos sostenedores. Bien quisiera yo que Ud. renunciase a los episodios y se mantuviese siempre en la cuestión como lo hace su contrincante, pues anhelo por saber si hay ideas absolutas o no, si el Dios de los filósofos es el mismo de la humanidad o debe formárselo de sensaciones y materia, convirtiéndose en ídólatras.

Por fin, no quiere *El Moderado* las lecciones de filosofía que le pretende dar *Filolezes* y supone haberle dado su protegido *Cauto* y protesta que nunca las ha tomado porque no le han parecido buenas, pero también protesta que así al señor *Filolezes*, como al señor *Cauto*, les profesa particular estimación y aprecio. *Domingo de León y Mora*

Habana, 14 de abril de 1840.

XXXII

PROTESTAS ANTE EL PÚBLICO

POR MANUEL GONZÁLEZ DEL VALLE

(*Diario de la Habana*, abril 14 de 1840.)

Pues la cuestión abierta entre *Filolezes* y el que suscribe, redactor de los *Artículos de Psicología*, ha dejado de ser filosófica y se hace ya de conducta, según se ha declarado en el *Diario* de hoy 14 de abril, protesto no aceptarla sino interpelado en un tribunal de justicia.

Tal como se ofrece a mi previsión la arena recién salpicada de hiel la abandono, porque no quiero ni nunca quise en el debate zaherir la conducta moral de nadie, pero ni tampoco ser ofendido. Renuncio al polvo de la pelea trabada porque es polvo de arsénico. Ya no está para mí la cuestión.

Protesto, si variase la escena, oír a *Filolezes* y poner de mi parte, cuanto lo permita mi estilo, todo cuidado porque no me vaya, ni en el uso de la dialéctica, expresión que le haga presumir que ando poco cortés. De él espero otro tanto. ¿Por qué no?

Protesto también que al escribir los *Artículos de Psicología* no hice la menor alusión a *Filolezes*, a cuya honradez apelo para que él mismo reconozca quien fue y quien es. *Manuel González del Valle*

Habana, 14 de abril de 1840.

XXXIII

**RESPUESTA A LAS PREGUNTAS DEL SEÑOR
FILOLEZES INSERTAS EN EL DIARIO
DEL 5 DEL CORRIENTE**

POR VICENTE A. DE CASTRO

(*Diario de la Habana*, abril 15 de 1840.)

El conocimiento de la debilidad de mis fuerzas me ha alejado hasta ahora de la discusión que hace tanto tiempo llena las columnas de este periódico y agita los ánimos de dos catedráticos de filosofía a cuyo cuidado está encomendada la instrucción de una gran parte de la juventud habanera.

Y cuando el uno de ellos, haciéndome un honor del que me confieso indigno, espera de mí tan luminosas aclaraciones, ¿no he de temblar de nuevo (sic) se engañe en su esperanza lisonjera? Pero es una cuestión trascendental, se dice, y todos deben contribuir a dilucidarla. Así pensaba yo también, confiando en que mi falta de talento en la discusión, se neutralizaría al menos por la veracidad de las doctrinas que profeso y la fuerza de lógica de los fisiologistas.

Mas por ahora me contentaré con responder a las dos preguntas que se me hacen, dejando para más adelante la exposición de mis ideas. Si alguien quiere discutir las volveremos al *Diario*, que yo no intento precipitar las cosas sin responder nada más hasta entonces a lo que me digan.

No está en *La Cartera Cubana* el examen de Locke por M. Víctor Cousin, porque le habían publicado ya el año próximo pasado en el *Noticioso y Lucero*, cuando el señor *Filolezes* estaba tan ocupado en la discusión del ferrocarril; y sería copiar una cosa bien conocida del público habanero.

No se han puesto notas ni observaciones al análisis de Condillac, porque según he adelantado, me reservo hablar de la teoría de M. Cousin y de los demás psicólogos y metafísicos al concluir la publicación de la crítica de Helvecio que verá pronto la luz pública, y como quiera que ambos tratados son bastante extensos y que por el arreglo de *La Cartera*, donde se escribe para todos, han de colocarse en sus cinco divisiones materias distintas, por poco que se dijera, o serían observaciones aisladas que perderían de su mérito, si lo tienen, u ocuparían un lugar que los suscriptores confiaban ver lleno de asuntos más ligeros en verdad, aunque de mayor entretenimiento.

En conclusión, las notas deben referirse a un cuerpo de doctrinas, porque sería ridículo incluirle en ellas: ¿cómo, pues, anotar a M. Cousin sin tener un punto a donde dirigir y dar fuerza a las observaciones? *Vicente A. de Castro*

XXXIV

CONTRA *FILOLEZES*

POR SARMIENTO

(Noticioso y Lucero, abril 15 de 1840.)

“La filosofía de *Filolezes*, consiste en predicar a sus alumnos que la filosofía de los puramente metafísicos no es ni merece el nombre de tal”.
 FILOLEZES (*Diario* del 10 de abril).

Él lo dijo. ¿Lo habéis oído? Toda esa sempiterna charla de los largos y pesados artículos de *Filolezes*, no se reduce a otra cosa que a decir al público: Sólo nosotros somos los buenos, / Sólo nosotros ni más ni menos.

Y para esto, para desconcepar a sus contrarios para con los hombres poco pensadores, con tal que se consiga el fin, no se repara en los medios. Abusando de la posición que tienen en la sociedad, prevalidos del prestigio que les da una bien o mal adquirida reputación, lánzase ciertos hombres con denuedo hasta con temeridad en polémicas literarias, y así como el principio se deja ver en ellos cuando no las conceptúan seguras, entonces todo es para abatir al contrario; y no saben los infelices, que no sólo fuera de la Habana (en los puntos en que se leen los diarios de esta capital) sino aún en la Habana misma, sus producciones son miradas no sólo con risa, pero también con desprecio, por aquellos que, imparciales para con los contendientes, no creen nunca *in verbis magistri*,¹³⁴ por más que éste sea *Filolezes*, o el nuevo Juan Pico Cubano.

¡Qué poca confianza tenéis en vuestros principios! ¡Qué mezquina idea de vuestras doctrinas! ¡Si ellas son las buenas, y aquellos son la verdad ¿por qué teméis? ¿Creéis que los hombres del siglo XIX tienen otro norte que la verdad misma? ¿Creéis que al leer vuestras obras buscan otra cosa que la verdad? ¿Por qué, pues, no presentáis las razones en que vuestro sistema se apoya, pero desnudas de ese lenguaje depresivo, de ese lenguaje que por demasiado arrogante lleva impreso el sello de la humillación, sí, porque a nuestros ojos se humilla el que se vale de armas vedadas para combatir a su contrario que pelea con nobleza. ¡Qué inocentes sois! ¡Queréis que la juventud del siglo XIX no piense, queréis que crea en vuestras palabras!... Os equivocáis; que todos aquellos que se entregan al estudio de la filosofía, todos aquellos que piensan, piensan en las cosas y olvidan las personas!

Jóvenes: leed los escritos de *Filolezes*, si queréis ver la filosofía llena de polvo y lodo. Vedla en los escritos de sus contrarios más brillante y con

134. “en las palabras [infalibles] del maestro”.

más esplendor que el Sol al dar su última despedida por la tarde. Comparad. No os dejéis fascinar de palabrotas y de la arrogancia con que esos hombres os hablan. Meditad: no miréis las personas: pensad siempre en las cosas y con seguridad veréis lucir la verdad, que nunca se oscurece al que imparcial se entrega a la meditación.

Diga lo que quiera el señor *Filolezes* sobre este artículo, nada contaremos. Su posición social le da una libertad que la nuestra nos coarta; pero *aetas aetatisuccedet*.¹³⁵ *Sarmiento*.

XXXV

LO QUE PUEDEN LAS PASIONES

POR *EL FRAY GERUNDIO HABANERO*

(*Noticioso y Lucero*, abril 15 de 1840.)

Parece una cosa imposible y es lo que más comúnmente vemos, que hombres a quienes la opinión pública señala como oráculos de la ciencia, se hallan dispuestos a ser el maniquí o juguete de algún sesudo, en cuyo corazón ejercen las pasiones su rabia feroz. En nuestros días vemos que, incansables los articulistas del *Diario Noticioso*, hacen entrar en el juego de sus maquinaciones a hombres que jamás lo hubieran pensado, pero, a tal extremo llega la servil adulación en la miseria humana, que se reviste continuamente de vanidad, y no puede resistir a los embates de esta facticia ilusión que precipita a cada instante hasta los más grandes filósofos, y filósofos que aunque no tengamos su autoridad en las obras que escribieron, al fin la fama los diseña como tales.

El señor P.¹³⁶ en su folletín del día 10 del corriente entre otras cosas dice, que “un periódico desfallece y muere en manos de la filosofía”. Desengañémonos, yo no soy partidario ni del señor P, ni de los contrincantes filosóficos del *Diario*, e imparcial en esta cuestión no me anima otra idea que la de contribuir a la ilustración de mi país, y que no se convierta una cuestión árida de metafísica como las del día, en que el señor Valle es partidario de Cousin y el señor *Filolezes* lo es en parte, pero queriendo llevar la voz en esta materia, rebate lo que dice el otro, porque él no lo dijo

135. “tras unos tiempos, otros vendrán”.

136. Nicolás Pardo y Pimentel.

primero. La misión de los periódicos tiende a la propagación de las luces en las masas populares; esas en nuestro país se hallan casi en su cuna, de suerte que a no ser menos de una docena, los demás se quedan en tinieblas porque no lo entienden, y se perdió el objeto de estos periódicos. No diré por esto que se deje de dilucidar la cuestión; obras de otra clase hay en la Habana, donde puede hacerse con más fruto tales como *La Cartera*, *La Siempreviva* y otras. Todos animamos los sentimientos de patriotismo que tiene el señor *Filolezes*; sabemos que su idea es conducir por buen sendero a la juventud de que se ha hecho cargo. Loable es su misión; empero, esto no es el modo; la utilidad particular debe postergarse a la general. Demasiado fastidiado se halla el público con las cuestiones insustanciales de los demás comunicantes de ese periódico, para poder soportar una polémica que aunque de derecho puede rebatirse en otro lugar!

Nuestra naciente literatura está sufriendo los ataques más furibundos, ataques que la harán morir en su cuna. ¿Qué objeto se propone el señor Funes con sus triviales artículos, que sólo tienen la mira de halagar las pasiones de un rival del *Lucero*, a quien hace sombra el señor P?¹³⁷ ¿Pretende hacer un servicio a las letras? No, porque el articulista que escribe con pasión, sale de aquella posición en que el público llegó a tenerle; sus obras entonces lejos de llamar la atención, se miran con desprecio; en fin, viene a hacer un papel ridículo para todos, menos para el que hace uso de su pluma con objeto de vengarse. Esperemos en tanto ver el camino que toman y el término que tengan. *El Fray Gerundio Habanero*

137. Pimentel. Se refiere a Luz.

XXXVI

CONTRA DON NICOLÁS PARDO Y PIMENTEL

POR *FILOLEZES*

(*Diario de la Habana*, abril 15 de 1840.)

“Nolo mortem peccatoris”¹³⁸

Señor D. P.¹³⁹

Demasiado caballerosamente se le trató a V. cuando todavía no se le dijo más que parte de la verdad, y eso aunque enérgicamente en términos muchos más comedidos que aquellos a que daba derecho un hombre que tan a menudo regalara al público y a un notable adversario suyo con los epítetos de tonto, nigua y otras flores por el estilo, que se resiste a copiar hasta la pluma más plebeya y vulgar, señor caballero de la P.

Veamos ahora si “falté a la verdad en varios puntos esenciales que toco en mi segundo artículo”, como V. pretende, o si me quedé corto, bien corto, como paso a demostrarle.

Nada dije a V. sobre uno de los defectos sustanciales que caracterizan su pluma, como es esa facilidad y ligereza con que lo manda todo al papel, sin criterio, sin discernimiento, sin elección, y sin entrar en juicio y espera, ni aún cuando median intereses muy sagrados y personas harto respetables: a tal punto, que ya se ha hecho en el país proverbial la ligereza de P. P.¹⁴⁰ Y sin embargo, esa misma facilidad y ligereza, esa especie de furor en arremeter a todo linaje de cuestión, ese hablar de todo y por todo, a salga lo que saliere, y aunque tenga que salir haciendo retractaciones que nadie le pide, son las causas verdaderas y no muy favorables del aumento de suscripción que tanto encarece. Tal es el corazón humano. Hay una gran parte del público, y aún del público no insensato, que gusta que le hablen de todo, que la exciten con novedad, que no se quede piedra por mover, y que hasta saca partida, y se burla de ver apedreado después y hecho un *ecce homo*¹⁴¹ al mismo que armó la refriega; y todo el mérito de V., créame señor P (es tan poco eufónica esta P seca y sola, que estoy por pedirle licencia para agregarle alguna cosa), no pasa de un armador de grescas,

138. “No deseo la muerte del pecador”.

139. Don Pardo o Don Pimentel.

140. Pardo Pimentel (Roberto Agramonte).

141. “hecho una miseria, golpeado y sangrante”.

con la especialidad de ser siempre la primera víctima a los primeros golpes del combate.

La facilidad con que su flexible pluma de V. se presta a prodigar elogios a diestro y a siniestro, prenda de disfavor para con una buena parte de sus lectores, es cabalmente otra de las causas que le acrecientan el número de suscriptores entre los agraciados (porque al último de los mortales se le paga un servicio que ya ha prestado) y aun al de los adictos entre la gente superficial y poco perspicaz, para quienes es oro todo lo que reluce, aunque vaya enseñando el oropel. Y ved aquí demostrado a lo físico, y físicamente, cómo me quedé corto en las verdades que del señor D. N. P. P.,¹⁴² tenía que predicar en la presente feria, manantial inagotable, que ofrecería campo vastísimo para estar sermoneando toda esta vida, y hasta en la otra, donde ya descansa nuestro héroe, periodista por antonomasia.

Ci gît. Pardon, qui ne fut rien,
Pas méne periodicien.¹⁴³

Y aquí a explayar una de las partes de mi papel, de las que V. no comprendería; “y ni aún la mayoría de sus lectores”, según añade V. graduando las entendederas del público por el padrón de las del señor don N. P.¹⁴⁴ Advertir que ya le he manifestado a su amigo el apuntador, lo poco de fiar que es la conciencia propia para medir la ajena. Pero lo mejor del caso es que V. mismo fue quien asentó la premisa sobre la cual levanté yo mi argumentación. Dijo V. que por la misma naturaleza de un periódico y la necesidad de redactarlo de prisa y a la ligera, a lo P. P. (pero no tanto) que el pecado venial se perdona por una de aquellas 9 cosas, etcétera y los mortales reiterados... reiteradísimos... Confiese señor)... iba diciendo que V. decía que en resumidas cuentas la redacción de un periódico de la especie del que V. desempeña (y empeña) no era prueba ni criterio de capacidad. Ahora entro yo: pero sí de incapacidad consumada; porque si hasta en lo que no es ejecutoria de talento y capacidad, se le han cogido a V., y por todo el mundo, tantos, y tan repetidos renuncios, indiscreciones, yerros, erratas y errores ¿para qué otra cosa ha de servir el que se ahogó en tan poca agua? ¿Cómo le podemos en justicia negar la borla de la incapacidad?

¡Calumnia el que le echase en rostro “el veneno que contra el país concentraba su corazón”! ¡Calumniar yo señor D. N. P.! Le absuelvo a V. de culpa y pena, por ser V. quien me lo dice, y en el teatro en que me lo dice: harto conocidos son los dos actores. Para corroborar la justicia de mi car-

142. Don Nicolás Pardo y Pimentel (Roberto Agramonte).

143. “Yace aquí. Perdón a quien no fue nada, ni siquiera periodista”.

144. Nicolás Pardo Pimentel (Roberto Agramonte).

go, sólo me valdré de los hechos recientes, de los que están todavía frescos en la memoria del público y en la mía, despreciando los innumerables más atrasados que se hallan esparcidos en la colección del *Noticioso y Lucero*, así por evitar mi propio fastidio en revolver tanta broza y tanto ripio, como por no cansar más la paciencia del público, y estomagar un gusto con material de este linaje.

¿Fue V. o no el calumniador del país cuando estampó que el museo de historia natural, en cuya formación se ocupa la Sociedad Patriótica, con no menos ahínco que buen suceso, podría estar erigido para el año de 52! Y esto hallándose a su cabeza un patricio tan honrado en su conducta como distinguido por su celo y conocimientos, el apreciableísimo joven don Felipe Poey: o bien asestaba V. indirectamente un golpe por otro lado, porque podía V. aludir a la falta de fondos y de local que quizá no estuvieran aún señalados. Pero si el señor P. no tuviese el prurito de escribir antes de informarse, prurito que con tantas y tan frecuentes caídas, pasa de culpa lata, habría sabido que así la Sociedad Patriótica como el gobierno de la Habana llenaban cumplidamente su deber en esta parte, pues ya aquella de un año atrás había destinado fondos, y éste acababa de conocer el local, precisamente el último día del mando del excelentísimo señor don Joaquín de Ezpeleta y Enrile: habría sabido... habría podido al menos hacernos alguna justicia; siendo vergonzoso para el señor P. P. que los extranjeros dentro y fuera del país (porque hasta los mares ha salvado la noticia de la existencia real del establecimiento) estén más al cabo de nuestras cosas, que el hombre que se arroga el derecho de hablar y tirar de todas ellas. ¿Y en qué circunstancias, señores? Cuando en aquellos mismos momentos, o quizá fresca todavía la tinta con que acababa de estampar lo del año de 52, venía a implorar la cooperación de algunos miembros del mismo cuerpo para redactar un proyectado folletín volante dominical! ¡Así es como se embotan los filos de la verdad con que habla *Filolezes*! Nunca es tarde para desenmascarar a los que osados al soltar el tiro, son luego moderados al yacer en el polvo. Levántese V.

Otro hecho. Por enmendar una plana que indiscreta y desatinadamente había emborronado y perdido V. llevándose de encuentro al país, trazó su articulejo laudatorio y de la apertura del curso de filosofía (el 15 del pasado) en el Real y real colegio de Jesús, y para que no dejara de llevar su competente dosis de su neutralizador favorito aludió a un cierto texto de enseñanza de filosofía en que había más teología de lo que debiera; cuando no sólo no puede tacharse por ese lado, sea cual fuere su mérito (que no es del caso ventilar), sino por el contrario, celebrarse de adelantado, y muy particularmente en las circunstancias en que se hizo (ha más de 20 años) el haber introducido la fisiología en la ciencia de las ideas; sin que valga la salida de hacerle cargar la culpa al inocente Altieri, que ni aún adolece mucho de aquel defecto, y sobre todo para su época; pues en la Habana no se enseña

por Altieri en la actualidad ni se enseñaba tiempo ha, sino casi exclusivamente por las *Lecciones* del señor Varela, obra que a pesar de las imperfecciones que pueda tener; es todavía lo mejor que sobre la materia poseemos en castellano. Si las atenciones apostólicas que abruma a su autor no se lo hubieran estorbado, ya tendríamos su libro aun más al corriente de la última palabra de la ciencia; pues hartamente visible fue siempre su ahínco en mejorar y aún alterar su obra, cuando Dios quería; cada vez que presentaba una nueva edición. Sabemos que actualmente se ocupa en tan patriótica tarea.

Tercer hecho. Nos habló V. en loor de la Química, cosa muy santa y muy laudable en sí, pero nos propinó V. su correspondiente antídoto, el de ordenanza, diciéndonos que hasta a los que aquí en esta tierra pasaban por inteligentes en las ciencias, se les escapaban las nociones más sencillas en la materia, y escribía V. en un tono como si le negasen las luces de esa antorcha de todas las artes y de casi todas las ciencias; cuando aquí, aquí en esta tierra de Cuba, se ha clamado por Química, Química y más Química desde el año de 1794, y no por parte de los sabios (que acá no los teníamos entonces ni tenemos la presunción de creer que los poseemos ahora entre nuestros padres y hermanos) sino de unos honrados agricultores, que con la natural sensatez y perspicacia de la gente de este suelo, percibían como en globo las ventajas que para la elaboración de sus frutos habían de redundarles con el establecimiento de una cátedra de Química; porque acá, aunque no somos químicos de profesión (nadie lo siente más que yo: ya nos vendrá su tiempo, puesto que se ha dado principio a la carrera) no carecemos de un poco de instinto, o reactivo natural, para presentir y aún analizar lo que nos viene y nos conviene. En ese malhadado papel no sólo infirió V. agravio a la tierra que le alimenta, sino que arrostró con los más ilustres nombres y gratas memorias de sus beneméritos protectores. ¡Levantáos sombras venerables de Casas, Espada, Ramírez y Arango, que en medio de tantos patrióticos afanes, cuyos frutos viven en nuestro suelo, y cuyas memorias vivirán siempre en nuestros pechos, tuvisteis tan en vuestros votos y aún acometisteis la idea del establecimiento de una cátedra de Química! ¡Levantáos para neutralizar y usurpar la injusticia de los que se empeñan en arrebataros alguna hoja de la inmarcesible corona de laureles que ciñó vuestras sienas desvidadas y desvirtuadas de puro pensar en el pro-comunal!

4º y último hecho, por no molestar más. El que acaba de ocurrir conmigo mismo, y dado margen a la presente controversia. ¿Me apreciaba V. a mí, y apreciaba al país, como de ello ha blasonado, atacándome no muy hidalgamente, y convirtiéndose en instrumento del mismo hombre,¹⁴⁵ cuyas erróneas doctrinas yo atacaba? ¡Qué! se figuró V. que por haberme echado

145. Alude a Manuel González del Valle (Roberto Agramonte).

cuatro incensariadas espontáneamente (*non ego ventosi P. P. suffriagio venor*¹⁴⁶, mal echadas, y eso más no poder, porque llegó hasta sus oídos el murmullo levantado contra las supuestas especies, que a manos llenas prodigó en su otro laudatorio artículo sobre el colegio-tipo; ¿se figuró V. que yo soy de aquellos, que en guardando con ellos las apariencias reales de “*pardon, monsieur; vous êtes bien bon*”,¹⁴⁷ tolero las realidades aparentes de que me pisoteen y sacudan? No, no, mil veces no. Nadie lo hará jamás impunemente, que sólo es de bastardos pechos el tragar la mengua y el vilipendio, sobre todo cuando se quiere aprovechar como espada aquellas mismas santas formalidades que la ley o la sociedad concedieron para escudo de los buenos contra los ataques de los detractores. No: que yo rompo el encanto de las apariencias, y me voy en derechura a enseñar el corazón de las realidades.

Pero volviendo a mi terreno y a mi tierra. ¿Tenía V. muy presente en ventura y prosperidad, cuando quería apagar y ridiculizar la lumbre y germen de una discusión que tan vivamente había de interesar a la actual y a las futuras generaciones en nuestro suelo? ¡Una discusión en que cabalmente esta pobre, pero esforzada pluma, llevaba la parte que V. mismo quiso sustentar al final de su papel, por precaución escritorial, para curarse en salud, para mezclar, como de costumbre, el áspid bajo de las flores, y entre flores! ¡Discusión en que llevaba esta pluma la parte de la verdadera ciencia con sus aplicaciones prácticas, descargando todas mis fuerzas, sobre la nueva hidra que levantará su cabeza para extraviar los felices entendimientos de nuestra juventud, y bastardear sus puros corazones! ¡Ah! señor D. N. P. P.,¹⁴⁸ si V. pudiera sondear este corazón para sentir la intensidad de su amor al país que le vio nacer... no hablemos... no puedo hablar... sólo el sentimiento de la justicia es el que en mi pecho puede superar al del patriotismo. Pero sin querer, arrastrados por esos nobilísimo afectos, hablo aún más de mí de lo que debiera.—“Saber yo que la acusación es falsa y hacerla”. —Me dice V. señor P. P.!—. Los que me conocen desde que tengo un aliento de vida, responderán a mi verdadero calumniador, por mi vida anteacta; y para los que no me conozcan, ahí están los hechos, que son los mejores patrones y garantes. Esos son aristocráticos y democráticos, reales y universales, al alcance de la más plebeya inteligencia.

Pero ya que he repelido la calumnia contra mi suelo sobre la frente de su detractor; del que hoy invoca el jurado, y otro día impugnó indirectamente su institución, del que quiere una moral para cada caso (ancha y aun

146. “no soy de los que buscan la adhesión del versátil”. P. P. [Pardo Pimentel].

147. “perdone Ud., señor; Ud. es muy bueno”.

148. Seños don Nicolás Pardo y Pimentel.

así encontrada conciencia), justo será volver por el honor de mi injuriado compatriota: tarea que no es tarea; pues está reducida a la siguiente propuesta. “Escoja usted el problema que guste, el que le sea más familiar, en cualquier materia de ciencias morales, o de crítica literaria; y encerrado con el señor J. F. F.¹⁴⁹ en el mismo lugar, y sin libros, o V. con ellos y él sin este recurso, ponerse a resolverla en un tiempo limitado: y V. escribe presto, ¡señor P. P.! No debe V. temer por la velocidad. A V. puede aplicársele en el caso presente más que en ninguno, y en los otros no sin bastante propiedad, como por divisa, el *magister dixit, ergo ita est*,¹⁵⁰ y me huele que hasta su latín no pasa de ahí, y aún no es muy suyo. Honro mucho más a mi país con decir mi opinión acerca de un joven que no está tan conocido por su modestia como merece su capacidad, que no aquellos que para dar su voto sobre las cosas y las personas están esperando el correo de Francia¹⁵¹ o creen que el talento distinguido pueda ser fruto de todas latitudes.

En resolución, sáqueme V. muchos entre nosotros que mejoren o igualen el *Discurso sobre prescripciones*, y el juicio de la obra de Derecho penal de Rossi —que no es un grano de anís—, y verá la luz pública en breves días. Yo por mi parte, sé decir y tengo algún motivo para conocer a la juventud de mi suelo, que pocos he encontrado entre los de su tiempo, con una cabeza más severa, más lógica, más a propósito para arrostrar las dificultades de la ciencia y columbrar su verdadero campo y jurisdicción. Este fue mi propósito, que está realizado; veremos si el tiempo lo desmiente. El único sentimiento que me queda es haber ajado la modestia de J. F. F.,¹⁵² que es igualada si no excedida por su capacidad. ¡Adoro el talento, donde quiera que Dios lo ha colocado! Concluiré, por último, llamando la atención del público sobre la conducta del héroe de las derrotas en el caso de la Filosofía, que era el punto principal de la cuestión: demostrarme que no había aludido a *Filolezes*. ¿Y no repara el público como ni siquiera trata el señor P. P.¹⁵³ de disculparse, ni la menor tentativa sobre lo esencial, echando mano de cuanto accesorio y no accesorio pudo amontonar? Como que hasta P. P. estaba convencido de su impotencia, de la imposibilidad de rechazar el tremendo cargo. Ahora bien: si el decir la verdad, franco y denodado, y el probarla con no menos firmeza y energía, se llama por V. insultar, yo soy insultador en primera línea. Empero si es negro el aspecto de la detracción y de la injusticia, sobre todo cuando recae sobre los que más merecen bendiciones; y si se aumenta su fealdad cuando se pretende

149. Juan Francisco Funes (Roberto Agramonte).

150. “así es porque lo dice el maestro”.

151. Los cousinistas (Roberto Agramonte).

152. Juan Francisco Funes (Roberto Agramonte).

153. Nicolás Pardo y Pimentel (Roberto Agramonte).

encubrir con la máscara de la moderación y el comedimiento, entonces no sólo se rebaja el que vierte aquellos fermentos, sino que se hunde para siempre en el sepulcro que su misma mano le ha excavado. En tal conflicto, no hay más redención que apelar a la misericordia infinita que caracteriza a la santa tierra de *Filolezes*.

Habana, 14 de abril de 1840.

XXXVII

FALTAS DE LÓGICA, DE GRAMÁTICA Y DE MODERACIÓN, COMETIDAS POR EL FILÓSOFO *FILOLEZES* EN SUS ESCRITOS

POR NICOLÁS PARDO Y PIMENTEL

(*Noticioso y Lucero*, abril 16 de 1840.)

Dijo el Filósofo¹⁵⁴ (*Diario* del 13 del corriente): “El no disminuir notablemente la suscripción de unos papeles de la naturaleza cotidiana, económica, política, gubernativa y miscelánea del *Noticioso* y del *Diario*, no es el mejor criterio para juzgar de la excelencia de un periódico, y menos su desempeño puede serlo de la capacidad (en esto último convengo con V.), pero sí de la incapacidad de su redactor”.

Primera falta. *Miscelánea* es sustantivo, y está en la oración como adjetivo. Así es que suena tan mal “de la naturaleza miscelánea”; es como decir “de la naturaleza historia”. Esta falta gramatical es visible.

Segunda falta. Si no se conoce la capacidad de un redactor por el desempeño de un periódico, tampoco se conoce la incapacidad. La capacidad para redactar un periódico está probada cuando agrada a sus lectores, y aumenta el número de ellos en todas las clases de la sociedad, y cuando los aumenta de esta manera, debe contener escritos amenos, instructivos y noticias recientes y oportunas. Si sucede todo lo contrario, prueba el periódico la incapacidad del redactor para redactarlo. Si un periódico puede probar incapacidad del redactor en las ciencias, también puede probar su capacidad... si escribe con tino, con inteligencia, sobre política, por ejemplo, prueba capacidad para escribir sobre esta materia; si cometo errores

154. Alusión a Luz (Roberto Agramonte).

en ella, prueba incapacidad en este punto; luego el filósofo *Filolezes*, afirmando lo contrario, pesa contra la sana lógica.

Si quiso jugar con las palabras *capacidad* e *incapacidad*, a guisa de algunos de nuestros antiguos poetas, le diremos con uno de ellos: Cesen ya los equívocos, vivan sólo los conceptos, ¿ha de estar la discreción/en que nos equivoquemos?

Tercera falta. Escritoriles (*Diario* del mismo día.) No existe semejante adjetivo en la lengua castellana.

Cuarta falta. Mandar comprar esternón (*Diario* del mismo día) en un museo, no es pecar contra la gramática, ni contra la lógica, sino contra el sentido común; es decir, un disparate sin gracia ni oportunidad.

Quinta falta. Dice el filósofo *Filolezes* que P¹⁵⁵ está caído en el polvo (*Diario* citado), que “violó las leyes de la hospitalidad y aún las de la justicia respecto al país”. Hace poco tiempo que P. visitó a *Filolezes* y que un amigo de los dos habló al mismo *Filolezes*, a presencia del mismo P., de la admisión de éste en la Real Sociedad Patriótica. *Filolezes* no sólo convino en ello, sino que indicó a P. hiciese la solicitud de costumbre y la presentase en la primera junta general. Luego o *Filolezes* promovió la admisión en la Real Sociedad Patriótica de un hombre que violó las leyes de la hospitalidad y aún las de la justicia respecto a su país, o escribió estas palabras desoyendo el grito de su conciencia que le dice lo contrario. En cualquiera de los dos casos, cometió una falta que no me atrevo a calificar.

Sexta falta. “Anteloado Señor” (en el mismo artículo), *anteloado* no es palabra castellana.

Séptima falta. (En el mismo *Diario* y artículo.) “V. ni me aprecia, ni me respeta; y ni... aún me ofende, pero es porque no puede ofenderme”. Esta es falta de modestia, y de exactitud. Las palabras copiadas hacen ver una hinchazón, un fondo de vanidad, que repele la verdadera filosofía. ¿No sabe *Filolezes* que el escarabajo ofendió al águila en el regazo de Júpiter? Pues ni P. es escarabajo, ni es águila *Filolezes*. ¿Se cree V. acaso invulnerable? Tal vez mostró en esta contienda el tendón de Aquiles. *Filolezes*: también se marchitan los laureles, también los grandes capitanes sufrieron la vergüenza de una derrota. El que se ve en la cumbre del Chimborazo, no está más seguro de una caída, que el que permanece en la región de los helechos. No nos juzgue V. hormigas, porque se figure león.

Si en antiguos tiempos en el país de los ciegos era rey el que tenía un ojo, en los tiempos modernos y en el mismo país han nacido muchos con dos, y no hay ya rey ni Roque. P.¹⁵⁶

155. Nicolás Pardo y Pimentel (Roberto Agramonte).

156. Nicolás Pardo y Pimentel (Roberto Agramonte).

XXXVIII

A LA QUINTA RESPUESTA DEL DOCTOR VALLE

POR *FILOLEZES**(Diario de la Habana, abril 16 de 1840.)*

Quod enim amplius nos delectat, secundum
id operemur necesse est.¹⁵⁷

SAN AGUSTÍN

Si yo fuera a manifestar todos los sentimientos que en mí ha excitado la lectura de su último papel, señor Doctor, mucho demasiado habría de mortificarse. Con todo, algo es menester que le diga para retundir la arrogancia y el desafuero con que se ha producido, violando los derechos de la verdad, y aun explicándose contra sus propias convicciones.

1º ¿Por ventura he citado yo a los Ruizes y Aurelianos para que me presten su apoyo, o sólo para referirme a ciertos hechos pasados y futuros?

2º Dice V. “Que los cito, y muevo cuestiones, para no entregar mi harto rompida bandera”. Sí, puede haberse roto, de tantos golpes como con ella tengo dado en la misma cabeza a su amarteladísimo maestro.¹⁵⁸ ¿Puede V. creer de buena fe que está quebrantado mi pendón? ¡Digo, y por el doctor don Manuel González del Valle, que ni en uno siquiera de sus artículos se ha mostrado ni en mil leguas a la altura de la cuestión!

3º Al retarle a V. no me contraje a ese acto que va V. a tener en la Real Pontificia Universidad, pues hasta ayer no estaba informado acerca de él. Propuse a V. antes una conferencia o una serie de conferencias para discutir metódicamente estas cuestiones como se habían suscitado y podían suscitarse, e hícelo más particularmente en vista del denuedo con que V. osara negar los hechos, y esquivar toda ley de buena discusión por escrito; y sin perjuicio de continuar yo, como verá, anotando sus mal concertados cuadernos. Ahora bien, si V. gusta que tales conferencias den principios en tan solemne día, estoy a sus órdenes, y no hay más que hablar: como quiera, ya V. ha empeñado su palabra reiteradamente al empezar y al terminar su papel; tenemos, pues, hasta la ratificación de una y otra parte: con que, no falta requisito alguno legal. Resta tan sólo metodizar la discusión verbal, para que se verifique con orden y fruto.

157. “Nos vemos compelidos a obrar según aquella que más nos agrada”.

158. Cousin.

A cuyo intento, propongo como primera cuestión, dado que es gran manzana de discordia entre nosotros, analizar aquella proposición de mi último Elenco, donde dice: “Las ideas que más visos tienen de absolutas, no son cabalmente las más relativas”.

2ª Ya que le ha parecido a V. señor Doctor, tan “vulgar, sofisticado, capcioso y baladí el argumento con que pretendo anonadar la fe de la conciencia”, como equivocadamente asienta V., sea esta calificación arrogante y bizarra el segundo punto de la controversia: mi propósito fue demostrar que ni la ciencia de la conciencia, ni ninguna otra puede levantarse sobre el estudio exclusivo de la conciencia propia; pues yo no niego que creamos todos, el hecho de la fe, en la conciencia, sino afirmo que no siempre debemos creer, y esto, porque hay diferencia entre el hecho de la conciencia y el hecho del conocimiento;¹⁵⁹ o sustituyendo otra fórmula: “En el error lo mismo que en el acierto nos acompaña el hecho de conciencia, como que es un fenómeno concomitante del otro de la percepción: luego por sólo el hecho de conciencia no podemos construir el edificio de la ciencia, y éste ha sido mi eterno cantar.

Parece que el llorón de Heráclito se propuso reprender el defecto capital de nuestros pseudo-ecléticos modernos cuando dijo: *Hominis scientias querere in minoribus mundis et non in majore sive universalis*.¹⁶⁰

3º ¿No sería bueno agregar, *salvo meliori*,¹⁶¹ como corolario que es de la anterior, el análisis acerca del Yo? Entonces presentará cada uno de nosotros el fruto de sus estudios acerca de este punto, y podrá el auditorio graduar de parte de quien quedare la materia ilustrada.

Y me parece que es bueno y bastante para empezar. Ahora: si V. prefiere escoger otros puntos, queda a su arbitrio elegirlos, dejando además en su mano la hora, el día y el lugar. Como V. quiera, en todo y por todo, carta blanca; que no se ha propuesto más que darle gusto su siempre el mismo *Filolezes*.

Habana, 15 de abril de 1840.

NOTA: —Si V. quiere podrá servir su Elenco de programa para el combate; o si no, el Enfermo de las proposiciones febricentes: *ad libitum*¹⁶² de mi sano amigo, cuya sanidad de intención reclamo. Si a V. le parece,

159. Véanse varios de mis artículos, y señaladamente el Suplemento al *Diario* del 11 del corriente. (N. del Autor.)

160. “Busca los conocimientos en los mundos menores, y no en el mayor o universal”.

161. “Salvo mejor opinión”.

162. “al arbitrio”.

podemos formar una pequeña minuta para dirigir la discusión. A V. de derecho, y por más de un derecho, toca hablar primero; pero si V. renuncia su primacía, comenzaré yo por darle gusto; pues ya esto va de veras: se enserió el negocio, y es menester portarse de un modo no enteramente indigno de la filosofía, y propio ya de la cultura que alcanza nuestra patria.— ¡Vale!

XXXIX

A LA GRANIZADA DEL LUCERO DE HOY

POR VALETE (JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO)

(*Diario de la Habana*, abril 16 de 1840.)

¡Esto sí se llama avispero! ¡Qué enjambre contra *Filolezes*, y nada más que *Filolezes*! Bien que si se pesaran los votos en vez de contarlos, como tan oportunamente dijo en su caso aquel romántico de allende, paisanazo de mi amigo Cousin, y aún cuando se contaran y no se pensarán, o de uno y otro, todo en una pieza, estaba la plaza más que ganada, caballeros asaltadores y asaltados! Vamos con calma, señoritos; porque aunque yo no soy el mariscal Massena, que se le aceleraba la inteligencia con el silbido de las bombas y de las balas, tampoco se me enturbia la vista ni la vida con esas enlodadas municiones y pulverulentos perdigones, con esas balas de papel que me asesta la turba-multa coligada de la impotencia con todos los *in-es-imaginables*, y hasta con el inri de la muerte y pasión. ¡Qué artillería, y qué artilleros! ¡Cuánto cabe para jugar a los soldaditos, para embaucar a cuatro muchachuelos, para encandilarse así mismo, para darse impulsión en su decaimiento, *pour se donner de l'élan*;¹⁶³ pues hemos llegado a una altura de polo, que ni los rapazuelos se dejan alucinar con palabras huecas y altisonantes y destempladas, y mentirosas. Miren, santos varones, que los muchachos son el diablo, y saben más que todos Vds. juntos y congregados, y les dan tres y la topada a los filósofos ahogados, y a los buzos que se han metido a sacarlos del agua. ¿Y qué diremos de los demás guerrilleros divertidores? Divertidores sí, en dos sentidos; porque divierten, esto es, tratan de divertir (que lo consigan: ahí está el gato: dígalo el *Diario* de hoy) la atención del Can de *Filolezes* sobre su presa, que no larga, bien a

163. "para darse impulso".

guisa de aquel otro podenco de marras que suelta antes la vida que a su hombrezuelo, para cuya muerte, a decir en plata y en oro, no necesita ya, no digo yo soltar vida ninguna, sino soplar un poquitillo, echar un resoplido al resollar para tender por tierra todos los castillitos de barajas, levantados por el más pequeñuelo de cuantos respiramos y peregrinamos por este valle de lágrimas y miserias.

Ea pues, vamos a incluir bajo una cuerda a todos esos militantes galeotes, y dar a cada uno su merecido que no es menester pase de un rastrillazo a cada cual, a lo menos por la presente, que todavía puede quedar para asegurarnos en la primera barqueta, ya que no en la que fleta. Al primero encabezado “A nuestros lectores”, y firmado P. (¿y a P. quien lo encabeza?), yo apostarí mis cuatro reales a que más de cuatro no le achacan a él la paternidad... Señor, es lo que hay ser un firmón de por vida, según le he oído mil veces a fray Gerundio... (¡Qué original ha estado de denominación!) Si la hubiera inventado un fraile estaría mucho más al raso y oportuna. Miren muchachos, que Vds. no engañan a los frailes ni a los tres tirones, aunque les estén citando a los PP.¹⁶⁴ de la primitiva iglesia y tengan la ley del deber en los labios: los frailes responden: “Guardad Pablo, obras son amores, que no buenas razones”. Ustedes no tienen ni aún buenas razones: “*ergo ad nihilum valent ultra, nisi ut mitantur foras et conculcentur ab hominibus*”.¹⁶⁵ es decir, para que todos los entiendan, al corral de Manchego con ellos. Bien que a lo que se me alcanza ¿qué cuidado se me da a mí de que firme Juan, o firme su can? Para vosotros sí es mejor y más cómodo que yo no ponga mi signatura: porque así tienen la intención y la pluma libre para decirme cuanto se les venga a la boca, como que he puesto a la filosofía en el polvo y en el lodo. Vayan a la Universidad el día o los días de la jarana, que será día de juicio, esto es, de juzgar a los vivos y a los muertos, conviene a saber, a los vivos (que quedaren) con poco prez y gloria (ies tan fácil el triunfo!) y a los muertos y heridos (que resultaren) polvo y lodo eterno: no, no, sino mano caritativa, y *fair-play* hasta dejarlo de sobra, para que se levanten y vuelvan. *Nolo mortem peccatoris, sed magis ut convertatur et vivat*.¹⁶⁶

Esto es lo principal: en los otrosí traslado el escrito de hoy, hecho y firmado por *Filolezes*; y ahí está como Vds. clamando que clamando contra el anónimo, y seudónimos, y todos los seudos, en cuyo ramo también me sacan 10 varas de ventajas! ¡Qué titanes! ¡Están a propósito para una exhibición de maese Pedro! Les da el naípe, no hay duda. ¡Pues no les ha de dar! ¡Si todavía verá V. como han de salir con que todo eso es de mentirita! Y que no vale la mano jugada, icosas de juguete! y como aquellos de cele-

164. Humorísticamente: Padres. (Roberto Agramonte.)

165. “Luego no sirven para nada, a no ser para arrojarlas y para que las quebranten los hombres”.

166. “No deseo la muerte del pecador, sino que se convierta y que viva”.

bérrima memoria ferrocarrilera, después que les vieron los triunfos a sus conjugadores, o contraparte. Caballeros, ¿vamos a volver a barajar, y dar de nuevo? Y los otros a resistirse como gatos boca arriba; no, no, ni por pienso, si están muy bien repartidas las cartas, si han caído la espadilla y el basto (¡que tranca!) y toda la runflada donde podían caer ¡Caballeros sin sombras chinescas, y jaleadores detrás de bastidores, y detenedores del carro (ni del carretón, conversadores), no hay que echarlo todo a barullo, y hacer hincapié en que *Filolezes* predica (y a mucha honra) que “la filosofía de los puramente metafísicos no es mi merecer el nombre de tal”; que ese es el mayor lauro a los ojos de su patria, así como ésta quizás no le perdonará el haber entrado en materia con su partida de gente tan desarmada y enclenque, como la que ocupa el palenque. Déjense en fin de la galiparlanza de, *le masque tombe, l’homme reste, et le héros s’évanouit*.¹⁶⁷ Pues *Filolezes* ni ha llevado máscara en su vida, ni precia de héroe, ni se tiene más que por hombre; pero hombre que siempre ha desenmascarado a los caretas, portacaretas y a todo títere de quita-pon.

P.S. Se me quedaron en el tintero el Sarmiento, y la uva fray Gerundio. No hay lugar por hoy: a la censura y al cajetín. *Valete*

XL

EL SEÑOR P. P.¹⁶⁸ MEDIDO POR SU MISMO PITIPIÉ

POR *FILOLEZES*

(*Diario de la Habana*, abril 19 de 1840.)

“A fructibus eorum cognoscetis eos”.¹⁶⁹

J. C.

Efectivamente, señores, se ha empeñado este caballero ya tan combatiendo por sí mismo, en reducirse a la última expresión. “Faltas de lógica, de gramática y de moderación cometidas por el filósofo *Filolezes* en sus es-

167. “El antifaz se cae, queda el hombre, y el héroe se desvanece”.

168. Nicolás Pardo Pimentel.

169. “Por sus frutos los conoceréis” (Jesucristo).

critos” es el arrogante título con que procura empañar mi nombre en el *Noticioso y Lucero* que nos ha lucido el día de hoy. Veamos ahora con que facilidad se repelen semejantes ataques, que ni merecen el nombre de tales, y con cuanta razón afirmé sin asomo de vanidad que no podía ofenderme (hablo, moralmente) por la imposibilidad en que le pone de agraviarme su falta de razón y de razones.

Entremos, pues, en cuentas, y a fe que de todas las que llevo ajustadas hasta la fecha, en ningunas he sentido más desganos: que “para casos tales suelen tener los maestros sus oficiales”. Y para el presente bastaba y aún sobraba con un aprendiz de primer año, pues aunque el señor P. (*apage!*) no sea ningún escarabajo, ni bicho viviente ni moliente; ni yo tampoco ningún águila, ni cóndor, ni nada de pájaro, que soy más bien algo pesado y me dejo caer con la plomada de los hechos y la escuadra de la razón; con todo eso, se me antoja, y no voy fuera de compás, que para quien de suyo es pequeñuelo y luego después se amengua más y más hasta ponerse casi al ras con el pavimento, no se ha menester gente muy alta; pero ni aun medianamente elevada para enristrarle y superarle.

Primera falta, marcada por el Señor PP:¹⁷⁰ *Miscelánea* es sustantivo y está en la oración como adjetivo: así es que suena tan mal “de la naturaleza *miscelánea*, como de la naturaleza historia”. Efectivamente, en el Diccionario castellano, único texto a que apela P. y los cajistas y los disputadores mata-tiempos de las imprentas en casos dudosos de lengua, no trae esa palabra sino como sustantivo; pero ella fue adjetivo antes que sustantivo: (ies mucha la lógica y filología del señor P. de *magister dixit, de vocabularium dixit aut non dixit*.¹⁷¹ Si V. hubiera saludado la lengua del Lacio... vergüenza me da estar escribiendo semejantes trivialidades —ni en un miserable villorrio se moverían cuestiones de esta especie: se me cae la pluma de la mano...— supiera, repito, que *miscelánea* es adjetivo y sustantivo, derivados del verbo *misceo, es, ére, mezclar*; y tan esencialmente adjetivo es el tal verbo como todas sus derivaciones; sucediendo ni más ni menos con dicho adjetivo como con los demás que se sustantivan, cuando se personifican, o se usan como agentes o causas o sustancias; así lo mismo es lo bueno, que la bondad, lo feo que la fealdad, habiendo algunos casos en que si se altera la forma del adjetivo, aunque se use sustantivado, cual acontece cuando se emplea el verbo mismo en lugar del nombre; ¿pues qué otra cosa es el verbo sino el nombre de una acción, de un fenómeno, de una circunstancia, de un accidente, observado en los objetos, y por lo mismo eminentemente adjetivo, supuesta ya la existencia de las cosas? Ni se diga que la palabra *miscelánea* disuena tanto unida a la palabra naturaleza como la voz historia: no

170. Pardo Pimentel (Roberto Agramonte).

171. “lo dice el maestro, de lo dice o no lo dice el diccionario”.

hay tal; no hay paridad. Que en el primer caso no existe más que una palabra para el sustantivo y adjetivo, y en el segundo tiene el idioma la suya correspondiente para cada cual: a saber, *histórico e historia*. Tampoco puede alegarse que la tal palabra podía haberse sustituido con la de *mezclado o mixto*, tan conocidas en la lengua. Pues ¿quién que reflexione un instante no conocerá que ellas no pintan la idea que se quiere expresar con la misma propiedad que la voz *miscelánea*?

En efecto, la palabra *mixto, mezclado*, indica algo como de confección o formación de varios elementos que componen reunidos la sustancia íntegramente al paso que la voz *miscelánea* indica muy principalmente la circunstancia de la variedad de materias que andan sueltas, en la composición, y aún inconexas entre sí. Ahora pudiera yo apoyar mi teoría con ejemplos sacados de nuestros clásicos autores; que en ellos encontrará V. millares de frases, palabras y locuciones que no se hallan en el Diccionario: mire V, señor P, que hasta los niños de la doctrina saben hoy que no es largo en alcance del lenguaje el que no extiende sus conocimientos a más horizontes que el de un diccionario, aun suponiéndole completo; de lo cual dista todavía el nuestro, y más de lo que V. puede figurarse, como en paz de la Real Academia me atrevo a demostrárselo yo a Vd. con tanta mayor facilidad cuanto lo han hecho a la evidencia célebres literatos, así nacionales como extranjeros, adoleciendo el nuestro de pecados de omisión hasta en voces harto vulgares, y lo que es más, empleadas en la propia definición de otras palabras por el mismísimo diccionario.

Pero no he de menester llegar a tanto: bastárame tan sólo llevarle a V. a cualquier escritorio, aunque no pertenezco a ninguno de la aristocracia mercantil, y allí en los libros de la casa encontrará desde luego el departamento de gasto *misceláneo*. Yo de mí sé decir que desde muy tiernecito había visto el membrete de gasto *misceláneo* en las cuentas de mi abuelo materno, llevadas por un castellano nacido en el mismo riñón del reino, en Toledo, la antigua y castiza Toledo, donde no hay más guirigay que castellano puro y neto; y cuenta que el bueno del mayordomo ni contaminar podía su legítima dicción con mezcolanza ninguna (aquí no embona *miscelánea*: cada cosa en su lugar; y estudie un tantico, señor PP, antes de meterse a farolero Dómine, porque lleva mucha palmeta); pues no como quiera era apegado a su nativo idioma, sino que en él no había ni pizca de latinismo, ni de galicismo, ni de extranjerismo de ninguna ralea. Pero ¡hombre de Dios! venga V. acá, que voy a ponerle más claro que la luz esto de la *miscelánea*, aunque reniegue de mí su poquito el público, para que no vuelva V. a mezclarlo, no confundirlo más en su vida, en el discurso de la cual espero no se olvidará de su seguro servidor Q.S.M.B. *Filolezes*.

(No crea V. que acabo, que ahora empiezo.) ¿Podría V. decir, v.g. hablando de la pólvora (y el ejemplito es químico, de lo que a V. le gusta) que era una *miscelánea*, o un compuesto *misceláneo* de azufre, carbón y salitre?

De ninguna manera, pues formando la pólvora un todo, en una pieza, otra tercera entidad, como si dijéramos, es forzoso llamarla *mixta* (y aquí tiene de paso el adjetivo, primeramente adjetivo, usado como sustantivo) o una composición mixta de los mencionados ingredientes. Ahora bien: ¿cómo denomina V. con propiedad, como califica a un periódico, que se compone de tantas y tan variadas piezas, todas independientes y hasta inconexas entre sí, y sin embargo armonizado para formar el edificio, o sea, vestido arlequinesco, o de taracea que constituye a un papel de esta especie? ¿Le llamará mixto, o mezclado? No; porque estas palabras no dan la idea de la variedad y separación. Pues apellídesele *vario*! Tampoco; porque vario no pinta el objeto como misceláneo, que incluye la variedad con la unión de un punto, y la separación en las materias. Así a un libro que trate o toque varias especies en un mismo asunto, podrá llamarle con propiedad, de varia y amena instrucción; y daría una idea equivocada de él e inferiría un agravio a su autor, llamándole misceláneo, que valdría tanto como decir que había formado su obra de piezas sueltas, o inconexas, cuando él en su variedad no perdió de vista el *simplex duntaxat et unum*¹⁷² del objeto que se propuso examinar.

De forma es, mi señor D.N.PP & . & c. (y cualquier aprendiz de álgebra gramatical, o de gramática algebraica, es capaz de hallar y sustituir los valores de esas incógnitas en la cuestión) que si no hubiera en nuestra lengua el adjetivo *misceláneo*, sería menester introducirlo porque se necesita para hablar con precisión y propiedad; y de ninguna fuente podría tomarse con menos violencia o, por mejor decir, con más derecho, que de su legítima madre, la lengua romana. Y ya que estamos entre tan grande gente, sepa que en Roma se empezó a aplicar esa palabra como sustantivo (pues ya como adjetivo se encontraba en diversos autores) a aquella miscelánea de diversos espectáculos que al pueblo se daban en el mismo día; así; pues, se usó en neutro de plural, *miscellanea*, *miscellaneorum*, esto es, suple cosas, juegos misceláneos, rigurosamente adjetivo derivado del verbo *misceo*. Con que la historia y la gramática declaran de consuno que la paternidad está de parte del adjetivo y la filiación de la del sustantivo.

Pero demos el barato que el señor D.N.P. y P. me hubiera pescado con pinzas o anzuelos algunos deslices gramaticales; ya el mismo se tomará el trabajo de hacer mi apología en su anterior artículo, manifestando que al gran Voltaire, maestro consumado en la lengua francesa, se le habían escapado tantas y tan gordas, que hasta un aprendiz de literato podría fácilmente sacárselas a la cara: ¡qué mucho se le fueran bastantes por alto a un vil gusano de la tierra de Cuba en la difícil habla de Castilla! Sobre todo, señores, en escritos de Diario y de polémicas, en donde se trata principalmente de hablar claro y pegar duro, sin atender a aquella lima de la corrección,

172. “[que sea] uno y simple” (Horacio, *Arte poética*).

fruto del tiempo y la paciencia, que debe emplearse para las obras que han de pasar a la posteridad, o que suponen sobra de tiempo y vagar en el que escribe. Esos son los pecados veniales escritoriles, que se perdonan con agua bendita. Pero los del señor D.N.P.P., que no consisten ya en el lenguaje, sino en las ideas, no en la forma sino en el fondo, son mortales, y muy mortales, que no pueden expiarse sino con la confesión y propósito firme de la enmienda; y ni con esa, porque V. por más que se afirme en su propósito (que éste no es sólo negocio de voluntad) nada conseguirá sin aquello de Dios y ayuda: Recurso de súplica a su Divina Majestad; después de confesarse con el juanino Capacho, de gloriosa recordación.

Así que, yo confieso con mi genial ingenuidad, que me esperaba al leer en el encabezamiento del señor Pardo “faltas de gramática”, que me hubiera cogido algunas de veras; como me parece que lo haría yo mismo, cual lo he hecho más de una vez, en mis propios escritos, sobre todo los de esa clase; y nada más natural atendido el modo con que se redactan y corrigen, y los cajistas y los prensistas, y los tintistas, y el diablo y la capa, y lo que está bajo la capa, que siempre es más que lo que se destapa. Y aquí tiene V. otro rasgo de mi carácter: no aspiro en las polémicas más que a la exactitud del pensamiento, y a la propiedad que naturalmente da aquélla a la expresión, sin curarme de un atildamiento, que sería pedantesco en este género de escritos, privándoles de uno de los principales méritos a que pueden aspirar la franqueza del pincel y la lozanía del colorido; aquel delicioso *lasciar fare a la pena*¹⁷³ del inmortal Victorio Alfieri.

Vea V., pues, como renuncio a esa necia vanidad de la excesiva corrección o amaneramiento en el estilo, no digo a los escritos polémicos de un Diario; pero hasta en obras de otra categoría y de otro aliento. Pero, señor, aun siendo reales y efectivas las faltas gramaticales, ¿qué fatalidad es la mía, que defendiendo siempre intereses de mayor entidad, me salen constantemente al encuentro mis antagonistas con la flor de que soy negro y feo, cuando tan sólo de volar se trata? En la cuestión ferrocarrilera, me dijeron filósofo, ideólogo, teórico y que sé yo cuantos más esdrújulos. (No revolvamos empero las cenizas de los muertos...) En la contienda filosófica los filósofos me dicen presuntuoso, apóstata y banderín quebrado a mi persona, y a mis argumentos, vulgarísimos, sofisticos, capciosos y baladíos; y en este incidente movido (isabe Dios por quién! *manet altamente repositum*¹⁷⁴ a consecuencia de los autos principales seguidos por Filolezes contra el doctor Valle en cobro de discusión, me sale el nunca bien ponderado P.P. con unas faltas gramaticales, que no son faltas, sino aciertos! Tire V. el esternón, señor floretista, derecho, derecho, sin andarse por las ramas, al tronco, al blanco, al

173. “dejar obrar a la pena”.

174. “tendrá siempre vigencia”.

cuerpo, al corazón como su contrincante. ¿Pero cómo va V. a tirar si está desarmado y fuera de combate, que no puede, ni debe volver a empuñar el acero? A V., amigo mío, me le quitan las licencias de redactar, como nuestro obispo de grata recordación le suspendió de predicar a aquel celebrísimo predicador, que destruía en vez de edificar, y eso que le animaban las más puras y rectas intenciones: nuevo comprobante de que sólo con la voluntad, sin ayuda del entendimiento, no puede el predicador (y un periodista lo es grande) salvarse ni salvarnos.

Y ahora comprenderá V. por qué le dije en el exordio que este hecho aislado de ponerse V. a coger faltas gramaticales cuando median intereses mayores, es uno de aquellos rasgos que partiendo del corazón caracterizan a un hombre de infinitamente pequeño.¹⁷⁵ Por eso he titulado mi artículo con sobrado fundamento “El señor P. medido por su mismo pitipié”. Por mi parte digo con el francote poeta latino “*non ego paucis offendar maculi, quas aut incuria fudit, aut humana parum cavit natura*”. Y basta y aun sobra de miscelánea.

Más breve tengo que ser forzosamente en los restantes cargos, pues ya hemos abusado del público con un par de columnas sobre el primero.

“Segunda falta de lógica”, dice el criticastro: el argumento sobre la incapacidad: traslado a mi artículo del *Diario* donde habré visto explayado el señor P.P. (pues todavía no se contrae a él en el suyo de hoy) fundándome en su misma premisa. De intento se lo puse enfático el primer día (el 13) a ver si lograba hacerlo pensar —peras al olmo— ni por esas, cayó en la nasa, y creyó el pobrezuelo que no había más que un conceptillo en un argumento de rajatabla. Y por si acaso se ha extraviado ese Diario u olvidado el argumento a algunos lectores, lo repetiremos con silogística brevedad, que debe ser pan y agua para este estudiantazo de a folio (hombre, ¡sí! de a folitos, es decir, de folletines, de hojitas sueltas, de parrafitos volantes, escrito con un tinito como el anuncio del *Instituto Cubano*: ¡no ve V. que es hombre que se informa a fondo antes de decir esta boca es mía!). Pero vamos con el argumento. “*Per se*¹⁷⁶ (*Noticioso* del 12 de abril) no se puede juzgar de la capacidad de un escritor, por su desempeño en un periódico, por ser ello muy poca cosa, aún caso de estar bien ejecutado”. *Concedo*

175. Excepto cuanto ésta es la materia principal, o se ve uno provocado a volver las tornas.

Así me sucedió cierta ocasión con un sabihondo suscriptor del *Lucero* a fines de 1832, que trató de motejarme de vulgar la frase *sacar a plaza*, ya el 4º ó 5º artículo que había yo escrito sobre el importantísimo asunto de la educación secundaria; y fue menester entonces hacerle ver al sapientísimo articulador que no hablaba español, sino francés; y a no haber sido provocado, se hubiera acabado la polémica sin que le sacáramos de su error. *Non ego paucis offendar maculis* (“No me voy a molestar en pequeños defecaos”), y al grano: he aquí mi norte en las escriturales borrascas.

176. “Por sí”.

majoren sed sic est,¹⁷⁷ que aun en esa poca cosa la habéis vos desempeñado pésimamente, a las mil maravillas, *on ne peut pas mieux*.¹⁷⁸ ¿Me niega Vd. la menor? Mire que mis estudiantes no me la dejan en el cuerpo; y ya veo que al silogismo se nos vuelve entre las manos, no nigua, ¡cuidado! sino otro animal más ancho y más largo, una culebra que llaman sorites; pero el que no sale con lucimiento ni aún de lo pequeño y fácil, según él mismo, no se puede llamar hombre de capacidad; y la no-capacidad es el otro nombre para decir incapacidad: luego quien se ahoga en tan poco agua, ¿para que otra empresa servirá? Luego el señor D.N.P. no es ni para periodiquín volante ni corriente.

Tercera falta que me apunta: “escritoriles”. “No existe, dice, semejante adjetivo en la lengua castellana”. ¡Qué se lo den! ¡sobre que se ha propuesto el hombre llevarse aquella borla del doctor Cojines! Mire, compadrito folletinero, que ni su mayor enemigo podría ridiculizarle más y mejor. La palabra *escritoril* no está en el Diccionario de la lengua castellana; pero sí en la lengua castellana. Tampoco encontrará V. el adjetivo *venteril*, y ya lo prodigó con otros de igual fabricación el sin par Miguel de Cervantes Saavedra, a quien le correspondía con venteriles razones mostrarle al señor N. de PP (pero ¡guarde! que profano la memoria del primero de los ingenios... para eso basta y aún sobra con uno avellanado como el mío) que era harto grande la sin razón que a la razón hacía con su razonable falta de razón. ¡Ah! se me olvidaba: dígame V. también a su comilitón Blasillo, que borre de su artículo del 15, al final del tercer período, el epíteto *escritoril* con que califica la turba de que habla, que no es mal turbión el que os ha caído, irapazuelos! Bien que el tal Blas, por pánfilo que sea, y no es cosa que digamos, de todos modos siempre cala más puntos que su *comendante* (y ésta no está en el Diccionario) el caballero del eclipsado Lucerón (como él Yo de mi confilósofo); y no es hombre que a uso de los diputados de barbería y de imprenta apele a las únicas mil y quinientas de todos ellos, como el capital PP, al Vocabulario de la lengua. De manera es que aunque esté en las lenguas de cuantos hablan y en las plumas de cuantos escriben, como la ley de la lengua manda, no está en la lengua, por qué se les escapó a los académicos Reales, aunque esté realmente en Cervantes, Granada, León, Jovellanos, Gallardo y Gallego. ¡Qué diferencia hay de estudiar un idioma por el diccionario como un extranjero, porque algunos lo han de menester; a conceder la lengua nativa, por haberla mamado con la leche!¹⁷⁹

177. “Concedo la (premisa) mayor”; “pero es así que”... (humorismo al hilo de la escolástica).

178. “no se puede hacer mejor”.

179. Ni nota merecía la sexta falta “anteloado señor”. “*Anteloado* no es palabra castellana, dice el señor PP”; ni vascuence, ni moruna, ni ninguna, como que no hay más ahí (pues ni aún erratas) que haberse quebrado el tipo de la o, y quedar como c, y si parece que

En ningún caso menos oportuno que en el nuestro salir con semejante reparo: por ser demasiado notorio que el estilo de la polémica, y máxime siendo festivo, es el campo más a propósito para inventar e introducir términos burlescos y significativos, cuando no los tenga el idioma, y siguiendo en ellos las leyes de su formación. ¿Quién nos quitará de hoy más en la Habana que para dar a entender la ligereza llevada al extremo, digamos proverbialmente ligereza *piperina*, así como para significar un pobre jaco, flaco, penco, molido y enclenque, que el costillar (trabado con el esternón), se ha dicho siempre rocinante en tierra de cristianos desde los días del nunca finado Miguel de Cervantes Saavedra, espejo y prez de la parlante caballería? La lengua, señor D.P.P., es fiel reflejo de las realidades; es la *vera effigies*¹⁸⁰ de cuanto pasa; es un *tableau d'apres nature*;¹⁸¹ es, quiera que no, la historia completa y pintiparada, la más verídica y menos mentirosa de cuantas se escriben y pueden escribirse de la corteza y del corazón de los individuos, y de las naciones.

Cuarta falta. o cuarto punto en contra, que le hemos cogido a este maestrico en artes, a este *Petrus in cuncties*¹⁸² de la periodística cofradía. “Mandar comprar esternón a un museo” podrá estar falto de gracia, (porque yo soy algo pesado, y aún algos) pero no falto de gramática, ni de lógica ni de sentido común, que tiene sobrado jugo y sentido, y le ha calado de firme, desternonado señor. En efecto, dije que le dijeran al caballero de la doble P que comprara esternón en un museo, porque ya el suyo debería de estar quebrantado con tantos golpes de pecho como había sufrido de manos de su mismo señor:¹⁸³ aquí no hay disparates ni nada de que no esté muy en su

180. “el rostro verdadero”.

181. “pintura del natural”.

182. “Pedro en todo”.

183. Alude a las innumerables palinodias que ha cantado. Este será otro rasgo proverbial. “Agréguese a los antecedentes, y tráiganse”.

dice antelcado en lugar de anteloado, como se halla en algunos ejemplares, y vea V. que es más diminuto que una hormiga, para valirme de su comparación; o si acaso pudo conocer, como lo creo, sobre todo por su experticia en achaque de imprentas, que era una errata, entonces resulta más pequeño no ya que una hormiguita, sino que un animáculo microscópico. escoja V. la crisálida, señor architransformador mosquiti-nigüero, y este apóstrofe no estaba en sus libros, ni tampoco en su diccionario. ¿Qué han de ver Vds. ni por dónde va un hombre que sea hombre? O bien, no atiné V. con lo que podía ser, y al agua con su sexta falta. ¿No se acuerda V. señor PP haber oído a su Dómine aquello de *qui bene legit, multa mala tegit*?* Si V. ni Dómine ha tenido: “*you’ve been a selftaught man, an original man, a capital man, or an a-capital man*”.**

* “el que recoge un dicho, oculta muchas cosas malas”.

** “Ud. ha sido un hombre autodidacta, un hombre original, un hombre principal, o un hombre *a-principal*”.

lugar, que es el esternón la tabla del pecho, ni más ni menos: ahora, en lo que puede haber, no ya dificultad de mi parte, sino peligro de la de V. es en ir a comprar el tal hueso al paraje designado, porque corre riesgo de que me le atrapen allí en una vidriera, y no me lo dejen salir. Pues a qué otra parte había de mandarle? ¿Al matadero? No, que acá no somos tan despiadados. Con que si no anduve oportuno, ni gracioso, no estuvo en mi mano hacerle más gracia; porque como estaban las cosas, ya ni la gramática, ni la lógica, me permitían enviarle a otro lugar. *Ergo, &c.* Y vamos con la gravísima.

Quinta falta, que ésta no me la quito de encima tan aína, ni se lava con agua bendita, ni con bendición episcopal.

¡Atención! noble auditorio, que se trata de la gran visita que a *Filolezes* hizo el admitido y no admitido pretendiente de socio y algo más, quien habiendo obtenido el no, aunque cortésmente pero sin zalamería a una de ellas (las pretensiones) y como preguntase qué formalidades se requiriesen para entrar en la Sociedad Patriótica, se le dijeron lisa y llanamente como a cualquiera que hubiese venido a preguntarlo o quien tiene obligación de saberlo y de decirlo, aún cuando hubiese venido sin escolta, o no tan bien acompañado, como vino el señor D.N.PP. Pero declare en Dios y en conciencia y llevando la mano al pecho, si yo le felicité, ni me felicité de tenerlo en nuestro seno; pues aunque le recibí con la debida cortesía, casi todo mi cumplido, como que no sé disimular, se redujo a las generales y menos que a las generales de la ley; y eso que yo ignoraba entonces lo del Museo y otras cosillas; pero aún cuando las hubiera sabido, a mí no me correspondía más que informar sobre la admisión; a la Junta Preparatoria, y en definitivamente al escrutinio secreto de la misma corporación, es a quien toca sentenciar de vida o muerte. Empero debo confesar con el candor que me es característico que todavía cuando la visita, no estaba yo tan prevenido contra el señor PP. como luego a renglón seguido, pues aunque ya había tiempo que oía hablar sobre la ligereza y falta de criterio, y aún de algo más con que escribía su merced, a personas muy graves de ambos sexos, y de todas condiciones muy ajenas de la carrera escritorial, y sin pretensiones de ninguna especie, y nacidas en este país y fuera de él, atónitas de algunas de sus producciones; con todo, como yo ni leí el *Noticioso*, ni dejaba de oír a otros sujetos que o bien le pintaban como un hombre inofensivo e indiferente, o como un periodista muy experto porque no dejaba tecla por mover; suspendí mi juicio hasta más saber; o mejor dicho, me olvidé completamente de la existencia de semejante hombre, a quien ni apreciaba, como me sucede hoy, ni más ni menos; hasta que por grados fue llenando la medida del sufrimiento con sus ataques en cosas que interesaban más de cerca a la instrucción pública, y entonces ya tuvo a *Filolezes* en campaña, quien a manera de P.A.A. y de J.F.F. no se hubiera movido, a no haber sido provocado por esa charla sempiterna y desatentada. Nosotros, pues, estábamos todos de paz, y no somos hombres de liga, ni cosa que se le parezca, y aun a decir verdad, más belicoso es el carácter de *Filolezes*, se

entiende cuando la guerra es justa, que no el de sus amigos P.A.A. y J.F.F. que son gentes sobradamente pacíficas y aún flemáticas, como bien lo demuestran en su conducta y en sus escritos.

Así pues, habiendo V. colmado la copa, exclamé con brío y entereza: *Semper ego auditor tantum, numquam ne reponam*¹⁸⁴ para ver si quitaba del medio, y de una vez, ese estorbo aunque débil que opusiera su pluma a la corriente del progreso; esa pluma tan inclinada a deprimir lo bueno y a los buenos y tan aficionada a pasar por civilizadora, como decidida por dejarnos la marca de la ignorancia y del atraso: pluma que cuando lo bueno encomiaba, más era por ceder a influencias ajenas o por captarse popularidad, que por rendirse a sus propias convicciones: más por casualidad que por elección, o más por plan que por entusiasmo; así, pues, tan fácil hubiera sido en la cuestión del camino de hierro, con la cual echa V. tantas plantas, tenerlo a V. por Roma como por Cartago. No, *Filolezes* ni obra ni escribe así, ni por esos móviles: aunque sacrifique su popularidad, no hablemos de su tranquilidad y de su bienestar; aunque ponga en peligro su existencia, dice la verdad y sólo la verdad, cada y cuando se le pregunta, sea ante Dios, ante el pueblo, ante el rey, o ante... porque lleva dentro de su pecho un tribunal más severo que todos los tribunales de los hombres.

No, señor N.PP, Vd. no puede ofenderme: sin derogar en lo más leve a las leyes sacrosantas de la modestia, que son más sentidas que para expuestas, puedo afirmar a V. que no me ofende, porque no puede ofenderme, porque sus razones no son razones, como he probado; porque sus malos asestados dardos se embotan en el escudo de mis acciones, que están a los ojos de mis compatriotas, y se quebrantan hasta en la debilidad de mi pluma. No, mi cabeza no está adornada con una corona de laureles, pero tampoco está atormentada con una corona de espinas: yo lejos de encumbrarme a la región del Chimborazo, como mi paisano el Cóndor, apenas me alzo del territorio de los mimbres; y la única corona y el único consuelo de este hombre, en medio de la próspera como de la adversa fortuna, por entre el humo y el fervor y el dolor del combate, es el haberse esforzado, entregándose todo entero, en la obra de aumentar el número de hombres que piensen con su propia cabeza, para que puedan juzgarle a él el primero, y que conociendo el árbol del bien y del mal, hagan justicia de las cosas, y dispensen paz en la tierra a los hombres de buena voluntad. Habana y abril 16 de 1840. *Filolezes*

184. "¿me he de limitar a escuchar tan sólo siempre? ¿No he de replicar nunca?" (Juvenal, I, 1).

XLI

**RETO A DOMINGO LEÓN Y MORA
EN TORNO A COUSIN**

(*Diario de la Habana*, abril 21 de 1840.)

Señor don Domingo León y Mora.

Con su publicación en el *Noticioso* de hoy ha marchitado V. el único laurel que cortó su pluma en la honrosa campaña con *Cauto*: conviene a saber, el de la moderación. Dije, pues, con sobrado fundamento, que vosotros, no yo, erais los gananciosos con los anónimos. A toda esa destemplada cuanto impotente vocería no pongo más que la siguiente propuesta: “Cada, cuando y donde guste V., a libro abierto, le demostraré que apenas hay doctrinas en su caudillo Cousin, digo doctrina; pues prescindo de la parte histórica, o de mera exposición, y sobre todo si es doctrina fundamental, que no esté equivocada o mal expresada”. Con la particularidad, que si V. no quiere defender a su maestro, sino tan sólo examinarme, o ponerme dudas, pero en público, y a viva voz, está a sus órdenes a toda hora su atento servidor *Filolezes*.

Habana, 20 de abril de 1840.

XLII

¿ES COUSINISTA EL ELENCO DE 1835?

POR *FILOLEZES**(Diario de la Habana, abril 22 de 1840.)*

“No lite affectare quod nobis non est datum”.¹⁸⁵

La opinión pública os juzgará irrevocablemente.

Para acallar de una vez el denuesto con que el doctor Valle y su discípulo León y Mora osan afirmar ante el público que mi *Elenco de 1835*, o sea el de Carragüao, es de la escuela cousinista, por tener ahogada entre más de 200¹⁸⁶ tesis componentes de aquel cuaderno, una que otra proposición (no pasarán de 6 ú 8) en la cual coincido con el famoso caudillo, bastará reproducir textualmente el memorado Elenco, dándole a retazos pequeños en el *Diario*, para no ocupar demasiado sus columnas, ni fastidiar a nadie con la filosofía, refugiada de esta manera en el rinconcillo de una vastísima galería. Así quedará comprobado que mis antagonistas, que no sueltan la conciencia de sus labios, hablan contra el testimonio de ella misma, contra sus propias convicciones, cuando se trata de atacar a su apreciado *Filolezes*.

Pero permítaseme, antes de copiar, hacer unas ligerísimas observaciones: 1^a El *Elenco de 1835* no es cousinista ni en cantidad, ni en calidad. La cantidad ya aparecerá del número de proposiciones coincidentes que marquemos en el discurso de nuestra revisión. De la calidad no hay que dudar desde la 1^a proposición y subsecuentes, que por sí solas bastarían a mostrar evidentemente el color de la bandera, bajo la cual a mucha honra militamos, si ya no lo viniera marcando demasiado el mismo epígrafe tomado de Marco Tulio *Obest enim plerumque iis qui discere volunt auctoritas eorum qui docent*,¹⁸⁷ es decir, “que la autoridad de los maestros es rémora para el progreso de los discípulos”. De forma que aún cuando hormigueasen en un elenco proposiciones indiferentes y diferentes, tomadas de otros autores, o de nuestro propio caudal, todo ello sería accesorio y de pormenor en parangón de aquellas tesis fundamentales, que por sí solas consti-

185. “No presumas de lo que no tienes”.

186. Digo 200, aunque no aparecen más de 171 por la numeración; porque hay varias que contienen hasta 4 y 5. (N. del Autor)

187. “La autoridad de los maestros perjudica la mayor parte de las veces a los que quieren aprender”.

tuyen el problema por excelencia de la Filosofía: a saber la cuestión del origen de los conocimientos o ideas. No es esa una contienda subalterna, en ella versa toda la diferencia que separa a Platón de Aristóteles; ahí está el nudo de la ciencia. Verdad es que las expresiones del problema varían según las diversas épocas de la filosofía y de la civilización: sus datos se ofrecen más o menos claramente planteados, las consecuencias más o menos rigurosamente deducidas, pero siempre es el mismo problema que en todas épocas atormenta y fertiliza el espíritu humano, y que a virtud de las diversas soluciones que acarrea, engendra todas las escuelas: se tiñe en cierto modo con todas los matices del tiempo en que se desarrolla; pero doquiera es el fondo de donde parten y a donde llegan todas las investigaciones filosóficas.

A primera vista no parece más que un problema de psicología y de lógica y en realidad domina todas las partes de la Filosofía; pues no hay una sola cuestión que no contenga en su seno a la del origen de las ideas. Ni he querido hablar yo mismo, cuando vuestro propio maestro (pues esas palabras son de Cousin) lo hace tan bien, y mejor de lo que yo pudiera en mi obsequio, demostrando que no tengo ni visos de idealista, sino que del modo más marcado y decidido pertenezco a la escuela contraria, o más bien, según el tenor de todo el elenco a ninguna; (pues mi elenco es eminentemente ecléctico, pero en el sentido, o conforme a la práctica de Cousin, en pugna con algunos de sus mismos principios: *sed de hoc*¹⁸⁸ para otro día)...iba diciendo, que según los axiomas aducidos por vuestro corifeo en el pasaje ante-citado, es marcada y notoriamente ante-idealista el que estampó las siguientes proposiciones, y nada menos que a la portada de su obra:

1^a “La experiencia es el punto de partida de toda especie de conocimientos”.

2^a Aunque observamos en la infancia del hombre ciertas operaciones que no son realmente aprendidas, demostraremos sin embargo que no proceden de ideas innatas.

3^a Con este motivo patentizaremos desde ahora la importancia del estudio de la filosofía para formar una historia completa del hombre interno.

4^a La distancia entre argumentos sacados de la razón y de la experiencia (ya escampan y lueven guijaros!; esta sola proposición es la más anti-idealista que pronunció jamás hombre nacido. ¿No veis, no veis, ciegos, o cegados, los colores vivísimos de mi bandera?) desaparece ante un severo análisis; o en otros términos: “la razón humana jamás puede rigurosamente proceder *a priori*”. Y con esto demos punto por hoy; y vaya una muestrecita del modo con que responde —con los hechos— a esas fognadas sin plomo ni sustancia, y palabrería sin pruebas, vuestro apasionado.
Filolezes

188. “pero de esto”.

XLIII

TERCERA CUCHARADA

POR *FILOLEZES*

(*Diario de la Habana*, abril 24 de 1840.)

“Labitur ex manibus nunc quoque gutta
meis”.¹⁸⁹

OVIDIO

(Siguen las pruebas contra el doctor Valle, y su discípulo León y Mora y compañía, para demostrar que el *Elenco de Carragua* de 1835 no es cousinesco, ni cosa que se le parezca.)

“Nolite affectare quod vobis non est datum”.

“La opinión pública os juzgará irrevocablemente”.

Hoy damos principio con un comprobante de mi 1^a observación en el 2^o artículo sobre esta materia; a saber, “que hasta algunas de las proposiciones que expreso en los mismos términos que Cousin, no las admito precisamente como él, ni les doy la misma importancia que él les atribuye, y que copiándole *ad pedem litterae*,¹⁹⁰ les da también el doctor Valle, como veremos desde luego. Dice, pues, mi proposición:

8^a “En esta materia se hace necesario distinguir el orden histórico del orden lógico de nuestras ideas”. Aquí está una de las tesis que se me ha echado en rostro haberla tomado del insigne Cousin. Pero, en primer lugar, Cousin también la toma de otro y con razón, porque ésta es una de aquellas doctrinas que ya constituyen el caudal común de la ciencia; así como para hablar de geometría o de física no es posible hacerlo, por más ideas nuevas que se presenten, sin reproducir muchos principios que se hallan en Euclides o Newton, o mejor dicho, en cuantos la materia tocan, porque ya a todos pertenecen, y ser caso negado compaginar las ciencias sin traerlos a colación; en una palabra, es una necesidad imprescindible que ha de llenarse, so pena de ser metódico o de no ser completo.

189. “Aun hoy caen las lágrimas de mis manos”. La frase conocida de Ovidio es *Lebitur ex oculis nunc quoque gutta meis* (Ovidio, *Trist.*).

190. “al pie de la letra”.

2ª Pero repárase cuán diverso es mi modo de enunciar esa doctrina al en que lo hace Cousin y el doctor Valle, y cuán otras a las mías son las pretensiones que sobre la distinción del orden histórico y orden lógico tratan ellos de establecer. Pretende, en efecto, el primero conciliar el idealismo con el sensualismo por medio de semejante *distinguo*; pero ya demostré hasta la evidencia a fines de octubre próximo pasado, en la polémica con el joven *Tulio* (que, entre paréntesis —¡justicia, justicia!— se mostró en la discusión más hombre, más escritor, y más filósofo que toda esta gente de ahora), que lejos de dirimirse la contienda entre ambas escuelas, ni de hecho ni de derecho, con semejante distinción, resultaba más encarnizada, o decidida en favor de Locke y del sensualismo; y quedado siempre de parte de Cousin, o una contradicción palmaria, o una charla tan hueca como sempiterna. Si llevando al cabo la falta de candor, todavía me negáis lo que entonces pasó, me obligaréis a reprimir a trozos, como me habéis forzado hacerlo ahora en el Elenco, los tres artículos en que, con argumentación irrefragable, en concepto de los peritos de una y otra bandería, puse fuera de discusión la materia de que se trata.

3ª Repárese como digo yo simplemente en mi programa de 1835 que “es necesario en el asunto distinguir el orden histórico del lógico”; distinción que juzgaba conveniente hacer, no sólo porque estaba en la misma naturaleza del objeto, sino muy especialmente, como se echará de ver en los memorados artículos del mes de octubre, para poner alerta a mis alumnos contra la exagerada importancia que quisiera darle el caudillo del pseudo-eclecticismo. De forma que el síntoma por donde se me quiere graduar de más febrilectizante, es cabalmente la primera palabra del ejercicio *iaten-ción!* Para que la milicia estudiantil estuviese sobre las armas. Cotéjese ahora mi pelada y simple proposición con la pretenciosa del doctor Valle, y véase todo el empuje que pretende él dar a la dichosa distinción; dije mal en decir, que en ello no hacía más que copiar a su amartelado maestro, pues todavía no lo expresa con tanta energía su mismo maestro como él, cuando a la proposición 57ª de su Elenco de 1839, se expresa así: “La división luminosa de las ideas en dos órdenes, uno psicológico (éste es el histórico en la cuestión) y el otro lógico, concilia dos escuelas filosóficas con aprovechamiento de los trabajos de una y otra”.

Sí, señor, efectivamente los pseudo-ecléticos son los primeros a tomar del sensualismo los datos para sus demostraciones en los lances apretados, por haberse ellos mismos cerrado el libro de la naturaleza y de la historia; empero los sensualistas, por el contrario, nada piden ni han menester de los ecléticos de nuevo cuño, ni idealistas del antiguo; sin que por ello se pretenda negar que de todos los filósofos y de todas las escuelas se aprende y hay sobrado que aprender, más no para conciliar puntos que, reducidos a su última expresión, no admiten más que morir el uno, y quedar vivo el otro. Yo aprovecho infinito leyendo al divino Platón; pero en la

cuestión del origen de las ideas, lejos de hallar modo de conciliarle con su discípulo el de Estagira, encuentro que este sólo, tiene razón en el particular; habiendo completísimamente refutado a su maestro. Diré más: la razón de existencia del sistema de Aristóteles, y de su empeño por demostrarlo se encuentran en el mismo sistema de Platón, y en su menor ahínco por haber propagado el suyo. De otra suerte, serían los sistemas verdaderos efectos sin causa. No hay escapatoria: puesta la cuestión en su último término, no queda más arbitrio sino *to be or not to be*.

Y con esto levantemos la pluma por hoy, para no traspasar los límites columnarios que nos hemos trazado, pues sí fuéramos entrar con la proposición que sigue en el Elenco, nos llevaríamos por poco que quisiéramos, un par de parrafillos más de la cuenta, o ración diaria; ello es que nunca quedarán descontentos el doctor Valle y su discípulo León y Mora con el ajuste de los de hoy y aquí encaja bien aquello de “váyase lo uno por lo otro”, que lo que no va en lágrimas, irá en suspiros: o hablando en aritmética argentina y clariona: “ivalga hoy por cantidad, la calidad!”. Filolezes

Habana, 13 de abril de 1840.

XLIV

REHUSADO EL RETO DE *FILOLEZES*

POR DOMINGO DE LEÓN Y MORA

(*Noticioso y Lucero*, abril 25 de 1840.)

Señor *Filolezes*.

Si mi segunda pluma ha marchitado el laurel que cortó la primera, me doy el parabién, porque ese menos motivo tengo de envanecerme; no obstante, si *Filolezes* piensa así, otros piensan de otra manera y me queda la elección entre el voto de uno solo y parcial, y los de muchos imparciales. Además, como nunca he escrito por comprar laureles, si alguno se me adjudica, estoy convencido de que no lo merecería, pues el ser moderado es un deber, y no merece premio quien lo cumple. Débense los laureles, la admiración, la nombradía y fama a la virtud y a los grandes hechos: no al cumplimiento de una obligación. Si he unido mi voz a la de algunos, y la hemos levantado de consuno contra el abuso que se ha hecho

de la prensa periódica, de las consideraciones debidas al público, y del respeto que pide la ciencia, tengo en ello satisfacción; porque de hombres es el advertir los males para que se corrijan. Si he faltado a la moderación, no he hecho sino imitar a *Filolezes*, y eso instigado por él; sí, instigado por él, y he aquí la razón: desde que mi compañero de academia bajo el pseudónimo de *Canto* y yo sostuvimos nuestra dilatada polémica, siempre he sido mero observador de las nuevas contiendas sin meterme en ellas jamás, y ahora tampoco lo haría si Vd. hubiese respetado mi silencio en su artículo de 13 del que rige.

¿Por qué, señor *Filolezes*, no arroja Vd. el disfraz? ¿Cree Vd. que con sólo descubrir su nombre podría decir como César, vine, vi, vencí. Eso sería amenazarnos con la autoridad y con el prestigio sin tomar en cuenta el siglo en que vivimos, sin hacerse cargo de que el pueblo capaz de dejarse alucinar por un momento, es casi siempre justo; que los inteligentes sólo ceden a la verdad, sea dicha por el toro, el asno o el elefante (*roto* en los originales e imposible de reconstruir el texto) tu juventud de la (*roto* en los originales e imposible de reconstruir el texto) incauta (*roto* en los originales e imposible de reconstruir el texto) del maestro (*roto* en los originales e imposible de reconstruir el texto) de: así renuncie (*roto* en los originales e imposible de reconstruir el texto) favor que se (*roto* en los originales e imposible de reconstruir el texto) anónimos: ¿ni de qué me serviría el admitirlo, si todos los que se ocupan de nuestros comunicados saben quien es *Filolezes*?

No acepto la propuesta que Vd. me ofrece en su contestación, no porque deje yo de considerarme con fuerzas suficientes para defender la doctrina de mi celeberrimo maestro Víctor Cousin, sino porque aún me acuerdo de aquellas conclusiones del texto en la Universidad. Entonces tomó Vd. la palabra y habló solo, pues no permitía al distinguido joven que se hallaba en la cátedra, exponer las razones indestructibles en que fundaba sus doctrinas, o mejor, las de Aristóteles: le negó Vd. que estuviere en capacidad de observar y también los hechos más evidentes: y las pasiones produjeron sus efectos.

No fue menos notable otra ocurrencia análoga en las últimas conclusiones dadas por Vd. en San Francisco, y precisamente con el mismo don J.Z.G. del Valle, cuya buena fe, prudencia y moderación no desmentidas, resaltaron por segunda vez, cuidadas del furor con que Vd. las hería; y con estas experiencias ¿aceptaría yo razonablemente la propuesta? ¿cuál sería el resultado en el caso de que la aceptase? Que Vd. se lo hablaría todo, y yo apenas tendría lugar de mezclar con sus gritos estos otros: “No es eso, Vd. se equivoca”, sin serme posible expresar el porqué. Escriba Ud. su crítica con arreglo a derecho, según lo tiene prometido, y entonces veremos quien tiene razón, si yo, si *Filolezes*.

Cada vez me confirmo más en la opinión de que Vd. no ha entendido a Cousin, pues mientras absuelve la parte histórica, condena la doctrina:

¿ignora Vd. acaso que el ilustre caudillo ha formado una ecuación entre la historia del espíritu humano y el espíritu mismo, y demostrado la identidad de sus miembros? ¿Y se puede creer que llegaría a este admirable resultado sin dejar una abundante cosecha de doctrina...? ¡Qué gana de lucir y de cortar laureles!

Repito que escriba Vd. su crítica, y entonces nos veremos: de otra manera no acepto el combate; no en público, porque hemos visto el fruto de las conclusiones y de las polémicas en que Vd. ha intervenido; no en privado, porque cada uno saldría diciendo que había vencido, y sobre todo porque soy de la opinión del señor Varela cuando dice, que cuestiones tan vitales no deben circunscribirse a unos cuantos momentos de charla, ni exponerse al calor de las pasiones exaltadas. Queda siempre atento a sus órdenes. *Domingo de León y Mora*

Habana, 22 de abril de 1840.

PS. En su comunicado de hoy me llama Vd. discípulo del doctor Valle, y como no tengo la honra de serlo, hablaría con más exactitud si me llamase su condiscípulo, pues él y yo tenemos por maestro a Víctor Cousin. También dice Vd. que piensa desmentirme ante el público por haber afirmado que en su *Elenco de Carragua* hay proposiciones de Cousin y las más bellas: hoy confiesa Vd. que las hay, ¿qué me importa el número, señor Filolezes? ¿acaso porque son seis u ocho dejarán de ser las más bellas...? ¿tal vez porque es un número pequeño relativas a las demás, podrá negar que las ideas de Cousin eran las que le animaban en el tiempo a que nos referimos? Confíeselo Vd., *Filolezes*, confíeselo de buena fe: no hay lugar al desmentir... *Vale*.

XLV

**REINVITANDO A VALLE A LA DISCUSIÓN
FILOSÓFICA**

POR *FILOLEZES*

(*Diario de la Habana*, abril 25 de 1840.)

“A propos”.¹⁹¹

Señor doctor don Manuel González del Valle.

Como por una parte nada ha contestado V. hasta el presente a mis categóricas preguntas publicadas en el *Diario* de 16 del corriente sobre el modo, tiempo y forma de la discusión filosófica a que me vi forzado a provocar a V., tanto por las varias cuestiones que se suscitarán, cuando por haberme V. impertérritamente negado hechos de todas clases a la faz del público; y llegando por otras a mis oídos de diversos conductos que está V. en la intención de que las conferencias comiencen el solemne día de la apertura de esa nueva Cátedra de Moral, según unos, y según otros, más vagamente, que ha de dar aquellas principio en la semana entrante, me hallo en el preciso lance de rogar a V. se sirva explicarse paladinamente sobre el particular. En el seguro concepto de que mi pregunta, muy lejos de encaminarse a compulsar y apremiar a V. a entrar en el debate, si le repugna, ni a dictar reglas sobre la forma de la discusión, ni a escoger materias por mi lado, ni a estrecharle ni hostilizarle por el tiempo (puede tomarse cuanto apetezca), le deja a V. en plena libertad de seguir el rumbo que le acomode; quedando todo, todo, así lo principal como lo accesorio, en manos de V., a quien, repito, se ha propuesto dar gusto su siempre el mismo *Filolezes*.

Habana, 24 de abril de 1840.

191. “A propósito”.

XLVI

ESPERAMOS QUE ALGUNO CONTESTE LAS SIGUIENTES PREGUNTAS

POR *UN ESTUDIANTE*

(*Diario de la Habana*, abril 26 de 1840)

¿La clase de Filosofía Moral¹⁹² se instala en virtud de alguna disposición soberana? ¿Cuál sea ésta? ¿Previene que sea obligatoria la asistencia de los estudiantes de primero y segundo curso de Derecho? ¿Comprende en este caso a los que actualmente están estudiando el 1º y 2º curso de dicha ciencia? Habana, abril 23 de 1840. *Un Estudiante*

XLVII

EL JUICIO

POR *FILOLEZES*

(*Diario de la Habana*, abril 26 de 1840.)

(Más pruebas de que el doctor Valle y su discípulo¹⁹³ León y Mora hablaron contra su conciencia, y sólo por alucinar al público cuando afirmaron que era cousinesco lo mejor y más escogido del *Elenco de Carragua*o).

“Nolite affectare quod vobis non est datum”.

“La opinión pública os juzgará irrevocablemente”.

Pero donde resalta más ventajosamente la impavidez del doctor Valle para probarme que mi *Elenco de 1835* todo lo debe a Mr. Cousin, es en el ejemplo que aduce, entre otros, de mi proposición novena, que es la misma a que llega su turno el día de hoy. Dice así mi Elenco: “Se infiere a sí mismo a que no todos nuestros juicios son comparativos”: ¿Y cómo se atrevió el

192. Que comienza a explicar el profesor Manuel González del Valle.

193. Errata. Léase condiscípulo, según la aclaración que hace hoy el interesado.

doctor Valle a citar semejante texto ante el público de la isla de Cuba, el doctor Valle, que fue también discípulo del señor Varela, quien desde el año de 1819, o antes, cuando ni teníamos por acá noticia de que existiera en el mundo un M. Cousin, ni podíamos tenerla, porque a esa fecha nada había aún publicado, ya diera a luz así en la *Miscelánea filosófica* como en sus *Lecciones* (véase la primera a la página 16 y siguientes) su teoría del juicio contra la doctrina generalmente recibida, teoría en la que se halla el germen, y más que el germen de la que yo sustenté hoy día, y sustenté años ha, y señaladamente en el *Elenco de 1835*? En efecto, después de exponer el señor Varela su doctrina en los dos párrafos anteriores, para más robustecerla, pasa a refutar la contraria, y lo hace en estos términos: “Generalmente se dice que el juicio es la reunión o separación de dos ideas; mas esto es inexacto. Muchas veces creemos haber reunido dos ideas, y hemos reunido dos palabras; pero no advertimos que el lenguaje expresa separadamente lo que percibimos reunidos, y así no debe creerse que esta reunión es obra posterior a nuestras ideas. Las dos voces que en el lenguaje parece que expresan dos objetos unidos por alguna otra cosa que una idea expresada en uno de los términos y aclarada por otro, mejor dicho, contraída a una sola parte de ella misma”. ¿Quién no ve así, en este pasaje como en los anteriores y posteriores del mismo autor, atacada la doctrina generalmente admitida, y atacada con buen éxito, a lo menos por exclusiva, por no comprender todos los casos en que se dice que juzgamos? Y aquí estuvo para mí el germen y la ocasión no sólo de lo que avancé en 1835 acerca del juicio, sino de lo que he adelantado después en el de 1839, a saber, que “en muchos de nuestros juicios (y esto último no lo trae Cousin en parte ninguna) hay una síntesis forzada, pero diversa, de la que pasa en otra clase de juicios, que en realidad consisten en la congruencia o discrepancia de dos ideas previamente aducidas; pues en los casos primeramente citados, son los objetos los que comparamos, o una sensación con un recuerdo por el ministerio de la memoria”.

Así que, mi modo de ver acerca del juicio abraza tres casos fundamentales:

1º, el de la opinión que era generalmente recibida, la de los escolásticos, que es la misma de Locke; 2º, el de aquellos juicios en que rigurosamente no entra esa comparación de ideas adquiridas, como v.g. cuando digo “Yo existo” en virtud de haberseme revelado mi existencia por el sentimiento. Así también nos sucede respecto a todas aquellas necesidades que nos revela nuestro sentir; pues efectivamente sólo por el estado de sus órganos apetece el recién-nacido alimentarse, sin tener idea previa del alimento ni de la alimentación; donde se toca desmentida la generalidad de aquel principio de Platón: *nihil volitum quin praecognitum*”,¹⁹⁴ esto es, nada se

194. “No se desea lo que se conoce previamente”. Vid. *Aforismos*, no 93.

desea sin conocerlo antes. Bien es verdad que siempre se podrá decir que hay en el hombre, experimentando diversas sensaciones, una comparación entre el estado presente y el pasado; y así es sin duda; pero esto no salva a la doctrina generalmente recibida, que pretende se lleven siempre dos ideas previas, para establecer el cotejo: en una palabra, en nuestro caso hay comparación de impresiones, una presente y otra pasada, pero no comparación de ideas anteriores, como en el caso 1^o cuando digo: “este libro es bueno”, para lo cual llevo ya de antemano las ideas de libro y bondad y trato de ver si cuadra a la obra de que se trata.

Tercer caso del juicio, el que he llamado de síntesis forzosa. Ejemplo: habiendo visto el suelo manchado de sangre, se presenta luego a mis ojos una capa de grana, y retratando en el lenguaje la síntesis forzosa que hace en el acto mi entendimiento, lo llamo ensangrentada, o como sangre. ¿Qué es lo que pasa aquí? ¿Que aquel color de tal manera cautivó mi sentido y con ello mi inteligencia, que hasta me hizo desatender las demás propiedades del objeto, o si no todas éstas se me escaparon, quise llamar la atención sobre la cualidad que me arrobaba; que es, en propios términos, otro caso de la doctrina de Varela, el cual sostiene que el juicio es expresar un objeto por una propiedad que se nos hace sensible. Y ved aquí, señores, el origen naturalísimo de la metáfora, y como el lenguaje figurado es hasta más natural que aquel abstracto a que suele darse este nombre. Empero no trato de discantar sobre tan rica como interesante materia, sino a mi propósito convencer que ni el germen ni mi proposición de 1835, ni sus consecuencias expresadas en el del 39 han sido tomados del corifeo de la escuela ecléctica, a quien sin embargo habría yo a mucha honra escogido por guía en la presente materia, pues, a decir verdad, su lección 23^a es la mejor que ha salido de su pluma en toda la impugnación a Juan Locke, borrándole uno que otro lunarillo (*sed non paucis offendar maculis*);¹⁹⁵ mas adviértase que cuando sucede, tiene que abjurar el caudillo de sus principios, como también demostraré a Vds. si gustan, por cuaderno separado.

Pero se va acabando la columna de hoy, y quiero llenarle con un testimonio de verdad que obra a mi favor, y otro de... califiquelo V., mi Doctor. Digo yo, pues, que al ver el modo admirablemente analítico con que está escrita esa lección 23^a, siento en el alma que un talento tan distinguido se extravíe en otras materias: aquí está mi testimonio. Pero ese mismo escrito está con una minuciosidad, con una repetición de ejemplos de la misma especie, que bien podría un proyecto en la ciencia, sobre todo escribiendo en la adelantada Francia, tacharle de prolijo y difuso. Yo empero, lejos de llevar esto a mal al hábil escritor, lo aplaudo de todo corazón, siendo su objeto poner una materia escabrosa al alcance de la juventud aplicada; los profesores están en el caso, si quieren llenar su deber, no ya de explicarse sino

195. “No me voy a molestar en pequeños defectos”.

aún de repetirse. Y he aquí otro testimonio de mi justicia. ¡Veamos ahora el de la de Vd. mi doctor Valle! ¿Cómo se atrevió V. a atacar de crecientes verbales los artículos de *Filolezes*, que aunque largos algunos —no todos— estaban muy lejos de ser difusos para las materias que se tocaban, en donde ni había la minuciosidad de análisis que justamente ha usado vuestro mismo caudillo, ni la repetición de ejemplos de la misma especie, y eso que Cousin no tenía que haberlas con un adversario que afectase no entender sus doctrinas, ni escribía en la Habana, y en su *Diario* donde era tanto más forzoso y hasta obligatorio en conciencia el ser claro y perspicuo antes que todo? Hartas pruebas tenía V. de que me era facilísimo ser lacónico en las mismas notas con que principié a salpicar sus artículos, algunas de las cuales no pasan de estas dos palabras. Bien pocos, y era a mi gusto la mejor de todas. ¿Cómo pues, amigo mío, me vino V. a acusar de largo, de negro y feo cuando de volar se trataba? Ahí están los ardides, la sutil y somera metafísica del doctor Valle; y ahí está la conducta, sí, la conducta filosófica de *Filolezes*: ahí estamos los dos ante el tribunal del público: a él toca juzgarnos irrevocablemente. *Filolezes*

25 de abril de 1841.

XLVIII

MÁS SOBRE EL ANTICOUSINISMO DEL ELENCO DE 1835

POR *FILOLEZES*

(*Diario de la Habana*, abril 27 de 1840.)

Señor don Domingo de León y Mora.

A las flores que V. continúa prodigándome en su reciente Comunicado al *Noticioso y Lucero*, sólo contesto, 1º que no hubo motivo para tanto des temple y desafuero, en mis palabras respecto del individuo que se ocultaba bajo el pseudónimo del *Moderado*¹⁹⁶ en la dilatada polémica con *Cauto*. Juzgue el público: aquí están mis palabras: “Ese mismo *Noticioso y Lucero* sirvió a *Cauto* de local en el mes de septiembre de 1838, para dar clase

196. Domingo León y Mora.

a otro *Moderado* que lo fue verdaderamente”. Fue lo menos que pude decir, y tan pequeño e insignificante era el perjuicio que a V. infería, cuanto la mayor parte del público ignoraba, como lo ignoré yo hasta hace muy poco, quien era el verdadero autor de los artículos del *Moderado*, y aún muchos lo atribuían, cual me sucedía a mí también, a todo el taller ecléctico habanense tomado en globo, y actuando de consuno. Dije, y con sobra de razón, que *Cauto* había dado clase al que se encubriera bajo el epíteto de *Moderado*, quien quiera que fuese, porque el tal *Moderado*, no hacía más que copiar casi *ad pedem litterae* las largas tiradas de Cousin y su escuela contra la filosofía del siglo XVIII, engañándose con las bellísimas alas de tan bien cortadas plumas; al paso que el contrario manifestaba haber digerido las doctrinas de una y otra escuela, y se producía en lenguaje propio, indicando que saliera de la fragua de sus meditaciones; en suma, pensaba, no copiaba.

2º En nada toca su 2º párrafo a quien no ha hecho más que batallar por la libertad de pensar, así con el consejo como con el ejemplo. La juventud de mi país no se da por ofendida de que la llame incauta *Filolezes*. *Meliora sunt verbera diligentis*, señor de León, *quam óscula mendacium dicentis*.¹⁹⁷

3º Confieso que soy impetuoso en la discusión, eso me es natural, sin despreciar a nadie, y hallándome como siempre en el mejor humor. Y tan lejos de quererme dar tono, ni importancia, desciendo siempre a la arena niveladora de la discusión, a recibir mis golpes hasta de V. señor León y Mora. El apreciable joven don J.Z.G. del Valle no me huía tanto, a pesar de mi impetuosidad (de mi ingenuidad también, confíeselo Vd.) cuando más de 20 veces concurrió a mi morada, para examinar materias filosóficas en sesiones de cuatro a cinco horas.

4º No he entendido la filosofía de Cousin, según V., porque quiero ser justo en distinguir las opiniones del autor de la parte meramente histórica o expositiva de su libro. No quiero contestar a semejante cargo con otra ecuación algo más algebraica que la que V. me ofrece para darme clase. Le entrego a V. en esta parte el brazo secular del sentido común de todos los lectores.

5º Ya queda en su lugar oportuno salvada la errata de haberle puesto a V. por discípulo del doctor Valle, cuando sólo es su condiscípulo; ¡oh, el señor don Domingo es maestrado! Dejémos de discipulado.

6º ¡Con que las seis o menos proposiciones cousinianas, son precisamente las más bellas de todo mi *Elenco de 1835*! Como yo soy padre legítimo de casi todas las 200 restantes, no me toca decidir de su hermosura. ¡Lo que es escribir, señor don Domingo! A Vd. y a otros como V. los juzgará la opinión pública irrevocablemente. *Filolezes*

197. “Valen más los ataques del que nos estima, que los besos del mentiroso.”

XLIX

**CONTINÚAN LAS OBSERVACIONES ACERCA DEL
JUICIO DE VÍCTOR COUSIN SOBRE CONDILLAC,
RECIÉN PUBLICADO EN EL NO. 6º DEL TOMO 3º
DE LA CARTERA CUBANA¹⁹⁸**

POR *FILOLEZES*

(*Diario de la Habana*, abril 29 de 1840.)

Con lo dicho en la 1ª parte de este artículo, sobre lo publicado por nosotros en el mes de octubre pasado (que reimprimiremos en cuaderno aparte) parecía suficientemente dilucidada así la necesidad como la oportunidad de ventilar la cuestión del origen de las ideas desde los umbrales mismos de la Psicología o Ideología. Pero proponiéndonos poner esta materia fuera de discusión, tratamos de apagar hasta la última centella de sofisma, o cavilación, valiéndonos de las mismas armas de M. Cousin, para dejarle bien clavada toda su artillería. De esta manera lograremos igualmente contestar de antemano, en lo principal, el artículo del mismo autor acerca de Locke, artículo que probablemente verá la luz en el próximo número de La Cartera; reservándonos para entonces hacer también nuestras observaciones sobre cuantos capítulos las merezcan de los que hayamos tocado en el presente análisis.

Tan cierto es que en la investigación del origen y causa de las cosas se cifra el verdadero, único medio de constituir la ciencia como tal, que aun cuando por él mismo no llegáramos jamás al suspirado origen, precisamente hemos de adelantar en el conocimiento del objeto, siendo así que no podemos remontarnos a la causa, de un solo vuelo, sino por los escalones de los efectos. Recuérdese el ejemplo de las lenguas y el de la aparición del navío a nuestro salvaje, y se vendrá en conocimiento que lejos de haber un vicio de método en proceder de esta manera, como temerariamente lo echa en rostro Cousin a Locke, es el recurso más eficaz para poner en juego todas nuestras facultades, examinando cuantos fenómenos y antecedentes puedan hacernos comprender aquellas apariciones que a primera vista calificamos de portentos. Recuérdese asimismo que la situación del alumno respecto a las ideas, no a la existencia de las ideas, porque esa le es evidente por su mismo sentimiento, sino a la aparición de las ideas, y sobre todo de tales y cuales ideas cuya procedencia no descubre inmediatamente

198. Principiadas en el *Diario* de 6 del corriente bajo el epígrafe: *Sit spes fallendi miscébunt sacra profanís*. Horacio.

en el sentido, es, sin más ni más, la misma que la del salvaje columbrando el bajel por primera vez en su vida.

Tiénelo por un milagro; pero entonces otro hombre más ilustrado que él y mejor intencionado que un pseudo-eclético le desengaña, le saca de su error, demostrándole que la causa de aquella aparición es humana y muy humana, o que está toda ella en el orden constante de naturaleza. ¿Y cómo se lo demuestra? ¿Y cómo puede demostrárselo? No tiene recurso sino hacer observar al infeliz ignorante algunos hechos en que no había caído, aun estando a su alcance, y otros enteramente nuevos para él. Si los filósofos sensualistas dijeran simplemente a sus discípulos: “éste es el origen de las ideas”, sin patentizarlo por los hechos, sin poner en acción a nuestras facultades de observar, entonces sí podría hacerseles fundadamente el cargo de mal método, y aún de suponedores. Pero ellos cabalmente son los que obran más en conciencia que todos sus concientistas opositores, toda vez que tratan caritativamente de sacar al ignorante de las tinieblas en que yace. ¿Se procede de otra manera en los primeros pasos de toda ciencia? Sabiendo, o debiendo saber regularmente el que escribe algo más que aquellos a quienes se dirige, apenas principia a tratar el asunto, cuando apoyado en datos que están, o puede poner al alcance de sus lectores, ya se ve forzado a rectificar equivocaciones vulgares, y hasta a combatir arraigadas preocupaciones: lo que es caso negado pueda efectuar sin recurrir a nuevos hechos, o a nuevas consideraciones sobre los hechos ya familiares a su alumno. ¡Vergüenza, rubor, causa que entre nosotros haya personas todavía entre los cultivadores de la ciencia, que nos obliguen a entrar en tan prolijas explicaciones acerca de materias invenciblemente demostradas! Pero me he propuesto cerrar todas las avenidas a los sofismas que hormiguean en ciertos libros venidos del otro lado del Atlántico, que hacen su efecto en las cabezas poco reflexivas y escasas de datos que todavía han de abundar forzosamente entre nosotros, a pesar de las excelentes disposiciones de los hijos de este suelo, cuyos dones naturales se trata así de torcer y corromper. No: no lo lograréis, mientras esta pluma tenga un aliento de vida y de razón. Al cabo en Francia no es de tanta necesidad esta obra caritativa; porque no son ni pueden ser muchos los que creen en tales doctrinas, empezando por sus mismos autores y propagadores. ¡Franceses espiritualistas y místicos a mediados del siglo XIX...! ¿Cómo os ha cabido tamaño adfesio, tal contrasentido, cabezas eclecticistas de la Habana? ¿Podrán dirigir la juventud los que así se dejan *méner par le nez*,¹⁹⁹ como dicen los mismos franceses, y que acá en frase menos noble, pero sin duda más expresiva, diríamos, los que así se dejan llevar por el narigón? *Miserrimi eclecticici*

199. “Llevar por la nariz”.

*habanenses qui cousinesca tuba canitis, vicariaque lingua loquimini!*²⁰⁰

Pero continuemos con el razonamiento interrumpido. Luego hace muy bien Locke, y hace mil veces bien, por obligarle a ello las mismas doctrinas de Platón sobre la inneidad de las ideas, que se habían revivido por los más afamados filósofos de la época, los cartesianos, en atacar desde luego una doctrina que era un verdadero estorbo, el de mayor consideración en el vestíbulo mismo de la ciencia, con arreglo a aquella máxima preciosa del propio Cartesio, de *area purganda antequam inaedicanda*.²⁰¹ Para proceder Locke en conciencia y puridad tenía que ejecutarlo así. Necia sobre superfluamente hubiera procedido, si se hubiese ocupado en demostrar la existencia de las ideas en vez de investigar su origen; a la manera que se haría ridículo el astrónomo que al tratar del sol, v.g. dedicase su introducción a patentizar su existencia, o sus facultades de quemar y alumbrar. Por eso tampoco tenía Locke que describir de antemano ciertos caracteres muy obvios de algunas ideas; y respecto de los no tan ostensibles de otras, forzosamente se le había de presentar la ocasión de verificarlo en la minuciosa recorrida a que él mismo se constituyera en la indagación del origen de muchas que ni aún de semejante tarea necesitaban, para ponerse a cabo de cuanto acerca de ellas había que saber; tales son las de algunas cualidades sobrado sensibles de los cuerpos.

Ni se diga que a semejanza de los naturalistas (¡a buen puerto ha ido a carenar nuestro eclético!) no debe suponerse de antemano una clasificación, sino estudiar los individuos, comprobar y describir sus caracteres esenciales, ya internos, ya externos, y hasta entonces no se tratará de clasificarlos. En primer lugar, este argumento prueba demasiado, y por consiguiente nada prueba, pues si la ciencia hubiera ido a esperar por el conocimiento de lo esencial e interno para comenzar la obra de la clasificación, mucho habría tardado en principiar: hoy estarían por formarse la mayor parte de ellas. ¿Quién que haya pisado los umbrales de cualquier ciencia, ignora que las clasificaciones tienen forzosamente un carácter de interinatura, por decirlo así, formándose primero con aquellos datos o materiales más ostensibles que ofrecen los objetos, hasta que avanzando en su conocimiento, nos vemos forzados a extender la misma clasificación a mayor número de individuos, o rompiendo las cualidades nuevamente

200. [¡Pobres ecléticos habaneros, que tocáis la flauta de Cousin y habláis por boca de ganso!] Palabras aplicadas por nuestro insigne Varela a los filósofos escolásticos *in illo tempore*.* Los ecléticos de ahora quieren ¡oh Cartesio cubano! desbaratar la obra de tus manos; pero se romperán los dientes los que se empeñen en roer la estatua de bronce: la verdad.

* “En aquel tiempo”.

201. “Hay que limpiar el solar antes de edificar en él”.

descubiertas los antiguos moldes de la clasificación, como si dijéramos, llegamos al caso de introducir las enteramente nuevas? En el origen de la química neumática, observando la eminente respirabilidad que caracteriza a uno de los gases componentes del aire atmosférico, se le llamó aire vital, y descubriéndose después que era el principio acidificante de todos los ácidos hasta entonces conocidos o examinados, se le cambió el nombre, con arreglo a los nuevos datos, apellidándole oxígeno, o engendrador de los ácidos, los insignes autores de la nomenclatura; y hoy ya no es exacta ni esa posterior denominación, por haberse descubierto ácidos que deben su virtud a otro principio diferente. ¿Ni cómo puede ser otra la marcha del espíritu humano? ¡Abrid la historia de la ciencia, escudriñad la de vuestra propia conciencia, filósofos superficiales, que no sólo no sabéis, sino que os obstináis en ignorar, y en cada una de sus inmortales páginas hallaréis vuestro desengaño y condenación! En segundo lugar, ese mismo Locke, a pesar de todos sus vacíos y defectos, y toda la escuela sensualista, han seguido más que vosotros el método de los naturalistas que decantáis, para no seguir, ¡embaucadores sempiternos! Un solo hecho, y basta por hoy: ¿cómo os resistís a que subamos por grados hasta tomar al hombre desde el primer instante de su ser natural? ¿Quién sigue más y mejor el método de la observación, ustedes o nosotros? Se acabaron las ilusiones... ¡ah, con todo: *sit spes fallendi, miscebunt sacra profanis!*²⁰² *Filolezes*

202. “con el temor de engañar, mezclan lo divino con lo humano”.

MAYO



L

RECTIFICACIÓN IDENTIFICACIÓN FILOSÓFICA CON MI MAESTRO VARELA¹

POR JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO

(*Gaceta de Puerto Príncipe*, mayo 2 de 1840.

Reproducido en *Diario de la Habana*, mayo 29 de 1840.

Reproducido en *El Correo de Trinidad*, mayo 14 de 1840.)²

Al *Ciudadano del Mundo*, residente en Trinidad. ¡Salud!

Grande es el honor que usted nos dispensa al señor Varela y a mí al insinuar que no obstante nuestra íntima amistad, diferimos en opiniones filosóficas. Pero esta proposición así aisladamente presentada, y sobre todo

1. Título de Roberto Agramonte.

2. Señor Redactor de la *Gaceta de Puerto-Príncipe*.

Puerto-Príncipe, 28 de abril de 1840.

Muy señor mío: Acompaño a V. un artículo que me ha remitido de la Habana mi muy querido amigo y deudo don José de la Luz Caballero, quien pospone el placer de publicarlo en aquella ciudad, a los sentimientos amistosos de defender al amigo *Lugareño* en su propio terreno, el Camagüey, donde se ha suscitado la cuestión con el *Ciudadano del mundo*. Quedo de V. S. S. Y amigo Q. B. S. M. – A. de O. [Anastasio de Orozco.]

concebida en los términos en que V. lo ha hecho, merece más de una rectificación. He aquí las palabras del *Ciudadano del Mundo*:

“Hasta don José de la Luz y Caballero, que según tengo noticias es quizá más amigo que V. (El Lugareño) del señor Varela, no sigue su filosofía. “Prueba evidente” —añade V. llevando demasiado lejos la consecuencia de su misma premisa— de que no está acorde ni con su método, ni con sus doctrinas filosóficas”.

Dije que los asertos de V. habían menester más de una rectificación, y lo pruebo al punto. Desde luego no por discrepar yo en algunas pocas opiniones de las del señor Varela, puede asentarse con fundamento que no sigo su filosofía, palabra bajo la cual se encierra todo un sistema de doctrinas. Sabido es que la obra de mi ilustre paisano sirve de texto a mis lecciones en todos los días de la semana, excepto el sábado, y a veces otro más, que consagro exclusivamente a la impugnación de las doctrinas de la escuela ecléctica francesa, valiéndonos de los mismos escritos de su famoso *Correo* para blanco de nuestra polémica.

Y vea V. ahora brevemente, señor *Ciudadano del Mundo*, como soy discípulo de Varela bajo muchos aspectos. Varela derrocó el escolasticismo en nuestro suelo, y yo aplaudo y aplaudiré su ruina. Varela fue nuestro legítimo Cartesio, en más de un sentido, ya por haber destruido el principio de autoridad con el consejo y el ejemplo de palabra y obra, ya por haber introducido en su consecuencia la libertad filosófica de pensar, el verdadero eclecticismo; así es que, no contento con destruir, se empeñó por edificar, y edificar con los materiales de más exquisita calidad que tuviera a su disposición; precisamente con los que sirven hoy de base hasta a aquellas de mis doctrinas en que discrepamos o podemos discrepar. Varela dio el grande, el atrevido paso de introducir la fisiología, elemento indispensable para el estudio completo del hombre en el campo de la ciencia; yo, no como quiera, sigo en esto sus huellas, sino que veo en aquel estudio el porvenir no sólo de la filosofía estrictamente tal, sino hasta de la Educación, la Moral y la Legislación.

Varela fue siempre enemigo declarado de toda Ontología, y yo no ceso de hacerle la guerra a este Proteo, sea como fueren las formas especiosas y aún venerandas bajo las cuales procura presentarse.

Varela columbró primero y más que nadie en este país la importancia de las ciencias físicas, no ya sólo para los adelantamientos materiales de la sociedad, sino para dirigir y robustecer al entendimiento en todo género de investigaciones, y muy particularmente para el progreso de la Filosofía *racional*, o propiamente dicha. Yo tengo por excusado demostrar que abundo en semejantes principios, por ser notorios mis conatos por la difusión de este género de conocimientos, que hacen falta especialmente a una gran parte de nuestra juventud, que dedicada exclusivamente a la Jurisprudencia, carece de criterio para juzgar de infinitos casos que se le pre-

sentan después en el vastísimo campo de las transacciones humanas; falta que es también causa principal de que cundan entre nosotros muchos de los errores de que están plagadas las obras de los metafísicos, y señaladamente de los nuevos pseudo-ecléticos, incluso los mismos que son los fisiologistas de la escuela.

Por último, y por no prolongar más esta reseña, Varela no satisfecho con emancipar nuestro entendimiento, no satisfecho con lo que parecía sustancial, queriendo hacer la reforma efectiva, se ocupó también del instrumento, y a manera de Julio César *nihil actum reputans, si quid superesset agendum*,³ cortó también las trabas que encadenaban la exposición de las ciencias a los signos de una lengua muerta, aunque idolatrada y poseída por él (imás mérito!) en un grado, de que todavía no pueden formar idea los que sólo juzguen por sus escritos en aquel idioma divino, a pesar de la elegancia y aticismo que los distinguen; pues para graduar su fuerza, era necesario haber experimentado en el dulce comercio con este dulcísimo varón, la soltura y facilidad con que manejaba en la conversación familiar la lengua de Marco Tulio y Terencio. Yo, aunque tan aficionado a él y como el que más a la robusta lengua del Lacio, a esa lengua de hombres que eran hombres, no he menester decir (¿y quién puede ya poner en duda semejantes principios, mediando el siglo XIX?) que sacrificaría todas mis aficiones en gracia de proporcionar el vehículo más fácil y expeditivo para la difusión de los conocimientos.

Y con esto me parece sobradamente rectificado el primer aserto del Señor *Ciudadano del Mundo*: pasemos a la otra rectificación prometida.

“Prueba evidente, añade V., de que no está acorde (el que escribe) ni con su método, ni con sus doctrinas”. En primer lugar, tacho la consecuencia, pues, de que difieran dos individuos en algunas y hasta en muchas opiniones en el vasto campo de una ciencia, no se infiere en buena lógica que discrepen hasta en el método; y tan no hay repugnancia que aún en las ciencias de peculiar experimentación, v.g. en la Química, siguiendo todos sus cultivadores el mismo método de apelar al laboratorio, y aún obteniendo a veces los mismos hechos, se suscitan las más acaloradas controversias acerca de las inducciones que de los mencionados datos quieren sacarse, toda vez que esa operación es obra de la causa de cada uno, y ha lugar por lo mismo al *tot capita, tot sententiae*:⁴ testigos las empeñadísimas contiendas que median hoy mismo entre el famoso químico sueco Berzelius y uno de los primeros de Francia, que es Dumas.

En segundo lugar muy probable es se haya figurado el señor *Ciudadano del Mundo*, que por traer el señor Varela su Lógica y Moral antes de la

3. “si le quedaba algo por hacer, pensaba que no había hecho nada”.

4. “hay tantas opiniones como individuos”.

Física en sus *Lecciones de Filosofía*, y haber yo sostenido, y, a mi parecer, probado, que las ciencias físicas deben estudiarse previa e independientemente de las llamadas *morales*, difiramos completamente en la cuestión de método u orden en la enseñanza. Y a fe que en esta parte ha tenido motivos para juzgar así el señor *Ciudadano*, que no encontrará en mí más que justicia e imparcialidad. Pero voy a exponer con brevedad lo que media en el particular, y espero dejar completamente satisfecho mi propósito de rectificar el segundo concepto de V.

Bien podría ser que el señor Varela no estuviese en aquella época (hace más de 20 años) en mis ideas acerca de la cuestión de método; pero aunque lo estuviera, no se hallaba en su mano exclusivamente alterar el orden general de los estudios en aquel tiempo, así en el mismo Seminario de San Carlos, como en la Real y Pontifica Universidad, de quien pendía y pende ese establecimiento.⁵ Verdad es que los estatutos del Colegio daban mucha más amplitud que los de la Universidad al profesor para hacer alteraciones y mejoras, y nuestro patriótico y celoso maestro se aprovechó de tan precisa circunstancia para realizar cuantas reformas pudo en obsequio de la juventud estudiosa del país. ¿Qué más? Traspasó los límites del estatuto en más de una reforma importantísima y trascendental, como queda probado, luchando y siempre luchando, que nada grande se consigue sin lucha, y apoyado a veces por las insinuaciones y consejos del grande Espada (*unicuique suum*),⁶ cabeza suprema del Seminario y cabeza nacida para todo.

Diversas, empero, han sido las circunstancias en que yo me he encontrado respecto a la cuestión de orden en los estudios. Puede decirse con verdad, que no he tenido sino *querer* y *lograr*: Tratábase efectivamente de establecer Cátedras de Filosofía en los Colegios de San Fernando, y San Cristóbal por los años de 1833, y como por la Real disposición del caso se cometiese al siempre lamentado señor don Francisco de Arango y Parreño, a título de Comisionado especial para el plan de estudios, la inspección y sanción interina de cuanto propusiesen al intento los directores de dichos establecimientos, que lo eran a la sazón don Narciso Piñeyro del primero y el que habla del segundo, aprovechamos la coyuntura los promoventes de proponer cuantas mejoras y reformas juzgamos útiles, entre ellas, la precedencia, no preferencia del estudio de la Física en el curso de Filosofía, según los ramos que en nuestro suelo lo constituyesen; y con tanto más aliento aprovechamos la coyuntura cuando estábamos seguros de la aprobación del ilustrado señor Arango sobre cuanto redundase en beneficio del país, objeto incesante de sus desvelos en su larga carrera pública. Tuvo la fortuna la consabida mejora de obtener no ya su mera aprobación, sino su

5. Hoy mismo el señor Ruiz que profesa en el Seminario y en Carraguo, principia el curso en el primer establecimiento por la Lógica, y el segundo por la Física.

6. "a cada cual lo suyo".

más decidido aplauso, como no hay quien lo ignore al presente; y menos en Puerto Príncipe, después de la polémica allí promovida en principios de 1838 por el señor *Rumilio* y continuada por el *Dómine* en la misma *Gaceta del Camagüey* con el que traza estos toscos renglones.

Pero sea de ello lo que fuere, sepa el señor *Ciudadano del Mundo* que me cabe la honra de contar hoy al señor Varela entre los decididos partidarios del método de enseñar Física primero que Psicología, según me lo ha manifestado expresamente en carta escrita meses hace desde Nueva York,⁷ y que no tengo ahora a la vista; por más señas que en ella me agrega, si la memoria no es infiel, “que era en todo de mi opinión, y acaso también por otras razones (ni quito ni pongo) que no había yo alegado” o cosa semejante; pues recuerdo el espíritu más que la letra.

Así que, creyendo haber llenado mi propósito de *rectificar* el equivocado concepto en que labora el señor *Ciudadano del Mundo* respecto de mis opiniones filosóficas en cotejo con las de mi ilustre maestro, concluyo esperando de su justificación se sirva aplicar al caso la preciosa máxima tan oportunamente invocada por *El Lugareño*, por ese patriota a toda prueba, que todo se vuelve hidalguía y buena intención, de *sapientis est mutare consilium*,⁸ y sepa el *Ciudadano*, y sepa el mundo, que al rendir el modesto *Lugareño* aquel testimonio de su celo al esclarecido Varela, no hizo más que ceder a un sentimiento profundo de gratitud, de justicia, de amor a su suelo; pues mientras se piense en la tierra de Cuba, se pensará en quien nos enseñó primero en pensar.⁹ JOSÉ DE LA LUZ

Habana, 20 de abril de 1840.

PS. Para que se cerciore el señor *Ciudadano* y todo el mundo de que no soy ciego respecto a la obra del señor Varela, a pesar de mi aprecio por ella y amistad por él, lea algunos artículos publicados en estos días por Filolezes en el *Diario* de esta ciudad.¹⁰

7. “Acuérdome que cuando [Luz] me escribió que enseñaba la Física, antes que la Lógica, le contesté que encontraba en ello una ventaja... enseñándoles al mismo tiempo Lógica sin que lo perciban” (Carta de Varela a M. G. del Valle de octubre 22 de 1840) (Alfredo Zayas.).

8. “es de sabio mudar de parecer”.

9. Quiere decir Luz que *ante todo* nos enseñó a pensar; pues el primero que nos enseñó a pensar fue José Agustín Caballero (Roberto Agramonte).

10. Véase este volumen. (*N. de la E.*)

LI

SOBRE EL ALBEDRÍO

POR *FILOLEZES*

(*Diario de la Habana*, mayo 2 de 1840.)

Habana 1º de mayo de 1840.

Señor *Tierra adentro*

Muy señor mío: *uno verbo*.¹¹ Conviniendo con V. en que “hay hipótesis que ponen en duda la existencia del libro albedrío y la responsabilidad humana”, espero que también me confiese que aquí en la Habana nadie ha sustentado semejantes doctrinas, ni como hipótesis, ni como tesis. El que niega la libertad y la responsabilidad humana, niega unos hechos tan evidentes como el descenso de los cuerpos y la ley de la gravitación. Esta es la doctrina universal en nuestro suelo, y muy señaladamente la del *Elenco de Carragua*; y entonces, y antes, y después, y ahora la misma de su muy atento servidor: *Filolezes*

11. “en una palabra”.

LII

CONTRA LEÓN Y MORA Y EL COUSINISMO

POR *FILOLEZES**(Diario de la Habana, mayo 2 de 1840.)*

“Nemo vos decipiat in sublimitate
sermonum.”¹²

San Pablo

Señor don Domingo de León y Mora.

1º No tuve más objeto en citar al *Moderado* en contraste con *Cauto*, sino que el público se convenciera de la exactitud de los principios porque abogo y de la diferencia que versaba entre el que piensa y el que copia, para poner más de bulto las tendencias de una escuela que en filosofía prefiere la erudición a la investigación. Dice V. que en aquellos días ofendía yo “al sostenedor de una polémica...” Ya el público ha juzgado irrevocablemente quién fue el ofensor, y quién el ofendido, quién el vencedor y quién el vencido, y no renovemos más lágrimas. Y volviendo a nuestro asunto principal, dé V. traslado al público de sus artículos y de los de *Cauto*, y siempre que los imparciales y hasta los parciales no fallen que el último es un hombre que piensa y el otro un estudiante que copia, me doy por completamente derrotado, sin que por acá hayamos pretendido jamás ser originales: a lo que sí hemos aspirado es a manifestar que al recibir opiniones ajenas, les hemos hecho pagar la entrada en la aduana de nuestros entendimientos.

2º ¡Con que quien dice “que los principios de la Filosofía pseudoeclectica son principios de corrupción”, no aboga por la libertad de pensar! ¡No alcanzo la lógica del señor León y Mora! Creo que quien dice una cosa y la prueba, ha llenado cumplidamente su objeto. En repetidos artículos y señaladamente en los publicados en el Diario de Gobierno a fines de octubre pasado he demostrado de un modo invencible, no sólo a mi parecer, sino en dictamen de votos abonados, que es errónea y contradictoria, y constantemente errónea y contradictoria la filosofía de Cousin, pero lo que en principio es erróneo y contradictorio, y lastimosamente sofismático, es desvirtuador, corruptor del entendimiento de la incauta juventud: luego lo es eminentemente hasta del corazón el sistema de que tratamos: júzguese

12. “No os dejéis engañar por la belleza de las palabras”.

el árbol por sus frutos, como aconsejaba Jesucristo. Este sistema inspira a sus cultivadores hastío y repugnancia por el estudio de las ciencias físicas y hasta aversión por los que las profesan fuera de que vuelve hipócritas a los que ya van tocando el desengaño. Todo el favor que puede hacerse a Cousin y su escuela en esta parte, es concederles que se han propuesto hacer un bien con la mentira. Así lo demostraré hasta la última evidencia, y a mayor abundamiento, en mi crítica detallada de las ideas fundamentales de aquel caudillo, que empezará a ver la luz dentro de poco, y por cuadernos, para satisfacer cuanto antes a los amigos y enemigos.¹³

3º Nada he hecho en este mundo, señor León, digno de lo que se merecen la ciencia y la patria, dígolo con lo más íntimo del corazón; pero creí que harlo hacía un hombre de bien para probar a lisura en bajar a la arena a discutir y hasta a satisfacer a otro hombre que sin grave motivo le insultaba sobradamente.

Pero ahí mismo, al echarme en rostro que “el nombre de Cousin ha resonado por toda la tierra”, está V. proclamando el principio de la autoridad. Con mucha más razón que V. podría yo clamar ahora: “estamos en un siglo en que los pigmeos han perdido el miedo a los gigantes”. Pues no digo yo tanto, sino tan solamente, cual he propalado en todos mis pequeños escritos (tachados por vosotros de largos) que a pesar de ser el señor Cousin un hombre superiorísimo, sin comparación bajo todos conceptos, a este vil gusano de la tierra de Cuba, sin embargo, este mismo gusano le demuestra que es erróneo todo su sistema, o mejor dicho, que es imposible su sistema; y después de haber analizado pieza por pieza, partícula por partícula, su más notable producción, en concepto de vosotros mismos, su *Examen sobre Locke*, como verá pronto el público, este mismo gusano, al reparar en los distinguidísimos talentos del autor, le ofrecerá el siguiente dilema irresistible. “Vuestros errores provienen de falta de conocimientos físicos, o de falta de buena fe. Si lo primero, no sois competentes; si lo segundo, peor que peor. No puedo creer que ignore un francés instruido, a la cabeza de los estudios, y a mediados del siglo XIX, un francés que al principio perteneció a la escuela sensualista, los progresos y estado actual de las ciencias naturales: luego por aquí no hay disculpa, se hace, pues, forzoso buscar la causa, o en el mal temple de la cabeza, o en el no muy bueno del corazón. No puede achacarse el mal a lo primero, pues la cabeza ha dado buenas muestras de sí en otras y aún en esas mismas materias; luego venimos a parar en el plan, en el *arriére pensée*,¹⁴ bien intencionado, si se quiere, pero siempre con la intención de engañar, como se practica con los párvulos. Escoja V.

13. Anuncio de la *Impugnación* a Cousin.

14. “segunda intención”.

4º Repito que no me he vendido jamás por original, y menos podía aspirar a ello en el *Elenco de 1835*, que casi todo está extractado de la misma obra del señor Varela, y ni aún podía entonces ser de otra manera, debiendo consistir el Elenco en un resumen de las mismas materias del libro que servía de texto. En un opúsculo de esa naturaleza no puede haber más paternidad que la del arreglo y redacción y de cuando en cuando alguna centellita, alguna señal de vida que indique siquiera digestión. El negocio era probar, como lo he hecho en mis últimos artículos y continuaré haciéndolo, que mi Elenco no era cousinista, cual Vds. falsamente se atrevieron a proclamarlo. Nadie más que yo podía a mansalva haber recogido mies abundante de Alemania, y aun haberme dado importancia con introducir en mi país el idealismo de esa nación, a quien idolatro; pero he considerado en conciencia, a pesar de haberme tomado el trabajo de estudiarle, que podía más bien dañar que beneficiar a nuestro suelo. ¡Ojalá que esos hombres extraordinarios, honra de su país y de su siglo, a quienes sobran conocimientos, tuvieran todos un poco más de la ingenuidad y candor que no falta a su inferiorísimo *Filolezes!* ¡Cuántos más sólidos parabienes no tendría que darse la humanidad! ¡*Utinam!* ¡*Utinam!*¹⁵ *Filolezes.*

Mayo 1º de 1840.

LIII

SOBRE LA CÁTEDRA DE FILOSOFÍA MORAL

POR *EL ESTUDIANTE*

(*Diario de la Habana*, mayo 6 de 1840.)

Señor *Otro estudiante.*

Dice V. en su comunicado de 28 del pasado que la clase de Filosofía Moral se instala en virtud de la ley 6ª, título 4º, libro 8º, de la Novísima Recopilación; y esta ley ni ha podido, ni debido, servir de fundamento para la instalación de dicha clase. Primero, porque esa disposición fue especial, dirigida a la Universidad de Valencia, sustituyendo a las dos cátedras de Derecho público, natural y de gentes mandadas suprimir por la ley ante-

15. "¡Ojalá! ¡Ojalá!"

rior, la de Filosofía Moral; segundo, porque de su literal contexto se deduce que en aquella Universidad no estudiaban los cursantes de derecho Filosofía Moral, sino Lógica solamente; tercero, porque V. y todos saben que nosotros estudiamos Lógica, Metafísica y Moral antes de pasar a derecho, requisito indispensable y que sin excepción alguna se cumple; cuarto, porque de otro modo se hace muy reparable que esa ley estuviese hasta ahora incumplida, en el caso no concedido de que fuese general, de que hubiésemos carecido de dicha clase; quinto y último, porque si en la provisión interina de la Cátedra se ha atendido a la ley citada, puesto que ella ordena terminantemente que el que la desempeñe sea doctor Teólogo, o Canonista, y ni lo uno ni lo otro es el designado para regentarla.

Lo demás que V. dice sobre la utilidad de la clase es inconducente a las preguntas; quedan, pues, en todo su vigor, y yo esperando saber cual es la disposición soberana fundamento de esa clase, si previene que sea obligatoria la asistencia de los estudiantes de 1º y 2º curso de derecho; y si comprende a los que actualmente se hallan en este caso.

Es de V. y agradece sus buenos deseos. *El Estudiante*

LIV

CONTRA DOMINGO DE LEÓN Y MORA Y EL COUSINISMO (II)

POR *FILOLEZES*

(*Diario de la Habana*, mayo 10 de 1840).

Señor don Domingo de León y Mora.

1º No venga V. a enturbiar lo más claro ni a envenenar lo más inocente. Tal cual yo sea, jamás me he dado por lo que soy. En un Elenco así como en una obra elemental que abrace todos los ramos de la ciencia no es posible aspirar a la originalidad, si se quiere ser completo, mucho menos cuando una buena parte del programa representa el curso dado por el libro que sirve de texto.¹⁶ Así es que en los Elencos suelen no citarse ni los autores que se siguen, ni los que se impugnan, por considerarse semejantes documentos como una guía del examen, o cuando más como un auxilio para que

16. El de Varela, *Lecciones de Filosofía*.

los alumnos recuerden las materias. Estaba reservado para *Filolezes* el que se le reputase plagiarlo en aquel mismo género de escritos en el cual ni aún a los que no han dado señal de vida propia, se les ha tachado como tales. ¡Esa es la imparcialidad de sus impugnadores! Ni defenderme quiero respecto de la parte que haya tenido yo en mis Elencos: yo no he pretendido ser original, pero sí pensador y digeridor; pues confieso que por mucho que me acomoden las doctrinas de un autor, no tengo la fortuna de que me guste todo, todo, así en la forma como en el fondo, *totalitate totali*,¹⁷ cual acontece a algunos ecléticos habanenses, entre quienes descuella conspicuo el señor don Domingo de León y Mora.

2º “Que no he probado que los principios ecléticos son principios de corrupción para el entendimiento”, me dice V. Parece que no ha leído cuanto sobre estas materias tengo escrito de veinte meses a esta parte, ni ha tenido noticia del tenor de mis inaugurales, ni de las sabatinas semanales en la clase de San Francisco, y muy señaladamente de mi último discurso de apertura, en el cual me esforcé por corresponder al título que le impusiera: *De causis corruptae philosophiae*.¹⁸ Pero, pues, que todos esos esfuerzos son vanos en concepto de V., no queda más arbitrio que recurrir a la propuesta que le hice en mi primera contestación: a saber, demostrársela a V. a viva voz y a libro abierto, en público, o en privado, cada y cuando le acomode, y no hablemos más. Ni me diga que aguardará a la publicación de mis notas a Cousin; porque cuando V. continúa empeñado en amenguar mi opinión sin impugnar mis opiniones, después de cuanto llevo escrito, y aún se atreve a propalar de fresco su sentir sin suspender el juicio hasta nuevos datos, si es que le faltan, para hombre tan impaciente como tenaz no resta otro camino que llamarle cuanto antes a capítulo.

3º Si me faltaran pruebas para juzgar de las facultades digestivas de V. me las ofrecería abundantes ese su tercer párrafo, donde afirma expresamente que el proyecto del *Instituto Cubano* fue concebido a imitación de Cousin; cuando se atreve a sustentar que uno es el espíritu del que extendió ese informe y otro el de quien escribe los artículos firmados *Filolezes*. Diga el público entero de la isla de Cuba, y digan cuantos tal papel leyeren, si desde el epígrafe tomado de Verulamio hasta la conclusión, han visto un ataque más directo a los estudios puramente metafísicos y aún meramente literarios. Luego una de dos, o V. no ha pasado de la superficie, o si ha penetrado, falta a su fe y a su conciencia. Uno mismo es el hombre de 1833 y el de 1840.

4º Cousin es un gigante: Filolezes un pigmeo: tengo la gloria de que nadie lo dijo primero que yo: pero “son calumnias las que levanto a Cousin en increparle con que es falaz y falto de candor hasta no más” —dice V. Mas

17. “totalmente”.

18. “Sobre las causas de la decadencia de la filosofía”.

no es eso precisamente lo que digo yo: es una alternativa, muy difícil de contestar, en la que yo le pongo: “o no sabes palabra del estado actual de las ciencias, o careces de la inteligencia más común, o eres un sistemático incurable, o no procedes de buena fe. Elige”.

5º Valor es menester para decir que me he llevado de encuentro a mis candorosísimos y leales alemanes, como osa V. publicarlo en su párrafo cuarto; y esto cuando en las mismas discusiones que están frescas en la memoria del público, acabo de distinguir, no como quiera, en general, entre escuelas y escuelas, entre filósofos y filósofos, sino hasta individualmente entre Kant y Cousin! ¡Así se atreve V. a faltar a la verdad ante el público que nos ha de juzgar! Y con esto basta, y aún sobra para semejante adversario de parte del ingenuo Filolezes.

Habana, mayo 8 de 1840.

LV

EL CIUDADANO DEL MUNDO A DON JOSÉ DE LA LUZ. SALUD

(*El Correo de Trinidad*, jueves 21 de mayo de 1840.)

Muy señor mío: Cuando estampé la proposición que sirve a Ud. de motivo para dirigirme su Comunicado que remitió desde la Habana para que lo inserten en la *Gaceta de Puerto Príncipe*, no creí que mis palabras pudiesen lastimar el buen nombre de usted. Pero, desgraciadamente, parece haberme equivocado en ello, no por el agravio que de ellas le resulta, supuesto que le hacen honra, sino por el sentido en que las ha recibido; y será, por tanto, lo único en que, al presente, tengo que variar de dictamen. Comienza usted diciendo: “Grande es el honor que usted nos dispensa al señor Varela y a mí al insinuar que, no obstante nuestra íntima amistad, diferimos en opiniones filosóficas”, pero (añade Vd.) esta proposición, así aisladamente presentada y, sobre todo, concebida en los términos que Vd. lo ha hecho, merece más de una rectificación”. Yo, señor de la Luz, en caso de duda diría: que tomada la proposición aisladamente, pudiera admitir ser rectificadas, pero concebida en los términos que lo hice, no necesita exposición alguna. Usted juzga, por la inversa, y, para ver con claridad cual de los dos labora en concepto equívoco, la examinaremos más de cerca por varios aspectos.

Sea el primero por lo que Vd. mismo confiesa. Yo había dicho: “Hasta don José de la Luz Caballero que, según tengo noticias, es, quizá, más amigo que Vd. (El Lugareño) del señor Varela, no sigue su filosofía, prueba evidente de que no está acorde ni con su método, ni con sus doctrinas filosóficas”. Aquí tenemos antecedente y consecuencia. Usted, en el hecho mismo de dejar pasar el antecedente y decir, en seguida, que yo llevé la consecuencia demasiado lejos de mi premisa, en buen castellano, es decir que “accede al antecedente”. Yo suplico a todo el que tenga nociones de las reglas de lógica que vea con imparcialidad si la consecuencia está contenida en el antecedente, y que diga, si concedido el antecedente, debe concederse la consecuencia contenida en él. Y así verá, por sus mismos ojos, que mi consecuencia no la llevé lejos de la premisa.

Pasemos a examinarla según los términos en que está concebida. Mi argumento está expresado por un entimema; y cuando hay duda en este modo de argüir, se reduce el silogismo a tres proposiciones. Hagámoslo en nuestro caso y diremos: Todo el que, de alguna manera, se separa del método y doctrinas de un autor; no puede decirse, con propiedad, que está acorde ni con el método, ni con las doctrinas del tal autor; es así que don José de la Luz no está acorde ni con su método, ni con sus doctrinas. (*Omnis pulchritudinis forma, unitas est*), dice San Agustín. Usted confiesa que se separa de algunas cuestiones del señor Varela y, aun de su método, como dice “la menor”; luego, la “consecuencia” se deduce inmediatamente de las premisas y es verdadera.

Hablemos, ahora, en el sentido en que aparece vertida mi proposición. Sé que este modo de analizar las proposiciones con tanta escrupulosidad no agrada a muchos que se precian de analizadores de la naturaleza; pero lo cierto es que así aparece la verdad con todo su esplendor cuando ocurren algunas dudas. Había dicho El Lugareño: “A propósito de educación secundaria, quiero hacer una advertencia de gran trascendencia para la juventud trinitaria. Sé que se trata de abrir una clase de Filosofía en Trinidad, y que el Lector no está acorde con el método y algunas doctrinas filosóficas de nuestro Varela”. Siguen después las lindezas que pueden verse en su artículo “Continuación del viaje” relativo a este punto, inserto en el *Correo de Trinidad* de 15 de marzo y, en el 9 de abril, en mi contestación a su artículo “satisfactorio” —entre comillas—. Yo procuré vindicarme y, al instante, entre otras razones dije así: “Señor Lugareño: ¿ha visto usted algún precepto divino o humano que mande explicar la Filosofía, sólo la Filosofía, y nada más que la filosofía de Varela?; porque, en este caso, no debía Vd. acusarme a mí solo. (Puede verse el citado periódico de 19 de marzo.) En su mismo lugar de Vd., se ha explicado Filosofía que no ha sido de Varela, y en la Habana son pocas las casas de estudio en que se sigue”.

Con objeto de corroborar este argumento, aunque para el intento tiene toda la fuerza necesaria, añadí: “Hasta don José de la Luz Caballero etcé-

tera”. ¿Por qué, pues, no acusa usted a todos estos?... Vea usted, señor don José de la Luz, el sentido en que está concebida la proposición. Términos que, precisamente, se refieren a las palabras del Lugareño, “sé que el Lector no está acorde con el método y algunas doctrinas filosóficas de nuestro Varela”. Luego, si, en sentir del Lugareño, “por no estar yo acorde con el método y algunas doctrinas del señor Varela (que, en cuanto al todo de sus doctrinas, dijo luna verdad), no sigo su Filosofía”. Usted, que tampoco está acorde con el método y algunas doctrinas de su maestro, se deja entender bien que tampoco la sigue. ¿Es posible que no hiciese alto en las expresiones de su amigo respecto de mí y que lo haya hecho en las mías respecto de usted? ¿Por ventura, de que las palabras del uno y las del otro difieran alguna cosa en lo material, el sentido que hacen las unas y las otras, no es el mismo? ¡Lo que es mirar las cosas con imparcialidad!

Pasa usted a probar al punto y dice: “no por discrepar yo en algunas pocas opiniones de las del señor Varela, puede asentarse, con fundamento, que no sigo su Filosofía, palabra bajo la cual se encierra todo un sistema de doctrina”. Pudiera decir lo primero que, acaso, no son tan pocas las opiniones en que usted discrepa de su maestro como usted se figura. Pero, sea de esto lo que fuere, pues que, según este modo de discurrir, yo también diría que sigo su Filosofía. Digo lo segundo: que la palabra filosofía aunque tomada generalmente abrace todo un sistema de doctrinas, en los términos o sentido que yo la produce, y que está recibido entre los literatos, no precisamente abraza todas las doctrinas. Por lo que basta que usted difiera de algunas pocas opiniones de su maestro, para poder decir, con propiedad, que no sigue su Filosofía. Pues que ello es cierto que los tomistas, los escolistas y los ocamistas están acordes, como sus maestros, en la mayor parte de las doctrinas; y ni los tomistas han dicho jamás que siguen las doctrinas del sutil maestro, ni los escotistas han dicho que siguen las doctrinas del Angélico Doctor, ni los ocamistas, las del uno ni del otro. Y, en Filosofía, lo mismo viene a suceder con los gasendistas; cartesianos y newtonianos. Verdad es ésta que no creo se le ocurriese a Ud.; y que, por lo tanto, si le ocurrió que de la comparación que yo hice entre el señor Varela y Vd. se menoscababa en algo el buen nombre de alguno de los dos, podía Vd. haber hecho la misma distinción que hace en su “Comunicado”, pues que, al fin, confiesa que, efectivamente, difiere en algunas opiniones de las de su maestro; y, para esto, no era necesario que me dirigiese a mí su artículo exigiendo que me desdiga de una equivocación que no he padecido, por lo menos, en los términos y sentido que vertí mi proposición.

Pero ya se ve. El señor A. de la O., a quien Vd. dirige su “Comunicado” para que, en Puerto Príncipe, se insertase en la *Gaceta*, dice expresamente “se lo remitió para tener el placer de defender al Lugareño en su propio terreno —el Camagüey—, donde fue suscitada la cuestión. Y, ciertamente que, al dar a su artículo el título de defensa, yo, si llegase el caso de tener

que defenderme, no nombraría a dicho señor A. de la O. por defensor mío, porque, me parece que debe entender poco en esto de defensa. Pero, pase-mos adelante. Cita Vd. en prueba de su dicho cierto número de opiniones en que conviene con su maestro; y yo digo que, si esta razón vale también, podré decir que convengo con su Filosofía. No obsta el decir que tiene en su clase la obra del señor Varela para explicar a los jóvenes.

Yo también he llevado a la clase el Altieri; y no he explicado por él más que aquellas cuestiones en que convenía con el Jaquier; y, alguna vez, me he separado del uno y del otro. Y, por lo que toca a las opiniones en que usted dice que conviene con el señor Varela, como, igualmente, sobre la recomendación que me hace en su posdata para que lea los artículos de Filolezes que salen en *Diario de la Habana*, le diré, con franqueza, que tengo acá mis razones para no convenir con Vd.; y que, respecto a la consecuencia que Vd. tacha en la rectificación de su primer lugar, digo: que concedido el “antecedente”, no sé que haya una razón para tachar la “consecuencia” contenida en él, según las reglas de la buena lógica; por lo que puedo concluir que, en esta parte, no tengo motivos para variar de dictamen, pues que, mirada por todos sus aspectos y, con más particularidad, en los términos o sentido que yo la dije, ella es verdadera.

Examinemos ahora la rectificación que Vd. hace en segundo lugar, “Muy probable es —dice Vd.—se haya figurado el señor Ciudadano del mundo que, por traer el señor Varela su Lógica y Moral antes de la Física en sus lecciones de Filosofía, y haber yo sostenido y, a mi parecer, probado que las ciencias físicas deben estudiarse, previa e independientemente, de las llamadas Morales, defiramos completamente de la cuestión de método u orden en la enseñanza. Y, a fe que, en esta parte, ha tenido motivos para juzgar así el señor Ciudadano que no encontrará en mí más que justicia e imparcialidad”. Luego, si en esta parte tengo motivos para juzgar que Vd. no está del todo “acorde con el método del señor Varela”, tampoco los tengo para variar de dictamen sobre lo que he dicho. Nada importan las razones que Vd. alega sobre si el señor Varela tuvo o no restricciones para guardar aquel orden. Lo cierto es que él pone su Lógica y Moral antes de la Física, y que esto lo hace, no solamente en la impresión de su filosofía que hizo en la Habana en 1818 y 19, sino, también, en su segunda edición de 1824, hecha en Filadelfia, en donde no puede decir que tenía tales restricciones; luego, no podemos sacar de su filosofía —que es de la que hablamos— que actualmente asienta con Vd.

Concluye su párrafo diciendo: “sea de ello lo que fuere, sepa el señor Ciudadano del mundo que me cabe la honra de contar hoy al señor Varela entre los decididos partidarios del método de enseñar Física primero que Psicología, según me lo ha manifestado expresamente en carta escrita meses hace desde New York, y que no tengo ahora a la vista, por mas señas que en ella me agrega —si la memoria no me es infiel—, que “era,

en todo, de mi opinión, y, acaso también por otras razones (ni quito ni pongo) que no había yo alegado”, o cosa semejante, pues recuerdo el “espíritu más que la letra”. A lo que puedo responder, sepa el señor don José de la Luz, que, si esas son ahora las intenciones o modo de pensar del señor Varela, los que leemos un libro no nos hemos de llevar por lo que, actualmente, piensa o puede pensar el autor, sino por lo que, efectivamente, consta en el libro.

En una palabra, concluye usted, diciendo: “Así que creyendo haber llenado todo mi propósito de rectificar el equivocado concepto en que labora el señor Ciudadano del mundo respecto de mis opiniones filosóficas en cotejo con las de mi ilustre maestro, concluyo esperando de su justificación se sirva aplicar al caso la preciosa máxima tan oportunamente invocada por El Lugareño, por ese patriota a toda prueba, que todo se vuelve hidalguía y buena intención de *“sapientis est mutare concilium;* y sepa el Ciudadano y sepa el mundo que, al rendir el modesto Lugareño aquel testimonio de su celo al esclarecido Varela, no hizo mas que ceder a un sentimiento profundo de gratitud, de justicia, de amor a su suelo, pues, *mientras se piense en la tierra de Cuba, se pensará en quien nos enseñó primero a pensar”*.”

Aquí, afirma usted de una manera positiva, que yo laboré en un concepto equivoco. Pregunto, señor Caballero, ¿en donde está la equivocación? ¿Sólo usted es el que la ha encontrado? Dos clases de personas podemos decir que leen los papeles públicos: unas, ilustradas; ignorantes o alucinadas, otras. De los ignorantes o alucinados, poco me puede importar su dictamen sobre la materia, si es que alguno ha advertido haber esa equivocación. Y, por lo que toca a los ilustrados, me parece que tampoco la habrá visto, excepto aquellos que, por la pasión hacia su amigo, miran este asunto con parcialidad. Porque ello es cierto que la razón no tiene mas que un camino, y que la verdad aparece por sí misma. Y los ilustrados, aunque saben como Vd. que las expresiones *seguir filosofía* (del señor Varela), tomadas aisladamente, abrazan todo un sistema de doctrinas, saben también que, sobre todo, en los términos que yo las dije, y que acabo de manifestar, no abrazan todo el sistema. Y, en prueba de esta verdad, que usted mismo las distingue en su rectificación; luego conoció Vd., que pueden tener dos sentidos; y que, uno de ellos, me favorece a mí; y, en este caso, debo decir a Vd. es, por demás, la advertencia que me hace de que *espera de mi justificación que mude de dictamen*. Siendo la razón de esto el que no tengo motivo para ello. Por lo que toca a la máxima citada por El Lugareño, que usted recomienda tanto, debo decirle que ha llegado muy tarde; y que ésta es una prueba de que usted sólo ha mirado las cosas por encima. Vea usted la razón: yo había dicho al Lugareño en mi primer “Comunicado” que esperaba me diese una satisfacción. Para esto, le cité el adagio: *sapientis est mutare concilium*. El

Lugareño hizo uso de él en su artículo satisfactorio; ahora vuelve usted a alegar encominándola oportunidad con que la invocó el Lugareño; yo podré, en retorno, recordársela a usted para que la aplique a sí mismo, convencido de que no laboré en un equívoco, y los imparciales conocerán, quién de los tres, la ha invocado con más oportunidad.

Sigue usted elogiando las prendas del señor Lugareño en los términos arriba expresados. En ellos manifiesta que el Lugareño no hizo más que ceder a un sentimiento profundo de gratitud, de justicia y de celo hacia el esclarecido Varela. No hay duda que es cosa muy laudable el amor a nuestros maestros y el celo por su buen nombre; mas, para esto no es necesario exceder los límites de la justicia. Yo había dicho al Lugareño en conversación particular, hablando de la filosofía de Varela, que *no era santo de mi devoción*. Si el Lugareño concibió que, en esto, lastimaba el buen nombre de su maestro, podía, allí mismo, haberme requerido; y, entonces, le hubiera satisfecho explicándole lo que queremos decir con esta expresión cuando se trata de doctrinas, pues que usted sabe que, con ella, damos a entender que no convenimos con tal o cual autor; esto es, con sus doctrinas, para lo cual no es necesario que sus doctrinas difieran en todo de las nuestras, sino que basta que discordemos en algunas. Así es que muchos teólogos dicen de la Teología de Lugdonense lo mismo que yo dije de la Filosofía de Varela, siendo así que son bien pocas las cuestiones en que el Lugdonense disiente de otros autores escolásticos. En esta virtud, ¿será hidalguía en el señor Lugareño el haber dejado entonces pasar la conversación sin exigir que *yo satisficiese* el buen nombre de su maestro (en caso que juzgase le hubiese agraviado), y sacarme, después, a relucir en un papel público en los términos que lo hizo sin haber otro motivo ni antecedente? Y, en vista de esto, ¿podría yo juzgar que, en ello, había esa buena intención? Acudí, pues, a mi defensa; y el Lugareño ha dicho que no fue su ánimo lastimar mi opinión en su artículo “Continuación del viaje”; y, por último, en su artículo “Contestación al Solitario” ha dicho estas palabras, hablando sobre nuestras contestaciones: que su mejor partido es callar. Por esto, y porque soy, en esta parte, de la opinión del señor Varela, quien en su Lección IX de la edición de Filadelfia, tomo primero, hablando sobre las disputas literarias, dice así: “Sólo debe disputarse cuando se espera alguna utilidad, pues no hay cosa más ridícula que un hombre que disputa sobre todo”; y más abajo: “procuren los jóvenes meditar mucho y disputar poco si quieren rectificar su espíritu”.

Conociendo yo que de estas disputas o contestaciones, la utilidad debe ser ninguna, y las desazones, muchas, protesto: que desearía, por una parte, el que los que se precian de seguidores y defensores del señor Varela, tuviesen presentes estas doctrinas de su maestro. Y, por otra parte, protesto que, en atención a haber cedido El Lugareño, no es mi ánimo a él ni en las palabras que anteceden, ni en las que seguirán después y por las cuales pudiera tal vez creer que uso de alguna invectiva.

Hablo en este lenguaje por lo que pueda importar a mi defensa respecto al espíritu con que Vd. puede verter las expresiones de hidalguía, buena intención y patriota a toda prueba; porque las tales expresiones, para que supiese el mundo y el Ciudadano que El Lugareño es agradecido y amante de su maestro, no sé que tengan relación con la rectificación que Vd. hace. De aquí es que, si Vd. las vertió con relación al nombre supuesto del Ciudadano del mundo, figurándose que yo pueda ser uno de aquellos genios que, al sentar: “el hombre debe ser ciudadano del mundo”, entiende que el hombre no ha de atender a los intereses de su patria, por más justos que sean, siempre que se opongán al goce de sus placeres o a la adquisición de intereses personales, es decir, que pueda vender o sacrificar a su patria sin escrúpulo, siempre que, de ello, le resulte algún interés. Lejos de mí tan perniciosas ideas; yo abomino unos sentimientos tan bajos. Y en mi artículo, inserto en el periódico de esta ciudad del 19 de marzo, di bien a entender el sentido sano de aquellas palabras, cuando dije: “aunque yo soy también amante de mi lugar, no obsta para que, en dondequiera que me halle, procure ser útil a mis semejantes, sirviéndoles en lo que pueda”. Hecha esta aclaración, digo que, tomada la palabra *patriota* en el sentido que explica el señor Varela, lo que es verdaderamente patriotismo en su Lección XVII de la edición de Filadelfia, tomo primero, tratado del hombre, no cedo, en esta virtud cívica, ni aun a muchos de los que se titulan patriotas; y, como no todos tengan la filosofía de dicho señor, no será fuera de propósito copiar aquí sus mismas palabras. A bien que los lectores me dispensaran por el placer que deben sentir al escuchar una doctrina tan sana de su esclarecido maestro.

Patriotismo

“Al amor que tiene todo hombre al país en que ha nacido y el interés que toma en su prosperidad, le llamamos *patriotismo*. La consideración del lugar en que, por primera vez, aparecemos en el gran cuadro de los seres, donde recibimos las más gratas impresiones que son las de la infancia por la novedad que tienen para nosotros todos los objetos y por la serenidad con que los contemplamos cuando ningún pesar funesto agita nuestro espíritu; impresiones, cuya memoria siempre nos recrea; la multitud de objetos a que estamos unidos, de naturaleza, de gratitud y de amistad; todo esto nos inspira una irresistible inclinación y un amor indeleble hacia nuestra patria. En cierto modo nos identificamos con ella, considerándola como nuestra madre, y nos resentimos de todo lo que pueda perjudicarla. Como el hombre no se desprecia a sí mismo, tampoco desprecia, ni sufre que se desprecie su patria que reputa, sí, puedo valerme de esta expresión, como parte suya. De aquí procede el empeño en defender todo lo que la pertenece, ponderar sus perfecciones y disimular sus defectos.

“Aunque establecidas las grandes sociedades, la voz patria no significa un pueblo, una ciudad, ni una provincia, sin embargo, los hombres dan

siempre una preferencia a los objetos más cercanos, o por mejor decir, más ligados con sus intereses individuales; y son muy pocos los que perciben las relaciones generales de la sociedad, y muchos menos los que, por ellas, sacrifican las utilidades inmediatas o que les son más privadas; de aquí procede lo que suele llamarse provincialismo, esto es, el efecto hacia la provincia en que cada uno nace, llevado a un término contrario a la razón y a la justicia. Sólo en este sentido, podré admitir que el provincialismo sea reprehensible, pues a la verdad, nunca será excusable un amor patrio que conduzca a la injusticia, más, cuando se ha pretendido que el hombre, porque pertenece a una nación tome igual interés por todos los puntos de ellas, y no prefiera el suelo en que ha nacido o a que tiene ligado sus intereses individuales, no se ha consultado el corazón del hombre, y se habla por meras teorías que no serían capaces de observar los mismos que las establecen. Para mí, el provincialismo racional que no infringe los derechos de ningún país, ni los generales de la nación, es la principal de las virtudes cívicas. Su contraria, esto es, la pretendida indiferencia civil o política es un crimen de ingratitud que hoy se comete sino por intereses rastreros por ser personalismos o por un estoicismo político el más ridículo y despreciable.

”El hombre todo lo refiere a sí mismo y lo aprecia según las utilidades que le produce. Después que está ligado a un pueblo, teniendo en él todos sus intereses, ama los otros por el bien que pueden producir al suyo, y los tendría por enemigos, si se opusiesen a la felicidad de éste donde tiene todos sus goces. Pensar de otra suerte es querer engañar voluntariamente.

”Suele, sin embargo, el desarreglo de este amor tan justo conducir a gravísimos males en la sociedad, aun respecto de aquel mismo pueblo que se pretende favorecer. Hay un fanatismo político que no es menos funesto que el religioso, y los hombres, muchas veces, con miras, al parecer, las más patrióticas, destruyen a su patria encendiendo en ella la discordia civil por aspirar a injustas prerrogativas. En nada debe emplear más el filósofo el tino que sugiere la recta Ideología que en encaminar las verdaderas relaciones de estos objetos, considerar los resultados de las operaciones y refrenar los impulsos de una pasión que, a veces, conduce a un término diametralmente contrario al que apetecemos.

”Muchos hacen del patriotismo un mero título de especulación, quiero decir, un instrumento aparente para obtener empleos y otras ventajas de la sociedad. Patriotas hay (de nombre) que no cesan de pedir la paga de su patriotismo; que le vociferan por todas partes, y dejan de ser patriotas cuando dejan de ser pagados. ¡Ojalá no hubiera yo tenido tantas ocasiones de observar a estos indecentes traficantes de patriotismo! ¡Cuánto cuidado debe ponerse para no confundirlos con los verdaderos patriotas!

”El patriotismo es una virtud cívica que, a semejanza de las morales, suele no tenerla el que dice que la tiene; y hay una hipocresía política mucho más baja que la religiosa. Nadie opera sin interés; todo patriota quiere merecer de su patria, pero cuando el interés se contrae a la persona en términos que esta no le encuentra en el bien general de su patria, se convierte en depravación e infamia. Patriotas hay que venderían su patria si les dieran más de lo que reciben de ella. La juventud es muy fácil de alucinarse con estos cambia-colores y de ser conducida a muchos desaciertos...”.

Y más abajo dice:

”Otro de los obstáculos que presenta al bien público el falta de patriotismo consiste en que, muchas personas, las más ineptas y, a veces, las más inmorales, se escudan con él disimulando el espíritu de su especulación y el vano deseo de figurar. No puede haber un mal más grave en el cuerpo político; y en nada debe ponerse mayor empeño que en conocer y despreciar estos especuladores. Los verdaderos patriotas desean contribuir con sus luces y todos sus recursos al bien de su patria; pero siendo éste su verdadero objeto, no tienen la ridícula pretensión de ocupar puestos que no pueden desempeñar. Con todo, aun los mejores patriotas suelen incurrir en un defecto que causa muchos males, y es figurarse que nada está bien dirigido cuando no está conforme a su opinión. Este sentimiento es casi natural al hombre, pero debe corregirse no perdiendo de vista que el juicio en estas materias depende de una multitud de datos que no siempre tenemos, y la opinión general cuando no es abiertamente absurda, produce siempre mejor efecto que la particular aunque esta sea más fuerte.

”El deseo de encontrar lo mejor nos hace, a veces, perder todo lo bueno. Suelen también equivocarse aun los hombres de más juicio en graduar, por opinión general, lo que sólo es del círculo de personas que los rodean, y procediendo con esta equivocación, dan pábulo a un patriotismo imprudente que les conduce a los mayores desaciertos. Se finje, a veces, lo que piensa el pueblo arreglándolo a lo que debe pensar, por lo menos, según las ideas de los que gradúan esta opinión; y, así, suele verse con frecuencia un triste desengaño cuando se ponen en práctica opiniones que se creían generalizadas.

”Es un mal funesto la preocupación de los hombres, pero aun es mayor mal su cura imprudente”.

Hasta aquí el señor Varela, quien termina su lección con unas palabras de Watts relativas a la materia, y yo terminaré también diciendo que abrazo con ambas manos esta doctrina del señor Varela, y que, en este sentido, sean cuales fueren las pruebas de patriotismo que tenga dadas el amigo a quien dirige esta expresión, no creo yo ser digno de reprensión en esta parte cuando reflexiono sobre mi conducta en la materia. Pero, ¿qué digo? Ni cambiaré tampoco los documentos que conservo en mi poder y que

manifiestan no carecer de esta virtud cívica. Por lo que creo haber satisfecho a la solicitud de Vd. manifestándole que, sin menoscabar su opinión, no tengo motivo de variar mi dictamen.

Siendo de Vd. su afectísimo servidor que atento b.l.m. *El Ciudadano del mundo*.

LVI

EL YO

POR EL FRENÓLOGO [MANUEL GONZÁLEZ DEL VALLE]¹⁹

(*Noticioso y Lucero*, mayo 23 de 1840.)

Si se me preguntare cuándo tengo conciencia de mí, y sé quien soy, respondería: cuanto me reconozco un ser sensible, pensador y detivo estos datos me bastan para afirmar que existo, que me poseo a título de Yo. Este es el saber primero, el fundamental y necesario de toda ciencia sobre nosotros mismos.

Si hubiera un hombre dotado de las formas corpóreas de tal, pero que ni se conociese ni se poseyera, existiría para nosotros, más no para él mismo.

El lenguaje vulgar certifica con una palabra nuestras observaciones. De un hombre a quien le ciega la cólera le arrebató el furor o no sabe lo que hace, se dice que está fuera de sí, que está enajenado o que ha perdido el poder personal de su Yo. El sentido que dan fisiólogos y médicos a este vocablo *enajenamiento*, podía ampliarse a significar todos aquellos estados en que el cuerpo organizado vive sin padecer quebranto ni interrupción en el desempeño de las funciones vitales y sensitivas; aunque la conciencia del Yo sufre un colapso completo momentáneo o permanente. Mientras dura el sueño no nos poseemos, por padecer cierta especie de enajenamiento en que el poder personal se halla como en suspenso; pero desde el instante que pasa el sueño, o que lo interrumpimos, vuelve aparecer la autocracia del Yo con el esplendor de su albedrío en el uso de las facultades que reconocen su imperio.

19. Por el estilo lacónico y la naturaleza del tema, es de M. G. del Valle, pues fue tema que quedó pendiente. Aquí comienza una subpolémica, pero ligada al Eclecticismo. (Roberto Agramonte.)

¿Y cómo saber el estado de enajenamiento o el tránsito del imperio propio al dominio de la materia? Hay una señal, y es la cesación duradera o breve de nuestra voluntad o de la fuerza del Yo, aunque sigan sin novedad las funciones del organismo animal.

Por tanto, deben considerarse en la vida humana dos esferas, la del organismo y la del espíritu, debiéndose dar su parte al Yo, sin desconocer la que le corresponde al hado. Si el Yo doma y vence a algunos impulsos ciegos de la animalidad, y tiene una vasta jurisdicción donde se resuelve o se abstiene, hace y deshace, campeando triunfante con su voluntad, no hay que negar por eso los tristes casos en que tiene que sucumbir a la fatalidad a más no poder. Pero el espíritu es superior a la materia como Dios es superior al mundo. EL FRENÓLOGO

LVII

OTRA PIEZA JUSTIFICATIVA DE LA MISMA ESTOFA, Y HASTA *ULTRA-PETITA*.²⁰ SOBRE EL ECLECTICISMO POR P. LEROUX

POR ELÍAS REGNAULT
(TRADUCIDO)

(Diario de la Habana, mayo 23 de 1840.)

El ecléctico en filosofía es hombre que no tiene tradición ni término; forma la filosofía como se forma la química: nos dirá cuales son las ideas simples, y cuales las compuestas; ostentará la estéril nomenclatura de las facultades intelectuales, y las dividirá así como los cuerpos brutos en géneros y especies. Pero no le exijáis lo coordine todo bajo un principio único, o lo reduzca a una ley general: su principio consiste en no tener ninguno, y su ley en postrarse ante todas las leyes.

Trasládese por un instante a nuestro hombre sobre el terreno político, y de antemano se puede ya escribir su historia. Jamás preguntará lo que debe ser; se ha olvidado ya de lo que ha sido; pero se constituye humilde esclavo de lo que es. Ser ved ahí, en su concepto, la legitimidad: no porque a sus ojos lo pretérito pueda tener nada vituperable, o el porvenir nada reprehensible; no tal, es lisa y llanamente porque lo pasado ya no reina (lo

20. "más de lo pedido".

pasado, pasado) y lo futuro no reina todavía. Así que, sabe acomodarse a las mil maravillas con los despojos de cuanto fue y las esperanzas de cuanto será. Plántenme al ecléctico entre dos fuegos, entre el espiritualismo y el materialismo y veremos como tiene cortesías para los dos: colóquese entre la monarquía y la república, y a cada una alargará la mano, alentándolas a darse un abrazo. Espíritu acomodaticio y acomodador por excelencia, él fue quien con Mr. Decazes inventó el contrapeso, o la cachumba; ajustó con Mr. Guizot combinar el catolicismo con el protestantismo, arrodillóse con Odilio Barrot a presencia de los hechos consumados, e imaginó con un tapado la monarquía rodeada de instituciones republicanas, cargando así el nombre de Lafayette con esa inicua patarata.

Atacando con vigorosa indignación a ese monstruo filosófico y político que llaman eclecticismo, acomete Leroux cuerpo a cuerpo al más aventajado representante de tal doctrina, así en filosofía como en política, a Victor Cousin. La vida y milagros científicos del profesor que se deja ir cabalgando y dando tumbos por sobre todos los sistemas, pasando por Atenas, Alejandría, Edimburgo, Berlín y la Sorbona, hasta llegar a las oscuras glorias del Luxemburgo²¹ es seguramente una de las historias más entretenidas que imaginarse pueden sobre la flexibilidad del espíritu humano. Viviendo de prestado en toda su dilatada romería, enjaezado con los trajes y colorines de todos los siglos y naciones, mezclando el politeísmo de los alejandrinos con el racionalismo de Kant, el idealismo de Fichte y el fatalismo de Hegel, se echó a buscar Cousin una palabra que pudiese comprender todo ese equipaje filosófico, palabra que se aplicase a todas las situaciones y a cuanto Dios crió: esa palabra fue el *eclecticismo*. “Púsose entonces, dice Leroux, a maniobrar y lucírsela con la palabra, y la palabra hizo su fortunilla, por venir de perlas a los politicones que se han encabestrado entre el antiguo régimen y la revolución. Acudieron, pues, muchos en su ayuda, y en algunos meses cátrate cuajado el eclecticismo. Esta nueva filosofía que trataban de levantar sobre las ruinas y con la sustancia de las religiones y de las filosofías, vino a parar en un miserable sincretismo político, y a reducirse a esta fórmula: “Tómese una dosis de monarquía, y otra de aristocracia, con su punta de democracia, y tendréis la restauración, o el justo-medio, y ese será el eclecticismo”.

Para tocar las consecuencias de esta vergonzosa abdicación del pensamiento, no es menester ir muy atrás. Tráigase a la memoria a Mr. Molé proclamando en la tribuna que su sistema consistía en no tener ninguno. Estaba reservado al gabinete de 12 de mayo una abnegación más omnívoda todavía, y descender en el termómetro de las nulidades hasta más abajo de cero.

Acontece, sin embargo, que esos tristes eunuocos de nuevo corte, se alucinan hasta el punto de tomar su movedizo servilismo por independen-

21. Alusión al local, y algo más, de la Cámara de los Pares. (N. del Autor.)

cia de opiniones; porque obedecen a todas las potestades de la tierra, se figuran no obedecer a alma viviente. Del mismo modo los filósofos ecléticos que beben de todos los sistemas sin decidirse por ninguno, blasonan y se glorían por cima de todo de permanecer independientes, absolutos sin sistema, ni cosa que se le parezca. Empero Leroux (y quien no es Leroux) les demuestre victoriosamente el error en que están los pobrecitos. Efectivamente ¿no es plantar un sistema el afirmar la repulsión de todo sistema? —sistema, ciertamente, miserable, mezquino, descansando en la duda y la incoherencia, y no mereciendo ni siquiera el título de eclecticismo; pero al fin y al cabo, siempre sistema. Así, pues, cuando los del 15 de abril y sus remedadores convienen en no tener sistema, convienen en que su sistema es atemperarse al sistema que maneja el poder; esto es, justificar de antemano cuantas pequeñeces, miserias, renunciados y apostasias se arrastran por las avenidas del poder.

Cuando llega Leroux a trazar la historia de las variaciones sucesivas del señor Cousin en filosofía y en política, le descargará recios golpes, le infiere heridas tan profundas, que casi se siente uno movido a implorar gracia por la víctima. Empero no es una pasión irreflexiva la que fuera capaz de inspirar tan terribles imprecaciones: no, no por cierto: es una santa cólera encendida en la lumbre de la ciencia vendida y entregada; sin pasar a creer que el sangriento azote hiera y se vibre a la ventura: armado con toda la potencia del razonamiento, cada vez que cae, arranca un girón de ciencia a ese pseudo-profeta, hasta no dejarle más que la vergonzosa desnudez del plagiario obligado a la restitución.

Por justa sin duda que sea, como lo es, la severidad de nuestro Leroux, harto se le notan quizá los arranques de unos discípulos que no perdonan a su maestro el haberles quitado las ilusiones que acerca de él mismo se formaran. Forzoso es haber puesto a un hombre en el séptimo cielo, para querer así rehundirle en el séptimo infierno. Y ahí verán Vds., señores, en achaque de ilusiones, siempre se divide el error entre embaucador y embaucado. ¿Pero por qué se quiere exigir a M. Cousin más de lo que su índole da de suyo? Vosotros creísteis en su ciencia: ¿quién os comprometía?; en su constancia política: ¿quién os obligaba? M. Cousin cosechó en la restauración cuanto fruto pudo esquilmar: pedirle más sería... sería poco generoso; y en resumidas cuentas, señores, ¿saben Vds. a quién se están dirigiendo en el día, ni lo que traen entre manos? Hacéis responsable al Cousin, al *totum-potens*²² de la Universidad, de lo que hizo y dijo el Cousin, humilde catedrático de la Sorbona. ¡Qué! ¿Tomáis a esos dos personajes por el mismo individuo? ¡Bah! Ahí está el error a que os ha extraviado vuestra indignación. Aquel Cousin filosófico que hablaba de franquicias y de gloria falleció en 830: no fue sólo el cetro de Carlos X el único desterrado en aquella época.

22. "todopoderoso".

Verdad es que hay algún tocayo en la Cámara de los Pares, haciendo su aprendizaje de estadista; pero no vayáis a pedirle cuenta de las palabras de vuestro antiguo maestro, pues el orador de Luxemburgo está tan inocente de la gloria pasada de su homónimo, como el profesor de Sorbona de los yerros del noble par.

Después de haber conculcado a Cousin, no era difícil a Leroux aplastar de una vez a su cofrade don Jouffroy. Sabida cosa es que el gran descubrimiento de Jouffroy (en eclecticismo, señores *ça va sans dire*)²³ consiste en haber hallado un nuevo mundo como el gran Colón. Ese mundo es el mundo del yo, que se ve con los ojos de la conciencia. Jouffroy, a ley de eclético, admite todas las filosofías, y por consiguiente la autoridad de los sentidos como una de tantas. Concede, pues, que al decir v.g.: “cayó un rayo”, no es ése un hecho de conciencia; no, sino que tan solamente nos lo han enseñado los ojos y las orejas.

En vano Cousin, menos eclético que su discípulo, opone que cuando se dice “cayó un rayo”, no se afirma meramente esos objetos externos, mas se afirma uno también a sí mismo. Con efecto, en todo pensamiento hay primeramente sujeto, o el yo, segundamente objeto, o no yo, y últimamente *relación* del sujeto al objeto, a lo cual llama M. Cousin *forma del pensamiento*, y que muy bien podría recibir cualquier otro nombre; empero nuestro Jouffroy ni por esas erre pretende que el cuerpo ve a los cuerpos con el cuerpo, es decir, con los ojos. En otros términos, el no-yo ve al no-yo con el no-yo: por consiguiente (dice él, ino-yo! El alma puede verse con el alma, o sustituyendo la fórmula en la ecuación, el yo observa al yo con el yo. Si preguntáis al señor Jouffroy cómo se entiende eso de que el yo sea a la vez el sujeto y objeto de la observación psicológica, os responderá que el yo observante se vale de los ojos de la conciencia para ver al yo observado. Con que, sacamos en claro un yo de más, medianero entre los dos yoes: y ved aquí, en expresión de Leroux, tres personajes diversos: uno en las tablas, otro, en la platea, y el tercero encendiendo la lucerna para alumbrar el teatro.

Ya es de presumir que un Leroux con la mayor suavidad del mundo, da su merecido a semejantes patrañas y fruslerías. Empero, si fuese su obra sobre el eclecticismo únicamente la impugnación de las miserables filosofías que regentan la universidad, sólo tendría un valor momentáneo. Hay en este escrito mucho más que la refutación de tantas miserias; y nosotros sólo hacemos un acto de justicia en recomendarle a las meditaciones de cuantos se ocupan en las graves cuestiones, de donde está colgado el porvenir de las sociedades. *Elías Regnault*

Mayo 13 de 1840. (Traducido.)

23. “se sobreentiende”.

LVIII

AL FRENÓLOGO

POR *FILOLEZES**(Diario de la Habana, mayo 29 de 1840.)*

—¿Quién vive? —Quién llega.
 —¡Oh! ¡No!
 —¿Quién vive? —¡Quién vence!

Falso, falsísimo que en la Isla de Cuba haya “entre los impugnadores del eclecticismo cousiniano algunos rebeldes a quienes no les dan Vds. más pena que la de que se queden rezagados en su error”. Lo que hemos dicho los que hemos combatido a Cousin en la Habana, es que su sistema sólo el nombre tiene de bueno. Que si el eclecticismo se limitara a explicar los motivos de los sistemas, no a conciliarlos todos, porque algunos son inconciliables, haría una obra santa y racional. Que Cousin ha propuesto un sistema de todo punto imposible, como él lo propone. Que bajo el nombre de eclecticismo ha querido revivir el idealismo que es un verdadero paso retrógrado. Que no lo es menos el sustentar, como lo hacen los pseudo-ecléticos, que la ciencia ya está toda formada en los libros, y que no resta más que organizar. Que ellos lejos de hacer ni aún esto último, han sido antes bien sus desarmonizadores, sustentando que hay principios que pueden ser seguros en un ramo, y no serlo en otro. Que respecto de la política, del arte y de la literatura cabe más la conciliación que respecto de los sistemas filosóficos, de los cuales unos nacen y viven precisamente porque otros mueren. Así que, lejos de hallarse nuestros principios en pugna con los de la señora Elizabeth Celnart, de Clermont Ferrand, coinciden en muchas ocasiones, y pugnan diametralmente con las teorías, y sobre todo, con la práctica de los pseudo-ecléticos filosóficos. ¡Qué distante estaría la buena señora de que la sacarán a plaza los eclecticizantes en la Habana! Se hallan tan desnudos los infelices que son capaces de cubrirse hasta con lo que más les perjudique.

Por lo demás algunas ideas de la señora Celnart son todavía muy susceptibles de discusión; pues acá no tenemos la fortuna que cuentan siempre los ecléticos de la Habana de tragarse íntegra la fruta con cuesco y todo; que a nosotros por bien sazónada que esté, no nos pasan las espinas y huesos por la garganta. Pero vamos a comprobar brevemente, que lejos de ser nosotros anti-ecléticos, hemos tratado siempre de entender y aplicar

el eclecticismo como debe hacerlo la gente racional y consecuente. Hable, pues, el *Elenco de 1839*, por no citar la centena de papeles que sobre la materia llevo escritos, y que *El Frenólogo* y todos mis contrarios tienen la conciencia de no tomar jamás en cuenta, sólo por darse el desahogo de llamar rezagado a quien aboga como el que más por el progreso, por el verdadero progreso de las ciencias, no cerrando a ellas las puertas, cual lo hacen en Europa ciertos hombres que se llaman filósofos, y que yo me moriría de vergüenza, si hoy me pasara lo que a ellos.

“1^a Proposición.²⁴ El eclecticismo de la nueva escuela francesa no sólo es un sistema falso, sino imposible.

”2^a Nada hay más laudable que el eclecticismo por sí propio (¡hablen ahora, palabreros sempiternos!) pues todo sensato es ecléctico, esto es, admite o desecha opiniones de donde quiera que se presentan.

”3^a Uno de los motivos de que el eclecticismo hallara eco en Francia, fue la aplicación que de él se hizo a la política: a un pueblo cansado con la lucha de opiniones fue alucinarle con un calmante el hablarle de conciliación.

”4^a Pero la filosofía es una potencia superior, o al menos independiente de la política. La filosofía trata sólo de explicar fenómenos; y en esto no cabe conciliación de opiniones, por recomendable que sea semejante espíritu en los negocios de los individuos y de las naciones.

”5^a Sostener, como hacen los pseudo-eclécticos, que la Psicología es una ciencia de observación, y pretender después que la ciencia marche por donde no va la *observación*, es contradecirse tan palmaria como ridículamente.

”6^a (Y esta viene de molde a madama Celnart.) Otro de los motivos de que hallara séquito el eclecticismo, fue su aplicación al juicio sobre las obras literarias y de bellas artes, en donde efectivamente tiene lugar: pinta con verdad Rafael, y también es pintor el Corregio. ‘(De modo que si hubiera sido justo. ¡Que habías de ser, vosotros, más bien debierais haber confesado, siquiera en honor del pabellón, que por estas tierras ya se sustentarán opiniones análogas. Sigamos con nuestro Elenco.)’”

Pero la capciosidad eterna de esta escuela consiste en hacer aplicaciones de semejantes ideas a la ciencia, cuyo carácter es tan diverso. El arte expresa; la ciencia explica.

“7^a Bajo el nombre de eclecticismo se ha revivido efectivamente el espiritualismo, en cuya resurrección se hace retrogradar la ciencia. (Ya ven Vds que yo les acuso aquí de rezagados, de lo mismo que Vds. me achacan. El público decidirá en cuál de los dos bandos está el rezaganismo

24. Si *El Frenólogo* quiere todavía pintar al eclecticismo cousiniano como triunfante en Europa, lea para su desengaño los *Diarios de la Habana* de 3, 29, 30 y 31 de octubre de 1839. Así, no sólo combatimos el sistema sino que pagamos el hecho del triunfo. ¡Es mucho valor el de esta gente!

y la escoria. Si a vosotros os queda alguna duda, vamos a discusión pública, a viva voz o a pluma: decidís que a pluma fastidia al público, cuando os atacan y estrechan en conciencia. Pues vamos a viva voz, y con taquígrafo, señores eclécticos concienzudos! que entonces es negocio de un santiamén. Sigamos con nuestro Elenco.)

"8ª Que este sistema naciese en los siglos de ignorancia o de menos adelantamientos, ya se entiende; pero que se reviva y aún sostenga en el de las luces y por parte de hombres muy entendidos, no se alcanza tan fácilmente; procuraremos sin embargo dar de ello una explicación satisfactoria.

"11ª La cuestión para el filósofo debe ser siempre: ¿se ajusta o no se ajusta la doctrina a los hechos? ¿conduce o no conduce al absurdo, pero no a lo establecido o no establecido? Si tal fuera el criterio de la verdad, cuantas verdades se hubieran ahogado en su cuna: ¡gran testigo el sistema copernicano!

"12ª Al oír hablar tan seriamente a los pseudo-eclécticos de la observación, del rigor del método y de la inducción baconiana aplicada a la Psicología, la incauta juventud los cree sobre su palabra.

"13ª Para deslumbrar al público del siglo decimonono es necesario valerse de medios diversos a aquellos con que se alucinaba en el decimocuarto. Bajo el lema de imparcialidad y conciliación encubren las nuevas banderas, errores y nubes que no podrían pasar sin esa protección.

"14ª No en vano claman los eclécticos que en todo sistema ha de haber parte de falsedad: es el único principio a que son consecuentes: mezclan lo sagrado con lo profano, lo humano con lo divino, lo baconiano con lo platónico, que es una maravilla.

"109ª Sólo las doctrinas de una recta filosofía pueden servir de dique al actual desencadenamiento de la literatura.

"145ª ¿De dónde, pues, el empeño del eclecticismo en desacreditar la filosofía del siglo dieciocho, caracterizada por el espíritu de análisis, a pesar de sus demasías; y el de encumbrar la antigua Metafísica, viciosa en su misma base y método?

"146ª ¿Tratan o no tratan de entronizar las palabras en lugar de las cosas? Reviven, pues, el escolasticismo; haciendo a la razón humana cuanto perjuicio pueden inferirle en medio de las luces del siglo diecinueve. *Ibi omnis effusus labor!*²⁵

"147ª Seamos, pues, verdaderos eclécticos en oír a todos los partidos; pero seámoslo también en tener opinión propia. No esperemos saber lo que se piensa por otros filósofos para poder pensar nosotros mismos.

"148ª La ciencia en verdad debe saberlo todo, así los aciertos como los extravíos; pero es para explicarlo todo, no para admitirlo.

25. "Se le fue en ello todo el trabajo".

”151^a El patriotismo debe ser el primer cooperador de la ciencia. ¡Ay de aquellos que lo divorcian! Funesto divorcio, que unido al que causan los eclécticos entre la religión y la ciencia, hace temer una terrible reacción para la causa de la moral.

”152^a Porque el eclecticismo ha de ser forzosamente transitorio: nube que pasa por el sol para hacernos más apreciable su vivificadora luz”.

Extractemos ahora las del Elenco de 835 relativas al verdadero eclecticismo en literatura.

”35^a En las cosas inventadas deben reinar sencillez, relación de partes y conformidad con los objetos.

”36^a Infiérese, pues, que aún cuando una obra falte a ciertas reglas establecidas, si llenas las condiciones expresadas, alcanza el fin que se propuso su autor y quedan justificados los medios, por más nuevos y desusados que parezcan.

”37^a Con este motivo tocaremos la famosa cuestión del clasicismo y romanticismo, acerca de la cual andarían menos encontrados los pareceres, si los campeones de uno y otro bando no excediesen los límites de la razón.

”38^a La diversidad de tiempos y de costumbres es una fuente perenne de novedad. Luego la literatura debe renovar no sólo en el modo sino en la sustancia. Así, pues, los grandes ingenios siempre tuvieron una gran parte de románticos.

”39^a Mas si por un lado es lícito abrir nuevas sendas al ingenio, sacudiendo el yugo de las reglas, jamás es permitido sacudir el de la razón; y esto han hecho infinitos románticos: limitadores en medio de su libertad, imitadores de desbarros ajenos e inventores de extravíos propios.

”45^a La intolerancia en materia de gusto desaparece en gran parte cuando nos colocamos en las circunstancias especiales de cada nación y de cada siglo”.

Aquí tenéis admitido en literatura un eclecticismo racional; doctrina que hace juego con la introducción a mi discurso inaugural de 1839, que comenzaba con estas palabras: “Ecléctico en grado eminente es el siglo que habemos alcanzado; así es, y así debe ser la época de las comunicaciones por excelencia: la época de la imprenta y del vapor”. ¡Ah! si M. Cousin no hubiera invocado ese mágico título, verdadero resorte del siglo, ni aún el nombre hubiera quedado a su pobrísima filosofía. *Filolezes*

Habana, mayo 27 de 1840.

LIX

SEÑOR FRENÓLOGO ANTI-FRENÓLOGO

POR JOSÉ DE LA LUZ

(Diario de la Habana, mayo 30 de 1840.)

“Tu vero designas oculis ad caeden
anumquemque nostrum!”²⁶

CICERÓN

Es gravísima la cuestión: yo me tengo por un hombre de bien y ajustado a las leyes, al paso que sustento las doctrinas fundamentales de la filosofía llamada sensualista, no sensual, porque ni ella ni yo tenemos chispa de sensualidad. Ahora bien, y en circunstancias de hallarme yo mismo nada menos que profesando públicamente tales doctrinas (crece la gravedad de la cuestión) quiere V., *señor Frenólogo*, poner mal a sus mantenedores con el pueblo, con los sacerdotes y con el gobierno; pues les hace V. los cargos siguientes: “Que esa doctrina pugna con la divina que al rico con el pobre nivela. Que ese sistema trata de volver inmoral a una nación entera. Que es sistema sangriento que destruye el trono y el altar. Que nada edifica de nuevo y que entrega el alma al viento”. Resta ahora probarme que de sentar (base y doctrina entera del sensualismo) que “todas las ideas provienen de los sentidos con el entendimiento”, o bien que “las facultades son innatas, pero no las ideas”, se sigue todo ese infierno de males para la sociedad. Es, pues, de suma importancia, no ya por V. ni por mí, *señor Frenólogo*, sino por el interés de la juventud, mejor diré, de toda la comunidad, del orbe entero culto e inculto, desengañarme y convencerme de mis errores, si es que en ellos estoy; pues de lo contrario con la más pura intención del mundo, se vuelve en realidad el más insigne corruptor de las costumbres un hombre que se llama JOSÉ DE LA LUZ.

Mayo 28 de 1840.

26. “Pero tú estás ya escogiendo con la vista a cada uno de nosotros para matarnos”.
(Cicerón, *Adversus Catalinam*.)

LX

**CONTESTACIÓN AL ARTÍCULO DE DON JOSÉ
DE LA LUZ, INSERTO EN EL *DIARIO
DE LA HABANA* DE 30 DE MAYO 1840
[CONTRA EL TRONO Y EL ALTAR]**

(*Diario de la Habana*, mayo 30 de 1840.)

A todos y a ninguno
Mis advertencias tocan;
Quien las siente se culpa;
El que no, que las oiga.

Quien mis fábulas lea,
Sepa también que todas
Hablan a mil naciones,
no sólo a la española.

Ni de estos tiempos hablan,
Porque defectos notan
Que hubo en el mundo siempre,
Como los hay ahora.

Y pues no vituperan
Señaladas personas,
Quien haga aplicaciones
Con su pan se lo coma.

(Iriarte, fáb. 1^a)

Cuando en mis fábulas²⁷ me he propuesto ensalzar las doctrinas filosóficas del ya célebre en la culta Europa, y siempre elocuentísimo M. Victor Cousin, a quien todas las naciones y principalmente la Francia saben estar reconocidas, por su decidido empeño en abogar por el orden, que es la verdadera libertad, y en sostener el eclecticismo, como fusión de todos los sistemas, que tiende a cimentar la paz entre todos los hombres, la dulce paz tan apetecida de los Sensatos, (*sic*) y que forma la unión de los corazones, tremolando la enseña de la tolerancia, que contribuye al fomento del amor fraternal, cuyos inmensos beneficios en cualquier tiempo son útiles a

27. Esto prueba que *El Frenólogo* es Manuel González del Valle (Roberto Agramonte).

la humanidad desvalida; fue también mi intento, lo confieso francamente, atacar de frente los principios de la escuela sensual, que tantos males y daños ha ocasionado a la sociedad, pero nunca mi ánimo se dirigió a mortificar a persona alguna, ni a poner en descrédito los talentos de individuos que aprecio, y merecen con razón la estimación del público, ningún particular debe ofenderse de lo que se dice en común.

Ahora bien, con esta clara y sencilla manifestación que hago libre y voluntariamente en obsequio de la verdad, sin que nadie me compela a ello, más que mi propio e íntimo convencimiento de que debo proceder así, entraré en materia, efectuando algunas más explicaciones, para mayor esclarecimiento del punto en cuestión, y usando cuanto sea posible del laconismo²⁸ para no fastidiar a mis lectores, aunque siempre procurando no ser obscuro por ser breve.

Dirigiendo yo mis tiros contra la filosofía sensual, que ya bien se entiende qué clase de filosofía es ésta, ¿por qué se quiere substituir un nombre a otro exponiéndose la palabra *sensualista*, en vez de la *sensual*? ¿No es esto andar buscando quimeras? En cuanto a la significación de dicha palabra *sensual*, me atengo a la que le da el *Diccionario de la lengua castellana*, que dice: vale en su sentido recto lo mismo que sensitivo, pero que generalmente se aplica al que se deja llevar de los deleites y gustos, y satisfacer con ellos el apetito de los sentidos; pues prefiero esta autoridad, por componerse el Diccionario de los conocimientos de hombres sabios y eminentes que concurrieron a su formación, y jamás antepondré, según lo ha verificado alguno que me escucha, con mengua de su sinceridad, el parecer de un viejo mayordomo,²⁹ por supuesto sin estudios, aunque haya nacido en el riñón de Castilla, con respecto a la aceptación en que se han de tomar las palabras.

De aquí es, que cuanto he dicho contra la escuela sensual en mis *fábulas*, no tiene la menor réplica: yo reputo esta escuela como la más inmoral, por sus tendencias al materialismo, y cuando trato de ella, me contraigo a la filosofía moderna, que en el siglo pasado hizo tantos progresos en la desgraciada Francia, y originó tan grandes desastres, que derribando el trono y el altar, como es público y notorio que sucedió, inundó la tierra con ríos de sangre, cuyas señales horrorosas aun todavía se ven en uno que otro punto; hablo de aquellos filósofos modernos, según ellos mismos se titulaban en el siglo dieciocho, que estaban íntimamente unidos con los jansenistas, ateístas y deístas, que con sus perniciosas, desorganizadoras e impías doctrinas causaron la ruina de la nación francesa.

28. Esta frase es de M. G. del Valle (y Luz se la reprochó). Vid. páginas 585 y 601 (Roberto Agramonte).

29. Alusión a Luz y el tenedor de libro de su abuelo (Roberto Agramonte).

El que quisiere tener una idea más completa de los hechos horribles de aquella época, no tiene más que leer la obra titulada *Causas de la revolución de Francia en el año de 1789 y medios de que se han valido para efectuarla los enemigos de la Religión y del Estado*, cuya obra se escribió en Italia por el abate don Lorenzo Hervás y Panduro, bibliotecario de N. SS. P. Pío VII, en carta que dirigió desde Roma a un respetable ministro del consejo de Castilla, amigo suyo, e imprimió en Madrid el año de 1807. En ella se verá cuál era su doctrina interna: consistía en el puro y perfecto ateísmo; esto es, en la libertad concedida a todos, para satisfacer y abandonarse a sus apetitos bestiales, respetando solamente por prudencia las leyes humanas, y evitando su responsabilidad... Tal era la doctrina de Voltaire, de Diderot, de D'Alembert, y de sus numerosos y oscuros discípulos como el economista Condorcet. Entre tanto que estos nuevos maestros, unidos con su jefe, trabajaban celosamente, su secreto se divulgó, principalmente por Helvecio. Este se sintió tocado del fanatismo de hacerse autor célebre, porque el sexo mujeril daba asilo a los hombres de esta raza; su amor por tal sexo, le hizo ser su Apolo, ¿más cómo debiera ser para conseguir la celebridad?... Todos los puestos de deístas estaban ocupados por ateos, como él también lo era, y no dispuestos a cederle alguno; entonces, pues, Helvecio subió al más alto escalón, protestando el ateísmo, y elevándose sobre los fingidos deístas, reveló su doctrina, oculta en su infame libro del Espíritu (*Diccionario* del señor de Launai.)

Más adelante, tratando el abate Hervás de los progresos de la impía filosofía moderna, desde el año de 1715, hasta el de 1753, publicación de la *Enciclopedia*, fines e historia de esta obra, expresa, “que Voltaire fue el primero que desplegó el estandarte del filosofismo, cuando imprimió sus *Lettres philosophiques* en 1734; que con él aparecieron contemporáneamente los impíos Helvecio y Juan Jacobo Rousseau, que formaron sus respectivos partidos filosóficos, y que casi todos estos maestros, en 1750, lo eran de la impiedad, y desde dicho año, viéndose aplaudidos y honrados, empezaron a meditar y proyectar la ruina del altar y del trono”.

Por último, para que se vea clara y distintamente que los filósofos modernos del tiempo de la revolución francesa eran sensuales, esto es, materialistas, que no tenían creencia alguna religiosa, siendo su secta a la que he hecho referencia en mis fábulas, por ser la más perversa y detestable de todas, pondré aquí el epitafio que los compañeros de Diderot hicieron para honrar su sepulcro; con esto se convencerá el público de cuáles son mis sanas y laudables ideas al hablar de la filosofía sensual, y se acallarán los resentimientos que, por una mala inteligencia o equivocación,

do de concepto, se ha dado a mi *fábulas contra el sensualismo*. El epitafio dice así:

Aquí yace D. D.
 Que fue animal prototipo,
 Que fue perro, que fue gato, que fue árbol,
 Que fue hombre, que fue mujer,
 Que fue filósofo,
 Que no es ya,
 Y que será todo lo que fue.

Me parece haber demostrado la pureza de mis intenciones, y probado que la doctrina perniciosa del sistema sensual, pugna con la divina de nuestra santa religión católica que el rico al pobre nivela, como único apoyo de la soberanía, para que necesariamente cayesen al mismo tiempo el altar y el trono, porque no se puede negar, según lo afirma el antes citado abate Hervás, que a la perversidad humana sea muy opuesta y contraria la religión, que humilla nuestra soberbia, cautivando el entendimiento, y que limita nuestras pasiones, vedándonos desfogarlas, y que por lo tanto, quien la derroca, y predica máximas favorables a la sensualidad, obtiene fácilmente una gran prevención de la humanidad en su favor; que el propio sistema trató de volver inmoral a una nación entera, cual era la Francia, y que además fue no sólo sangriento sino ominoso y detestable; que después de haber destruido el trono y el altar, nada edificó de nuevo sobre sus ruinas que le pudiera igualar, y que finalmente tornando el cuerpo, con la muerte del individuo, a ser lo que antes, es decir, repartiéndose sus partes, entre los elementos de que estaba compuesto, como lo sostenían los materialistas, el alma, cuya inmortalidad negaban, se desvanecía en el aire, cual un soplo, no ya de la Divinidad, sino de la naturaleza bruta y material... ¿No se sigue de todo esto un infierno de males para la sociedad? Respondan mis lectores: a ellos apelo de cualquier increpación que necia o maliciosamente se me pretenda hacer. Para el público escribo, y él únicamente ha de ser mi juez: confío en su criterio. *El Frenólogo*

Habana, 30 de mayo de 1840.

JUNIO



LXI

AL SEÑOR FRENÓLOGO ANTI-FRENÓLOGO

POR JOSÉ DE LA LUZ

(*Diario de la Habana*, junio 2 de 1840.)

Viva quien venza.

Supuesto que soy cansado de escribir, amigo de citar mis anteriores escritos (cuando a ellos se me compele), y para no escribir tan largo, volviéndolos a trasuntar; supuesto que ni aún me asisten razones siquiera especiosas para rebatir las proporciones sentadas por *El Frenólogo*, no queda más arbitrio que llamarle a discusión pública verbal,¹ como le tengo propuesto, donde y cuando se sirva comunicármelo. Vamos a la prueba; si escribo, lo hago largo y mal, y fastidio al público, sin contar con los vehementes indicios de la mala fe que acostumbro a usar en las polémicas. He escrito ya, y demostrado a mi parecer, desde el mes de octubre, cuanto es esencial en la materia, a saber: 1º Que el eclecticismo cousiniano es imposible. 2º Que convertido, como él lo hace, en idealismo, es un sistema falso, y retrógrado. 3º Que el tal eclecticismo, lejos de estar reinando en Europa, está más que rendido y aplastado. Además de esto, he patentizado que la idea de Locke sin

1. *El Frenólogo* es Manuel G. del Valle, a quien Luz retó.

modificación alguna es inexpugnable, por ser la expresión fiel de los hechos. V. me niega sin pruebas, yo las he dado. Así, pues, ni aún a discusión pública obligo a V., señor Frenólogo, si no le acomoda: tan sólo quiero se sirva asistir a una lectura que yo haga en el Aula Magna de la Universidad, de esos artículos míos de octubre próximo pasado, con las aclaraciones que V. o cualquiera de los presentes se digne exigir a su muy atento *José de la Luz*.

Habana, junio 1º de 1840.

PS. Excusado es repetir (pues ya lo tengo ofrecido en mi último artículo) que contestaré también a las imputaciones de almicida, regicida y altaricida² que se han hecho a la idea fundamental de Locke, a quien por lo demás no defiendo en otras doctrinas que sustenta y contradicciones en que incurre.

LXII

AL FRENÓLOGO Y COMPAÑÍA

POR *EL CENTINELA* [JOSÉ DE LA LUZ]

(*Diario de la Habana*, junio 4 de 1840.)

Reductio ad contumeliam.³

Filolezes os llama a capítulo por todos los medios imaginables, hasta apelar a una simple lectura de sus artículos en el salón de la Universidad. Y vosotros no os cansáis de denostarle con inconducencias y aún falsedades. Luego estáis por tierra, pues os veis obligados a desbarrar en la impotencia de razonar.

Reductio ad contumeliam, así como entre los lógicos hay *reductio ad absurdum*.⁴ Uno y otro tenemos aquí. “¡Viva quien vive!”. *El Centinela*

Junio 3 de 1840.

2. José Ignacio Rodríguez dice equivocadamente que con una carta de Luz, a raíz de esta acusación terminó la polémica. Esto es totalmente inexacto (Roberto Agramonte).

3. “Reducción a la afrenta”.

4. “reducción al absurdo”.

LXIII

EL FRENÓLOGO Y FILOLEZES

POR FAIR-PLAY [JOSÉ DE LA LUZ]

(Diario de la Habana, junio 4 de 1840.)

¿Quid ad rem?⁵

El Frenólogo: “yo hablo la lengua de los Dioses, y tú no, *Filolezes*”. —Verdad— “Mi prosa no es tan desaliñada como la tuya” —Cierto— “Voy a publicar un poema que empezará con una octava al célebre cantor de Zaragoza”. —Buena pro—. “Le ganó a V. con ventaja, señor *Filolezes*”. —En hacer versos; porque *Filolezes* no los hace ni buenos ni malos— “Se le atribuyen a V. ciertas fábulas, señor *Filolezes*” —Jamás ha fabricado él ninguno— “Son los únicos que ha compuesto *Filolezes*, y reconoce que son malos,⁶ aunque los que buenos los hacen le dijeron *in illo tempore*⁷ que podían pasar, y él lo creyó, por el objeto a que se destinaban; sin que valga alegar que por miramientos se le dijo tal cosa; pues él fue a pedir a esos mismos señores, con la ingenuidad que acostumbra, que se los fabricaran de nuevo.

“*Filolezes* cultiva el árbol de la utilidad con tanto empeño” que apenas tiene un pedazo de pan que llevar a la boca: es sin disputa el hombre más pobre y a la cuenta el más pobre hombre de la tierra de promisión. “señor *Filolezes*, ¿sabe V. una cosa? ¿que V. puede fácilmente llenar veinte columnas de un Diario (en vil prosa, como decía Voltaire), y no es capaz de enjaminar catorce renglones en rima, o de hacer una quisicosa que llaman soneto?” Dos verdades más grandes que el mundo, con la particularidad que en este siglo y en este pueblo donde tanto ha reinado el contagio de la metro-manía, se ha mantenido ileso e incólume en tal *Filolezes*. No se irá al infierno ni aún al purgatorio por ese pecado. Mal juez puede V. ser de mis composiciones (continuando *El Frenólogo*), señor *Filolezes*; porque acá V. agraviado, y con una venda, atada no menos que por la fuerte mano de la vanidad. Todo eso podrá o no podrá ser; pero *Filolezes* jamás le ha atacado a V. sus versos: él no ha ido más que al grano; y tanto, que sólo se ha

5. “¿Qué tiene que ver con el asunto?”.

6. Pero enternecían a los parvulillos recitarlos, y caracterizaban al texto con el nombre del librito de la madre mía. (N. del A.)*

* Alusión al libro de lectura de Luz (Roberto Agramonte) (Ver A. Z. p. 300).

7. “hace tiempo”.

contraído en sus respuestas a las ideas de V. sin hacer mención de si estaban vestidas al proviso o de galas: así es que los que sólo leyeran los artículos de *Filolezes*, se figurarían que en prosa había escrito *El Frenólogo*, y eso más, cuanto éste es el idioma común de la discusión, en la cual no entra *El Frenólogo-antifrenólogo*, así me le pongan en el palenque y armado de pies a cabeza, y maniatado a su contrincante. ¿Se llama esto jugar limpio? ¿Es esto por ventura *Fair-play*?

Habana, junio 3 de 1840.

NOTA: Advierta el lector que la cuestión es de filosofía: tal la ha puesto *El Frenólogo*, que es menester hacerlo presente, pues trata de *robis omnibus el quibusdam aliis*, menos de quien dijo el dicho.

LXIV

EL FRENÓLOGO EN FORMA (¡SILOGÍSTICA!)

POR *EL ESCOLÁSTICO* [JOSÉ DE LA LUZ]

(*Diario de la Habana*, junio 5 de 1840.)

¡Al yunque!

“Yo soy poeta” —*Concedo majorem*— “*Sed sic est*⁸ que *Filolezes* no lo es” —*Concedo minorem*— “Ergo⁹ *Filolezes* no ha impugnado a Cousin” —La consecuencia la entrego al brazo secular de los muchachos, y Dios guarde a V. muchos años, *señor Frenólogo*. De mi estudio, a 4 de junio de 1840. *El Escolástico*

8. “Concedo la mayor; pero es así que...”

9. “Concedo la menor; luego...”

LXV

AL SEÑOR FRENÓLOGO

POR JOSÉ DE LA LUZ

*(Diario de la Habana, junio 5 de 1840.)*Littera scripta manet.¹⁰

De la contestación del *Frenólogo* al artículo de J. de la Luz, inserto en el *Diario* de 30 de mayo, aparece más claro que la luz, no haber sido su ánimo (del *Frenólogo*) atacar, en sus *Fábulas*, ni a la Filosofía sensualista, ni a sus mantenedores aquende o allende el mar y la época. Pero como ya “llueve tan sobre mojado”, dudo mucho, muy mucho, que conferido al público el traslado, se conforme y quede satisfecho (como lo estoy yo, pues ni a mis opiniones ni a mis costumbres se toca en un pelo de la ropa) con la estudiantina escolástica de distinguir *El Frenólogo* entre *sensual* y *sensualista*: distinción que es para nosotros verdadero escudo, y para él espada de dos filos; es decir, señores, para graduar las intenciones del *Frenólogo anti-frenólogo*. La susodicha distinción es tan real y efectiva, que más no puede darse, y acá la estamos haciendo desde un principio. Dirá el Señor contrincante que él también (*ex professo*) nunca empleó otra palabra que la de *sensual*; y así es la verdad... para guardarse una retirada; si honorífica o deshonrosa, el público lo decidirá, a su sabor. Bástele saber, que combatiéndose aquí en la Habana las doctrinas del señor Cousin y contrastándose para la impugnación las fundamentales de la escuela sensualista, que él creía haber derrocado para in *aeternum*¹¹ se disparó toda esa artillería fabulera y fabulosa, prosaica y versificadora, contra sus antagonistas y la escuela sensual, ayuntando piadosamente uno con otro, y ensartando *péle-mele*¹² (a río revuelto...) toda la manoseada y sempiterna letanía de la destrucción del trono y del altar; que en la Habana venía tan a pelo de las opiniones filosóficas que en pro y en contra se sustentaban, como tirar tajos y mandobles endriagos y aparecidos. Pues una de dos: o *El Frenólogo* aludía a lo que estaba pasando en el palenque literario de la capital, o hablaba al aire, y a la ventura peleando contra gigantes y molinos de viento que no existen; y esto sería “efecto sin causa”: *apage!*¹³ nada más

10. “Lo escrito queda”.

11. “hasta la eternidad”

12. “mescolanza”.

13. “absurdo”.

anti-filosófico, nada más anti-frenológico. O bien (escoja V.) ha temido *El Frenólogo* píamente que las consecuencias de las doctrinas que los sensualistas sostienen lleven a semejantes infiernos de males para la sociedad; y entonces, no sólo es disculpable, sino hasta loable su fervor, y aun su encarnizamiento, si lo tuviera. Pruébeme, pues, siquiera el fundamento de sus temores, que mal puede temer pruebas ni convencimientos quien “no teme más que a Dios”, y es el mismo, *José de la Luz*

Junio 4 de 1840.

LXVI

AL FRENÓLOGO, OTRA Y OTRA

POR *SIEMPRE EL MISMO* [JOSÉ DE LA LUZ]

(*Diario de la Habana*, junio 6 de 1840.)

“Revuelve, que yo separo”.

Tragi-química moderna.

¿No es muy singular que habiéndose propuesto su señoría atacar a los caudillos de la escuela sensualista (icuidado, que él dice que sólo es la sensual!), ni antes, ni después de habernos ensartado la tremebunda falange de los descreídos Voltaire, Diderot, D’Alembert, Condorcet, Helvecio (en bastardilla) y Juan Jacobo Rousseau (también con este distintivo, *ejusdem furfuris, cumque omni militia infernalis exercitus*)¹⁴ se miente ni una vez al reputado por legítimo jefe, al gran bretón Juan Locke, o tan siquiera a su principal e inmediato discípulo en Francia, el abate Condillac? Y a propósito de abates, ¿saben Vds. que el eruditísimo de Hervás y Panduro, no pega flojo a los idealistas con sus observaciones y datos numerosos sobre el modo de adquirir conocimientos los malhadados sordomudos? ¡Guarde a quien os arrimáis, caballeros! *Latet anguis in herbis*.¹⁵ Pero esto nos llevaría ahora demasiado lejos; quéde-se, pues, para otro día, y entretanto, vamos con las cuentas que más nos tiran hoy. Una observacioncita.

14. “del mismo jaez, y con todos los soldados del ejército del infierno”.

15. “Está la culebra escondida en la yerba”. (Virgilio, Eg.)

Ese J.J. Rousseau, que incorporáis en la caterva de los filósofos sensualistas del siglo XVIII, dice vuestro mismo Cousin “que es una excepción a la regla de todos ellos”. Es así que el tal Rousseau fue de los que más seriamente atacaron el altar y el trono: luego no era *conditio sine qua non* ser sensualista para acometer a estas instituciones; más diré: de la doctrina sensualista nunca puede resultar semejante consecuencia: así que, para atacar dichos establecimientos, se puede hacer dentro y fuera del gremio del sensualismo y del espiritualismo; y esto es tan cierto que de Rousseau podría decirse que había sido sensual en las máximas que propala en algunas de sus obras, espiritualista en otras y sensualista en ninguna; que es cabalmente lo mismo que acerca de él opina Cousin. En fin, de Voltaire y otros filósofos del siglo XVIII, que seguían en filosofía propiamente dicha, o psicología, los mismos principios de Locke, que eran los de Aristóteles y Santo Tomás, puede afirmarse, que en sus impugnaciones a las doctrinas e institutos políticos establecidos no eran tampoco espiritualistas ni sensualistas, sino impugnadores, siguiendo principios diversos siempre, y a veces hasta contrarios a las teorías que constituyen esencialmente el sensualismo.

De intento no quiero hablar de Hobbes, a quien esos mismos principios que se acusan de conducir a la destrucción del trono, se dice que lo llevaron a la defensa de la tiranía. Ni a uno ni a otro extremo, digo yo, arrastran tales antecedentes. Citaremos empero a David Hume, filósofo escocés, que sin pertenecer tampoco a la escuela sensualista, fue en el siglo XVIII, por consecuencia de sus premisas obtenidas de otra fuente, no menos hostil a ciertas doctrinas, y aún más escéptico que sus contemporáneos franceses Rousseau, D’Alembert y compañía. A otra parte, pues, a hacer el coco con la filosofía francesa del siglo XVIII; que acá sabemos los bienes y los males que produjo a la humanidad; con el bien entendido de no haber sido ella sola la causa primera ni más eficaz de la revolución de Francia; pues siendo justos de alma, queremos dar a cada cosa lo que es suyo, aunque sea de paso; y no obstante ponernos nuestros adversarios como entre dos fuegos, para que así aparezcamos, o enemigos de los desvalidos, o pocos adictos al altar y al trono. Este es el candor de mis contendores: pero sepan 1º Que no engañan a los pueblos, ni a los gobiernos. 2º Que nosotros, o por lo menos yo, estoy curado de espanto. 3º Que a todo tirar me vendo por lo que soy: en lo cual imito a los filósofos del siglo XVIII, que por malos que fueran, hipócritas no llegaron a ser.

Veamos ahora la edificantísima lección que nos ofrece vuestro amartelado Cousin. Que hable él mismo: “Habrá siempre masas en la especie humana (dice en su *Curso* de 1825) y no hemos de empeñarnos en descomponerlas y disolverlas de antemano. La filosofía está en las masas bajo la forma cándida (naïve), profunda, admirable de la religión y del culto: el cristianismo es la filosofía del pueblo”. ¡Con que, dos doctrinas, una para

los filósofos, para los escogidos, y otra para el pueblo, para la turbamulta! El que estampó aquellos renglones, ¿no pregonó él mismo sin querer, el triunfo de la incredulidad sobre el cristianismo en el fondo de su corazón? ¿No te declares incrédulo en esas mismas palabras en que estás inculcando ese respeto hipócrita a las creencias populares? Así, a tus discípulos que sean filósofos, y a los demás que sean creyentes. ¡Hipocresía, inmoralidad, brotan por cada poro las doctrinas de vuestro ídolo! ¡Valientes defensores se ha echado la hija de Sión! ¡Afuera profanos y fariseos! —clamara la Esposa del Cordero. ¡Afuera farsantes descorazonados! —exclamará la filosofía. *Siempre el mismo*

Habana, 4 de junio de 1840.

LXVII

FÁBULAS CUBANAS (Fábulas contra el sensualismo)

POR *EL FRENÓLOGO*

(*Noticioso y Lucero*, junio 7 de 1840.)

Con este título se ha impreso en el *Diario de la Habana* de 1º del corriente, una composición marcada con el número 1º que trata de la yegua, el potrito y la mula, la cual está escrita en forma de verso, pues tiene los renglones en hilera, y es lástima que por el prurito de aparecer el público como poeta, cuya metromanía en todas partes cunde, se haya echado a perder el hermoso pensamiento, que contiene en la composición, y podría muy bien expresarse en prosa; tal es, que las madres no deben (principalmente las de la raza caucásica), por ningún motivo ni pretexto, dar a criar sus hijos a personas inferiores, que por su extrema necesidad son de menos valer en la sociedad, exponiéndose a que pierdan enteramente el cariño filial, trasladándolo a sus nodrizas. De paso advertiremos al *Lugareño* que suscribe esta fábula si es el individuo que conocemos más, y en sumo grado apreciamos, como propagador de las luces, amante de la ilustración, entusiasta de las ciencias y bellas artes, y fomentador de la industria en el Camagüey, que se contenta no ya con la humilde, sino embellecida prosa, que con tanta gracia y perfección maneja, dejándose, de aspirar a otros lauros poéticos, pues

lo que al presente orlan sus claras sienas, son inmarcesibles y de eterna duración.

Lo que más nos ha desagradado de esta fábula es que se la haya titulado cubana sin serlo, por el descrédito que tal vez de ello podía resultar a la poesía en la isla entera; si se hubiera denominado camagüeyana, habría sido menos mal, y no se crea por esto que se intenta deprimir el mérito literario de nuestra querida hermana provincia de Camagüey, relevante como el que más; sino porque de esta suerte se daría a conocer fuera del país que la falta cometida en tal género de verso era especial, puramente local, y de ninguna manera general. Respecto a lo de *fábulas cubanas*: ¿se querrá introducir la moda, que también la hay en literatura, que no ha mucho estuvo en voga y con feliz éxito, acerca de los romances denominados *cubanos*? Para ello es necesario que se tenga en consideración muchas y diversas circunstancias, siendo la primera y principal, que el asunto sea enteramente local. Por esta razón, y sin que nuestro ánimo sea mancillar la reputación literaria de alguno, confesamos no haber visto hasta el presente otras fábulas, que con más fundamento merezcan llamarse cubanas, que las publicadas por los años de 1791 en el *Papel Periódico* de esta ciudad, bajo los títulos de “La víbora y el majá”, “El tabaco verde y el gusano”, “La guacamaya”, “El carpintero real y el cao”, “El ruiseñor, el pato y el loro”, y algunas otras por este estilo, sumamente preciosas, que andan diseminadas por varios papeles, todas de aquellos felices tiempos, en que no se ocultaban como ahora, el venenoso encono en el pecho, a la par que se ostenta en los labios el almíbar; pues si se suscitaban algunas polémicas literarias, éstas eran en extremo divertidas, y una guerra galana, como decirse suele, cuando no se traspasan los límites de la moderación y de la prudencia.

Si de este modo, y con tal gracia se compusieran actualmente algunas fábulas literarias, no dejaría semejante colección de captarse el aprecio y la voluntad de los sabios y estudiosos, y de servir para el uso de las escuelas de primeras letras, donde tanta falta hace. ¿Con cuánto más placer y decisión aprendería de memoria un niño, por el ejemplo, una fábula del cocuyo, que conoce bien de cerca, y que ha tenido en sus manos porción de veces, ocasionándole entretenimiento en las noches de desvelos, que no la del cuclillo que no ha visto ni siquiera en pintura... Hemos, no obstante, sabido que se han impreso en esta ciudad, por un hijo del país, individuo de la Sección de Educación, unas fábulas literarias y morales, mas como no han llegado a nuestra manos no podemos formar juicio de ellas; en cuanto las tengamos a la vista, las examinaremos con la escrupulosidad y detención debidas; que requiere de suyo la materia de que tratan, para dar cuenta al público de este linaje de trabajo, sumamente provechoso e instructivo para la enseñanza de la incauta e inexperta juventud, desde la cuna, inculcándole principios de la más sana moral, puesto que es absoluta-

mente imposible ser excelente padre de familia sin buenas costumbres, y de ninguna suerte cumplirá con los sagrados deberes de la sociedad el que no llena con exactitud los domésticos. El principio y base de la sabiduría es el amor de Dios, y el cariño hacia el prójimo.

Para la formación de estas fábulas se necesitan pocas dotes poéticas, y sí cierta gracia y facilidad en el lenguaje, que no todos poseen, y por lo mismo siempre es preciso que haya una versificación suave, correcta y armoniosa, por la que se venga en conocimiento que no costó mucho trabajo formarlas. Al insigne don Tomás de Iriarte, sabio, laborioso, que se afanó cuanto pudo en obsequio de sus semejantes, literato consumado por diversos títulos, se le niega el de poeta, y no por eso deja de ocupar el primer lugar en España, y tal vez el único de fabulista literario, mediante a que hasta ahora no ha habido en toda ella, y en tantos años como han transcurrido, quien le aventaje ni imite.

Vengamos, pues, a las *fábulas contra el sensualismo*, que bien se pueden nombrar filosóficas: de ellas nada diremos por ser nuestras;¹⁶ están sometidas al juicio del público inteligente para quien se han escrito; solo sí nos indemnizaremos del injusto cargo que se nos hace, cual es el de que no producen ni se saca de ellas alguna moralidad. A primera vista no aparece, pero bien meditadas, se encuentra que cumplen con el objeto propuesto por su autor, que es combatir el sensualismo, que en el pasado siglo XVIII causó sangrienta victoria, y que en el día, gracias a la ilustración, yace tendido en el suelo, pisoteado y aplastado, con más veras, que cuando los corifeos de aquella maldita época usaban de tal palabra para demostrar que se dirigían en sus perversos discursos contra la sagrada religión de nuestro divino maestro. *Aplastad al infame*,¹⁷ era su frase favorita. Las tales fábulas tienden a sostener la filosofía ecléctica, que con tanto aplauso de los sabios, enseñan el inmortal Cousin en la civilizada Francia; la filosofía ecléctica, que engrandece y ennoblece al Estado, y la que si todavía no celebran como deben los hombres generalmente, es porque no la conocen bien, pues en cuanto logran penetrarse de que concilia con mil amores los diversos sistemas, que procura la unión fraternal, la paz universal del hasta ahora intolerante género humano, no sólo se le admirará con entusiasmo, sino que a ser dable se le erigirán altares, adorándola todas las naciones cultas, como su ídolo predilecto. Estas fábulas, en fin, son unas verdaderas alegorías que merecen estudiarse.

Las que comenzaron a publicarse en su contra en el *Diario de la Habana* no pasaron de tres, tal es el triunvirato que las formó: ellas carecen de armonía en su versificación, de gracia en el decir, y propósito laudable a que

16. Manuel González del Valle (Roberto Agramonte).

17. Frase de Voltaire (Roberto Agramonte).

dirigirse: por eso han sido condenadas al olvido dentro de tan pocos días, y el público ilustrado ha hecho de ellas ningún caso. Baste decir, que sus autores, por una fatalidad inconcebible, escogieron el verso pareado, hace tiempo desterrado por la poesía castellana por su mal efecto, pues lastima el delicado tímpano con su monótono y pesado martilleo; con este motivo, se nos recuerda lo acontecido al célebre Cervantes, en la publicación de su Quijote, esa obra que había de pasar a la posteridad coronada de laureles eternos, y que será de tanta duración entre las letras, como lo es la idea del hombre que procura significar en el mundo positivo la belleza del mundo moral que ha sabido realizar, para encanto y delicia de la sociedad en que habita; no faltó un Avellaneda, que envidioso de su gloria quisiese obscurecerla, ya que no le era dado arrebatarla; pero se malogró su empresa, como acontece a todos los que se oponen al torrente de la ilustración del siglo, y al progreso de las ciencias, que quedan envueltos en su propia ruina; esto prueba, que casi siempre se hace justicia al mérito; que la humanidad es la misma, aunque se halle en diversos puntos; y que aún existen infinitos Avellanedas encubiertos, cuyo disfraz es necesario arrancar, para que resplandezca la verdad, como sol esplendoroso: la verdad, norte y guía del filósofo espiritualista, del honrado y pacífico escritor público. *El Frenólogo*

LXVIII

**TRENOS Y PLÁCEMES AL FRENÓLOGO
por su artículo místico-eclético-dogmático
(y muy arregladito —eso sí— la verdad en su
lugar) “Sobre nuestras obligaciones para con
los demás”, inserto en el *Noticioso* de hoy. Sea
ante todas cosas por siempre bendito y alabado.**

POR EL PADRE CRISTÓFORO¹⁸ [JOSÉ DE LA LUZ]

(*Diario de la Habana*, junio 7 de 1840.)

“Pacem relinquo vobis, pacem mean do
vobis”.¹⁹

JESÚS EN SAN MATEO

¡Sermón tenemos, no hay remedio, caballeros! Me han dado Vds. por la vena del gusto. Se me van los ojos y las orejas y el corazón: me *alampo* por oír o hacer una plática, o una homilía, amados oyentes míos. ¡La paz, la paz! ¡Santa palabra! Muy santa y muy buena es la paz y concordia entre los filósofos cristianos... Empero, un solo *pero* le encuentro yo a la jugosa y edificante plática; pero *pero* que destruye cuanto el predicador se ha propuesto edificar para la celestial Jerusalén: conviene, a saber, que el platicante no ha dado el ejemplo, *anzí*, nos le ha dado diametralmente opuesto a sus piadosísimos intentos; y excusado es decir que el ejemplo es el más eficaz de todos los sermones, pues éstos tan salutíferos de suyo, sacan de aquél toda su fuerza y valentía; porque, como dice nuestro divino maestro, no el que enseña solo, ni sólo el que obra: sino el que “obrar y enseñar juntamente, éste es el que se llamará grande en el reino de los cielos”. *Qui autem fecerit, et docuerit, hic magnus vocabitur in regno caelorum. El Frenólogo*, ahora tan suavcito como un cordero, inculcando paz y fraternidad y deberes recíprocos, es el mismo, mismísimo señorito²⁰ que ha puesto de vuelta y media a

18. Nombre tomado “al franco y osado carácter que bajo la capilla de este religioso venerable pinta el sin par Manzoni”. (D. d. l. H. Jul. 10-1840).

19. “Os dejo la paz; os doy mi paz”.

20. Hablo de un solo individuo: Manuel González del Valle (Roberto Agramonte), de los que componen la cofradía; pues él sólo ha querido hacer cabeza, y es cabecilla, y de él solito es la exhortación moral-apologética de hoy: localización frenológica tenemos ¡Santa Bárbara! o mejor, ¡Santa Teresa Bendita!, sí, mística quiero, tú me la darás de mejores quilates en forma y fondo!... (N. de Luz).

su hermano contrincante con inconducencias y hasta con falsedades; el mismo, mismísimo que ha tocado y recorrido cuantas teclas, escalas y registros puede tener el destemplado fortepiano de las pasiones humanas. Vosotros lo habéis oído, amados oyentes míos: no sin indignación muchos de vosotros; y así no queréis que yo reproduzca el largo catálogo de sus desahogos y faltas de candor: el mismo, mismísimo —y es lo que más me parte de dolor el corazón, *lacrimor referens*...²¹ a quien había yo dado el ósculo más sincero de paz, el abrazo apretado de la reconciliación, las muestras más inequívocas de aprecio... ¡Corresponderme con el beso de Judas, mostrarme el rostro más lisonjero... y después!... (no queráis conocerle, que él tampoco querrá, ni yo quiero).

No hay duda, católicos, que en el caso presente viene de molde aquel texto de la Escritura santa que nos dice: “la letra mata y el espíritu vivifica”. A nosotros los sensualistas, no sensuales —que sensualista era el angélico doctor Santo Tomás de Aquino— nos ha matado la letra, el nombre que con malévolas intenciones pusieron a nuestras doctrinas sus antagonistas. Pero no se asusten los oídos piadosos, a quienes tratan de prevenir contra nosotros esos bastardos enemigos. (Perdónalos, Señor; aunque sepan lo que hacen, pues no hacen más que lo que saben...) Sensualista en filosofía no quiere decir más que un hombre que atribuye el origen de todas las ideas que forman el alma, a la experiencia, o sea los resultados de la acción de los sentidos internos y externos presididos por el espíritu; ortodoxa doctrina, autorizada por la iglesia universal, que nada tiene de herética, ni de *sapiens haeresim*.²² ¿Quién me había de decir a mí, amados oyentes míos, que me había de ver en la culta Habana, casi mediado el siglo XIX, rechazando las notas de incrédulo e inmoral, con que también trataran de manchar hace 20 años, y por causa de una buena obra análoga a esta inferior mía, ¡oh ilustre Varela! tu inmaculada reputación? ¿Y por quién? *Horresco referens*!²³ ¡A mí, que con el ejemplo y la palabra, *in omni patientia et doctrina*,²⁴ no he cesado noche y día de estar como un centinela avanzado para defender la santísima causa de las costumbres y ofender a sus corruptores de todos colores y disfraces! La palabra, hermanos míos, y palabra, el nombre que a nosotros nos mata, les da a ellos, a nuestros contrarios, la única vida que pueden tener: vida nominal. Efectivamente, señores ¿habrá nombre más bello, más sonoro, más eufónico, más electrizador, sobre todo, para los oídos de la generosa juventud, que el rotundísimo de eclecticismo, que vale tanto como elección, justicia, impar-

21. “Lloro al contarlo”

22. “con sabor a herejía”.

23. “me horrorizo de contarlo”.

24. “con la mayor paciencia y el mayor conocimiento”.

cialidad, concordia, fraternidad, siglo de oro? Pero ¿proceden estos hombres, y señaladamente su caudillo, con arreglo al venerable nombre con que se han ellos mismos bautizado? Ellos son sus primeros profanadores renunciantes: son unos verdaderos simuladores, o mejor dicho, embaucados los alumnos y embaucadores los maestros; de suerte que si por la letra, por el nombre escapan, los mata el espíritu que es el mismo que a nosotros nos vivifica. Luego por los frutos reconoceréis a los árboles. Y si para conseguir el cielo y ser mejores en la tierra, predicáis ahora, (después de la friega) el desprecio de los bienes terrenales, aquí tenéis a uno que antes y después los ha desdeñado práctica y efectivamente. ¡Fuera, pues, ficciones y simulacros! *exemplum enim dedi vobis ut quenmadmodum ego feci, ita et vos faciatis.*²⁵ *El Padre Cristóforo*

Habana, junio 5, 1840.

N. B. En la siguiente homilía recapitularemos, aunque sea a guisa de catecismo, nuestros deberes para con Dios, para con los demás, y aún para con nosotros mismos. ¡Va largo el sermoneo!

LXIX

SEGUNDA HOMILÍA AL FRENÓLOGO Y COMPAÑEROS MÁRTIRES

POR FRAY VERÓNICO DE LA PURIFICACIÓN [JOSÉ DE LA LUZ]

(*Diario de la Habana*, junio 8 de 1840.)

“Pan bendito, poquito”.

Usquequo detrahet mihi POPULUS ISTE? *Quousque non credent mihi; in omnibus* SIGNIS *quae feci coram eis.*²⁶ Son palabras tomadas del libro de los *Números*, al capítulo 4º, verso undécimo.

1. El que tiene orejas para oír, oiga.

2. Mas, ¿a quién diré que es semejante esta gentezuela?

25. “Os he dado el ejemplo para que hagáis lo que yo he hecho”.

26. “¿Hasta cuándo me ha de irritar este pueblo? ¿Hasta cuándo no me ha de creer con todas las señales que he hecho en medio de ellos?” (*Números*, cap. XIV, 11).

Semejante es a unos muchachos que están sentados en la plaza: y gritando a sus iguales.

3. Dice: Os cantamos, y no bailasteis: lloramos y no plañisteis.

4. Porque vino Juan que ni comía, ni bebía, y dicen: Demonios tiene.

5. Vino el hijo del hombre que come y bebe, y dicen: He aquí un hombre glotón y bebedor de vino, amigo de publicanos y de pecadores. Mas la cordura ha sido justificada por sus hijos.

6. ¡Ay de ti, Corozaim! ¡ay de ti, Bethsaida!, que si en Tiro y Sidón se hubieran hecho las demostraciones que han sido hechas en vosotras, ya mucho ha que hubieran hecho penitencia en cilicio y en ceniza!

7. ¡Hipócritas! Bien profetizó de vosotros Isaías, diciendo:

8. Esta gente con los labios me honra: mas el corazón de ellos, lejos está de mí.

9. Y en vano me honran enseñando doctrinas y mandamientos de hombres.

10. Oíd, pues, y entended.

11. No ensucia al hombre lo que entra en la boca; mas lo que sale de la boca, eso ensucia al hombre.

12. Se escandalizan a esto los fariseos. Y él respondiendo dijo:

13. Dejadlos: ciegos son, y guías de ciegos. Y si un ciego guía a otro ciego, entrambos caen en el hoyo.

14. ¿Todavía no comprendéis? ¿No comprendéis que toda cosa que entra en la boca, va al vientre, y es arrojada después.

15. Mas lo que sale de la boca, del corazón sale, y esto ensucia al hombre.

16. Porque del corazón salen los pensamientos malos, los falsos testimonios, las faltas de candor, los homicidios de la honra... los atentados alevosos contra ella.

17. Estas cosas son las que ensucian al hombre. Y aquí paz y después gloria por este día. *Fray Verónico de la Purificación*

Junio 6 de 1840.

LXX

**UN DÍRIGE
AL FRENÓLOGO EN SU ARTÍCULO DE HOY 7**

POR *EL SEPULTURERO* [JOSÉ DE LA LUZ]

(*Diario de la Habana*, junio 9 de 1840.)

¡Divino Cervantes frenológico, descendiente sin duda de Pentapolín el del arremangado brazo, estáis tan mal parado vos y vuestro divinísimo maestro, que hasta el último de los Avellanedas es capaz de quitaros la careta! Pero ¿qué digo la careta? Cualquier zascandil de la venta es capaz de arrancaros hasta el último aliento de vida (filosófica —se entiende) por la sencillísima razón de que, como vosotros mismos proclamáis, “cuantos se opongan al torrente de la ilustración del siglo y del proceso de las ciencias quedarán envueltos en su ruina”. *Tu dixisti*.²⁷ Ya has firmado tu sentencia de muerte: déjate de envolverme y envolverte con fábulas cubanas, ni morunas, y vamos con los huesos a Santo Domingo, que si Dios no manda otra cosa, allí quedarán sepultados los tuyos, para que se salve tu alma: una y otra obra de misericordia, espiritual y corporal, te haré tu antiguo misericordioso y constante paniaguado. —*El Sepulturero*. Zacatecas y Junio seteno de 1840.

LXXI

¡DESENREDENSE!

POR *EL DEVANADOR* [JOSÉ DE LA LUZ]

(*Diario de la Habana*, junio 10 de 1840.)

Como los bienaventurados ecléticos no dejan piedra por mover, ni por tirar —no hay duda que yo les he hecho tirar piedras— han logrado que cuatro papanatas, bobalicones, alucinados con la fábula del carro ordinario y el carro de vapor, se persuadan que los anti-idealistas son unos carretoneros de mula que se oponen a la marcha del entendimiento, y no

27. “Tú lo has dicho”.

quieren ir galán, galán por ferrocarriles, (digo, y en tiempos de diluvios y pantanos) y hasta por globos aerostáticos, y por cuanto nuevo se inventare, con tal que sea bueno, o mejor:

Pues ellos, esto es, los *anti*, siguiendo su texto favorito, el texto del mosquito, del otro famoso fabulista, “lo beben cuando es bueno, y jamás averiguan si es antiguo, o moderno”. ¡Pero vengan acá, guanajitos! Sí, guanajitos, porque otros guanajones os hacen repetir a roso y veloso, sin ton ni ton, cuanto les da la gana. Vengan acá, hombrecitos de Dios, y... ¡atención! ¡Cabeza al hombro! ¡preparen las *á á*! ¡Cómo les ha podido caber en el cráneo, frenólogos de mi vida, que los que más se empeñan por el progreso de las ciencias físicas y matemáticas, sean enemigos del vapor y del progreso? Pero todavía es más porfiada la segunda parte. ¿Cómo os habéis podido alojar en el majín que los metafísicos puramente metafísicos sean amigos de lo que más acaba con ellos? ¡Querer el gato los ratones! ¡Eso será allá en su mundito de ellos! ¡Adictos ellos a las ciencias físicas! *Abrenuntio!*²⁸ Esas son cosazas de materialistas; eso está bueno para los amenguadores de la razón humana. Nosotros nos ocupamos en cosas más elevadas, de superior categoría: nos ocupamos en la Moral, en la Legislación... Palabrerros, *intarissables!* ¿Y qué, la Moral y la Legislación se oponen a las ciencias físicas y matemáticas? ¡Pobres de la Moral y la Legislación si las ciencias físicas pugnarán con ellas! ¡Qué mezquinas ideas tenéis de las ciencias! No hay más que una ciencia. Si una parte de las llamadas ciencias se opone a otra parte, una de las dos ha de dejar de ser ciencia, ha de ser falsa, ha de caer ante el poderío irresistible de la verdad, hija del cielo.

¿Cómo habéis podido creer que sea contra el progreso una filosofía que proclama la preferencia de la investigación sobre la erudición? De la investigación, germen y madre legítima y necesaria del progreso. Ellos son ifementidos! io ilusos! los que han tratado de revivir, y lo que es peor, amalgamar con algunas nuevas, antiguas opiniones ya sepultadas, vistiéndolas con el colorido y arambeles de los tiempos modernos, más no penetrándose de su verdadero espíritu y legítimas necesidades.

Y ahora me disculparán el que yo escriba los hombres sensatos que han venido a rogarme abandone el campo, cuando se presentan armas como las que contra mí se han empuñado. Pero hay todavía algunos jóvenes deslumbrados: son pocos, poquísimos, se me dirá; empero son cabalmente los que más han menester que les vaya de fuera la luz; pues que les vaya; y a esta reflexión ha vuelto la pluma de mi mano. *El Devanador*

Junio 7 de 1840.

28. “Lejos de mí!”.

LXXII

**DARLE A CADA UNO LO SUYO
(NOTICIA SUELTA)**POR *UNICUIQUE SUUM*²⁹ [JOSÉ DE LA LUZ]*(Diario de la Habana, junio 27 de 1840.)*

Se solicita saber si el traductor del sermoncito del reverendo M. Young de Boston, contra toda casta de Filosofía, inserto en el *Noticioso* de hoy, tiene poder constituido de su principal para entrar en el *litis*, o si se arriesgaría a hacerlo prestando voz y caución: paso previo, que juzgamos imprescindible, pues deseando “dar a cada uno lo que es suyo”, según el mote del digno traductor, creemos que sólo por una chanza habrá reproducido las simplezas del predicador bostonés, quien con su propia conducta y palabras está dando un testimonio irrefragable del imperio de la Filosofía. Ahora pues: si V. lo toma de veras, como sin duda lo hace el muy reverendo, “se le dará a V. lo que es suyo” por parte de su afectísimo. *Unicuique Suum*

Junio 24 de 1840.

LXXIII

**SOBRE FRENOLOGÍA
CONTESTACIÓN AL *DIARIO DE LA HABANA*
DE HOY 26 DE JUNIO**

POR EL BAYAMÉS

(Noticioso y Lucero, junio 27 de 1840.)

Señor *Fisiólogo* mediante los amplios poderes del *Trinitario*, y facultades que me tiene públicamente concedidas, satisfago el simple deseo de V. manifestándole: que su instrucción en Frenología la ha adquirido en los

29. “A cada cual lo suyo”.

libros que tratan de ella, porque hasta ahora no se ha establecido en esta ciudad una cátedra para su enseñanza. A mayor abundamiento, ha visto y examinado con la detención debida las traducciones que ha hecho, y copias que de varias estampas ha sacado un paisano suyo, bien conocido por su amor a la literatura, aunque su pobre cráneo nada promete, mas se distingue por su franqueza y generosidad sin límites. Por último posee la Tabla Frenológica, que dio a luz en la imprenta de Terán extramuros, donde hoy día se imprime *La Cartera Cubana*, cierto extranjero, la cual aunque está en mal castellano, traducida del francés, basta para dar una idea suficiente de esta divertida ciencia, como se dignan llamarla sus apasionados; por más señas que este extranjero, según se dice, fue el que se convirtiera en Aura blanca, después de haber profetizado el fin del mundo para el día de San Juan Bautista el año pasado. *El Bayamés*³⁰

LXXIV

SOBRE FRENOLOGÍA (ALCANCE) A LA CONTESTACIÓN DE AYER

POR *EL BAYAMÉS*

(*Noticioso y Lucero*, junio 28 de 1840.)

Señor *Fisiólogo*: se me olvidó decir a V., por la premura con que escribí el anterior artículo, que cuando estuvo en esta ciudad don Joaquín D. L. Zender, le dió a mi amigo *El Trinitario* con quien cenaba algunas noches, y aún paseaba de día en su carruaje, varias lecciones de Frenología, sobre modelos de yeso, y aún en las propias calaveras naturales, haciéndole minuciosas explicaciones, por lo que vendrá V. en conocimiento que no se le puede decir como a otros, que mete la hoz en mies ajena; ya verá V. ser esto cierto, cuando yo con sus instrucciones escriba acerca de la materia. Muchos quisieran haber tenido los estudios que él, para denominarse consumado frenólogo.

Ahora me toca, pues ha llegado mi vez, preguntar a V., *Señor Fisiólogo*, ¿si entiende algo de Frenología? Dígame dónde adquirió tales nociones. Porque a la verdad, el mismo derecho que V. tuvo, me asiste para interrogarle. Esto es, si V. no lleva a mal, que yo siendo un pobre dependiente,

30. Uno del grupo de Manuel G. del Valle (Roberto Agramonte).

tome la pluma para contestar; puesto que en la república de las letras, como es bien sabido por todos los que se precian de literatos, no hay más categoría que la del verdadero talento. *El Bayamés*.

Habana y junio 27 de 1840.

JULIO



LXXV

A FRAY VERÍDICO DE LA PURIFICACIÓN

POR *EL ONTÓLOGO* [MANUEL GONZÁLEZ DEL VALLE]

(*La Aurora de Matanzas*, julio 1º de 1840.)

“Qui postest capere capiat”.

Sabe V. y va de cuento, lo que decía un mudo que hablaba como una cotorra a un sordo que no quería oír; aunque lo era como una tapia, sabe V. porque no tomo la pluma y escribo largo y tendido para acabar con mi contrario *El Frenólogo*, y ponerle en mi patria a su doctrina la losa sepulcral, pues es que no me da la regaladísima gana. Esto es muchísima verdad, repetía por señas un manco de ambas manos a un ciego de entrambos ojos. Y como ninguno de estos cuatro lisiados se podía dar a entender, ni con palabras, ni por medio de señas, trataron y convinieron al efecto en formar una compañía anónima en la que se fueron colocando por orden de fecha en la sociedad escritorial, según iban entrando en ella. Primero un cápite, como director de las ocultas maniobras. (Veánse los *Diarios de la Habana*.)

Filolezes..... 29 de mayo de 1840

Don José de la Luz..... 30 de mayo de 1840

<i>Fair Play</i>	4 de junio de 1840
<i>El Centinela</i>	4 de junio de 1840
<i>El Escolástico</i>	5 de junio de 1840
<i>Siempre el mismo</i>	6 de junio de 1840
<i>Padre Cristóforo</i>	7 de junio de 1840
<i>Fray Verídico de la Purificación</i>	8 de junio de 1840

Y unidos estos ocho individuos, que componen uno solo, en la primera reunión que tuvieron, acordaron idealmente un plan de ataque muy propio para lucirla con escaramuzas, sin comprometer jamás el éxito del combate en una acción general. Diferentes partidas de guerrillas se repartieron, aquí y allá; en cuanto se divisaba un centinela avanzado, y aún antes de dársele el quién vive, se le hacía fuego, y después se echaba a correr a toda prisa para ocultarse entre los matorrales.

Filolezes, Filolezes,
¿Dónde estás que no apareces?

Estoy dirigiendo partes y más partes desde mi recóndito gabinete. —Pero hombre, sin asistir personalmente al combate, sin noticias exactas del terreno que se pisa y sin conocimiento de lo más mínimo que ha sucedido en una acción de guerra; ¿cómo es que se pueden entender con perfección esos partes?— ¿Qué importa eso? yo escribo para la posteridad, y como entonces no se han de tener a la vista las menudencias que ahora, se dará entero crédito a mis escritos. A más de que no hay quien me contradiga —¿cómo que no? ¿Y *El Frenólogo*?— Ése ni veinte como ése, son bastantes para mí; en esta Isla no hay más filósofo que yo: todos los demás son una basura que traigo entre mis pies: el que no me rinda parias, el que no reconozca mi superioridad, contépleme por su más encarnizado enemigo.

En esto tocó el tambor llamada, y se retiraron todos precipitadamente cada uno a su puesto.

Advierta *Filolezes* y compañía, pues está reconocida tanto en público como en privado esta sociedad anónima, que para hacer citas de autores, bien sagrados o profanos, ya que a él ningún cuidado se le da de mezclarlos, se necesita mucho juicio y mayor criterio, para que vengan al caso, sin sustituirse unas palabras por otras, como hace la mala fe, supuesto que en estos días de cultura y civilización hay donde quiera multitud de libros que se pueden ver, gracias a la invención saludable y benéfica de la imprenta, y no faltan en todas partes personas que sepan leer, y aún escribir; merced a las escuelas de primeras letras, las cuales justamente piensan con su ca-

beza, favor que quiso el Divino autor de la naturaleza, el Altísimo, dispensar por su bondad suma a las criaturas humanas. He concluido por ahora. *El Ontólogo*¹

Habana, junio 8 de 1840.

P. S. KILOGRAMO DE RESERVA.

—Quien cree en Dios, y siente no cumplir con su ley, siempre y por siempre, no es hipócrita, sino frágil hijo de Adán.

Pero quien sólo cree en los sentidos, y hace el papel de religioso. ¿qué será?...

Yo el primero: tú el segundo. Luego buenas noches y beso a V. las manos. *El Ontólogo*

LXXVI

SOBRE FRENOLOGÍA

POR *EL FISIÓLOGO* [JOSÉ DE LA LUZ]

(*Diario de la Habana*, julio 1º de 1840.)

Señor *Bayamés* de mi ánima:

Bien puede ser que su poderdante de V. haya estudiado la frenología en los libros y en tantas otras cosas como V. tiene la generosidad de decir; pero no obstante eso y mucho más, yo sostengo que el tal se ha quedado en ayunas de toda esa barahúnda como él la llama; y si quiere V. y el señor Tasajista, su principal, que se lo pruebe, no tiene más que boquear, que su boca será medida. *El Fisiólogo*

Habana, 27 de junio de 1840.

1. Manuel González del Valle (vid. Luz, *De la vida íntima* t. I.)

LXXVII

SOBRE FRENOLOGÍA

POR *EL BAYAMÉS*

(*Noticioso y Lucero*, julio 3 de 1840.)

Señor *Fisiólogo* de mi corazoncito.

Dejémonos de cuentos: V. no ha contestado a la pregunta que se le ha hecho acerca de cuándo, cómo y dónde aprendió la Frenología. Esto es lo que se desea saber y nada más. De lo contrario, y si V. no hace como corresponde esta manifestación al público, el que se habrá quedado en ayunas será V. Aquí no valen palabras, sino hechos; y como nadie nace sabiendo, es necesario demostrar que se ha estudiado, a no ser que también haya un órgano en el cráneo, como diz que con el cielo de la boca de los adivinos existe un crucifijo, para que se venga en conocimiento del que es frenólogo. Aquello de que no tenga más que boquear al tasajista *Trinitario*, y que su boca será medida, está tan oscuro, que nadie lo entiende. En estos casos es preciso ser más claro, mayormente cuando se hace gala en lo privado de poseer el castellano perfectamente: no se anda con cuatro rengloncitos: se escribe largo y tendido, a pesar de lo que digan sobre el pobre cráneo: pruebas y más pruebas, y que hablen lo que quieran, que el público se convencerá de quién es el que más sabe; que en este asunto como en otros muchos, obras son amores, y no buenas razones. *El Bayamés*

LXXVIII

POR DE PRONTO
Al *Ontólogo de la Aurora de Matanzas*
(que es *El Frenólogo de la Habana*) el siguiente
artículo que estaba guardado desde el día
de la fecha que lleva.

POR *FILOLEZES*

(*Diario de la Habana*, julio 3 de 1840.)

Paralelo
Cousinismo es panteísmo:
sensualismo, ortodoxismo.

“El vivo se quedó muerto
y el muerto arrancó a correr”.

“Dios, dice Cousin, crea: crea en virtud de su poder creador, y saca el universo, no de la no-entidad, sino de sí mismo, que es la existencia absoluta; y siendo su carácter distintivo una fuerza absoluta creadora, que no puede menos de pasar a la actividad, se sigue no ya que la creación es posible, sino necesaria”!!

¿Cómo es esto, Señor católico, apostólico, cristiano (ni un cristiano protestante sostiene semejante doctrina) que sujeta V. a Dios a una necesidad, diciendo expresamente que no puede menos de pasar a la actividad? ¡Qué, la creación no sólo es posible, decís, sino necesaria! ¿No os he dicho siempre, presumidos fabricantes de la Divinidad, ¡que la formáis a vuestra imagen y semejanza, al compás de vuestros caprichos y delirios?

¿Y por qué? Porque queréis especular, donde tan sólo *oportet adorare*.² *O altitudo!* Sujetar a la Divinidad a la urgencia inevitable de manifestarse a sí misma idéntica con la creación del Universo, es contradictorio a los atributos fundamentales de la naturaleza divina. En esta hipótesis, Dios no es distinto del mundo; la criatura es una modificación del Creador: Luego Dios y el mundo son una misma cosa para M. Cousin.

Ni le vale decir que la Divinidad, aunque causa que no puede menos de crear, no se ha agotado sin embargo en el acto de crear; y que aunque pasa con todos los elementos de su ser al Universo, permanece íntegra en esencia, y con toda la superioridad de la causa sobre el efecto. Porque aquí es inevitable el tremendo dilema de Hamilton: o la Divinidad es independien-

2. “no cabe sino la adoración. Oh, lo insondable!”.

te del Universo para su ser o perfección, en cuyo extremo tiene nuestro mal parado ecléctico que abandonar su teoría de Dios y de la creación; o la existencia o perfección de la Divinidad depende de su manifestación en el Universo, en cuyo extremo es asaltada su doctrina por las dificultades anteriormente indicadas.

Probado el panteísmo de Cousin, pasemos a demostrar la ortodoxia del sensualismo, para que cotejen las almas pías y sensatas. Digo, y voy a presentar al llamado malignamente sensualismo en su forma más osada y decidida: como que puede levantar su frente bien erguida y sin embozo.

No hay que confundir los órganos con las facultades. Los órganos son las condiciones materiales que hacen posible la manifestación de las facultades. Los músculos y los huesos son las condiciones materiales del movimiento, pero no son la facultad que causa el movimiento. Así el hombre piensa y quiere, en este mundo —se entiende— por medio del cerebro: luego el cerebro es rigurosamente órgano del alma, como los ojos son órgano del alma, pues no son los ojos los que ven, sino el alma quien ve por los ojos. Empero si de aquí se deduce que el ser cogitante es el cerebro, o al contrario, es lo mismo que si se dijera que los músculos son la facultad de moverse; que el órgano de la vista y la facultad de ver son una propia cosa. En ambos casos se confunden la facultad con los órganos, y los órganos con la facultad. Error eso más imperdonable cuanto se ha cometido y rectificado millares de veces. Santo Tomás (*Contra gentiles*, capítulo 84, número 9,) respondía de esta manera a los que se empeñaban en confundir la facultad con el instrumento.

Aunque el espíritu —habla el Angélico Doctor— no sea una facultad corporal, las funciones del espíritu, tales como la memoria, el pensamiento, la imaginación, no pueden tener lugar sin ayuda de órganos corporales; y así cuando por un desarreglo cualquiera no pueden los órganos ejercer su actividad, también se desarreglan las funciones del espíritu, como sucede en el frenesí, la asfixia, &., motivo también por que una organización feliz del cuerpo humano tiene siempre por resultado, facultades intelectuales distinguidas”.

Hasta aquí el ángel de las escuelas, y hasta aquí yo por hoy, deseando de nuevo a todos salud, y a los sensatos y píos pidiendo examen y cotejo, que no es más que pedir justicia de parte del calumniado *Filolezes*.

Junio 10 de 1840.

LXXIX

PRIMERA RESPUESTA
Al artículo “Una que vale por todas”, publicado
en *La Aurora de Matanzas* de 28 de junio
próximo pasado.

POR *FILOLEZES*

(*Diario de la Habana*, julio 4 de 1840.)

Vos me coegistis.³

¡Y va de veras!

He titubeado sobre si contestaría a esta sarta de improprios y desahogos, pues no hay en todo el papel nada de filosofía ni cosa que se le parezca. Empero, en ver tanta imprudencia, mezclada a veces con hipocresía y otras miserias, y que es la única táctica que contra mí se emplea, con sólo la idea de desconceptuarme, o por lo menos, de mortificarme, se ha hecho forzoso hablar ya de una vez: así lo quieren mis enemigos, que no mis adversarios, pues tales los apellidaría de buen grado, si fueran únicamente mis opositores en cuestiones científicas y literarias. Algo habrá de dolerles sin duda lo que escriba; pero todavía quiero guardarles un resto de consideración, callando los nombres de algunas personas que han jugado en el drama; mas si persisten en sus diatribas mis encarnizados enemigos, entonces tendrá el público no sólo nombres y apellidos, sino otros pormenores y minuciosidades que por ahora también condenados al silencio. Vosotros habéis hecho la cuestión de personas desde el principio, y al fin la habéis puesto de ser o no ser. El público tiene en su mano la mayor parte de los antecedentes para juzgar en este proceso: así me bastará hacer de ellos una sucinta reseña, a fin de demostrar las dos proposiciones que acabo de asentar.

El 13 de marzo del presente año di principio a una polémica filosófica en un artículo joco-serio, publicado bajo el seudónimo de *Filolezes* contra cierto cuaderno de Psicología, recién aparecido, según las doctrinas de Cousin. Vi reproducir las erróneas teorías del corifeo del Eclecticismo, que ya había yo combatido con alguna fuerza repetidamente; y como se prescindiese de todo punto de las razones por mí alegadas, parecióme tener yo un derecho buscado de llamar a raya mi discusión a quien tan dogmático se mostrara atenido a las resultas. Hícelo es verdad —porque soy ingenuo— ridiculizando algún tanto la táctica de mis contrarios, que por un

3. “Me habéis obligado”.

lado rehusaban entrar en materia, venir a las manos conmigo, al paso que por el otro no hacían más que soltar artículos miserable por diferentes puntos de la Isla, como para demostrar que hallaban eco sus opiniones desde Punta de Maisí hasta el cabo de San Antonio. Pero esto no estorbó que al tiempo de ridiculizar lo ridículo, entrase muy seriamente en materia, así en el mismo artículo primero como en los subsecuentes. Sin pasar adelante, permítaseme una observación; y es que siempre, así antes como después que escribiera el Editor de los *Artículos de Psicología*, he combatido las doctrinas de Cousin, o refiriéndome a sus mismas obras, o a los escritos de los individuos que en nuestro suelo las han sustentado: prueba evidentísima de que he ido a las cosas, y no a las personas; mis adversarios, al revés, tienen la habilidad de marcharse de las cosas, para insultar a las personas. Pero sigamos con nuestro relato.

La contestación a mi primer artículo fue tan furibunda y desatenta como poco sostenida por los hechos, que al cabo, aunque fuera injuriosa, yo la habría dejado pasar, a haberse fundado en las realidades: tal es la fuerza de mi justicia. Lo cierto es que su mismo autor, bien por haber cedido a los clamores de su propia conciencia, bien a las reconveniones, que no instancias, de sus mismos amigos, al ver la desventajosa posición en que el hombre se colocara, sobre todo después de mi primera réplica, sea por lo que fuere, se halló forzado a cambiar de tono, y aún a retractar privadamente el que había empleado en su principio. Siguió, pues, la cuestión del modo más serio que exigirse puede, y aun más si cabe de mi parte; por entrar yo en ella más de lleno que por parte de mi antagonista; quien a poco, viéndose de nuevo muy seriamente atacado, comenzó a deslizarse echándome las flores de la negra honrilla, y caracterizando mis argumentos de vulgarísimos, sofisticos, baladíes y que sé yo cuantas otras nulidades por el estilo. Entonces volví a ridiculizarle, cumpliéndole la palabra que en la imprenta le había empeñado y reiterado en el papel: “Si discutes en regla, tendrás Lógica seca; pero si te ridiculizas te ridiculizo”. Así lo hice de paso; pero siempre examinando o en los mismos papeles, o separadamente, las interesantes cuestiones filosóficas que se habían promovido. Y entre tanto ¿qué hacía mi adversario? Solía dar algún grito retumbante; o me echaba en rostro la extensión de mis artículos, de aquellos precisamente en que más a la ley de discutiendo entraba yo en el asunto, artículos que bien examinados están escritos con sobrado laconismo, o clamaba porque se cerrasen las sesiones, pretextando el fastidio que con nuestros remitidos causábamos al público; pero a todas éstas mi adversario sin discutir, ni poder encaminar la más simple respuesta contraída al caso, en términos que me puso en el extremo de decirle que se había mostrado “menos hombre menos literato y menos discutiendo que el joven *Tulio*”, con quien tuviera yo la otra polémica filosófica en octubre próximo pasado.

Yo empero, por quitar el pretexto de la largura de mis artículos, contínuo escribiendo con mucha brevedad, y convencí al contrincante que sabía ser más lacónico que él, y que no era necesario extenderse para pulverizar su mal concertado edificio: siendo el único motivo (harto lo sabe él) de la latitud imprescindible de mis comunicados, el ahínco por dilucidar las cuestiones como es debido y ponerlas al alcance de la juventud. Demasiado se columbraban en la conducta tenida de contrario estos objetos: 1º Hacer cesar el fuego a todo trance; llamarse a río revuelto, sin más. 2º Buscar, inventar medios de mortificarme, aunque no se fundaran ni en las apariencias: dar a todo riesgo una bofetada a un hombre digno de alguna consideración, y que se la había granjeado de nuevo en la misma cuestión que estaba ventilando...

Por no molestar más al público de una vez, suspenderé por hoy este fiel relato, a cuya conclusión aparecerá más clara, que la luz, la conducta de los pseudo-eclécticos habanenses y la de su constante pero leal adversario.
Filolezes

Habana, 2 de julio de 1840.

(Continuará y se ruega a los adversarios suspendan su respuesta hasta la conclusión de mi relato, para que no sea esto un proceder infinito.)

LXXX

SOBRE FRENOLOGÍA

POR *EL TRINITARIO*

(Noticioso y Lucero, julio 5 de 1840.)

Señor don José Z. G. del Valle.

Dos son los objetos que se propone V. conseguir en su comunicado de 29 del pasado: el primero, satisfacer al público, y principalmente a sus amigos, que le importunan con preguntas, sobre si es V. *El Frenólogo*, declarando que ni siquiera es su paniaguado, y que por lo tanto, ni como autor, ni como consejero, ha tenido la más mínima parte en las publicaciones que ha hecho dicho *Frenólogo*; y esto a mi ver, lo ha logrado V. perfectamente, porque sin necesidad de que hiciese tal manifestación, los que olfatean a un autor por su estilo, conocen muy bien, especialmente respecto de los versos, que hay y habrá siempre una grande diferencia que notar entre las poesías de V. y las fábulas contra el sensualismo. No diré cuáles sean mejores; pero sí puedo asegurar, sin temor de equivocarme, que no son unos mismos los sones de ambas lirras. El segundo es, suplicar que me descubra, para que a nadie se achaquen obras ajenas. Siento mucho, muchísimo, no poder complacer a V. en una cosa tan simple; pero créame de buena fe, que si no lo verifico, a pesar de las ningunas relaciones que con V. me ligan para que tratara de darle ese gusto, mis razones, y muy fuertes y fundadas, tendré para ello. De paso quiero advertirle, que los artículos del *Frenólogo* no son una carga tan pesada, que le obligue a sucumbir de la manera que lo hace; mayormente cuando V. propio confiesa que el articulista se ha pronunciado por las doctrinas filosóficas que V. enseña, es decir, que en esto sí que somos de un mismo modo de pensar, y he aquí como estamos, aún quererlo, V. y yo unidos íntimamente en cuanto al pensamiento, y así será, por más que lo rehuse, mi compañero de armas en Filosofía, no en poesía. *El Trinitario*

LXXXI

SEGUNDA RESPUESTA
Al artículo “Una que vale por todas”,
publicado en *La Aurora de Matanzas*
de 28 de junio próximo pasado.

POR *FILOLEZES*

(*Diario de la Habana*, julio 5 de 1840.)

Vos me coegistis.

¡Y va de veras!

En tales circunstancias apareció el Redactor del *Noticioso y Lucero*, vistiendo en otro ropaje la misma idea que ya repetidas veces había emitido mi contrincante, así por escrito como de palabra, con el mismo ánimo de distraer la atención pública de la materia que la tenía suspensa, conviene a saber: cliente y patrono, uno y otro, clamaban tan a compás y tan contemporáneamente sobre el fastidio que causaran semejantes polémicas, inculcando que, “los periódicos morían en manos de la Filosofía”, que el público entero espontáneamente y hasta antes de mi contestación al Lucerista, así por estas circunstancias como por otras muchas concomitantes, cada vez más fortalecidas por lo que ha pasado después, no titubeó respecto del origen de esta santa alianza encaminada al mismo propósito: hacerme abandonar el campo de *guerre lassé*,⁴ o como si dijéramos, de fastidiado y aburrido.⁵

Tan cierto es que mi contendor no llevaba otra mira que salir a todo trance del palenque con el menor desdoro posible, cuando apenas vio estampada la palabra *conducta*, que yo empleaba del modo más claro y terminante, no en el sentido de la moral de mi antagonista, sino de su comportamiento en la discusión, cuando valiéndose de tan delicado pelillo y hasta con estudiantil desgaire, dio a la luz más *Protestas* tan fuera de sazón y tan ridículamente concebidas —quisiera hallar otro término más suave para calificarlas con la misma precisión— que si caso les hice, por hacer ellas por sí solas más daño a la reputación del protestante que cuanto pudiera inferirle cualquier respuesta de mi parte. En resolución, y en prueba de

4. “guerra fastidiosa”.

5. Por no molestar al público omito especificar más tales circunstancias, máxime cuando esto sería como predicar a convertidos. Si empero dudan mis adversarios, los satisfaré con artículos *ad hoc*. (N. del Autor.)

ello, nos aventuramos a firmar que no es capaz de reproducirlas por la prensa en los mismos términos que vieron la luz.

Bastárale al público recordar que comenzaban poco más o menos así: “Habiéndose hecho la cuestión de conducta, ya no está para mí, señor *Filolezes*”, con un acompañamiento de chispas de arsénico y otros venenos y reactivos, que no sé de dónde sacó tanta química mi contrincante. Casi es imposible hablar con gravedad, por más que uno se lo proponga, de especies de suyo tan peregrinas como risibles. Ello es que mi articulejo, que era de los más lacónicos —un párrafo de veinte renglones— estrechaba algún tanto la distancia; e increpando a mi adversario por su conducta de pájaro en la discusión, y a causa precisamente de tal conducta, le proponía una conferencia pública en el Aula Magna de la Real y Pontificia Universidad; propuesta que se fue enseriando en términos que ya empezaba yo a destellarle al público el proyecto de discusión, escogiendo al intento las materias en que más discrepábamos, según había oído yo en la imprenta de labios de mi propio contendor; a saber, “sobre la naturaleza de las llamadas ideas absolutas” y otros puntos con éste enlazados, o lo que él en cualquier modo tuviese a bien elegir y reglamentar sobre el particular; en suma, juego limpio. En tal estado, ¿qué partido restaba a mi adverso? O entrar en la lid o callar, o valerse del pretexto más incongruente y descolorido. Este último recurso fue el que adoptó, porque era el más decente a los parciales y deslumbrados ojos de otra pasión que agitaba su pecho y perturbaba su cabeza. Así lo acaba de persuadir el tenor mismo de la última protesta, pues allí como antes reiteraba su disposición a entrar en la liza, cuando se le presentase en regla el combate. ¿Qué más arreglo le querías? Cada vez fui yo adoptando un tono más grave y templado, para quitar por fin hasta la sombra de pretextos; y cada vez iba estrechando más a mí ya harto afligido antagonista. Y basta, y aún sobra, para descifrar el enigma de las celebradas *Protestas* del jueves santo.

También debo al público otra explicación, antes de seguir con el relato. He calificado de pájaro la conducta de mi antagonista en la discusión, y voy desde luego a justificar la oportunidad del epíteto. Escribía yo mis artículos muy seria y candorosamente, empeñándome como Dios me ayudaba en ilustrar la cuestión, y mi contrario, lejos de seguirme paso a paso, que es lo que se llama *discusión*, no hacía más que dar uno que otro revuelo, saliendo con alguna estudiantina miserable, o suponiéndome, lo que no había yo dicho, o calificándome como no merecía, o revolviendo antecedentes míos, en fin, hablando siempre, poco y malo, nunca contraído al asunto, que está virgen todavía de su examen, y aún eso poco, siempre al aire, como las aves, o las mariposas, que pasan por todas partes, y no penetran en ninguna. Ahí están mis artículos todavía vivos, sanos e íntegros. Que tome siquiera uno de ellos, v.g. el “Alcance al *Diario* de 11 de abril”, donde ajusto las cuentas a M. Cousin sobre el criterio de la conciencia. Ahí no hay más que discusión y lógica, seca y secante que más

no puede ser. No hay pretexto que valga. Impugnar o callar o confesar: no queda más arbitrio para los pechos hidalgos, que más que en todo se requieren para la ciencia. Sigamos con nuestra relación.

Entonces apareció en nuestro horizonte la historia de la clase improvisada de Filosofía moral; y no quiero ahora traer a mi propósito la aparición de este nuevo astro literario sino como antecedente de lo que sigue de mi cuento. Al señalar a mi contrincante el Aula Magna de la Universidad, como lugar a propósito para dirigirle algunas interpelaciones sobre ciertos hechos públicos y notorios que tuviera valor de negarme por escrito, me contestó contrayéndose a un acto que en la misma Universidad había de tener en determinado día, y suponiendo que hubiese llegado a mi conocimiento, cuando aquella suya era la primera noticia que a mis oídos alcanzara; y tanto, que al día siguiente no viene a instruirme por el Diario del Gobierno, que a instancias del doctor Fiscal había acordado el claustro establecer una Cátedra de Filosofía Moral, que interinamente se pondría bajo la dirección de mi contrincante.⁶

Entonces empezaron a derramarse por el público las voces de que nuestra discusión iba a verificarse en el acto solemne de la apertura, o que allí se designaría el día, o que habría de efectuarse en las oposiciones a la propiedad de la Cátedra, como sugiriendo la especie de que yo tratase de ser opositor; pues todas estas versiones circulaban. En tal estado, y conociendo yo quien las había, salí con dos palabras requiriendo a mi adversario se explicase sobre el particular paladinamente, si aceptaba, o no aceptaba y desligándole al mismo tiempo de su compromiso, si quería; pues verdaderamente me repugnaba entrar en la lid con un hombre que estaba rendido; parecíame hasta poco noble tal conducta, y aún menos glorioso tal triunfo. Aquí tenemos, pues, otra muestra de la misma táctica: gritar, aparentar, hacer ruido, protestar que se le hallaría siempre en el Carpio, como Bernardo, aprovechándose de la circunstancia de la apertura de la Cátedra, para distraer la atención pública por el momento, para diluirla, como si dijéramos, anegada en medio de tales y tantos trampantojos.

Como que los vociferadores estaban seguros, segurísimos, de que en tan solemne día, mientras no se me invitase a ello expresamente, no me permitiría ni mi delicadeza ni mi conocimiento de las formas universitarias, salir a la palestra en aquella publicidad con interpelaciones tan fuera de sazón y de tiempo; esparcían —sin nada de imprimir ni de contestar categóricamente— los rumores consabidos, para llegado el día poder comulgar al público preguntante y curioso, que me habría echado de menos en el acto, con la fábula de haberseme invitado privadamente, o cosa semejante, y que en mí consistiera el *non comparendo*;⁷ con lo cual redondeaba, o

6. M. G. del Valle.

7. “no comparecer”.

cubrían por de pronto, el expediente a su desmañada manera. Ellos mismos se me han dado a conocer en ésta y un millón de ocasiones; y a fuer de su conocedor, cuando acudían mis amigos a interrogarme sobre el día de la discusión, con las varias versiones que circulaban los correos y emisarios, y el agregado de los preparativos del contrario para la campaña, de las municiones y proyectiles que apañaba; yo desde mi silla, imperturbable, no contestaba más a tanto aparato de una parte y curiosidad de la otra, sino: “son unos inocentes los que crean que mi contendor pise la arena”. El tiempo no ha desmentido aún la profecía de *Filolezes*.

Habana, 3 de julio de 1840.

LXXXII

[SOBRE] FRENOLOGÍA DÍALOGO SEGUNDO

POR *EL TRINITARIO*

(*Noticioso y Lucero* julio 6 de 1840.)

Sólo Dios puede resucitar a Lázaro.

Patricio.—(Con *La Cartera Cubana* en la mano.) ¿No has visto el segundo artículo de la historia de la Frenología, que trae *La Cartera Cubana* de mayo de este año?

Emilio.—No, por cierto. ¿Y qué tal está?

Patricio.—Lo mismo que el otro: una mezcolanza indigesta. Parece que el editor se ha propuesto darnos un extracto de todo lo que se ha escrito favorable a la Frenología.

Emilio.—Así debe ser: de lo contrario, no fuera historia.

Patricio.—Es que en estos resúmenes se dejan sus autores, apasionados del sistema, se dejan, repito, en el tintero, lo que no les conviene que vea el público, es decir, que no extractan los argumentos contrarios, y si acaso lo hacen, lo verifican respecto de los más débiles, para tener la gloria de combatirlos victoriosamente.

Emilio.—Yo no creo al Director de *La Cartera* capaz se semejante cosa, a mi juicio, procede con la mejor buena fe, aunque se confiesa frenólogo consumado.

Patricio.—Consumido querrás decir. Ya... pero... como...

Emilio.—¿Qué quieres significar con esas reticencias?

Patricio.—Digo que me asisten razones fuertes y poderosas para sospechar, que no todo lo que hay escrito acerca de la Frenología se publicará en *La Cartera*.

Emilio.—Venga la prueba; porque en asuntos de esta naturaleza, en una ciencia, como la denominan sus adictos, en que los hechos constituyen sus principales bases, con hechos, y no con meras palabras, se ha de responder:

Patricio.—Pues callen barbas, y hablen cartas. Primeramente, tengo a la vista los *Noticiosos y Luceros* de 18 y 19 de mayo de este año, estos luminosos diarios en cuyas columnas aparecen frecuentemente conocimientos los más útiles al género humano; este periódico, que desde su principio, aún en su forma material, fue el que dio el tono y grandeza, o auge en que hoy se encuentran, a los demás de la Isla, es donde se halla un precioso y elocuente artículo de Frenología, que ha quedado sin contestación por parte de los acalorados Frenólogos Cubanos, siendo los cargos que se hacen, los más terribles, como que descansan en hechos y experimentos, que no se pueden negar. En segundo lugar, sé de buena tinta otros muchos casos particulares, que no admiten duda, tocante a ser falsa la Frenología, y que comprueban hasta la evidencia lo erróneo de un sistema, que sus alumnos suponen infalible. Por ejemplo: la viuda de Cherón, que debía tener un carácter terrible, según la inspección que se hizo de su cráneo, fue de muy bella índole. Victo Manquiamelo, famoso en las matemáticas, no manifestó en el reconocimiento de su cabeza, mayor prominencia de instinto matemático que la que comúnmente se halla en cualquier cráneo. A más de esto: Mr. Lolut, insigne médico, observa que la cabeza debe guardar proporción con el resto del cuerpo, hecho de que no se cuidan jamás los frenólogos. También advierte que los idiotas, teniendo en general una estatura menor de 58 milímetros, que los hombres de buen entendimiento, el desarrollo del cerebro de los idiotas es mayor que el de los hombres bien organizados. Y por último, el doctor Carise ha escrito en París contra la Frenología en términos tan convincentes, que ya no se hace caso del sistema.

Emilio.—Entonces digamos que debe dársele sepultura; y que se le puede entornar un responso.

Patricio.—No, que es pura materia. Se ve tan decaída la Frenología, aun aquí mismo, donde siquiera, porque ahora comienza a propagarse su doctrina, debiera tener noveles aficionados, que como pobres vergonzantes, no se atrevan sus maestros a defenderla con el rostro descubierto y temiendo, y con razón, la rechifla de la gente pensadora, de los sensatos, que se curasen de su tonta manía en la casa de San Dionisio.

Emilio.—En ese descrédito habrá caído, porque no tendrán abultados

los huesos del cráneo sus mantenedores; pues así como la gloria en los combates, el laurel de la victoria se alcanza únicamente por los fuertes paladines, los hábiles luchadores, los valientes campeones, y en manera alguna por los débiles y cobardes, del propio modo, los peritos y esforzados en las polémicas literarias, son al fin los que ciñen el lauro inmarcesible del triunfo.

Patricio.—¡Válgate Dios! ¡y cómo te has cambiado de la noche a la mañana! ¡de cuánta prosa has usado para defender una causa perdida! Se conoce que es mala, cuando ni entusiasmo te inspira. Hombre, desengaña-te, la Frenología ha pasado como todos los sistemas falsos; aunque brillante y alucinador, el tiempo, que es el regulador de las cosas, los despoja de sus errores, y quedan, si acaso, los esqueletos; así ha sucedido con la Frenología: han quedado los huesos para diversión de imbéciles. ¡Cuántas calaveras peladas, aunque con casquetes, andan por ahí desafiando a sus compañeras! Y ahora que me acuerdo: ¿No tienes noticia de un hecho reciente que ha cerrado la boca a todos los frenólogos, sin necesidad de que *boqueasen para que fuesen medidas*?⁸ Pues aconteció en París, y es tan público y notorio, que nadie lo ignora.

Emilio.—¿Y cuál es?

Patricio.—Escucha. Mr. Gueriau Mussy, oyendo decir en la Academia de Medicina, que Fieschi fue lo que era preciso que fuese, según su organización, prorrumpió de esta suerte: “¡Luego no fue criminal!” ¿Qué decir de sus jueces? ¿Cómo ha de ser criminal una piedra que cae, porque su gravedad exige que caiga, aunque mate mil personas en su descenso? Los frenólogos, y Broussais, que estaban presentes, quedaron estupefactos y como heridos de un rayo. ¿Qué diremos de este pasaje?

Emilio.—¿Qué se ha de decir? Yo me estoy ya convenciendo enteramente de que toda la Frenología no es más que una verdadera paradoja, un cuento para dormir muchachos.

Patricio.—No tanto; algo hay, pero esto no es bastante a influir en la voluntad, en términos de encadenarla entre los huecos del cerebro, ni tampoco coartar las facultades del alma, ni al yo, poderoso árbitro en su ámbito; lo contrario sería privarnos del libre albedrío. Lo que sí es incuestionable es que todo extremo es vicioso, que la exageración en los sistemas filosóficos acarrea errores tras errores, que la torpe ignorancia es sumamente audaz, y que por lo común, aquel que menos sabe, es el que pretende pasar por sabio.

Emilio.—Adiós hasta más ver.

Patricio.—Hasta que se publique el tercer artículo de Frenología en *La Cartera Cubana*; en esa *Cartera*, que ha dejado de imprimir, no sé por

8. Frase usada por Luz contra sus impugnadores; subrayada por nosotros (Roberto Agramonte).

qué motivos, las afecciones astronómicas, que a nadie interesaban, y cuyo inútil trabajo demostraba que D. M. Sánchez Rubio tenía más de un sucesor en la Habana; entonces se abrirá campo para entrar de plano en la discusión, conocida que sea la mente del que ahora parece fluctuar entre dos aguas, como buque que ha naufragado a vista del puerto, y cuyo capitán alimenta la esperanza de salvar el cargamento. *El Trinitario*

LXXXIII

LA MARAÑA **Contestación al último artículo publicado** **en el *Diario de la Habana* de 10 de junio de 1840,** **suscrito por *El Devanador*.**

POR *EL ONTÓLOGO*

(*La Aurora de Matanzas*, julio 7 de 1840.)

Por cierto que el tal *Devanador*, en vez de desenredar, lo que hace es embrollarlo todo. ¡Y las armas de que se vale? ¡Vaya! No digo nada. ¿Quién le había conferido sus poderes para que represente de la manera que lo ha verificado? Nuevo Quijote literario tenemos en campaña, desfacedor de agravios y enderezador de entuertos. ¡Sobre que cada siglo tiene su rareza! ¡Y luego se queja nuestro antagonista de que se le hiere por los mismos filos? ¡Qué! si por lucir un pensamiento este filósofo rezagado quebrantara cuantas protestas haya hecho. Es cosa que no está en él. No se puede ir a la mano desde su enfermedad de cabeza. ¡Pobre *Filolezes*! ¡Qué lástima le tengo! ¿Con que ahora salimos, a lo último, manifestando lo que debió expresar al principio? ¿Con que los que más se empeñan por el progreso de las ciencias físicas y matemáticas, contrayéndose *El Devanador* a sí mismo, no pueden ser enemigos del vapor y del progreso? Dale con el progreso otra vez. Si digo yo que este progreso le tiene trastornada la cabeza a mi amigo *Filolezes*. Pero ya es tarde, y bien tarde para que surta efecto semejante confesión, que más bien debe llamarse retractación. ¿Acaso se cree *Filolezes* que el público habanero carece de memoria? ¿Ha olvidado las *fábulas* de cierto duende, impresas con acuerdo y beneplácito en el *Diario de la Habana*, por el aprendiz de Gall?...⁹ ¿No era este

9. *Un aprendiz de Gall*, pseudónimo de Luz en *Diario de la Habana*, 1840.

aprendiz el propio *Filolezes*, que las aceptó gusto, cuando aquel las anunció, jactándose de su saber? ¿Y no mostró su agrado al ocupar el puesto de *carretero*, en contraposición al carro de vapor? Ahí están los renglones de la fábula segunda titulada *Los dos viajeros*, que no me dejarán mentir. (Véase el *Diario de la Habana* de 30 de abril de este año). En ella, después de manifestar la seguridad con que se camina en una carreta enyuntada y bien sujeta, venciendo mil escollos, salvándose profundos hoyos, siendo su marcha pausada, pero de riesgos liberada, se expresa que de repente el veloz carro tropieza sobre el carril con un pequeño guijarro; que salta la rueda que con él va a la muerte, mientras que por el mismo sendero, el otro feliz viajero, esto es, el que va en la carreta, atraviesa con majestad; el carro de vapor tropieza con todo, hasta que se desbarató saltando en mil pedazos, y arrojando al suelo, y elevando al cielo los mutilados miembros de los desgraciados que confiaran en él. ¿No es esto claramente preferir el atraso de las ciencias a su progreso? Yo así lo creo, y si no que lo diga la conclusión de la propia fábula, que es la siguiente:

Con el carro de vapor/ Hay filósofos hoy día,/ Fanáticos con furor,/ Que abandonan a porfía/ De la razón la luminosa guía;/ Y sin sentidos por el ancho espacio,/ Extraviados, caminan bien despacio,/ Causando compasión sus desatinos:/ Empero sigan sus absurdas leyes,/ Que para andar por ásperos caminos,/ Me atengo a la carreta y a los bueyes.

Igual suceso han tenido los papeles de León y Loro que se le han dado a la contraparte, y ha desempeñado satisfactoriamente. Por último, hasta se ha hecho cargo del papel de Avellaneda como envidioso de las glorias de Cervantes. Es cuanto pudiera decirse. Para recuperar su crédito perdido, trata ahora de hacer ver que es amigo del progreso *Filolezes*, después que tanto se ha opuesto a ello. Después de hacer burla de los jóvenes estudiosos que se interesan en la propagación de las luces y conocimientos útiles en todos los ramos del saber humano, y después llenan de apodos a los amantes de las bellas letras, pues en la actualidad los denomina *guanajos* y *guanajitos*. ¿Será esto permitido, tolerado siquiera, entre gentes, y gentes que se tienen por sabias? ¿Qué ocupan en puesto honroso en la república de las letras? De ningún modo. Querer anteponer los hechos materiales a la inteligencia, es lo mismo que encaramar la materia sobre el espíritu, siendo cabalmente lo que intenta *Filolezes*. Mas no lo conseguirá, por mucho que se empeñe. Por fortuna, aquí como en todas partes, ahora como siempre, una sola golondrina no hace verano. Adiós hasta más ver, señor *Devanador*, cambie de nombres, como de colores. Que si V. se queda hablando solo, sus motivos tendría para ello. Yo por mí, mientras haya con quien entrar en conversación, he de estar callado, y callado como un poste. ¿Callado *El Ontólogo*? Dispénseme V. Personas de mi amistad se me han acercado por el interés de que se corten estas polémicas. Estoy pronto a

ejecutarlo, pero adviértase, que si tiro piedras es porque se me arrojan cantos. *El Ontólogo*

Habana, 10 de junio de 1840.

LXXXIV

TERCERA RESPUESTA **Al artículo “Una que vale por todas”,** **publicado en *La Aurora de Matanzas*** **de 28 de junio próximo pasado.**

POR *FILOLEZES*

(*Diario de la Habana*, julio 7 de 1840).

“Vos me coegistis”.

Y va de veras!

Visto, pues, que a pesar del proyecto de discusión y pedimento de explicaciones a mi adversario acerca del día, materia y orden de la conferencia, no obtenía respuesta alguna de su parte, a la sazón que se presentaba en mi morada una persona apreciable y entendida, pero a quien ligaban más estrechas relaciones con mi adversario que no conmigo, manifestándome que había encontrado a éste último muy dispuesto a entrar en la lid; pero que él mismo le disuadiera de ello, porque de todos modos y por todos motivos nos estaban mejor evitar semejantes encuentros, sacrificando los impulsos del amor propio en las aras del amor a la ciencia, di por enteramente concluido este negocio, y hasta en autoridad de cosa juzgada: advirtiéndole que mi disposición a darlo por terminado era manifiesta, y aún manifestada en uno de mis últimos remitidos; espontáneamente de mi parte, aun sin la instancia, para mí respetable, de la susodicha persona; pues me era harto violento y aún poco decoroso batirme con un hombre compulsivo y apremiado, y sobre todo cuando yo más deseaba el triunfo de las opiniones que el de las personas.

Los que no sienten su corazón agitado por ciertos elevados motivos, no pueden juzgar que no duelan profundamente ver germinar y fructificar el error entre los hijos de nuestra patria. No es un vano deseo de ostentar conocimientos los que pone la pluma en nuestra mano; ¡no! y algún día me

harán justicia hasta mis propios enemigos: es el dolor de ver que se propaguen y acrediten ciertas doctrinas que creemos perjudicialísimas a la causa de la ciencia y de la moral en nuestro suelo; y en prueba perentoria de que no nos decide otro móvil, repárese que sólo hemos escrito contestando, empeñados en poner remedio al mal que creemos se causa con dejar correr ciertas opiniones tan erróneas, que apenas alcanzáramos como deslumbran aún a la misma mocedad, si no lo tocáramos con nuestras propias manos. ¡Qué más! Hasta de la misma impugnación detallada de toda la Psicología de Cousin que prometiera yo al público desde fines de 1838, había ya desistido, por parecerme suficiente para desengañar a la juventud lo que en repetidas polémicas, y señaladamente en la sostenida con *Adicto* en principios de 39, y con *Tulio* en octubre del mismo año, había publicado acerca del llamado Eclecticismo y sus vanas cuanto ambiciosas pretensiones. ¡Aquí está mi deseo de ostentar y lucir! ¡Demasiado sabéis, oh acérrimos enemigos de *Filolezes*, demasiado sabéis los únicos móviles de su vida y de su pluma!

Pero volvamos a tomar el hilo de nuestra relación. Cuando lo últimamente referido apenas pasaba, se había presentado un nuevo adalid en la persona de don Domingo de León y Mora. El público vio con asombro el desafuero con que este hombre se produjera respecto de mí; y eso más se escandalizaba, y aún escandecía, al notar la levisima causa que ocasionara tamaño desmán. Ya esta sola circunstancia era de suyo un vehemente indicio de que allí dentro se encontraba un encono mal encubierto, que saliera de madre rebosando y quemando cual lava al menor soplo que le excitase. Pero, ¿podía suponerse tanta pasión, tanta ira, así repentinamente en el pecho del joven Mora, que le hiciera saltar en tales términos por todas las barreras de la consideración que se debe aún a los hombres más desconsiderados en la sociedad? Así fue que esta circunstancia, unida a la del notorio íntimo trato de mi nuevo con mi antiguo insultador; y corroborada con la otra de tocarse en los papeles del último muchas de las especies y bajo el mismo orden que se hallan en los primeros, hizo desde luego conocer al mundo entero que León y Mora no era más que otro cráter del mismo volcán siempre ardiente y atizado contra el malaventurado *Filolezes*. Así lo creyó este mismo firmemente; y como notase la avilantez con que para alucinar su digno accesorio, el mentiroso cargo de ser cousinista mi *Elenco de 1835*, cargo a que ni había hecho caso en boca del primero, por haber ofrecido yo a aquél y otros amigos quedar cortada la polémica, volví a tomar la pluma, demostrando en una serie de artículos, con el *Elenco* en la mano, y proposición por proposición, cuán gratuitamente habían querido faltar a la verdad y a su conciencia estos mis adversarios de nuevo cuño; pues tal los apellido, porque los suponedores suelen buscar siquiera las apariencias para dar a sus cargos algún colorido de verdad; pero mis enemigos, suposición neta y sin apoyo es el arma que emplearon entonces, y

han empleado después, contando con el antecedente de que la mayoría del público no conociera el contenido del Elenco.

En tales circunstancias y después de haber escrito 4 ó 5 artículos sólo al propósito de manifestar que ni la letra ni el espíritu de tal documento eran cousinistas, pareciéndome ya de sobra, y diciendo a las instancias de aquella misma persona apreciable antecitada y aún de otros amigos que se hallaban presentes volví a levantar la pluma, ofreciéndoles ocuparme solamente en mi *Impugnación a Cousin*, como ellos mismos me recomendaban que había de ver la luz, en forma de cuadernos, y no de artículos sueltos, de periódicos, bien entendido que de la parte contraria tampoco me molestarían; y así lo aseguró aquella persona autorizada que estaban dispuestos a hacerlo mis antagonistas. Cumplí por mi parte tan religiosamente esta especie de capitulación, como lo ha visto el público entero, y lo verá todavía más, cuando le presente el fruto de mis tareas en ese intervalo de tregua. Y mis contrarios entre tanto ¿qué hacían? ¿Por ventura llenaban de su lado el compromiso, o se aprestaban con trabajos serios al combate que podían muy decorosamente empeñar de nuevo a la aparición de mis impugnaciones contra su caudillo? *Fábulas* fue lo que empezaron a forjar al cabo de breves días: ifábulas para una discusión filosófica! fábulas que por lo mismo desprecié, no obstante descubrir en ellas el espíritu, aunque diferentes manos; fábulas mandadas a hacer, o mejor dicho, ayudadas a hacer, por mi principal antagonista y sus paniaguados. Prueba inconcusa del desprecio con que las miré (puesto que sólo negaban y no probaban), es que hasta la décima o undécima, no volví a alzar la voz; y eso porque se me hacían en ella, con ánimo de amedrentarme, las dos graves acusaciones de ser mis doctrinas contrarias a la caridad cristiana no menos que al trono y al altar. Harto motivo tuviera desde alguna de las fábulas anteriores de haber salido a la palestra, pues en una de ellas se hizo la pintura recargada de un sensual o sensualista, entregado a todo género de deleites, y como para hacer creer a los que no me conociesen, fuera de esta isla, (porque en ésta trabajo les mando para que hagan creer dado a los deleites a un hombre que no cuenta más tesoro que la rigidez de sus austeras costumbres) que el corifeo de la escuela sensualista en la tierra de Cuba, algo sería de lo que se achacaba, cuando tanto osaban decirle.

Esta es la buena intención de mis enemigos, ide los sustentáculos de la ley del deber!; y aquí tienen mis compatriotas otra prenda de este nuevo modo de calumniar de que hice mérito poco ha, sin consultar siquiera las apariencias. Pero aquí no sólo hay malicia sino simulación; pues esos mismos predicadores de moral son precisamente los que mejor saben, por experiencia y *ab incunabilis*¹⁰ (hemos sido amigos y muy fervientes, iqué cruel desengaño!) la severidad de principios y candor de pensamientos que

10. "Desde un principio".

rigen las acciones de un hombre, que en más de un sentido puede afirmar que “su reinado no es de este mundo”.

Por lo demás, señores, las fábulas se escriben para desterrar vicios en la moral y faltas en la literatura; pero no son lo más a propósito para impugnar opiniones filosóficas. Y si quiere todavía sostenerse por parte de más adversarios, que cuanto preste materia al ridículo, es digno blanco para fabular, digan —la mano puesta sobre el pecho— a qué lado de los contendientes pertenece *de jure*¹¹ la aplicación de su favorito procedimiento.

Vuelto a empeñar el lance, ya ha visto el público las miserias e inconducencias a que volvieron a apelar mis enemigos, llegando al extremo de la ridiculez, con echarme en rostro que ellos eran poetas y yo no; como si la cuestión hubiese sido de hacer versos, y no de hacer razonamientos. En fin, y para no cansar; pues estos hechos, por tan recientes, están muy frescos en la memoria de mis lectores. Tornaron a interesarse personas de respeto porque cesase otra vez el fuego de una y otra parte, cuando ya había yo puesto a la contraria fuera de combate; y torné a empeñar mi palabra de que cortado quedaría; y tan de veras la cumpliera, que teniendo censurados y listos para la prensa dos artículos más contra mi gente, fueron sepultados en el silencio desde el diez de junio, en que vio la luz el último mío bajo el epígrafe de: “Desenrédense”; y que eternamente lo quedaran, a no haber salido ellos de nuevo vomitando denuestos e improprios por *La Aurora de Matanzas* (que es la ocurrencia del día), en el seguro de que, maniatado yo por mi palabra, iban a gozar del placer de la sorpresa causada al enemigo, con todas las fuerzas que a mansalva habían podido reunir en tantos días, como mediaron del 10 al 27 de junio, en que comenzaron a soltar sus primeros proyectiles en el último bombardeo.

Ya en el entretanto había ocurrido la circunstancia de la reimpresión de la primera fábula en la *Gaceta de Puerto Príncipe*. Pero como este dato se halla íntimamente enlazado con la historia del ministerio de relaciones exteriores (*¡Quis talia fando temperet a risu?*),¹² razón será que forme parte del artículo que a ella consagre el desenmascarador *Filolezes. Vos me coegistis*.

11. “por derecho propio”.

12. “¿Quién, al narrar estas cosas, podrá contener la risa?”. Ovidio dice: “temperet a lacrimis?”

LXXXV

**ADMONICIÓN BREVÍSIMA A *FILOLEZES* POR SU
ARTÍCULO COMENZADO A PUBLICAR EN EL
DIARIO DE LA HABANA EL 4 DE JULIO, 1840**

POR *EL ONTÓLOGO*

(*La Aurora de Matanzas*, julio 8 de 1840.)

“Qualia tu dederis, talia percipies”.¹³

Concluye V., señor *Filolezes*, rogando a sus adversarios suspendan su respuesta hasta la conclusión de su relato, para que no sea esto un proceder infinito; y yo no puedo menos que principiar manifestando que cada artículo de V. es necesario contestarlo a tiempo, porque si no, se olvidan las especies, y cuesta luego mucho trabajo recordarlas, o buscar los *Diarios* para tenerlos a la vista, en razón de ser tantos, y tan largos, los que V. escribe, que no es posible alcanzarlos si no se imprime “una que valga por todas”.

Entra V. haciendo la historia de sus polémicas literarias para instruir al público de los antecedentes, y como ante el mismo ha pasado todo, semejante repetición no podrá menos que cansarlo; sin embargo de todo, es disculpable en quien supone que cuanto se escribe en su contra son dicerios y desahogos, y en quien después de haber quedado postrado en tierra, ahora quiere levantarse para confundir a sus enemigos. Esto se da claramente a entender con los versitos de ayer: Que el vivo se cayó muerto, /Y el muerto arrancó a correr.

Por fortuna estoy curado de espanto, y no me arredran sus amenazas, porque como está montado en cólera, le considero trastornado del sentido; pues la ira nadie duda que es verdadera locura. Si no fuera así ¿cómo había V. de contradecirse en el fragmento de su discurso que tengo a la vista? ¿Cómo? ¿V. que hace gala de ser tan lógico? Al principio dice V. que no tiene adversarios, sino enemigos, y al fin ruega a sus adversarios que suspendan su respuesta. Si no los tiene, si no hay tales adversarios ¿cómo se dirige a ellos?... ¡Vaya! Que aquí se perdió el criterio.

Dice V. en su artículo, como para intimidar, que si persisten en sus diatribas sus encarnizados enemigos (es necesario advertir que no existen tales carneros) entonces tendrá el público no sólo los nombres y apellidos, sino otros pormenores y minuciosidades, que por ahora también condena

13. “Según des, así percibirás”.

al silencio. “En esto V. sabrá lo que se hace, porque si se equivoca, lo que es muy fácil, o le faltan pruebas, que es muy factible, se expone a que le demanden judicialmente algunos sujetos contra quien vaya V. a topar a ciegas; a más de que si se ha de expresar todos los nombres de las personas que han jugado en el drama, será preciso que no se olvide del autor o autores de los artículos que contra V. se han publicado, pues se dice que por ahí, por esos mundos de dios que parece acostumbra V. a frecuentar más que yo, que son lo menos doce. Después sigue el escribiente, el que los llevó a la imprenta, el censor, el redactor, el cajista, el prensista, y hasta el repartido. ¡Cuánta gente junta!, si se agregan los que los hayan leído! Ni en el valle de Josaphat habrá más.

Es indispensable que esta gente salga a plaza, por haber cometido la falta notabilísima de escribir contra los errores de *Filolezes*, de *Filolezes*, que ha manifestado que usó del estilo ridículo, para ridiculizar a sus adversarios; otro diría que los ha llenado de dicerios. Aún los está amenazando, con que los ha de pintar en público con sus pelos y señales, estampando sus nombres y apellidos, con otros pormenores y minuciosidades, como si fuese un delito tomar la pluma en su contra, para sostener verdades, aunque amargas, útiles y convenientes. Acaso se habrá creído que son algunos criminales los que así se atreven a entrar en liza con el hasta ahora campeón por excelencia, cuyo título adquirió más bien por indebidas consideraciones, que por triunfos alcanzados en batallas campales.

Eche dibujos *Filolezes*, que acá también sabemos pintar, y en la exposición de retratos originales que se haga al público, veremos quién se lleva el lauro, mas, entre paréntesis: ¿qué conexión habrá entre el retrato de una persona y su obra? ¿Si será *Filolezes* frenólogo, y querrá descubrir los órganos intelectuales en la frente de los individuos? Algo habrá de esto. Por eso se advierte en la portada de los más de los libros el retrato del autor. Pero pues así lo quiere el que se ha propuesto gobernar y dirigir a la juventud cubana, paciencia y barajar; que nuestra vez ha de llegar, y entonces veremos, de quién a quién, cuál ha sido el impudente, el que ha dado margen a tales contestaciones; el público juzgará, porque él es el mejor juez de semejantes cuestiones. *El Ontólogo*.

Habana, 4 de julio de 1840.

LXXXVI

**[SOBRE] FRENOLOGÍA
FLAMANTE, FAMOSO Y ESTUPENDO
DESCUBRIMIENTO**

POR *EL BAYAMÉS*

(*Noticioso y Lucero*, julio 8 de 1840.)

Siento aguda comezón
En medio de la cabeza,
Y cuando a picarme empieza,
Me rasco, y más picazón.

Se me abulta el corazón,
Se me dilatan las venas
¿Y esto qué es? Corrientes llenas
De experimentos, fisiólogos,
Traslados a los frenólogos,
Para que alivien mis penas.

Cuando anduve por Sevilla, habrá cosa de un año, donde conocí a mis tíos, naturales de aquel dramático país, contraje relaciones de amistad con M. Saliveberry, hombre consumido en investigaciones de cráneos por cementerios. Apasionado yo a cuanto pueda influir en el conocimiento espiritual y corporal de los hijos de la golosa Eva, le manifesté al Frenólogo mi afición a sus estudios favoritos. Esto era ¡oh!, si me acuerdo víspera de Corpus, que es decir de gloria y fama, y de porte para Sevilla, que amo con el cariño debido al solar aristocrático de mi padre y abuelo. Sonrióse el discípulo bendito de Gall, alzó las gafas de sus miopes ojos, y me hizo la expresión más afectuosa de su simpatía y deseos de complacerme. Guárdeme V. el secreto, y le he de iniciar en un descubrimiento frenológico, digno de abrir una época nueva en la historia de nuestra mal mirada ciencia. Diciendo y haciendo, me conduce asido del brazo a una casa, que a mi juicio era como la sal *de profundis* del convento de Belén. ¿Cuál fue mi sorpresa! Vi en hileras, y en gradas de menor a mayor, miles de cráneos, lucientes y blancos, con rótulos en los huesos occipitales, y especialmente con fechas de 1509, 1600, 1602, 1603, 1606, 1607, 1790. ¿Qué indican estas fechas M. Saliveberry? Abrió los ojos, meneó la cabeza rotundísima que tenía el encalabrinado frenologista, a manera de queso de Flandes, y me dijo: ¡Cabalmente ahí...! ¡ahí está el secreto de mis exploraciones! Mire V.

para allá a la izquierda, y advertirá que los cráneos no presentan ese descenso del hueso frontal sobre las curvas de los ojos. Pues ahora va la explicación: la caída del hueso frontal sobre los ojos, es el órgano de la Inquisición, que en paz descansa. En esos años apuntados, la generación humana no dejaba de presentar ese desarrollo frenológico ¡y qué cosa tan rara! desde 1820 no se vuelve a hallar en los cráneos de los muchachos igual descenso. Entonces fue cayendo la Inquisición hasta extinguirse. ¿Y por qué? Porque se acabó el órgano inquisitorial. Aquí abracé al Frenólogo, y quedé más adicto a sus misterios. La suerte me ha traído a esta ciudad y en ella, en medio de los afanes que me cuesta la vida, he reflexionado seriamente sobre si publicaría el secreto de mi amigo Saliveberry, hombre el más pujante que se conoce en Frenología monda y lironda, pelada y por pelar; mas porque no se diga que por ser de diversa opinión callo la suya, me he decidido a divulgarla, a fin de que se aproveche el cándido *Fisiólogo*¹⁴ de las sandias pregunticas sardónicas, que se hacen en el *Diario de la Habana* a mi amigo *El Trinitario. El Bayamés*

LXXXVII

CUARTA RESPUESTA Al artículo “Una que vale por todas”, publicado en *La Aurora de Matanzas* de 28 de junio próximo pasado.

POR *FILOLEZES*

(*Diario de la Habana*, julio 9 de 1840.)

“Vos me coegistis”.

¡Y va de veras!

Quedó pendiente el discurso en la historia del ministerio de relaciones. Es antigua táctica de mi contrario dirigir sus circulares de artículos y cartas para mandarlos escribir a diferentes puntos de la Isla, y más de seguro apela a semejante estrategia, cuanto más rendido ha quedado en este terreno. Pero ¡qué artículos! Su ánimo es que aparezca, si no el pabellón, al menos un arrapiezo de su destrozadísima bandera, aunque sea

14. Luz y Caballero (Roberto Agramonte).

figurando miserable gallardete flameante en lontananza; en fin, primero mártir que confesor; primero amor propio que amor a la verdad. Si no podéis sosteneros ¿quién os obligará a salir al palenque? La pasión que por dentro tenéis; tan persuadido he estado de cuanto os tenéis; tan persuadido he estado de cuanto os impulsa, y creo conoceros tan profundamente, que hace tiempo manifesté en su círculo de amigos que por último acabaríais por hacer escribir a algunos ecléticos de la Península excitando sus simpatías contra el anti-idealista habanero, para que cayese luego sobre mi persona y doctrinas todo el peso de ciertas reputaciones trasatlánticas, eso más venerables cuanto más lejanas, tales como la de un Donoso Cortés y otros jóvenes que también siguen la moda de esas añejas opiniones revividas y mezcladas con nuevas, como se arreglan hoy las que llevan las barbas a usanzas del siglo decimosexto, con el contrastido del frac y la corbata del decimonono. Pues sepa ahora el público que mi conjetura ha pasado a ser realidad. Me consta perfectamente que por parte de mi adversario se ha remitido, a un compatriota nuestro residente, un artículo acompañado de las instrucciones competentes para hacer sin duda escribir a algún otro individuo de categoría literaria contra las opiniones emitidas por mí en los periódicos de la Habana; probablemente habrán enviado tan sólo algunos de mis artículos escogidos; esto es, dejando acá los más concluyentes y remitiendo los menos.

Pero ¿qué alcanzan mis contrarios con tales estratagemas? Primero. Patentizar más su nulidad. Segundo. Ostentar la pasión que los anima; de manera es que en todo caso podrán empeorar mi causa, pero no mejorar la suya. Pues bien, ahí está el tercer efecto que lograrán en el orden que lo vamos apuntando, y el primero, que ya en su derrota se proponen ellos alcanzar: hacerme daño a todo trance, aunque ellos no se proporcionen algún bien. Y volviendo sobre mí mismo, ¿qué me importa quedar vencido caso que lo fuera, por esos futuros adversarios de superior pujanza y categoría? Aun cuando lo fuese por un inferior en todo y por todo ¿puede tener el triunfo ajeno un hombre de mi temple, que sólo ansía por el triunfo de la verdad? Si se me convence de error en esta materia, blanco de las meditaciones de toda mi vida, en toda mi vida habré llevado una lección más grave e importante, y ésta si será “una que valdrá por todas”. Empero, tratar de apagar los bríos de este pecho con la autoridad de un hombre esclarecido, o con nuevos sofismas de la misma escuela, es de vuestra parte renunciar adrede al conocimiento del hombre que tan sobradamente se ha dado a conocer por la franqueza y energía con que siempre ha sustentado sus opiniones, contra quien quiera que sea. ¡Cuántos géneros de prestigio y de nombradía no cuenta el señor Cousin, así en el mundo viejo como en el nuevo! Y sin embargo, ¿ha sido esto poderoso a estorbarme la más paladina y hasta amarga manifestación de las objeciones que sus doctrinas me excitaba, y aún de los cargos que su conducta me ha inspirado? Las almas

débiles y sin convicciones son las que se asustan y sobrecogen de que hombres grandes piensen de un modo contrario; o bien las almas vanidosas (débiles por otro estilo) que temen y se anonadan al pensar que van a ser vencidas en el combate.

Nada de reprehensible, antes loable, tendría mi contrincante, si sólo fuera propagandista de las opiniones que en conciencia creyera fundadas; yo lo que le tacho es: 1º Que las publique sin hacer caso, ni sacar provecho, de las impugnaciones que aquí mismo se les han hecho; 2º Que mande escribir a otros, después de haber salvado él las apariencias, esto es, ocultándose bajo el velo del anónimo, o llevando la pluma aún a los descubiertos, sin entrar en materia, sino, en su lugar, denostándome e insultándome hasta con las comparaciones y dicerios más despreciativos; algunos de los cuales no se han vertido jamás ni contra el último hombre de la Isla de Cuba. Ya me parece estar oyendo a mi adversario confesar la verdad de los cargos, por ser ellos la verídica historia de cuanto ha pasado, historia de que en gran parte ha sido testigo el mismo público habanero; pero negando ser él¹⁵ (puesto que nada aparece bajo su firma) el alma y eje de todas las maniobras de que habemos hecho reseña; salvando todavía mis preveniciones (así las apellidará), causadas por personas que tratan de enemistarnos y desunirnos para siempre. Pues tenga entendido mi adversario, que si tal conducta adoptare en su descargo, le demostraré con datos irrefragables, con la letra que indeleble queda, datos que todavía no he querido emplear; en un artículo por separado, que él sólo es el centro y causa de todas las operaciones que rápidamente van bosquejadas. Sepa, y déjese al menos esta vez enseñar por la propia experiencia, que si bien en lo forense, en los tribunales de justicia estará a cubierto de tan grave responsabilidad, en este otro foro externo de la opinión pública, que es el tribunal competente e inefable en nuestro caso, no es él quien vuelve a levantarse incólume y exento de cargos. Abra por fin los ojos mi deslumbrado contrario. ¿Cómo podrá persuadir al público en su vida que ha de haber otros hombres más empeñados en mortificarme y rebajarme que el más interesado en ello por la situación en que el mismo se ha colocado, y por todos los antecedentes y consiguientes que han mediado en el caso?

Tiempo es ya de entrar con *La Aurora de Matanzas*; y *Aurora* digo, por no ser solamente las del 28 de junio, sino otras tres más las que contra mí se han desatado; y acaso haya todavía otra, a la razón que esto se escribe. Empecemos por su orden, con la del 27, que llegó a mis manos con posterioridad a la subsecuente.

Redúcese a un cuento ese primer artículo, que bien exprimido, da el residuo siguiente: 1º un juramento de “creer en Dios, en sí mismo y en el mundo”. En esas tres cosas cree todo fiel cristiano, o judío, y aún los que no

15. M. G. del Valle. (Roberto Agramonte.)

crean en el primero, de puro bárbaros y selváticos, no se resistirán a los dos segundos. Yo no sé dónde han visto estos juradores un hombre que no crea en el mundo, juramento tan característico, que está él mismo cantando su procedencia, y para no dejar duda alguna, con la originalidad de ir marcado con el signo de la redención, o guisa de testimonio de notorio, que atestigua sobradamente el original que le estampó, está la crucecita clamando: aquí tienen al hombrezuelo: “*ecce homunculum!*”¹⁶ que no, *ecce homo!*¹⁷ ese está en otra parte.

2º Hace luego mérito *El Ontólogo*, de sus lucubraciones por desentrañar las doctrinas del genio filosófico del Sena (ipobre Sena, qué turbio correrías, si no contaras otros raudales cristianos!) todavía no bien estudiados entre nosotros. Seguramente: nadie ha dado mejores pruebas de ello que mi contrincante; pues sabe tener, pero no sostener, las opiniones de su caudillo. ¡Que las estudie!

3º No una, sino varias losas sepulcrales, verá V. ponerle al profano, que no santo espiritualismo o eclecticismo de M. Cousin; algunas muestras habéis visto ya: pronto las tendréis largas y tendidas.

4º ¡Hola, con que fue V., señor Ontólogo, el mismo que tiró unos cuantos cohetes a modo de fábulas, por vía de recreo, para ver si espantaba las majaderías sensualistas, sin irse a las manos! No quiero más ni mejor para propósito.

5º Falso, falsísimo, que yo “empecé entonces a temer” (sí, quisisteis amedrentarme con el manoseado coco del trono y del altar! ¿pero lo conseguisteis?) y “a tartamudear satisfacciones apuradas”. Decida el público, si vosotros habéis logrado apurarme jamás: ahí está mi única respuesta a esa falsedad desembozada.

6º Que anuncié una lectura de papeles mojados en la Universidad. Sí, al ver que ninguno de vosotros quería salir al frente a la conferencia, propuse que siquiera fuesen a oír una lectura de esos papeles, para demostrarles que desde octubre están en pie mis razones y por el suelo las doctrinas de Cousin. Si los papeles se hallan secos, o mojados, echarse al agua de la Universidad, que en todo caso, si están enjutos, allí me los podréis inundar bien a vuestro sabor.

7º “¿Este es el guapo?” pregunta el articulista. “¿En esto ha parado tanta ostentación de sofismas?” me dice este verdadero perdonavidas floretista. Pues ostenta tus fuerzas y tu esgrima en desbaratar esos sofismas. Ahí están los diarios del mes de octubre. ¡Éntrales, espejo de la bizarría! 8º “Y así se concluye la campaña sin mayor ruido, ni polvo, etcétera, etcétera. “quedando un médico higienista a la cabecera del jaque para curarle la jaqueca”. Alusión al benemérito profesor de esta ciencia entre

16. “He aquí el hombrecillo!”

17. “He aquí el hombre”.

nosotros, quien se la causó muy buena a cierto catedrático de psicología *cousiniana* con la fraterna que le dio en el gimnasio de esta ciudad, en términos de tener que recetarle dos años de fisiología para curar la inveterada dolencia (me temo que sea innata) que aqueja a un encéfalo metafisicado. Pero fuera burlas: estas alusiones no las hacen nunca los hombres de pro: ahí está el Elenco de Higiene, que es la muerte de vuestras opiniones; atacando de frente, guerrilleros trampayistas que dáis la estocada lateral, y salís huyendo despavoridos. Aquí está quien os ajusta siempre las cuentas.
Filolezes

LXXXVIII

SOBRE LAS FÁBULAS CONTRA EL SENSUALISMO

POR EL FRENÓLOGO

(*Noticioso y Lucero*, julio 10 de 1840.)

Señor *Filolezes*.

Con respecto a lo que V. dice en el *Diario de la Habana* de hoy 7 de julio acerca de mis *Fábulas contra el sensualismo*, no puedo menos de manifestarle haber padecido V. una grandísima equivocación, cuando supone que fueron mandadas a hacer, o mejor dicho, ayudadas a hacer por su principal antagonista y sus paniaguados, pues nadie más que yo solo las ha formado, sin dárselas a corregir a algunos, y la prueba es que nadie sabe hasta ahora quien es el autor. V. mismo, que tanto empeño ha tenido en descubrirlo, no puede asegurar quien sea. Ya V. verá con esto, que cuando se escribe al público, se necesitan otros datos, otras pruebas, y no vanas conjeturas.

Tocante a haber despreciado V. mis fábulas, ciertamente porque no podía contestarlas, el público ha visto que no ha sido así, sino todo lo contrario, pues la undécima titulada *Los ríos y el mar*, le hizo a V. caer la careta, que hasta entonces no hubo fuerzas humanas que se le quitaran. Aún en el día sabe V. cómo desenredarse del lío en que lo han envuelto las Fábulas, las Fábulas, que pretende V. que solamente sirven para desterrar vicios en la moral y faltas en literatura, pero que no son lo más apropiado para impugnar opiniones filosóficas. Más adelante, señor *Filolezes*, verá V. en

un artículo que *ex profeso* publicaré sobre las Fábulas, para todo lo que pueden estas servir. El ridículo es lo menos, y V. que hace gala de usarlo oportunamente y con perfección, no debiera temerlo tanto.

Por último, no sé yo que pueda haber versos dignos de llamar la atención del público, sin razonamientos, y aunque es verdad que la cuestión no era de poesía, en que confiesa V. no ser voto, sino de filosofía, en que se tiene por el primero, con todo, nadie quita que las materias filosóficas se traten en verso, y mayormente cuando son como las que en la actualidad se discuten, que tanto se prestan al bello ideal, inseparable de lo verdadero. A ninguna persona de respeto le he hablado para que se interese con V. a fin de que cesase la polémica; y si a V. en 1º de junio se le quedaron censurados dos artículos, que sepultó en silencio, yo podía contar hasta nueve, que no vieron la luz pública, por motivos que V. no ignora. *El Frenólogo*

Habana y junio 7 de 1840.

LXXXIX

SEÑOR FILOLEZES AMENAZADOR

POR *EL FRENÓLOGO*

(*La Aurora de Matanzas*, julio 10 de 1840.)

Dice V. en su artículo del segundo publicado en el *Diario de la Habana* el 4 del corriente, que todavía quiere guardar un resto de consideración callando los nombres de algunas personas que han jugado en el drama (en que ha sido V. el protagonista); mas que si persisten en sus diatribas sus encarnizados enemigos (nadie lo es más que V., pues no han sido flores las que ha vertido por su pico de oro), entonces tendrá el público no sólo los nombres y apellidos, sino “otros pormenores que ahora también condena al silencio”. Esta es una amenaza propia de un maestro de escuela: sin duda que V. se ha creído que sus adversarios son niños de teta.

Sébase V. que mi nombre y apellido no es ningún delito, para que procure ocultarlo: el nombre que recibí en el Santo bautismo, que me glorio llevar, y por el que todos me conocen, si me abstengo de expresarlo es más bien por modestia, aunque me esté mal el decirlo, que por otra cosa; pues no aspiro a ningún puesto, ni tengo pretensiones de alguna clase.

Si V. por meras presunciones, y sin más pruebas o datos, que algunas leves sospechas, se aventura a suponer que otras personas son los autores de mis artículos, se expone a que se le conteste con un solemne mentís, y quizás se le obligue a comparecer en un tribunal de justicia, a justificar su dicho. ¿Será su proceder de hombre de juicio y asentado criterio? Seguramente que no.

Por lo que a mí toca, nada temo, ni en la actualidad me asisten ganas de renunciar al anónimo sólo por complacer a los paniaguados de V.: la ley me favorece para que no se consienta el desmán que V. indica, y con el que parece intenta amenazar, creyéndose que son noveles escritores, el que con V. las tiene; únicamente mi voluntad pudiera hacerme variar de propósito. Lo contrario sería dar a V. facultades sobre mí, que jamás ha obtenido. Las leyes solamente son las que en sociedad imperan, las que deben amenazar, y no ningún particular, porque ante ella todos son iguales.

Nadie más que V., señor *Filolezes*, ha hecho degenerar la cuestión de Filosofía en otra puramente personal, cuando hasta los nombres y apellidos de los que presume contendientes, quiere sacar al público. ¿No es esto ajeno a la disputa? Veamos lo que se dice, y no quien es el autor, que el nombre importa muy poco, cuando es un error lo que se sostiene. De toda suerte quedo siempre con la lanza en ristre para rechazar los botes de V. *El Frenólogo*

Habana, 5 de julio de 1840.

XC

QUINTA RESPUESTA
Al artículo “Una que vale por todas”,
publicado en *La Aurora de Matanzas*
de 28 de junio próximo pasado.

POR *FILOLEZES*

(*Diario de la Habana*, julio 10 de 1840.)

“Vos me coegistis”.

¡Y va de veras!

Es verdad que “Filolezes ha escrito con distintos nombres acerca de un mismo asunto”; pero esto no ha sido ni por ceder al consejo de mis amigos —como vosotros decís— que ninguno me han dado en el particular; ni “por hacer creer al público que eran numerosas las personas de su modo de pensar”. Muy al contrario, para demostrar que era el mismo, mismísimo, que como variaba los personajes había de variar los seudónimos, para no incurrir en la impropiedad del *Frenólogo*, que aún escribiendo sobre materias las más diversas y contrarias a su denominación adoptiva, siempre se firmaba *El Frenólogo*. Yo si hacía un silogismo, me ponía El Escolástico; si soltaba un sermón grave y edificante, me suscribía *El Padre Cristóforo*, aludiendo al franco y osado carácter que bajo la capilla de este religioso venerable pinta el sin par Manzoni; y si el incensario hubiera manejado, *Turíbulo* sin duda me hubiera escrito. Vosotros me echáis en cara las culpas que por vuestra parte cometéis; demasiado ve el público que vosotros derramáis artículos por distintos puntos de la Isla con diversos o ningunos nombres; pero a mí me descubre todo entero, porque no me encubro, y en la misma polémica y en el mismo terreno, sin esas salidas de pico y huidas verdaderas en que fincan todo su arte de la guerra mis estratégicos adversarios, aparezco siempre en el mismo *Filolezes*, amante de la verdad, y sin huir jamás el cuerpo a la discusión. En fin, ¿vosotros mismos me habéis “conocido por mi macarrónico estilo”? Guardad este dato para su tiempo. Como que el estilo “es todo el hombre” en frase de un insigne escritor. ¡Cuidado con esquivar las consecuencias que manan de tales principios! “¿Qué juicio formarán los extranjeros inteligentes acerca de nuestras costumbres, al ver el modo y forma con que se discuten las ciencias (las matemáticas científicas) en estos periódicos (los de la Isla de Cuba) que corren por todo el mundo?” ¿No parece todo este período, sin quitarle ni ponerle una tilde, mandado hacer expresamente por *Filolezes* para sus

contrarios, a quienes viene que de molde? Pues ahora se quedarán más atónitos nuestros lectores: ellos mismos las han estampado en *La Aurora* del 28 de junio. Es extremado, heroico, el valor de mis enemigos. ¡Avergonzar la Habana de los serios y circunstanciados artículos de un hombre, que entra en materia! Y no avergonzarse eternamente de los hombres que tratan las cuestiones en fábulas, y que en lugar de razones contestan con improprios a sus antagonistas; y queriendo sacar las cosas de su terreno, los apellidas piadosamente ienemigos del altar y del trono! Yo de mí sé decir, que si en el fervor y torbellino de las pasiones hubiese cometido semejantes deslices, me hubiera muerto luego de rubor y de vergüenza. ¿Delante de quien vienen ahora a tener semejante lenguaje? ¡Fingidores sempiternos! ¡El público de la Isla de Cuba os ha calado a esta hora más de lo que vosotros creéis!

“Qué dirán los extranjeros tocante al ramo de Educación cuando sepan quién es *Filolezes*?” ¿Qué han de decir? Lo que ya han dicho: que es un *Centinela* avanzando que no consiente se pervierta a la juventud con doctrinas erróneas, y estorbándole el examen de las contrarias, para que juzgue con pleno conocimiento de causa. ¿No es eminentemente patriótica esta obra de *Filolezes*? ¿De qué tiene, pues, que avergonzarse, cuando sepan que él está a la cabeza de la educación política en su tierra? ¿Qué enigma, qué misterio es el que queréis aparentar con esas palabrotas enfáticas? Analicémoslas, pesémoslas. *Quot libras in eis invenies*?¹⁸ Después me echáis en cara que saliera yo al fin con mi nombre y apellido, como si él fuera el terror y espanto de mis antagonistas. No por cierto; harto sabéis por qué lo hice. Me hacías una gravísima acusación: se trataba ya hasta de mis costumbres y creencias: vosotros erais los que tratábais de amedrentarme con el trono y el altar; y entonces me visteis levantar más erguido mi cabeza, tomar la pluma y daros vuestro merecido, entregándoos a la animadversión pública. Vosotros quisisteis marcar las víctimas con vuestros ojos: *tu vero designas oculis ad caedem unumquemque nostrum*;¹⁹ hube de clamaros con el creador de Roma. En fin, salí como siempre, por donde menos me esperábais. Yo no valdré cosa ninguna; pero son los más opuestos del mundo *Filolezes* y sus antagonistas. Esta justicia me la hará, me la hizo, me la hace, mi carísima Cuba. Por lo demás siempre he empleado el anónimo en todas mis polémicas, no por un temor que jamás se ha albergado en mi pecho, sino por el placer de ver luchas las opiniones, sin la prevención favorable o adversa de las personas. ¡Hombres sin consecuencia! Tan pronto me tacháis por ocultar mi nombre, como por descubrirlo. ¡La opinión pública os ha juzgado irrevocablemente!

18. “¿Cuánto peso hallamos en ellas?”.

19. “Pero tú estás ya señalando con los ojos a cada uno de nosotros para la muerte” (Cicerón, *In Cat.*)

“Mis obras todas (son palabras de mis enemigos) han sido ya condenadas al olvido. ¿Quién lee ya mis insulsas producciones, a no ser para conciliar el sueño?”. ¿Dónde están las clásicas e inmortales que han publicado mis contrarios? Pero, en efecto, tienen razón: el que las suyas sean malas, no hace a las mías buenas. Yo pregunto esto no más: ¿derramo o no derramo yo pensamientos sobre el papel? ¿Son mis escritos crecientes verbales, como las calificó mi principal antagonista, o crecientes cogitantes, y que lo han hecho pensar hasta a él mismo? En cuanto a otros trabajos míos en diversas materias, y aún en la misma filosofía, he obtenido los elogios más exagerados de parte de mi propio contendor. Testigo la cita que evacué en su cuestión con el señor Ruiz; cita que así de palabra como por escrito le arrancó repetidos encomios, cual se los prodigara días antes por el mismo *Diario* a mi *Elenco de 1835*. Concíliese, pues, mi adversario consigo mismo.

Confiesan en seguida “que les era amargo el trago de la lectura de mis artículos en el Aula Magna”. Esto de la lectura les dolió de veras; como que ya no tenía disculpa. No habían querido concurrir a la discusión; y entonces les propuse, como queda repetido, que asistiesen a oír los tremendos artículos de octubre próximo pasado; pues deseaba ver qué me decían cara a cara de mis impugnaciones a Cousin, que por escrito no habían ellos osado atacar. Es cruel esa confronta de rostro a rostro. Ni los más valientes se atreven a arrostrarlas, cuando no están firmes en sus convicciones. Al fin algunos suelen aceptarlas, arrastrados por el mismo miedo; pero en el acto quedan luego desconceptuados. Vamos a la lectura de los artículos mojados. “¡Qué majadería!” —exclamáis vosotros—, y lo es de veras. No es os podía jugar una más pesada.

Trasuntaré por entero el párrafo siguiente del articulista, avivado con algunos paréntesis, para que decida el público a cuál de los dos contendientes cuadra más bien en su mayor parte. Helo aquí: “Un rasgo característico distingue siempre al público ilustrado, y es que si por ardides estratégicos (y habla el prototipo de las maniobras secretas, que por lo demás son bien mojadas) que también se acostumbran usar, y con buen efecto en la guerra literaria... (¿Dónde están los ardides empleados por mí?; ¡muéstralos, señalalos, indícalos, palabrero inagotable! Lógica, y más lógica, severa, severísima; luchar cuerpo a cuerpo con la dificultad, franca, leal y potentemente, ahí están los ardides de *Filolezes*) se logra ocupar algún puesto. (El alto o bajo que yo ocupara lo tenía antes de haberme batido con V; y no creo haberlo perdido después. ¿Podrá V. decir otro tanto? ¿Le tendrán ya, algunos cuantos mozalbetes, luego de haber empeñado el lance con *Filolezes*, por aquel pozo de ciencia metafísica, que juzgaban no tener fondo? Y nótese que *El Ontologista* casi siempre hace méritos en sus ataques de aquello mismo que precisamente le cae a él de medio a medio: en este mismo período lo veremos todavía comprobado), dura poco tiempo el

engaño (y qué verdad es!) en cuanto rectifica su juicio y descubre la verdad (al revés); por descubrirla es porque la rectifica, Señor escritor que se remite a la prueba de saber escribir: *sed non ego paucis, &c*),²⁰ cae entonces el ídolo a sus plantas (aquí está el comprobante de lo dicho: lo que a él le pasa es lo que achaca a su contrario: tan es V. el caído, y yo el que por lo menos me he quedado en mi puesto, que sus mismos discípulos de V. no me tenían en peor concepto al leer las que apellidabais mis crecientes verbales, y respecto de V... no hablemos de eso... se les fueron a los pies las esperanzas, al ver que nada daba de sí un hombre ni aún estrechado por un adversario algo fuerte para él. ¿Qué resta de quien no se defiende ni aún atacando en sus más fervientes creencias y opiniones? Porque los magrísimos artículos de mis antagonistas no son defensivos de sus doctrinas, ni ofensivos de las ajenas) hecho dos mil pedazos, aunque sea un becerro de oro (alude a la acusación que hice ya en mi inaugural a ciertos filósofos de Europa, que adoraban el becerro de oro: acá ni lo somos, ni lo adoramos); se descorre el velo, y vuelven las cosas a su prístino estado. (Esto es pintiparado lo que en galiparlanza me dijo aquel cofrade o aliado de mi contrincante, que también fue comilitante, de *le masque tombe et le hero s'evanouit*.²¹ Se pintan sólo para ponerse una mascarilla. Pero no me quedo yo atrás para quitársela.) “Únicamente a la tenaz ignorancia, (siguen las palabras de mi adversario) el espíritu de partido, o la gana de mortificar subsiste apegado al error, después, después del convencimiento. (Parece que el articulista se ha propuesto escribir la más amarga sátira de su propia conducta en toda la discusión de *Filolezes*. ¿Quién ha dado más pruebas de los fundamentos de su opinión, tú o yo? Dígalo el público. ¿Quién ha mostrado más espíritu de partido y hasta de pandillaje, tú o yo? Decídalo el público. ¿Quién ha manifestado más empeño en mortificar, en decir claridades y desahogos que no se dicen al más despreciable gusano de la tierra, tú y yo? Que falle el público. ¿Quién ha conmovido más hondamente vuestras propias convicciones, quién os ha obligado a examinar, a llamar a capítulo a vuestros propios guías y maestros? Ese mismo *Filolezes* a quien tan desalentadamente acometéis y maltratáis. “Tal es el destino de los obcecados” (me servirán de peroración vuestras propias palabras) “tal es el destino de los obcecados, a la suerte de la desesperación, y por fortuna del género humano, el resultado de todo sistema falso»” — el resultado de toda falsía, podríamos añadir—. Veremos al fin quien queda en pie, una vez alzado el telón, si los tramoyistas de bastidores o su franco y leal adversario.

Filolezes

Julio 7 de 1840.

20. “pero yo no con pocas...”. Es una frase deliberadamente incompleta: “No le diré en pocas palabras”.

21. “Cae la máscara y el héroe se desvanece”.

XCI

SEXTA RESPUESTA
Al artículo “Una que vale por todas”,
publicado en *La Aurora de Matanzas*
de 28 de junio próximo pasado.

POR FILOLEZES

(*Diario de la Habana*, julio 11 de 1840.)

“Vos me coegistis
 ¡Y va de veras!”.

“Por toda contestación” a mi artículo de 29 de mayo me remite *El Ontólogo*, “a leer y releer en mi casa, o en el Aula Magna, el que se imprimió en el *Noticioso* de 1º de junio”. Aceptado, con tal de que vayamos juntos al Aula Magna, a ver a quién le salen los colores a la cara con lo que ha publicado bajo su nombre. Así en ese artículo a que me remetís, como en el de, 3 de junio de que me dais traslado, no hay sino inconducencias y suposiciones. Me clamáis que no soy poeta. ¿Lo he prometido yo jamás? ¿No os he contestado a esto cien veces? ¿Es esta o no es ésta una inconducencia, y hasta una honrada temeridad? Cuanto a suposiciones, me llamáis rezagado, materialista, sensual. Norabuena. ¡Probármelo! como le probé yo a Cousin que la parte de sensualismo que reinaba en su libro era la única verdadera, y por consiguiente, que se ponía en contradicción consigo mismo, sustentando después otras doctrinas. Las cosas se dicen, y se hacen: acá jugamos al decir y hacer. Para amenazas basta y aún sobra: llegó el tiempo de realizarlas. Algunas voy yo ejecutando; y si os obstináis, no se quedarán en bravatas como las vuestras, aquellas que de nuevo os he hecho.

Al referiros en el artículo que impugno a vuestra contestación del *Lucero* de 4 de junio al mío de 30 de mayo, no tenéis rubor en agregar a la faz del público, llamándole muy especialmente su atención, sobre la tregua que decía causasteis en vuestro contrincante; sin acordaros que os desmentís miserablemente en esa misma *Aurora* del 28 de junio. No hay más que seguir la lista que hacéis por fecha de todos mis artículos, para convenirse de que es una impostura la tal suspensión de hostilidades de mi parte. Pues según ella, di artículos el 2, el 3, el 4, el 5, y el 6 de junio sin interrupción, y hasta a pares algunos días; siendo éste, el del 6, contestación directa al vuestro del 4 a que aludís. ¿No es, pues, una vana palabrería, por no decir otra cosa, cuanto añadís con este motivo de un hecho inventado

por vosotros mismos? Copiamos, pues, vuestras propias palabras: “Empero no estará de más advertir que con la respuesta que dimos, hubo una suspensión de armas por parte de nuestro contrincante (falso, seguí publicando varios artículos hasta el 10 de junio, artículos que no contestaron Vds.: por el momento; y entonces con tres míos por lo menos en el cuerpo, y cediendo a las instancias de personas respetables como queda explicado, levanté de nuevo la pluma. Pero aquí hay más que doblez de vuestra parte; pues queréis embrollar las épocas, echándome en cara una tregua, cuya causa no ignorábais vosotros mismos; y motivada además en la circunstancia de que ya no escribáis, con tres artículos míos sin contestar)...”. “Tal fue el golpe (continúa mi enemigo) que recibió con aquella descarga cerrada (de desahogo, no de razones) que fue necesario treguas y convalecencias”. *Risum teneatis, amici!*²² De lástima, y por no ofender más para defenderme, no inserto aquí un cuento que vendría de perlas a mis adversarios. Buen testigo es la censura, la imprenta y público entero de la presteza habitual con que siempre he contestado, no digo a unos contrarios que no son contrarios, sino a otros que calan más puntos en las cuestiones, esgrimen mejor las armas de la dialéctica, y saben guardar las leyes del decoro.

Es mucha la resistencia que oponen mis adversarios a la discusión pública verbal: prueba irrefragable de lo que son y de lo que valen. Analicemos ahora los motivos que para esquivarlas son o no fundados. Dice (y no dice más) “que es inconducente; porque nunca la palabra puede suplir lo escrito, por llevarse la el viento, y si asiste algún taquígrafo (¡como temen a estos animales!) para copiar lo que se diga, venimos siempre a parar en la escritura”. Entonces ¿por qué ni para qué va V. a informar en estrados a cada momento? Decid a vuestro cliente: “las palabras se las lleva el viento: mejor será que al caso tengo escrita”. Pero señor, contestará: bueno el relator lea esa elocuente expresión de agravios que es lo uno y lo otro, escribir y hablar: ya el escrito está leído: ilustremos más y más el ánimo de los jueces, y sobre todo si replican. ¡Aquí está la superioridad de la palabra, de la réplica! De la improvisada réplica, de esa colisión repentina y del momento, pero fecundada por la meditación, salen las preciosas chispas de la verdad. Nunca la escritura, ni la prensa, podrán reemplazar a la palabra. Decir a los legisladores en las asambleas deliberantes, decidles que acuden todos con sus discursos escritos y preparados; y se asemejarán a otros tantos ejércitos que sueltan sus descargas sin apuntarse los unos a los otros; se les verá a los más, haciendo el ejercicio, empero no la guerra; ínterin haya hombres, la palabra será el instrumento favorito en el trato de cuantos negocios les interesen vivamente, ora públicos, ora privados. Y si no, ¿cómo, a pesar de cuanto se escribe en esas naciones donde se

22. “¿No os da risa?” (HORACIO).

escribe con exceso y hasta sobre objetos que ni nos pasan por el pensamiento, se celebran a cada instante conferencias empeñadísimas en todos los liceos y academias entre los veteranos más aguerridos? Como que en la discusión oral se va dejando la incógnita de un modo admirable y forzoso; como que se cierran de todo punto las puertas a la mala fe, o a la inconducencia, por la facilidad de replicar o desmentir al adversario, llamándole a raya en el acto mismo en que se aparte de la verdad en los hechos, o de la ilación en el discurso; pues el papel todo lo resiste, como se ha dicho siempre con no menos generalidad que exactitud. Y ved aquí el motivo por qué en nuestro caso, más que en ninguno, era de clamarse por la discusión verbal. Se me negaban sobre el papel algunos hechos públicos y notorios. ¿Qué mejor remedio sino interpelar públicamente a mi adversario, el negador? Se huía el cuerpo a la dificultad, no tocando siquiera los puntos sobre que yo más insistía; o si se tocaban algunos, era con aseveraciones negativas, pero sin entrar en las pruebas.

¿Qué recurso me quedaba contra este habitual sistema de escapatoria? Llamar a capítulos a este volador: acorralarle en el aula de la Universidad. ¿De qué me valía escribir artículos y más artículos graves, gravísimos en su tono, y no leves tampoco en su doctrina? De que mi adversario echara un volido, o un denuesto, ni por casualidad una razón. Viendo, pues, que volvía a provocarme el respetabilísimo *Frenólogo*, por sí y por la comparsa, torné a citar éste para estar a derecho; y notando que ni por esas, les propuse, siquiera como medio supletorio de la conferencia, asistiesen al Aula Magna a oír una lectura de mis artículos de octubre, para entrar yo en nuevas explicaciones, para sostener mis doctrinas y contestar las dudas de cuantos gustasen impugnarme de entre los concurrentes; sin obligar a mis contrarios, puesto que lo rehusaban, a aparecer por sí mismos descubiertos en el palenque. Por lo demás, ¿ha mostrado alguna vez empacho y renuncia por escribir vuestro contrincante, *Filolezes*?

XCII

**LA VERDAD
NUEVA DEFENSA DE COUSIN**

POR *LIRA*

(*Noticioso y Lucero*, julio 12 de 1840.)

Que cuando las pasiones políticas ejercen su imperioso mando en los dominios de la prensa, se vean en ellos frecuentes ataques entre los individuos de distintos partidos; que cuando éstos se disputan el poder, se ultrajen las personas, si no se cree bastante el desconceptuar las doctrinas; que la ambición de gobernar y de disponer al antojo, si se quiere, de una nación, lleve a extralimitarse a los escritores, los lleva a faltar, a pecar contra la caridad, contra ese gran principio social y religioso, nada nos admira, porque desgraciadamente hemos nacido en medio de una revolución política; pero sí nos admira, nos asombra, que en discusiones filosóficas, que en el campo en que la razón y sólo ella debe aparecer, ejerzan también influjo poderoso esas pasiones mezquinas, que nunca pueden producirse otro resultado en semejantes investigaciones que el obscurecimiento de la verdad, a cuyo único hallazgo se debe aspirar en ellas. Las discusiones filosóficas requieren como elemento esencial, la paz, la tranquilidad; requieren todo el desapasionamiento, todo el despego de que el hombre es capaz, porque ¿cómo esperar el convencimiento de aquel a quien ciegue su amor propio, o a quien intereses particulares apeguen a una opinión, máxime si éste es tanto que nos priva de la esperanza que respecto a aquéllos pudiera prestarnos la hombría de bien?

Razones son éstas, a nuestro ver, tan fuertes, tan poderosas, que ni aún juzgamos necesaria su meditación para que en tales debates se procure obrar de suerte que no pueda percibirse en la discusión pasión de ninguna clase, por más que ella exista realmente. Porque en otro caso, al presenciar ese acaloramiento, al ver abandonar el terreno de las doctrinas para perseguir a las personas, para denostarlas, para desacreditarlas ¿qué pudiéramos decir? Si el corazón del hombre no está siempre dispuesto a hacer justicia, y si todos creemos hoy un delirio que no puede caber en capacidades de estos tiempos, el querer convencer a hierro y fuego, o con el potro y la hoguera, que vemos renovados en esos denuestos, en esos insultos, si nadie puede concebir esa idea de convencimiento forzoso ¿qué habremos de figurarnos de los que con sus hechos lo intentan?

Doloroso en extremo es para nosotros tener que escribir estas consideraciones, que aunque creemos justas, no hubiéramos publicado si no nos

forzara a ello el tener que explicar las causas que nos movieron a traducir el juicio crítico que sobre M. Cousin y su obra, ha publicado, entre otros, una respetable sociedad de literatos franceses.

No conociendo hasta hoy otro interés que pueda movernos más que el del bien general, nuestra pluma ni nuestras intensiones no llevan miras hostiles a persona determinada, y sentiríamos en verdad, que nuestro trabajo pudiese herir alguna *susceptibilidad* (permítasenos esta expresión) que se creyese aludida, porque sabiendo, como sabemos, marchar de frente, y acostumbrados a hacerlo sin que pueda acobardarnos otro temor que la falta de razón cuando no la tuviéramos, hasta nos incomodaría que hubiera quien de nosotros creyese un proceder poco franco y menos recto sea oída nuestra protesta.

Nosotros vimos con dolor trastornado, cambiando el campo de la discusión sobre las doctrinas eclécticas de M. Cousin. Nosotros vimos que sus defensores fueron acometidos y que la intrepidez, la temeridad —más bien— de los agresores, no se detuvo en las barreras que aquellos les oponían; rompiendo por todo, porque todo les fue fácil salvar, llegaron a la persona del filósofo, y después de haber rasgado, hollado su libro, quisieron castigarle también porque osaron penetrar en el santuario de la conciencia, y no vacilaron en juzgar sus intenciones.

¿Es M. Cousin el escritor, es el hombre que hemos visto retratado en algunos artículos publicados en estos últimos tiempos en la Habana? Una doctrina, para que pueda juzgarse, necesita ser bien explicada, y para ser bien explicada habrá de ser mejor comprendida; el que, pues, no la comprenda, no puede juzgarla, y el que no pueda juzgar la doctrina, ¿podrá juzgar bien al escritor? ¿Y si no puede juzgar al escritor por sus doctrinas, podrá sin ellas juzgar al hombre?

Acostumbrados a respetar la ciencia doquiera que ella se encuentre, y a los individuos, sean cualesquiera sus opiniones, profesamos además al genio una especie de culto que creemos conforme seguramente con la voluntad eterna que ha concedido un no sé qué de deífico al hombre, en quien lo ha depositado. Vimos a M. Cousin injustamente tratado, y deseábamos vengarle; pero poco confiados en nuestras fuerzas, y menos que en ellas en el valor que se habría de dar a nuestras palabras, porque no siempre la razón lo tiene, principalmente para los que suelen juzgar sin leer; aguardamos a valernos de alguna autoridad no sospechosa, y felizmente llegó a nuestras manos ese juicio crítico, que aunque ligero, da una idea suficiente de la opinión que goza en Francia el escritor M. Cousin; y adviértase que ese juicio es contemporáneo, y no se olvide que Tácito nos ha dicho: *Dum vetera extollimus, recentium incuriosi*,²³ ensalzamos lo pasado y desdeñamos lo presente. Téngase en cuenta que ese juicio está publicado bajo la

23. "Mientras ensalzamos los tiempos pasados, desdeñosos de los presentes".

aprobación de una sociedad de literatos y que ha visto la luz pública en 1818, y llamamos la atención de paso sobre esta fecha, para que se vea la inexactitud notable con que ha procedido el señor S. al decir, “que el eclecticismo estaba en moda hace diez años, y que hoy no lo está, ni aún para su fundador, que ha dejado la cátedra por la tribuna y está por la poltrona ministerial”.²⁴ Permítasenos rectificar las ideas que envuelven esa especie de sarcasmo, ironía muy de moda cuando se habla de un ministro en esta época.

M. Cousin fue llamado para miembro del Consejo Real de la Universidad y entonces dejó su cátedra; fue nombrado enseguida Par de Francia, y este nombramiento lo ha debido, no a sus títulos, sí a su mérito, a sus virtudes; fue últimamente nombrado ministro, y por ello no ha abandonado la tribuna, porque su nombramiento de Par es vitalicio. Pero el miembro del Consejo, el Par de Francia, el ministro ¿son personas distintas del M. Cousin escritor, filósofo? ¿La Cámara o el ministerio le pondrían nunca a cubierto de los ataques que debiese sufrir como filósofo, como escritor, como restaurador de la escuela ecléctica? M. Cousin ha contestado ya varios ataques, los ha contestado en 1833, después del término fatal de la moda ecléctica, y Mr. Cousin contestará siempre que su decoro se lo permita; y nosotros concluiremos diciendo al señor S. que mire bien si el eclecticismo o criterio en filosofía, puede llamarse absurdo.

Basta. Demasiado prolijos hemos andado. Perdónesenos; y teniendo igual consideración con la libertad de que hayamos podido usar en la traducción, créase que las protestas que hicimos han sido leales y sinceras.
Lira

24. Folletín del *Diario* de 6 de julio [1840].

XCIII

SÉPTIMA RESPUESTA
Al artículo “Una que vale por todas”,
publicado en *La Aurora de Matanzas*
de 28 de junio próximo pasado.

POR *FILOLEZES*

(*Diario de la Habana*, julio 12 de 1840.)

“Vos me coegistis
 ¡Y va de veras!”.

No merece contestación la respuesta que da *El Ontólogo* a mi aclaratoria de 3 de junio; sin embargo, vamos a darle su merecida. “¿A qué viene (dice) el querer aclarar que no ha cogido *El Frenólogo* un punto en contra, cuando ha dado tantos palmetazos?”. Y nótese antes con antes, que es tan pobre esta gentezuela, que hasta para contestarme tiene que valerse de mis propios símiles y expresiones, con la particularidad que se ridiculizan sobradamente; porque no son tan aplicables al caso como en las ocasiones que se las embona a ellos su autor.

No puedo resistir de esta hecha a la casi necesidad de retrucaros vuestro cuento “del individuo, que habiéndole por contingencia roto la cabeza en una función pública, se quejaba de una pisada”; con otro cuento que no es cuento, que ocurría en esta mi ciudad a fines del siglo pasado, con harta frecuencia para un acuitado marido, que cada día —y eran los más del año— que en su dulce mitad —como ahora se llama— me le ponía de vuelta y media, y aún llevando en el rostro las señales de la pasión, se plantaba muy hueco y orondo en la puerta de la calle, gritando de voz en cuello a cuantos por ella transitaban: “¡Buena la he puesto, señores! ¡A don Luis de la Peña con esas!” —volviendo el pobrete por pasiva a la persona que le hacía. Y si no estáis contento con este cuento del siglo pasado, vamos con una historieta del tiempo presente, aunque el año último (el 29 de éste por la noche completa uno), y por cierto función pública, y de pisadas y golpes crudísimos en la cabeza, y con cuantos requilorios se han menester para quedar en peor predicamento que el memorado don Luis de lastimosa recordación. Figúrese V. tres horas de cañoneo bien sostenido y certero, y contestación... Dios la diera, o lo haya perdonado! Y está mi cuento, acabo, y acabado el héroe de mi cuento. A otra cosa.

Chistosísimo está por demás lo que sigue sobre, “ser los desafíos literarios de tan mal efecto en la república de las letras como los con justa razón

prohibidos en la sociedad (parece que la república de las letras a la cuenta no es sociedad: y aquí está el hombre que se remite a la prueba para aprobar que sabe escribir, *sed non ego paucis offendar maculis*,²⁵ y vaya esa —*strada facendo*)²⁶ por la Pragmática sanción (un sentido diera *El Ontólogo*, y hasta los cinco juntos; ¿de qué le sirven los sentidos a un espíritu puro? Porque viniera otra Pragmática contra los literarios, o porque hubiera venido siquiera en este correo) entre los hombres que nacieron para amarse y no para aborrecerse”. Así es la verdad; pero esos serán los hombres de carne y hueso, que no los espíritus puros, finos, delicados, sublimes, que nacieron para amarse en la apariencia; porque el amar de veras es muy sensual y de gente ordinaria, y aborrecer de alma a las mil maravillas. Antecedentes —y— traslado! “La divisa de este siglo es la paz universal”, cierra *El Ontólogo*. ¡Bienaventurados los pacíficos, porque de ellos es el reino de los cielos! Sin más ni más, nos transformó con su varita de virtudes tan positiva edad presente en el deleitoso y desmadejado siglo de oro. Pero, señor; hasta en ese entonces le decía un pastorcito a otro pastor: “no tiene razón” Salicio, y yo la tengo en creer que tal pasto es provechoso a nuestro rebaño, pues vamos delante de aquel anciano venerable, y a presencia de todos los hermanos cabreros, a ver quién lleva la justicia; y he aquí empeñado el reto de razones hasta en aquella época de paz y de bonanza. “Divisa de este siglo es la paz universal”, mejor diremos, que la humanidad tiende cada vez más a fraternizar; pero eso nunca evitaría que se ventilen los puntos dudosos, o se cierre la boca a los que en vano invocarían la paz universal, después de hacer una guerra indecorosa y a la sordina. La Paz, la dulce paz, no puede servir de manto a los que primero la ultrajan y escarnecen.

¡Con que habéis usado la palabra *sensual* en lugar de *sensualista*, no por guardaros una retirada, “sino por dispensarme alguna consideración, para que no acabase de perder mi prestigio en el público!”. Que diga éste el epíteto que merecéis. ¡Simuladores sempiternos! Hacéis alarde de este rasgo de generosidad hacia mí, como la llamáis, cuando no teméis denostarme en los términos más despreciativos y humillantes ¡que jamás se emplearon con alma viviente! Proseguís diciendo:

“Que ni ahora ni nunca me habéis tenido miedo” (Es verdad; a mí no, a mis razones, y a mi presencia; a lo que realmente no teméis es a emplear los desahogos e improperios con que acabáis de enterrar vuestra ya bien menguada filosófica reputación.) Repito, y repetiré, mientras no cambiéis de conducta, que ni *El Frenólogo*, ni *El Ontólogo* entran en la discusión; y el mismo párrafo que estoy contestando me ofrecerá una prueba de ello. ¿No os he dicho más de una vez en mis anteriores artículos, y hasta en uno

25. “pero no me he de preocupar por pequeñas cosas”.

26. “de paso”.

escrito para ello expresa y exclusivamente, que me demostraseis las perjudiciales tendencias de mis doctrinas filosóficas, que vuestra escuela malignamente llama *sensualistas*? Bien. ¿Y no me lo habéis probado? ¿Qué hacéis ahora en lugar de ello? Me decís sin embozo que “*sensual* es lo mismo que *sensualista*”. No basta decir, es menester demostrar. Lo más gracioso del caso es que desafiándome de nuevo *El Ontólogo*, advirtiéndome “preparar las armas para el combate, y ofreciendo a los adalides un nuevo campo de gloria”, en vez de la demostración solicitada, no tengamos más que aseveración, acompañada con la salva ordinaria de estruendo, humo, nada —*voces et praeterea, nihil*.²⁷ ¿Estamos? —digo yo ahora. Pídase por tercera o cuarta vez al *Ontólogo* y cofradía demuestren, en primer lugar, la falsedad de esta proposición: “son innatas las facultades, pero no las ideas”, o en estotra fórmula, presentado el sistema: “sin sentir no hay conocer”, base de todo el llamado *sensualismo*. En segundo lugar, manifiesten las perjudiciales tendencias de semejante dogma para la religión y la moral. Y aquí los espera *Filolezes*.

Al otro parrafillo.

¡Buena diferencia del silogismo del *Ontólogo* al formado por *Filolezes*! No habrá más que ponérselos juntos al público, para que falle sobre la propiedad y oportunidad de uno y otro; pues el público tiene ya en manos demasiados antecedentes.

Vaya por delante el de *Ontólogo* (a político no me habéis de ganar). “*Filolezes* es sensualista. *Concedo majorem*.”²⁸ Es así que *El Frenólogo* no lo es. *Concedo minorem*.²⁹ Luego *El Frenólogo* no ha impugnado a Locke ni a Condillac”. (Y aquí tiene V. aquello de ser verdadero el consiguiente, aunque no haya legítima consecuencia: por que es evidente que *El Frenólogo* ha hablado contra esos dos filósofos, pero nada ha probado contra sus doctrinas, que es lo que se llama impugnar.) Ahora vienen el silogismo de *Filolezes*, digo, y recuerdo al público que salió cuando aquello de la poesía y poetizar del *Frenólogo*, que venía tan a cuento como pedrada en ojo de boticario. *El Frenólogo* es poeta. *Concedo majorem*. *Sed sic est* que *Filolezes* no lo es. *Concedo minorem*. Luego *Filolezes* no ha impugnado a Cousin. Aquí es tan falso el consiguiente como mala la consecuencia: por eso la entregué al brazo secular de mis estudiantes, y Dios guarde a V. muchos años.

Pero no quiero pasar a otro párrafo sin echar en rostro al *Ontólogo* la miseria, la pequeñez (no sé como calificar su conducta) con que pretende burlarse de mí, porque enseñó filosofía e inglés, no francés, ni griego, como también agrega, *dinda mais*³⁰ a tanto de tal mes, y cuanto de tal año, como

27. “palabras, y nada más que palabras”.

28. “Concedo la mayor” o mejor: “Admito la mayor”.

29. “Concedo la menor” o “Admito la menor”.

30. “todavía más” (portugués).

para reconvirme por el estipendio miserable, que forma casi exclusivamente la base de mis probísimas entradas. Esto es hacer escarnio de mi pobreza y censurar a un hombre porque gana su vida muy trabajosa y honradamente. Cuando *Filolezes* no tenía una familia sobre sus hombros y su corazón, y que sus escasas necesidades las contaba satisfechas por el esmero de una tierna madre, a quien no permite la fortuna prestarle hoy tanto apoyo como antes... a Cuba, a mi patria, a mis coetáneos, a mis mayores, a los que no me han perdido de vista desde la cuna hasta la edad presente, toca decidir si es hijo bastardo o legítimo de la madre común el escarnecido, *Filolezes*.

XCIV

[SOBRE] FRENOLOGÍA

Resumen de los argumentos lucerescos del 6 de julio y otros anteriores, contra los artículos de aquella ciencia, impresos en *La Cartera Cubana* y con los cuales se da por resuelta la discusión a favor del *Trinitario*, *Bayamés* y comparsa.

POR *EL GUAYABERO*

(*Diario de la Habana*, julio 13 de 1840.)

Primer argumento. – Los frenólogos comen mucho: luego es falsa la frenología.

Segundo argumento. – El autor de dichos artículos de frenología tiene un pobre cráneo: luego es falsa la frenología.

Tercer argumento. – Se pone casquete: luego es falsa la frenología.

Cuarto argumento. – A la faz del mundo, decimos, aunque sea falso que se ha llamado frenólogo consumado para lucir nuestra agudeza nombrándole frenólogo consumado: luego es falsa la frenología.

Quinto argumento. – Es tan loco como el doctor don Marcos Sánchez Rubio, porque estudia la influencia del aire, de las aguas y de los lugares en la producción, marcha y terminación de las enfermedades: luego es falsa la frenología.

Sexto argumento. – *El Noticioso y Lucero* es la carta de todos los periódicos, el *non plus ultra* de la mecánica, y otras lindezas. ¡Están tan

malos los tiempos (*roto* en los originales e imposible de reconstruir el texto)! Luego es falsa la frenología.

Séptimo argumento. –Un oscuro autor que nadie conoce, diz que dicen que escribió hace años en París contra esta doctrina; (pero Broussais, que es la lumbrera del siglo en medicina y filosofía, hace dos que la explicó victoriosamente: luego es falsa la frenología.

Octavo argumento. –Han salido dos artículos excelsos para la comparación luceril, en el mismo *Noticioso y Lucero*, después de mediados del mes de junio; mas que tienen la desgracia de este elogio; porque: si el sabio reprueba, malo; si el (*roto* en los originales e imposible de reconstruir el texto) &c. Luego es falsa la frenología.

Noveno argumento. –El autor de dichos artículos ha puesto sólo los argumentos más débiles contra la frenología, para tener la gloria de combatirlos victoriosamente. (Dichos argumentos son las doctrinas de todos los filósofos desde Aristóteles hasta M. Cousin, que el mismo criticastro da por concluidas sin remisión, pues los tiene por victoriosamente combatidos). Luego es falsa la frenología.

Décimo argumento. –Manquiamelo, Carise (¡qué desgracia que esta gente no sepa ni copiar nombres que se han publicado en todos los periódicos! ¡qué será de las ideas?) y una mujer que debía tener un carácter terrible; destruyen la frenología. (¿Pero dónde están las pruebas? ¿dónde los cráneos? ¿dónde los bustos? Los examinarían por ventura otros tan adelantados como el *Trinitario* y *Bayamés*? Estas cosas no se creen bajo palabra; mas es tan fácil desbarrar hablando de lo que no se entiende! Luego es falsa la frenología.

Undécimo y último argumento. –El cráneo de Fieschi desmiente la frenología (aunque los aprendices de esta ciencia destruyeron en un instante los raciocinios de los que no supieron observarle). Luego es falsa la frenología.

CONTESTACIÓN:

El más lerdo la dará, acordándose del antiguo adagio: *Non surdis Orpheus* *

Siendo para nosotros inútil agregar otra cosa, ni volver a consumir el tiempo contestando a simplezas. *El Guayabero*³¹

* Orfeo no cantó para los sordos

31. Otro adverso encubierto de Luz, y de la compañía de M. González del Valle (Roberto Agramonte).

XCV

OCTAVA RESPUESTA
Al artículo “Una que vale por todas”,
publicado en *La Aurora de Matanzas*
de 28 de junio próximo pasado.

La metafísica panteísta de Cousin

(*Diario de la Habana*, julio 13 de 1840.)

“Vos me coegistis
 ¡Y va de veras!”.

Mucho hay que castigar en la parte de contestación del *Ontólogo* a su contrincante *Siempre el mismo*.³² “Al pobre Juan Jacobo Rousseau le arrastró tras sí la ola de la revolución francesa...” (¡Que lástima tenéis a Juan Jacobo, caballeros compasivos! Pero os advierto que, lejos de haberle arrastrado la revolución francesa, fue él una de las causas que influyeron en ese terremoto, que no oleada, que conmovió a todo el orbe civilizado, habiendo estallado once años después de la muerte del filósofo ginebrino). “Los filósofos de su época (continuáis) no pudieron reducirle a que negase la existencia de Dios, y por esto le declararon perpetua guerra”. En primer lugar, supone este relato que la tendencia general de la filosofía francesa del siglo XVIII era negar la existencia de Dios, cuando propiamente fue hacia el Deísmo, esto es, la existencia de la primera causa, demostrada por las maravillas de la naturaleza, sin admitir la revelación; y tan es así, cuando el principal impugnador de la mayoría de tales filosofías, el abate Bergier, intituló su ataque *El deísmo refutado por sí mismo*. Bien sé yo, y sabe cualquiera que no faltaron ateístas, entre ellos el famoso autor del *Sistema de la naturaleza*; pero también es cierto que fue impugnado victoriosamente nada menos que por Voltaire, el escritor más influyente de su siglo, y el enemigo más encarnizado de Juan Santiago. Pero fuera de todo esto, es fuerte cosa que me queráis cargar con todas las responsabilidades del siglo XVIII, tan sólo porque sustento lisa y llanamente que es “la experiencia la base de los conocimientos humanos”.

Aquí está todo mi pecado, imperdonable para vosotros, porque echa por tierra todas vuestras doctrinas más queridas. ¿Quién ha sido más preciso, más ecléctico que Filolezes en el verdadero sentido de esta palabra, en deslindar y determinar el círculo de su responsabilidad? ¿No he manifes-

32. Luz (Roberto Agramonte).

tado mil veces que hay errores y contradicciones, no digo en el siglo XVIII, sino hasta en el filósofo inglés del decimoséptimo, cuya base fundamental me parece sin embargo inexpugnable? ¿No he demostrado con el mismo ejemplo de J. J. Rousseau, el de Hume y otros cientos, que, sin ser sensualistas, como siéndolo, se había atacado y se podía atacar el trono y el altar? ¿En qué tierra se llama esta buena fortuna fe? Pero bien, dice Cousin, (y repetís vosotros: ¡seguro!) “Locke y Condillac habían puesto y formulado los principios de la filosofía de la sensación, bien que reteniendo las consecuencias”. Pongamos que las hubiesen retenido: pero la cuestión es demostrar que son absurdas o perjudiciales las consecuencias que emanan de ese principio de ellos adoptado por mí. “Argüirseles (continuáis) de que su sistema va camino derecho al fatalismo, al materialismo, al egoísmo (¡echa flores!, pero prueba, prueba, prueba como probé yo en días pasados, que el sistema de Cousin, entre otras frioleras, es panteísmo puro y duro; y ahora voy a demostrárselo de nuevo, con el agregado de fatalismo y escepticismo consumado, que son malos golpecitos para quien tantas plantas echa de religión y espiritualismo. Así, pues, ínterin contesta V. el traslado que se le confirió desde el día 3, y hasta contestado en *La Aurora de Matanzas* al artículo del 4, saltando a pie juntillas por el de 3, vaya estotro para sus delicias, hermano filósofo *in Christo Jesu, Domino nostro*.³³

Ni es esta la vez primera que se ha hecho la acusación de panteísmo a M. Cousin. Verdad es que ha rechazado semejantes acusaciones; pero no vemos que haya justificado plenamente sus doctrinas; no titubeando en afirmar que bien examinado su análisis de la razón, su teoría de Dios, de la revelación y de la filosofía de la historia, cual las encontramos en sus escritos, hallaremos en ellos el más decidido *panteísmo*.

M. Cousin no cree poder explicar la razón humana sino explicando la razón absoluta en sí misma; refiere a la razón divina, como elementos integrantes de su vida, todos los elementos de nuestra propia razón. Según este filósofo, la razón humana y la absoluta constan de los mismos elementos; en una y otra encontramos la idea del infinito, el finito, y de la relación del finito al infinito (remedo visible de su amigo Hegel): *triplicidad* que se reduce a unidad; y esta unidad es la inteligencia divina en sí misma. “La condición de la inteligencia es la diferencia —dice Cousin— y no puede haber conocimiento sino allí donde hay varios términos”; frase que, para decirlo de paso, acaba de una plumada con todos tus absolutos, por ser una bellísima fórmula de la imprescindible necesidad de la relación, para construir la ciencia humana. Pero, ¿y respecto a la inteligencia divina? Luego Dios no es inteligencia sino en tanto que distinga la multiplicidad de su unidad, el finito de su infinidad. Luego hay entre la inteligencia divina y la humana, entre la razón divina y humana identi-

33. “En Jesucristo, Nuestro Señor”.

dad perfecta; y no se nos venga diciendo que la diferencia que existe entre el finito y el infinito es la distancia que los separa; porque M. Cousin ha cegado este abismo, presentándonos estos dos términos tan necesarios el uno con el otro, e idénticos por consecuencia. El tránsito del infinito, el vínculo que encadena ambos extremos hasta confundirlos, es, según Cousin, (*Curso de 1828*, lección cuarta) la idea de causa. “El infinito, dice allí, es la causa absoluta que necesariamente crea (¡atención!) y necesariamente se desarrolla (echa más necesidades hablando del ser por excelencia, absoluto, independiente!); no se conoce unidad sin multiplicidad (para nuestras ideas). La unidad tomada aisladamente (continúa): la unidad indivisible, la unidad permanente en las profundidades de su existencia absoluta (¡que hondo es este hombre! clama la juventud azorada con el vértigo que le causan tan huecas palabras), sin desenvolverse jamás en multiplicidad, en variedad, en pluralidad, es por sí misma como si no existiera (*hear! hear! hear!*)³⁴ Es menester —concluye— que coexistan la unidad y la variedad, para que de su coexistencia resulte la realidad, y la unidad admite la multiplicidad, porque el absoluto es causa”. Según este principio (aquí está mi argumento en el artículo del día 3) el finito es tan necesario como el infinito; es su necesario desarrollo. Pero ¿qué distinción radical media entonces entre uno y otro? ¿No son por ventura un mismo ser, considerado bajo dos aspectos? De la hipótesis sobre la razón, pasemos a su teoría de Dios y de la creación. M. Cousin es autor de un antropomorfismo espiritualista, que brota errores y blasfemia. Después de haber identificado a la razón humana con la divina, y puesto en el hombre una vida divina, pone en Dios una vida humana. (¡he aquí mi eterno cantar!) (*Lección quinta*). La vida en Dios no es otra cosa que el movimiento que va de la unidad a la multiplicidad, y que reduce la multiplicidad a la unidad. Así, pues, en la inteligencia divina, *per se*,³⁵ no hay otra cosa que la idea del infinito, del finito y de su relación.

Pretende ahora Cousin escaparse del panteísmo encerrándose en el mundo de las ideas, y colocándose por encima de las realidades. Pero qué ¿si la concepción del infinito es la condición absoluta de la inteligencia divina, si esta inteligencia no vive más que por ese desarrollo, ¿quién no ve que la idea del finito está en Dios, como parte integrante de Dios mismo, puesto que es necesario para su vida? Verdad es que sólo estamos en el mundo metafísico: así lo quiere M. Cousin; pero en ese mundo, a lo menos, reina el panteísmo. Bien visto veremos que con su teoría de la creación acaba de firmar M. Cousin la interpretación fidelísima que damos a sus doctrinas. Pero basta por hoy de metafísica, en que me fuerzan a entrar mis adversarios; advirtiéndome que para ellos debe tener doble mérito esta

34. Oíd, oíd, oíd (humorísticamente).

35. “por sí”.

impugnación, por ser casi textualmente tomada de su espiritualista consumado y solidísimo católico, como al fin lo declara completamente su contendor *Filolezes*.

XCVI

VICTOR COUSIN ESTA SÍ ES LA VERDAD

ARTÍCULO I

POR FILOLEZES

(*Diario de la Habana*, julio 14 de 1840.)

“Intus et in cute”³⁶

Pues que me habéis llevado la cuestión al terreno de la biografía, ahora vais a ver, lo que es bueno.

Por fortuna no se pierde el origen del actual eclecticismo en la noche de los tiempos: le hemos visto nacer, sentarse, profesarse, propagarse, y podemos hoy día, a nuestro sabor, contemplar todos sus efectos. “Hay cerca de veinte años —dice un discípulo de esta escuela en el artículo *Eclecticismo* de la Enciclopedia Moderna— que el eclecticismo fue proclamado por M. Cousin como debiendo ser la filosofía del siglo decimonono. Desde su origen ha gozado el eclecticismo de una fortuna brillantísima; ni los aplausos del público, ni las distinciones honrosas del gobierno han faltado a sus principales representantes. Partiendo desde 1830, ha llegado a ser, no la filosofía del Estado, lo que suponiendo que fuese posible, le habría hecho para siempre odioso, sino la filosofía de la Universidad de Francia”. Ahora bien: dado que el eclecticismo sea conforme se nos asegura, la filosofía de la Universidad de Francia, y hasta un si es no es, como quien no quiere la cosa, la filosofía del Estado desde 1830, hemos aquí obligados por cierto a examinar si la Universidad y el Estado tienen una buena filosofía desde 1830.

Lo primero que se ha de investigar es el origen de las ideas y sentimientos que condujeron al señor Cousin a abrazar este método. Nada

36. “Dentro y a la cara”.

explica mejor un movimiento filosófico, cualquiera que sea, según enseña y practica el mismo Cousin, como el deslindar exactamente su punto de partida. Sabido es, que habiendo la revolución y el imperio roto toda la tradición de lo pasado, y puéstose especialmente el último en reacción contra la filosofía del siglo XVIII, participó la Escuela Nacional de dicha reacción, y se convirtió en un seminario, donde se esforzaban a cultivar las lenguas, la literatura y las materias filosóficas por sí mismas, e independiente de la vida política y social. Tratábase de formar retóricos o dialécticos, así como en la Escuela Politécnica buenos ingenieros y oficiales de artillería. Era el genio de Napoleón fragmentar a los hombres para volverlos instrumentos suyos; y ahí tiraban todas sus instituciones. La época, por lo demás, era favorable: postrábase entonces los hombres ante el principio de la división del trabajo: en la industria hubiera sido el ideal, el *non plus ultra*, formar hombres que hubiesen poseído una maravillosa capacidad para abrir los ojos a las agujas, aún cuando no supiesen otra cosa.

Vino, pues, a ser la psicología en la Escuela Normal lo que en la Politécnica el cálculo infinitesimal. No entró en esta escuela el genio de los filósofos del siglo XVIII: se lo dejaron a la puerta. De todos los pensadores que habían dado a la Francia tan noble iniciativa en los negocios humanos, no se quiso reconocer en la Escuela Normal más que un solo hombre, un hombre especial, Condillac; Voltaire, Montesquieu, Diderot, Juan Jacobo Rousseau, no aparecían allí como grandes filósofos; sin que sea de atribuirse en un principio a designio premeditado, ni a una voluntad particular ese desamparo de la filosofía por la psicología, porque fuera de la Normal sucedía lo mismo.

Exceptuando algunos varones profundamente ignorados durante su vida, puede asegurarse que en Francia bajó la filosofía a la tumba con Voltaire y Rousseau, Diderot y Condorcet. En efecto, después de la Revolución Francesa no han sido más que meros *ideólogos* sus filósofos: ha existido una ciencia llamada *Ideología*, o según otros, *Psicología*, ciencia especial, que ocupa su puesto en el orden de los conocimientos humanos, como la Física o Fisiología, pero no ha vuelto a haber filósofos propiamente tales. ¿Cómo llamaba Napoleón a los hombres que en su tiempo, por la naturaleza de su tareas, parecían hacer las veces de los filósofos del siglo XVIII? ¿Cómo se denominaban estos hombres a sí mismos? *Ideólogos*. Y más adelante, bajo la restauración, si examinamos con detenimiento la influencia real y efectiva y la naturaleza de los trabajos filosóficos de esa época, veremos en los que se arrogan el título de filósofos, unos psicólogos, eruditos, literatos, historiadores traductores de filosofía antigua y moderna, pero no filósofos que merezcan el nombre de tales.

En el siglo decimotercero era inmenso el dominio de la filosofía. Estando así la Francia como el resto de la Europa todavía sometida al régimen

feudal y teológico, toda idea que de cerca o de lejos atacase este régimen, fuera falsa o verdadera, razonable o absurda, por sólo esta tendencia adquiriría una grande importancia; formábase un vínculo secreto entre todas las ideas novadoras; todo esfuerzo por destruir la teológica o feudal, era y se llamaba *filosofía*. Ved ahí la era de los filósofos; pero bajo el Imperio había concluido su reinado: estaba consumada la parte crítica de su obra, y aún no se trataba de desenvolver su parte orgánica. Parecía, pues, suspendido el gran trabajo filosófico, ocupándose meramente los hombres en las ciencias particulares.

En oposición, pues, a los ideólogos, sectarios de Condillac, buscó la escuela oficial en el extranjero algunas innovaciones, con las cuales pudiese combatir lo que ella nombraba la filosofía del siglo decimooctavo, M. Royer-Collard introdujo a Reid y compañeros escoceses. Y ved ahí todo el secreto de esa grande insurrección contra el materialismo y el sensualismo, con que se ha hecho tanto ruido, y con que se han cumplimentado tan magníficamente entre sí cuantos en ella tuvieron parte.

Después de Royer-Collard vino Cousin, el que siguiendo las huellas de su maestro, continuó enseñando la *psicología experimental* de los escoceses. Y gracias al cansancio de la nación y al denigramiento del Imperio, los hombres grandes del siglo dieciocho estaban en tales términos abandonados y su inspiración tal olvidada, que pudo a mansalva el nuevo profesor; en nombre de la psicología y de la escuela escocesa, atacar a todo el siglo XVIII filosófico en cuerpo y alma, y hasta negarlo sin rebozo, causando a los alumnos y a sí mismo el efecto de una originalidad completa. Habríase dicho, oyéndole, que la filosofía comenzaba en Francia, y como si dijéramos, veía la luz por la primera vez. Cousin empero no permaneció largo tiempo escocés: apresuróse a pasar a Alemania. Era Alemania país nuevo de ver, y del cual podían sacarse bellísimos resultados y ricos medios de lucimientos, merced a aquella bienaventurada *flexibilidad* de espíritu, que uno de sus íntimos amigos (Damiron) realza como su rasgo característico, “y que (son sus palabras) tomando un hábito tan presto como suelta otro, a todo se presta”, bien pronto tuvo el señor Cousin de profesor alemán ... cuanto se necesitaba... la apariencia y el lenguaje.

No siguió Jouffroy a su amigo Cousin en esa correría. Dejóle buscar fortuna en Koenigsberg y en Berlín, quedándose él por su parte con la escuela escocesa; pero a pocos años de allí se juntó con su colega y maestro en el eclecticismo.

Efectivamente, el eclecticismo había de nacer de la psicología entendida y cultivada como lo fuera en la Escuela Normal; fruto preciso del germen depositado en aquella escuela en tiempo del Imperio. El Gobierno que dijo a M. Defontanes, “formadme hombres que sepan lógica y análisis, y que fieles vasallos del Emperador, no se ocupen de política y de religión sino para respetar y mantener lo que existe”, ese gobierno fue quien en-

gendró el eclecticismo.³⁷ Formado el alumno por esta plantilla, era lógico, abstraerlo; psicólogo, no era de ningún siglo ni tiempo, no pertenecía a tradición ninguna; reinaba sobre todo la indiferencia respecto de la obra de la filosofía del siglo último, primer distintivo y escalón del eclecticismo. En seguida, como se había estudiado la psicología por sí misma, como una cosa absoluta en sí, y perfectamente desprendida de lo demás, habiéndose aplicado ante todo a separar bien su dominio del de cualquier otra ciencia, era muy regular que se considerasen todas las ciencias y artes como otras tantas esferas distintas entre las cuales no existía vínculo alguno: al menos no tenían estos alumnos, ni sus maestros, en el alma sentimiento ni idea ninguna que sirviese de puente entre todas las partes del conocimiento y de la actividad humana: eran de juro fragmentarios.

Pues bien; esa misma negación de toda filosofía, fue lo que Cousin y Jouffroy transformaron en filosofía a fines de la restauración, bajo el nombre de eclecticismo.

Cousin pronunció la palabra; Jouffroy la repitió. Así fue como, por caminos diversos, vinieron a parar al mismo resultado: el uno había corrido el mundo, el otro se quedaría en su casa; pero tal fue la influencia de su punto inicial, que debieron encontrarse y darse las manos en el eclecticismo.

Un psicólogo, y señaladamente un psicólogo del día, es hombre que no tiene tradición ni término. Sin duda puede, como Condillac, acabar un trabajo perfectamente acorde con la filosofía de una época, y bajo ese aspecto toma un puesto entre los filósofos; pero no es un filósofo a título solamente de psicólogo. Preguntad a un psicólogo cuál es su tradición: no la tiene y ni aún sospecha que se necesita tenerla. Preguntadle qué obra desempeña hoy la humanidad; y nunca se imaginaría que la determinación de semejante obra fuese objeto de la filosofía.

Si, pues, un hombre así constituido, después de haber largo tiempo ejercitado su entendimiento y su dialéctica sobre las cuestiones que mira como constituyentes exclusivas de la filosofía, sale un día de su asunto habitual para contemplar el mundo y la sociedad, si llega a ocuparse en todas las cuestiones interesantes de la ciencia social ¿qué resultará? Frío, helado, indiferente, contemplará todos los sistemas y afectará no ser de ninguno, a fin de parecer superior a todos; criticará a todos los partidos, y permanecerá inmóvil, incapaz de operar y no sintiendo lo pasado ni lo futuro.

Ved ahí la disposición primitiva, la preparación del alma, si puedo expresarme así, que hubo de engendrar el eclecticismo. Viéronse hombres que habían estudiado la psicología, y permanecido extraños a la acción del siglo, extraños a la historia; hombres para quienes la Revolución Francesa

37. ¡Cuántas pruebas de ello no ofrece la interesantísima correspondencia de Fievè con Napoleón, primer cónsul y Emperador! (N. del Autor.)

no era más que otro acontecimiento histórico como uno de tantos: hombres amoldados en la escuela oficial y reaccionaria del Imperio.

Hombres así dispuestos, hombres sin tradición, sin raíces espirituales en lo pasado, viéronse colocados entre la filosofía del siglo decimotercero y la escuela llamada teológica. Careciendo por sí mismos de una filosofía y habituados a considerar la del siglo dieciocho como materialismo, cabalmente porque no la habían comprendido sino como psicólogos, pretendieron intervenir generosamente entre el sensualismo y la teología: hiciéronse pues espiritualistas, pero espiritualistas racionalistas y a esto llamaron eclecticismo.

Veíanse colocados entre el antiguo régimen y la revolución, y no se decidieron por uno ni por otra; pero trataron de arreglarse con ambos; y llamaron a esto eclecticismo.

Encontrábanse entre la monarquía y la república; y forjaron una teoría de estos dos gobiernos ayuntados; y llamaron a esto eclecticismo.

Y viendo que tenían una palabra que se amoldaba portentosamente a su situación en todas materias, se les puso en la cabeza, que esa palabra omnicaudrante era por sí y ante sí toda una filosofía.

Así el eclecticismo moderno resultó de las opiniones que en torno suyo combatían, y fue el producido de las circunstancias. Hubo también eclécticos en la antigüedad; a lo menos se les ha bautizado con ese nombre; pero ¡que diferencia! La filosofía alejandrina era una filosofía; el neoplatonismo era un sistema...

Interrumpamos por el momento esta verídica y grave relación, tomada casi textualmente de manos de un discípulo (idesengañado!) y compatriota de Cousin; pero antes de levantar la pluma, quiero tan breve como enérgicamente repeler la acusación que se me hace de haber sacado yo a la luz las acciones del hombre para explicar las opiniones del filósofo. Nadie menos que los partidarios de M. Cousin deberían enderezar en justa reconvencción, cuando su caudillo explica el por qué de todas las filosofías con la vida y antecedentes de sus autores en la mano, y aún por delante; y a ninguno menos que a mí podía dirigirse semejante cargo, cuando he usado el procedimiento más natural y la lógica más rigurosa para combatir a M. Cousin. Después de haber impugnado sus doctrinas con las armas de la dialéctica y de las ciencias naturales, he sido guiado como por la mano a preguntarme la causa de tantos errores y contradicciones, de tantas paradojas inauditas que encontraba en un hombre lleno por otra parte de mérito; y como notase además, en sus escritos, pasajes que se rozaban directamente con la política que en mi humilde concepto pugnaban diametralmente en el ideal que mi ánimo candoroso se formara del verdadero filósofo, del sacerdote de la humanidad, del ministro de la posteridad, me vi forzado precisamente para explicarme y explicar tales y tantas anomalías del filósofo, a internarme en la historia de las entrañas del hombre; y, a decir verdad, fue tal el

instinto que de los torticeros procederes del eclecticismo tuvo mi espíritu desde un principio, que sin haber aún leído ni un solo rasgo de la vida de su caudillo, sospeché, por el tenor de sus mismas obras, que había designio, y grande designio, encerrado bajo sus palabras, advirtiendo que más bien estaba prevenido favorablemente por la brillantez de sus variados talentos. Agréguese a esto que en circunstancias de estar yo convencido y desengañado, experimento no como quiera una obstinada oposición a mi modo de ver; sino que se pretendía pintar como un modelo de pureza y candor al mismo hombre que por cada poro brotaba el veneno de sus prevenciones y de sus sofismas.

¿Puede, pues, decirse de buena fe, la mano sobre el pecho, y no como se hace, afectando cierto tono estudiado de gravedad, que yo haya sacado la cuestión de su terreno, yo, que tantos y tan graves argumentos (prescindiendo de los hechos biográficos) he presentado contra las doctrinas de M. Cousin? ¿Quién le ha tributado más elogio que *Filolezes* como orador, como historiador, como filólogo, como traductor de Platón, como promotor de la instrucción pública? ¿No he traducido años ha, y estoy publicando actualmente en las *Memorias de la Sociedad Patriótica*, una parte considerable de su excelente *Informe relativo a Escuelas Normales*?...

Por lo demás, ¿quiénes son los que han personalizado las cuestiones filosóficas entre nosotros? *El Frenólogo*, *El Ontólogo*, los que han escrito en el *Noticioso de la Habana* y en *La Aurora de Matanzas*. Dirase que ahora es otro el que toma la pluma: norabuena: que reprenda a quienes lo merecen: no, a quien esté desenmascarando a sus insultadores, sin dejar por eso de la mano ni faltar al respeto a la santa filosofía. Demuéstreseme que nada valen mis impugnaciones ya hechas a Cousin; salgan al frente cuando las futuras vean la luz, que no tardarán mucho; y dígase después si hemos o no estudiado las doctrinas de M. Cousin, y si las hemos entendido. Entre tanto la historia del Eclecticismo, y de las variaciones de su inventor que continuaremos en una serie de artículos irá poniendo las cosas bajo su verdadero punto de vista; y queda siempre dispuesto a discutir más que a historiar; cuando quiera que entréis en materia, esto es, en pruebas, no en meras aseveraciones, vuestro muy atento contendor *Filolezes*.

Julio 12 de 1840.

XCVII

NOVENA RESPUESTA
Al artículo “Una que vale por todas”,
publicado en *La Aurora de Matanzas*
de 28 de junio próximo pasado.

POR *FILOLEZES*

(*Diario de la Habana*, julio 15 de 1840.)

“Vos me coegistis
 ¡Y va de veras!”

Después de la exposición de estas doctrinas acerca de la naturaleza divina, es tan admirable como lastimoso el oír afirmar a M. Cousin que no es otra sino la doctrina cristiana de la Trinidad. Por no haber jamás comprendido o querido comprender esta doctrina, es por lo que nos da M. Cousin su extraña teología. El dogma de la Trinidad nos descubre en Dios —dice el precitado escritor ortodoxo— una vida divina, absolutamente separada de todo contacto con lo creado, lo contingente, lo finito. Dios es, y se conoce y se ama; él es en sí mismo el término, el objeto de su conocimiento; el término, el objeto de su amor; se basta a sí propio, es feliz. ¡Qué distancia no hay de este dogma que coloca a la divinidad infinitamente superior a las criaturas, infinitamente superior a las esferas criadas, a esa ideología blasfemante que no ve en la vida divina más que la idea del infinito, del finito y de su relación. Por haber desconocido el dogma fundamental del cristianismo, identifica Cousin la razón humana con la divina, echando así el cimiento para la fábrica del panteísmo.

3º Teoría de la creación. El modo con que el señor Cousin concibe la creación es una consecuencia de los principios que acabamos de exponer. Según él, la idea de la nada es absurda y contradictoria, y así es la verdad, si se trata de la nada absoluta. Cuando se dice que Dios ha creado de la nada, se quiere dar a entender que aquello que no existía antes ha comenzado a existir. Los filósofos cristianos que admiten la creación *ex nihilo*³⁸ no suponen ciertamente la nada absoluta como principio de los seres; por el contrario, parten siempre de la omnipotencia de Dios. Yo no hago más que exponer la doctrina de los filósofos cristianos.

Crear, para Mr. Cousin, es causar: él quiere darnos una idea exacta de la creación, por la facultad que tenemos nosotros de producir ciertos efec-

38. “de la nada”.

tos que no son más que el ejercicio mismo de nuestras facultades; por eso le he clamado siempre que es un fabricante de Dios, a la imagen y semejanza humana, Dios, según él, es una causa absoluta y obligada; crea consigo mismo, y pasa a su obra, permaneciendo siempre en sí mismo. Luego —consecuencia forzosa— el mundo ha sido creado con la substancia divina, y creado necesariamente. Su existencia es tan necesaria como la de Dios mismo; puesto que no es más que el desarrollo de su vida, el despliegue de su unidad. Recordamos cuanto se ha dicho sobre la unidad y multiplicidad, así como sobre la coexistencia necesaria de ambos términos; y nos veremos obligados a reconocer aquí la aplicación de las premisas emitidas más arriba. Pero entonces ¿en qué puede diferir esta doctrina del panteísmo puro? ¿Por ventura no consiste el panteísmo en hacer pasar a Dios al mundo, y en mirar al mundo como parte de Dios mismo? Efectivamente, y no hay regreso; si el mundo es necesario, si es indispensable a la vida divina, se sigue irresistiblemente que es parte integrante de la divinidad.

¿Bastará para no escollar en el panteísmo, aseverar que Dios permanece inagotable en su esencia? Ya queda cerrada esa avenida. Digamos, pues, con valentía que la doctrina que nos ofrece M. Cousin sobre la creación, está en armonía perfecta con su teodicea, con su psicología y con su lógica; pero si estas teorías han de explicarse las unas por las otras, es inevitable el panteísmo. Luego no hay remedio; es menester morir: o ser panteísta o ser cristiano. ¡Elige!

Después de haber explicado M. Cousin a sus amaños a la razón humana, a Dios, al mundo y al hombre, trata de investigar el origen del pensamiento humano y de la religión, las causas del error y las leyes del desarrollo histórico de la humanidad. Para escapar M. Cousin de las dificultades de su sistema, nos presenta una teoría de las leyes de la historia, del desarrollo de la humanidad y de la vida, que merece ser estudiada, por ser la misma presentada por Hegel en Alemania, y reproducida por los imitadores, *servum pecus*;³⁹ ella viene a ser como el catecismo de la historia para los racionalistas; en una palabra, la aplicación neta del panteísmo a la historia. La inspiración general y absoluta de la humanidad, fuente el pensamiento y principio de las religiones, según nuestro Eclético, viene a divinizar todos los errores; y como en pos del error sigue la degradación moral, esa doctrina consagra todos los vicios. Aquí está uno solo de los motivos por qué la llamé eminentemente inmoral en uno de mis artículos del mes de marzo del presente, y hasta en mi Elenco de septiembre del pasado⁴⁰ a la proposición 95, la taché, amén de inconsecuente, con otras doctrinas suyas, de destructora de la vida futura, y de hundirnos en el fatalismo. Yo no hago

39. "rebaño de esclavos".

40. 1839.

más que herir a Vds. por los mismos filos, y con sus mismas armas, sean cuales fueren mis opiniones en estas materias. Bástame demostrar que estáis en el error o en la contradicción.

Para esquivar unas consecuencias tan contrarias al buen sentido, como funestas a la dignidad humana, se adopta el medio fácil y sencillo de negar la existencia del error. Me explicaré: hay en la humanidad diferencias, luchas, oposiciones: es harto evidente el hecho para poderlo negar. ¿De dónde estos fenómenos, se pregunta M. Cousin? De la reflexión, contesta él, que aísla los objetos para mejor estudiarlos; ved ahí el origen profundo de la división, de la contradicción que reina en los pensamientos; ahí está el manantial oculto del error. Empero la reflexión es necesaria; pues es bien que se verifique semejante desarrollo, aún a riesgo y ventura de todos los lances de error. No hay cuidado, clama M. Cousin: “el error no es más que una verdad incompleta: lo que se halla en la conciencia individual se muestra también en la historia: en ella está la unidad del género humano con todas sus diferencias (Hegel puro y duro, y ni chispa de originalidad, ni aún en sus errores). Los diversos elementos de la conciencia del género humano no se desenvuelven sino a condición de ser sucesivos, es decir, de aparecer unos tras otros. La humanidad se preocupa y empapa con el elemento que aparece; de ahí el error; según Cousin. Pero este elemento en cuanto es parcial y circunscrito, no puede bastar al tamaño de la duración: después de haber aparecido, está condenado a desaparecer; y así de verdad incompleta en verdad incompleta, o de error en error, se recorre el círculo de las verdades y de los errores, se manifiestan los diversos elementos del pensamiento, se desprenden, se ilustran, y llegan a su completo desarrollo. La historia no abraza más que casos particulares: lo que era sucesión y división en la reflexión individual, es en la historia la lucha y la guerra; cada idea se despliega aislada y sucesivamente en la historia; y cuando ha agotado todo su incremento, cuando todas sus fases han pasado por la vista, ha desempeñado su papel en el teatro del mundo, y cede el puesto a otra que recorre la misma carrera. Esa movilidad, ese cambio perpetuo son las condiciones de la ciencia y de la luz. La humanidad todo lo abraza, de todo se aprovecha, y siempre adelanta atravesando por todo; y la humanidad son sus potencias, es decir la industria, el Estado, la religión, el arte y la filosofía.

¿Cuál es, pues, el blanco de la humanidad y de la historia? Según lo que acaba de decirse, ese blanco no puede menos de ser el desarrollo de los elementos de la vida humana, su manifestación. Y como no hay más que tres elementos (siempre *secundum Cousin*),⁴¹ sólo puede haber tres grandes épocas históricas... Ni la sucesión ni la aparición de dichas épocas tienen nada de arbitrarias; pues aña de Cousin —la historia es una

41. “según Cousin”.

geometría inflexible: todas esas épocas, su número, su orden, su desenvolvimiento relativo, todo esto se halla marcado desde arriba con caracteres inmutables. Aquí se llevó de encuentro el libre albedrío: por eso le he hecho en rostro en el Elenco del año pasado que su sistema nos llevaba derecho al fatalismo. Pero continuemos con la exposición de sus ideas. La verdad de la historia, continúa él, es la expresión de la vida en general; luego no es una verdad muerta que tal o cual siglo puede percibir. Cada siglo la engendra sucesivamente: sólo el tiempo la saca íntegra del trabajo armónico de los siglos; ella no es otra cosa sino el parto progresivo de la humanidad. Luego la historia, concluye, no es más que el gobierno de Dios hecho visible; todo está en ella en su lugar; todo está bien puesto, porque todo conduce al fin marcado por una potencia benéfica". Ved aquí el resultado forzoso de esa inflexible geometría: fatalismo, y nada más que fatalismo, por más que se quiera disimular envolviéndole con la capa de la omnipotencia y de la misericordia, sujetas empero a la necesidad inevitable; y tal es el efecto imprescindible de la aplicación del panteísmo a la historia.

Ved ahí la filosofía de la historia que encontramos en M. Cousin. Largo negocio sería, y no propio de momento (en mis notas a sus obras⁴² hallará su lugar) examinar si esta teoría concuerda con los hechos y si los explica ventajosamente; tratamos por ahora tan sólo de juzgar esta filosofía histórica en sí misma, prescindiendo de sus aplicaciones, y de investigar su íntimo espíritu. Ya se irá entendiendo por qué asenté en uno de mis artículos del mes de octubre, que semejante filosofía cerraba las puertas del porvenir; y cómo, por lo mismo, apagaba la llama fecundísima de la investigación, alma y vida de toda ciencia. La cuenta es clara. Si todo es forzoso e inevitable; si precisamente se han de reproducir los mismos cuatro sistemas, y no más, en el campo de la historia futura, ya está formada toda la filosofía; por consiguiente: primera consiguiente: quedó por tierra la humana perfectibilidad. Segunda consecuencia: ¿para qué es la investigación? Estudiemos, pues, limitémonos a esas obras antiguas, donde está agotada la ciencia; y cerremos el libro abierto del porvenir. Digamos con nuestro Lope, "De los días el de hoy, de las damas la presente"; divisa de la escuela pseudo-ecléctica, y único principio a que son consecuentes; pues han convertido la filosofía en filología; han apagado la investigación para encender la erudición, que es muy santa y muy buena; pero no primero que la madre de todo saber.

El eje sobre el cual gira toda esa teoría es la necesidad absoluta de separar de cualquier otro elemento el del pensamiento, en el que obra la reflexión, y olvida cuanto no sea él mismo. Esta necesidad está presentada como una ley del pensamiento. De aquí la diferencia de un hombre consigo

42. Vid. *Impugnación*.

mismo en los diversos períodos de su vida; la diferencia de los hombres entre ellos: de ahí la necesidad de las épocas diversas de la historia y el desarrollo de la humanidad.

Toda la filosofía de la historia, según Cousin, descansa en este principio. Pero ¿por ventura la observación psicológica lo ofrece tal como nos lo presenta M. Cousin? Verdad es que para mejor estudiar y conocer uno de los elementos del pensamiento, es forzoso dedicarle una atención especial, y concentrar sobre él todas las fuerzas del espíritu. Mas esta atención, esta concentración no es la separación, el olvido completo de todos los demás elementos. ¿Es posible acaso este olvido absoluto? Por eso os he dicho siempre que mutiláis al hombre en son de completarle. Los que niegan un elemento cualquiera del pensamiento, no lo echan por eso en olvido.

No es el olvido de tal o cual principio lo que es causa de su error: este tiene su origen en una preocupación sistemática que un entendimiento sensato sabrá siempre evitar. Y sin embargo, esa preocupación, ese espíritu exclusivo y sistemático, se nos presenta como una ley del pensamiento, como la condición *sine qua non*⁴³ de todo desarrollo!... ¡Cuántos ejemplos de este género de obstinación no nos ofrecen las obras del profesor de la Sorbona! Basta citar su clasificación del yo en el fenómeno de conciencia. Quiere pintar el yo como diverso de la voluntad, y diverso de la sensación, como separado de ellas; bien que en otra parte de su obra, como tiene de costumbre, asienta lo contrario, contradiciéndose palmariamente. ¡Hombre de Dios! ¡Cómo vas a separar esa trinidad indisoluble, ¡oh prototipo de todos los Trinitarios! En la sensación hay yo, y también hay yo en la voluntad, así como en la voluntad hay sensación. Que queráis, que no, así es el hombre en este mundo; en el de vuestra fantasía, ya veo bien que es de otra hechura.

Cierto es que se reconoce que ese espíritu exclusivo, esa manera aislada de considerar los elementos del pensamiento, es el principio de las diferencias que se encuentran entre diversas religiones y filosofías, y la fuente del error. Ahora bien: ¿qué es el error para el eclecticismo? Una verdad incompleta: el alumbramiento progresivo de la verdad. El error es necesario, según él, el error es divino; puesto que es el principio de todo desarrollo, de todo progreso; pues es querido por Dios, que ya ha fijado las leyes del pensamiento. ¡Qué! ¿el error no es más que una verdad incompleta? Cuando un filósofo preocupado, v.g. con la idea de la materia, afirma que sólo hay materia en el mundo, ¿cuál es su error, en qué estriba? Su error no consiste, sin duda, en afirmar que existe la materia, sino en negar el espíritu. Luego el error es una pura negación. ¿Cómo puede una negación ser una verdad incompleta? ¿Con que son idénticos el ser y la nada? Cotéjense estos argumentos del venerable clérigo espiritualista, católico,

43. “[condición] necesaria”.

apostólico, romano, con los que empleé para impugnar al eclecticismo en la polémica de octubre pasado, y se verá cómo por distinto, aunque análogos medios (¡tanto mejor!), llega al mismo resultado final que vuestro contrincante *Filolezes*.

Julio 11 de 1840.

XCVIII

VICTOR COUSIN ESTA SÍ ES LA VERDAD

ARTÍCULO II

POR *FILOLEZES*

(*Diario de la Habana*, julio 15 ó 16 de 1840.)

“Intus et in cute”.

Para continuar la historia del eclecticismo moderno, no tenemos más que seguir tomando de la misma fuente, pues está hecho el trabajo con toda maestría y profundidad. Quedamos, pues, en la descripción de la escuela de Alejandría, a fin de cotejar su eclecticismo con el de Victor Cousin.

“Hacia fines del siglo II de la era cristiana, proponiéndose los discípulos de Platón conquistar para su doctrina, ya ensanchada, todas las creencias y religiones, se volvieron conciliadores y eclécticos. Mas no por esto se mantuvieron en los límites de una impotente neutralidad; ni se les ocurrió tomar la nulidad por filosofía, ni se redujeron tampoco a opiniones que les parecieran más fundadas. El eclecticismo antiguo, por el contrario, aspiraba a ser la religión verdadera y universal. Ammonio, su fundador, acometió la obra más grande del mundo: emprendió exponer todas las religiones y todas las filosofías y reunir las en un símbolo común. Parecía el Oriente el manantial de toda doctrina. Hermes entre los egipcios y Platón entre los griegos eran los dos principales iniciadores que habían introducido en Occidente las ideas orientales; con ellos, pues, era factible remontar a la fuente de todas las sectas que se dividían el mundo greco-romano, y conciliar así a estas mismas sectas. Empero se necesitaba restaurar la antigua y primitiva filosofía, de que sólo eran emanaciones y reliquias todas las

creencias y supersticiones reinantes. Pues lo emprendió: explicóse sobre el universo, sobre la Divinidad, la eternidad del mundo, la naturaleza del alma, y en suma, sobre todas las cuestiones que el sentimiento religioso despierta en el corazón del hombre. En seguida interpretó, explicó las opiniones de las demás sectas, de tal conformidad que sólo parecían reflejar el sistema de los egipcios y de Platón; y constituida así su doctrina, dedujo de ella su práctica, su moral, una regla de vida.⁴⁴ Plotino, su discípulo, después Porfirio y Yamblico, sucesor de Porfirio, y más adelante Máximo y Proclo confirmaron, perfeccionaron y defendieron ese gran sistema, que Juliano, su alumno, quiso por política hacer predominar sobre el cristianismo naciente. Nada, pues, más sistemático que el antiguo eclecticismo, dado que era, por decirlo así, la médula y sustancia de todos los sistemas: la doctrina de las doctrinas, la religión de las religiones, politeísmo oriental, indico o egipcio, sabeísmo de Zoroastro, paganismo griego y romano, creencias de Pitágoras y de Platón, judaísmo y cristianismo todo debía refundirse y encontrarse en la filosofía universal; todo debía venir allí a desnudarse de sus símbolos, de sus supersticiones y de sus máculas, todas las tradiciones, los dogmas todos, habían de confundirse y absorberse en tal punto. Ved ahí, pues, como decíamos, una filosofía, una religión: ésta fue la de Orígenes y de algunos otros padres del cristianismo. Ese eclecticismo duró siete siglos antes de transformarse: eso se llama grandeza y poderío!

Pero es parodiar un nombre respetable el llamarse ecléctico por tan poca cosa como no decidirse por nada. Verdad es que cuando M. Cousin comenzó a hablar de eclecticismo, tenía una idea en su espíritu (¡y tanto!): salía de manos de Proclo, cuyas obras acababa de publicar, y se le puso un día en la cabeza, a imitación de los alejandrinos (siempre imitador, seguidor de impulsos) refundir los sistemas filosóficos y constituir con ellos otro más comprensivo que a todos abrazase. Pero esta idea ambiciosa no hizo más que pasarle por el pensamiento, no practicando nada para realizarla. Por otra parte, sus viajes en Alemania no tardaron en desviarle de su primitiva impulsión (siempre llevado del viento que más sopla; ¡viva la *flexibilidad* personificada!) pues allí encontró muy otro linaje de eclecticismo, que me le embaucó completamente; prestándose la metafísica alemana a la inmovilidad social, había tomado la delantera: llegado habían Hegel y su escuela, de la justificación de lo pretérito, a inferir la apología de lo presente. Fácil, como queda dicho, en recibir todas las impresiones, más imitador que inventor (como se confiesa aún esa biografía tan parcial publicada en el *Noticioso* del 12, y como es voz general en todas las que han salido en Alemania), y desprovisto además de aquellas sólidas aficiones del

44. Véase en confirmación la *Historia de la filosofía* por Brucker; t. II, texto latino. (N. del Autor.)

corazón tan provechosas para lastrar y contener en el recto sendero la imaginación de un filósofo, no tuvo reparo Cousin en adoptar la doctrina de la escuela berlinense: abandonó rápidamente una por otra imitación, y ocultando bajo el nombre de eclecticismo, tomado a Proclo y a los alejandrinos, la justificación de lo pasado y lo presente, cogida de Hegel, logró de esta manera hacer dos plagios de un solo golpe. Esto era dar un nombre falso a una falsa doctrina. Sea como fuera, ello es que echó a lucírsela con la palabrilla, y la palabrilla hizo cierta fortuna; como venía de perlas a los politicones que se habían encabestrado entre el antiguo régimen y la revolución. Fueron muchos los que acudieron en su auxilio, y he aquí cuajado el eclecticismo de la noche a la mañana. Esta nueva filosofía que trataban de levantar sobre las ruinas y con el meollo de las religiones y de las filosofías, vino a morir en un miserable sincretismo político, y a reducirse a esta receta: “Tómese cierta dosis de monarquía, partes iguales de aristocracia, y su punta de democracia, y tendréis la restauración, o el justo medio, o el eclecticismo *secundum artem*”⁴⁵.

Apreció, pues, el eclecticismo en la escena del mundo para corona y contraseña filosófica de esa escuela doctrinaria tan obstinadamente apegada a ciertos principios, no por gusto, ni por seducción, sino por impotencia; escuela desnuda de precisión, sin claridad, sin entusiasmo, sin grandeza; que en política jamás comprendió a la Convención ni a Bonaparte —circunstancia por sí suficiente para juzgarla— y que ha atacado al siglo XVIII, sin tener por disculpa el sentimiento de la grandeza pasada, ni el presentimiento del porvenir; que no ha recogido más herencia de Madame Staël sino sus femeniles cóleras contra unos colosos, escuelas del peor gusto en el arte y poesía (como que ha carecido de inspiración, de numen); sin ideal, así como sin chispa de simpatía por el pueblo, no conociendo, por otra parte, ni la miseria de los proletarios, ni la vida que fermenta en el seno de nuestra época; sin religión, por último, y sin sentir la necesidad de tenerla.

Así es como han llegado a ser sinónimos doctrinarismo y eclecticismo. Cuanto a este último en sí propio, tiempo ha que sabemos lo que es, nada, ni siquiera una conspiración, Muéstrénsenos los trabajos emprendidos por los ecléticos modernos para concordar y conciliar las filosofías y las religiones. Sin duda, que hay posibilidad de conciliación entre los sistemas. Veamos cómo.

El cristianismo, v.g., y la filosofía crítica, en explicándose llegarán un día a comprenderse; y en el desarrollo sucesivo de la humanidad (siempre porvenir; esto queremos con Jesucristo y con San Pablo, no, puerta cerrada, y *nec plus ultra*,⁴⁶ con Víctor Cousin y Teodoro Jouffroy!) hay un misterio que de transformación que asociara a unos a la obra de otros. Empero

45. “según el arte”.

46. “y no más allá”.

la conciliación entre dos sistemas no es posible sino a condición de un tercer sistema superior a entrambos. Tened, pues, primero el sentimiento de la idea superior que debe reemplazar a dos ideas en la apariencia contrapuestas, y aspirad a esa idea. Mas si, por el contrario, queréis tan sólo operar, por decirlo así, mecánicamente sobre dos ideas, o no lograréis reunir las, o haréis de ellas, una amalgama repugnante”.

(Que a él le había sucedido lo uno y lo otro se lo demostré yo a M. Cousin desde octubre próximo pasado). Antes que naciese el eclecticismo en Alejandría, había también hombres allí que imaginasen conciliar sistemas tomando un término medio, como se busca un medio aritmético entre dos cantidades; pero a eso llamaban sincretismo. Los eclécticos parisienses ni siquiera tentaron en grande la obra de los sincretistas alejandrinos.

¿Y qué es lo que han hecho? El monstruo de Horacio. Que se nos desmienta con datos. Nosotros vamos a presentar algunos más a nuestro propósito. Historia de las variaciones sucesivas de Víctor Cousin.

“Pero hombre, todo no ha de ser Numancia!
La constancia es virtud, aunque algo rancia.
Yo siempre en este género de esgrima
Me voy al lado del que queda encima!”.

Cambia colores

Hace tiempo que Lerminier (y cuidado que tampoco somos devotos suyos, pero aquí dijo la purísima verdad en sus *Cartas filosóficas a un berlinés*), desempeñó cumplidamente la “historia de estas variaciones”. Habla Lemnier: “A todo hombre que presenta un sistema filosófico, es forzoso preguntarle desde luego qué es lo que se ha propuesto hacer. ¿Por qué os habéis levantado, y qué queréis decir? Cuando el señor Cousin ascendió a la cátedra que dejaba Royer-Collard, se presentó sin más objeto que exponer la historia de los sistemas filosóficos. Teniendo un espíritu literario se convirtió hacia la literatura de la filosofía; imaginación movible, abandonaba fácilmente una bella teoría por otra, que le parecía aún más brillante; palabra ardiente, hacía correr a las almas la inteligencia y el entusiasmo de la ciencia. Tal ha sido Cousin, es de su carácter intelectual el no haber podido jamás encontrar y sentir la realidad filosófica por sí mismo; es menester que se la den traducida, descubierta, sistematizada; entonces la comprende, la toma y la expone” (no la profundiza, no la cala, agregaré yo: cada hombre tiene su cabeza como Dios se la ha formado, y algunas, por muy brillantes que sean, por otra parte, que él no quiso fabricarlas para la ciencia).

Empezó el joven profesor su carrera comentando con entusiasmo la escuela escocesa, mina cuyo laboreo le había legado su antecesor Royer-Collard; a renglón seguido se marchó a Alemania, cogió al vuelo los princi-

pales rasgos de la filosofía moral de Kant, y kantista se hizo; entonces todo se volvía elocuentes exposiciones sobre el estoicismo, el deber y el libre albedrío. Después se convirtió hacia la erudición, y se enamoró de la escuela de Alejandría, a la que íntegramente personificó en un solo hombre, en Proclo. Esta secta filosófica que había emprendido luchar contra el cristianismo y hacerle retroceder, pareció a Cousin un símbolo glorioso de filosofía y de grandeza. He aquí los términos en que de ella hablaba: *Haec fuit scilicet ultima illa graecae philosophiae secta, quae visdem fere quibus christiana religio nata, tamdiu magna cum laude stetit quamdiu aliqua in orbe fuit ingeniorum libertas; quantum vero circa saeculum, non mutata ratione, sed mutato domicilio, ex urbe Alexandria, Athenas confugit...*⁴⁷ Parecía escuela la más rica e importante de cuantas florecieron en la antigüedad: *Totius vero antiquitatis philosophicas doctrinas atque ingenia in se exprimit*⁴⁸ y graduaba su estudio no solamente precioso para la erudición, sino para los progresos de la misma filosofía.

Poco más tarde veo que ya M. Cousin no pone tan por las nubes a la sabiduría alejandrina. Mírese como la caracterizaba en 1829. “Sin duda —dice— el proyecto declarado de la escuela de Alejandría es el eclecticismo. Los alejandrinos quisieron juntar todas las cosas, todas las partes de la filosofía griega entre sí: a la filosofía con la religión, y a la Grecia con el Asia. Háseles acusado de haber ido a parar en sincretismo; en otros términos, de haber dejado degenerar una noble tentativa de conciliación en una confusión deplorable. Con más fundamento podría hacerseles el cargo contrario. Lejos de caer la escuela de Alejandría en la vaguedad y desorden que suele producir una impotente imparcialidad, tiene el carácter decidido y brillante de toda escuela exclusiva; hay tan poco sincretismo en ella, que ni hay mucho eclecticismo; pues aquello que la caracteriza es la dominación de un punto de vista particular de las cosas y del pensamiento”.

Así, pues, esta escuela que escogiera Cousin al principio como dechado de eclecticismo, a sus ojos ya casi no es eclecticismo; acúsala de un misticismo exclusivo, trata muy duramente a su antología, a su teodicea; y hasta al mismo Proclo, aunque siempre sea un talento de primer orden, ya no es para Cousin aquel sustentáculo de la filosofía y del franco discurrir, cuyos esfuerzos eran generosos y sublimes: el profesor de 1829 nos le muestra acabando por himnos místicos impresos con el sello de una pro-

47. Esta fue, en efecto, aquella última escuela griega de filosofía, que aparecida casi al mismo tiempo que la religión cristiana, subsistió con aceptación por tanto tiempo cuanto hubo en el mundo alguna libertad de pensamiento; pero hacia el siglo IV, sin cambiar el contenido sino el domicilio, se trasladó de la ciudad de Alejandría a Atenas...”.

48. “Pero contiene todas las doctrinas filosóficas y a los filósofos de la antigüedad”.

funda melancolía, donde se ve que desespera de la tierra, la abandona a los bárbaros y a la nueva religión, y se refugia por un momento en espíritu en la venerable antigüedad, antes de perderse para siempre en el seno de la unidad eterna, objeto supremo de sus conatos y de sus pensamientos. ¿Y de dónde ha nacido este cambio en el ánimo del editor del Proclo?

Muy diversas impresiones le atravesaron de 1820 a 1829. Pero esto será materia para el artículo siguiente, por no fastidiar más a los lectores anti-filosóficos. Por mi parte, *yo me la he hallado*, como suele decirse, con esto de historia y biografía; porque estoy con los brazos cruzados, al menos, los brazos del entendimiento; y sólo traduciendo y extractando hechos y documentos, sobre que después entrará a razonar *Filolezes*, o antes, si ha o espera de haber peligro de que sus adversarios razonen; o si quieren dejarlo para las Notas, como apetezcan; en la inteligencia de que resulte M. Cousin del tenor de la historia un santo, o un réprobo; de todos modos, ha probado ya, y probará de cien maneras que es erróneo y contradictorio su sistema, el infeliz de *Filolezes*.

Habana, julio 14 de 1840.

XCIX

RASGUÑO

Al artículo eterno y sempiterno, y por supuesto cansado, que en contestación a “Una que vale por todas”, hace días que se está publicando en el *Diario de la Habana*.

POR EL PSICÓLOGO

(*La Aurora de Matanzas*, julio 16 de 1840.)

¿Despreciar V. las fábulas, señor Filolezes? ¿V. que está siendo la fábula del lugar? No lo creo. Las *Fábulas contra el sensualismo* fueron las que le hicieron salir a V. de sus casillas y no a la X o XI, como V. supone, sino en cuanto se imprimió la II de *La carreta y el carro de vapor*. Dígalo *El Aprendiz de Gall*, que como el enano de la venta pensó amedrentar con su ronca voz y terribles amenazas en el remitido del *Diario* consabido, y en cuanto se dejó ver con sus insulsas fábulas *El duende habanero* en el propio *Diario*, fue la burla y escarnio de toda la gente.

Sobre fábulas hay mucho que hablar y no poco que estudiar. A la vista tengo un cierto *método explicativo*, que no se compone más que de fábulas, y eso, criticadas por personas inteligentes, por ser las más de ellas de muy mal gusto. Es verdad que también hay una canción que por autonomasia la llama su autor la de *La madre mía*: esto me hace recordar otra canción algo antigua que comenzaba así: “Madre, etcétera.”

Las primeras nociones de filosofía moral las adquieren los niños en las escuelas por medio de las fábulas. ¿Quién es el que no sabe algunas de memoria?

Pero ¡qué digo, los individuos! los pueblos, las naciones, ¿de qué otra suerte se ilustran tanto en lo sagrado como en lo profano, sino con parábolas y apólogos? ¿Y se atreve V., señor Filolezes, a decir que desprecia las fábulas? ¿Será porque no las entiende o porque no sabe hacerlas? No basta que estén escritas en contra de V. para asegurar que sean malas; es necesario que tengan otros defectos garrafales.

Esto sí que se llama proceder de buena fe, amar la verdad donde quiera que se encuentre y desear el triunfo de las cuestiones filosóficas y no de las personas. A tu tía que te dé para libros, le diré yo al que me venga con esto. Entre tanto es necesario confesar que las fábulas sirven para todo, hasta para desenmascarar a los hipócritas. *El Psicólogo*

Habana, 9 de julio de 1840.

C

DÉCIMA RESPUESTA al artículo “Una que vale por todas”, publicado en *La Aurora de Matanzas* de 28 de junio próximo pasado

POR FILOLEZES

(*Diario de la Habana*, julio 17 de 1840.)

“Voz me coegistis
¡Y va de veras!”.

La noción de la verdad y del error que nos da el eclecticismo, incluye la negación de toda verdad absoluta; y aquí vamos a comprobar toda la teme-

ridad, todas las funestas consecuencias de semejante doctrina (no son palabras mías, sino terminantes del abate espiritualista que traduzco). Si el espíritu humano no se desenvuelve sino por medio del error; si la ley del progreso consiste en la predominación sucesiva de las ideas exclusivas que deben desaparecer después de haber hecho su papel, es forzoso decir osadamente que no hay verdad eterna, inmutable, invariable, para el entendimiento humano. La verdad, se nos dice, es fruto del despliegue de la humanidad: ella no es, sino que se hace: está *in fieri*;⁴⁹ pero entonces, ¿qué prueba tenemos de que aquello que el eclecticismo mira hoy como verdad absoluta e inmutable, lo que él llama la ley del pensamiento, las tres ideas que constituyen la inteligencia, las del infinito, del finito y de su relación; ¿qué pruebas tenemos nosotros, qué prueba tiene él mismo, de que estas tres ideas sean la verdad completa?

¿Por qué habremos de ser más favorecidos que los antiguos? Cuando ellos estaban preocupados con la idea del infinito o la del finito, ¿no creían haber alcanzado lo inmutable, lo absoluto? Sin embargo, esas opiniones tuvieron su tiempo, hicieron su papel; ¿quién podrá poner coto al desarrollo futuro de la inteligencia? ¿Algunos millares de años pueden haber manifestado cuánto ella esconde? Así se desploma ante el pensamiento, espantado de sí mismo, la verdad eterna, absoluta, invariable, universal; así la razón se ve reducida a perseguir, por entre las modificaciones incessantes del pensamiento y de la opinión, un fantasma que jamás llegará a estrechar. ¿Con cuánto dolor no recae sobre sí misma, acusando sus vanos esfuerzos y sus orgullosas pretensiones!

Advirtamos por otro lado que cuando dice el eclecticismo sobre la necesidad y utilidad del error, puede decirse también del vicio. El vicio no será otra cosa que un desarrollo exclusivo de una de nuestras tendencias morales. ¿No es forzoso que haya prodigios de orgullo, de deleite, de crueldad, de ambición, para ostentar todas las facultades que encubre nuestra naturaleza en esos órdenes diversos? ¿Cómo si no existe verdad absoluta, podría haber nociones absolutas y eternas de orden y de justicia ¡oh pregonadores sempiternos del absoluto! que unas veces no comprendéis, y otras fabricáis, cuando no es menester. ¿Cómo puede conciliarse el libre albedrío (aquí va la muerte por los mismos filos) con esa necesidad absoluta que preside a todos los progresos de la humanidad y que engendra la historia? Todo parece, todo se hunde, la verdad, el bien, la belleza, en el abismo que un pensamiento temerario cava a nuestra planta. ¡Singular doctrina del eclecticismo! Se eleva hasta las nubes, hasta la cumbre del Ser; quiere alcanzar el absoluto, abrazarle, identificarse con él; y el castigo de esta audacia sacrílega (palabras de mi espiritualista, católico, apostólico, romano) es una caída profunda en el abismo del Caos y la nada. Pero el

49. "haciéndose".

eclecticismo —y por esta razón para evitar este escollo— se ve forzado a caer en otro abismo.

Hemos visto que según los principios del eclecticismo se identifican la razón divina y la humana, que el mundo y el hombre son creados necesariamente y constituyen parte de Dios mismo, que la vida divina no es más que el desarrollo del infinito en el finito, y que en este desarrollo todo es necesario y divino. Por consiguiente, la historia y el desenvolvimiento histórico de la humanidad son necesariamente dominados por una ley fatal que todo lo termina: “la historia no es más que una geometría inflexible”, en boca de Cousin. El error y el mal no pueden hallar cabida en este determinismo riguroso: no existen el error y el mal: todo está bien: todo está en su lugar. Dios está en todo, todo lo hace, y es todo.

Pero siendo esto así, queda demostrado el panteísmo del eclecticismo: su teoría histórica está en perfecta armonía con su lógica, teodicea y cosmogonía... Efectivamente, el panteísmo aplicado a la historia produce un sistema histórico perfectamente en juego con las aserciones del eclecticismo; para él no hay verdad, ni orden inmutable, ni libre albedrío: ahí no existe más que un desarrollo sin fin de la humanidad bajo todas las formas posibles; ahí se borran las contradicciones, y se ligan y abrazan los contrarios en una monstruosa intimidad que sólo representa la imagen del caos. Es necesario ser ciego para no ver a Hegel, de cuyo panteísmo nadie duda, reproducido en las teorías de nuestro hombre, bautizadas con el pomposo e infiel nombre de eclecticismo, cuando constituyen un verdadero sincretismo, por más que el interesado se defienda de ello; y lo que mejor viene a nuestro propósito: queda demostrado que su sistema conduce camino derecho al fatalismo y escepticismo. He aquí el hombre que nos echaba en cara estos dos espantajos. *Medice, cura te ipsum*.⁵⁰

Facilísimo, pues, será ahora, visto el ningún cristianismo del sistema de Cousin, sostener la interpretación que di al pasaje suyo citado en mi artículo del 6 de junio (que ha tratado de rebatir *El Ontólogo*, así como los cargos de poca creencia y mucha hipocresía, que en consecuencia le dirigimos. Tomemos las cosas de un poco más atrás. M. Cousin —dice un filósofo contemporáneo de gran mérito— con su fórmula del finito, del infinito y de la relación no ha producido más que una fórmula lógica, una especie de máquina para razonar de todo con una apariencia de profundidad; pero sin luz, sin vida, sin que de ahí resulte ningún efecto moral, ni religioso. Así es que se ha visto obligado a arriar bandera, no sólo ante el cristianismo, sino ante los espiritualistas, y a reconocer que su explicación por el absoluto no servía para nada prácticamente. Singular representación de la filosofía, que por un lado proclama el triunfo de su ciencia, y por otro reniega de ella, que está jugando a pares y nones con su eterna monumaquia del pro y el

50. “Médico, cúrate a tiu mismo”.

contra. Si tenéis la fórmula del Ser, de la ontología, como decís, ¿a qué viene ese respeto hipócrita por el cristianismo, y por qué queréis dejar a la superstición y la idolatría reinar sobre la tierra? Si poseéis esa fórmula, con el mero hecho ya tenéis una religión; y si tenéis una religión, es más que cobardía el abjurarla a presencia de los ministros de las demás religiones, aun cuando no renegáis de ella por interés, o por política, para no ser inquietados y hacer fortuna en el siglo. A esto responde M. Cousin: “La filosofía es paciente; ella sabe como pasaron las cosas en las generaciones anteriores, y está llena de confianza en el porvenir: feliz, satisfecha de ver a las masas, al pueblo, es decir, a todo el género humano, en brazos del Cristianismo, ella se contenta con alargarle suavemente la mano, y ayudarle a que se levante más arriba”. (*Curso de 1828.*) ¡Ah! isobrado paciente sois en verdad! Paciente hasta esconder la luz debajo del celemia! Por el género humano es por quien os tomáis tanto empeño? ¿De veras, señor catedrático? Yo creía que era por los que Homero llama los pastores de la grey, que trasquilan y hasta se comen sus rebaños. Esos dicen que es menester una religión para poner un bozal a sus semejantes; ¡para ellos, no! Parece que, sobre poco más o menos, viene V. a decir otro tanto: oigámosle (ibídem). “Habrá siempre masas en la especie humana —dice Cousin— y no debemos empeñarnos en descomponerlas y disolverlas de antemano. La filosofía está en las masas bajo la fórmula cándida (*naïve*), profunda y admirable, de la religión y del culto: el cristianismo es la filosofía del pueblo”. Léanse con detenimiento estas palabras, en cotejo con las anteriormente citadas, y dígame de buena fe si tuve o no razón en mi artículo de 6 de junio para afirmar que ahí se presentaban dos doctrinas, una para M. Cousin y las clases superiores a quienes comunica su palabra, y otra, que es el cristianismo, para el género humano. ¿Es esto o no hipocresía? Ni vale decir con *El Ontólogo* que ya sabe todo el mundo, sobre ser muy diversa la creencia del hombre vulgar a la opinión del hombre instruido: el teólogo, el filósofo saben el por qué de aquello mismo que cree él, y que creen los demás; pero a uno y otro debemos tratar de uniformar en la misma fe que tenemos nosotros por verdadera: esto es lo que hacen los hombres de bien. ¿Qué diríamos del astrónomo que sabiendo ya la causa de los eclipses, v.g. continuara amedrentando con este fenómeno a los infelices ignorantes en las leyes naturales? No es menester que el pueblo sea sabio para que le alcancen las ventajas, los resultados de la ciencia; así, aun cuando no sepa astronomía, hoy no teme ya como antes la aparición de los cometas. ¿Y por qué? Porque los sabios de buena fe le han predicado la misma, mismísima doctrina que a sus discípulos, aunque sin exponerles todos sus fundamentos; mejor dicho, publicándolos para todo el mundo, pero que no se hallan al alcance de todos por la natural dificultad de ciertas materias. Así, pues, se enciende la lumbre para todo el género humano, pero aquél se bañará más provechosamente en ella que esté más y mejor

dispuesto para recibir este género de sacramento. Acabóse el tiempo de las doctrinas esotéricas. Jesús no tuvo doctrina esotérica, y la luz es para todo el mundo.

¿Pero es cierto lo que dice M. Cousin, que todo el género humano está en brazos del cristianismo? ¿Quién no sabe que no hay tal cosa? Fuera de las infinitas religiones y sectas que dividen al mundo, ¿no se vende la incredulidad de Cousin en esas mismas palabras, así como la fe del *Ontólogo* no está muy a cubierto, por aquello de que “la ciencia atravesó por las llamas encendidas del análisis (que le quemaron su creencia), llevando consigo su buena punta de desconfianza?”. ¿Qué es ésto, señor creador, también anda por ese cerebro el duende de la desconfianza? Embelescos y más embelescos, de parte del maestro y de los discípulos! Hipócrita me ha denominado *El Ontólogo* después que le he demostrado que su caudillo es bien incrédulo con la añadidura de simulador. Yo no he hecho alarde de religioso, ni de irreligioso; no he tratado más que repeler el cargo de ser opuestas mis doctrinas al trono y al altar, que no tuvieron rubor de enderezarme mis enemigos; no he hecho más que convencer que eran unos far-santos descorazonados los que se vendían por defensores de la hija de Sión, los que pretendían pasar por tan cristianos como el Obispo de Cantorbery o el Angélico Doctor, cuando sustentaban panteísmo, fatalismo, escepticismo, y lo que es peor que todo eso junto, esoterismo puro y neto, si pura y neta puede llamarse la mentira y la hipocresía.

He concluido mi enojosa tarea: el público imparcial decidirá si ha quedado o no para siempre destruido el artículo *Una que vale por todas*, inserto en *La Aurora de Matanzas* del 28 de junio próximo, firmado por el señor *Ontólogo*. No me resta, pues, sino terminar la serie de documentos ya empezados a publicarse para *Biografía del señor Cousin*, a fin de dar por fenecido este fastidioso proceso. Pero antes de levantar la pluma, quiero con la mayor serenidad, y sin hacer caso de los denuestos que contra mi persona ha seguido vomitando *El Ontólogo* por medio de *La Aurora de Matanzas*, su órgano favorito, llamar tan sólo la atención de mis compatriotas sobre las palabras estampadas por ese benévolo escritor; refiriéndose a *Filolezes*. Después de tratarme de filósofo rezagado y otras lindezas por el estilo, añade: “Es cosa que no está en él. No se puede ir a las manos desde su enfermedad de cabeza. ¡Pobre *Filolezes*! ¡Qué lástima le tengo!”. Denuesto que reproduce en otro de sus papeles el cristianísimo y nunca bien alabado articulista. Supongamos que yo hubiera tenido la desgracia de haber perdido el don más precioso del hombre por una enfermedad inevitable; pregunto, ¿se me podría echar en rostro, cuando en mis argumentos estoy dando pruebas perentorias de que están más firmes los muelles de *Filolezes* que los de todos sus antagonistas? ¿No es esto llamarle a uno negro y necio cuando sólo de discurrir se trata? Verdad es que hace cuatro años estuve delirando en el lecho del dolor —la Habana lo sabe

mejor que yo— porque la Habana era la asistencia de este hombre adolorido y quebrantado, y ahora escarnecido y vilipendiado. Pero los mismos discípulos de Esculapio que estaban a la cabecera dirán si su delirante no razonaba mejor y más lógicamente, en el ardor de la fiebre y del desvarío, que otros enfermos habituales de la cabeza, que han pasado toda su vida de uno en otro delirio no interrumpido. ¡Cuánta instrucción sólida y profunda no hube de sacar de aquella cama! ¡Qué inmensa deuda de gratitud la que contraí con mi patria! Queda, pues, entregado *El Ontólogo* al juicio severo del país, testigo de mis enfermedades y de sus miserias. Entre tanto, sepa el juez, para mejor fallar, que mis enemigos han tenido el empeño constante y especial en encarnar y difundir esta misma idea por toda nuestra tierra, a viva voz, antes y ahora, con toda su alma, por mano de sus paniaguados y a láteres y muy singularmente por la correspondencia con el interior de la Isla, lamentándolo en son de amistad, y proclamando la ley del deber, sobre todo, después de estos debates y contestaciones.

¡Compañeros! Porque yo no soy enemigo: todos quedamos ya juzgados sin remisión, así los ecléticos como *Filolezes*: el juzgador dirá para quién la vergüenza, para quién el lauro. *Filolezes*

CI

SOBRE LA BIOGRAFÍA DE M. COUSIN

POR *LIRA*

(*Noticioso y Lucero*, julio 18 de 1840.)

Con miedo, lo confesamos, cojemos la pluma para contestar al señor *Filolezes*, a quien no podemos menos de manifestar nuestro agradecimiento por la manera decorosa con que ha repelido las alusiones que creyó ver directas en nuestras líneas del 12 de julio, y que en verdad, si existieron, no fueron producto de nuestras intenciones. Era menester hablar de hechos, y si éstos son verídicos, el señor *Filolezes* sabe si el que escribe debe vacilar en referirse a ellos, sin más consideraciones que las que exigen las leyes. “De buena fe, con la mano sobre el pecho y no afectando bravidad, diremos al ilustrado articulista, que, si puede concebir la existencia de un alma que sin más interés que el de la ciencia sea capaz de irritarse a vista de los extravíos que hemos condenado, no juzgue de otro modo la nuestra, no le atribuya otros sentimientos. Pero corramos un velo

sobre lo pasado: acordémonos tan sólo que hemos publicado un escrito biográfico, que el señor *Filolezes* combate, y pasemos a examinar las razones en que éste se funda.

Séanos, empero, permitido expresar que nuestro objeto al hacer observaciones sobre el escrito a que aludimos, no es de ninguna manera provocar la lucha entre las convicciones filosóficas de su autor y las nuestras, o lo que es lo mismo, declararnos sostenedores de las doctrinas de M. Cousin. Sean cualesquiera las nuestras, nosotros, ausentes hace tiempo del campo filosófico, no pensamos entrar hoy en él por ese camino: primero, porque nuestra situación no nos lo permite; segundo, porque aunque lo permitiera no sería nuestra voluntad hacerlo; y, tercero, porque si hubiéramos de entrar en esa discusión, buscaríamos otro terreno que los periódicos para ella, y mucho más, debiendo habérnoslas con el señor *Filolezes*, que, confirmando hoy la alta opinión que de su saber nos había trasmitido algún amigo, se nos muestra tan hábil pensador como sagaz político, tan erudito como filósofo; cualidades que, si otras causas no existieran, fueran bastante a retraernos de una lucha muy desigual; no porque pudiera humillarnos su victoria, sino porque nuestra ignorancia pudiera perjudicar a nuestras doctrinas; además de que, sabiendo como sabemos que *l'art decrire ne s'apprend pas tout de un coup*⁵¹ nuestro miramiento sería mayor en materia tan delicada. Y no se crea que, al escribir las observaciones siguientes, incurrimos en contradicción: versan sobre hechos biográficos; y aunque el terreno ofrece poca extensión, porque al referirnos a ciertos filósofos no nos es dado expresar opiniones suyas sobre cuya tendencia política ha puesto un velo la nuestra, nos animamos a hacerlas creyendo dar en ello una muestra de respeto a la persona a quien nos dirigimos.

Es un hecho que el señor *Filolezes* admite el dominio del eclecticismo en Francia hace diez años, dominio aplaudido por el pueblo; y cuando decimos en Francia, entiéndase que suponemos en ella centralizado el saber; y que nos referimos a la célebre Universidad de la Sorbona, en cuyas cátedras se disputaban la entrada a la fuerza hace ya tiempo los jóvenes ansiosos de oír la voz del célebre M. Cousin. Pero a esos diez años precedieron otros diez de examen, o al menos diez años en que los sabios franceses tuvieron tiempo bastante para examinar ese sistema, pues que hace veinte que su autor lo ha publicado.

Y sea dicho en justicia, si los sabios franceses como los de otras naciones están sujetos a la influencia de los errores del siglo, no son ellos generalmente serviles ante los sistemas, por más que éstos tengan el apoyo del gobierno; y aunque es una verdad amarga, la histórica, que pocas veces el público aplaude lo que el gobierno apoya; y si el público no se encuentra en este caso, no así los sabios, los filósofos que, por serlo, son esencialmente

51. "No se aprende a escribir [de repente]."

independientes en sus ideas filosóficas. ¿Y es una verdad que el eclecticismo ha sido adoptado, ha sido aplaudido por el público francés, y que sus doctrinas han trascendido al sistema político? ¿Qué sería de un pueblo cuyo gobierno político estuviera calcado sobre principios filosóficos distintos de las convicciones de aquél? ¿Qué sería? ¡Ah! Al abrir el libro de la Historia, volvemos la vista ante sus páginas manchadas de sangre, y al mirar en torno nuestro se presentan a nuestros ojos relaciones de batallas en que ha corrido aquélla a torrentes, y en que ha corrido la sangre de nuestros hermanos; y el corazón se nos parte de dolor; y nuestras convicciones se afirman en la de que lejos de ser perjudicial que el gobierno francés proteja un sistema determinado, pues que esto es conforme con las ideas del pueblo, y es además bueno en su juicio, es útil, es conveniente que lo haga, y avanzaremos más, es un deber suyo hacerlo, porque si bien lo primero es dejar siempre al filósofo la libertad de pensar, debe poner al pueblo a cubierto en lo que dable le sea, de los absurdos que un día le condujeran a los más lamentables delirios. He aquí, pues, una de las glorias del eclecticismo: los sabios lo oyen, lo meditan, y lo adoptan; el pueblo lo aplaude, el gobierno busca en sus principios los que deben dominar en su sistema; el eclecticismo domina a los sabios, al pueblo y al gobierno; su dominio es de paz, y la política esencialmente de armonía, de combinaciones, de fraternidad general. Estos son los hechos que a nuestra vista han pasado y pasan, hechos que ha confesado nuestro respetable contendor, y por los que a su imitación hemos querido comenzar:

Pero se nos dirá: ¿cuál es vuestra opinión sobre el eclecticismo de M. Cousin? ¿Creéis que los sabios yerran, que el pueblo se ha equivocado, que el gobierno camina a ciegas en la adopción de esas teorías? ¿Creéis que M. Royer-Collard y M. Cousin hayan sido más bien que filósofos en la publicación de su sistema, agentes del gobierno, y que éste protege aquél porque sólo a él le convenga? ¿Y creéis que los eclécticos del día no merecen el nombre de filósofos, desde que bajaron a la tumba Voltaire y Rousseau, Diderot y Condorcet?

Nos parece que a estas preguntas puede reducirse cuanto nuestro ilustrado contendiente dice en su escrito, separando de él la última parte que se refiere únicamente a alusiones de que no es nuestro intento ocuparnos.

Primera pregunta: “¿Cuál es vuestra opinión sobre el eclecticismo de M. Cousin?”

Hemos protestado no entrar en este terreno y no faltaremos a nuestra protesta; mucho más, cuando ni aún estamos acordados en que “para saber si una filosofía es buena o mala,” sea lo primero que haya que investigar el origen de las ideas y sentimientos que condujeron a su autor a abrazarla; “porque en verdad nos parece más razonable examinar las doctrinas filosóficas, que, siempre independientes de las circunstancias, son buenas o malas sean cualesquiera los tiempos en que las hayan adoptado; si bien no

negaremos que, hecha luego aquella consideración, su resultado podrá dar fuerzas a nuestras convicciones. Creemos sí, que un “movimiento filosófico se explicará mejor, deslindando exactamente su punto de partida, cosa propia del historiógrafo, pero lo creemos porque el movimiento de la filosofía, y no la filosofía misma, es lo que, a nuestros ojos, ha de ser explicado por semejante proceder. Grandes errores pueden haber sido proclamados, porque los filósofos se creyeron en la necesidad de presentarlos como principios verdaderos. Díganlo “las ideas falsas, los absurdos que adquirirían grande importancia sólo por que atacaban al régimen feudal y teológico”. La preponderancia de éste nos explica el movimiento filosófico, pero de ningún modo es bastante a deslindar lo razonable o absurdo de las ideas novadoras.

Perdónesenos que no nos extendamos sobre esto, porque consideraciones más fuertes que nuestra voluntad detienen nuestra pluma.

Pero históriense los últimos tiempos de la filosofía en Francia, y sobre la exactitud con que se procede, se nos ofrece qué objetar. Hayan sido cualesquiera las circunstancias en que la Escuela Normal se encontrara después de la Revolución y aún del Imperio; haya sido el genio de Napoleón fragmentar o no “fragmentar”, haya entrado o no en aquélla el genio de los filósofos del siglo XVIII, ¿podrá negársenos que, habiendo penetrado en ella *Condillac*, el “hombre pensador que también ha contribuido a dar a la Francia la iniciativa de los negocios humanos”, sus doctrinas han sido conocidas por los alumnos de la Normal y que en M. Cousin ha habido por aquél una pasión decidida? ¿Y habrá quien diga que este escritor no es un hombre universal y sí en algún modo fragmentario? Creemos que no, a menos que por este medio quiera preparársele el juicio para negarle después el nombre que aún se esquivaba al mismo *Condillac*, el nombre de filósofo. Diremos sobre esto en su lugar.

“No entró en la Normal el genio de los filósofos del siglo XVIII”!!! ¡Ah, pluguiera al cielo que los errores de ese siglo hubiesen desaparecido ante el Soldado gigante que convirtió la república en imperio! ¿Pero era él bastante poderoso contra la filosofía? Esta no se vence con la espada, y Napoleón no pudo vencerla: las armas de la filosofía son aún más temibles que las del poder más fuerte: son invisibles y antes que imponer la coyunda al filósofo, se le convertiría en cadáver. “¡No entró en la Normal el genio de los filósofos del siglo XVIII”! Negad la memoria a los hombres, negad a un pueblo la ciencia de su historia reciente, negadlas a la Francia, y os probaremos que aún sin memoria, aún sin historia, la Francia no podía olvidar las doctrinas de sus filósofos del siglo XVIII. ¿Porque ella haya abjurado sus errores, debió sepultar el nombre de los filósofos? ¿La creéis tan falta de criterio? Tampoco a nosotros nos asustan los nombres de Voltaire y Rousseau, de Diderot y Condorcet, sin embargo de que distamos bastante de muchas de sus doctrinas. “¿Y qué razón habría para desechar con

frenesí, sin examen, lo que hay de bueno en sus obra?⁵² Querriamos asemejarnos a los fanáticos que proscribían los escritos más inocentes, por obedecer al grande principio *in odium autoris*?⁵³ “¿Es tan difícil ser justo con los hombres con quienes no estamos de acuerdo en la manera de ver y de pensar?”⁵⁴ Pero volvamos a nuestro objeto. Ni la Francia, ni la Escuela Normal habían olvidado las doctrinas filosóficas de que hablamos, y si en ese caso se encontraran, a fe que la revolución de un país aledaño debió serles un recuerdo bastante activo. Y tanto no las habían olvidado, pues que confesáis que el novador ecléctico “combatió a todo el siglo XVIII entero”, y este combate no hubiera podido verificarse, si vivas no estuvieran las doctrinas de aquél.

Tenemos que dejar aquí la pluma por no molestar demasiado a los lectores. Suplicamos a nuestro contendor tenga consideración con nuestra pequeñez, y se digne a oírnos, y sobre todo le rogamos tenga la bondad de suspender sus contestaciones, si las mereciésemos, hasta que acabemos de satisfacer a las preguntas que nos hemos hecho con el objeto de dar más claridad al asunto de que nos ocupamos. Por último, le rogaremos también no nos mezcle en otras cuestiones que no sean las nuestras, las de la redacción del papel en que escribimos, porque no nos place ser responsables de otros datos que los propios. *Lira*

52. Morand.

53. “enemiga al autor”.

54. (?)

CII

**VÍCTOR COUSIN
ESTA SÍ ES LA VERDAD**

ARTÍCULO III

POR *FILOLEZES*

(*Diario de la Habana*, julio 18 de 1840.)

“Intus et in cute”.

Quedamos en la *Historia de las variaciones* por señalar las causas que tanto habían hecho cambiar al profesor de la Sorbona en el período de 1820 a 1829; y tomando el hilo de la narración interrumpida, así las explica el señor Lerminier: “Después de haberse adherido exclusivamente al racionalismo de Kant, y haber saboreado el idealismo de Fichte, no estuvo Cousin mucho tiempo sin sospechar y reconocer que estas dos filosofía habían cedido el puesto a otros tantos nuevos sistemas cuyos autores eran Schelling y Hegel; porque de lejos, ora por correspondencia, ora por visitas de viajeros, algo le llegaba de ellos. En 1824 emprendió un viaje a Alemania, durante el cual fue preso en Dresde por la policía prusiana y conducido a Berlín, por sospecha de *carbonario*. En la capital de Prusia le dieron vuestros compatriotas (recuérdese que en esta narración se habla con un berlinés) a M. Cousin testimonios del más noble interés; interpusieron para alcanzar su libertad; y mientras estuvo preso, diariamente se le visitó. Por una feliz casualidad pudo nuestro viajero sacar partido de su cautiverio, pues entró en roce directo y cotidiano con la escuela de Hegel; desenvolviéndole Gans y Michelet de Berlín en tiradas conversaciones el sistema de su maestro; y así borraban de su espíritu el kantismo y algunos vestigios de Fichte, para imbuirles en los principios y consecuencias de un realismo ecléctico, optimista, que se jactaba de explicarlo. Supo Cousin volverse a esta filosofía con su ordinaria presteza; comprendió al golpe cuán importante era el cambio; y vio que en lo adelante no se le miraría como un filósofo de la oposición, revolucionario, inquietante para las potencias, sino como un hombre sesudo dominando todos los partidos, todos los sistemas, y por su inagotable imparcialidad dando garantías al poder más suspicaz.

Así es que amigos de París, que no podían saber las causas metafísicas que habían influido en el huésped de Berlín, se quedaron como viendo visiones, al contemplar algunas mudanzas, y señaladamente notando lo que

escribiera cierto periódico, nada menos que el *Drapeau blanc*, en donde se aseguraba, que M. Cousin había probado muy bien que en nada profesaba las doctrinas de los revolucionarios. Yo creo que después lo ha probado más todavía. Entretanto la mansión de nuestro profesor en vuestra capital debía producir sus frutos: publicando al efecto en 1826, una colección de artículos ya insertos, en el *Diario de los sabios* y en los *Archivos filosóficos*, de los cuales no todos acaso merecían los honores de la resurrección, y que en resumidas cuentas eran inferiores al mismo prólogo que los precedía.

En el prefacio de los *Fragmentos filosóficos* presentó Cousin su sistema, asegurando haberlo fabricado desde 1818. Yo hubiera presumido, lo confieso, que el viaje de 1824 había contribuido a él, en cierto modo, y que la relación idéntica del hombre, de la naturaleza y de Dios, que comienza a apuntar allí, era ya género importado. Poco gustó el prólogo de los *Fragmentos* en su aparición. Aquel condensamiento de una metafísica imperfecta que se buscaba a sí misma, y no era dueña de su lengua, asombró sin instruir. Vuelto por fin Cousin a su cátedra de 1828, pudo explayarse allí a sus anchas, teniendo el placer de excitar la sorpresa y la admiración. En un elocuente proemio de trece lecciones, desenvolvió, con su imaginación de artista y su talento de orador algunos principios del sistema de Hegel, que parecía sacar de su cabeza, y como si le pertenecieran. Desde la altura de un dogmatismo, cuyo secreto sólo poseía entonces, inspeccionó a la historia, pasó revista a los filósofos, a los grandes hombres, a la guerra, a las leyes, y no se le escapó la Providencia ni sus decretos. Profesó la legitimidad de un optimismo universal, y pronunció en nombre de la filosofía la absolución de la historia. Yo sé, señor, que vosotros los de Berlín no participábais del entusiasmo con que por acá saludamos estas lecciones; no podíais concebir cómo se introducía así una indulgencia algo satírica, y V. mismo soltó sobre el particular una palabra durísima que apenas me atrevo a escribir: Plagio.

“Yo no creo, amigo mío, que M. Cousin a sabiendas haya querido adornarse con lo que no le pertenece; empero, arrebatado por su imaginación, hubo de figurarse que él mismo concibiera lo que le habían enseñado. En sus improvisaciones se olvidaba de los empréstitos, y amalgamando con la mejor fe del mundo a Kant con Hegel, se persuadió haber creado alguna cosa. Entre tanto el vuelo metafísico de M. Cousin, quiero decir su ascensión, no fue más que un fenómeno transitorio; presto volvió a caer en tierra; y ora que hubiese agotado en poco tiempo su dogmatismo, ora que temiese que no le siguieran en sus exóticas excursiones, volvió al terreno de la historia, declarando que ya no estaba por hacer la filosofía, sino que estaba hecha; que sólo se trataba de reunirla, que se dividía en cuatro sistemas principales, sensualismo, idealismo, escepticismo y misticismo, y que desprendiendo lo que había de cierto en que en cada una de estas formas

exclusivas de la realidad, se encontraría la realidad, pura y completa. ¡Vaya por esta vez un eclecticismo bien constituido! Así ya veis, señores, que Cousin ha sido alternativamente escocés, kantista, alejandrino, hegeliano, y por fin ecléctico: resta saber si jamás ha sido filósofo”.

Hasta aquí el señor Lerminier, quien, a decir verdad, se ha quedado corto, y muy corto en lo que todavía pudiera deducirse de las mismas obras de M. Cousin, es decir, con hechos irrefragables en la mano. Mas antes de pasar a ese examen, será conveniente presentar algunos datos que pintan más y más al hombre, o si se quiere, las consecuencias que en el hombre ha producido un sistema naturalmente pernicioso y corruptor; y esto es aún mejor para mi propósito; pues si retrato al hombres, es más bien por desautorizar su sistema que no su persona.

Amarga cosa es tener que publicar tan crueles desengaños, sobre todo cuando han de ser las víctimas los hombres que por otra parte no carecen de méritos; pero así lo quieren la causa de la ciencia y de la verdad: todo miramiento humano debe ceder ante esta gravísima consideración. Los bienes que produce la verdad en la mano de los mortales, compensan más que sobradamente el mal rato que puede causar en aquel a quien va dirigida; y aún a este mismo podrá serle todavía un resorte o motivo de enmienda. Por eso dijo el primer poeta del orbe, que “si la voz de la verdad es desapacible al principio, siempre dejará nutrimento vital en nuestro corazón, una vez de rumiada y digerida”.⁵⁵ Fuera de que ¿no se han dicho esas verdades cara a cara a M. Cousin, a la faz de la Europa entera, en la capital de las ciencias, en la *Revista Enciclopédica*, y hasta en otras obras de más aliento y categoría, y por personas imparciales y del más acendrado amor a la ciencia y a la humanidad? ¿Por qué, pues, no hemos de usar nosotros de esta franquicia, acá al otro lado de los mares, para que también nos alumbré y nos luzca la estrella del desengaño y de la verdad?

“Estos filósofos de hoy día —exclama uno que de veras lo es— han crucificado a la filosofía en todas las cruces, y la han pegado a todas las Cartas; y hoy que ya no les queda más que un cadáver, quisieran vendérselo a la religión de la Edad Media, mintiendo a la vez contra la filosofía y contra el cristianismo. Pero si tales hombres han vendido la filosofía, es porque realmente no la han conocido más que de nombre: se han faltado, pues, a sí mismos, empero no a la filosofía”. Ahí está en resumen la *vera effigies* de la escuela toda que traemos entre manos: por los infinitos datos que sobre ella tenía reunidos, hasta sin poner empeño en buscarlos, pues sus discípulos los prodigan a manos llenas bajo mil formas diferentes, fue por lo que les acusé en marzo próximo pasado (en la inaugural, donde tantos hechos notables desplegué) de “adoradores del becerro de oro”, y hasta del becerro de barro, podríamos añadir, con toda verdad; porque son

55. Dante (vid. *Aforismos*, 625).

harto miserables hasta los mismos ídolos que adoran ellos. Definían los antiguos al orador diciendo que había de ser *vir bonus dicendi peritus*,⁵⁶ esto es, un hombre de bien capaz de persuadir. Los observadores superficiales no percibirán qué relación tiene la hombría de bien con la aptitud para decir: es la una prenda del corazón, la otra del entendimiento: con que, no es de absoluta necesidad que honrado sea el que trate de persuadir. Pero es más hondo el pensamiento de esos profundos pensadores, y tanto, que cae por su mismo cimiento la elocuencia, si no está asentada sobre la base de la honradez. ¿Cómo puede el predicador inculcar aquello mismo que no practica? Alucinará momentáneamente, pero una vez descubierta la impostura, entonces, aún cuando obre milagros, no vuelve a rehabilitar su palabra en el concepto de sus oyentes. Pero no para ahí. Del corazón más que del entendimiento es donde salen los grandes pensamientos: y así, debe negarse rotundamente hasta la posibilidad de persuadir para las almas frías y desprovistas de entusiasmo, porque ni aún se les ocurren esas grandes cosas y grandes conceptos. ¡Qué no diremos de la venerable filosofía! Así es que también se aplicó desde la más remota antigüedad el nombre de filósofo no sólo a los que enseñaban ciertos dogmas, sino muy señaladamente a los que enseñaban y practicaban la virtud; mejor dicho, no se ponían a profesar la ciencia sino regenerados en el bautismo de la justificación y buen olor de las costumbres: aquí está el filósofo, aquí el moralista, aquí el grande en la tierra, y aún en el cielo; es doctrina que no falla en ningún tiempo, ni en ningún espacio; el grande de Jesucristo en el Evangelio: “el que enseñare y practicare, ese será llamado grande en el reino de los cielos”.

Verdad es que hubo un grande, un grande de la filosofía (¡parte el alma decirlo!) que con el más indecoroso comportamiento profanó y hasta manchó su templo —¡el Canciller Bacon! Lloremos sobre la humana fragilidad; y haciendo justicia a Verulamio y a ciertos filósofos de la edad presente, confesemos que hay páginas en la historia de estos últimos más derogatorias de la dignidad filosófica, de este santísimo sacerdocio, que en la misma de Francisco Bacon; y sin nada grande que nos indemnice, como en las obras de este gigante de la ciencia, que tampoco contaminó su esclarecido monumento (el *Novum Organum*) con los principios de su corrompida política. ¿Podrán decir otro tanto los eclécticos-doctrinarios de la época presente?

A M. Cousin se le conoció primero predicando las ideas más revolucionarias, metido en la insurrección del Carbonarismo, y después se le ha visto arrimado a la restauración. Siempre es respetable el hombre que no cambia; empero si se cambia por convencimiento, no por interés, ni otras miras innobles, entonces tampoco los demás hombres le retirarán su res-

56. Un hombre bueno, con pericia en el decir.

peto. M. Cousin podía decir que había cambiado de sistema en Berlín. Pero cambiar para un filósofo es desenvolver el principio de su certidumbre, no es abandonarlo de buenas a primeras para adoptar otro que se acaba de presentar. Al fin, si hubiera variado sólo intelectualmente, sin hacer las aplicaciones, pase; entonces era sólo asunto de teoría. Pero llega la revolución de julio; y en los momentos precursores al estallido decía M. Cousin públicamente en el despacho de una imprenta: “Todavía se necesita la restauración por cincuenta años: por lo que a mí toca, (encarándose con los que eran de opinión contraria) declaro que la bandera blanca será siempre mi bandera”. Los que le conocían se burlaron de tal profecía; en efecto, ese mismo hombre uno o dos meses después inscribía al frente de un volumen de su traducción de Platón, que había tomado una parte activa en los movimientos de julio. ¡Qué más! En el final de su famoso y excelente *Informe sobre la instrucción pública en Prusia* se hace lenguas encomiando, no ya los resultados y las ventajas, sino justificando y ensalzando los principios de esa misma revolución, aprovechando la coyuntura como por los cabellos, pues no era indispensable semejante peroración dirigida en tono de lección y desengaño a la suspicacia de los gobiernos alemanes. Y volviendo a los hechos del año de 30: jactábase allí en el prólogo platoniano, el señor Cousin, a presencia de la posteridad, de haberse apoderado osadamente de la municipalidad de su distrito, y dedicado aquel volumen a la memoria de Farcy, muerto por las leyes.⁵⁷

Aquí le hace otro cargo su grave historiador. “¿A qué viene esa inscripción con motivo de la muerte de Farcy? Ya Farcy no era de vuestra escuela cuando murió combatiendo: testigo las últimas páginas que escribió, y que están lejos, bien lejos de vuestro eclecticismo. (Véase en *El Globo* de 1830, mes de julio, un artículo de Farcy sobre una obra de Benjamín Constant.) Farcy era un joven generoso, que viendo al pueblo entregado a la metralla, tuvo a mal lo que V. hacía y decía, señor Cousin, queriendo estorbar que se batiese; lo dijo a sus amigos, lo dijo muchas veces en voz alta, y se marchó a morir. No sé ahora qué derecho tenga M. Cousin de sacar partido de su martirio.

Lo mismo que con Farcy había hecho ya antes con su amigo Sancta-Rosa, de la propia manera, en una dedicatoria (epitafio que por otra parte no me canso de leer; por ser uno de los rasgos que honran a la lengua francesa) cuando habíais faltado a la verdad, insinuando en la portada de otro tomo de vuestro Platón que Sta. Rosa no había obrado sino por el interés político de la casa de Saboya. Gloriosas son sin duda vuestras dedicatorias; empero, cuando ellos creyeron morir por su causa es una temeridad hacerles abonar su muerte por cuenta de vuestro eclecticismo.

57. Así también lo trae la inscripción consagrada a Farcy en la plaza del Carrousel, redactada por M. Cousin. (N. del Autor.)

“Cuantos se han quejado, continúa el historiador; (y citaré entre otros a Sautelet, ese compañero de nuestra infancia y de la mía, que estuvo largo tiempo bajo vuestra disciplina, y que se mató por haber perdido toda confianza generosa y toda creencia en los hombres) cuantos, digo, se han quejado de que os semejábais en esta parte a la mujer de la Escritura, *quæ manducavit, et detersit os suum, et dixit: Non comedi*: “que comió, y se limpió la boca, y dijo: yo no comí”.

Y al echar en rostro a M. Cousin sus variaciones en política, así como en filosofía, es por ventura un sentimiento personal el que nos impele? De ninguna manera. Nosotros no tenemos motivo de ningún género que contra él nos excite; hemos sido empujados, por decirlo así, a examinar todos sus antecedentes, en vista de los absurdos y paradojas que notábamos pulular en sus escritos más afamados, recayendo algunas sobre objetos en que él mismo se vende entregando la ciencia; en términos de hacer caer la venda a los más ciegos y prevenidos en su favor. Contaré sencilla y cándidamente la historia de lo que con sus escritos me pasó. Algo me habrían chocado ya sus ideas sobre Dios, el mundo y la concepción de la filosofía; empero lo atribuía a la influencia de las obras de Hegel, a cierto deseo de lucir con las novedades alemanas en Francia, y en resumidas cuentas, a error del entendimiento, más que a falta del corazón. Después reparaba aquel empeño obstinado, y viniera o no viniera al caso, de atacar y ridiculizar la escuela sensualista, tergiversando, torciendo y violentando el texto de los autores que citaba, y hasta suponiéndoles lo que jamás les había pasado por la cabeza, como lo hace señaladamente del modo más injusto con Locke; luego notaba que en medio de tantas cosas grandes como prometía, poco o nada cumplía, mejor dicho, esas generalidades, esos relumbrones, esas apariencias de seguir el rigor de las ciencias experimentales, en último resultado no eran más que medios para levantar mejor la fábrica del sofisma: eran los pasaportes para introducir sus delirios en los incautos ánimos de la juventud: era, y yo lo ignoraba todavía, la lucha obstinada de las tinieblas contra la luz: era la reacción forcejando y revolcándose contra la corriente natural y divina del espíritu humano, en ademán y so color de ponerse al frente del progreso. A todas estas, siempre inconsecuente, antilógico, sin chispa siquiera de la severidad que caracteriza a la ciencia, y siempre descubriendo la más supina ignorancia de las leyes de la naturaleza y singularmente de la vitalidad. Mas cuando el libro acabó de caérseme de las manos, y vino a tierra el hombre con él, fue cuando vi con mis ojos estampado que “la Carta de Luis XVIII era la última palabra de la ciencia”. Entonces en mi candor, en la pureza de mi alma —sí, es menester decirlo para enseñamiento de la juventud— dije con lo más profundo del corazón: este hombre vende y entrega la ciencia: porque la filosofía es una potencia superior o independiente de la política. La filosofía trata sólo de explicar fenómenos y de mejorar la suerte de los

hombres, sin doblarse a ningún género de interés, ni prostituir su santo ministerio. Esta es mi religión y mi fe y mi bautismo.

Ahora se entenderá el calor con que hablo y debo hablar en la materia: de otra suerte me faltaría a mí mismo, faltaría a los más nobles sentimientos, y faltaría sobre todo a la justa causa que defiendo, aparentando una hipócrita frialdad cuando tanto se vulneran los derechos de la ciencia y de la moral. Mis palabras serán severas, no lo niego; empero, demuéstreseme que son injustas; sígase paso a paso el prolijo análisis que he hecho de una de sus principales obras, el *Examen sobre Locke*, que muy pronto verá la luz; examínense a la de la crítica los artículos por mí publicados en diferentes ocasiones sobre las doctrinas del fundador del eclecticismo; y dígaseme de buena fe, si soy o no franco y leal en la discusión hasta donde puede serlo el que más.

Repetidísimas ocasiones he rendido el homenaje más completo a sus variadísimos talentos literarios; mas en eso mismo hay que tomar cuenta y razón. Sin embargo, es menester dejarlo para otra oportunidad, porque nos desviaría demasiado de nuestro actual propósito; y concediéndole por ahora todo género de preeminencia filológica, le negamos rotundamente que sea filósofo ni en teórica ni en práctica. Algunas pruebas tiene ya el público: vamos a darle más y más, sin contar con las infinitas que brillarán en el análisis prometido.⁵⁸

Veamos algunas muestras de la imparcialidad de los eclécticos. La filosofía ha de serlo con todo el mundo. ¿Por qué ha despreciado e insultado M. Cousin la tradición filosófica del siglo decimooctavo, sin poder dar por disculpa ningún apego sincero hacia el cristianismo? Si tal repudio lo encontráramos en boca de un ingenuo filósofo espiritualista, lo excusaríamos, y aún respetaríamos: ¿pero en boca de quien no es nada, qué hemos de respetar? ¡Con qué ceguedad, efectivamente, con qué absurdo desdén han tratado los eclécticos a los grandes hombres de la Francia moderna! En esta parte (continúa el historiador) M. Cousin ha sido más moderado quizás que sus discípulos; ¿pero cómo ha tratado el mismo a nuestros antecesores, a aquéllos cuyo pensamiento ha engendrado el nuestro? ¿qué opinión ha formado de ellos, qué homenaje les ha rendido? Apenas se encuentran en su obra 15 a 20 líneas consagradas a los pensadores de la Francia, ¡y qué líneas! Si se ve obligado a citar a Voltaire, v.g., he aquí lo que dirá de él: “¿Quién es Voltaire, señores? La sensatez universal y superficial; pero a este grado, la sensatez conduce siempre al escepticismo”. (*Curso de la historia de la filosofía*, tomo 2º, página 12.) Por más prevenidos que contra Voltaire estemos, es faltar a la justicia el declararlo siempre superficial, cuando muy a menudo toca las cuestiones más peliagudas con una razón fina, profunda y graciosamente original: yo no rebajo ni aumento a mi ad-

58. La *Impugnación* a Cousin.

versario: a cada uno lo que es suyo, y a mi enemigo el primero: el carácter de mi espíritu naturalmente grave y candoroso, quizá pugne diametralmente con las dotes que más caracterizan a Voltaire; pero no está en mi mano negar ni encubrir la verdad por ninguna consideración en lo humano *non quaero voluntatem meam*.⁵⁹ ¡Valiente idea se ha formado M. Cousin del escepticismo de Voltaire! ¡El escepticismo de todo el siglo XVIII naciendo sólo del buen sentido superficial de Voltaire! Si cita a Rousseau, quiere que se echen a un lado sus “primeras obras, en donde Rousseau, dice él, se ignoraba y se buscaba a sí mismo, (y sin embargo, en algunas de ellas están ya los gérmenes de lo que fue después)”, y no ve por otra parte en Rousseau, “más que un sistema brillante y pronunciado de espiritualismo bajo formas más o menos severas” (ibídem, pág. II). A Diderot le llama “un filósofo oscuro, (querrá decir poco conocido, no confuso como él) y se admira de que Buhle (autor alemán) haya consagrado tan espacioso lugar y en su historia de la filosofía a este hombre, “que no fue, dice Cousin, ni metafísico, ni moralista, ni político”. (*Fragmentos*, página 112) y en otra parte: (*Curso*, tomo 2, página 158) “Diderot, dice, no tiene para él más de particular sino sus ideas sobre la teoría de las bellas artes: es un crítico paradójal y entusiasta”. ¡Ved ahí el siglo decimooctavo para M. Cousin! ¡Ah! La Alemania, la sesuda Alemania, ha sido más equitativa para con los pensadores de la Francia que su mismo discípulo y compatriota. A todas partes, a Grecia, a Escocia y a Alemania fue M. Cousin a mendigar filosofía, dejándola en su propia casa, en el libro bien abierto de la naturaleza y de la sociedad que le rodeaba; pero era menester derribar al gigante: el siglo XVIII, y para la grande empresa que le estaba encargada, todos los medios le parecieron lícitos y autorizados. Pero es menester dejar las otras pruebas para el artículo siguiente; porque ya éste se ha alargado más de lo que quisiera *Filolezes*. (¡Perdón, público mío!) “Ellos me han obligado!”.

Julio 17 de 1840.

59. “no llevo prejuicios”.

CIII

VÍCTOR COUSIN
ESTA SÍ ES LA VERDAD

ARTÍCULO IV

POR *FILOLEZES*

(*Diario de la Habana*, julio 19 de 1840.)

“Intus et in cute”.

Que lo pinten sus propias palabras en comprobación de nuestros cargos. El era iah cortesano! quien decía a la juventud en 1829: “una autoridad superior ha cortado la cuestión” (esto lo dice después de haber hecho la apología de lo pasado: justificar la historia y lo presente: he aquí su divisa; por eso le vino tan de molde el sistema de Hegel para su propósito). El que hizo la carta, continúa, ha dado un juicio al bien y al mal: ha condenado lo que era condenable, y legitimado lo que era legítimo... En último análisis, bien pesado, y examinando todo, contrapuesto equitativamente lo bueno con lo malo, paréceme y no titubeo en concluir con mis honorables colegas y amigos los señores Guizot y Villemain, que el siglo XVIII en masa es uno de los siglos más grandes que han aparecido en la escena del mundo. La misión que le imponía la historia era la de acabar con la Edad Media; ha llenado esa trágica misión; pero no ha pasado de ahí. Ha destruido, pero no ha edificado, y no estaba en su mano hacer más. Sobre el abismo de la inmensa revolución que él abrió y él cerró, el siglo XVIII no ha dejado más que abstracciones; empero esas abstracciones son verdades inmortales que contienen el porvenir. El siglo XIX las ha recogido; su misión es realizarlas imprimiéndoles una organización vigorosa... Esta organización naciente es la carta, que la Europa debe a la Francia, que la Francia debe a la noble dinastía que marcha a su cabeza... (*Curso de historia de la filosofía*, tomo 1º, de la página 36 a la 39. ¡Y nuestra gente con estos libros en la mano desde 1830, que traje yo el primer ejemplar a la Habana, sin caer siquiera en la cuenta de las miras del eclecticismo! ¡Están juzgados! ¡Qué hacinamiento de contradicciones! ¡Ola! ¡Con que ahora es el primero de los siglos el siglo XVIII! ¡Y sois el mismo que poco ha, hablando de los hombres más grandes que descollaron en el siglo XVIII (porque yo creo que los pensadores son los que constituyen el siglo) los despachasteis con una plumada desdeñosa e injusta? ¿Por qué no os pusisteis a analizarlos concienzudamente, para que la juventud hubiera aprendido a separar de ellos el oro de

la escoria? Que el siglo XVIII no tuvo más misión que acabar con la Edad Media, decís en un lugar, y en otro del mismo pasaje, os contradecís palmarriamente, como lo tenéis de costumbre, afirmando que nos ha dejado esas preciosas abstracciones, con que construir el edificio que ha menester la sociedad presente; pero entonces quedáis completamente refutado por vos mismo. En efecto, las abstracciones, las ideas nuevas no son servicios puramente negativos, como lo sería el haber sólo derribado las antiguas. Así, el siglo XVIII fue a un tiempo escéptico y dogmático, negativo y positivo. Con el arma del escepticismo echó por tierra cuanto era deleznable, y con la del dogmatismo ofreció inmensos materiales para reedificar, para reconstituir. Y si no, ¿con qué datos se han fraguado todas las constituciones y códigos que se redactan desde fines del siglo XVIII hasta la edad presente? ¿Por ventura con los datos de la Edad Media, o con los suministrados o al menos impulsados por los pensadores del siglo último? Bueno, y malo lo edificado: sólo trato de restablecer la verdad de los hechos: ¿no es cierto que con sólo esos materiales se ha reconstituido lo que hoy está en pie y lo que ayer hubo? Lo mismo pasó con Descartes que respecto al siglo XVIII, con Descartes, cuyo espíritu tampoco ha entendido Cousin cuando afirma que la duda era su sistema.

No hay tal cosa: yo he comprendido siempre la duda cartesiana en el sentido de que “en las ciencias no se puede marchar con pie ajeno”, como dice nuestro Cartesio cubano. “Que cada hombre levante el edificio de su ciencia”, según ya expresé yo mismo desde mi *Elenco de 1835*. La duda es un estado esencialmente transitorio de nuestro entendimiento. Era el fin del esclarecido reformador reedificar la ciencia desde sus fundamentos; mas para construir algo sólido, tenía que destruir, y que limpiar de escombros el terreno: así hacen siempre los buenos arquitectos, y así lo expresa él mismo en su tan enérgico como sencillo lenguaje: *area purganda antequam indedificanda*.⁶⁰ Tenía ante todo que derribar al escolasticismo, y para conseguirlo ataca de raíz el principio de la autoridad por medio de su duda metódica. Pero, ¿quién no sabe que Cartesio fue eminentemente dogmático (nadie lo sabe como M. Cousin, que ha sido Editor de todas sus obras), que introdujo sus creaciones en la geometría, en el álgebra, en la óptica, en la anatomía, en la medicina, en la metafísica, en el sistema del mundo, en todo el ámbito de los conocimientos humanos? Así, pues, obró negativa y positivamente: la duda no fue más que uno de los medios para conseguir sus grandes fines.

Este exclusivismo de M. Cousin lo hace a cada paso tan injusto como inconsecuente. Después de haber decantado, y puesto por las nubes el método baconiano, y la originalidad de su inventor en infinitos lugares de su *Curso*, por llevar luego a cabo la idea de que el siglo XVI, a manera del

60. “Hay que limpiar el solar antes de edificar en él”.

XVIII, no fue más que una época de transición, de destrucción, sin nada de reedificación, asienta en otra de sus obras posteriores (1836) en términos precisos: “El siglo XVI todo junto no ha producido un solo grande hombre en filosofía, un verdadero pensador, un filósofo original”. ¿Cómo clasificaremos este atrevimiento en la falsedad? ¡El siglo de Bacon de Verulamio, y de Lutero, y del concilio de Trento, de tantas y tantas lumberas como entonces iluminaron y agitaron al mundo, no produjo siquiera un filósofo, un pensador original! ¿Es disimulable esta osadía en un profesor de la historia de la filosofía? Pero, aun arreglado a vuestras propias concesiones, ¿no consideráis a Bacon de Verulamio como el creador de las ciencias físicas en la edad moderna? Esta es la sólida doctrina y la imparcialidad histórica con que alimenta. M. Cousin los entendimientos de sus alumnos: así ha sacado discípulos bien dignos del maestro.

¿Cómo no acaban de abrir los ojos los ilusos de nuestra tierra? A millares hormigean en las obras de M. Cousin los pasajes en que se vende él, y su exclusivo, y comprensivo sistema. Me explico: exclusivo de la verdad, comprensivo de todos los errores; contradictorio, de camino, y justificador eterno de lo temporal y bien transitorio. Léase el final de su introducción a la *Historia de la filosofía*, o mejor, todas las últimas lecciones de ese curso, y se verán multiplicadas las pruebas de que los cargos que nosotros le enderezamos, aquello de: “sí, señores, es la Carta, presente voluntario de Luis XVIII, la Carta sostenida por Carlos X, la Carta llamada a la dominación en Francia (y a los 6 meses de tanta parola vino todo abajo), y destinada a someter; no digo yo a sus enemigos —ella no los tiene— sino a todos los retardadores de la civilización francesa”.

...Esto, digo, no necesita comentario, sólo los eclecticizantes de la Habana se hubieran alucinado de tan buena fe en esta parte; prueba de lo mucho que saben de la ciencia, y de lo no poco que conocen el corazón. ¡Hombres profundos! ¡hasta perderse de vista, y aún no hallárseles el fondo!

Pero continuemos amontonando materia sobre las variaciones e inconsecuencias de nuestro héroe. Habiendo caído la bandera blanca, fue menester aferrarse a la tricolor. “Yo persisto, dice M. Cousin (Prólogo de la segunda edición de sus *Fragmentos*, 1833). Convicciones fundadas, prosigue, no en circunstancias pasajeras, sino en el estudio profundo de la humanidad y de la historia, no se conmueven al viento de la primera tempestad. Tres días no han cambiado la naturaleza de las cosas”. En verdad que la naturaleza de las cosas de hoy se parece mucho a la de ayer: Las cosas han quedado lo que eran, le increpa su historiador; pero sois vos quien se ha puesto por detrás de las cosas. Si no se elevaran otros pensadores, jamás cambiaría la naturaleza de las cosas; y es forzoso convenir en que M. Cousin con sus colegas ha hecho en este sentido todos los esfuerzos imaginables para que no cambien. “El está contento, dice, con el estado presente del mundo, y a él se atiene”. Por supuesto: M. Cousin se halla perfectamente.

¿No está en la Cámara de los Pares, en el Consejo Real de la Universidad, en la Facultad de París, en la Escuela Normal, en la Academia, en el *Diario de los sabios*, en la Comisión literaria, y qué sé yo dónde más, pues se halla como Dios en todas partes? Pasó ya el tiempo en que subía a la cátedra para soltar palabras como las siguientes: “Yo me tributaré a mí mismo este testimonio, que en medio de las agitaciones de nuestra época, entre los variados vaivenes de los acontecimientos políticos en que he podido estar mezclado, jamás han pasado mis votos de este recinto; consagrado de todo punto a la filosofía, después de haber tenido el honor de sufrir algún tanto por ella, vengo a dedicarle, sin regreso ni reserva, cuanto me resta de fuerza y de vida” (*Curso de 1828*). Entonces retumbaban y se hundían aquellas bóvedas con las aplausos y los vítores. Entonces —continúa su historiador— hablaba él también de su “estrella filosófica”. “El público, decía en 1828, verá mi objeto, mis designios, y por decirlo así, esa estrella filosófica” ... El público ve hoy lo que no veía claro entonces: ve al eclecticismo en acción, ve el sistema puesto en práctica. ¡Ahí está el puerto a donde su estrella ha llevado a M. Cousin!

Formulado ya el eclecticismo, era menester propagarlo; érale forzoso ser una potencia: ¿y qué potencia, puede en este tiempo tener esplendor y solidez, faltándole el dinero? Pues a buscarlo. Al intento no se ha perdonado medio ni fatiga. Vamos con otros datos. M. Cousin vota en la Cámara de los Pares con más encarnizamiento que ningún añejo cortesano en las causas de regicidio, olvidándose que *in illo tempore*⁶¹ leía en secreto a sus alumnos los periódicos de Marat, después de haber disculpado en público las faltas del último de los Brutos. He aquí la nota que a este propósito le pone un testigo ocular: “Esta es la celeberrima frase de M. Cousin en uno de sus cursos escrita en los cuadernos y grabada en la memoria de sus alumnos. Dice así: “Yo conozco las faltas del último de los Brutos, podría decirlas; pero hay en el fondo de mi corazón una invencible ternura hacia ese hombre.” Yo no ataco la opinión del juez que falla en el Luxemburgo; pero pregunto ¿si no es bien triste que el mismo hombre que pronunció esas frases sobre el último de los Brutos y algunas otras a ese tenor ante la juventud estudiosa, que venía a recibir de él los documentos de la filosofía, se haya mostrado el más decidido partidario de las condenaciones a muerte en las causas de revolucionarios acusados de regicidio? ¿No es odioso, por ejemplo, que en la causa reciente de Lavaux, declarado inocente por la Cámara de los Pares, se haya levantado seis veces M. Cousin para pedir la muerte? Verdad es que, caso de condenación, estaba pronta la Real clemencia, que no tuvo que ejercerse sino sobre una sola cabeza. Hoy es notorio que hubo errores judiciales: acaba de revelarse en un proceso que se está viendo en el Tribunal Superior, que por equivocación se han

61. “en aquel tiempo”.

mandado hombres al cadalso; M. Cousin ha sido entre todos los opinantes el más empeñado en que se les enviara. ¿Qué no dijo para la condenación a muerte de Pepín y de Morey? Elevó su voto hasta la altura de una teoría. Era su ánimo mostrar, según decía, a los ciudadanos, a la guardia nacional, que también se les sabría castigar cuando conspirase y ha contribuido a que castiguen a unos hombres que se nos dice hoy inocentes de los hechos que se les imputaban. Yo mismo he oído a M. Thiers, a quien Cousin reconvenía por su admiración hacia Robespierre, echarle en rostro a él aquella tierna simpatía por Marat!

No quiero levantar la pluma sin apuntar otra buena lección de orgulloso desdén y falta de candor que da Cousin a sus alumnos en el prólogo a su traducción de Tenneman. Dice allí, entre otras cosas, refiriéndose a las polémicas que en Francia se suscitaron con motivo de la publicación de su sistema y consiguiente resurrección del idealismo, que no podía figurarse *a priori* cuán mal representado se hallaba el sensualismo en su misma patria, puesto que no había aparecido un solo campeón digno de la causa; por cuya razón le dolía en el alma que la edad y los achaques hubiesen desarmado completamente al único hombre capaz de haber sacado la cara por el sistema sensualista: y este hombre era el conde de Tracy; pues tan vivo es, continúa Cousin, su amor a la ciencia, que deseaba ver tratada la cuestión profundamente por un adalid tan aguerrido en el análisis. Mas de lo que parece, encubre esta fanfarronada. En primer lugar, tenía valor de explicarse así, con el más soberbio desdén, como si con él no hubiera sido, en circunstancias de haber publicado Broussais, desde mayo de 1828, su famosa obra acerca de la irritación y la locura, con el suplemento destinado expresamente para nuestro héroe, donde quedaron pulverizadas con copias de datos e irresistible lógica las doctrinas y pretensiones de la escuela psicologista; y esto llamando a M. Cousin por su nombre y apellidos en discusión la más franca, leal y cogente. Pero Broussais era médico, no psicólogo recibido, carecía del diploma de Doctor en la facultad, no pertenecía a la beca privilegiada, y por consiguiente era degradante para el tono que se diera y la altura de polo a que se había elevado el filósofo por excelencia, bajar a la arena a medirse con tan impuro adversario, no iniciado como lo estaba Destutt-Tracy, quien sin embargo tenía a mucha honra ser discípulo de Cabanis, y por lo mismo no hubiera desdeñado tomar lecciones con quien tantas ha dado M. Cousin y toda su clientela. Testigos entre otros el mal referido Damiron, a quien mandó el jefe tomar el campo en su lugar, por ser la contienda para quedar en tierra, y derogatoria de la dignidad del maestro. Ya quisiera éste una chispa al menos de aquella lógica convencible y perspicua empleada sobre los sólidos conocimientos que caracterizaban al profesor del Val de Grace, a ese genio severo y fecundo, verdaderamente filosófico en todo el rigor de la palabra!

Pero sea quien fuere el señor Cousin como hombre, y aun cuando de la historia de su vida resultara un héroe, así como ha resultado un apóstata, ábranse sus obras por cualquier parte, y se tropezará do quiera con errores, contradicciones y confusiones. No hablo de sus obras históricas o expositivas de la historia de la filosofía: me contraigo tan sólo a aquellas en que se trata de razonar y sistematizar a fuer de filósofo. La impugnación que presto comenzará a ver el público, del juicio de Cousin sobre Juan Locke, ofrecerá de todo ello pruebas más multiplicadas de lo que el más prevenido pudiera figurarse. Yo he explicado en una lección especial las causas del alucinamiento que este hombre ha ocasionado, y sin embargo confieso francamente que no lo comprendiera sino lo tocara. ¡Tan reducido es el grado en que le tengo en calidad de pensador!

Goce, pues, el público, para despedida, ínterin le regalo con el primer cuaderno de la impugnación, del siguiente trozo de nuestro autor, digno sin duda del Pórtico y del Liceo, entregándolo al brazo secular de la opinión sin chispa de nota ni comentario. Habla el oráculo: “El Dios de la conciencia no es un Dios abstracto, un rey solitario relegado más allá de la creación sobre el trono desierto de una eternidad silenciosa y de una existencia absoluta que se asemeja a la nada misma de la existencia. Es un Dios a la vez verdadero y real, a la vez substancia y causa, siempre substancia y siempre causa, no siendo substancia sino en cuanto causa, es decir, siendo causa absoluta, uno y muchos, eternidad y tiempo, espacio y número, esencia y vida, indivisibilidad y totalidad, principio, medio y fin, en la cima del ser y en su más humilde escalón, infinito y finito todo con una pieza”. Aquí rinden la cerviz los adoradores del oráculo; pero *Filolezes* la levanta, porque no adora más que a Dios, que le ha dado una centella de razón para resistir a los adefesios y guiarles en este valle de lágrimas y miserias. *Aude Sápere*⁶² *Filolezes*.

Habana, julio 17 de 1840.

NOTA.—Advierta el lector que la cuestión es de filosofía: tal la ha puesto *El Frenólogo* que es menester hacerlo presente, pues trata de *rebus omnibus et quibusdam aliis*,⁶³ menos de quien dijo el dicho.

62. (“atrévete a saber”).

63. “de todas las materias y de algunas más”.

CIV

SOBRE LA BIOGRAFÍA DE M. COUSIN

POR LIRA [ISIDORO ARAUJO DE LIRA]

(*Noticioso y Lucero*, julio 21 de 1840.)

Continuamos nuestras contestaciones sobre hechos biográficos, referentes a M. Cousin, cumpliendo con lo que hemos ofrecido. Procuraremos no hacernos pesados. Seguiremos en el orden que nos sea posible, y atrayendo en cuanto podamos al terreno de las preguntas todo cuanto nos ha dicho en nuestro asunto el señor *Filolezes*. ¿Creéis que los sabios yerran, que el pueblo se ha equivocado, que el gobierno camina a ciegas en la adopción de esas teorías? He aquí la segunda pregunta a que hemos reducido parte del artículo que el señor *Filolezes* publica en el 14 de julio.

Tres partes contiene la anterior pregunta. Primera: ¿yerran los sabios que sostienen el eclecticismo? Para contestar esto necesitaríamos entrar en el examen filosófico del sistema, cosa ajena, como ya hemos dicho, de nuestro intento; y decimos que tendríamos esa necesidad porque no conceptuamos, en este caso, argumento bastante fuerte el hecho de los bienes que la adopción de él ha producido en razón a que también a veces grandes errores producen grandes bienes.

Segunda parte. ¿Se ha equivocado el pueblo al aplaudir el eclecticismo? Esto se contesta con los hechos, con esa felicidad que bajo ese sistema ha encontrado, con esa prosperidad fruto de la paz a que sus doctrinas tiende, con esas leyes, que al cotejar las de los pueblos más civilizados, aparecen como el producto del instinto universal; y estas pruebas contestarán también la última parte de la pregunta “sobre si el gobierno camina a ciegas en la adopción de las teorías eclécticas”.

Y pues que en este lugar será menos extraño que hablemos de las formas de gobierno, permítasenos contestar ciertas ideas que, aunque dejadas al vuelo, han sido publicadas, y merecen por lo mismo serias observaciones, que no serán tan largas ni tales como quisiéramos porque el terreno es demasiado resbaladizo.

Hase dicho: “Encontrábanse entre la monarquía y la república, y forjaron una teoría de estos dos gobiernos ayuntados y llamaron a esto eclecticismo”. (*Diario* de 14 de julio.) Y luego, como para poner en ridículo el sistema político a que nos referimos, se dicta lo siguiente, a que se da el nombre de receta: “Tómese cierta dosis de monarquía, partes iguales de

aristocracia y su punta de democracia y tendréis la restauración o el justo medio o el eclecticismo *secundum artem*.”⁶⁴ (*Diario* de 16 de julio.)

No concebimos, ni como esto se publica en la presente cuestión ni como se escribe en nuestros días, pues tales ideas son más bien que otra cosa ataques voltarianos al gobierno mixto, que ni es nuevo, como se supone, ni por las razones que lo sostienen merece que así se trate; extremos que vamos a probar no con autoridades de ayer, ni de hoy, sino con otras más respetables y menos susceptibles de reproche. Cicerón, libro primero, capítulo 27 de *La república*, nos dice: “En la monarquía sólo el monarca tiene derecho y poder público; en la aristocracia las masas apenas tienen libertad y están privadas de todo poder, y de toda deliberación pública; y en los estados en que el pueblo lo gobierna todo, aún suponiéndolo justo y moderado, la igualdad misma es injusta porque no tolera el más pequeño honor ni la menos considerada dignidad”. Estas palabras demuestran de una manera bastante clara la fundada decisión que por el gobierno mixto abrigaba el orador de la gran república. El pitagórico Hipodamos en su libro *De la república*, dice: “Las leyes serán estables en cualquier parte, si el Estado es mixto por su naturaleza; es decir, participa de todas las constituciones políticas, de todas aquellas que no se separan del orden natural de las cosas”. Continúa este escritor dando las razones en que se apoya su opinión, pero a nosotros no nos es dado trasladarlas.

Véase, pues, si había razón para decir lo que se ha dicho, y cuán desacordado anduvo el que atribuye al eclecticismo moderno la invención del gobierno mixto. Parece que de nada sirve la historia, parece que se quiere olvidarlo todo por sostener no sabemos qué. ¡El gobierno mixto, invención de los modernos eclécticos!... Buscad en lo pasado una nación absolutamente democrática, y os ofrecemos probar que ella es imposible para el porvenir. Buscadla en las existentes, porque os negamos la posibilidad de su existencia. ¡Los eclécticos, (decís) los doctrinarios, jamás han comprendido a la Convención ni a Bonaparte. ¡Lamentable ceguedad!... ¿Do habéis estado desde 1829? Volved la vista al occidente de Europa y ved allí a Carlos X mendigando un sepulcro. Acercaosle, invocadle y os dirá si los modernos franceses comprendieron la Convención.

Pero contentémonos con los hechos, ya que ni el caso ni la situación permiten doctrinas, en cuyo terreno no temiéramos entrar si a él se nos llamara y permitido nos fuera abordarle a placer. Hemos sostenido un fusil defendiendo principios, por ello hemos presentado nuestro pecho al enemigo, y quizás desgraciadamente no éramos soldados autómatas; y de ahí también la razón porque nos cuesta detener la pluma.

64. “según el arte”. Obsérvese que este *secundum artem* se aplica siempre al eclecticismo. Debe traducirse, pues “según las reglas establecidas, según sus normas”, o cosa parecida.

Era la pregunta tercera: ¿Créeis que M. Royer Collard y M. Cousin hayan obrado más bien que como filósofos en la publicación de este sistema, como agentes del gobierno?

M. Cousin nació en 1792 en medio de la famosa revolución. Embebido en las doctrinas de Condillac y de otros hombres que contribuyeron a la realización de aquella, salió del colegio en tiempo en que Larromiguiere explicaba en la Sorbona su sistema de las facultades del alma y del origen de las ideas, combatiendo el sensualismo del último siglo. Cousin, joven del más distinguido talento, libre de preocupaciones, y cuando más con alguna en favor de las ideas de los últimos tiempos, oyó a Larromiguiere; le oyó y se convenció, como se convence aquél cuya alma está dispuesta a abrazar la verdad doquiera que la encuentre, ora ésta esté escrita en la bandera de los tirios, ora sea el lema de los troyanos. Dotado Mr. Cousin de un alma esencialmente filosófica, esencialmente investigadora, ¿podría detenerse ante Larromiguiere? No podía hacerlo, ni sería racional que lo hiciese. El estudio del filósofo es infinito y M. Cousin no lo ignoraba. Larromiguiere combatía el sensualismo en Francia y en Escocia. *La observación de la naturaleza* la combatía también.

Royer-Collard llevó a Francia esas Observaciones, M. Cousin las oyó y el filósofo cedió a la observación. ¿Pero debiera detenerse aquí? No. Marchó a Alemania donde la filosofía había hecho progresos: oyó a los alemanes, y en lo que le hicieron fuerza sus razones, M. Cousin sucumbió a la razón. Hízose, pues dueño de estas filosofías, como lo era ya de las de la antigüedad y a vista de la carta inmensa del saber de los siglos, M. Cousin combinó su sistema, proclamó el eclecticismo.

Pero el novador ecléctico había sido protegido por el gobierno porque el gobierno de la Francia no abandona nunca a sí mismo los talentos. ¿Obrará M. Cousin en su sistema por propia convicción? Al mismo tiempo que se manifiesta esta duda, esta sospecha que se estrella en la verdad, se le hacen fuertes cargos por su volubilidad, por la facilidad con que manifestó nuevas convicciones; y —permitásenos decirlo— tales cargos no son en el fondo y hasta en el modo otra cosa que una parodia de los que a cada paso se hacen los hombres de distintos partidos políticos, cargos dirigidos continuamente en especialidad contra los que tienen alguna relación con los gobiernos. Léase la historia de Francia del siglo XIX y en particular desde que M. Cousin comenzó a brillar: compárese su gobierno con las opiniones del filósofo. Véase la conducta de éste con respecto a aquél y dígase de buena fe si la escuela de M. Cousin es oficial. ¿Si habrán sido y serán también oficiales su talento, su saber? ¿Desde cuándo data la protección del gobierno? ¿No es conocido en París desde el colegio M. Cousin? Véase, pues, la injusticia de semejante acusación; y ahora que viene el caso, contestaremos la tan repetida y recargada de sus mutaciones.

No diremos que *sapientis est mutare consilium*⁶⁵ no preguntaremos cuál es la misión del filósofo, cuáles deban ser sus estudios, no declamaremos contra los que niegan la verdad de la razón y se rebelan contra la historia; callaremos ante los que dando a la filosofía una misión humanitaria asemejan su proceder al de los fanáticos por l'Roi o la pildora; no diremos, en fin, si esas mutaciones prueban en contra o en favor del filósofo, pero sí aseguraremos que ellas en M. Cousin han seguido el orden natural, han sido el producto del estudio, de la observación y del experimento. ¿Queréis que por no aparecer volubles tengamos mañana, cuando sepamos más que hoy por haber estudiado más, por haber visto más, las ideas de ayer, después que hayamos notado su falsedad? ¿Queréis negarnos el progreso? Lanzad esos anatemas contra la humanidad entera, negadle el progreso, burlaos de su volubilidad: escarneced nuestros siglos que más afortunados que otros han podido alcanzar las verdades que hoy tenemos por tales, y por ello han abandonado las antiguas doctrinas; reíos de los sabios que han abjurado sus errores y despreciad sus escritos sin examinarlos sólo porque se os antoje llamarles cambia-colores. Exigís del filósofo constancia en sus creencias: yo le exigiré constancia en ellas, pero como resultado del estudio constante, eterno. ¿Quién era Voltaire cuando obligado a salir de París se fue a Inglaterra, se apoderó allí del progreso filosófico y volvió a la Francia misionero de las doctrinas de Locke y de los descubrimientos de Newton? Si nosotros condenásemos hoy todas las obras de Voltaire, a semejanza del censor de teatros Crebillon que se negó a la representación de su Mahomet en París, del Mahomet que había obtenido de aprobación de Benedicto XIV, ¿qué diríais de nosotros? Pues oír: Voltaire aparece unas veces puro materialista, y otras muy lejos de semejante extravío. Comparad sus delirios con el siguiente verso: "...iO Dieu que tout annonce! etcétera.

Diremos que Voltaire es ridículo, es despreciado cuando contradice de este modo sus errores. Para nosotros nunca es más grande Voltaire.

Por lo demás, no debe ignorarse que ese mismo Lerminier a quien se cita sobre la versatilidad de Cousin fue apedreado al abrir su cátedra en uno de los últimos años, teniendo que huir más que de prisa ante los que le perseguían por *apóstata*.

Baste por hoy. Nosotros creemos no haber salido del terreno de la biografía, y si hemos hecho alguna excursión se nos perdonará porque fuimos llevados a ella, y no de propia voluntad. Otro día diremos sobre si los ecléticos del día merecen ser llamados filósofos. *Lira*.

65. "Es de sabios mudar de parecer".

CV

PANTEÍSMO

POR *EL FRENÓLOGO**(Noticioso y Lucero, julio 21 de 1840.)*

Llámase panteísmo la creencia absurda y monstruosa de que el Universo es Dios. En semejante abismo no se ha precipitado el eminente filósofo Víctor Cousin, aunque los débiles adversarios de su fama y nombradía han querido darle cuerpo a esa acusación, a fuerza de repetirla y propagarla. Mucho y buen cuidado ha puesto el sabio Cousin en manifestar la diferencia del mundo y su autor, del hombre y del Ser de los Seres. Léanse sus obras, medítense las páginas inmortales que con el nombre de prefacios a las tres numerosas ediciones de sus *Fragmentos* ha dado a luz en París y se han esparcido por el antiguo y nuevo mundo, y se convencerá el más prevenido de que el gran metafísico, reconociendo en Dios a la substancia pura y eterna y omnipotente, ha probado con sabiduría como es necesario en la mayor extensión del término la creación, y no en este planeta, o en aquellos otros que alumbran y andan por sobre nuestras cabezas. Si Dios es omnipotente había de manifestarse tan en sus obras, y no podían faltar nunca pruebas reales de su poder infinito sino en este mundo, en mil más que salieran del seno de su eficacísima e inexhausta potestad divina. Pero los efectos se distinguen de sus causas, aunque los mismos efectos traigan hermosos signos del origen de que se derivan. El hombre y el mundo son dos fenómenos, dos efectos, dos obras de Dios, pero en modo alguna pueden confundirse ni el Yo, ni el no-Yo, con su espontáneo creador; causa de las causas, a par que sustancia eterna. Cousin no ha equivocado nunca el signo con el objeto, los efectos con las causas, ni lo finito con lo infinito, ni los sentidos con la razón, ni a Dios con sus prodigios. Luego no es panteísta. *El Frenólogo*

Habana y julio 13 de 1840.

CVI

VINDEX, AL SEÑOR TRINITARIO. ¡Salud!

POR *VINDEX*⁶⁶

(*Noticioso y Lucero*, julio 24 de 1840.)

Ya que V. ha tenido por conveniente dirigirse directamente a mí en su comunicado del 18 del corriente, profesando contestar mi escrito sobre la Frenología, voy a examinarlo brevemente para poner en claro qué tal ha salido V. con su empresa.

Después de poner en duda la inmensa circulación que han tenido, tanto en Europa como en América, las publicaciones recientes sobre esta ciencia, arguye V. que no por eso solamente se juzga del mérito de una obra: ¿y quién dijo lo contrario? Yo traté de probar que esta ciencia no estaba olvidada ni abandonada, y para ello me valí de un hecho terminante y competente. ¿A qué viene, pues, sacar comparaciones entre el abecedario y la *Mechaniques Celeste*, cosas totalmente heterogéneas en las cuales no hay comparación concebible ni posible, cuando sí puede haberla entre obras que tratan de conocer las facultades intelectuales del hombre, aunque por distintos caminos? Más adelante me atribuye V. el haber negado lo que pasó sobre la cabeza de Fieschi; pero hay gran diferencia de negar un hecho a poner en duda la versión que de él se ha querido dar. Luego parece que quiere V. insinuar que he tratado a mis compañeros frenólogos de ignorancia, se mete V. en conjeturas sobre si mi estilo remeda el de “cierto pájaro” y hasta nos favorece V. con sus especulaciones sobre el título de “Vindex” que a mí me plugiera adoptar. Todo esto no viene al caso y desde ahora le aseguro que me considero el más insignificante de cuantos defienden la Frenología (entre los cuales no tengo compañeros, pues no tengo el honor de conocer personalmente a ninguno de ellos); que mi estilo bueno o malo no remeda el de ningún “pájaro” ni cuadrúpedo conocido o amigo de V. y que “Vindex” tiene en latín otras acepciones, además de la que ha tenido V. a bien atribuirle.

Es por cierto doloroso tener que malgastar el papel y perder el tiempo en deshacer errores y rectificar erróneas interpretaciones, y lo recomiendo a V. muy de veras, en obsequio de aquella brevedad que V. profesa y yo deseo observar; que procure V. hacerse cargo de lo que V. contesta evitando de esta manera equivocaciones, que si son voluntarias, hacen poco honor a su candor; si involuntarias, lo hacen aún menos a su entendimiento.

66. “Vengador”.

El texto de su artículo se reduce a una reseña asaz confusa e inexacta sobre el origen y progreso de la Frenología, y concluida ésta, pregunta V. victoriosamente: “¿Y qué dirá ahora el señor *Vindex*, que se viene arriando a la cuestión suponiéndonos pobres en la materia y que no hemos presentado argumentos?”

Le contestamos a V. (como lo ha hecho muy juiciosamente el señor *Filolezes* en uno de sus artículos recientes), que el historiar no es argüir y que mi suposición sobre conocimientos frenológicos no ha variado, como no sea aproximadamente más y más a la certeza.

En efecto, V. nos pinta a los fundadores de estas doctrinas ciñendo y disputando sobre el espíritu y la materia, el fatalismo y el libre albedrío; cuando este no es el campo propio de la Frenología, cuyas bases son independientes de tales teorías, y se fundan en los hechos y experiencias, senda verdadera de los que desean conocer la naturaleza y su modo de obrar en sus infinitas modificaciones y combinaciones.

En prueba de ello le citaré a V. las mismas palabras de Spurzheim hablando de las investigaciones suyas y de Gall: “Nosotros nunca nos aventuramos más allá de lo que permite la experiencia, ni afirmamos o negamos lo que no se puede verificar con la observación. Ni investigamos las propiedades del cuerpo, ni las del alma separadamente, sino las del hombre, según existe en esta vida. Consideramos las facultades del alma solamente en cuanto se hacen patentes por sus manifestaciones, y las dependencias de éstas, sobre la organización. Jamás disputamos sobre la esencia de las facultades intelectuales, ni sobre lo que ellas puedan ser en sí mismas. No tratamos de explicar de qué manera están unidos entre sí el alma y el cuerpo, y cómo ejercen su mutua influencia. Es indiferente para esta ciencia el que las almas se reúnan a los cuerpos al tiempo de la concepción o después, que sean diferentes en cada uno o de una misma especie en todas, que sean emanaciones de Dios o de la materia. Afirman, pues, los metafísicos y geólogos lo que gusten, y decidan lo que les parezca sobre todos estos puntos, pues sus decisiones no afectarán en lo más mínimo nuestros asertos sobre las facultades mentales, su manera de obrar y las condiciones necesarias para su manifestación en esta vida”.

Cualquiera que lea con atención este pasaje extrañará muy mucho que V. y otros adversarios de esta ciencia desconozcan hasta tal punto la tendencia y objeto de sus teorías.

En el final de su artículo se concreta V. a lo expuesto en los *Noticiosos* del 18 y 19 de mayo próximo pasado, de lo que deduzco que no tiene V. mejores argumento que presentar y que tal vez le parecerá a V. que no tienen contestación: sea así enhorabuena; acepto el desafío y trataré en mi artículo siguiente de hacerles la anatomía hasta reducirlos a esqueleto: creo que no me excedo en decir que quedarán reducidos a la quinta esencia de la nada.

Concluye V. apelando a la consideración que pueden merecer en esta controversia, una carrera científica y una edad avanzada: esto pudiera y debiera valerle a V. en una discusión personal y mientras no faltase V. a su adversario. Pero es hasta risible que V. (como articulista hablo) espere miramientos de contrarios a quienes prodiga V. a cada momento los dicitos de “consumidos, preocupados, fanáticos y dementes”. Reconozco que no puedo competir con V. en la habilidad con que maneja esta clase de “argumentos”.

Prosiga V., pues, seguro, que por mi parte no me propararé y que por poco que se interne V. en esta discusión, conocerá el público en qué parte existe la preocupación o el fanatismo, si en los antagonistas de esta ciencia o en el que tiene el honor de defenderla y de suscribirse a sus órdenes, su más atento y S.S. Q.B.S.M. *Vindex*⁶⁷

CVII

SEÑOR FILOLEZES

POR EL FRENÓLOGO

(*Noticioso y Lucero*, julio 25 de 1840.)

Ya habrá V. visto en el *Lucero* del 20 de este mes, el artículo de la fábula, que ofrecí a V. para su instrucción y recreo; me parece haber cumplido mi oferta mejor que más de cuatro, que están comprometidos para con el público; pues todo se les vuelve promesas y más promesas, que jamás llegan a tener efecto. Algún tiempo me entretuve con la traducción de aquel artículo, que será para algunos demasiado largo, no empero para V., que está hecho a tirar la bara mucho más lejos, y que cuando toma la pluma no se acuerda de soltarla: he dado sin embargo por bien empleado el trabajo invertido en él, porque redundo en beneficio de las letras, de las bellas letras, que quiere V. monopolizar. Ahora bien, por esta causa, que aunque se juzgue no venir a cuento he de expresar aquí, me abstengo de subscribirme a la obra de filosofía de M. Cousin, que se trata de imprimir, traducida por V., y que en último remitido supone que va a regalar al público, cuando le cuesta su dinero, y nada menos que seis reales cada cuaderno; porque me considero que la tal obra será un grueso volumen en 4º, y que

67. Del grupo de M. G. del Valle.

las notas o comentarios que V. le agregue, que serán como todos, largos y minuciosos, compondrán dos tomos más, cuyo valor importará algunos pesos, que se podrán invertir en la obra completa de Cousin, mejor que en los fragmentos glosados por V., los cuales aunque contengan mil lindezas (dispéñseme V. el uso de esta su palabra favorita) están los tiempos tan malos, como dice su amigo *El Guayabero*, a quien le corrige V. sus comunicados, que no son los más propios para hacer francachelas.

Y porque se me presenta hoy la favorable coyuntura de encontrar a V. desvalijado de extensos remitidos con que atesta los *Diarios de la Habana*, lo que es una especie de milago, pues desde que se ha dedicado a la penosa carrera de escritor público, poco lucrativa en nuestro país, le diré que si tengo lugar y mis ocupaciones me lo permiten, puesto que también soy hombre de oficio aunque no de beneficio, procuraré contestar con la mayor brevedad posible, si no todos, una parte de sus artículos, que bien lo han menester, para que el público se convenza de que no es oro todo lo que reluce. Bien hizo V. en pedir a sus adversarios que no le interrumpiesen su obra, igual a la de Santa María, hasta que no se concluyese; pues con esto conseguía que nadie se acordase de ella a su final, y que fuesen tantos los particulares a que se tuviese que responder, que ninguno, por más empeño que le asistiese para poner en claro los puntos cuestionados, se quería hacer cargo de refutarlos, por el fastidio que naturalmente causan estas polémicas, esas discusiones llenas más bien de personalidades que de razones. Sepa V., en fin, Sr. *Filolezes*, que éstos son los motivos que tengo para no entrar desde ahora contestando a V. uno por uno sus sofismas; a más de que es necesario que V. advierta que yo no soy responsable sino de aquello que bajo mi firma se publica. V. tiene la costumbre de achacármelo todo, y en esto se equivoca seguramente, como aconteció con respecto a lo que dijo acerca de las fábulas, exponiéndose a que le suceda lo que anteriormente, cuando le manifesté no ser cierto lo que afirmaba, viniendo por lo tanto a quedarse con la negada entre el cuerpo. Es preciso más cordura y mejor comportamiento, porque el público ilustrado no es posible que dé ascenso sino a las pruebas y datos en que descansan los hechos; lo demás es fruslería, y perder el precioso tiempo. *El Frenólogo*

Habana y julio 22 de 1840.

AGOSTO



CVIII

FRENOLOGÍA DIALOGO TERCERO Y ÚLTIMO

POR *EL TRINITARIO*

(*Noticioso y Lucero*, agosto 2 de 1840.)

Patricio.—¿Con que se ha publicado el sexto cuaderno del tomo cuarto de *La Cartera Cubana*, en que se concluye la historia de la Frenología?

Emilio.—Sí, y he tenido la paciencia de leer este artículo todo entero.

Patricio.—Pues qué ¿antes leías los otros salteando?

Emilio.—Esta es costumbre que toda mi vida he tenido, porque a la verdad no es posible encontrar una obra absolutamente buena, mayormente cuando se compone de retazos de diversos colores que parece una taracea.

Patricio.—Por poco dices *tarasca*. Mejor fuera nombrarla *arlequín*, porque hace reír.

Emilio.—¡Y qué cierto es esto! ¿No ha de causar risa ver como el sandio autor de este ridículo frenológico expresa con un candor digno de envidia que su doctrina se ve apoyada por todos los PP. de la Iglesia, por los apóstoles y hasta por el mismo crucificado? Yo no sé en qué pensaba cuando estampé estas palabras en el papel; más acertado hubiera sido dejar en

blanco estos renglones, al menos no servirían hoy día para comprobar su sandez: ellos viven de irrisión: son la burla y escarnio de todo hombre pensador.

Patricio.—Parece que te vas convenciendo perfectamente de que los frenólogos, a la manera de éste, son unos verdaderos locos. ¿Quién ha visto sostener y con un empeño tan decidido como lo hace el autor de este artículo frenológico, la prepotencia de los órganos sobre la facultad intelectual? ¿Esto es, la material sobre el espíritu? Por más que se quiera dorar la píldora, siempre causará su efecto. Se procura, aunque en vano, ocultar la tendencia de la Frenología al materialismo, en lo que se procede con una verdadera hipocresía, porque se cree una cosa y se aparenta otra. El resultado es que después de salvar ciertas apariencias, los mismos frenólogos confiesan privadamente que la predisposición de varios órganos para que se cometa este vicio o se ejecute aquel delito, es invencible y que el hombre necesariamente tiene que sucumbir: lo cual es lo propio que proclamar el fatalismo. ¿Quién podrá negar a la voluntad su absoluto imperio? ¿Cómo se puede desconocer el libre albedrío? ¿Qué es entonces del Yo enérgico que no consiguen doblegar los tormentos ni los martirios más crueles? Algunos facultativos apegados a la Frenología, para conciliar sus teorías con el buen sentido, dicen que esta predisposición en los órganos para efectuar el mal, esta fuerza irresistible que compele al hombre a verificar tales acciones, a practicar tales hechos, es una especie de enfermedad; mas entonces no hay disputa. Es preciso contraernos al hombre en su estado normal de salud, y sanamente, no cuando se halla enfermo o padece algún delirio.

Emilio.—Vaya que el sermón ha estado bueno. Hablas con mucho tino y acierto y eso que no has visto como yo un artículo que trata de la Filosofía y del carácter de nuestra época: no tendrías cuando acabar si lo hubieras leído.

Patricio.—¿Y qué dices? Vamos: cuéntame algo.

Emilio.—Nada, comienza expresando que si quisiéramos caracterizar nuestra edad con un solo epíteto no la llamaríamos edad heroica, religiosa, filosófica o moral, sino edad mecánica, porque ésta es la que la distingue de las demás. Nuestra edad es la de las máquinas, en las diversas afecciones (*sic*) de la palabra.

Patricio.—Ahora recuerdo un artículo que no hace mucho tiempo se publicó en este diario *Noticioso y Lucero de la Habana* por un frenólogo en el que se refería a dos sujetos nombrados Máquina Juan y Máquina Pedro. Entonces no comprendí bien lo que se quería decir.

Emilio.—Pues si leyeras este artículo de Filosofía verías cómo se prueba hasta la evidencia que cada máquina debe tener su fuerza motriz colocada en una de las grandes corrientes de la sociedad; las sectas más despreciadas entre nosotros, los utilitarios, los unitarios, los frenologistas, tienen

sus escritos periódicos, sus semanarios, sus almacenes, etcétera que cual un molino de viento en la *popularis dura*¹ muelen el pan de la asociación.

Patricio.—¡Qué bueno! ¿Y dónde has visto este artículo? Dímelo por vida tuya, amigo mío, que ya estoy deshecho por leerlo.

Emilio.—Búscalos y lo encontrarás. Baste decirte que recorriendo después el estado en que se halla la ciencia en Europa, se reconoce la general decadencia de la metafísica y ciencias morales, mientras que las ciencias físicas se cultivan con un ardor, con un éxito que siempre va en aumento. Aquella ciencia divina del entendimiento humano se ha puesto por todas partes en olvido. Manifiesta que los franceses fueron los primeros que abandonaron el campo de la metafísica, aunque es verdad que en estos últimos tiempos han hecho algunos conatos para reanimarla, pero que no ha recobrado más que una existencia muy lánguida. Escucha sus propias palabras. La patria de los Malebranche, de los Pascal, de los Descartes, de los Fenelón, sólo puede gloriarse al presente de Cousin, mientras que los diversos ramos de las ciencias naturales embargan la atención de muchos talentos llenos de originalidad y de numen. Entre los ingleses la metafísica, después de una infancia débil que no ha podido elevarse jamás a la pujanza de la edad madura, se ha detenido de repente y ha perecido con el último que la ha cultivado, el amable profesor Stewart; sólo la Alemania la ha cultivado, si no con grande éxito, al menos con cariño y ardor. Nuestra época se ocupa en la física, la química, la fisiología, en una palabra, en la mecánica bajo todas sus formas. Hasta las matemáticas han tomado un carácter más mecánico que nunca. Del modo como se cultivan al presente, la perfección en sus más altos ramos depende, no tanto del talento, como de la habilidad en servirse de los mecanismos inventados. No queremos despreciar las maravillosos resultados que han obtenido los Laplace y los Lagrange por medio del cálculo diferencial e integral; mas este procedimiento no es en su fondo más que una especie de molino aritmético. Tenemos sin duda más matemáticos que nunca, pero no más mátesis. Arquímedes y Platón no podrían leer la mecánica celeste; mas el Instituto de Francia no vería más que una baladronada sentimental en esta palabra: "Dios geometriza".

Patricio.—No me digas más del carácter de nuestra época: voy a solicitar el artículo que me has indicado.

Emilio.—Oye lo último: desde Locke la metafísica inglesa ha sido puramente material.

El alto aprecio en que se ha tenido por tanto tiempo su *Ensayo*, parecerá un día indicación curiosa del espíritu de nuestra nación. Toda su doctrina es mecánica, tanto en su origen y objeto, como en su método y resultados. No es más que una larga discusión acerca del origen de nuestras ideas, no

1. "popularidad".

habla del grande arcano de la necesidad y del libre albedrío, de nuestras relaciones con el tiempo, el espacio, Dios, el universo, como si estas materias fuesen absolutamente ajenas de las investigaciones que le ocupaban.

Patricio.—¡Qué de cosa bellas parece que encierra este artículo!

Emilio.—¡Oh! Seguramente no quiero citarte más pasajes por no privarte del gusto que te causa su lectura. Pero volviendo a la historia de la Frenología que trae *La Cartera Cubana* ¿no te admira ver cómo su autor, sin el menor criterio mezcla cuanto se le ha venido a las manos? Verdad es que siempre arrima la brasa a su sardina, como suele decirse, mas también es cierto que es tan burdo y tan grosero el paño que teje, que se le descubre por toda parte la hilaza. ¿A qué vendrá aquello de haber sustentado en el año de 1837 conclusiones de Frenología en la Universidad de alumnos de medicina?

Patricio.—Para poner más en ridículo su sistema. Su sistema digo, porque se lo ha apropiado, pues todas las citas que hace son doctrinas ajenas, y tan malamente copiadas que se pueden muy bien denominar fragmentos, pero no como los del inmortal Víctor Cousin, que este es asunto muy diverso. El autor del artículo frenológico que tenemos a la vista en *La Cartera Cubana*, confunde los instintos, las inclinaciones y los sentimientos con las facultades intelectuales; sólo le falta sostener que los animales irracionales son capaces de pensar. Quizás habrá descubierto con el filósofo Cabanis que “el cerebro segrega el pensamiento como el hígado la bilis”, puesto que en sus *Relaciones de lo físico y de lo moral del hombre*, ha desarrollado minuciosamente esta doctrina. No se podrá ciertamente acusar a este escritor de haber corrido en pos de sombras y substancias imaginarias.

Emilio.—Por eso se dice en el artículo antes citado que con sus sondas de metal y su escalpelo en la mano, desarrolla toda nuestra estructura moral, y explora todos los secretos del entendimiento humano por medio de los microscopios de Lewuenhoeck. Sí, según él, el cerebro segrega el pensamiento, la religión y la poesía tienen su asiento en los intestinos. Es curioso en extremo ver con qué estoicismo sabio y con qué aire impasible se adelanta por estas regiones desconocidas. Su libro puede considerarse como el *ultimatum* de la metafísica mecánica de nuestra época: una realización notable de lo que no era más que conjetura de Martín Escribierio, cuando decía que así como la rueda del asador tiene una facultad propia para hacer asar la carne, la facultad humana tenía la facultad de pensar, y que en su consecuencia los escultores de Nerembergo podrían un día construir un hombre de madera que racionaría como la generalidad de la especie humana. Vaucauson había construido un pato que parecía comer y digerir, y autómatas que jugaban a los dados; mas en medio del entusiasmo de su arte, estaba lejos de preveer los altos destinos reservados a sus modestos émulos de Nerembergo.

Patricio.—Vuelta con el artículo filosófico sobre el carácter de nuestra época. Dejemos eso, y vengamos a *La Cartera Cubana*.

Emilio.—¿Qué cartera, ni qué berenjenas, si ya te he dicho que es una mezcolanza de cuanto poco bueno y mucho malo se puede recoger?

Patricio.—Bien, pero aquello de que la educación (prop. 28) no puede cambiar la organización cerebral, ni privarla de los órganos de la investigación y estimación de las causas, ¿cómo se compone con lo que más abajo se asienta sobre que el niño es dócil, que obedece al bien y al mal que le enseñan? ¿No hay en esto una palpable contradicción? Si como se asegura en el final de este discurso, en lo que yo convengo, instrucción, instrucción y sólo instrucción necesitan los pueblos para ser felices, no hay que hacer caso de esos delirios frenológicos cuya nomenclatura da risa leerla, pues no podían haberse inventado de nominaciones más absurdas que las contenidas en ella. Y si como es verosímil que suceda se presenta un nuevo genio emprendedor que descubra más arcanos que los hasta aquí consignados en la misteriosa ciencia frenológica y la bautiza con otros nombres y diversos términos ¿qué sucederá entonces? Que todo este edificio hasta ahora cimentado en movable y deleznable arena, vendrá a tierra para que en su lugar se levante otro. El progreso del género humano es ciertísimo: no sólo lo físico sino lo moral también tiende a la perfectibilidad, y querer constreñir entre los huesos del cráneo y las mezquinas subdivisiones que trae *La Cartera Cubana* las facultades, cuando son inmensas, y ni el diccionario de los chinos que se compone de infinitos volúmenes, habiendo innumerables palabras para expresar una misma cosa, sería bastante a significarla, es el colmo de la demencia. ¿Dónde hay órganos para tantos conocimientos como aquéllos de que es susceptible el hombre? Si alguna idea, aunque remota y oscura, se puede tener de lo infinito, sin duda que únicamente puede darla el ente racional en sus varios y distintos pensamientos; en sus multiplicadas formas y en aquellas inmensas combinaciones del entendimiento. ¿Quién ha contado las estrellas del cielo? ¿Quién las arenas del mar? ¿Y quién las hojas de los árboles?...

Emilio.—Los frenólogos, los frenólogos.

Patricio.—¡Quítate para allá, y deja a los imbéciles en su ignorancia, que no les doy más pena que la burla y la rechifla que reciben diariamente de los sensatos: de los sabios que creen en el progreso y perfectibilidad del género humano en cuanto a las ciencias morales, pues no son las físicas solamente las privilegiadas.

Emilio.—Todo aquél que se alucina por un sistema, no debe ser voto en la materia, porque la pasión lo ciega.

Patricio.—Estoy de acuerdo contigo, y en prueba de lo endeble que es la Frenología, advierte que no descansa sino en huesos y miserables cráneos, que es lo mismo que si dijéramos que estriba en su cementerio.

Emilio.—Basta por hoy, y si volvieran a tirar tornaremos a la carga; aunque yo creo que de esta hecha se concluye *La Cartera*. Adiós, mi querido amigo, memorias al Aura-blanca.

Patricio.—Adiós, mi buen Emilio: serán dadas de tu parte. *El Trinitario*

Habana y julio 29 de 1840.

CIX

MUERTE Y ENTIERRO DEL SENSUALISMO

POR EL ONTÓLOGO

(*La Aurora de Matanzas*, agosto 5 de 1840.)

¡Ah! señor Sepulturero, y qué bien ha hecho V. en abrirle la fosa al perverso sensualismo, muerto a manos del *Frenólogo*, para dicha y ventura de la humanidad, no a traición sino lidiando a cuerpo en batalla campal, y en honra y prez de la literatura. A fin de que el público tenga conocimiento de este asombroso lance, diremos como aconteció. Si fuere mentira pan y harina, y fuere verdad harina y pan.

Había en cierto paraje de la isla un temible dragón, que se retiraba a una obscura caverna, desde la cual inficionaba con su pestífero aliento, y quitaba la vida a cuantos hombres y bestias tenían la desgracia de encontrarle, o se acercaban por aquel terreno. Era este dragón del tamaño de un caballo mediano, con cabeza de serpiente y orejas largas, cubierta con una piel de escamas: parecíanse sus cuatro patas a las del cocodrilo; tenía dos alas de color negro por encima, con pintas verdes y amarillas por debajo, y su cola le daba vueltas por su cuerpo. Corría a embestir, batiendo las alas y arrojando fuego por los ojos con un silbido espantoso capaz de intimidar a los más valientes.

Sabido por *El Frenólogo* todo esto, y resuelto a combatirlo, mandó hacer un fantasma que representaba al dragón, adiestró a su caballo para que no le tuviese miedo, y a sus dos perros de presa para que tampoco le temiesen; pues lo que era él, hacía tiempo estaba curado de espanto. Fijado el día del combate, montó *El Frenólogo* a caballo acompañado de sus familiares, de los cuales uno de ellos llevaba sus dos perros. Luego que se vio sobre una ladera cerca de la caverna, dejando allí los suyos, les previno

viniesen a socorrerlo en caso necesario, o se retirasen si quedaba vencido o muerto. Armóse al punto empuñado su formidable lanza, se asomó a la caverna con sus dos perros, descubrió al dragón que voló a su encuentro con extraordinaria furia. Dióle *El Frenólogo* por primer envite tal golpe con la lanza en la espalda que se hizo al momento astillas, desapareciendo por los aires en menudos pedazos; mas sin ofender al monstruo a causa de sus duras escamas; pero los mismo temían al verdadero dragón, que a la fiágula fantasma, adiestrados de antemano le acometieron con audacia para herirle por el vientre y dieron lugar al caballo para que se repusiera y echase el jinete pie a tierra. Acercese, pues, al monstruo y le introdujo su cortante espada por el cuello, en donde era menos dura la piel, y haciendo con ella lo que con un serrucho, metiéndola una y muchas veces por aquella parte, le cortó el gznate. El dragón perdiendo las fuerzas, con la sangre que derramó, cayó al suelo, y con su caída exhaló el último aliento. Gozosos todos acudieron a felicitar al vencedor, se llenaron de júbilo con tan próspero suceso y mostraron su alegría con repetidos vivas, conduciendo en triunfo al *Frenólogo*, y trayendo a rastro la ominosa bestia, que fue preciso disponer cuanto antes su entierro, porque el monstruo con sus hálitos mefíticos, comenzaba a apestar toda la circunferencia.

Buscóse inmediatamente una fornida carreta, y aunque era como de noche; y noche obscura y nebulosa, porque al expirar el monstruo se cubrió el cielo de gruesas y negras nubes, empezó a llover a cántaros, relampaguear y tronar, y hasta es fama que un violento rayo descendiendo de improviso derribó y quemó las raíces de una altanera y empinada palma que descollaba orgullosa en el campo; se procuró, cuanto más breve ponersele en ella, y camino de los uveros enderezaron sus lentos pasos los mansos bueyes. Llegóse algo tarde al lugar destinado para el enterramiento, que fue aquel donde se arrojaron los caballos y demás animales, porque este monstruo, como todo el mundo sabe, representaba el brutal materialismo, ateísmo feroz, ni aun en paraje donde se entierran los negros bozales se le quiso dar sepultura. Del séquito que le acompañó; de su epitafio, semejante al de Diderot, y de otras circunstancias dignas de atención, que mediaron en su tránsito, daremos cuenta si se nos compele a ello. Baste por ahora decir que libre ya la filosofía de tan sanguinario monstruo como lo fue el mero sensualismo, todo se vuelve aplausos dirigidos al *Frenólogo*, que no por eso se envanece; pues ni desdeña, como decía San Agustín, las justas y merecidas alabanzas ni tampoco las mendiga: convencido por su propia e íntima conciencia, más que por la experiencia muchas veces errónea de la alta y eterna verdad, proclamada por el sabio eclético, el filósofo inmortal del siglo XIX en sus elocuentes escritos dignos de grabarse con letras de oro cuando exclama: “En vano habré yo salvado al mundo si lo que he querido es salvarme a mí mismo: el mundo que me debe su salud, no me debe su estimación”. ¡A Víctor! A Víctor Cousin,

redentor de la psicología, sostenedor del orden y mantenedor de la paz, sin la cual no es posible que prospere la sociedad, que progresen las ciencias, ni que sea feliz el género humano. *El Ontólogo*

Habana, 29 de julio de 1840.

CX

SOBRE LA BIOGRAFÍA DE M. COUSIN

ARTÍCULO III

POR *LIRA*

(*Noticioso y Lucero*, agosto 9 de 1840.)

¿Y creéis que los ecléticos del día no merecen el nombre de filósofos y que éstos “han desaparecido en Francia desde que bajaron a la tumba Voltaire y Rousseau, Diderot y Condorcet?” He aquí la última pregunta que nos propusimos contestar, y a la que motivos personales, aunque independientes de nuestra voluntad, no nos han permitido hasta hoy dar respuesta.

“El filósofo —dice un escritor combatiendo al eclecticismo—no es meramente el hombre que da fe del progreso y registra las opiniones de los demás; es sobre todo y muy especialmente el hombre inspirado, que encarnando en sí bajo la forma más general y elevada las necesidades de la humanidad, tales cuales las concibe en su propio tiempo, busca la palabra de aquel eterno enigma cuya progresiva solución se eleva y apura de siglo en siglo por el trabajo de la humanidad”.

Pues bien, aun según esa definición, ¿son filósofos los ecléticos? Si “ellos, encarnando en sí las necesidades de la humanidad” tales cuales las han concebido, han procurado satisfacerlas, han buscado su remedio, y de hecho las satisfacen, las remedian, pues que la humanidad los bendice ¿por qué no llamarlos filósofos? Porque “no es exacto que ellos no tengan chispa de simpatía por el pueblo”; porque este siendo venturoso y gozando de toda la felicidad que hayan podido y puedan gozar los pueblos más libres del mundo, presenta en sus proletarios el *mentis* más solemne de que los ecléticos no habiendo conocido su miseria, no la hayan remediado; y porque la protección que aquéllos han dispensado y dispensan al clero prueba

hasta la evidencia “si tienen religión o si tienen necesidad de tenerla –¡Qué no tienen chispa de simpatía por el pueblo!!! ¿Un pueblo a quien los gobernantes proporcionan instrucción, pan y trabajo podrá quejarse de que éstos carezcan de simpatías hacia él? ¿Podrá decir que ellos desconocen las necesidades de los proletarios? ¡Qué no tienen religión o no sienten necesidad de tenerla! ¡Y qué esto se diga de los ecléticos en la Francia de 1840, haciendo parangón con la Francia de los Voltaire y Rousseau, Diderot y Condorcet!! ¡Y los hombres en cuyos escritos se escarnecía lo más sagrado; y los hombres por cuyas ideas la Europa vio llena de horror convertidos los templos de la Francia en lupanares y a los ministros de la religión vil y alevosamente asesinados en las calles unos, y otros mendigando la compasión del extranjero... y esos hombres son filósofos y tienen religión y sienten necesidades de tenerla! Sí; y la tienen cuando la escarnecen y sienten necesidad de tenerla, cuando buscan el exterminio de sus ministros...! ¡Los ecléticos no tienen religión ni sienten necesidad de tenerla! Sí; y no la tienen aunque reparando los males causados por los grandes filósofos la hayan dado su apoyo, y protejan y sostengan a sus ministros; y no sienten necesidad de tenerla aunque coloquen en Argel una mitra... y reedifiquen templos y den a su culto toda la dignidad...

Acúsase también a los ecléticos de que “no conocen la vida que fermenta en el seno de nuestra época”, razón más para que no puedan ser llamados filósofos. M. Lermnier, hablando de las relaciones de la Francia con el mundo, nos dice: “también la sana política como la verdadera filosofía, tiene su más firme fundamento en la comprensión completa de todos los elementos de la vida general, pues para no equivocarse en parte alguna de los pormenores, es preciso haberlo abrazado todo con la vista”. Y dice luego: “La Francia se ha constituido como monarquía (en nuestros días); mas si para llegar a esta forma monárquica no hubiera pasado por los incendios del genio popular, no mostrara ahora con orgullo la gloria militar y literaria que ha engrandado el combate en sus entrañas de matrona plebeya. ¿Y esto en qué consiste? En que la ley de la Francia es la de marchar siempre adelante, y no porque el resto del género humano deje de participar de tan admirable necesidad, sino porque el pueblo francés la satisface más intensamente que ningún otro”. Pues bien ¿y bajo de qué dominio se constituyó la Francia obedeciendo a la ley del progreso? Según nuestros adversarios bajo el dominio del eclecticismo. Y si esto es así ¿podrá sostenerse la acusación de que no conozcan los ecléticos la vida que fermenta en el seno de nuestra época? Pero está hecha con tanta vaguedad, es tan general, que creemos baste a destruir la nuestra contestación, aunque corta.

Casi debiéramos detenernos y concluir, satisfecho nuestro intento; pero el respeto que nos merece nuestro adversario exige de nosotros algo más. Hase dicho que “en el siglo XVIII era inmenso el dominio de la filosofía”; que,

“estando así la Francia como el resto de la Europa todavía sometidas al régimen feudal y teológico, toda idea que de cerca o de lejos atacase este régimen, fuera falsa o verdadera, razonable o absurda, por sola esta tendencia adquiriría una grande importancia: formábase un vínculo secreto entre todas las ideas novadoras y todo esfuerzo por destruir la constitución teológica o feudal, se llamaba filosofía, Ved aquí la era de los filósofos...” (*Diario* del 14 de julio). Pues bien, si os place la destrucción y si porque tendían a destruir (cuando según vosotros era necesario hacerlo) merecen ser llamados filósofos, pues que trabajaron con habilidad; aunque poniendo en juego absurdos, falsedades, etcétera, etcétera, pero y principalmente porque satisficieron las que creéis necesidades de la época; cuando éstas son distintas, y los que las satisfacen siguen por lo mismo distinto camino, renunciando también a esos absurdos, a esas falsedades, ¿por qué negarles el nombre de filósofos? Queríais que las lecciones del tiempo nada sirviesen, que resistiesen al progreso, no reparando en que éste consistía ya en resistir al ímpetu furioso de la revolución. *Ni faciat maria ac terras caelumque profundum, quippe ferant rapidi secum vehantaque per auras?*²

Justicia, hágase justicia, olvidando que las convicciones de los otros son distintas de las nuestras, y no neguemos a cada uno el nombre que se merezca. ¿Eran acaso nuevas las doctrinas de Voltaire y otros amigos? Demasiado sabéis que ellos se han apoderado de doctrinas filosóficas que hasta entonces entendían solo los filósofos, pero que ellos hicieron vulgares, presentándolas con su lenguaje, claro, brillante y figurado, con el manto más hermoso para que tuviesen más atractivo.

Y resumiendo concluiremos que no sólo por las razones expuestas por nosotros, sino por vuestra misma expresión, los eclécticos del día merecen ser llamados filósofos, pues que conociendo las necesidades de la época han procurado satisfacerlas; porque han conocido la vida que fermenta en la época actual; porque, “han satisfecho la miseria de los proletarios”, y porque, en fin, cuando otros que se llaman filósofos han hecho valiéndose de absurdos y falsedades (a que se da el nombre de filosofía) los eclécticos lo hacen también valiéndose empero de mejores medios, y sobre todo oponiendo a la guillotina, la oliva de la paz, y a una horrorosa anarquía, la unión de un pueblo y un Rey, bajo la cual camina la nación por la senda de su mayor felicidad. *Lira*.

2. “A no ser que creen los mares y las tierras y el alto cielo, y los conduzcan veloces consigo y los conduzcan por el aire”.

OCTUBRE



CXI

SOBRE LA ANUNCIADA IMPUGNACIÓN A COUSIN

POR *Yo*

(*Noticioso y Lucero*, octubre 1º de 1840.)

Señor Editor del *Noticioso y Lucero*.

Muy Señor mío, de mi mayor atención y aprecio, y amigo de toda mi alma: Esta se dirige a saber de V. a quien no puedo menos de suponer altamente leído y escrito, en tal manera que no habrá frase ni concepto por enredoso e intrincado que en sí sea, que la sabiduría de V. no alcance a descifrarles; se dirige, digo, a que V. me saque de una duda en que ha días estoy, sin poder salir de ella por más que lo he procurado, y sin embargo de que estaba en el equivocado entender de que no dejaba de entender un tanto lo que leía.

En el *Diario*; he dicho mal: en los *Diarios* de dos o más meses a esta parte, o de menos, porque la cuenta no la llevo por demás exacta, se lee un anuncio, o como quiera llamarse, que dice Filosofía: “Se ha comenzado a imprimir la impugnación a la obra de Filosofía de M. Cousin”, etcétera, el mismo que últimamente he visto con esta variante “Filosofía”. “Hoy lunes se está repartiendo”, etcétera. Ahora bien, señor redactor de mi

alma, ¿V. sabrá decirme si “Filosofía” es comenzar a imprimir la impugnación? A mi corto modo de ver y entender, entre tantas definiciones obscuras como corren por ahí por esos libros de síntesis rigurosa, creo no se ha de encontrar uno que lo sea tanto como éste que debemos a los señores Diaristas: ella es tan sutil y tan fina que se pierde a lo que creo de vista. *Philosophia est rerum (cognitio) per altiores causas, naturali lumine parta*,¹ me enseñaron a mí cuando tuve el malísimo gusto de asistir a una cátedra donde aquella se explicaba, y a fe que entendía esta definición a pesar del latín y de mi cortísimo talento algo mejor que esta que nos dan los Diaristas a pesar del castellano que yo no dejo de entender como un viejo de prueba.

Si V. puede, que lo dudo, dar satisfacción a este deseo le quedará sumamente agradecido su S.S.Q.B.S.M. Yo

CXII

MÁS SOBRE LA IMPUGNACIÓN QUIEN CALLA, PIEDRAS APAÑA

(*Noticioso y Lucero*, octubre 12 de 1840.)

La traducción de “Cousin” siempre que se haga como corresponde, de buena fe, y en castellano, para que podamos entenderla, valdrá más que todas las notas, hijas de la temeridad y del capricho con que se intenta, aunque en vano, manchar el texto; notas, que cien mil veces se han dicho, y otras tantas que se han repetido, y que se encuentran por ahí caídas, amontonadas en los rincones, por el viento del desprecio, como hojas secas de los árboles, con sola esta diferencia, y es la de servir aquéllas para abono, y éstas para maldita la cosa.

Venga el texto de “Cousin” mondo y lirondo, y después el flujo censoril del traductor. Cogeré con mucho gusto mi caro ejemplar, no por lo que me cuesta, sino porque lo tengo en grande estima; le quitaré las notas para mandarlas a la taberna, y que en ellas se envuelvan especies, quedándome con la doctrina pura de Cousin, a la que, aunque a algunos le parezca mal, le pondré un rengloncito de gratitud al traductor, que debe conformarse con este lauro, y gracias, no obstante tener algunas rarezas, como por

1. “La Filosofía es el conocimiento de las cosas por sus causas más altas, logrado por medio de la sola luz natural”. (José Agustín Caballero: *Phil Elect.* p. 171, en B. A. C. tomo 1).

ejemplo, aquella frase que tan candorosamente usa de enderezar preguntas. ¿Si estarán jorobadas?...

La delicadeza del gusto que tienen los oídos del siglo diecinueve en Castilla, niegan el pase a semejante frase. El uso es dictador en las lenguas. Paciencia y conformarse. En esta materia soy estoico. Recuerda el traductor de Cousin el valiente anotador de una doctrina que no entiende, con respecto al verbo enderezar; una copla que habrá oído desde sus pequeños años, pues es bastante vulgar; la cual principia así: “cada vez que te veo”, etcétera.

Y con esto y un bizcocho, señor *Filolezes*, hasta mañana a las ocho. *Uno del otro día*

CXIII

MÁS SOBRE LA BIOGRAFÍA DE COUSIN

POR *LIRA*

(*Noticioso y Lucero*, octubre 22 de 1840.)

COMUNICADO

Señores Editores del *Noticioso y Lucero*.

Muy señores míos: Todo lo que concierne al señor ministro de la instrucción pública de Francia, Víctor Cousin, (y adviertan Vds. que no escribo Coussin, palabra que significa cojín en castellano,^a este reluciente sol del firmamento filosófico, interesa a muchos habaneros, por causas que todos sabemos,^b creo pues hacerles un servicio^c en comunicarles por medio de su papel de Vds. el artículo siguiente que acabo de leer en una gaceta alemana (el corresponsal de Hamburgo de 22 de julio p.p.) y que no deja ninguna duda sobre los sentimientos verdaderamente filosófi-

a. El suscriptor debe haber conocido que la redacción ya sabe que Cousin se escribe con una sola s, y debe saberlo conocido, porque siempre que le ha nombrado le ha escrito así, por lo demás, que *coussin* signifique cojín en castellano nada quiere decir, porque también *cousin* significa primo, y también *cousin* con una s (oigamos el suscriptor) significa en castellano mosquito de trompetilla o cinife.

b. Las causas, bueno es decirlo, se reducen a la discusión que en los periódicos de esta capital ha habido sobre las doctrinas del ilustre filósofo ecléctico.

c. El servicio no deja de ser honroso, según veremos.

cos^d del señor Cousin, y la armonía de éstos con sus doctrinas^e lo que tendrán que confesar aun sus más encarnizados enemigos.^f

Como el *Noticioso* se ha esmerado en tomar la defensa de la filosofía sublime del señor Cousin^g y en divinizar casi al hombre^h creo que ustedes recibirán con agradoⁱ esta noticia, que caracteriza^j tan completamente el famoso filósofo y se apresurarán a publicarla, de lo que les quedará muy agradecido: su atento y S.S. Q.B.S.M.

Un suscriptor al N. y L.

Artículo del corresponsal de Hamburgo

El señor Cousin ha caído en desgracia en la corte a consecuencia de un asunto de que se habló ahora poco, durante los debates sobre el presupuesto, pero que pasó casi inadvertidamente. Al presupuesto del ministerio de la instrucción pública estaba agregada, como apéndice, una lista de los literatos a quienes se daban socorros por estos ministerios; entre ellos se hallaba una señora, cuyo nombre era del todo desconocido en el mundo literario. Un diputado escribió al lado de este nombre estas palabras:

- d. ¿Qué entenderá nuestro suscriptor por sentimientos filosóficos? Allá lo veredes.
- e. Frescos estábamos si para apreciar las doctrinas de un escritor cualquier, hubiéramos de andar observando las menores faltas de su vida privada. ¿A quién se le ha ocurrido hasta hoy vigilar los pasos de un filósofo, para apreciar sus doctrinas? ¿Serán errores todas las de Rousseau, porque su conducta privada nos parezca lamentable? Haced lo que ellos os dicen y no lo que ellos hacen, dijo Jesucristo.
- f. Nos place el estilo burlesco del suscriptor.
- g. Perdonamos al suscriptor esta falsedad porque demuestra que ignora lo que se entiende por *Noticioso*. Este representa las opiniones de la redacción, con la que nada tienen que ver los comunicados ni los anuncios que se escriben en las planas de su papel. La redacción del *Noticioso* ha publicado la biografía del sabio escritor Cousin, y aún los ha sostenido decorosamente como tales, cuando fueron atacados; pero sin entrar en la discusión de las doctrinas. Advierta el suscriptor que la biografía está escrita por un hombre respetable, y aprobada por una sociedad de literatos y franceses, que (con perdón sea dicho) nos merece más crédito que todos los periódicos de Hamburgo juntos, porque sabemos lo que valen estos papeles diarios.
- h. Es inexacto. Véase la nota anterior.
- i. Con agrado, no: nunca nos gustaron mezquindades: nuestra alma es más noble, nuestro mirar más alto, más elevado.
- j. Una acción difícilmente caracteriza a un hombre, porque su carácter se deduce de la repetición de ellas. En Cousin hay el hombre particular, el hombre filósofo y el político. ¡A cuantos errores no conduce la falta de lógica! Sólo a una mente ofuscada puede ocurrir un delirio semejante al de nuestro suscriptor. Si éste hubiera tenido presente la historia de la humanidad, y no cerrase sus ojos ante lo que a nuestra vista pasa ¿cómo pudiera haber dicho que una relación ilícita de un hombre soltero caracterizaba las opiniones del hombre filósofo? Pero, *risum teneatis, amici*.

*. "podrais contener la risa".

“Maitresse du ministre”. Causó risa esto en la cámara; pero en la corte se miró la cosa con más seriedad, y por las indagaciones que se hicieron, se averiguaron las visitas demasiado frecuentes de aquella Señora en casa del señor Cousin soltero (y filósofo)^k lo que dicen ha resfriado mucho a los más altos personajes para con él.¹

k. Este paréntesis nos parece obra del suscriptor y no del corresponsal: hacemos a los redactores de este papel demasiado favor para creerlos autores de semejante necedad.

l. No se extrañe que alguna vez usemos palabras demasiado fuertes, ajenas absolutamente de nuestro carácter. Nos irritan miserias semejantes a la de que se vale el suscriptor para caracterizar a M. Cousin, a un hombre respetado en el mundo civilizado, doquiera que llegaron sus escritos. Los hombres, sépalo nuestro suscriptor deben ser respetados aun en sus mismos errores: porque hombres eminentes profesan diferentes creencias, hombres eminentes han sostenido y sostienen diversos sistemas filosóficos, y la verdad es una, por más que en cada uno de éstos pueda haber parte de ella.

¿Y si semejante consideración merece por los errores que interesan directamente a la humanidad, de cual no es digna un efecto de la debilidad tan común entre los humanos? No se crea, sin embargo, que tendemos a probar el hecho de que se habla si es que semejante hecho ha existido, porque sepa el suscriptor que nos creemos autorizados para dudar de él por varias razones: primera, porque, según se cuenta, es inverosímil. Los presupuestos antes de ser examinados por las Cámaras, lo son por una numerosa comisión de ellas, que los analiza, los discute, etcétera, etcétera, y no es de creer por este examen haya pasado la pensión injusta y que degradaría a los individuos de la comisión, que son generalmente hombres capaces y respetables, dignos de una misión de las de más interés para el país. Aún supuesto el pase de la comisión, es inverosímil el hecho con respecto a las palabras que se dicen añadidas por un Diputado, porque, aunque sea cierto que en las Cámaras francesas pueda haber algún loco, que no faltan en todas partes, no es concebible de la caballerosidad y cortesanía de los franceses el que en el santuario de las leyes se hubiesen escrito, y menos pronunciado las palabras *maitresse du ministre*,* que no causarían risa, sino indignación a los diputados de la nación más culta de la Europa. Esto decimos, aún pasando por la inocentada de suponer que M. Cousin para favorecer a una mujer necesitara de proponer a la Cámara una pensión que era sumamente probable fuese desechada por su injusticia. ¡Si se querrá hacernos creer que el Ministro de instrucción pública, el hombre llamado por M. Thiers al Ministerio, es algún tonto...

Dudamos del hecho, segunda: porque prescindiendo de los enemigos que M. Cousin pueda tener como hombre y como filósofo, estamos hartos de ver calumniados groseramente a los hombres más puros, sólo porque son ministros u hombre públicos de cualquier categoría.

Y lo dudamos últimamente, porque los ministros franceses de hoy, en la situación presente de la Europa, están expuestos más que ninguno a ser víctimas de estas calumnias, hijas de almas miserables y de tan poco valor como la que se ocupó en escribir el hecho que nos comunica nuestro suscriptor, que con perdón, repetimos, de la cándida credulidad de éste, no creemos, porque a ellos nos obliga cuanto llevamos expuesto.

Concluimos asegurando que nada ha guiado nuestra pluma más que el deseo de que a todos se haga la justicia a que sean acreedores. *Lira*.

*. “querida del ministro”.



Vista general del Paseo de Isabel II
(grabado de Federico Miahle)

— IMPUGNACIÓN A — COUSIN

IMPUGNACIÓN
A LAS DOCTRINAS FILOSÓFICAS DE
VICTOR COUSIN

TEMAS
REFUTACIÓN DE SU
“ANÁLISIS DEL ENSAYO SOBRE
EL ENTENDIMIENTO HUMANO”
DE LOCKE

POR *FILOLEZES*
(JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO)

ADVERTENCIA



Ya por el título de este trabajo conocerán los lectores que al anotar a M. Cousin no me he propuesto, como es lo regular en un anotador, ilustrar meramente su texto, sino muy en particular impugnarle del modo más eficaz que ha estado a mi alcance. Mal podría yo haber emprendido semejante tarea de simple aclarador, estando las obras de este célebre psicologista plagada de errores y contradicciones; pues tan sólo se anota lo que se considera bueno en su mayor parte. Otro ha sido el motivo de haber dado esta forma a la impugnación: un sentimiento de patriotismo es el que ha presidido a la empresa. Adoptando el sistema de notas, es verdad que resulta una obra de más trabajo que lucimiento, *plus operis quam ostentationis*,¹ pero también resulta una obra más analítica, y por lo mismo más convincente. Aun el que esté más prevenido a favor de Cousin, si tiene la paciencia de acompañarme siquiera en el examen de una sola lección, arrostrando por todas las espinas y malezas que precisamente hemos de encontrar en esta especie de romería, queda luego más dispuesto y preparado para admitir la demostración, aun cuando no descansa en tan minuciosos y prolijos antecedentes. Yo me figuro haberlas con quien carece absolutamente de datos acerca de la marcha de nuestro autor, y me propongo por lo mismo suministrárselos en abundancia. Así pues que hayamos recorrido juntos este fatigoso camino, será más oportuno y de más fruto presentar al público una obra propiamente sintética, en que escogiendo el escritor su campo, sus armas y sus fuerzas, pueda dar a la composición más unidad, nervio y laconismo. La forma que he adoptado, aun-

1. "más trabajo que ostentación".

que la más engorrosa para mí, es sin duda la más adecuada para el estado en que se halla la cuestión en nuestro suelo; y ésta es una consideración a la que siempre cede mi pluma, abandonando y aun hollando los tentadores laureles que por otro lado pudiera acaso recoger. Teníamos asertos y generalidades de una y otra parte en pro y en contra de M. Cousin:² si en tales circunstancias nos hubiéramos contentado con escribir una impugnación en la forma ordinaria, habría quedado a nuestros adversarios el refugio de alegar que habíamos entresacado y mutilado al autor; y que sólo decíamos lo adverso, callando siempre lo favorable; pero según el plan que hemos seguido, no hay ni vislumbre para semejante protesta; toda vez que de esta manera presentamos a nuestros lectores la discusión más franca y leal de que haya ejemplo, prodigándoles a manos llenas todos los medios de juzgar debidamente a nuestro Eclético y a su impugnador.

He dicho que la obra emprendida bajo este orden era más trabajosa que lucida; y quiero que me entiendan bien sobre el particular; no vayan los lectores o figurarse que yo tengo a honor y prez la impugnación de semejante escritor; ni bajo esta forma, ni bajo ninguna otra; no siendo en mí, por lo demás, esta manera de explicarme, ni una expresión de orgullo respecto de mis pobres fuerzas, ni de menosprecio respecto de M. Cousin. Aquí no hay más que la ingenua manifestación de un alma candorosa, que ni sabe ni quiere disfrazar la verdad, aun cuando sea para su daño. En efecto, no puedo jamás volver de mi sorpresa al notar que una u otra persona, a quien yo, por el criterio que mostrara en varios negocios de la vida, creía capaz de juzgar en puntos de filosofía, se haya dejado si no vencer; al menos alucinar y confundir con los delirios de tanto trampantojo y sofistería, como falta de conocimientos y profundidad. Paréceme a mí cosa tan fácil y hacedera el impugnar a un escritor en cuyas obras apenas hay un solo punto de doctrina debidamente expuesto, que he necesitado convencerme por mis propios ojos que aún existían algunos deslumbrados entre nosotros, después de lo publicado por mí en diferentes ocasiones, para decidirme a acometer con la enojosa empresa de realizar una refutación tan circunstanciada; así pues, todo sentimiento cede en mí a la necesidad de nuestro suelo. Lo expuesto explicará cómo a pesar de haber ofrecido al público esta impugnación desde fines de 1838, no hubiera sin duda visto la luz, si la última empeñada polémica y algunas otras señas infalibles de nuestro atraso no hubiesen revelado la urgencia de cumplir una palabra cuyo desempeño juzgaba yo de todo punto superfluo y excusado en las actuales circunstancias.

2. Lo cual no es exacto respecto de mí, que he atacado con razones muy especiales el sistema de M. Cousin; pero quiero ponerme en el caso de dar por no escrito, lo publicado de una y otra parte, para que se falle sólo en vista de los autos presentes.

Tampoco me anda el tiempo muy sobrado, antes bien reducido y estrecho; otra causa de no poder pensar sino en la más urgente entre las urgencias, y motivo porque no me es posible ni revisar siquiera una vez en ocasiones mis manuscritos, privándome así de proporcionar al estilo aquella corrección y limpieza que yo quisiera, y que sólo la lima puede comunicarle. Esta misma falta de tiempo y espacio me impide dar a mi libro el baño de erudición que tan fácil me sería impartirle, teniendo como tengo a mano la mayor parte de las fuentes en que ha bebido M. Cousin. Y siéntolo de veras, por más de un motivo: así por la autorización de que le priva esta falta con un gran número de lectores, en quienes acaso de tal manera sería eficaz el convencimiento, como porque me disminuye las ocasiones de patentizar cuan pocas veces se ha penetrado nuestro Ecléctico del espíritu de los autores que estudia o que comenta. Pero no hay inconveniente en lo humano, que no se halle compensado con alguna ventaja notable, y éste lo está sobradamente con la demostración de no haberse menester más armas que las del raciocinio de un hombre mediano sin las luces ni el aparato de erudición para echar por tierra lo que no puede resistir ni al más leve soplo del análisis; documento ese más precioso para la juventud cuanto la convence palpablemente que un abogado muy inferior de la verdad puede ser parte a derribar a un patrono muy superior de la falsedad y de la hipótesis. Y ved aquí otra de las razones principales del plan bajo el cual se ha concebido esta impugnación. Vista la ineficacia de señalar reglas generales para descubrir el sofisma, se ha querido enseñar prácticamente a la juventud el modo de conocerlos y de desbaratarlos por sí misma; de forma que amaestrada en el procedimiento con la muestra que aquí se le da, perdiendo el miedo a ciertas reputaciones, les aplique semejante escrutinio, y se convenza por sí sola de cuan fácil es descubrir y pulverizar el paralogismo, por más encopetado o seductor que se le presente. En una palabra, es mi ánimo que la juventud vaya sacudiendo de veras el yugo de la autoridad literaria, pues sin este paso previo no hay esperanza de establecer y aclimatar una escuela verdaderamente filosófica en nuestro suelo idolatrado.

Una vez dada esta pauta analítica en las dos primeras lecciones de M. Cousin por mí examinadas, no habrá necesidad de ser tan minucioso en las subsecuentes, lo cual me permitirá, sin perjuicio para la juventud —que es a quien principalmente llevo delante de mis ojos— marcar con paso acelerado, encomendando al juicio ya robustecido de esta misma el llenar los vacíos que de intento dejaré en las investigaciones ulteriores.

No hay miedo, pues, de que mi obra se prolongue indefinidamente, como ha dado a entender más de uno de mis antiguos enemigos con la intención que el público imparcial calificará. Tengan por fin todos entendido —y juzgo asistirme algún derecho para ser creído— que es más bien una pena que un placer en mí el escribir la impugnación de M. Cousin,

cediendo en ello a una necesidad imperiosa que aqueja a la juventud de mi patria. ¡Ojalá que no hubiese sido forzoso emprender semejante trabajo; pues tal estado de los entendimientos fuera el mejor indicio y garante de la solidez y firmeza de nuestros principios! Nadie, pues, tiene un empeño más directo que yo en acortar cuanto lo permite el asunto y la inteligencia de los jóvenes a quienes me dirijo, las dimensiones de mi libro, para acabar de salir de una tarea verdaderamente enojosa, por no ofrecernos nuevo pábulo, y hasta estorbarme ensanchar la esfera de mis conocimientos, privándome del tiempo que podría emplear en adquirir los que me hacen sobrada falta para progresar en los mismos estudios filosóficos. Pero era necesario ante todo esta especie de obra cartesiana en nuestro suelo, a manera de la que llevó a cabo nuestro siempre respetado maestro en el pensar, el ilustre y nunca olvidado Varela *area purganda antequam inaedificanda*,³ que el deber exige de nosotros anteponer la obligación ocupando una cátedra de Filosofía.

El mismo estilo en que están formuladas mis observaciones descubre el empeño de no alargarme demasiado; pues si bien es verdad que sorprende la proporción entre lo escrito por mí y el texto de M. Cousin, eso depende de las infinitas ideas que sugieren sus errores, y del empeño de cerrarle todas las avenidas. Dígase de buena fe si hay palabrería o redundancia en la exposición de mis pensamientos. Tan persuadido estoy de lo contrario, que todavía temo con fundamento que la juventud para quien principalmente escribo, no pueda seguirme en algunos lugares sin una atención bastante sostenida; pues con ánimo de extenderme demasiado y de obligarla también a pensar, he suprimido algunas ideas intermedias y dejado muchas muy importantes sin desenvolvimiento ninguno. Así, pues, mi comentario será largo, pero no difuso; antes conciso y estrecho en puridad; porque la concisión se mide por el número proporcional en que están las palabras con los pensamientos, no por el número absoluto o físico de vocablos que en la obra se emplean, como no ha faltado entre nosotros quien pretenda juzgarlo así, y esos, sosteniendo a M. Cousin, en quien con más razón, y muy a menudo, sobre todo en su examen acerca de Locke, se puede tachar la locución inagotable, aun en los rasgos más felices de su exposición. Culpa es de la naturaleza del asunto y del cerebro de cada escritor el que ocurran ideas en términos que, aun podando las accesorias, queden todavía en considerable número las principales.

Lo que tal vez se nos tachará con más visos de fundamento es la fuerza de expresión que a veces empleamos contra los ecléticos y espiritualistas, no faltando tal vez quien nos diga que nuestro estilo se resiente del fuego tropical y hasta de las chispas arábicas que por nuestras venas pueden circular; pues no nos han de echar en rostro como Damiron al doctor

3. "Hay que limpiar el solar antes de edificar en él".

Broussais, cuando éste atraía afligidísima y ahogada a toda la caterva eclecticizante de Francia con su lógica irresistible y su estilo varonil y animoso, “que en él descubría sobradamente su procedencia del campo de batalla donde pasó luengos años el ilustre facultativo”, pues a mí hasta ahora no me han tocado en suerte más que campañas simplemente filosóficas y literarias. Muy de intento, y con una idea esencialmente patriótica, he adoptado tales formas severas respecto de mis contrincantes —pues he escrito con la mayor frescura y serenidad— y es la de desacreditar de todo punto esas perniciosas doctrinas para con nuestra apreciable juventud. Me explicaré: todo el que haya leído los autores espirituales y eclecticizantes, habrá notado el más decidido empeño, no como quiera, en impugnar a sus contrarios los sensualistas, por el solo medio de la argumentación, pero sin perder coyuntura de pintarlos como amenguadores de la humanidad, ignorantes y superficiales hasta no más;⁴ espantando así a la juventud de la fisiología, de la verdadera senda de la investigación, del legítimo estudio de la humana naturaleza, único que puede mejorar nuestra frágil y combatida especie. No abrigamos la mezquina idea de usar de tan motivadas represalias, pues la venganza bajo cualquier aspecto que se presente dista demasiado de nuestros principios; pero tampoco hemos querido desaprovechar ninguna ocasión de manifestar a los entendimientos juveniles que el punto de vista de los filósofos que se venden por los más profundos y sutilizadores, es cabalmente el más somero y vulgar de cuantos ofrece la observación, acusando desde luego la falta en que laboran de conocimientos adecuados para formar juicios en estas materias. Y a esto, ni más ni menos, se reduce toda la fuerza de mi lenguaje. Diráse todavía que a veces es severo y riguroso; pero nunca podrá tachársele de injusto, pues jamás les aplico un epíteto, sino después de la demostración y autorizado por ella, apartándome en esto del sistema seguido por mis adversarios, que previenen al lector de antemano contra los autores cuyas doctrinas tratan de analizar, o sueltan contra ellos malignas insinuaciones que nunca descienden a probar —fuera de que existe una hipocresía formularia de parte de ciertos escritores, contra la cual es necesario precaver a la juventud, la que nunca será nada mientras se desvirtúen o se degraden sus excelentes y purísimos sentimientos, única prenda de las esperanzas de la patria.

Réstame ahora exponer los motivos de haber escogido el examen de Cousin sobre el *Ensayo del entendimiento* por Locke para dar principio a mi impugnación. Sabida cosa es que la mayor parte de las obras de M. Cousin está consagrada más bien a la exposición de doctrinas ajenas que al desenvolvimiento de las propias; es decir, que las más son históricas, y

4. No hablemos de M. Cousin: sólo quiero citar en comprobación al más moderado de todos ellos, Jouffroy, quien sin embargo llama a Bentham profundísimamente ignorante de psicología!!!

aunque en todas ellas ofrece más o menos errores salpicados en las mismas que relata y expone, en ninguna es más abundante la cosecha que en su libro *El examen sobre Locke*, el cual, presentando un carácter distinto, pues se destina expresamente a la discusión, le suministra cuantas coyunturas son apreciables para desplegar sus ideas acerca de todos los puntos esenciales de la filosofía propiamente dicha; en una palabra, ahí se incluyen todas las cuestiones que ventilamos en nuestros cursos, y por lo mismo esta parte de las obras de M. Cousin es la más importante de analizar para provecho de la juventud a quien ni un solo instante separamos de nuestros ojos ni de nuestro pecho.

Y no vaya a creerse que por comenzar la obra por la lección 16ª del Curso de 1829 sea un fragmento el trabajo que acometemos. Muy lejos de ello, pues forma un todo tan completo como se notará desde la primera página hasta la última, si bien la primera lección acerca del *Ensayo de Locke* corresponde a la 16ª en el orden del Curso de 1829, en el cual, siendo histórico, hubo que recorrer como preliminar todo el campo de la historia de la ciencia, desde sus fastos primitivos hasta la época crítica del memorable siglo decimooctavo. Como quiera, en esta obra es donde M. Cousin, saliendo del carácter de simple historiador, presenta un verdadero cuerpo de doctrinas, no habiendo inconveniente en considerarla como la única psicología propiamente dicha que ha publicado nuestro escritor; y tan cierto, que en los Estados Unidos ha dado a luz el profesor Henry una traducción del mencionado examen sobre el Ensayo de Locke bajo el título de *Elementos de psicología por M. Cousin*, comenzando precisamente por la misma lección con que damos nosotros principio.

Otra ventaja muy especial obtendremos en llevar por delante el Examen sobre Locke; y es, que considerando los partidarios de nuestro Ecléctico esta obra como la Aquiles de su candillo, como su último esfuerzo de análisis, como el *non plus* en la discusión, acaso nos ahorren el trabajo de continuar impugnando las otras de menor categoría, las cuales en mi concepto humilde lo son de mayor que lo presente; y permítanme sus admiradores que yo opine tan diametralmente opuesto a sus señorías. Oiganme, M. Cousin está en su elemento cuando se trata de relatar, de exponer, de informar acerca de las doctrinas ajenas; entonces es elocuente, admirable, ofrece una dicción que encanta y arrebatada, despliega todo el tesoro de su vasto saber: con dificultad se podrá presentar una pieza más acabada en su género que las 12 lecciones que sirven de introducción a su curso de 1829, donde expone las doctrinas de los principales sistemas filosóficos. Pero no le pidáis a ese mismo hombre que discurra con rigor y exactitud, que formule un sistema como exige la ciencia, que profundice y persiga una idea capital hasta sus más recónditas consecuencias, que sea científico propiamente tal, puesto que sus buenos trabajos son todos puramente filosóficos o literarios. Nunca descubriremos en ellos la estampa de

la originalidad, siendo de advertir que lo que él llama su sistema, es cabalmente el rumbo infalible de unas tendencias las más antioriginales y retrógradas; no le pidáis que sea consecuente porque jamás sabe cuando se contradice; y cuente que desde que hay escritores en el mundo no ha existido uno que más adolezca de ese achaque.⁵

Si le pedís que no exagere las opiniones ajenas, que no sobrepuje hasta a la misma paradoja; si le pedís que no se alborote y deslumbre con cuantas doctrinas más brillantes que sólidas aparecen de tiempo en tiempo sobre el horizonte filosófico; si le pedís que abandone el pobre pensamiento de reformar la humanidad con resortes un tiempo eficacísimos, y hoy hartos corroídos y gastados; si le pedís que tome la filosofía más bien de la naturaleza que no de los libros, que beba sus inspiraciones en la fuente perenne del hombre y de la sociedad, que levante la vista al porvenir en lugar de volverla para atrás, todo preocupado y absorbido con la mezquindad de lo presente, le pedís otros tantos imposibles en cuantas condiciones habéis exigido como constitutivas del filósofo; porque no plugo al Padre de las luces, que tan pródigo fue con él en otros dones, regalarle con la calidad de entendimiento y temple de alma que se requieren para constituir a un sacerdote de la humanidad. Víctor Cousin no fue destinado para filósofo: *sic erat in fatiis*.⁶

5. Mi opinión hartamente consignada en los periódicos de esta capital, es que a veces se contradice a sabiendas, y a veces *a son insu*.^{*} Es decir, que el por qué de sus opiniones ora está en sus ideas, ora en sus intenciones; sobre cuyo último es excusado insistir, pues visto lo publicado ya por mí en la materia, no habrá un solo pensador en la Isla de Cuba que dude de la segunda intención o idea madre de justificar lo presente, que se llevó en la fundación del Eclecticismo; negocio de política con capa de filosofía; nada más!

^{*} “sin saberlo”.

6. “Así estaba en su destino”.

CURSO DE 1829⁷

PRIMERA LECCIÓN SOBRE LOCKE, QUE ES LA 16^a DEL CURSO

LECCIÓN 16^a

SUMARIO.- Espíritu general del *Ensayo sobre el entendimiento humano*.- Su MÉTODO: estudio del entendimiento como introducción del entendimiento en acción, en sus fenómenos, o sean, ideas.- DIVISIÓN de las investigaciones relativamente a las ideas, y determinación del orden en que deben hacerse dichas investigaciones.- DEJAR para después la cuestión lógica y ontológica sobre la verdad y falsedad de las ideas, y la legitimidad o ilegitimidad de su aplicación a tales o cuales objetos; ceñirse en las primeras indagaciones al estudio de las ideas en sí mismas, y aún allí comenzar verificando los caracteres actuales de las ideas para proceder enseguida a la averiguación de su origen. Examen del método de Locke. Su mérito: deja y coloca la cuestión de la verdad y falsedad de las ideas para lo último, en lo que hace mal; omite enteramente la cuestión de los actuales caracteres de las ideas, y principia por la de su origen.- PRIMERA aberración del método: riesgo de error que trae consigo.- TENDENCIA general de la escuela de Locke.

Señores: He aquí la primera pregunta que enderezaremos al *Ensayo sobre el entendimiento humano*: ¿sobre qué autoridad se apoya en último análisis? ¿por ventura busca el autor la verdad atendido a las resultas, con sólo las fuerzas de la razón, tal cual se ha concedido al hombre; o reconoce acaso una autoridad extraña y superior a la que se somete y que le presta los motivos de su creencia? Pues efectivamente, como sabéis,

7. Debe advertirse al lector que en el texto condensa Luz las ideas de Cousin sobre Locke y en las anotaciones que colocamos a partir de la página 879 las analiza y comenta, (Roberto Agramonte.)

esa es la cuestión acerca de la cual es forzoso ante todo interrogar a cualquier obra filosófica, a fin de determinar su carácter distinto y el lugar que debe ocupar en la historia de la ciencia, y hasta en la de la civilización.⁸ Basta la primera hojeada sobre el *Ensayo del entendimiento* para conocer que Locke es un libre investigador de la verdad. En todas partes se dirige a la razón; arranca el vuelo de esta autoridad, y de ella sola; y si más adelante admite otra todavía, llega a ella por medio de la razón; de forma que siempre es la razón quien le gobierna y quien tiene en cierto modo empuñada las riendas de su pensamiento. Locke pertenece, pues, a la gran familia de los filósofos independientes. *El Ensayo sobre el entendimiento humano* es fruto del movimiento de independencia del siglo XVII, cuyo movimiento se ha fortificado y redoblado con esa misma obra.⁹ Este distintivo se ha transmitido del maestro a toda la escuela, y cabalmente por ello se recomienda a los ojos de todos los amigos de la razón humana. Yo debo agregar que en Locke va la independencia filosófica siempre acompañada del respeto sincero y profundo por cuanto respetarse debe; es a un tiempo filósofo y cristiano, y tal es uno de sus lauros; pero es menester también decir que si bien es verdad que el *Ensayo sobre el entendimiento humano* reina como un perfume de sólida piedad y verdadero cristianismo, éste sin embargo se ve reducido en algún modo a su más simple expresión. Locke cita con frecuencia las sagradas letras tributándoles el homenaje que se merecen, pero sin entrar jamás en el fondo de los dogmas y de los misterios, en donde reside sin embargo la metafísica cristiana. Locke es hijo de la reforma y del protestantismo, y aún se ladea un si-es-no-es al socinianismo.¹⁰ Seguramente que todavía se halla dentro de los límites del cristianismo; empero está pisando sobre su propio lindero: tal es el caudillo.¹¹ En cuanto a la escuela, ya sabéis lo que ha sido.¹² El maestro es independiente, y cristiano con todo eso; los discípulos son independientes, pero su independencia andando el tiempo ha degenerado rápidamente en indiferencia, y la indiferencia en enemistad.¹³ Os advierto todo esto, señores, porque importa mucho que llevéis siempre en la mano el hilo del movimiento y progresos de la escuela sensualista.¹⁴

8. Ver la anotación 1 de Luz contra Cousin en la página 879.

9. Ver la anotación 2 de Luz contra Cousin en la página 879.

10. Secta de Socino, que negaba la Trinidad y la divinidad de Cristo (Roberto Agramonte).

11. Ver la anotación 3 de Luz contra Cousin en la página 880.

12. Ver la anotación 4 de Luz contra Cousin en la página 884.

13. Ver la anotación 5 de Luz contra Cousin en la página 885.

14. Ver la anotación 6 de Luz contra Cousin en la página 886.

Ahora paso a la cuestión que sigue inmediatamente a la del espíritu que reina en toda obra filosófica, a saber: la cuestión del método. Vosotros conocéis su importancia, debiendo ya hoy seros evidente que así será el sistema de un filósofo cual sea su método, y que la adopción de un método decide de los destinos de la filosofía. He aquí la estricta obligación en que estamos de insistir sobre del método de Locke con todo el esmero que seamos capaces. Ahora bien, ¿qué método es éste que en su régimen contiene el sistema entero de Locke, sistema que ha producido la grande escuela sensualista del XVIII? Dejaremos hablar al mismo Locke, el cual se expresa así en su prefación.

“Si fuera del caso ofrecer aquí la historia de este *Ensayo*, os diría que habiéndose reunido en mi casa cinco o seis amigos, y recayendo la discusión sobre una materia muy distinta de la presente, presto se hallaron detenidos por las dificultades que de varios lados se suscitaron. Después de habernos fatigado largo rato sin poder resolver las dudas que nos embarazaban, se me antojó que seguíamos una mala senda, y que antes de empeñarnos en este linaje de investigaciones, era necesario examinar nuestra propia capacidad, y ver qué objetos están a nuestro alcance, o son superiores a nuestra comprensión. Propúselo así a la reunión, quedando desde luego aprobado unánimemente; por lo cual se acordó que ese sería el asunto de nuestras primeras indagaciones. Ocurriéronme entonces algunas ideas indigestas sobre esta materia, que yo jamás había examinado anteriormente. Extendílas sobre el papel; y esos pensamientos concebidos a la carrera y que escribí para confiarlos a mis amigos en nuestra próxima entrevista, dieron la primera ocasión al presente tratado, que habiéndose principiado por casualidad y continuado a solicitud de dichas personas, se ha escrito por pedazos sueltos, pues luego de haberlos abandonado por mucho tiempo, volví a seguirlo según que mi humor y la ocasión me lo permitieron; hasta que al fin, en una temporada de retiro que tuve por mi salud, lo puse en el estado en que se ve al presente”

En la *Introducción* que sigue al prólogo vuelve sobre la misma idea.

CAPÍTULO II. “Yo no me empeñaré en considerar como física la naturaleza del alma, en ver lo que constituye su esencia, qué movimientos deben excitarse en nuestros espíritus animales, o qué alteraciones deben acontecer en nuestro cuerpo para producir por medio de nuestros órganos ciertas sensaciones, y ciertas ideas en nuestro entendimiento, y si alguna de éstas o todas juntas dependen o no en su principio de la materia. Por curiosas e instructivas que sean semejantes especulaciones, las evitaré, por no poderme conducir directamente al fin que me propongo. Bastará para el objeto que tengo ahora a la vista el examinar las facultades de conocer que se hallan en el hombre, en cuanto se ejercitan sobre los objetos que a ellas se presentan”.

Locke está persuadido que no hay otro medio de rebajar la temeridad de la filosofía, que alentándola al mismo tiempo a útiles investigaciones.

CAPÍTULO IV. “Cualquiera que sea la actividad de nuestro espíritu, podrá servir este examen para moderarla, obligándonos a usar de una cierta circunspección cuando nos ocupemos en cosas que exceden de nuestros alcances, a detenernos cuando hayamos llevado nuestras pesquisas hasta el punto más elevado de que seamos capaces, y a conformarnos con ignorar cuanto vemos que sobrepuja nuestros pensamientos después de haberlo examinado detenidamente. Si nosotros procediéramos de esta manera, no estaríamos acaso tan solícitos por un vano deseo de saber, en suscitar incessantemente nuevas cuestiones, en ponernos nosotros mismos en apuros y perplejidades, y envolver a los otros en disputas sobre materias que son de todo punto desproporcionadas a nuestro entendimiento, y de que no podríamos formarnos idea alguna, como ha sucedido quizás con harta frecuencia. Luego si no podemos descubrir hasta donde puede llegar la vista de nuestro entendimiento, hasta donde puede servirse de sus facultades para conocer las cosas con certidumbre y en qué casos no puede juzgar sino por simples conjeturas, aprenderemos a contentarnos con aquellos conocimientos que es capaz de alcanzar nuestro espíritu, en la condición en que nos hallamos en este mundo”.

CAPÍTULO VI. “Una vez que hayamos examinado detenidamente lo que es capaz de hacer nuestro espíritu, y visto en cierto modo lo que de él podemos esperar, no nos sentiremos inclinados ni a permanecer en una floja ociosidad y en una completa inacción, cual si desesperásemos de conocer jamás cosa alguna, ni tampoco a ponerlo todo en duda y declamar contra toda especie de conocimientos porque haya cosas que no se pueden comprender”.

Y todavía en el mismo capítulo:

“Es sumamente ventajoso al piloto saber sobre la longitud del cordel de la sondalesa, aunque no pueda siempre reconocer por este medio todas las diversas profundidades del océano; bástale saber que el cordel tiene el largo suficiente para hallar fondo en ciertos lugares del mar, para dirigir bien su derrotero y para evitar los escollos que podían hacerle fracasar”.

No haré más que otra cita decisiva.

“Estas consideraciones me trajeron la primera idea de trabajar en este *Ensayo sobre el entendimiento*. Pues contemplé que el primer medio que habría de satisfacer al espíritu del hombre acerca de varias investigaciones a las que se siente muy propenso a empeñarse, sería formar, por decirlo así, un estado de las facultades de nuestro propio entendimiento, tantear su extensión, y ver a qué objetos pueden aplicarse. Hasta que tal no se hiciera, me imagino que tomaríamos las cosas enteramente al revés”.

He amontonado todas estas citas con estudio, para convenceros de que no encierran meramente una idea fugitiva, sino una refla fija o método establecido. Este método es precisamente a mi parecer el verdadero, en el que hoy día se cifra aún el nervio y la esperanza de la ciencia. Sin duda que en Locke se nos presenta vago o incierto, no sólo en la aplicación sino hasta en el modo de enunciarlo.¹⁵ A fin, pues, de ilustrarlo y fijarlo, permítaseme ofrecerlo en un lenguaje algo más moderno.

Cualesquiera que sean los objetos que conozcáis o intentéis conocer, ora sea Dios, o el mundo, ora los entes más remotos o los más próximos a vosotros, no los conoceréis, ni podréis conocerlos sino bajo una condición, a saber: que seáis capaces de conocer en general¹⁶ y no los conoceréis, no podréis conocerlos sino dentro de los límites de vuestra facultad general de conocer. Cuantos conocimientos podáis adquirir, así los más sublimes como los más vulgares, descansan, el último resultado, tanto respecto de su latitud como de su legitimidad, en el alcance y el valor de dicha facultad, llámesela como se quiera, espíritu, alma, pensamiento, inteligencia o entendimiento. Locke la llama entendimiento. Síguese de aquí que una filosofía circumspecta, lejos de servirse ciegamente del entendimiento y de aplicarlo a la ventura, debe examinarlo desde luego, e investigar lo que es y lo que puede; si no se expone a chascos y desbarros innumerables. Pero el entendimiento humano forma parte de la humana naturaleza; luego el estudio del entendimiento humano envuelve otro estudio más general, el de la humana naturaleza:¹⁷ ese es, pues, el estudio por excelencia, ese es el que debe preceder y dirigir a todos los demás.¹⁸

No hay una parte de la Filosofía que no sponga aquella y que no le tome luces. ¿Qué puede ser la Lógica, v.g., es decir, el conocimiento de las reglas que deben dirigir el espíritu humano, sin el conocimiento de esto que se trata de dirigir, a saber, del mismo espíritu humano? ¿Qué puede ser la Moral, el conocimiento de las reglas de nuestras acciones, sin el conocimiento del asunto mismo de toda la moral, del agente moral, del hombre mismo? La política, la ciencia o arte de gobernar al hombre social, descansa igualmente sobre el conocimiento del hombre que la sociedad desarrolla, pero que no constituye. La Estética, la ciencia de lo bello, y la teoría de las artes tienen sus raíces en la naturaleza del ente capaz de reconocer lo bello y de reproducirlo, de experimentar las conmociones especiales que atestiguan su presencia y transmitir estas conmociones a las almas de los demás. Si el hombre no fuera un ente religioso, si ningun-

15. Ver la anotación 7 de Luz contra Cousin en la página 886.

16. Ver la anotación 8 de Luz contra Cousin en la página 887.

17. Ver la anotación 9 de Luz contra Cousin en la página 887.

18. Ver la anotación 10 de Luz contra Cousin en la página 888.

na de sus facultades alcanzase más allá de la esfera limitada y finita de este mundo,¹⁹ Dios no estaría para el hombre, y no estaría para sí más que en la medida de sus facultades; luego el examen de dichas facultades y de su alcance es la condición de toda buena teodicea. En una palabra, el hombre está envuelto en todas las ciencias que le son en apariencia más extrañas. Es, pues, el estudio del hombre la introducción necesaria a toda ciencia que quiere poseer su secreto, y cualquiera que sea el nombre que se le dé, ora psicología u otro distinto, es forzoso reconocer que semejante estudio, sin ser seguramente toda la filosofía, es su fundamento y punto de partida.²⁰

Pero ¿por ventura es posible el conocimiento de la naturaleza humana? ¿Es posible la psicología?²¹ No hay quien lo dude; porque es un hecho incontestable que nada pasa en nosotros sin que lo sepamos, sin que de ello tengamos conciencia.²² La conciencia es como un testigo que nos advierte de cuanto sucede en lo interior de nuestra alma.²³ Ella no es el principio de ninguna de nuestras facultades, sino luz para todas.²⁴ No es por tener conciencia de lo que en nosotros pasa, el que pase algo en nosotros; pero lo que en nosotros ocurre sería como no ocurrido, si no nos fuera atestiguado por la conciencia; no sentimos, queremos y pensamos por ella; pero sí sabemos por ella todas estas cosas.²⁵ La autoridad de la conciencia es la última autoridad en que viene a resolverse la de todas las demás facultades,²⁶ en términos que si sufriese detrimento, como por ella es por donde llega a nuestro conocimiento la acción de todas las otras, y aún la de la facultad de conocer, la autoridad de éstas sin destruirse en sí misma, nos sería desconocida, y por consiguiente nula para nosotros.²⁷ Así es que no hay nadie que no se fie plenamente en su conciencia.²⁸ ahí espira el escepticismo; pues, como dijo Descartes, aunque se dudase de todo, no se dudaría que se duda. Luego la conciencia tiene una autoridad incontestable; es infalible; y a nadie falta su testimonio.²⁹ Efectivamente, la conciencia es

19. Ver la anotación 11 de Luz contra Cousin en la página 890.

20. Ver la anotación 12 de Luz contra Cousin en la página 891.

21. Ver la anotación 13 de Luz contra Cousin en la página 892.

22. Ver la anotación 14 de Luz contra Cousin en la página 892.

23. Ver la anotación 15 de Luz contra Cousin en la página 893.

24. Ver la anotación 16 de Luz contra Cousin en la página 894.

25. Ver la anotación 17 de Luz contra Cousin en la página 895.

26. Ver la anotación 18 de Luz contra Cousin en la página 912.

27. Ver la anotación 19 de Luz contra Cousin en la página 927.

28. Ver la anotación 20 de Luz contra Cousin en la página 929.

29. Ver la anotación 21 de Luz contra Cousin en la página 929.

más o menos clara, más o menos viva; pero se halla en todos los hombres.³⁰ Ninguno es desconocido a sí propio,³¹ aunque muy pocos se conozcan bien³² porque todos, o la mayor parte, hacen uso de la conciencia sin aplicarse a perfeccionarla, a lustrarla y a entenderla, por medio de la voluntad y de la atención.³³ En la generalidad de los hombres la conciencia no pasa de un procedimiento a la altura de un arte, de un método en la reflexión, la cual es en cierto modo una segunda conciencia, una reproducción libre de la primera; y como la conciencia da a todos los hombres el conocimiento de lo que en ellos pasa, del mismo modo la reflexión puede dar al filósofo un conocimiento cierto de cuanto cae bajo la jurisdicción de la conciencia.³⁴ Y nótese que aquí no tratamos de hipótesis y de conjeturas, pero ni aún de razonamientos; trátase únicamente de hechos que pueden observarse, ni más ni menos como los que ocurren en la escena del mundo³⁵; con sólo la diferencia de que unos son externos y otros internos, y que llevándonos hacia fuera de la acción natural de nuestras facultades, nos es más fácil observar los primeros que los segundos.³⁶ Mas con un poco de atención, voluntad y ejercicio, se alcanza la observación interior al igual de la externa; el genio de ésta no es más común que el de aquélla: no³⁷ hay más Bacones que Cartesios. En resolución, aun cuando la psicología fuera más difícil que la física, es como ésta, por su naturaleza, ciencia de observación, y por consiguiente tiene el mismo título y el mismo derecho a la esfera de ciencia positiva.³⁸

Pero es forzoso determinar bien los objetos que le pertenecen. Redúcense, pues, los objetos de la psicología a los de la reflexión, que son los mismos de la conciencia³⁹; ahora bien, es evidente que los objetos de la conciencia no son ni el mundo exterior ni Dios, que no se nos dan en nosotros mismos; tampoco lo es el alma, en cuanto sustancia, pues si conciencia se tuviera de la substancia del alma, no se disputaría acerca de su naturaleza, sobre si será material o espiritual. El único objeto directo de la conciencia es el alma en su manifestación, es decir, en sus faculta-

30. Ver la anotación 22 de Luz contra Cousin en la página 943.

31. Ver la anotación 23 de Luz contra Cousin en la página 944.

32. Ver la anotación 24 de Luz contra Cousin en la página 945.

33. Ver la anotación 25 de Luz contra Cousin en la página 945.

34. Ver la anotación 26 de Luz contra Cousin en la página 946.

35. Ver la anotación 27 de Luz contra Cousin en la página 949.

36. Ver la anotación 28 de Luz contra Cousin en la página 949.

37. Ver la anotación 29 de Luz contra Cousin en la página 949.

38. Ver la anotación 30 de Luz contra Cousin en la página 959.

39. Ver la anotación 31 de Luz contra Cousin en la página 951.

des, y aún esto todavía en sus facultades en ejercicio y en acción, en su aplicación a los objetos de ellas; pero ni los objetos de dichas facultades ni su sujeto y sustancia son objetos de la conciencia. El ente, cualquiera que sea, el de los cuerpos, el de Dios, y aún del alma, no cae bajo el dominio de la conciencia; ésta no llega directamente más que a la acción de nuestras facultades, es decir, a los fenómenos. Luego si los fenómenos son los únicos objetos de la conciencia, y por lo mismo de la reflexión, y por consiguiente, de la psicología, infiérese que el carácter propio de la psicología es una separación completa de toda pesquisa relativa a la esencia de las cosas, es decir, de toda ontología. La verdadera filosofía no destruye la ontología, sino que la suspende y aplaza; y la psicología, por su parte, tampoco destrona a la ontología, sino que la precede y la ilustra. Ella no se ocupa en tejer una novela física o metafísica sobre la naturaleza del alma; pero la estudia en la acción de sus facultades, en los fenómenos que de ahí resultan, y que la conciencia y la reflexión pueden abarcar, y abarcan efectiva y directamente.⁴⁰

Lo expuesto, señores, puede poner en claro el verdadero distintivo del *Ensayo sobre el entendimiento humano*: es una obra de psicología, no de ontología. No trata Locke de investigar en su libro la naturaleza y el principio del entendimiento, sino la acción de esta misma facultad, los fenómenos por los cuales se desarrolla y se ostenta; dando a estos fenómenos la denominación de ideas.⁴¹ Ved aquí el término oficial⁴² que siempre usa para designar todo aquello por donde se manifiesta el entendimiento, y a lo que se aplica inmediatamente. (Citemos a Locke en comprobación.)

INTRODUCCIÓN, VIII. “Heme servido —dice— de la palabra *idea*, para expresar todo lo que se entiende (aquí es necesario traer a la memoria los antecedentes de Locke, es decir, la escolástica) por fantasma, nociones, especies o cuanto puede ocupar nuestro espíritu cada vez que pensamos... Y creo que no costará mucho concederme que hay tales ideas en el ánimo de los hombres. Cada cual las siente en sí mismo, y puede asegurar que se encuentran en los demás hombres, si se toma el trabajo de examinar sus discursos y sus acciones”.

Es sobrado evidente que las ideas se toman aquí por los fenómenos del entendimiento, de la cogitación, que la conciencia de cada uno puede percibir en sí cuando piensa, y se hallan igualmente en la conciencia de los demás hombres, a juzgar por sus propias palabras y sus acciones. Las ideas son para el entendimiento lo que para las causas son los efectos. El

40. Ver la anotación 32 de Luz contra Cousin en la página 953.

41. Ver la anotación 33 de Luz contra Cousin en la página 965.

42. Ver la anotación 34 de Luz contra Cousin en la página 988.

entendimiento se nos revela por las ideas como las causas por sus efectos, que la manifiestan y representan a la vez. Mas adelante examinaremos las ventajas e inconvenientes de esta denominación, así como la teoría que trae consigo; bastándonos por ahora determinar su existencia y señalarla como el estandarte mismo de la filosofía de Locke.⁴³ Para éste y toda su escuela el estudio del entendimiento se encierra en el de las ideas; y de ahí la expresión célebre y reciente de *Ideología* para designar la ciencia del entendimiento humano: el origen de esta expresión le encontramos ya en el *Ensayo sobre el entendimiento*, siendo la escuela ideológica hija legítima de Locke.⁴⁴

Ved ahí, pues, el estudio del entendimiento humano reducido al de las ideas⁴⁵: estudio que encierra varios órdenes de investigaciones, y deben por lo menos determinarse con toda precisión. Según lo dicho anteriormente, podemos considerar las ideas bajo dos aspectos: 1º investigar si en relación con los objetos, cualesquiera que sean, son verdaderas o falsas; o bien prescindiendo de su verdad o falsedad, de su aplicación legítima a los objetos, indagar únicamente lo que son en sí mismas, y tales como nos las manifiesta la conciencia. Sin disputa son esas las dos cuestiones más generales que podemos proponernos relativamente a las ideas; no siendo tampoco dudoso el orden bajo el cual debemos ventilarlas. Salta a los ojos que, dar principio considerando a las ideas con relación a sus objetos sin haber previamente examinado lo que son en sí mismas, es comenzar por el fin; es entrometerse a investigar la legitimidad o ilegitimidad de los resultados, estando todavía en la ignorancia de los principios. Es forzoso, pues, empezar el examen de las ideas, más no en calidad de verdaderas o de falsas, o como debida o indebidamente aplicadas a tal o cual objeto, y por consiguiente, como si fueran o no motivos suficientes para tal opinión o tal conocimiento, sino como simples fenómenos del entendimiento, marcados con estos o los otros caracteres: así es como debe proceder incontestablemente un verdadero método de observación.⁴⁶

Mas no para aquí, habiendo todavía dentro de dichos límites materia dispuesta para dos órdenes distintos de investigaciones.

43. Ver la anotación 35 de Luz contra Cousin en la página 988.

44. Ver la anotación 36 de Luz contra Cousin en la página 990.

45. Ver la anotación 37 de Luz contra Cousin en la página 993.

46. Ver nota 110. (*N. de la E.*)

ANOTACIONES

*Audi alteram partem.*¹

1

Parece excusada la pregunta, sobre todo a mediados del siglo XIX. Cuando la Filosofía estaba toda entrelazada y confundida con la teología, entonces sí era oportuno distinguir entre los filósofos que seguían meramente a la razón, y los que también llevaban, además de ella, el norte de la autoridad. Hoy ya se entiende sin preguntarlo que nadie es ni puede pretender llamarse filósofo, sino por la gracia de la razón; pues aún los mismos entre los filósofos que han abogado por un principio de autoridad para moderar la razón y dirigir a la humanidad y llenar cumplidamente sus necesidades, lo han verificado a fuerza de razones y por el ministerio de la razón, o de lo que tal les ha parecido, como sin salir de la misma Francia nos ofrecen notables ejemplos los Lamennais, los Ballanches. ¿A qué, pues, con qué objeto hará el señor Cousin semejante pregunta, exclamarán sin dudas los lectores atónitos? No anticipemos la respuesta: más adelante se desprenderá ella por sí misma.

2

No podía haberse presentado más pronto, no diré una gran luz, pero si ya vislumbre para empezar a iluminarnos sobre la cuestión pendiente. Repárese en el arte con que el escritor quiere llamar la atención sobre la obra que se propone analizar, pintándola en cierto modo como libro de circunstancias, deslizando asimismo la idea de que pertenece a una gran escuela, de que es sistemático; cosa que en sí misma es muy recomendable, pues sin sistema no hay filosofía, siendo lo único reprobable en la materia el aferrarse a un punto de vista, en que se excluyan los hechos patentes, de donde quiera que nos vengan. Todavía diré para disculpar, o, si se quiere, justificar al autor de esta parte, que todo sistema o toda nueva filosofía es en cierto modo obra de circunstancias, si se atiende muy espe-

1. "Escuchar a la otra parte".

cialmente a que éstas son las causas ocasionales que producen todos esos diversos movimientos en la ciencia que llamamos sistemas: de otra suerte, tendríamos efectos sin causa. Nacen unos sistemas por no poder continuar viviendo los que regían: la muerte completa de los unos es consecuencia forzosa en muchos casos de la vida temporal o eterna de los otros; y ved ahí cabalmente uno de los argumentos invencibles contra el proyecto de conciliación de M. Cousin, o sea, del eclecticismo como él lo propone, o por lo menos como él lo aplica. Pero no insistamos sobre esta importante cuestión, que aquí sólo tocamos por incidencia y por no perder coyuntura de ilustrarla; contrayéndonos a la que nos ocupa nótese igualmente como a renglón seguido, después de haber soltado aquella insinuación histórica, se apresura nuestro autor a aplaudir este distintivo, como él lo llama, de la filosofía de Locke. ¿Estaba en su mano seguir un rumbo diferente hablando a sus compatriotas en el año de 1828? Si no lo hubiera practicado así, solitario se habría quedado en la Cátedra de la Sorbona. Necio sobre imprudente (dos veces necio) sería el hombre que atacase hoy de frente ciertos principios que están fuera de discusión: lo que se hace en tales casos es irlos rodeando, ir muy de antemano soltando ahora una pedruzuela, luego una semilla para la enredadera, más tarde un adverbio (que no trae el autor que se impugna) después una preposición, tan pronto se declama echando mano de las verdades más válidas de las ciencias naturales (muerte de los metafísicos), para cubrir con su manto el escándalo que puede haber producido la paradoja o el absurdo en el ánimo de los lectores; como se apela al gastado reporte de pintar de *materialistas* a los verdaderos investigadores, o al menos, de temibles sus doctrinas, por conducir a tan funesto resultado. Ya tiene la juventud su “Curso completo de sofistería”; pero tampoco le faltará, aunque no tan acabado, el suficiente de *esgrima nacional*, para descubrir y desbaratar las redes con que pretenden envolverla los que en son de amistad, resultan ser los mayores enemigos de sus almas.

3

Hay aquí ya mucho que desenredar, y con qué aclarar algún tanto la cuestión pendiente, a saber: ¿por qué insinué el Eclético al comenzar, si Locke seguía o no a la razón exclusivamente? Está visto que nuestro autor ha querido que respecto al filósofo inglés se tome el libre uso de la razón como lo enseña el protestantismo. ¿A qué viene si no, haber revuelto la una cuestión con la otra? Norabuena que para dar cuenta, para mejor ilustrar las opiniones del filósofo, apelemos a la biografía del hombre; pero eso mismo cuando se hace de buena fe, se hace muy de otra manera. Si tratando v. g. un escritor de contar las historias de los papas, o de los concilios, advierto a mis lectores que el tal historiador es *protestante*, obro en tal

caso como es debido haciendo justicia al asunto y aun al mismo autor; pues si lo desempeña con imparcialidad, tanto más lauros para él y para su libro. Pero que tratándose de un hombre que proclama en filosofía sólo la autoridad de la razón, se note ésta aplaudirse, y se insinúe luego a renglón seguido que el mismo hombre es *protestante*, y no *cristiano* completo (imás que todos vosotros juntos y congregados!) sino que está pisando en el mismo lindero del cristianismo y otras flores de estilo tan falaces y capciosas como esta misma, y todo esto a un auditorio católico formado de juventud dispuesta a favor de su catedrático... esto no es justicia, ni imparcialidad, ni jugar limpio, ni proceder como hombre de bien. Todo lo más que pudiera haberse hecho sin faltar a estas condiciones, para más impresionar a los oyentes sobre la libertad de pensar del filósofo inglés, era decir que pertenecía al protestantismo y al partido más liberal de su época. Pero ¿a qué viene, y *primo limine*,² para prevenir a su auditorio, el decirnos si Locke entra o no entra hasta tal o cual punto en la metafísica cristiana en una obra acerca de las *ideas*? Ya haré resaltar más adelante, no diré la inoportunidad e injusticia, sino hasta el ridículo de semejante procedimiento. Vamos por partes. En primer lugar confiesa el señor Cousin “que en Locke va la independencia de opiniones siempre acompañada del respeto *sincero* y *profundo* de cuanto respetarse debe; que es a un tiempo filósofo y cristiano”. ¿Entonces que más quiere, aun para el propósito de la inoportunitísima cuestión que ha suscitado? Nada más habría que pedir. ¿Pero creen mis lectores que aún esa misma justicia que se rinde al respeto y veneración de Locke por el cristianismo, se ha hecho sin estudio, sin otra intención?

¡Qué poco conocen los lectores todavía a nuestro hombre! Y aquí no será fuera del caso advertir cuán de todo punto difiere del señor Cousin en esto de táctica: él se propone desacreditar un autor, y ni menciona esta palabra, sino que todos son rodeos, insinuaciones, estocadas laterales; yo voy de frente y digo desde el principio: “defiéndete, sofista, que yo no quiero serlo aunque pudiera”. Cuando los hombres han abusado tanto como el señor Cousin de su posición es forzoso que se atengan a las resultas. Volviendo de esta pequeñísima digresión, diré al lector sin embozo que el objeto del señor Eléctico en hacer justicia al cristianismo de Locke no es otro sino dar a entender que esa dote es *personal*, y no consecuencia de su sistema: pues en infinitos lugares de las obras de Cousin, unas veces arrastrado por su mismo sistema exclusivo, por más que diga lo contrario, y otras Dios sabe por qué —y lo sabremos nosotros a su tiempo— siempre quiere echar la culpa al sensualismo de cuanto execrable pasó en la Revolución Francesa, de cuanto es pobre de gusto en las artes; en una palabra, éste es su *caballo de batalla*, como dicen sus compatriotas, y ya se le

2. “de entrada”.

conoce aquí mismo desde las primeras líneas. Muy largo e inoportuno sería entrar ahora a exponer las causas de ese gran terremoto del mundo político que se llama Revolución Francesa; pero no hay niño de la doctrina hoy que ignore que esas causas fueron muchas; que la mala influencia (y la buena, puesto que también hicieron bien) que en ella ejercieron los escritos de algunos filósofos, no se debió precisamente a sus doctrinas *sensualistas*, sino a que atacaron con hechos o con razones ciertas instituciones, y finalmente que las causas principales estaban en los mismos males que trabajaban entonces a esa malhadada nación, compuesta naturalmente de hombres vivos, exaltables y belicosos. Sigamos con el impugnador de Locke. “En el *Ensayo sobre el entendimiento* reina —continúa Cousin— como un perfume de sólida piedad el verdadero cristianismo”. Entonces ¿qué más quieres? volveremos a preguntar. Un perfume *sólido* es más de lo que se puede exigir de un perfume, que es vapor naturalmente *leve* y pasajero; y el cristianismo de Locke es verdadero: con que tenemos que es sentido, sólido y verdadero; no se necesita más para canonizar a un hombre entre los cristianos. Pero, señor —exclamará cualquiera— esto de perfume con solidez, no se acomoda muy bien: ¿no es algo raro el modo de explicarse de M. Cousin? No, señores, que es muy ecléctico, muy electivo, muy adecuado a su propósito. ¡Bien se ve que aún no lo conocéis! *Perfume* quiere decir *ligero*, y él se propone hacer creer a sus oyentes que no es grave Locke en el cristianismo; pero trae el correctivo de *sólido*, que significa *pesado*, para los que tengan la *pesadez* de reargüirle con el que no le hace justicia; pues entonces les contesta con el *sólido y verdadero* cristianismo; es decir, que ser ecléctico se llama estarse siempre preparando una retirada: el *pro* y el *contra*: diluir el pensamiento con tantos arrimos, distinguos y enredos, que no sepa la pobre juventud (que es a quien únicamente tengo lástima) a que carta quedarse. Siga usted hablando, señor Sofista. “Este (el cristianismo de Locke) sin embargo se ve reducido *en algún modo* a su más simple expresión”. Le dió la conciencia (síguete... ¡cobarde!) el golpe de que aventuraba demasiado en la expresión, y al momento acudió con el *correctivo en algún modo*. No, amigo mío, cuando una cosa está reducida al modo de su más simple expresión (digo, y ¡más!) ya no hay *modo* de reducirla más, porque ese es su *último modo*, y así vuestra frase envuelve un contrasentido. Matemáticos, de quienes está tomada la metáfora, sabed de hoy más, que cuando hayáis reducido un caso o doctrina a su más simple expresión, todavía no está reducida *a su más simple expresión*. Por lo demás, si el cristianismo es verdadero, tanto mejor para él de verse reducido a su *más simple expresión*; pues cuando una doctrina así precisada puede todavía resistir el análisis, sale entonces acrisolada de verdad. “Locke cita con frecuencia las sagradas letras tributándoles el homenaje que se merecen, pero sin entrar jamás en el fondo de los dogmas y de los misterios, en donde reside sin embargo la metafísica cristiana”. ¡Habrased visto

cosa como ella! ¿Lo creeríamos si no lo estuviéramos leyendo con nuestros mismos ojos? Pues ha hecho muy bien Locke, señor Victor Cousin: ha hecho mil veces bien con no haber entrado en el fondo de los dogmas y de los misterios en una obra de Psicología! ¿Os habéis olvidado de aquellas palabras que estampasteis en otra parte de vuestros escritos (véase el prólogo de los *Fragments*) diciendo “que la filosofía para siempre se había emancipado de la teología, y que era el colmo de la sinrazón mezclar hoy la una con la otra”? Si Locke se hubiera propuesto en un libro ex profeso explicar los motivos de la filosofía del cristianismo (que tiene mucha y muy profunda filosofía) entonces se le podía hacer semejante cargo. Pero aquí es donde resalta, no ya la injusticia, sino hasta el ridículo, como antes dije, con que se le endereza tal reconvención. Propónese un autor exponer la filiación y origen de las ideas para determinar el alcance de las facultades intelectuales; es decir, propónese describir unos fenómenos de la naturaleza con sus leyes, y nada más; y porque ha querido y porque le ha venido a cuento, ha citado los libros sagrados entre los cristianos; pero el tal hombre podía haber desempeñado su tarea sin ser cristiano, ni judío, ni moro. Si, pues, ha aprovechado las luces filosóficas que el cristianismo le ha suministrado, tanto mejor para él y para nosotros. ¿No podía un cínico, un oriental, un hombre que ni siquiera tuviese una idea ni remota del cristianismo habernos dado la historia y teoría exacta de los fenómenos del entendimiento? El procedimiento natural es el que yo he adoptado respecto de M. Cousin, al notar tantas opiniones extraviadas y contradictorias, tantas doctrinas y paradojas opuestas al tenor de los descubrimientos en las ciencias, siendo por otra parte un hombre de mérito y de talento el propalador. Para volver de mi escándalo, de la sublevación en que este hombre ponía mi entendimiento candoroso, amigo de la verdad, de la verdad pura, donde quiera que la encuentre, sin cálculo de ningún género, he tenido que apelar a los antecedentes del *hombre* para explicar los extravíos del *filósofo*; pero eso mismo después de haber impugnado con sólo las armas de la razón semejantes delirios y contradicciones. Empero Cousin sigue una marcha opuesta relativamente al buen Locke: empieza previniendo los ánimos contra él, y previniendo solamente antes de analizar sus doctrinas; pero poco me importa, yo admito la batalla en cualquier campo y forma en que el enemigo haya querido presentarla, advirtiendo con este motivo, y de una vez para todas, que yo no soy apologista de Locke, sino al contrario le impugno en muchos puntos en que lo hace M. Cousin, por ser favorable a sus doctrinas; pero sostengo que la base del sistema del filósofo inglés es inexpugnable; es decir: “Son innatas las facultades, pero no las ideas”, o en esta otra fórmula concebida: “sentir es el fundamento de conocer”; y esto defenderé cada vez y cuando se le ataque con falta de justicia y de candor. Así lo he hecho presente un millón de veces en todos mis escritos polémicos, y señaladamente en el *Elenco de 1839* (proposición 26).

A su tiempo lo veremos. Por el momento sólo tachamos como muy antifilosófico este modo de impugnar: los discípulos han abusado de los principios de su maestro: luego son erróneos y perjudiciales dichos principios. Lo que incumbe probar en tal caso, en buena lógica, es que las doctrinas de los discípulos son consecuencias *forzosas* de los antecedentes del maestro; y en ese extremo, si resultan falsas las consecuencias, son también irremisiblemente falsos los antecedentes. Así, pues, el primer modo de atacar, y el más victorioso, es demostrar por el análisis o con hechos que tal principio conduce precisamente a tales errores o absurdos. Pero se dirá: creíamos el principio inocente en manos del maestro; pero los discípulos no han revelado las consecuencias, y por eso los tenemos por nocivos después de las lecciones que nos ha dado la historia. Como estas consecuencias perjudiciales se deduzcan forzosamente de las premisas, entonces y sólo entonces serán éstas falsas y nocivas. Pero el que los hombres hayan abusado de un principio cierto, seguro y demostrado, no le quita a éste su certeza y su seguridad. No hay cosa buena e inocente que no puedan convertir en maléfica y nociva, según el uso, o mejor dicho, el abuso que hayan hecho de ella. No publicuéis, dicen los timoratos, que el físico influye en la moral, v.g., porque puede abusarse de tal principio para atacar la libertad humana o el libre albedrío. ¿Pero cómo hemos de estorbarlo, si es una verdad evidentísima demostrada por un millón de hechos, y verdad utilísima —bien que no hay verdad perjudicial— por cuanto conocido el hombre como es en sí, sabremos educarle y perfeccionarle mejor y más seguramente?; en una palabra podremos más fácilmente hacerle feliz en este mundo, sin perjuicio del otro. Que si la humana *libertad* o libre albedrío es atacada con semejantes armas, ella saldrá incólume del combate, y tanto mejor por la causa de la moral; no puede menos de salir ilesa, porque descansa en otros hechos tan evidentes como aquellos en que se apoya la evidencia del físico sobre el moral: una verdad no debe jamás temer confrontarse con otra verdad: ambas ganarán en el cotejo: los únicos que pueden y suelen perder son los hombres en sus intereses materiales o en sus intereses morales. Si uno de los dos principios tenido por verdad, resulta no ser sino verdad aparente, que caiga ante la verdad *verdadera*, hija del cielo. Yo estoy esperando que me demuestren que de la proposición fundamental de Locke “todos nuestros conocimientos son derivados de la experiencia” que de este inocentísimo principio se deduce forzosamente el materialismo, que lo trae en su seno como germen que con el tiempo indispensablemente ha de desarrollarse y crecer. Diré más: si de ahí deriva indefectiblemente el materialismo, todos los hombre tienen que ser forzosamente materialistas; porque esa es una verdad tan demostrada, que

se hace necesario rendirse a la evidencia. Pero señor, aunque sea verdad, es verdad perjudicial, porque pueden abusar de ella. Se me parece el caso de estos hombres idéntico al de aquellos que nos exigieron no publicásemos que hay en el mundo millares de criaturas que nacen idiotas, porque de esa manera se aprovecharían los antirreligiosos de tales armas para atacar la justicia divina; no siendo justo, según las ideas humanas, haber creado tantos infelices, negándoles el bien de la razón; pero ¿porqué hubiera hombres capaces de sacar esta consecuencia descabellada, es menos cierto el hecho de que se trata? ¿Podrá la justicia divina temer semejantes argumentos? Un daño irreparable imenguado! hacéis a la causa de la religión y de la moral infundiendo cobardemente el pavor de que estáis vosotros poseídos por la muerte de vuestras opiniones! Así establecéis esa lucha fatal entre la religión y la ciencia. Si ambas son verdaderas ¿quién contra ellas? Y les haré dar a entrambas el abrazo estrecho y sincero que se debe dar a la verdad: el ósculo eterno de la paz: sólo sus falsos defensores y desarmonizadores entre ella y la ciencia quedarán por tierra para siempre confundidos. *Delenda est Carthago!*³

5

Protestando de nuevo que no son discípulos (se entiende lógicamente, por una consecuencia forzosa) de Locke cuantos ateos y cuantos regicidas tuvieron la ocurrencia de escribir en los siglos XVII y XVIII, todavía tachamos de inexacto, aun respecto a esos mismos *monstruos*, el lenguaje de nuestro Eclético. En primer lugar, ya le tenemos aquí criticando a las claras la independencia que siempre se necesita para discurrir sin prevención, y ya antes la celebró el mismo Cousin, que nunca es el mismo. Segundo: otra inexactitud, y hasta otra maldad —casi diría— pintar al cristianismo como moderador de la independencia de opiniones, dando así a entender que al cristianismo puede ser temible semejante independencia, en lo cual se hace muy mala obra a la religión de Jesucristo, como si ella no pudiera entrar de frente en la libre discusión, o como si la libre discusión fuera de suyo cosa perjudicial. ¡Pobre filosofía, y pobre religión la de este Eclético! Tercero, en fin, tacho el modo de expresarse el autor, que envuelve otra inexactitud. Dice que “la independencia ha degenerado en indiferencia, y ésta en enemistad”. Otra es la historia del espíritu y corazón humanos: primero es la hostilidad contra las opiniones reinantes, y después entra naturalmente la indiferencia respecto de ellas, no al contrario.

3. “¡Hay que destruir a Cartago!”.

6

Es decir, jóvenes queridos, abrid los ojos, estad siempre prevenidos contra las doctrinas que malévolamente han sido bautizadas por sus antagonistas con el nombre de sensualismo. Todo esto era menester: suponer a unas opiniones males que no han producido, para hacerlas odiar, ya que no se pueden impugnar victoriosamente por su evidencia. En fin, no hablemos más: yo también reclamo la atención de la juventud y de todos los sensatos; *audi alteram partem*:⁴ que tampoco perderá coyuntura de descubrir el espíritu que anima al autor: tenemos el mismo derecho para tomarnos la licencia que él se toma. Veremos de que lado se inclina la balanza. *Scimus, et han veniam petimusque, damusque vicissim*".⁵

7

Ya ésta es manía de criticar y poner siempre *peros* a Locke. El lector acaba de ver que no hay nada de vago ni incierto en el modo de explicarse el filósofo inglés acerca del método, sino antes bien peca el estilo demasiado determinado y prolijo; de forma de que el más lerdo no puede menos de entender la mente del autor, y ésta es dote constante de los escritos de Locke: siempre se entiende lo que dice, así cuando acierta como cuando yerra. No se puede decir otro tanto de M. Cousin; al menos, suele dar más trabajo desentrañarle. Así, pues, verá el lector que lo único que hace Cousin respecto a estas citas de Locke es abreviarlas, no aclararlas más, y exponerlas en lenguaje algo más moderno, o mejor dicho, algo más antiguo, aunque revivido. El historiador de la ciencia Tenneman, traducido por el señor Cousin, hasta reprende a Locke la suma claridad que supo dar a estas materias psicológicas, de suyo tan abstrusas, por haber contribuido así a popularizar la ciencia, y hacer creer a los hombres superficiales que era más fácil de lo que es. Yo no soy de la opinión del historiador alemán en cuanto al perjuicio causado por este modo de tratar la materia; pero ésta no es la cuestión ahora: sólo me propuse alegar un comprobante irrecusable de la habitual claridad del estilo de Locke. Por lo demás, tiene Cousin razón en decir que en la *aplicación*, no en la *enunciación*, suele estar Locke, no diré precisamente *vago e incierto*, sino falto alguna vez; pues no siempre es dado, o mejor dicho, nunca es dado, al que pone las primeras piedras, llevar el edificio a su complemento y perfección. Pero dicho sea para la gloria de Locke: siempre que ignora, o que no sabe todo lo que juzga

4. "Escuchar a la otra parte".

5. "Lo sé, y no sólo concedo esta facultad a los demás, sino que la pido para mí también. (Horacio, *Art. Poet.*)

necesario para penetrar en el asunto, lleva la circunspección hasta el extremo. ¡Pocos mortales ofrece el campo de la ciencia más amantes de la verdad y más cautelosos para evitar el error! Ya no hay en el mundo tanto franqueza e ingenuidad. Murieron.

8

He ahí una verdad; pero hizo muy bien Locke en no expresarla, pues es de aquellas que ni esclarecen la cuestión ni hacen honor a quién las dice; y hablando sin rodeos: “para conocer es necesario la facultad de conocer” es una perogrullada completa y siempre superflua.

9

Consecuencia rigurosísima, y principio luminoso hasta no más: sólo falta que M. Cousin sea consecuente a él, y lo aplique como es debido. Desgraciadamente no sucede así porque este mismo señor es el primero que quiere aislar el estudio de la *fisiología* del de la *psicología*; este mismo hombre es el que dice, como veremos en lo sucesivo, que “entre la sensación y la percepción media un *abismo*”, cuando la verdad y la verdadera metáfora serían “que entre una y otra no hay más que un *grado*, un *escalón*”; y todo esto para insinuar de antemano en el ánimo de los lectores que los que opinan diversamente (los de la escuela malignamente nombrada sensualista) confunden las operaciones del espíritu con las de la materia. Si el estudio del entendimiento humano, como asentáis, envuelve el de la humana naturaleza, claro está la utilidad y necesidad de estudiar al hombre por entero para conocerle completamente, al hombre físico y al hombre moral, sobre todo siendo tan íntima y estrecha la relación entre uno y otro: el hombre es espíritu; sensación, sentimiento y entendimiento: luego es forzoso estudiarle bajo todas estas relaciones para penetrarle hasta donde nos es dado, y el investigador que omitiera alguna para conocerlas todas, llevaría precisamente la de errar, o la de acertar o descubrir menos que los demás armados con todos los requisitos y recursos; idéntico en esto al médico que mal avisado se contentase con sólo tomar el *pulso*, sin hacer reparo en otros síntomas que tanto podrían ayudarle para atinar con la causa del mal en el mismo caso propuesto. Ya se ofrecerán ocasiones de desenvolver esta importantísima materia en el discurso de nuestra impugnación. Bástenos por ahora apuntar la preciosa doctrina que acaba de sentar el autor; conviene a saber, “que el estudio del entendimiento humano envuelve el de toda la naturaleza humana”

Tome la juventud esta prenda que ha soltado el caudillo de la escuela pseudo-ecléctica; y a su tiempo verá por sus ojos, si ha tenido razón para decir que hay tres personas distintas en el señor Cousin: la primera, el

celoso promotor e informante de instrucción pública, y para ésta no tengo más elogios; la segunda, el filósofo que promete grandes cosas, proclamando los principios demostrados de la ciencia moderna, y a ésta también aplaudo, pero le tomo la palabra; la tercera, en fin, el filósofo, que olvidado completamente (o desconociendo, o si los conoce, peor) de los bellos principios que ha sentado y las espléndidas esperanzas que nos hizo concebir, se contradice lastimosamente, sostiene las paradojas más sublevadoras de la razón humana, embrolla la exposición de los fenómenos más perceptibles; y lo que es peor que cuanto va dicho, emplea todas las armas y tretas de la sofistería de un modo de que apenas hay ejemplo ni en un siglo ni en su nación. Otra vez he dicho, y viene y conviene aquí repetir, cuán fácil sería hacer una impugnación al señor Cousin exclusivamente con los datos que contra él arrojan sus propias doctrinas y hasta sus palabras; podría escribirse un libro muy dilatado y consecuente en todo a su título llamándole: “El eclecticismo refutado por sí mismo”. Tampoco es fuera del caso advertir lo que ya apunté en mi *Elenco de 1839*, a saber: que si no hubiera sido por esas verdades y principios de la ciencia moderna que se invocaban, no habría podido pasar ni por un momento los errores y nubes que se encubrían bajo la bandera del *soi-disant*⁶ eclecticismo, que debió igualmente en gran parte su efímera existencia, entre otras muchas circunstancias —que ahora nos llevaría muy lejos desmenuzar; pero que iremos haciéndolo según y conforme se presente la coyuntura— a este nombre sonoro, rotundo, conciliador y electrizante. Así es como se alucinó a la incauta juventud; veía ella opiniones bellas, y magníficas esperanzas en las primeras páginas y en la portada, y ya llevaba en sus venas el opio que había de adormecer los ojos de su entendimiento para pasarlo de largo por los errores que después tan astutamente se le entretejían con las verdades. ¿Cómo podía la juventud considerar como mala una filosofía en que veía de cuando en cuando cosas buenas, y adornadas con todo el prestigio de la locución? Mis impugnaciones, espero, le demostraron que es bien mezquina, y el día que penetre sus motivos, la hallará no solamente pésima, sino detestable. No hay que escandalizarse: que todo se irá poniendo más claro que la luz meridiana. No anticipemos.

10

Distingo. (Y aquí palpo la necesidad de reunir en un solo cuerpo cuanto publiqué, que no es poco, sobre la importantísima cuestión del *Método*, para no tener que repetirme. Se reimprimirá, pues, simultáneamente con el presente trabajo como otro cuaderno). Debe preceder a los puramente filosóficos, en el sentido estricto en que hoy suele aplicarse la palabra, es

6. “autodenominado”.

decir, como el conjunto de las ciencias llamadas *morales o intelectuales, concedo*; debe preceder a todos los demás, como v.g., a la física, a la química, a las matemáticas, esto es, a las ciencias naturales, *niego*. De seguro que el señor Cousin admite la distinción, y aún me dirá, no sin algún fundamento, que para las palabras de su texto era excusada. Sin embargo, vaya dos respuestas: aquí en la Habana, entre nosotros, después de haber escrito *setenta* columnas del *Diario*,⁷ sobre la materia, después de haber recibido ésta cuanta claridad es posible dársele, todavía se ha encontrado quien se oponga, sin apoyarse más que en esas mismas palabras generales del señor Cousin. A este caballero va enderezada la segunda respuesta. El modo en que está concebida su proposición presupone sin duda la premisa, o bien tiene por forzosa consecuencia, el que sea más arreglado, más metódico, más natural, estudiar primero la naturaleza del instrumento y la causa de los efectos que los efectos mismos, y cuidado que primero es el *instrumento* que las *operaciones, y primero la causa* que los *efectos*; sin embargo, “*il n'en est rien*”, como dicen expresivamente los franceses —no hay nada de eso—; y ahí está descubierto en toda su desnudez el argumento que a tantos ha alucinado. Dicen pues: “no podemos estudiar ciencia ninguna sin usar del entendimiento: es así que para usar bien de una cosa, es menester conocerla, y que esta cosa o instrumento es antes que las demás que con él van a adquirir: luego debe estudiarse ante todo el órgano, sin el cual no es posible constituir la ciencia”.

En primer lugar, el hombre se halla, sin saber cómo, en el uso de su entendimiento, constantemente discurrendo sobre todo lo que se le presenta, con tanto más acierto cuanto más familiares le son los objetos acerca de los cuales se ocupa; distinguiendo la verdad del error en el cotejo de unas impresiones con otras impresiones, o sea, en la piedra de toque de la *experiencia*. ¿Necesita para esto conocer su entendimiento, su naturaleza, sus leyes? Mas todavía: ¿puede al principio penetrar la naturaleza de su entendimiento? Imposible. ¿Cuál es, pues, la primera regla del método? Empezar por lo más fácil, y lo más fácil es lo más natural. De otra suerte estaríamos aguardando a que el hombre fuera capaz de conocer las leyes de su entendimiento, para enseñarle un millón de cosas que están al alcance: la naturaleza le está guiando como por la mano, mejor diré, por los ojos, por todos los órganos externos a ocuparse primero del mundo exterior. Así la causa primero que el *efecto*, el *criador* antes que la criatura; pero yo no puedo elevarme a la causa, sino por el efecto, ni al criador sino por la criatura; más claro, conozco millares de objetos, que ni aun criaturas son para mí, antes de soñar siquiera en la *inducción* de un criador. Puede un matemático hasta ser profundo en su ciencia, sin haberse ni siquiera preguntado que es el entendimiento humano, digo, y no de un

7. *Diario de la Habana*. En el volumen I de esta obra (N. de la E.)

modo empírico y puramente práctico, sino dando cuenta de la teoría en todo y por todo. Ahora bien, podrá haber, y hay efectivamente, una metafísica de la misma ciencia de la cantidad, a que quizá no llegue ese matemático, y que servirá de fundamento a sus mismas teorías; pero eso lejos de probar que deba proceder semejante, estudio, convence que no se puede arribar a él hasta el fin, y sin embargo le sirve de fundamento a todos los anteriores; pero está escondido en las profundidades de la ciencia o de la naturaleza, que es tipo de toda ciencia humana. Dios es primero que el mundo, y será cuando no sea el mundo; pero la idea de Dios es posterior a la *idea* del mundo; o lo que es igual: “el hombre no puede conocer a Dios sino por el intermedio del mundo”. Doctrina del insigne filósofo San Pablo: *invisibilia enim ipsius, Dei per ea quae facta sunt intellecta conspiciuntur*.⁸ Y tanto, que en su primera Epístola a los romanos increpa a los Gentiles por resistirse al conocimiento de Dios, diciéndoles que no hay excusa que alegar, puesto que ha hecho el mundo y sus maravillas que estaban a la vista de todos, aún de los más lerdos, pudiendo elevarse por estos efectos exteriores hasta el *espíritu, virtud y eficacia* de lo *divino* e invisible. Aquí está el método: aquí la invencible filosofía; pues que ya esto ni sistema puede llamarse, sino la historia verídica de los hechos. Así pensaba exactamente el genio más trascendental que en el mundo ha existido: Aristóteles, ni más ni menos, trae las palabras siguientes al libro 12º de su *Metafísica*: “La filosofía primera es la última en la enseñanza filosófica; hasta no haber atravesado los fenómenos y las relaciones en que se ocupan las ciencias inferiores, no podemos elevarnos hasta el ser absoluto, fuente invisible de los fenómenos”. Y es tan exactamente idéntico su modo de pensar al mío, que esas ciencias a que alude y que deben ir por delante, son precisamente la física y las matemáticas, como lo trae repetidas veces el libro 6º y 9º de la misma obra.

11

¡Cuidado! que aquí es menester proceder con la mayor precisión y exactitud. El hombre llega al conocimiento de Dios, filosóficamente hablando, como dijimos en la nota anterior; explayando así la doctrina de San Pablo, por el mundo y las fuerzas de su razón, que en ese sentido se hallan también en el mundo; pues el hombre y sus facultades son partes de él. La idea de Dios también la saca el hombre del mundo; de forma que si el hombre no sintiera lo limitado, no podría elevarse a lo ilimitado; por eso no hay, rigurosamente, *absoluto* para la concepción humana; así que, el hombre lee a Dios en el mismo mundo, aunque Dios sea diferente del mundo; porque en

8. “Porque las cosas invisibles del mismo Dios se ven entendidas en las cosas que son hechas” (San Pablo, *Ad Rom*, 20).

el mundo ve el plan, el orden, el concierto, la omnipotencia, la omnisciencia, la justicia, la causa: luego por *medio* de la observación llega a Dios: luego aunque la esencia de Dios no esté en el círculo de su concepción, lo está sin duda su existencia y demás atributos que hemos enumerado. Quitadme, pues, la experiencia, y priváis al hombre del único medio de llegar a Dios por la luz de la razón. Se ve, pues, que lo que llamamos *infinito* es un resultado del ejercicio de nuestro espíritu sobre esta máquina del mundo; es una pura *relación* de nuestras percepciones, sin que el ser *relación*, como ha creído algún pensador superficial, sea menocasar en lo más mínimo la *realidad* de ningún objeto. Es tan hija de comparación y cotejo la idea de Dios, que los hombres se la forman con algunos caracteres diversos, según sus puntos de partida, conviniendo todos en uno sólo, que a todos impresiona de idéntico modo. Ejemplo: el *politeísmo* y *monoteísmo*, la *idolatría* en sus variedades, y la *verdadera religión*; conforme son nuestros conocimientos de la naturaleza, así es nuestra idea de Dios, sujeta siempre a la naturaleza.

12

Principios divinos y por los cuales moriré combatiendo, mientras haya uno solo que los ataque! Pero ellos mismos son los que me llevan a consecuencias contrarias a las que en su aplicación deduce nuestro Eclético. Expliquémonos. El estudio del hombre es la inducción obligada de la Lógica, de la Moral, de la Legislación, de la Economía pública; en una palabra, de la Filosofía estrictamente dicha, o sea, las ciencias morales. Ahora bien, el estudio del hombre no comprende únicamente la *psicología* o el estudio de las *facultades mentales*; así, hace mal M. Cousin en poner la palabra *psicología* como sinónimo de la ciencia del hombre, pues la *psicología* no es más que una parte, un capítulo, aunque importantísimo, de ese gran tratado, siendo así que en el hombre hay funciones físicas, intelectuales e instintivas, o causas de las pasiones. Luego la *antropología* o estudio completo del hombre tiene por preliminar la *fisiología*; y la *psicología* no viene a ser propiamente más que una sección de esta misma ciencias; hasta la *patología* es verdadera y eficaz lumbre de las leyes del *hombre sano*: es la ciencia que encarga, por decirlo así, de hacer los *experimentos* que ha menester la ciencia del hombre para su progreso y perfección. Pero a fin de mejor penetrar las leyes de la naturaleza viviente, es útil, es necesario conocer las leyes generales de la materia; luego la *física* propiamente dicha es un preliminar obligado de la fisiología: la fisiología lo es de la moral, de la legislación, etcétera, pero estos ramos constituyen propiamente la llamada *filosofía moral y racional*, luego la fisiología es el fundamento de toda psicología, y por consiguiente de toda filosofía racional y moral. Antes de terminar esta nota permítaseme advertir que no es muy

de mi aprobación la palabra *psicología*, pues esta significa *tratado del alma*. y nosotros no conocemos el alma sino por sus *efectos*, como *causa*, no como *sustancia*: así parece más modesta y más arreglada a los fenómenos, y por lo mismo más científica, la denominación de *ideología* para esta parte de la antropología o ciencia del hombre que versa sobre las funciones *intelectuales*. Pero no nos paremos en fruslerías. Si se entiende lo mismo por psicología que lo que entendemos nosotros por ideología, no pelearemos por los nombres; conviene sin embargo advertir que el lenguaje corre siempre parejo con el estado de la ciencia, o con las pretensiones de cada secta. Los que aspiran a más exactitud introdujeron el nombre *ideología*; los que quieren desenterrar lo viejo, aunque sea bueno (que cuando lo es yo soy el primero en ayudarles, y tengo dadas relevantes pruebas de ello), esto es, los que ganan con la confusión, se empeñan en revivir la pretensora denominación de psicología. Juzgue el lector; aun por éstas al parecer frioleras, de las miras de ese partido político-filosófico.

13

¡Dale! ¡y no pasa con poner a la psicología como sinónimo de la ciencia de la naturaleza humana! ¡Habrás visto tal porfía! Pues, no señor, que la naturaleza humana, no digo como animal, pero ni como humana, está agotada en las facultades intelectuales; más todavía, no podéis profundizar en el estudio de estas facultades ni internarnos en el de los órganos y en el de las influencias físicas, sin mezclar asimismo los fenómenos del sentimiento. ¡Santos varones! Todo está enlazado en el hombre: le mutiláis miserablemente en son de completarle. El hombre no es espíritu puro: es alma, cuerpo y sentimiento, todo en una pieza; se separan estos fenómenos para analizarlos y mejor comprender su enlace y relación. En la naturaleza no hay paralelas, sino tangentes y secantes; todo se toca y se abraza; no hay primero, ni postrero, como dijo el grande Hipócrates. Estudiad al antiguo, señores eruditos, y sabréis un poquito más, ya que tan afectos sois a antiguallas, y que vuestra cabeza por sí sola no os ayuda para cosa de provecho.

14

Estamos de acuerdo en la posibilidad de la ciencia del hombre. Pero el porqué del señor Cousin me parece tan exótico, o yo tengo mi cabeza tan de otro modo distinto a la suya, que no me parece tan precisamente el fundamento de la psicología. En efecto, es inconcuso que nada pasa sin que de ello tengamos conciencia, o, hablando más claro, sin que lo sintamos; pues la conciencia de M. Cousin es el sentimiento, ni más ni menos, y si no lo fuere, peor para él; pero con esto sólo no se puede levantar la

ciencia, que siempre ha de consistir en el cotejo del yo con el no-yo, o del sujeto con el objeto. Vamos a demostrarlo brevemente: a veces sentimos hasta lo que no pasa en el mundo exterior, como sucede a un frenético que dice tener en la cabeza una legión de diablos, cuando en la realidad tiene algo, pero es una irritación cerebral; así, es menester distinguir el hecho de la conciencia del hecho de conocimiento: si no tengo en lo exterior, en la observación, con qué marcar la causa, o motivo de mis sensaciones internas, no puedo levantar la ciencia. Véase como la levanta Descartes, cuando trata de hacerlo: hasta para poner la piedra del *cogito, ergo sum*,⁹ tiene que apelar al mundo exterior. Desafío a los metafísicos a que me construyan la ciencia de la conciencia sin echar mano de la experiencia exterior.

15

Si los pseudoecléticos o idealistas no abusaran tan a menudo de los símiles, ni palabra diríamos acerca del presente, y máxime cuando es la expresión de un hecho. Pero pues invocan esos señores el rigor científico, vamos a aplicarlo al asunto que nos ocupa. Efectivamente, la conciencia nos dice cuánto sucede en nuestro interior;¹⁰ pero no es rigurosamente hablando un testigo tan sólo, sino que también es actor y parte; pues, en resumidas cuentas, conciencia es sentir, es un modo del sentimiento, es, por otro nombre, *el sentido íntimo*, o interno. La conciencia es un fenómeno que acompaña a las demás funciones intelectuales que pasan en nuestro cerebro, y aún en el resto de nuestros órganos operando juntamente con ese gran órgano, o con esa colección de órganos, sea cual fuere la opinión que se adopte acerca de la naturaleza del cerebro, como compuesto de un solo órgano, o de muchos relacionados y enlazados entre sí. Cuestión que no examinaremos ahora, por no desviarnos mucho de nues-

9. "pienso, luego existo".

10. Esto no quita que se verifiquen a veces otros fenómenos intelectuales, como sucede en el sonambulismo y en algunas enfermedades, sin ir acompañadas del sentimiento de conciencia. A este capítulo pertenecen también aquellas impresiones menores o reiteradas de que no hacemos caso o no tenemos conciencia, por el hábito, a que tanta importancia da Leibnitz, y luego se nos revelan ellas, o sus resultados, cuando menos lo esperábamos; y que se hallan en el depósito de nuestro entendimiento, sin tener conciencia de ello; tampoco es el hombre consocio del mecanismo, digámoslo así, de sus funciones intelectuales, en lo cual está tan a oscuras como en el de las corporales, mientras los experimentos y observaciones no le declaran su marcha, si es que pueden, y hasta donde pueden. En efecto no sabemos lo que pasa cuando damos una idea por medio de la inducción; v. g.: sabemos algunos de los fenómenos concomitantes, y nada más. Sólo por el estudio de las ciencias físicas podremos averiguar algo; la conciencia por sí sola es estéril: ella no puede dar ni la historia de sí misma.

tro propósito; pero que lo haremos lentamente y de muy buena gana, ya sea en el discurso de este trabajo, o bien en una memoria escrita expresamente,¹¹ si aquí no se presentare la buena oportunidad. Es cuestión más propia para ventilarse con Jouffroy que no con su maestro Cousin; tal vez nos ofrezca una bella coyuntura el examen de un trabajo del primero muy inmerecidamente aplaudido por un consistorio de metafísicos y de parciales, jueces muy recusables por uno y otro título. La conciencia es tan efecto, o tan fenómeno como la percepción, la memoria u otra cualquiera de las facultades intelectuales, dependientes todas de una causa, de la causa de la vida: en todos esos fenómenos vitales hay algo de activo y pasivo simultáneamente. De modo que la acción y pasión no son tan contrapuestas como cree en otro lugar M. Cousin; y éstos son los argumentos que hacen más fuerza a los metafísicos, siempre víctimas de las palabras. A la prueba. ¿Puede concebirse la recepción, la pasión de la impresión, en nuestros órganos, en el cerebro, sin la facultad, sin la acción de parte de dichos órganos para ser impresionados por los objetos externos? Luego en rigor ni aun los fenómenos vitales, como v.g. la conciencia, que consideramos como pasivos respecto a otras facultades más activas, más productoras, como v.g. el raciocinio, pasan, ni pueden pasar realmente sin su acción vital, sin su energía; no habiendo en el lenguaje, como siempre sucede, más que la pintura de las relaciones —de la relación de la relación—, punto que es forzoso no perder de vista para salir con bien de los embrollos en que quieren los metafísicos envolver un asunto de suyo tan difícil y complicado, como importante y precioso para el celeberrimo *Nosce te ipsum*.¹²

16

Cuando se afirma, y con la forma negativa, que “la conciencia no es el principio de ninguna de nuestras facultades”, se da a entender implícitamente que ha habido quien niegue semejante cosa, o quien sustente lo contrario. Pero ningún hombre en este mundo ha pretendido ni puede pretender que la causa de su raciocinio, v.g. sea la conciencia, sino una facultad especial para raciocinar. Todo lo que él creará y sostendrá (y en eso lleva mucha razón), es que la conciencia es como una base, como un antecedente preciso, en el orden humano, que le es conocido, para que se verifique aquella función; del mismo modo que nadie confunde el acto de ver un objeto con el de juzgar que le ha visto, aunque sea indispensable haberlo visto para juzgar que lo vio; pero nuestro hombre no creará que juzgó *con*

11. Ver las anotaciones de Luz sobre el cerebro en el Apéndice de esta obra (Roberto Agramonte).

12. “Conócete a ti mismo”.

ojos, sino *por* los ojos; en resolución, nadie cree que una facultad es causa de otra sino, cuando más, motivo, antecedente, *condición*.

Ahora bien, si por la palabra *principio* no se entiende *causa* sino antecedente o condición, entonces tienen razón los que digan que “la conciencia es base o fundamento de algunas facultades”, y tanto más, señores, cuanto esta *conciencia* de M. Cousin, en último análisis, como lo probaré en una de las notas próximas, no es más que el sentimiento, la sensación, mal que les pese a los idealistas, que no hay otro punto de partida para la psicología y para la ética de la especie humana. Se ve, pues, que viene a reducirse la materia de la presente nota a cuestión de palabras, y que bajo la debida distinción, pues la palabra *principio* es sobradamente vaga, con tanto fundamento se puede afirmar como negar que “la conciencia sea o no sea el principio de vuestras facultades”. En todo caso, cual se verá siguiendo la lectura del texto, nadie necesita más que M. Cousin, para establecer esa ilimitada autoridad de la conciencia en que descansa su sistema, admitir que ella es el principio o la base. Él, sin embargo, se contenta con que le dejen haciendo el papel de testigo; pero en tal caso no podía certificar de cuanto pasa en ella misma, pues en negocios de esta especie no basta presenciar, sino que es menester tomar parte, poder decir con el padre Eneas: *et quorum pars magna fui*.¹³

Todavía quiero disculpar el modo de expresarse de M. Cousin, pues pudiera decirme que lo había empleado no precisamente porque hubiese o no filósofos de opinión contraria, sino sólo por dar más precisión y exactitud a la doctrina que exponía. Entonces, las observaciones que van hechas prueban que no ha tenido la mejor mano para la exposición, toda vez que sin la menor violencia ha dado lugar a ellas, y eso de parte de quien desea hacerle justicia, cada y cuando se presente la ocasión, así en lo favorable como en lo adverso. ¡Cómo no dejará las cabezas de la juventud una exposición muy a menudo vaga, inexacta y contradictoria, aun en los puntos más sencillos y en que todos corremos de acuerdo! Ni se crea que lo achaque yo a torpeza por parte del autor, sino a la maligna influencia de un sistema y el hábito contraído de emplear cierta hojarasca, muy aplaudida por las testas coronadas de la metafísica. De ella veremos sobradas muestras en el discurso de esta lección. Por eso he sustentado siempre que no hay libro menos a propósito para la enseñanza que el curso de M. Cousin: carece completamente de las dotes fundamentales de un texto didáctico.

17

Todas verdades evidéntísimas, como que son verdades de sentimiento. Pero otro inconveniente encuentro yo con recalitrar a la juventud sobre lo

13. “y en los que interviene de manera principal”.

que es tan claro y distinto, pues eso en todo caso más contribuye a confundir que a ilustrar; llega a persuadirse que hay algo más de lo que ella sabe, en lo que sólo hay... *más* palabras. Los objetos sencillos no deben más que enunciarse. ¿Qué diríamos del físico que nos embocara, v.g. un capítulo sobre la extensión? La extensión como propiedad de los cuerpos, está despachada con decir: “todos los cuerpos son extensos”, y aún sin eso, porque ya se supone, como un postulado de la ciencia, para hablar el lenguaje de los geómetras, en cuya jurisdicción tendrá mucho que dar de sí la materia, pues la medida de la extensión es objeto muy complicado y de muy variadas relaciones. Cuanto tenga un psicólogo que exponer acerca de la ciencia no puede pasar de aquí: “la conciencia es sentir”. La conciencia es un hecho y nada más, es un primer principio, como diría Cartesio, y *prima principia*, como el mismo sustentaba, *non sunt logice demonstranda*.¹⁴ A lo cual redargüirá nuestro Eclético, que si bien no han de demostrarse lógicamente, es menester demostrar su existencia del modo que mejor se pueda; porque en el tal hecho se funda la ciencia. Norabuena: mas para patentizar la existencia de que se trata, no hay más que enunciarlo, porque el *sentimiento* mismo que se halla en todo hombre que viene a este mundo; mejor dicho, ni aun enunciarse debiera, sino darse por sentado, pues no existiendo él, ni hombres seríamos, ni es posible concebimos a nosotros mismos, ni formar la ciencia; y éste es cabalmente el hecho sobre el cual bajo otra forma tanto ha insistido la escuela sensualista; pero como ella lo ha verificado, tiene ya sentido común; pues en contraste con los que sostenían que el entendimiento formaba concepciones puras *a priori*, o con los que sustentaban la *intuición interna* (los espiritualistas, idealistas y pseudoeclécticos), defendían ellos que “sin sentir no se puede conocer”, y que aún el conocer es una especie o modo del género o facultad genérica de sentir; en suma, que “sentir así para lo intelectual como para lo moral era el punto de partida de la humanidad!”

Aquí, es cierto, establecíamos verdades ya claras y evidentes; pero lo hacíamos oportunamente, pues con buena o mala fe se trataba de oscurecerlas o no habían estado tan esclarecidas; y aun se descubría más terreno y más analogías, y se adelantaba rigurosamente la ciencia, como se hizo demostrando que dentro teníamos órganos, también sentidos, que como los externos desempeñaban funciones semejantes. No pueden ser más contrapuestos los resultados a que llegan las dos escuelas, como que son muy distintos por una parte los puntos de partida, y por otra, que los señores ecléticos, adoptando el de la conciencia, el nuestro con otra palabra, luego a la mitad del camino se hacen los asustadizos por las consecuencias; y como el remedio lo llevan en la *voluntad* (segunda fuente para ellos de las funciones mentales que corre paralela con la fuente de la sen-

14. “Los primeros principios no se pueden demostrar lógicamente”.

sación, como si *querer* no fuera también *sentir*, y como si no se quisiera sino después de sentir), esto es, lo llevan en la mano, se despachan a su gusto, se contradicen, cometen su inconsecuencia, y van adelante paralelamente con M. Maine de Biran¹⁵ a la cabeza.

Todavía no quiero soltar esta nota; porque trato de dejar bien atados los cabos. Cuando bajo un objeto sencillo en apariencia o en su enunciación, se encierran en realidad muchos antecedentes o particularidades que el análisis puede desmenuzar, entonces debe hacerlo así: es de su incumbencia instruirnos de todos los pormenores, traducirnos, por decirlo así, los términos, y en la traducción irnos haciendo anotar los trámites que, hasta sin percibirlo, ha seguido nuestro entendimiento. Si, por ejemplo, tenemos que exponer el hecho del *raciocinio*, por simple que éste sea, como que no pasa de un acto, estamos en el caso de traer a colación todos sus antecedentes y sus motivos, como v.g. la sensación, la percepción, el juicio, la comparación, la memoria, etcétera. Aquí vemos que aun cuando el raciocinio sea de suyo un acto sencillísimo, es relativamente a sus antecedentes, a las operaciones que presupone, un objeto en realidad *complicado*; tiene por consiguiente que *explicar*, que desarrollar, pues no se *explica* (que vale tanto como *desplegar*) sino lo que está envuelto, o plegado, y que por lo mismo puede estar oscuro para quien no alcanza a ver y discernir todos los pliegues; pues la ciencia consiste en ese desplegar sin romper para conocer, dado que no se penetra bien el conjunto, si no se conocen las partes componentes. Veamos ahora si puede aplicarse el hecho del raciocinio. No tal. El hecho de conciencia analizado no es más que el hecho de sentir. Todo cuanto puede avanzarse en la materia es afirmar que la conciencia acompaña a los demás fenómenos intelectuales; pero esto mismo convence de que habiendo conciencia aún en el hecho primero de percibir, no supone la conciencia, como tal, tantos antecedentes como las demás facultades; en suma, es un objeto menos complicado; tan sencillo y fundamental, que no hay más que enunciarlo, pues está reducido a esta simpleza: “cuando veo, *sé* que veo; cuando percibo, *sé* que percibo; cuando raciocino, *sé* que raciocino”. Es así que la circunstancia de aparecer funcionando la conciencia en todas las facultades no hace diferente ni complicada a la conciencia misma, sino que es el mismo, mismísimo, objeto repetido en cada caso; luego no variando la relación, tampoco debe variar el lenguaje destinado a reproducirla en fiel reflejo. ¿Cuáles son, pues, los antecedentes que podrán hacer compuesto el hecho de la conciencia, como sucede con el hecho del raciocinio? No existen. Diráse: siempre tienen la facultad de sentir, lisa y llanamente:

15. Este es el verdadero metafísico que ha producido la Francia moderna; pero renunciando a varias de sus antiguas doctrinas, se ha extraviado considerablemente, viniendo a caer hasta en un ridículo misticismo. ¡Lastima de cabezai Sobrarán ocasiones de impugnarle y de aplaudirle.

isalga usted de ahí, señor Eclético! La conducta que advertirá el lector en el discurso de la Lección subsecuente de nuestro ectecto-idealista (él mismo no sabe lo que es) ofrece un comprobante de lo que voy asentando. Empéñase en analizar el hecho de conciencia, y le descubre tres circunstancias (la trinidad) o mejor, según él, tres elementos, a saber: elemento físico (la sensibilidad), elemento moral (la voluntad o actividad, sinónimos, según ellos)¹⁶ y elemento intelectual (el entendimiento). Pone al intento sus ejemplos, y en todos ellos lo que se descubre es que el hecho de conciencia siempre se acompaña, o sirve de base, a los demás hechos intelectuales sin variar de naturaleza, ni siquiera modificarse; de modo que de suyo para el análisis es uno mismo en todos esos casos: mejor dicho, M. Cousin *no analiza*, porque no puede analizarse el hecho de conciencia, por su extrema sencillez; así, lo que hace en realidad nuestro eclético es analizar varios *hechos de conocimiento*, o diversas facultades mentales, en todas las cuales entra el hecho de conciencia como elemento, como uno de tantos ingredientes, siendo él mismo simple de suyo, y aún suponiendo a veces menos antecedentes que los que el analizado le atribuye. Así, pues, si yo percibo, v.g., ahí está el hecho de conciencia; pero aquí lo compuesto es la *percepción* respecto de sus antecedentes —que en sí también es sencilla como todo acto intelectual—, la *sensación* y el objeto que la causa, y el principio percipiente, a todo lo cual acompaña la conciencia, fenómeno concomitante. Si juzgo, si ratiocino, si imagino, si me acuerdo, sucede lo propio: siempre acompaña y del mismo modo el hecho de conciencia; de suerte que lo que hay de diverso en tales casos, pende de las demás circunstancias, y no de la que es igual en todos. Así, en ese sentido, se dirá que el ratiocinio es más complejo, o tiene más que analizar, que la percepción; porque presupone muchos más antecedentes que esta última, y bien analizados exceden a la *trinidad*,¹⁷ hechos intelectuales.¹⁸ Muchas trinidades hay en la naturaleza, señor coprador de Hegel, como v.g. la de la generación en los sexos y el fruto, y amor que los une; y así yo no vacilo en afirmar —y ésta es la mayor afirmación de que siempre quieren encontrar estos señores en todos los mis doctrinas— que todo, todo lo que ofrece la especulación, atinado o desatinado, tiene su ejemplar; su ocasión y su molde, o su causa por lo menos, en la naturaleza. Cada vez toco más y más no sólo cuán erróneas y mal expuestas

16. La otra cuestión que envuelve esta exposición se tratará claramente en lugar no menos oportuno.

17. Se refiere a las triadas o tricatomías hegelianas (Roberto Agramonte).

18. Pero en rigor científico ni llegamos aquí a la *trinidad*: ya lo veremos a su tiempo; manifestando a sí mismo que muchas veces falta el hecho de *voluntad*. Por lo demás, yo también admito esa *trinidad*, pero *indivisible*, como constitutiva de todo el hombre, no precisamente del hecho de conciencia. Ya habrá ocasiones de explicarnos en la materia.

son las teorías de Cousin, sino que hay muy poca originalidad en su cabeza: ¡han dado los ecléticos en la flor de llamar filosofía a la filología! En la trinidad le arrebataron las especulaciones de Hegel. Raro es el pensador notable de quien no toma brizna el flexible francés: siempre escribe bajo la influencia de lo que está haciendo ruido en la actualidad. Pero estas consideraciones me llevarían ahora lejos del asunto. Ya se les presentará su oportunidad. Continuemos con nuestra humilde nota.

Demostrado, pues, a nuestro parecer, que siendo tan sencillo el hecho de conciencia, nada tiene que analizar, y todo él está reducido a decir que “al empezar como al terminar las operaciones mentales, siempre estamos sintiendo interiormente lo que “pasa” dedúcese rigurosamente que si hay empeño en hablar *psicológicamente*, esto es, sin salir de la mera exposición de los hechos, o es menester hacerlo en media palabra, o forzosamente se ha de caer en un círculo vicioso de repeticiones, trivialidades e inconducencias que oscurecen en vez de aclarar el asunto. En resolución, prodigar palabras y más palabras sin adelantar una idea que es una idea, es el secreto seguro de estar llenando hojas de papel sin un átomo de sustancia; es revivir en lo que tenía de perjudicial el escolasticismo —porque el escolasticismo en más de un sentido contaba cosas mejores que las de esta gente; yo no le deprimó— es huir de la observación y estar jugando con las palabras, y creer a la ciencia toda envuelta y agotada en las palabras, siendo lo más singular del caso que M. Cousin, que impugna, y con razón, a Condillac por atribuir a los *signos* más de lo que en realidad producen, dando él el primer lugar a la observación (de boca, y nada más), haya usado y abusado de las palabras, no diré más que Condillac, que no acostumbraba semejante cosa, sino como ningún otro escritor de la época moderan, a lo menos en su nación. Abramos un libro cualquiera escolástico, y singularmente de la Edad Media, aun cuando sea de los hombres más grandes de la Escuela, y encontraremos, hasta en los pasajes exentos de error, una algarabía de las palabras de que se componen obras enteras, sin más que una o ninguna observación sobre que recaiga ese inagotable *verbosear* giratorio sobre su propio eje —permítaseme esta expresión de mi cuño, en gracia de su exactitud—; y tal puede decirse hasta de las obras de un Abelardo, a quien por otra parte debemos rendir el homenaje debido a sus singulares talentos para la dialéctica y la exposición.¹⁹ Sin grande

19. No se crea por un momento que yo trate de menoscabar, en lo más leve, el mérito contraído por el escolasticismo en sus servicios al espíritu humano; pues antes, soy apasionado en la exposición —y suelo usar— de las formas silogísticas, por la precisión y perspicuidad que con ella se da al pensamiento. El espíritu humano, en su segundo escalón, se fue fortificando con el ejercicio de la dialéctica sobre muchas cuestiones de poca monta, para luego aplicar sus fuerzas en el terreno más productivo, adquiriendo así de una vez cierta independencia en las ideas, tan indispensables para cimentar la

esfuerzo se echará de ver que era el camino seguro de llegar por entre superfluidades e inconducencias a la sima de la confusión y de la obscuridad, vicios que todavía en el siglo XVI echaba en rostro nuestro celeberrimo

verdadera filosofía; a la manera que el tierno infante, cuando todavía no puede marchar, se pone tendido, sobre su misma espalda, a mover continuamente sus miembros; fenómenos sin objeto a los ojos de un observador superficial, pero sabiamente destinados por la naturaleza para preparar y robustecer la tierna maquineta al desempeño de los movimientos que cumplen el último fin para que fue criado el hombre. Voy, pues, a extractar sólo, por vía de muestra, un retazo de las obras de Abelardo, abriendo el libro a la ventura; y cuidado que el escolástico bretón, lumbré del siglo XII, ni era naturalmente sutilador; ni entonces se había llegado al abuso de sutileza que caracterizó al decimocuarto. La moral de mi citación es, que si se pone por parte de los presentes cultivadores de la ciencia, un empeño por revivir lo que ya lejos de haberse menester para estimular al espíritu humano, antes, le da un sesgo que no debía llevar, resucitan entonces las tendencias perjudiciales del escolasticismo; que vuelvan las *palabras* a ocupar el solio de la ciencia, reservado únicamente para las cosas. Y como los estudiantés de la época actual no podrían graduar ni la exactitud del cotejo, ni adivinar el tono de las composiciones de aquellos siglos venerables, por sólo relatos históricos o críticos, nos ha parecido lo mejor acotar uno o dos pasajes del celeberrimo teólogo del Palais:

*Totum integrum aliud continuum, aliud disgregatum. Possumus autem dicere domum vel disgregatum totum esse vel continuum. Quod, si continuum dicamus, quidam inde sic argumentatur: Si domus est, paries est; et si paries est; et si dimidius paries est, dimidius paries est, et dimidium dimidii est; et ita usque ad ultimum lapillum. Quare, si haec domus est, et ultimus lapillus est; si ergo nullus lapillus est, etiam nulla domus est. Quod sic si accipiat, non est conveniens (pero tampoco se adelantan un paso) Sed si de determinata domo argumentemur sic: Si paries haec domus est, hic paries est; et si hic paries est, hic dimidius paries est; et ita usque ad hunc lapillum. Et postea ita destruyendo, concluderemur: Si hic lapillus non est ...etcétera.**

Estos son argumentos que el mismo Abelardo se propone para responderlos después, pero como así argumentos cuanto respuestas están en la misma forma, y nuestro propósito ha sido dar a conocer esta forma y las materias sobre que se empleaba, es indiferente citar un trozo de las ideas del mismo Abelardo o de las palabras que pone en boca de los adversarios. He aquí, a mayor abundamiento, otro pasaje del mismo *Fragmento Sangermanense* de donde tomamos el primero; y probaré lo que llevamos dicho, que aún siendo verdaderos, eran superfluos a sus conceptos. Los hombres emplean su calor natural, o en lo que interesa a su época, o en lo que se les permite el estado de la cosa —a guisa de los muchachos que *juegan a las armas*, cuando no tienen guerra verdadera que hacer; o la hacen sobre lo que no merece...

“Sint quaedam duo puncta, proxime juncta, faciunt bipunctalem lineam, quae sit una creatura; tunc habebit unum fundamentum. Sed atomus non erit ejus fundamentum: jam enim esset bipunctualiter lineatum. Oportet ergo ut ex duabus constitutur atomis una creatura corporea in qua fundatur illa bipunctualis linea. Quod si cedatur; quaeritur num, si tertium punctum addatur bipunctuali lineae, vere fiat una creature illud additum punctum cum illa bipunctuali linea” y por este estilo hojas y más hojas,

Melchor Cano a los escolásticos de su tiempo, con la energía y precisión que le caracterizaban: *Puderet me* —dice el ilustre teólogo— *non intelligere, si ipsi intelligerent qui haec tractarunt*.²⁰ O en español: “Avergonzaríame de no entender semejantes cosas si las entendieran los mismos que las manejan”.²¹ Celebran algunos hombres de pro esa enredadera y esa hojarasca, y ved aquí cómo en el consejo y el ejemplo se acredita esa táctica para la juventud, y volvemos a los achaques, de que con tanto trabajo y fatiga nos habíamos curado. Parece que los hombres se

20. Está traducido seguidamente (Roberto Agramonte).

21. Vid. J. A. Caballero, *Philosophia Electiva*, 4.

que ya estará cansado el lector. ¿Y no es por ese mismo orden, y aún peor, esto es, paja sin sustancia, aquello de nuestro Eclético de “cualesquiera sean los objetos que tratéis de conocer no lo conoceréis sino bajo una condición” (¡atención! noble auditorio!) “a saber”: (¿qué será? ¿qué será? ¿qué no será? ¿A dónde irá este hombre a parar este hombre con tanto énfasis y preparativo? *Ecce homo!****“que seais capaces de conocer”? Nunca parieron los montes cosa más pequeña. ¿Y aquel interminable *retruceañear* con la conciencia por arriba o abajo, y a la derecha e izquierd, que dice *hazteallá* al mismo Juan Duns Escoto y a Buridan y a toda la cohorte sutilizadora del siglo decimocuarto? Pues todavía no es nada. Ya verá el lector, cuando lleguemos a la exposición de las ideas ontológicas de M. Cousin, que entonces hasta pierde su estilo de perspicuidad y elegancia que le caracterizan cuando escribe sobre lo que sabe. A nadie encanta más entonces que a quien traza estos rudos borrones. ¿Revive o no revive así esta escuela las perjudiciales tendencias del escolasticismo? Otro daño no menos lamentable que infieren estos hombres a la misma filosofía, es desacreditarla a los ojos de los varones graves y positivos. Trátense las materias con solidez, invéstiguese lo que se debe y como debe investigarse y entonces veremos si el desprecio es reemplazado por el respeto. Hagáense respetables y serán respetados los filósofos.

* “Todo lo compuesto puede ser contiguo o disgregado. Podemos, por tanto, decir una casa que es un todo continuo o disgregado. Si decimos que es un continuo, alguien puede argumentar del siguiente modo: Si existe una casa, existe una pared; si hay pared, hay la mitad de una pared; y si hay la mitad de una pared, existe la mitad de la mitad, y así hasta la última piedrecilla. De modo resulta que, si existe esta casa, existe también la última piedrecilla. Pero, si no hay piedrecilla ninguna, tampoco hay ninguna casa, lo que no es concluyente, si lo aceptamos así. Pero si habla de una casa determinada, argumentaremos de esta modo: Si existe *esta* casa, existe *esta* pared; y si existe esta pared, existe esta media pared; y así hasta la última piedrecilla. Y luego, volviendo del revés el argumento, llegaríamos a la conclusión: Si no existe esta piedrecilla, etcétera”.

** “Tomemos dos puntos. Puestos uno junto al otro harán una línea de dos puntos, que será una criatura. Pero el átomo no será su fundamento puesto que entonces ésta sería una línea de dos puntos. Es necesario, pues, que una criatura corpórea conste de dos átomos, en la cual fundar aquella línea de dos puntos. Si se acepta esto, se pregunta si, añadiendo un tercer punto a la línea de dos, este punto añadido formaría realmente una sola criatura con aquella línea de dos líneas”.

*** “ Ahí lo tenéis”.

olvidan de los esfuerzos que ha costado, esfuerzos de grandes y aguerridos ingenios, esfuerzos de años, y aun de siglos, la conquista y establecimiento de algunas verdades al parecer tan sencillas y perceptibles; lo cual sería hasta cierto punto excusable en la masa de los mortales, y señaladamente de la juventud, que no ha sido testigo de esas campañas obstinadas. Pero ¿qué disculpa pueden alegar los hombres que están vivos y presentes para todos los siglos por medio del espectáculo de la historia, que tienen por profesión ser historiadores e historiadores de la filosofía? Hacen cuanto daño pueden hacer al progreso de la razón humana en las actuales circunstancias. Cuando todos los investigadores no fincan más empeño que en robustecernos en el espíritu de observación, que en aclarar más y más cuestiones de suyo oscuras, u oscurecidas por los mismos filósofos... revivir y acreditar lo que fue y puede volver a ser manantial fecundo de confusión y de falsedad... *Ibi omnis effusus labor*.²² Verdad es que no pueden hoy causar el estrago que causaron en otras circunstancias, merced al estado de adelantamiento en que, por ministerio de las ciencias, se halla hoy la pobre humanidad; pero con todo hacen todo cuanto mal es hacedero en el día, y máxime sobre ciertos entendimientos que naturalmente no muy fuertes, los enflaquecen y depauperan más con un pábulo tan mezquino y tan ruin como ruinosa calidad.

Veamos ahora el reverso de la medalla acerca del *hecho de conciencia*. Nada hay que decir sobre él considerado psicológicamente, que no esté reducido a la simple enunciación de un acto, que ni aún enunciarse debe por ser un verdadero postulado de la ciencia. Mas pongamos que no contentos con saber que este fenómeno es concomitante de los demás intelectuales, tratemos de ahondar, de penetrar más en la carrera de la observación; entonces naturalmente nos preguntaremos: supuesto que la conciencia, aunque esté unida al percibir, v.g. es un acto distinto de percibir; ¿no podrá ser que estos actos diversos se desempeñen por diversos medios inmediatamente subordinados todos a una causa general que se nos manifiesta por tales efectos? Porque de ello tenemos sobrados ejemplos en la naturaleza de las cosas. Así vemos que una misma causa produce efectos variadísimos y aun contrapuestos en la apariencia, según los grados de energía que desplegara; mientras que otras veces se diversifican los efectos diversificándose los instrumentos de que se vale la misma causa general, viniendo a ser entonces estos instrumentos como unas causas secundaria respecto de la primaria general. De lo primero nos ofrece muestras el calórico, por ejemplo, que así produce el calor, como sólo con su aumento la luz y la combustión, fenómenos todos diversos, pero producidos inmediatamente por la misma causa, advirtiendo, sin embargo, que para producir esos propios fenómenos atribuibles todos a la misma causa inmediata, se

22. Pusieron en ello todo su esfuerzo”.

han necesitado también diversas circunstancias o condiciones *sine quibus non*²³ v. g la combinación con otros principios, no como efecto, sino como concausa, para verificarse la combustión, cuyas circunstancias en tal caso podrían decirse que hacían las veces de los órganos en la naturaleza animada. Y heme aquí como por la mano conducido al ejemplo de lo segundo; pues no puede haberlo más adecuado al caso que la misma *vida*. Es la vida una causa general que se nos revela en un millón de efectos particulares. Pero ¿por ventura no está desempeñada cada una estas funciones por un órgano que constituye a la función misma diversa y enlazada con las demás? Luego todas las analogías nos llevan a suponer, a creer, por una irresistible inducción, el que funciones diferentes se verifican por medios u órganos diferentes, aún cuando ignoremos la situación, tamaño, figura y demás circunstancias de dichos órganos, aun cuando estemos completamente a oscuras acerca de ellos.

Mas diré: es tan invenciblemente manifiesta la tendencia de la ciencia a la *localización*, cuanto observo que hasta el desempeño de una sola función se compone de los desempeños particulares de otras que le están como subordinadas, o que son componentes de la función principal; pero cada funcioncita está tan localizada, que se verifica por cada parte del órgano destinado al intento; de suerte que el mismo órgano es menester considerarlo como un conjunto de órganos. Los fisiólogos me han entendido ya, y me entiendieran hasta con menos; pero yo no escribo para ellos, sino que estudio en ellos para estimular mi pensamiento, o mejor dicho, en el gran libro en que ellos leen y penetran con más luces y más vagar que un pobre profano aficionado. Hagámonos, pues, entender de aquellos para quienes escribo, de la interesante juventud que aun no está iniciada, y trato de iniciar, de ponerla siquiera en camino, en los verdaderos arcanos de la naturaleza; así es como se robustece su contemplación; y véase como yo también a mi modo soy especulativo hasta no más. He aquí el ejemplo: la función de la visión no puede verificarse sin que vayan previamente realizándose una serie de funcioncitas por cada parte del complicadísimo órgano del ojo, de este verdadero conjunto de órganos, a cada una de cuyas partes está consignada una función peculiar: así es transparente la córnea, para que puedan penetrar los rayos de luz; por los diversos humores de distinta refrangibilidad es quebrada, llega al fondo del ojo, y se pinta en la retina el objeto; pintada ya la imagen, si está parálitico el nervio óptico, no se verifica sin embargo la visión. Luego dos consecuencias forzosas. Primera: Esta gran función compuesta, o que lleva por antecedentes tantas otras funciones menores, está rigurosamente localizada, reducida a ser desempeñada por ese punto del organismo. Segunda: Cada una de dichas funciones menores componentes está asimismo desempeñada por cada

23. “[condiciones] necesarias”.

parte de órgano que le corresponde, estrictamente localizada. Pero en todas estas funciones menores hay una fuerza, supuesto que los órganos por sí solos nos las verifican; y todavía aun los mismos fenómenos puramente físicos que tienen lugar hasta en un ojo muerto, no pueden efectuarse sin que medien unas ciertas fuerzas. Luego se necesitan ciertas condiciones dadas para que las fuerzas, aun siendo las mismas, se manifiesten produciendo determinados fenómenos y no otros. Resultando que de puro perceptible y natural parecerá hasta sobradamente sencillo y trivial. Así que la posteridad no podrá concebir las dificultades que ha costado al doctor Gall el introducir la gran inducción que sirve de base o punto de partida a su sistema frenológico,²⁴ cuando los fundamentos se hallan implícitamente confesados por cuantos así en lo antiguo como en lo moderno, tanto fisiológica como moralmente han estudiado la humana naturaleza; fundamentos que cada vez establecen con más solidez los ulteriores progresos de las ciencias, que nos fuerzan invariablemente a analizar, y por consecuencia forzosa a localizar los fenómenos. La misma guerra que hizo Broussais a las fiebres esenciales en medicina, desterrando así de ella la ontología, es la que hacen todas las ciencias a la metafísica, obligándola a reconocer órganos, donde quiera que hay funciones, diversidad de órganos donde hay diversidad de funciones.

Quedarse en los primeros efectos, sin subir a las causas o a comparar con otros efectos posteriores, anteriores o acompañantes, es quedarse de su propio *motu* estancados, e ir contra la ley invariable de la humana progresión, es protestar contra el adelanto mismo, es renegar de lo pasado, y cerrar las puertas a lo futuro. Así cuando hay calentura, éste es un efecto, un síntoma; hay un órgano principalmente interesado, y localizo y adelanto, y conozco más y puedo curar mejor: de la misma manera yo pienso, yo me acuerdo, pues con algún órgano he de pensar, con otro órgano he de acordarme, aunque este órgano esté muy contiguo y enlazado, y casi formando parte del otro, por cuyo intermedio pienso. Luego, descubriendo estos órganos conozco más la naturaleza, y puedo dirigirla mejor. Pero establezcamos menudamente el paralelo entre las operaciones intelectuales y las operaciones visuales, y demás de nuestro organismo, para mejor ilustrar la cuestión que nos ocupa. Cada facultad es diversa de otra facultad, aunque algunas se presuponen las unas a las otras; luego estoy autorizado por las analogías anteriormente expuestas a atribuir las a diferentes órganos.

Vienen ahora hechos fisiológicos y patológicos a confirmarme en aquella inducción, pues así en el ensueño ordinario como en el sonambulismo, en la hemiplejía, en la monomanía y en algunos otros fenómenos de la demen-

24. No se crea, sin embargo, que sustentamos todas las ideas de Gall en cuerpo y alma; pero la base de su inducción nos parece inexpugnable.

cia, se me presentan unas facultades cerebrales sin aparecer otras que antes las acompañaban o precedían, o seguían; así observamos, ni más ni menos respecto del cerebro, lo que pasa respecto del ojo; se verifica v.g. la percepción algunas veces, sin que le siga la memoria; luego aunque la percepción sea antecedente forzoso para la memoria, este fenómeno no se verifica, si está embotado o dañado el órgano que le corresponde. A ocasiones se diversifican tanto los fenómenos, que pierde la memoria de los signos, y no de las ideas, o bien no se puede hacer uso de los signos, y no por imposibilidad de la lengua, ni de la mano en muchos casos, sino por imposibilidad del otro órgano del cerebro que está encargado de ejecutar la parte de mandar el signo a la boca, o a la mano. Tan cierta es esta localización, que si otro individuo usa de los signos comunes, entiende el enfermo cuando se le dice; luego conoce todavía los signos y aun tiene la memoria, pero no la facultad de disponer de ellos, y no es por falta de voluntad, antes le sobra el vehemente deseo de explicarse. En el sueño pasan fenómenos intelectuales, de que unas veces tenemos conciencia y otras no. Luego pueden andar ciertos fenómenos intelectuales independientes del fenómeno de conciencia; luego está dormida una parte del cerebro, y otra está en acción; luego las funciones de pensar y de saber que pensamos, aunque suelen aparecer juntas, se presentan alguna vez separadas; luego pertenecen a distintos órganos; a diversa parte del mismo cerebro.

Todavía son más notables las particularidades que ofrece el sonambulismo; pues a veces se ha observado un sonámbulo seguir completamente una serie de pensamiento, componer un largo discurso por escrito, perfectamente ordenado, ejerciendo por supuesto la mayor parte de las facultades mentales, sin tener conciencia de cuanto le pasa en la actualidad, ni aun después de muchas ocasiones. Se han visto casos de otros, tan sin conciencia de lo que hacían, que después de levantados, y tomada una determinación, a consecuencia de la acción de su cerebro, sin saber, sin estar conscientes, se han precipitado lastimosamente por una ventana, con la intención, si podemos decirlo así, del todo contraria. Los variadísimos fenómenos que presenta el delirio, la locura, y señaladamente la monomanía, son aún más ilustrativos de los casos, si cabe, en todos los cuales llega el hombre a perder la conciencia de su estado, y a verse operar con independencia ciertas facultades unas de otras. Por no eternizarnos en la presente nota, y parecernos suficiente lo expuesto para los pensadores de buena fe, omitimos entrar en los interesantes pormenores con que brinda la materia.

Séanos empero lícito todavía llamar la atención del lector, por pertenecer muy propiamente a este capítulo, sobre el ahínco de Leibnitz en hacer méritos de esas pequeñas *ideas*, o impresiones que están en el repuesto de nuestro entendimiento, y de que no tenemos conciencia; punto que parece importantísimo al insigne alemán para explicar un millón de fenómenos interesantes que ofrece la inteligencia humana en la memoria, la *ocasión*

de ideas, la reflexión y otros. En resumidas cuentas, tenemos que las impresiones no han sido en balde, y aunque por lo pronto no tengamos conciencia de ellas, después se nos revelan con motivo de otras impresiones; de modo es, que nuestro cerebro trabajó y retuvo especies, separadamente de la conciencia, que después aparecieron en ésta, pero que ya estaban adquiridas. También el hábito presenta efectos análogos; así, advierte el mismo Leibnitz, no reparamos, no tenemos conciencia muchas veces del ruido de un molino que se halla en nuestra vecindad; pero aquellas impresiones no son del todo nulas para el oído, ni por consiguiente para el cerebro, y siguen su marcha para ese sentido que le está destinado, y a veces sin estorbar a lo que principalmente ocupa nuestro entendimiento. Pero ¡qué mucho! ¿No están adormecidos en el sueño los sentidos externos, al paso que velan varios de los internos? ¿No se duermen los mismos sentidos externos gradualmente y unos después que otros? ¿Qué repugnancia hay, pues, en admitir la localización, que ya no es sino la rigurosa expresión de los hechos? Verdad es que cuando se afecta un órgano cualquiera fuertemente, hacia él va toda nuestra energía vital, hacia él va, por decirlo así, la *unidad* misma de nuestro ser; allí se reúne y se concentra toda la fuerza, apagando o disminuyendo la acción de otros puntos del organismo; por lo que tiene sobrada razón el lenguaje vulgar cuando dice “todo me volví orejas” para oír sin perder una palabra, y como medio de no perder una idea, y no dejarse distraer por los objetos que asaltan a los otros sentidos y se roban la atención del entendimiento.

Pero está lejos de ser una dificultad para nuestro sistema —y lo es insuperable para el contrario— antes, lo fortifica y robustece; pues sólo así puede entenderse la *variedad* en la unidad de nuestro ser sin que esto pruebe que carezcamos de órganos para desempeñar otras funciones, sino que éstas quedan en suspenso; por cargar precisamente la fuerza más a una parte, ha de quedar en menos de la otra, a la manera que el fluido eléctrico que afluyendo más al polo positivo, deja electrizado en menos, o de diverso modo, el negativo. He aquí el antagonismo que ofrecen todos los fenómenos del universo, así en la naturaleza organizada como en la inorgánica, lo cual no impide sino al contrario causa que estén desempeñando en menos ciertas funciones sin ser percibidas por nosotros mismos. Ahora bien, ¿cómo puede concebirse en el sistema de los idealistas que no admiten la interposición de los órganos, esos movimientos que absorben o apagan la acción de ciertos sentidos y operaciones, por y para encender otras en mucho mayor grado? ¿Cómo pueden explicar la *unidad* con la *variedad*, la unidad gobernando a la variedad, y ésta determinando a la unidad, sin el ministerio, sin la intervención de los órganos? ¡Superficiales sempiternos! ¿Cómo pretendéis (véase la impugnación de Damiron a Broussais, y ésta como de Damiron, es decir, floja de dialéctica, que se le cae el arma de las manos) que el sistema sensualista atacaba la unidad del

principio cogitante? Vuestra doctrina, no os llaméis ya *idealistas*, sino *ideístas*, es la que hace imposible la acción de esta unidad; nuestro punto de vista es la expresión rigurosa de los fenómenos. Ya volveré otra y aun otras veces sobre estos interesantes particulares.

Y no nos vengan con las manoseadas inconducencias: 1º De que la psicología de que tratáis es la del hombre y no la de los animales, cuyos ejemplos os citamos comparativamente; 2º Que no habláis del hombre dormido, sino del hombre en vigilia, y en el pleno uso de sus facultades, y mucho menos del maniático o furioso, que son excepciones y no reglas de las leyes de la naturaleza, y demás broza por el estilo a que apeláis, cuando los hechos sobre otros hacinados os suspenden, no digo el pensamiento, pero hasta la respiración y circulación. Muy pocas palabras se necesitan para cerraros esas avenidas. A lo primero. Si apelamos a los animales, no es para igualarnos a ellos, que si como ellos fuéramos, no apelaríamos; con que afuera con el desentonado registro, de que esos antecedentes nos llevan a considerarnos como iguales o inferiores a los animales! Esos resortes ya perdieron su elasticidad por el mucho uso; se enmohecieron de puro viejos y de mal temple. Apelamos, pues, a los animales; porque como queréis suponer en el hombre lo que todavía no alcanzase en el punto de partida, como queréis que empiece por donde acaba, os presentamos el ejemplo de la misma operación en el ente inferior a él, para que entonces os veáis forzados a desechar vuestra hipótesis. Es tan recio el golpe que así recibís, que os echa completamente de vuestro terreno; por eso no hay que esperar que jamás contestéis en derechura a semejantes interperaciones de hechos que están al alcance de los más menguados entendimientos. Así que, suponéis, tergiversáis, disertáis, sobre otros hechos menos contraídos al caso, hacéis concesiones que ignoráis a donde os conducen; porque no hay arbitrio, o se ha de seguir la táctica del amor propio, o dar los tropezones de la ignorancia, o es forzoso reconocer la verdad. Si es cierto que la ciencia no existe sino respecto de los *universales*, según enseñaba el hombre de Estagira, que es decir, que sin comparación no hay ciencia, claro está que lejos de perjudicar la psicología de los animales a la psicología de los hombres, antes, la favorece, la fomenta, la determina y la precisa; así es también más útil y precisa para la moral: porque cotejado inmediatamente el animal con el hombre, aprenderé a distinguir hasta donde llega el animal, y donde principia el hombre; lo que puede y no puede el primero y lo que sólo es dado al segundo.

Se oponen, pues, no sólo al progreso de las ciencias sino a la mejora de las costumbres, los que intentan restringir los puntos de comparación *Quid times? Caesarem vebis*,²⁵ podría la verdad, no diré airada, sino compadecida, exclamar a estos menguados timoratos y espantadores de la

25. "¿Por qué temes, si conduces al César?"

investigación. Todo comparado; todo comparativo: anatomía comparada, fisiología comparada, historia comparada: en el cotejo, en las relaciones de semejanza y desemejanza, ahí está toda la ciencia humana. Cuanto más chocantes son los contrastes, más estímulos para el pensamiento; cuanto más delicadas las diferencias, más ocasión para aguzarlo y fortificarlo. ¿Se trata o no se trata de pensar?

La respuesta que acabo de dar al primer cargo comprende la contestación del segundo; sin embargo, como es mi ánimo ayudar a la juventud a desbaratar los sofisticos grillos con que tratan de aprisionar su entendimiento, con gusto me tomaré la molestia —aunque se la dé a los expertos con tanta exposición; pero mil perdones, que así lo quiere la causa de la ciencia en nuestro suelo— de exponer por este motivo alguna más doctrina provechosa, respondiendo al primer reparo. El punto de partida de toda ciencia, según propaláis vosotros mismos, es la *observación*, y cuando sea posible, y si no al empezar, en sus progresos, la *experimentación*, agrego yo; que esencialmente no se distingue de la observación, pues se instaaura con objeto de hacer nuevas observaciones y obtener así las leyes de la naturaleza que estaban como embozadas o envueltas sin percibirse en la totalidad de uno o más fenómenos, que se presentan reunidos. Ahora bien, el mérito de la experimentación²⁶ consiste en irnos ofreciendo separadamente la coyuntura de desmenuzar todas las causas, fuerzas y circunstancias que concurren en el fenómeno siempre *complejo* respecto a sus causas o leyes, es decir, que ponemos los objetos bajo las influencias especiales de ciertos agentes para obtener el resultado que opera aquella causa separada de otra que ya hemos sustraído: así v. g. extraemos el aire para graduar lo que en retardo de la caída de los cuerpos influye su resistencia; y así distinguimos, por esta separación, no solamente lo que se debe a la misma densidad o figura del cuerpo descendente.

Esto es palmario. En una palabra, la experimentación es una especie de abstracción *realizada* en las cosas; es dividir materialmente para conocer el objeto en su *totalidad*, para saber todo lo que hay, y como está en él; para *hacer justicia* al fenómeno, podríamos decir; para encontrar de veras la verdad; porque, como decía Platón, “¿no es encontrar la verdad el hallar lo que a cada cosa pertenece?”. Por lo expuesto arriba —y lo he hecho con harta rapidez— se comprenderá el motivo de haber yo considerado en otros escritos filosóficos el papel que hacen los experimentos en las ciencias naturales, análogo al de los *signos* en el álgebra y en el lenguaje vulgar: medio de ir aislando, analizando cada cosa de por sí, para dar insensiblemente con el valor de la *incógnita*; y así como en el álgebra una ecuación me lleva por la mano a otra, que resulta a su vez de eliminar y sustituir valores, de la misma manera en física un experimento me pone en

26. Vid. *Aforismos*. no. 106 y no. 107.

camino de averiguar una fuerza, y me obliga a practicar otro y modificar hasta que *descomponiendo* llego a componer; o ver la cosas en el todo y las partes, que es lo que llamamos ciencia. Ahora bien, hay ciencias que por su objeto no se prestan a la experimentación, sino tienen que restringirse dentro de los límites de la observación, como la astronomía; lo cual no impide que ella se aproveche de los experimentos hechos en la óptica, debiendo ésta luces a la astronomía, así como la astronomía se las debe a ella. Sin la circunstancia de la gran distancia de la tierra junto con otras en que se hallan los satélites de Júpiter, no hubiera sido tan fácil descubrir que era sucesivo y no instantáneo el movimiento de la luz, lo que hoy a virtud de nuevos progresos en la catóptrica está demostrando Arago²⁷ por experimentos directos.

Lo mismo sucede en las ciencias morales, porque también son conocimientos adquiridos por observación, con la particularidad que a veces se necesitan años y aun siglos para recoger las observaciones o llegar al resultado de la experiencia. En este sentido he dicho en otra ocasión que la Legislación es más experimental que la misma Física. Así acontece con las ciencias médicas y muy señaladamente con la Fisiología, en la cual se halla el gran inconveniente de no poder entablar experimentos sin destruir el objeto material de la misma ciencia; efectivamente, ¿cómo van a practicarse ciertos ensayos en el cerebro, v. g. sin valerse del escalpelo? ¿y al servirnos de tal instrumento y de tal modo de prueba, no destruimos la vida misma, que es asunto de la ciencia cuyas leyes tratamos de determinar? Luego en algunos casos es imposible la experimentación, al menos por los medios conocidos y tenemos que esperar a que el tiempo nos vaya presentando las observaciones; y he aquí una de las causas en la lentitud del progreso en ciertos ramos interesantes a pesar del ahínco de los investigadores.

Así, pues, ni aun puede graduar el que introduce un nuevo instrumento, o una nueva senda de observación en las ciencias, hasta donde irán a para los descubrimientos que con él se hagan. En tan apuradas circunstancias respecto de la Fisiología, viene a veces muy oportunamente la Patología a suplir la falta en que labora la fisiología con los hechos nuevos y contrapuestos que ella le ofrece; y ahora se entenderá bien claro el motivo por qué he adelantado al principio de la presente nota que “la Patología estaba como encargada de practicarle a su compañera, la Fisiología, los experimentos de que tiene necesidad”. Estudiando al hombre enfermo, no sólo le conocemos como tal, sino que le penetramos mejor como sano; y tal es siempre el resultado de la confronta: procedimiento tan natural que es inherente al alma humana. ¿Y por qué le penetramos mejor? Porque las enfermedades, sustrayendo unas causas, y poniendo o exacerbando otras en nuestros organismos, hacen desaparecer ciertos fenómenos y dan luz a

27. Luz era amigo del gran físico Arago. (Roberto Agramonte.)

otros que la derraman sobre los que antes en la salud o no entendíamos absolutamente o entendíamos muy mal; aquí está, pues, revelado rigurosamente el secreto de la experimentación: que nos aísla y simplifica los efectos, que los *detiene*, por decirlo así, para que tengamos tiempo de observarlos con aquella separación y podamos de esta manera *pescar al vuelo* la causa, que hasta entonces se escapaba por no haber modo de aislar y detener los efectos. Si Galileo no hubiera *detenido* el movimiento de los graves en el plano inclinado, no habría dado tan pronto con la ley del descenso vertical, según lo números impares; de forma que a la naturaleza es menester *rodearla para vencerla*. Si nos empeñamos directamente queriendo *adivinar* en vez de *observar*, se nos escapa completamente, y si queremos limitarnos a la simple observación sin todos los cotejos y confrontas imaginables, nunca llegaremos a penetrar ciertas leyes que siempre se presentan complicadas con otras muchas; ella misma nos está clamando: *divide, et impera*.²⁸ Si no se hubiera inventado el método de las integrales por los grandes Newton y Leibnitz, habrían sido irrealizables ciertos resultados a que ha llegado la ciencia de la cantidad; jamás se hubieran podido despejar algunas importantes incógnitas.

Ahora nos entenderán los señores psicólogos que resisten el estudio de los fenómenos de la locura, del delirio de los sordomudos, de los ciegos *a nativitate*.²⁹ excusándose con que su psicología de ellos no es psicología de locos, ni de imbéciles, ni de sordos, ni de muchachos encerrados, en sótanos³⁰, sino del hombre bueno y sano, bien constituido, y en pleno uso de sus facultades intelectuales, cumplida memoria y cabal voluntad.

Pues señores DD., en la *ciencia del hombre*, tengan ustedes entendido que, para comprender siquiera un adarme de esas leyes de la humanidad, que en los fenómenos aparecen complicados en gran número, es menester buscar medios de abstracción, de separación que es *conditio sine qua non*³¹ de nuestro débil entendimiento. Para bien sintetizar, primero analizar; de otra suerte no podemos humanamente alzar ni un canto del inmenso velo que cubre esta obra predilecta del Eterno.

Así la ciencia del hombre sano es la que también se estudia, y no hay más recursos —ofreced otros mejores— a la cabecera del enfermo. Ni es tampoco la psicología privativa de los sordomudos la que se estudia en los fenómenos intelectuales que presentan estos infelices, sino la ciencia del entendimiento de los hombres completos, ilustrada por los hechos de los hombres faltos. Si niega un individuo v. g. que las ideas se adquieren por el

28. “divide y vencerás”.

29. “de nacimiento”.

30. Alude a Gaspar Hauser. Vid. *Aforismo*. no. 80 (Roberto Agramonte).

31. “condición necesaria”.

ministerio de los sentidos, ¿qué mejor prueba de alegarle, mejor que todos los raciocinios imaginables, que el ofrecerle un experimento que acabe con todas las dudas? Presentarle un sujeto a quien faltan las ideas relativas a la vista, por carecer de semejante órgano: aquí está realizada la famosa estatua de Condillac, que no es más que un remedo de ciertos fenómenos que pasan en los que carecen de tales o cuales órganos. Más psicología enseñan las historias de los ciegos y sordomudos, la del joven sin infancia y las obras de Pinel, Esquirol y Broussais, ricas de tantos hechos de enajenación mental, que todos los libros de los metafísicos juntos y congregados. Con tanta razón dijo el padre de la filosofía moderna que “si era posible encontrar algún medio que hiciese generalmente a los hombres más cuerdos y más hábiles que habían sido hasta allí, sólo en la medicina se podría dar con él”. Sólo un pensador tan profundo y original como Cartesio se habría explicado en tales términos proféticos mediando apenas el siglo xvii. Pero los psicólogos de la escuela ecléctica se olvidan hasta de la historia de las ciencias. Pretenden que las cosas sucedan sin motivo; el efecto sin causa. Si reflexionaran un instante verían que aun algunos ramos de la ciencia del hombre sano ni podrían hacer, si no se presentase el hombre enfermo; así, después de sufrir un dolor en una víscera es cuando se revela al hombre ignorante la existencia de tal órgano, que sin aquella circunstancia hubiera continuado ignorando. Primero fue, pues, patología y aún la terapéutica (porque bien o mal, al hombre adolorido era menester curarle) que la fisiología, y ésta primero que la anatomía. Y hoy, sin embargo, el buen método, después que hemos descubierto el enlace de las cosas nos obliga a poner a la anatomía como preliminar de la fisiología, y ambas como fundamentos de la patología. La ciencia como la naturaleza no es más que una, señores: dividimos para entender. No pudiendo el hombre comprender cuando declara la naturaleza simultáneamente muchas de sus leyes, es forzoso que amoldemos artificialmente ciertos casos, o aprovechemos los que se nos presentan, en donde veamos aislado un fenómeno: obligándola, por decirlo así, a dar una sencilla respuesta a una sencilla pregunta.

Creo haber contestado los reparos que sobre esta materia suelen oponerse de un modo que quitará los deseos de reproducirlos, sobre todo en los hombre en quienes se albergue siquiera una chispa de buena fe. Y volviendo al objeto principal de la presente nota —más dilucidado a mi ver con la digresión forzosa en la que tuvimos que entrar—sacaremos en conclusión que si los psicólogos no quieren salir del círculo que se han trazado, al hablar del hecho de conciencia, es de necesidad que se contenten con enunciarlo. Que imiten al juicioso Locke que, no habiéndose propuesto principalmente más que enterrar las ideas innatas, prescindió con todo estudio de las cuestiones relativas a las facultades del alma; o bien, sigan la marcha circunspecta de la escuela escocesa, que se ha contentado con observar todos los hechos relativos al entendimiento, haciendo reseña hasta de

los instintos y otras circunstancias de que no se acostumbraba un tiempo llevar cuenta en las obras de filosofía. Pero si la ciencia en su progreso pide más y más porque ya todo está hecho; si la tendencia que actualmente lleva; es a un tiempo efecto y causa de los mismos adelantamientos; si la ciencia no es más que una en cuanto que queremos ahondar, confundiendo la extensión con la profundidad; y “si sabe una cosa” —para valerme de las palabras del grande de Estagira, que resumen toda esta franca y leal discusión de un modo seguro y no sofisticada y accidentalmente— “es conocer la causa de esa misma cosa, determinarla, y no poder ser de otra manera”; dígase con la mano en el pecho, quiénes son los sabios en estas materias: si los meramente psicólogos, o los psicólogos fisiologistas. O bien os ateníis a enunciar simplemente los hechos, y no todos los hechos sino los más superficiales, o, si queréis hablar, os veis reducidos a un círculo eterno de retruécanos y trivialidades; o finalmente, habéis de entender *in medias res*,³² si tratáis de saber de veras —“de conocer las cosas por sus causas”—, como encarga el Estagirita, hasta donde es dado a la humana investigación; y entonces, de juro tenéis que volveros fisiólogos. En este terreno, pues, está forzosamente la actualidad y el porvenir de la ciencia: ahí está su estrella polar. Cuando el antiguo profesor de la Sorbona ciña sus hombros y bañe sus sienes con la fortaleza y luces del único manantial en que puede restaurarse y confortarse, entonces seré yo el primero en oír las lecciones de sus elocuentes labios, porque empleado su clarísimo talento en tan adecuado terreno, no podré menos de reunir lo útil a lo agradable, embelesado al mismo tiempo con las gracias del aticismo que distingue al traductor del *divino* Platón.

18

La autoridad de la conciencia es la primera, la medianera y la postrera, es decir, que percibiendo, racionando, imaginando, estamos siempre *sintiendo*; sin sentimiento, no hay nada de lo dicho: mejor, cada cosa de lo dicho es un modo diverso de sentir; así es como únicamente puede tener sentido cuanto se dice y se diga en la materia. No parece que el mismo autor se halle muy distante de pensar así en el día cuando en otro escrito suyo, seis años posterior al *Curso* que anotamos, y por cierto trabajo muy bello y elocuente, tropezamos más de una vez con esta o semejantes expresiones, justificando nada menos que la doctrina del nominalismo. (No se asombren ustedes, señores; guarden para después.) El nominalismo —dice— podría contestar, y hoy toda sana filosofía respondería, que el calor es a la vez una sensación del alma (con que el alma *siente*: ¿dónde está la conciencia? En el alma. ¿Qué es la conciencia? Sentir, sentir, nada

32. “al interior de las cuestiones”.

más que sentir) y una modificación de los cuerpos; que una *sensación* no existe sino en *el alma* que la *experimenta*”... A lo cual sin duda podría decirme el señor Cousin que en el paisaje que voy anotando no trata él de inculcar si sentimos con el cuerpo, o con el alma, sino únicamente de establecer el hecho de conciencia y de ostentar su autoridad; no viniendo por lo mismo al caso el impugnarle aquí de esa manera. Sin embargo, creo tan oportuno y en regla el ataque que fácilmente se penetrará de ello el lector con las breves reflexiones siguientes.

Cuando los sensualistas afirman que todo en el hombre es sentir respecto de sus facultades intelectuales, son tachados por el bando contrario de materiales y amenguadores de la humanidad. Claro está, pues, que esos hombres al afirmar que nada puede hacerse sin la *conciencia*, entienden que ésta es diversa del *sentimiento*; pues de lo contrario se tacharía así propios de materialistas, toda vez que el reducirlo nosotros todo al sentimiento es precisamente el motivo por que nos tildan ellos de materiales y vitandos. ¿Cómo les ha cabido a estos señores que confesando el sentimiento, se niegue al alma,? Si hay sentimiento ya existe el alma; porque lo inanimado no siente; y en este sentido se dirá con todo rigor que la causa de todo sentir es el alma, cuyo sentimiento se ejerce diversamente por el ministerio de los varios órganos; así tenemos una misma causa diversificada según los instrumento con que ella misma actúa. No hay, pues, que confundir los *órganos* con las *facultades*. Los órganos son las condiciones materiales que hacen posible las manifestaciones de las facultades: los músculos y los huesos son las condiciones materiales del movimiento, pero no son la facultad que causa el movimiento. Así, el hombre piensa y quiere en este mundo —se entiende— por medio del cerebro; luego el cerebro es, rigurosamente hablando, órgano del alma, como los ojos son órganos del alma; pues no son los ojos los que ven, sino el alma quien ve por los ojos. Empero, si de aquí se deduce que el ente cogitante es el cerebro o al contrario, es lo mismo que si se dijera que los músculos son la facultad de moverse; que el órgano de la vista y la facultad de ver son una propia cosa. En ambos casos se confunde la facultad con los órganos, y los órganos con la facultad. Error eso más imperdonable, cuanto que se ha cometido y rectificado milares de veces.

El Angélico Doctor, entre otros (Santo Tomás en su obra *Contra Gentiles*, cap. 84, número 9) respondía de esta manera a los que en su tiempo se empeñaban en confundir la facultad con el instrumento. “Aunque el espíritu (habla el ángel de las escuelas) no sea una facultad corporal, las funciones del espíritu, tales como la memoria, el pensamiento, la imaginación, no pueden tener lugar sin ayuda de órganos corporales; y así cuando por un desarreglo cualquiera (el Angélico Doctor entra de lleno en la cuestión; como fisiólogo y como médico, no le teme como estos cobardes... *fingidores* de hoy) no pueden los órganos ejercer su actividad, también se desarre-

gían las funciones del espíritu, cual sucede en el frenesí, la asfixia, etcétera; motivo también por qué (era todo un hombre Santo Tomás) una organización feliz del cuerpo humano tiene siempre por resultado facultades intelectuales distinguidas”. Puede, pues, levantar su frente bien erguida el sensualismo,³³ sin temor de ser atacado por falta de ortodoxia, como lo hacen los que no osan acometerle directamente con razones, modo de atacar que nunca sería filosófico, pues caso de parecer a un entendimiento flaco inconciliable una verdad de hecho, demostrada, con algún dogma de cristianismo, esta circunstancia no quita al hecho que sea hecho; luego nada adelantan contra la ciencia, si ésta encuentra firmes e impávidos sostenedores, y perjudican demasiado a la religión, poniéndola en abierta pugna con los hechos.

Profundizando sobre el particular, hallaremos que aun los filósofos espiritualistas, cuando de veras entran en materia, confiesan en términos claros y terminantes que *pensar es sentir*, que *sin órganos no se puede pensar*, y otras doctrinas por ese estilo bien lo dan a entender inadvertidamente en la misma exposición de los hechos acerca de los cuales convienen, aunque estén presentados con distintas palabras. Y he aquí la importancia y oportunidad de esa investigación para la presente nota; porque si M. Cousin admite como no puede menos, los hechos que él mismo expone, y tan los admite, que según él ni aún están sujetos a raciocinio o discusión, yo le demostraré hasta la evidencia las contradicciones en que incurra después con esos mismos hechos; no habiendo más medio de ser consecuente que seguir los dogmas del llamado *sensualismo*, único punto en que todos convienen, como voy a mostrarlo brevemente; y ved aquí como he encontrado yo la verdadera conciliación de opiniones, o sea, el único eclecticismo realizable, y por consiguiente de todo punto encontrado con el de mi amigo M. Cousin. Vamos pues a cuentas, escogiendo al intento el testimonio de algunos espiritualistas de los más notables, puesto que ya a los sensualistas los consideramos de acuerdo en el particular; bien entendido de lo fácil que nos sería aumentar el catálogo para corroborar nuestro aserto. Creo que los contrarios quedarán satisfechos y contentos en cantidad y calidad con los nombres de Platón, Cartesio, Leibnitz, Maine de Biran y el mismo Cousin. Escogeré uno que otro pasaje de cada uno de esos filósofos, por no alargarme demasiado, pues téngase entendido que pululan en todas sus obras los rasgos de la clase a que alude. Platón, cuando más quiere vindicar los derechos de la razón sobre los sentimientos — en lo que lleva mucha razón en más de un sentido — se vale en el *Fedón*, nada menos, de un argumento que lejos de demostrar su propósito, es una prueba invencible de la necesidad en que estamos de corregir a veces los sentidos por los

33. En el mismo sentido Félix Varela en *Origen de nuestras ideas* en *Miscelánea filosófica* de la B.C.A. (Roberto Agramonte).

sentidos. Él enseña que los sentidos dicen que muerto el hombre, todo se acaba, pero que luego la razón entra a manifestarnos todo lo contrario; pues levantando la loza del sepulcro, vemos que el muerto se ha convertido en tierra, en otros animales, en alimento de algunos vegetales, etcétera., etcétera., en una palabra, nos desengañamos de que es inmortal, imperecedero, sólo transformable: el dogma de los pitagóricos, o la base de la transmigración.

Ahora bien,; voy a ver si *bautizo* los mismos hechos con más exactitud que el venerable Platón. El espíritu humano creyó, por virtud de la *experiencia*, es decir, de su ejercicio por medio de los sentidos, que todo perecía en el hombre después de la muerte; diráse, si se quiere, que los sentidos lo indujeron a este error: pero está tan sujeto a los sentidos, que no se elevó ni una línea siquiera de lo que éstos le revelaron. ¿Qué remedio, pues, para que salga el entendimiento, la razón de este error en que ya está imbuida? ¿Puede lograrlo ella por sí sola? La razón, dice el divino, me hace ver, alzando la lápida sepulcral... no sigas: son tus mismos ojos que han observado lo que no habías observado: son tus *sentidos*, no tu razón (que ella sola no te sacaba del error) los que te han hecho observar la disolución, los insectos, la transformación de la materia: luego las observaciones, los sentidos, han corregido el equivocado concepto en que las primeras escasas observaciones habían colocado a nuestra frágil razón. Con que para saber, bien o mal, es forzoso experimentar: se experimenta mucho, y se sabe mucho y bien. Luego estamos de acuerdo en los hechos. Con sólo la diferencia de que Platón, porque le da la gana, llama *razón* a lo que yo he demostrado que debe llamarse *sentidos*. En resumidas cuentas, no es posible la observación sin el uso de la razón por el medio indispensable de los sentidos externos e internos; la razón misma tiene que ejercerse por sus órganos correspondientes; así ningún hombre pretende razonar con los pies, sino con la cabeza, aunque sabe que esos órganos inferiores están animados como el órgano u órganos superiores.

Venga Cartesio, quien, a lo más empeñado del problema fundamental de la certidumbre humana, el mismo que examina Locke, y Cousin impugnándole, se explica así: “En fin, yo soy el mismo que siento, es decir, que percibo ciertas cosas como *por* los órganos de los sentidos, pues en efecto yo veo la luz (es decir, experiencia sensible para marcar que *pienso*) oigo ruido, siento calor. Pero se me dirá que son falsas esas apariencias y que estoy durmiendo. Norabuena: más a lo menos es certísimo que me parece que veo la luz (otra vez experiencia sensual; salgan de ahí los que quieren arrancar para formar la ciencia!) que oigo ruido, que siento calor: esto no puede ser falso, y es *propriadamente* lo que en mí se llama *sentir*; y eso precisamente, nada otra cosa, es sino *pensar*” (Meditación segunda.) Otros veinte pasajes a este tenor se encuentran sólo en las *Meditaciones*, sin contar con los varios con los que tropezamos en las *Cartas* y demás obras.

Recuerdo que en la *Meditación* tercera dice también: “¿Pues qué son las *ideas* en todo rigor sino *sentimientos* que pasan en nosotros mismos?” Los espiritualistas y eclécticos, a lo menos algunos de ellos que ni leen a sus autores, se quedan atónitos al ver semejantes palabras en boca del que tienen por su caudillo; palabras que proferidas por cualquiera del opuesto bando, bastarían y aún sobrarían para crismar al escritor de ellas de materialista, heterodoxo y todo lo al por los partidarios de la *conciencia*. ¿Y se atreverán a sustentar todavía esos señores (lean siquiera, ya que no piensan) que la fórmula de Cartesio *Cogito, ego sum* era contradictoria a la de Destutt Tracy: *pensar es sentir*? Descartes se ve forzado a arrancar de este mismo punto de para poder asentar algo estable acerca de la humana certidumbre. Lejos, pues, de estar en guerra esos dos filósofos, corren de acuerdo en esta base fundamental, que se ven obligados a admitir los espiritualistas. Continuemos analizando algunas ideas más de Descartes, y veremos de parte de qué escuela está la razón y la consecuencia; así no vuelvo nunca de mi extrañeza al tocar que siendo siempre el punto de vista de la escuela espiritualista el más superficial, haya podido alucinar a tantos que precian de pensadores y aún de sutilizadores.

Presenta el filósofo francés el ejemplo de la *cera*, para darnos a idea de sustancia, ejemplo en mi concepto luminosísimo para arraigar más y más el principio de *nihil est in intellectu nisi quod prius fuerit in sensu*³⁴; aunque los del partido adverso creen que es el triunfo de su doctrina. ¡A cuentas! Esta cera acaba de salir de la colmena, aún no ha perdido la dulzura de la miel que contenía, algo retiene todavía del olor de las flores de donde se extrajo; a la vista están su color, figura y tamaño; es dura, fría, manejable, y si la golpean, dará algún sonido; en una palabra, cuanto puede dar a conocer distintamente a un cuerpo, otro tanto hallaremos en este. Pero ved aquí que mientras estoy hablando, la acerco al fuego; exhálase el sabor que le quedaba, el olor se evapora, cambia de color, la figura se pierde, aumenta el volumen, se liquida, se calienta, apenas se puede tener en la mano, y por más, y por más que la peguen encima, ya no dará sonido alguno. ¿Y no es por ventura la misma cera la que queda después de estos trastornos? Aquí está la idea de *sustancia* desprendiéndose de la cera, tan naturalmente como el fruto maduro de su árbol. ¿Qué es lo que hay en uno y otro estado. Experiencias y experiencias, que cotejadas las primeras con las segundas, ha visto el espíritu por medio de los sentidos que unas cualidades desaparecen y otras quedan; aquí está el contraste con los *accidentes*; sin accidentes no hay sustancias, y sin sustancias no hay accidentes; estas ideas están forzosamente unidas bajo el yugo de la relación. El *absoluto*, pues, no puede existir como lo conciben (o más bien, como no lo conciben) los metafísicos: sólo puede considerarse como el término a que

34. “Nada hay en el entendimiento que antes no haya pasado por los sentidos”.

por sus comparaciones ha llegado nuestro entendimiento, como un ente, si se quiere, independiente en su acción de todos los demás; en una palabra, ¡Dios! Pero este Dios absoluto, independiente en sí, para mi *idea* es una *relación*: le concibo como criador; luego he conocido primero algo, que después he llamado *criatura*; al revelárseme criatura, ya se reveló *criador*: relación forzosa como la de sustancias y accidentes. Pero profundicemos más el símil de la cera para alumbrar más esta materia y demostrar mejor la superficialidad de nuestros adversarios. Se deduce evidentemente que el entendimiento que ha llegado a la consideración de *sustancia*, cuenta más experiencias que el que a ella no ha arribado; luego el entendimiento no había concebido la *sustancia*: no que el hombre dejase de ver los objetos, pero los veía sólo como *conjuntos*, por no habérseles aún presentado ocasiones de observar lo que en ellos *aparecía* y *desaparecía*. Si careciendo de tales antecedentes tuviera el hombre ya la idea de *sustancia*, tendríamos un *efecto sin causa*. Violento y duro es por demás suponer primero lo que es postrero. Mientras no se me han presentado ocasiones de separar, de distinguir, ¿cómo he de abstraer, que no es más que separar? ¿No es la *sustancia* una abstracción? ¿Cómo, pues, quieren sacarle *a priori*? ¿Habrá cosa más opuesta a lo *a priori* que lo *abstracto*? Reflexionándolo, por Dios, detenidamente, que me da una pena verdadera verlos en un error de que tan fácil me parece salir!.

Analicemos todavía, y contraigámonos aún a la cuestión que más se roza con el propósito de esta nota. Creerán todavía los espiritualistas hallar su triunfo en el ejemplo de la cera, si no por este lado, por el otro a lo menos de que la idea de ese *quid*³⁵ que resta en la cera, no ha venido por ningún sentido, que es parto exclusivo del entendimiento, porque lo que dicen los sentidos es que la cera sea dura o blanda, sólida o líquida, fría o caliente; pero sólo a un entendimiento humano es dado conocer ese algo que no es frío, caliente ni pesado. Pues en esta objeción cabalmente es donde veo yo el triunfo de... su superficialidad. Abrid bien los ojos, señores, no os alucinéis, que aquí yace el germen de todo ese sistema de errores en que estáis metidos. En primer lugar, decís que por los sentidos sabéis que es fría o caliente la cera; pues yo os digo que si un entendimiento humano, o divino, o menos que humano, tampoco lo *sabéis*, porque saber no es negocio de los ojos, sino del entendimiento; luego, lo más que habrá es que sepáis *por* los ojos, *con* el entendimiento, que está fría la cera como vuestro meollo. Así se conviene que ni la más ordinaria y fundamental *experiencia* pudiera verificarse sin el entendimiento, demostrándose fácilmente que la *experiencia* es un compuesto en el cual entran como ingredientes imprescindibles los *objetos*, los *sentidos* y el *entendimiento* juntos y congregados. ¿Cómo concebís, señores de mi ánima, a los sentidos sueltos por ahí de

35. "Qué", "qué cosa".

su cuenta y riesgo, formándose ellos solos las ideas de todo lo material, sin la participación del entendimiento? De modo que habrá ideas *materiales* e ideas *espirituales*. Las ideas, en cuanto *ideas*, todas tienen el mismo carácter: recaerán sobre distintos objetos, y supondrá su adquisición más número de experiencias o de *facultades* (no de ideas innatas) en ejercicio; pero ni una siquiera puede formarse sin el concurso de los sentidos y el entendimiento. Ni aun el acto mismo de la *visión* puede verificarse sin que los ojos estén unidos y relacionados con el cerebro, formando parte del sistema nervioso; de modo que la imagen del objeto se pinta en la retina, se mira pintada; pero no se ve, sino por la interposición del cerebro; luego este es un órgano más inmediato que los ojos para que el hombre o el alma del hombre vea. ¿Pasan por ventura escenas esencialmente diversas o contrarias en otras experiencias más complicadas que la simple visión? Efectivamente, son diversos los fenómenos; pero no contrarios, sino variedades del mismo género; así como oír v. g., es distinto de ver, más ni uno ni otro dejan de pertenecer al género *sentir*; pues en uno y otro están obrando los sentidos y la razón, o sean, los sentidos externos e internos, como órganos de la causa que llamamos alma. Diráse todavía que los casos son diferentes, pues por los ojos sabe mi entendimiento que la cera es líquida o sólida, roja o blanca; pero sin los ojos, sino él por sí sólo sabe que queda una *sustancia*, y ese *quid* no es objeto de los ojos, ni de ningún sentido. Dos respuestas. Primera: A ese mismo *quid* llega el entendimiento *mediatamente* por los sentidos, pues es resultado forzoso de varias experiencias contrapuestas. Segunda: Es verdad que no se percibe con los ojos, o sentidos externos, pero sí se percibe por el cerebro, sin los ojos, o por una parte de él. Ahora se palpará la exacta analogía entre ambos casos.

Todos, así espiritualistas como sensualistas, estamos de acuerdo con los hechos, a saber, que no percibimos con los ojos, sino con el entendimiento. También confesáis que no puede verificarse fenómeno ninguno intelectual, o mejor dicho, de la vida de relaciones, sin un cerebro competentemente organizado. Luego lo único en que diferimos es que cuando vosotros decís conciencia, entendimiento, nosotros entendemos que a esas funciones corresponden ciertos órganos, y vosotros lo negáis, admitiendo al mismo tiempo que de “un sistema nervioso no se puede prescindir” (palabras de M. Cousin en su libro *Exposición del eclecticismo*; ¿por qué no prescinden, valientes?) en los fenómenos mentales. Entonces ¿dónde está la inconsecuencia? ¿dónde el ridículo? ¿dónde la vulgaridad? Diferentes funciones de todo punto diversas, pues órganos diversos: he ahí nuestra inducción. Tachadla si podéis, sofistas; ya que no alcanzáis atacarnos de frente, tomáis la palabra *sensación* en su sentido más estricto, y suponéis que nosotros agotamos todos los fenómenos del alma humana en la operación previa que precede hasta a la misma *percepción*, para que así aparezcamos historiadores infieles a los ojos de los incautos, como si negáramos

el juicio, el raciocinio y otras facultades innatas al hombre. No, señores, juzgamos, raciocinamos, imaginamos, así como vemos, oímos y gustamos; pero a todas estas siempre *sentimos*, sin que este *sentir*, que es de tantos modos, sea aquel sólo y mismísimo sentir que tuvimos *primo limine*³⁶ al empezar a inmutarnos los cuerpos. Primero lo vi, luego me *acordé* de ellos, después lo *comparé*, en fin *deduje*; pero todas estas diversas operaciones son distintos modos de sentir, desempeñados por diversos instrumentos y siempre por el mismo agente; y ved aquí que soy tan espiritualista como el que más, sin ser inconsecuente ni desfigurar unos hechos, ni excluir otros. Por lo demás, esta cuestión es importantísima en sus consecuencias: del falso modo de considerarla hace que esos mismos hombres, acabado de proclamar que la psicología es ciencia de observaciones como una de tantas, y que en consecuencia se le puede aplicar el método que ha hecho progresar a las ciencias físicas, sostengan que hay dos métodos, uno *experimental* y otro *racional*, como si pudiera andar por su lado la experiencia, y por el suyo la razón, ambas independientes, sobre objetos diversos formando la una las ciencias físicas y la otra las ciencias morales. No, amigos míos —que me da lástima, no puedo ocultarlo—: la misma razón por medio de los mismos y otros sentidos se aplica a otros objetos diversos para estudiar las cosas bajo distintas relaciones, de suerte que todo método es tan racional como experimental, y tan experimental como racional.

La *razón* misma formó la física, como forma cualquier otro sistema de conocimiento; y la *experiencia* forma el derecho así como crea la química. Eso sí, no todos los experimentos ni observaciones se hacen con máquinas y cacharros; pero es menester siempre instituir experimentos y observaciones, y éstos siempre se practican con los sentidos externos e internos. ¿Cómo no os he de apellidar superficiales hasta más no poder? Por eso me ha repugnado hasta el fastidio, siempre, el punto de vista platónico; pretendiendo ser el más profundo, el más espiritual, el más elevado, es en realidad el más somero, el más grosero, el más vulgar, el más propio de la época de la ignorancia. ¿Cómo habiendo confesado que la psicología es ciencia de observación, podéis concebir que haya observación sin sentimiento, y que haya sentimiento sin sentidos, sin órganos destinados al efecto? ¿Cómo creéis v. g. que puede un principio ser verdadero en un ciencia y falso en otra? Si es verdadero, siempre será verdadero; todo lo que puede resultar es que no sea aplicable a otra materia muy diversa, y en esto suelen también los espiritualistas ser los primeros delincuentes; como que han perdido la consecuencia, quitan y ponen de donde más a cuanto les viene, según el apuro en que se hallan; espíritus ineptos para las ciencias, pues o son falsos de entendimiento, o falsos de intención, o uno y otro todo en una pieza. En general Platón suele agradarme: Aristóteles siempre me ins-

36. “de entrada”.

truye: el uno tiene el genio de la hipótesis, el otro el de la ciencia: el uno quiere, el otro hace: uno suspira, otro demuestra. Y haciendo aplicación a las cuestiones que se han agitado en nuestra tierra, para que la juventud saque más partido de la presente discusión, ¿habrán examinado esta doctrina con el debido criterio los que vociferaban que “el principio de la utilidad era verdadero en el paraíso terrenal de la Economía política, pero falso y pecaminoso en el campo de la moral”?

Tales son las consecuencias de aquellas premisas. ¡Qué! ¿Así pueden pugnar las ciencias, que son igualmente verdaderas? Entonces una de las dos ha de ser forzosamente falsa. ¿Habrà cosa más falsa que semejantes entendimientos? Esos principios que demuestra la Economía pública son, por el contrario, medios, apoyos, pruebas para los preceptos que inculca la Moral. Pero ya esta materia ha recibido toda su luz de manos del profundo analizador³⁷ de la obra de Derecho penal por Rossi, análisis que recomiendo encarecidamente a las meditaciones de nuestra estudiosa juventud. Y con esto vamos ya con Leibnitz.

Habla Leibnitz: “Yo creo con la mayor parte de los antiguos, que todas las almas, todas las sustancias simples *creadas* están siempre unidas a un cuerpo, y que jamás hay almas que estén enteramente separados de ellos. Tengo para opinar así mis razones *a priori*; pero se verá todavía que hay una ventaja en este dogma, y es que resuelve todas las dificultades filosóficas acerca del estado de las almas, su conservación perpetua, su inmortalidad y operaciones, no siendo la diferencia de uno de sus estados al otro sino de lo más a lo menos sensible, de lo más a lo menos perfecto, o viceversa, cosa que hace su estado anterior o venidero tan explicable como el presente. Se hecha de ver, reflexionando un poco, que esto es razonable, y que el salto de un estado a otro infinitamente diverso, no puede ser natural. Me admira de que abandonando la naturaleza sin motivo, hayan querido las escuelas empantanarse gratuitamente en dificultades gravísimas, y suministrar materia a los *espíritus-fuertes* (los incrédulos) (así lo hacen ahora, en lugar de los escolásticos, Maine Biran, Cousin, Jouffroy, D’Eckstein, Aimé-Martin, Damiron y otros muchos que ni saben lo que son) cuyas razones todas caen de golpe con esta razón de las cosas, donde ya no hay más dificultad que concebir la conservación de las almas, (o antes bien a mi parecer —y es paréntesis del mismo Leibnitz— del animal) que la encontramos en el cambio de la oruga en crisálida y mariposa, o en la conservación del pensamiento en el sueño, divinamente bien comparado con la muerte de nuestro Señor Jesucristo”...Más quisiera extractar del filósofo alemán, porque más comprobaría mi propósito, pero me basta lo aducido para convencer que en los verdaderos apuros, todos se colocan bajo el palio de la verdad, que en las cuestiones que nos ocupan se halla exclusivamente en

37. El jurista Juan Francisco Funes (Roberto Agramonte).

las doctrinas del sensualismo. Leibnitz tropieza con las mismas dificultades que él mismo acaba de apuntar, y no queriendo que le agobien como a los demás filósofos partidarios del espíritu puro, establece no como quiera la necesidad imprescindible de los órganos para el desempeño de las facultades, sino que va más adelante que Santo Tomás y que todo otro sensualista, pero fundado, además de otras razones, en el que pudiéramos llamar dato constante o la ley del universo, de que la naturaleza nada hace por saltos, afirma que ni aún concebirse puede que la transformación de las sustancias se verifique de golpe y sin grado, de la materia al puro espíritu; siendo lo más particular del caso, como aparece del pasaje aducido, y se convence más plenamente del que la sigue en su texto, que el echarse en brazos del sensualismo, es el único medio eficaz que encuentra de tapar de una vez la boca a los descreídos y cavilosos; y tan es así, que recuerdo otro lugar de la misma obra en que establece la necesidad de considerar siempre al alma unida a algunos órganos corporales; porque de lo contrario, dice, tenemos que caer en el inconveniente de suponer a Dios haciendo para cada individuo condenado el milagro de adelgazar o sustituir el fuego, en términos que pudiera operar sobre un espíritu, como supusieron algunos escolásticos para salir del aprieto. Sea lo que fuere de la opinión de Leibnitz en la materia, lo que yo he tratado de mostrar es que, tan luego como se pulsan las verdaderas dificultades, y sobre todo habiendo una pizca de buena fe, y aunque a veces no la haya, cuando se entra en materia en estos delicados asuntos, o bien por esquivar las espinas innumerables con que están erizados, o inadvertidamente los discutidores, y arrastrados por la misma fuerza de los hechos, establecen doctrinas, o hacen concesiones, que de hecho los introducen de juro en la provincia del sensualismo, único asilo de la verdad. ¿Qué se hubiera dicho de esa doctrina de Leibnitz, el restaurador del espiritualismo, el apreciador de la antigüedad, el genio universal, el conciliador de Aristóteles y Platón, e inclinado más a este último, como él mismo confiesa, ¿qué se hubiera dicho, repito, de tal doctrina en boca de un sensualista? Hasta los fuegos de la inquisición habrían parecido pocos y flojos para quemar los cuerpos y abrazar las almas de estos amenguadores del linaje humano. Y sin embargo, esa es la doctrina del autor de la *Teodicea*, forzado a ella por más de una imperiosa necesidad. Bien puede colgarse este lauro el sistema de la sensación.

Llególe su vez a Maine de Biran. Mucho habría que decir sobre las contradicciones que hormiguean no ya entre las obras primeras y póstumas de este metafísico verdaderamente eminente, sino en las mismas que fueron como su testamento en la ciencia. Pues hay que advertir primeramente que existen, no ya dos señores Biran diversos, sino de todo punto contrarios entre sí; y aunque yo no llevo a mal a ningún viviente, antes aplaudo que cambie de opiniones, cuando en ello cede a su convencimiento, y no a motivos de innoble linaje; no puedo menos de lamentar que un talen-

to tan distinguido y tan nacido para la ciencia, no la hubiera continuado cultivando en el mismo campo en que al principio cosechó tanta gloria. La memoria de Biran *Sobre la influencia del hábito en la facultad de pensar*, con que abrió tan bellamente su carrera, siendo la quintaesencia del sensualismo, es el trabajo más original y más en el espíritu de la ciencia que ha salido de sus manos. Y nótese con este motivo el que animaba en 1803 a la clase de ciencias morales del Instituto de Francia y cotéjese con el que lo anima hoy; sólo atendiendo a los títulos de los programas se puede decidir la cuestión, y caracterizar una y otra escuela, uno y otro tiempo. Entonces se proponían averiguar la influencia del hábito en las facultades intelectuales; ahora cual es la autenticidad de las obras de tal o cual filósofo de la antigüedad, su doctrina, su influencia y otras cuestiones por el estilo. Cuestiones preciosas, bellas en sí mismas, y que yo me deleito en leer y releer su resolución, pero esto no es rigurosamente filosofía, sino filología; aquello es investigación, esto erudición, que también se dirá que es investigación, pero no es el campo en que se halla la ciencia actual, a quien toca fecundar y derramar sus luces sobre las indagaciones eruditas y anticuarias. Todo es filosofar, porque todo es discurrir; pero hay problemas muchos, infinitos que resolver, pertenecientes a lo que llamamos filosofía propiamente dicha. Vencer las dificultades que ofrece la naturaleza y la sociedad, ésta es la primera ocupación del filósofo.

Años después de esta famosa memoria, intentó Maine de Biran optar a un premio propuesto por la Academia de Berlín en materias psicológicas; y por este motivo, como por otras causas más largas de referir, fue alterando gradualmente sus primeras doctrinas, a punto de haber degenerado al fin de sus días, en un místico consumado al escritor metafísico más profundamente fisiológico que ha producido la Francia moderna. Está visto que no tienen mano los franceses para *alemanizarse*: no pegan en Francia ciertas doctrinas que, aunque erróneas, sientan mejor al carácter y suelo germano. Mucho tiene el buen escogedor que cosechar de tan rico terreno, pero es necesario que sepa escoger. Esto aún a los escritores idealistas alemanes; porque en nuestro bando hay una vida inagotable, pues así como el idealismo echó allá más profundas raíces que en ninguna otra parte, en ninguna tampoco se le han descargado golpes más certeros ni más en regla. En Alemania todo se hace de veras.

De intento me abstengo de abrir las obras póstumas de Maine de Biran, que tengo en frente, porque me temo en comenzando: ¡tanta es la copia de citas que a mi propósito podría hacer! Pero yo quiero escribir por separado impugnando a este célebre metafísico, así como al elegante Jouffroy, y lo verificaré tan luego como termine con el que traigo entre manos.³⁸ Bastárame

38. Parece que la enfermedad que le sobrevino lo impidió con lo cual quedó trunca esta *Impugnación* (Roberto Agramonte).

por ahora indicar el gravísimo absurdo a que conduce a Maine de Biran sus doctrinas, acosado de una parte por la fuerza de los hechos y analogías, y de la otra por sus mismos antecedentes. ¿Y qué hace por no echarse de una vez en brazos del sensualismo? ¡Transacción! ¡Eclecticismo! ¡Cómo disponen los hombres de la naturaleza! ¿Pero lo consiguen? Ahora lo veremos. Parte nuestro metafísico del famoso lema de la *armonía praestabilita, quod in corpore fatum, in animo providentia est*,³⁹ y entra luego la dificultad de deslindar en el hombre, en este compuesto de alma y cuerpo que se trata de presentar armonizado como lo está en la naturaleza, lo que pertenece a la materia, y lo que pertenece al espíritu. Acuden al juicio los animales con muchas de sus facultades análogas a las nuestras, y aún el mismo hombre en sus diversos estados de sueño, sonambulismo y enajenación mental. No puede el gran metafísico, a fuer de aventajado fisiologista, rehusar este testimonio; antes, hace alarde de exponerlo con exactitud y minuciosidad, y encontrando por su análisis la memoria y la imaginación en los brutos, llega a decir que estas facultades, así en ellos como en nosotros, pertenecen al *fatum*, son *fatales, corporales*, como la digestión, o cualquiera otra de este jaez. En primer lugar, ¿qué quiere decir aquí *corporales*? Si son corporales, porque pasan en el cuerpo, y desempeñados por ciertos órganos en él residentes, entonces corporales son el *pensamiento* (y la *memoria* es pensamiento) y todas las facultades mentales que bajo esta palabra general se incluyen. Segundo. Si se llaman *corporales*, porque se hallan en los animales, también en estos se encuentra el raciocinio, aunque en punto menor; así como la imaginación y la memoria que el señor Biran les adjudica. Resta, pues, que se nombren corporales porque se consideren derivados de la facultad de *sentir* (que entre paréntesis, ni es, ni puede ser, cuerpo, pues quien dijo sentir, ya dijo agente, alma). Pero sentir es el distintivo de los animales y no puede concebirse sin un *alma*, sin un principio o agente que dirija las operaciones; pues el automatismo de los animales a que se apeló un tiempo por Cartesio y sus partidarios, para hacer más marcada la separación entre los irracionales y el hombre, es tan repugnante a la realidad de las cosas, que ni el vulgo ni los filósofos creen en semejante especie: máquinas con sentimiento, con apetitos, satisfaciendo necesidades, y poniendo en juego tantas facultades para conseguirlo, idelirios que sólo se han atrevido los filósofos a proponerlos para salir de otras graves dificultades, que ellos mismos se han creado en la mayor parte con su falsa ciencia! No haya miedo de que confundamos al hombre con los animales, por poner a cada uno en el lugar que les asignó la naturaleza: nosotros no rebajamos ni encubramos; más asombrosa resultará la obra de Dios cuando contemplemos cuanto distan los animales del hombre, a pesar de hallarse en los unos como bosquejadas casi todas las facultades

39. "armonía preestablecida, lo que en el cuerpo es fatalidad; y en el espíritu, providencia".

que distinguen al otro en grado eminente. No rehuyamos las lecciones de los hechos valiéndome del mezquino recurso de negarlos o atenuarlos, cual suele practicarse; porque entonces confesamos indirectamente que tenemos mal pleito; es menester mirar con frente muy serena los resultados que ofrecen las ciencias naturales, sin tergiversarlos, ni violentarlos a nuestras opiniones preconcebidas: ellos no pueden menos de hacernos más admiradores de la Divinidad, es decir, más religiosos y más verdaderamente religiosos. Lo más común, lo más vulgar y esparcido en la naturaleza de las cosas, y que sólo por eso no atrae las miradas de la muchedumbre, es la más veces el asombro y maravilla del filósofo, que en su admiración excitada y en su impotencia de atinar con las causas, adora y se humilla, ante el único que sabe la verdad.

No teman esos timoratos filósofos que la fisiología comparada, ni la frenología, ni ninguna forma verdadera que tomen los conocimientos, pueda destruir los fundamentos de la humana responsabilidad, cimentada en hechos tan ineluctables como nuestra propia existencia; cimentada digo, en la misma *sensibilidad* y *razón*, comunes a toda la raza; a esa sensibilidad y razón bajo la forma que se halla en todos los hombres, y no como se encuentra en los animales: *homo sum, humani nihil a me alienum puto*.⁴⁰ Ahí tenemos en la *sensibilidad*, desde sus primeros escalones, un portento tan asombroso como lo puede ser el mismo pensamiento. ¿No es prodigiosa esa fuerza que hace que los objetos externos produzcan en los sentidos del animal las sensaciones del dolor y el placer? ¿Qué en la materia misma se nos revelen cosas que no puede desempeñar la *materia* por sí, fenómenos que nos obligan a distinguir en los cuerpos fuerzas actuantes como diversas de la materia donde se desplegan tan variablemente! ¿Cuál, cómo, de qué manera es esa fuerza que el hombre no puede reproducir ni imitar en las obras más acabadas de sus manos? ¡Esa fuerza, ese milagro que causa la vida, el movimiento! ¡Ah, el hombre reproducir e imitar! ¡Si pudiese siquiera introducirse en las entrañas de la naturaleza, acercarse al menos a saber cómo pasan las cosas! ¿Quién penetra las leyes de la sensibilidad? ¿Quién es el valiente que me explica el sueño, alimento y vida de los animales? Ni el catálogo de sus leyes, ni aún el de los hechos en que se funda está completo todavía. ¿Es sólo prodigioso el pensamiento, filósofos incomparantes e *incomparables*?

Y viniendo ahora más directamente a las absurdas consecuencias a que arrastran sus principios a un hombre del mérito de Maine de Biran, le preguntaremos cómo ha podido concebir que las facultades por las cuales clasificamos a los hombres de genios o prodigios entre sus semejantes, la imaginación, fuente del ingenio, la madre de los Homeros, de los Dantes, de los Cervantes y los Milton, pertenezcan exclusivamente a la animalidad,

40. "soy hombre y nada humano me es ajeno".

al *fatum*, y que el *raciocinio* en menor cuantía, que se encuentra hasta en los hombres más inferiores a fuer de hombres, no pertenezcan también al *fatum* o animalidad? Tan fatal y tan no fatal es el raciocinio como la memoria, v. g., que él coloca entre las fatales. Efectivamente, es fatal el raciocinio, porque a veces discurrimos sobre un objeto que por bien o mal, por placer o dolor, y aún contra el torrente de la voluntad nos arrebató la atención; otras no es fatal, sino que lo empleamos acerca de los objetos que nos proponemos conocer. Pero, ¿quién no ve que otro tanto sucede con la memoria, declarada fatal y corporal por M. de Biran? Nos acordamos sin querer, nos acordamos queriendo, y no nos acordamos a veces a pesar de querer. Pero entremos un poco más en las ideas del esclarecido, aunque alucinado metafísico (sin perjuicio de volver muy detenidamente a esta parte del asunto en la oportunidad que después ofrece M. Cousin) para penetrarnos de toda su futilidad y oposición a los hechos más averiguados. Hace Maine de Biran partir del punto de la sensación un orden de fenómenos intelectuales en el hombre, que en su concepto pertenecen al *fatum*; y otro orden que comienza en la *voluntad*, y por lo mismo corresponden sus efectos al dominio de la providencia, o elección, o no-necesidad. Vamos por partes, para no aumentar las tinieblas, donde ya tenemos la luz suficiente al menos para no confundir los objetos. Desde luego hay fenómenos en nuestro organismo que penden, y que no penden de nuestra voluntad: luego de los unos seremos responsables y de los otros no. Pero ¿por dónde comienzan todos los fenómenos intelectuales? Por la sensación. No hay, pues, dos orígenes diferentes, sino que del mismo punto de partida se van encadenando y motivando los unos para los otros, como antecedentes y consecuencias; así no se nos habría dotado con la facultad de querer, si no se nos hiciera primero sentir diversas impresiones gratas e ingratas, producidas por los objetos externos, o por los internos, o necesidades de los órganos, y en su consecuencia tratamos de solicitarlas de nuevo o de repelerlas, para llenar los fines a que la naturaleza destinó tales facultades. ¿Qué hechos son esos que corren *paralelamente* los unos a los otros, naciendo primeros *tanquam a radice* de la sensación, y los segundos *tanquam a forte* de la voluntad? Ahora veremos como todos tienen el mismo origen, a la prueba del más ligero análisis. Principia el hombre sintiendo una impresión cualquiera en sus órganos externos, o mejor, por sus órganos externos, (pues no sentiría aún en lo externo si con lo interno no comunicase: el hombre no se puede partir, como vosotros pretendéis, voluntariamente) y a renglón seguido, quiera que no, percibe: no puede menos de percibir: aquí tenemos ya una operación intelectual *forzada, imprescindible*, contra el imperio de la voluntad; en una palabra, *fatal*, para hablar vuestro propio lenguaje. Tenemos, pues, y dicho sea de paso, que no sólo la imaginación y la memoria son fatales, sino también lo es la percepción. Pero percibir, acordarse, imaginar, ¿son o no modos del pensamiento?

Luego el pensamiento es fatal, y lo único que no lo será es la voluntad, con cuya virtud podremos dominar el pensamiento, y aplicarlo a diversos objetos, así como los objetos estimulan también al pensamiento, y se lo arrebatan a su antojo. Sigamos con nuestra historia: después de percibir es cuando nos acordamos, raciocinamos, y *queremos*, o en virtud de las primeras impresiones, o en fuerza de nuestros raciocinios; y otras veces, queriendo, formamos nuevos raciocinios, o nuevas imágenes con las diversas facultades con que para ello nos ha dotado el Criador. La armonía que buscaba Leibnitz en donde se halla es en el juego de las funciones más encontradas y diversas, que todas se desempeñan sin confundirse, y tocándose cuanto hay menester para su marcha, teniendo de las unas conciencia y de las otras no, según los fines a que van destinadas. Así, al paso que se verifica v.g, la digestión en el estómago, está activándose el pensamiento en la cabeza, y la circulación en las arterias, influyendo más o menos la acción de unas funciones en las otras, y no viniéndose a conocer su influjo hasta después de haberse causado mutuamente algún estrago, o entorpecimiento, en donde se revela la armonía, por sentirse su interrupción.

Pero, dirá todavía M. Biran, ¿no es cierto que la voluntad es la madre de la atención? Luego la atención y todas las funciones que con ella se encadenan dependen de la voluntad, y no de la sensación. Nosotros no negamos que la voluntad puede dar el impulso a la atención, que en sí misma es impulso a las demás facultades; pero ésta no la crea la voluntad, ni la sensación. Me explicaré. Ningún hombre cree que puede pensar porque quiere sino por estar además adornado de la facultad de pensar; nadie confunde tampoco la percepción con la memoria, aunque sí se persuade de que no habría memoria sin el antecedente de la percepción, pues puede estar percibiendo sin acordarse pero no puede acordarse sin percibir. Así tampoco se figura ningún viviente que la atención es hija de la voluntad, sino de la facultad de atender que tiene aparte nuestro espíritu; pero facultad que tiene que ser movida por las impresiones de los objetos o por la voluntad, excitada ella misma por las sensaciones agradables o desagradables que vienen de fuera o de dentro; luego la voluntad lejos de ser la primera facultad, es de las medias en el orden de sucesión y de motivación, aunque sea por supuesto una facultad *sui generis*, que en nada se parece a la atención sino que se encadena a veces con ella, así como ésta lo hace con otras aún más análogas suyas que no la voluntad, para desempeñar cada una el fin a que está destinada; pudiendo asentarse con más firmeza dos cosas: primera, que hay más verdad en la opinión vulgar que reduce todas las facultades mentales al entendimiento y la voluntad; y segunda, que, más rigurosamente hablando, la de la atención y demás subsecuentes pertenecen al entendimiento, al paso que los movimientos, las acciones, están subordinados a la voluntad, y he aquí deslindados los límites de la moral, y la influencia del entendimiento sobre la voluntad, potencia que sería más

juguete de los instintos si no fuera alumbrada por la luz del entendimiento. Y aquí está cómo partiendo de la sensación hemos venido camino derecho a ser más intelectuales, más rigurosamente espiritualistas que los filósofos voluntaristas; y esto sin haber violentado la naturaleza de las cosas, donde se toca y corresponde; donde no hay paralelas que valgan, sino todo tangentes y secantes.

Réstame tan sólo, para llenar la promesa que hice al principio de esta nota, demostrar con el ejemplo de Cousin, como lo he verificado con los demás idealistas, Platón, Descartes, Leibnitz y Maine de Biran, que al entrar seriamente en estas materias, o se olvidaban de sus propias opiniones, arrastrados por el calor de la misma composición, o por la elocuencia de los hechos, viéndose forzados a echarse en brazos del llamado *sensualismo* o a incurrir en mayores absurdos o dificultades: *incidunt in Scyllam, cupientes vitare Charihdim*.⁴¹ Pero, como respecto de Cousin ya hemos visto alguna muestra de ello en la condición que pone para todos los fenómenos intelectuales, que “no pueden verificarse, dice, sino bajo las circunstancias de un cerebro humano bien organizado”, junto con aquellas palabras que de él cité a propósito del nominalismo, y se han de presentar ocasiones frecuentes de cogerle esos renuncios, o más bien, estas confesiones de nuestras doctrinas, arrancadas a la punta de bayoneta de las realidades, no molestaremos por ahora más a nuestros lectores prolongando esta nota innecesariamente.

19

Repetimos que para tener sentido estas palabras, es necesario que se tome la voz conciencia como sinónimo de sentimiento. Pero aún así, no están los hechos bien expresados, y todo ello se resiente de una vaguedad e impropiedad las más anticientíficas que imaginarse puedan. Si sufre detrimento la facultad de sentir, eso menos de intelectual tendrá el hombre. ¿Qué quiere decir que “por ella (por la conciencia) es por donde llega a nuestro conocimiento la acción de todas las otras, y aún la de la facultad de conocer?” ¡No señor, esto no es enteramente así: no está bien explicado, vive Dios! ¡Qué confusión para lo más simple y sencillo! En primer lugar, la acción de las demás facultades no llega a nuestro conocimiento por el intermedio de la conciencia; pues ésta cuando más puede revelarnos su existencia, empero no su *acción*, que es su modo de obrar, el cual podremos llegarlo a conocer a fuerza de observaciones comparativas, practicadas por medio de los sentidos internos y externos. Pero bien, demos de barato que el señor Cousin entienda acción por conciencia; aun entonces le diremos que no se ha explicado con exactitud, pues supone a la *existencia*

41. “caen en los Escilas al querer sortear el Caribdis”.

como un *vehículo* entre las impresiones y las facultades, y esto excita confusión en el ánimo de los alumnos; porque desde luego se preguntan; ¿en qué consiste, dónde está, dónde empieza la conciencia? Respuesta única que puede satisfacer estas dudas. “Es un fenómeno concomitante de los demás que pasan en nuestro interior; que entra como base en todas nuestras facultades intelectuales, que forma parte de ellas mismas, que es el sentimiento mismo sin el cual nada se puede edificar porque dejaríamos, no digo ya de ser hombres, pero ni animales, si el sentimiento nos faltase”. Dice después que, “por la conciencia llega a nuestro conocimiento, no sólo la acción de todas nuestras facultades, sino hasta la de la facultad de conocer”. ¿Qué es esto, señor? ¡La facultad de conocer como distinta de las demás facultades mentales! ¿Para qué son todas ellas sino para conocer? ¿No conocemos cuando percibimos, y cuando juzgamos y nos acordamos, mejor dicho, percibiendo y siempre percibiendo? Así que, si se dice la facultad de conocer, no puede ser sino en la misma acepción en que se toma la palabra *entendimiento*, como el conjunto o causa de las diversas facultades intelectuales, a manera que la voz *alma* representa la causa que en sí comprende las facultades intelectuales y actos morales, o emanados de la voluntad. Pregunto yo ahora: ¿puede un escritor ser más desgraciado que lo ha sido aquí Cousin en la explicación de cosa tan sencilla? Porque las observaciones de esta nota van más encaminadas contra la forma que contra el fondo. Pero tal es el destino de los que tienen ideas falsas o confusas sobre una materia: el lenguaje los ha de acusar y vender infaliblemente. “La autoridad de éstas (las facultades), continúa, sin destruirse en sí misma, nos sería desconocida y por consiguiente nula para nosotros”. He aquí una de aquellas proposiciones harto frecuentes en nuestro psicólogo, que o nada nos enseñan, o más bien nos tuercen un tanto hacia el mal camino. “Sin destruirse en sí misma la autoridad de las demás facultades”, es dada a entender que ellas en sí tienen su autoridad independiente de la autoridad de la conciencia; y en ese caso os contradecís palmariamente. Como debierais explicaros para no incurrir en contradicción, era diciendo que “ni de la existencia de las demás facultades tendríamos idea sino por la autoridad de la conciencia”. Y yendo ahora por otro lado. Si *autoridad* tienen las demás facultades ¿por qué ha de ser de inferior categoría a la de la conciencia? Pues la autoridad para que tal sea, ha de consistir en la demostración de la legitimidad de su testimonio.

¿Cómo se comprende, pues, una autoridad que sin destruirse en sí misma como autoridad, no es sin embargo autoridad, sino por el ministerio de otra autoridad? Además, ¿cómo se puede concebir al hombre pensando, razonando, sin saber qué piensa y razona? porque hay facultades y propiedades en los seres que les sirven de antecedentes o concomitantes indispensables de otras facultades. Así en todo caso, ya en estas facultades iría incluida la *conciencia*, que aunque diversa como fenómeno, o parte de

fenómeno, no puede desprenderse de las demás funciones; pues operando un entendimiento en circunstancias ordinarias está siempre *sui conscius*,⁴² sabedor de sí, que es lo que quiere decir conciencia. Pero, ¿quién no ve que todo esto es un embrollo miserable, indigno de ocupar medio minuto a un pensador que merezca el nombre de tal? Para concluir cierra nuestro autor el período con su repetidísima perogrullada: “que sin la conciencia todo sería nulo para nosotros”: gran verdad; pero no tan grande todavía como anunciada en estos otros términos, a que se resisten los eclécticos e idealistas: “sin sentir no hay conocer”. Sin embargo de todo, afirmar que sin la conciencia nada habría, nada nos enseña; porque decir, “destruyamos al hombre, y veremos que no opera como hombre”, no creo que pueda enseñar cosa ninguna. Aniquílese el sol, y nos quedaremos a oscuras. En la ciencia, señor Catedrático, ha de haber más gravedad y más sustancia. Por eso, y sólo por eso, por tener tales cultivadores la filosofía, se burlan más de cuatro de las doctrinas que ella enseña. ¡Cuidado con desacreditarla más, que en ello se hace grave perjuicio a la causa de la humanidad!

20

Cabalmente pudiera asentarse todo lo contrario: apenas hay personas en el orbe que después de haber cosechado un poco de *experiencia*, es decir, de desengaño en el mundo exterior sobre las ideas que de las cosas se formara, no dude y desconfíe de su propio testimonio; sin que le quede otro recurso más que apelar a la confronta del yo con el no-yo, es decir a buscar por medio de los sentidos externos lo que pasa en otros hombres, o bien en el mundo material, según la especie a que pertenezca el fenómeno, para llegar a la realidad, al conocimiento; así es que cambia y corrige su conciencia, según cambia y adelanta en sus conocimientos. Esto es más claro que la luz; luego si yerra, y se rectifica por los sentidos, no es ella sola el mejor, ni el único criterio del saber humano.

21

Sí, de la exposición anterior del señor Cousin sobre la conciencia, que acabamos de leer en su texto, quizás ni merecería este punto que le dedicáramos y aún le dediquemos tanta parte de nuestra atención. Pero ya se trata de cuestión del método, o del criterio de la humana certidumbre, *utilatis et amplitudinis humanae fundamenta moliri*;⁴³ y va toda la dife-

42. “consciente”.

43. “echar los fundamentos de la utilidad y de la dignidad humanas” (Bacon, citado por Kant. Vid. *Cuestión de método*, página 182 (Roberto Agramonte).

rencia posible en adoptar uno u otro rumbo, siendo forzosamente el del *yo*, por sí sólo, fuente segura o casi segura del error, y el de la confronta del *yo* con el *no-yo* el único, aunque imperfecto medio, porque todo lo humano lo es, que puede conducirnos a la verdad con paso firme y menos vacilante. El error fundamental del jefe de la escuela y de sus escolares consiste en deducir el hecho del conocimiento, o la *verdad objetiva* del hecho de conciencia o *subjetivo*. Nadie puede dudar que duda, es decir, nadie puede dudar que siente, como lo expone el mismo Descartes, y tengo demostrado en una de las disertaciones anteriores; de suerte que estamos seguros, segurísimos, a no poder más, del hecho de conciencia; pero ¿ese hecho (y aquí está la dificultad) nos asegura por sí solo de la realidad de las cosas externas? ¿Es de fiar ese hecho para demostrarnos las causas, para saber como es debido? ¿Puede por sí sola mi conciencia ofrecermel el criterio para distinguir la verdad del error? Aquí está lo que habemos menester. Pongamos un ejemplo tomado de las matemáticas, que por su sencillez hará resaltar más la diferencia entre el *hecho de la conciencia* y el *hecho del conocimiento*, señalando de una vez el legítimo crisol de la verdad. Se equivoca un calculador cien veces v.g., $8 y 4 = 11$. ¿De qué modo puede salir de su error? Pongamos que él desconfía, por haberse equivocado otras veces, o que duda, porque otro le disputa la exactitud de su cuenta. ¿Qué remedio? Apelar a los signos materiales, es decir, a los dedos, a los números, o siquiera a los signos del lenguaje destinados al intento, y prefiriendo siempre aquellos que le sean más familiares. Luego en la confronta del *yo* con el *no-yo* fue donde se corrigió el error, y se averiguó la verdad. Pero ¿quita esto la existencia del hecho del error como del hecho de verdad de mi conciencia? Luego el que esté el hecho en la conciencia no puede por sí solo hacerme distinguir la verdad del error; tengo que salir fuera, tengo que *cotejar*, y cotejar es el alma del estudio y del método. Así que lo incontestable de la autoridad de la conciencia es para establecer que sentimos, no que sabemos otras verdades; y aun esa misma del sentir, cuando tratamos de demostrarla, no podemos verificarlo sin echar mano de las experiencias con los sentidos externos. No quiero mejor testigo que el mismo Cartesio en la bellísima investigación que nos ofrece sobre el particular en sus *Meditaciones*: no puede dar un paso sin partir de las experiencias exteriores por medio de todos los sentidos, y esto para establecer el imperio del *yo*, cual se lo propone él, como independiente de los sentidos; de manera que yendo en pos de este fantasma, es decir, de la acción en la humana naturaleza del *espíritu-puro*, afinó para siempre más y más la verdad incontrastable de que el pensamiento está en el hombre entero, en este compuesto de espíritu y cuerpo, en la confronta del *yo* con el *no-yo*: unión indispensable, que sólo los hipotéticos novelistas de la ciencia son los que tratan de separar y destrozár.

Y nótese que ese mismo Cartesio tan empeñado en establecer por una parte el imperio del espíritu-puro es quien, por otra parte, se esfuerza con no menos ahínco en demostrar el automatismo de los brutos; es decir, cortar toda comunicación, todo puente, entre el espíritu y la materia; para poder sin embozo: “mira ahí los efectos de sólo el espíritu: el hombre; mira allá los efectos de sólo la materia: el animal”. Así, nada de análogo entre uno y otro; las operaciones idénticas que en ambos se encuentran penden de causas tan distintas, cuanto son unas puramente *mecánicas* y otras *vitales*; y las parecidas son unas causadas por el instinto, y otras causadas por la inteligencia; no hay entre ellos punto de comparación; yo quebrantaré la cadena con la que la naturaleza ató a cuanto existe, no ya al racional con el irracional, sino con la más despreciable pedrezuela que ocupa su lugar en el mundo. Esta atrevida contraposición introducida por el gran Descartes, produjo al fin un efecto contrario al que se propuso, como sucediera a sus demostraciones sobre el poderío del *yo*; así logró que se estudiaran más de cerca los fenómenos que presentan los animales en cotejo con los que ofrece el hombre, a quien de tal manera desarmonizó que hubo de producir el sistema de la *armonía preestablecida* en la cabeza del gran Leibnitz, la cual experimentaba la urgente necesidad de llenar el vacío causado, y de arreglar el desorden producido. Pero este genio, tan estupendo como el de Descartes, luchando como acostumbraba a brazo partido con las dificultades, llenó la laguna con una mera suposición en lugar de restablecer la realidad: la *armonía praestabilita*⁴⁴ es a lo más, una gran petición de principio, pues se anuncia en ella cabalmente aquello mismo que se trata de explicar; y aun el modo literal de producirse no es de lo más feliz, puesto que más bien que *armonía* existe en el hombre *enlace, dependencia, trabazón* entre sus varias operaciones y *virtualidades*; y aun la verdadera armonía de toda la naturaleza más consiste entre la *diferencia* y *subordinación* que no en la contraposición de objetos ni especies; no hay un reino vegetal contrapuesto a un reino animal, sino subordinado y enlazado por él por grados, por escalones bastante perceptibles aún para nuestra grosera capacidad. Esta materia todavía da lugar a las más graves consideraciones; pero sobre no hacerme interminable, téngase presente asimismo que han de ofrecerse sobradas ocasiones de volver a ella en el basto campo de nuestro análisis sobre las doctrinas psicológicas de M. Cousin; y no se eche tampoco en olvido el punto en que vino a parar el mismo Leibnitz, luchando con las dificultades que en su misma armonía no había podido doblegar: negar la existencia de los espíritus puros en este mundo, y negarlo (recuérdese también) como único medio, según nos advierte él

44. “armonía preestablecida”.

mismo de sacar victoriosas a las doctrinas ortodoxas sobre la naturaleza del alma humana. *Penséz y!*⁴⁵

Todo cuanto podrá decirse fundadamente respecto de la conciencia en sí o de la facultad de sentir; es que sin ella no puede edificarse la ciencia; y así es la verdad: pero lo es que con ella sola sin el auxilio de todos los medios de observación, tampoco puede levantarse, ni continuarse. Pero ¿quién no ve que todos los esfuerzos de los idealistas delirantes no propenden a otro fin que establecer la independencia de las operaciones del espíritu respecto a las de la materia? ¿Y quién no descubre que eso es marchar contra el torrente de la humana naturaleza? puesto que ni el acto más puro del pensamiento puede desempeñarse en este mundo sino por medio de un órgano corporal. No hay que confundir, pues, la causa con el instrumento: nuestra alma ejerce sus facultades todas por el ministerio de los sentidos internos y externos; y tan está el pensamiento en la cabeza, como la visión en los ojos; mejor, todo se enlaza de tal suerte que la visión misma no se verifica sino puesto en relación su órgano peculiar con el órgano del pensamiento. El alma misma es quien ve por los ojos y piensa por el cerebro. Esta es al pie de la letra la doctrina de Santo Tomás, según se ha visto ya en otro lugar. Últimamente para dar a esta materia toda la claridad que está en mi mano comunicarle, paréceme lo más conveniente reproducir aquí lo que por *Alcance al Diario de esta Ciudad*, publiqué sobre el particular el 11 de abril próximo pasado.⁴⁶

“No es encontrar la verdad, tener una opinión justa de cada cosa”.

PLATÓN, *República*.

Interesante por extremo es la materia que dejé en mi réplica para artículo separado, y forma el asunto del presente; más, a fin de no eternizarlo en cada punto, y por que debe escribirse muy seriamente una *Memoria* impugnando muchas de las doctrinas, recomendables por otra parte, de las *Relaciones entre lo físico y lo moral*, que a una con Cousin es otra de las principales guías de V., emplearé por el momento toda la posible brevedad.

Después de lo que he manifestado en mi último papel sobre Ontología, acerca de la realidad de las sensaciones hasta en un frenético, que no prueba sin embargo la realidad en la naturaleza exterior de las concepciones que actualmente conmueven su cerebro, agitando toda su máquina podrá V. comprender, que aunque estemos aún más seguros de lo que pasa den-

45. “¡Pensad en ello!”.

46. *Diario de la Habana*, abril 11 de 1840. Suplemento.

tro de nosotros que de lo que pasa en el mundo exterior, eso no prueba la *certeza* de nuestros conocimientos, ni sobre el mundo externo ni sobre el interno. Fue mi propósito, al afirmar que de los *fenómenos* internos estábamos, si cabía, más cerciorados que de los exteriores, reprender de una plumada a Jouffroy y otros psicólogos que gastan el tiempo y el papel en establecer hechos evidentes hasta para el más rústico entre los mortales, con la segunda o tercera intención de pintar a sus adversarios o como unos pirrónicos risibles e *imposibles*, o como unos imbéciles o lerdos forrados en la misma torpeza. Yo, amigo mío, no hice más que asentar un *hecho*, que “estábamos segurísimos de lo que pasaba en nuestro interior”. Veamos ahora el raciocinio que sobre ese dato ha levantado V; y V. mismo va a sentenciar si está arreglado a las leyes de la Lógica, absolviéndose forzosamente del caso de olvido o de contradicción en que tan gratuitamente me coloca. Luego estoy yo convencido —deduce V.— de que *los conocimientos de acá dentro del alma son los más ciertos*. Pues, no señor, no se infiere tal cosa de aquella premisa; porque puede V. estar, o parecerle estar, como harto a menudo sucede, segurísimo de una impresión acerca de un objeto interno, y sin embargo ser más *inexacto*, muy *equivocado*, el *conocimiento* acerca de dicho objeto, pues una cosa es el *hecho de conciencia* y otro el *hecho del conocimiento*: lo primero es sentir, experimentar, creer que se sabe; lo segundo es saber realmente, es decir, que el *conocimiento* verdaderamente tal ha de ser un reflejo o representación de la realidad. Ejemplos ahora, para que lo comprenda hasta el que se empeñara en no comprenderlo. Un hombre pretende estar seguro, en conciencia, de la existencia, de la realidad de un fantasma. ¿Diremos que este hombre lo ha imaginado, que está fuera de sí? Nada de eso; su creencia estriba en una sensación que ha experimentado, porque, o ha visto durante la noche una sombra en realidad, o se le ha representado durante el sueño; así que, ni frailes descalzos, como suele decirse, le harán desistir de su firme persuasión de la existencia del fantasma; y sin embargo éste es un error grosero, en la naturaleza no existe tal cosa, este hombre *no tiene conocimiento* ni mediano de la naturaleza, y cabalmente, porque carece de tal conocimiento, es por lo que se hace víctima del error y del terror. Luego la conciencia le engaña, o por lo menos, se deja engañar por los sentidos, y no es parte a sacarle de su error.

¿Cómo, pues, curaré a este hombre de su preocupación? Instruyéndole en las leyes de la naturaleza exterior o interior suya, por medio de las observaciones hechas por los sentidos externos. Luego la conciencia, por sí sola, es inútil e ineficaz para constituir hasta la ciencia que trata de ella misma y de sus fenómenos. Otro ejemplo, con un hecho interno. Pongamos que un individuo dice que se siente con valor para oponerse frente a frente a su enemigo, para arrostrar las bombas y las balas: cree nuestro valiente firmemente en conciencia (¿qué más quieren los psicólogos?) que será

hombre capaz de llenar su deber en llegando el lance: llega en efecto y mi impertérrito vuela en alas de la conciencia hasta donde le alcanzaron las piernas. Pero él engañó a los demás y se engañó a sí mismo. ¿Tuvo empero ánimo (iqué ánimo había de tener el malaventurado!) de engañarse y engañarnos? Absolvámosle, pues de culpa y pena condenando en lo principal y las costas al único causante de su chasco y el nuestro: su predilecta de V., la soberana conciencia, la reina de la infalibilidad y crisol de los conocimientos humanos. ¡Pobres conocimientos, y pobre humanidad!

Hay más: sin salir del sentimiento del valor. ¡Cuán a menudo no se observa que un hombre aguerrido, *fogueado*, como decirse suele, en uno o en varios géneros de peligros, cree *en conciencia*, y aún en experiencia, podríamos agregar con seguridad, que será parte a afrontar denodadamente riesgos que en su concepto (también *en su conciencia*) y en el de los demás hombres (también *en la conciencia ajena*) son inferiores sin comparación a los airoosamente pasados, y sin embargo, él mismo se queda pasmado y atónito de aquella su nueva cobardía! Siempre recordaré el caso de un militar; hijo y honor de nuestro suelo (ya descansa en paz), que ganó sus grados en las guerras de la independencia nacional; varón tan sereno como esforzado y gozando de su merecida reputación de esfuerzo extraordinario para con los mejores jueces, sus compañeros de armas; pues este mismo sujeto me confesaba admirado —y aquí probó de nuevo su valor; porque el valiente es franco y no falaz— que le aquejó un miedo cerval, inevitable, durante la tremenda plaga del cólera-morbo en este suelo. Demasiado saben los que saben mandar, por haber observado al hombre, que entre los mismos valientes unos son más a propósito para el mar que para la tierra, otros mejores para el ataque que para la defensa, tales que necesitan excitarse o entrar en una especie de fiebre para entrar en el combate, cuales que no han de menester más que su firme voluntad, y quienes hasta se aclaran el entendimiento con la vista y silbido de las balas, como del mariscal Massena decía el primero de los capitanes. Verdad es que Napoleón, como todos los hombre grandes, hacía cosas muy a menudo como por inspiración, sin estudio previo, y que la experiencia, en expresión de Shakespeare, es la sabiduría de los necios (*fool's wisdom*);⁴⁷ pero ese privilegio que a las inteligencias superiores concede el Padre y dispensador de las luces, no los exime de las leyes o condiciones generales a que está sujeta la humanidad. En efecto, el punto de partida del hombre extraordinario, así como del hombre vulgar; es siempre la experiencia, puesto que el entendimiento humano no puede rigurosamente hablando proceder *a priori*. La diferencia se cifra, pues únicamente en que el

47. Dice muy bien Shakespeare, en cuyas obras se aprende más Psicología que en todas las de la escuela pseudoecléctica: “el necio necesita hechos y más hechos iguales, repetidos, para saber algo, y con todo suele llevar chascos; al hombre extraordinario basta una prueba y luego parece que adivina”.

genio, con los mismos y hasta con menos materiales que el vulgo, levantará el edificio de los conocimientos, y arrancará secretos a la naturaleza; pero él no puede *adivinar su marcha*, o es un adivinar sobre algún hecho, sobre alguna experiencia; una verdadera inducción, más o menos atrevida, porque el hombre no inventa, no crea, sino *descubre* o *imagina*, y aún la voz latina *inventar*⁴⁸ acusa rigurosamente su origen, pues vale tanto como *hallar*, *encontrar*, *venir en*, o *dar* con el objeto o su relación. Así, observando los mismos fenómenos del descenso de los cuerpos que observaban todos los hombres, sin descubrir nada, pero observando indispensablemente, se elevó el gran Newton al descubrimiento de las leyes de la atracción universal. Lo cual en todo caso prueba, y esto nada dice a favor de la conciencia, que a sus facultades, a sus virtualidades, no a *ideas infundadas* de antemano, deben en gran parte los grandes hombres su notable superioridad; y así se entiende perfectamente la respuesta de Newton a los que le preguntaban como había dado con la atracción universal: *meditando, meditando sin cesar*, respondía este hijo predilecto de la naturaleza; pensando y reflejando sobre los *fenómenos*, no dándole su entendimiento *espontáneamente* las ideas que ya hubiere en él; que a haber estado allí, o se aparecieran con menor esfuerzo, al menos alguna o algunas, siquiera una vez, y no siempre con el sabor gratísimo de la novedad,⁴⁹ nunca más satisfactorio y arrobante

48. *invenire* (Roberto Agramonte).

49. Cada vez que reflexiono sobre esta materia me representa la memoria a Cartesio, al gran Cartesio, quien todavía, entusiasmado por el sistema de Platón sobre las ideas y excitado por su mismo principio de tener por firmemente verdadero aquello que concebimos muy clara y distintamente, y acaso también movido por su extremada afición a las matemáticas, decía que, cuando pensaba en el triángulo o en el círculo o en sus propiedades, percibía tan fácil y sencillamente todas estas relaciones, que se le antojaba si esto *no fuera más que acordarse*. Aquí está el *scire nihil aliud quam meminisse** del filósofo griego. Pues yo por mi parte confieso que cuando estudiaba la ciencia de la extensión, si bien me encantaban las *figuras* y sus accidentes, no menos que las demostraciones, nunca me pareció que me *acordaba*, sino que eran cosas enteramente *nuevas* para mí, aunque fundadas en otras que me eran muy añejas y familiares: ¡qué digo! me agradaban más precisamente por el incentivo de la novedad, y mirad ahora, como sin querer me ocurre un argumento que viene de molde ¿quién tiene razón, Descartes o yo?. Los dos, si queréis, porque él refiérese a un hecho de *su conciencia*, y *yo* a un hecho de la *mía*. Luego aún en ese supuesto, el que quiera conocer todos los hechos de la conciencia, tiene que salir fuera de sí o no tener los de la suya por únicos e invariables en la humanidad. ¿Y qué, siempre merecerán su asenso como características generales de ella misma las observaciones o *imaginaciones* que le vengan de todas partes? No tal: porque, entrando entonces en examen de las causas especiales que las han producido, esto es, practicando nuevas observaciones con los sentidos externos acudiendo a la *pedra de toque*, se cerciora de los motivos de la excepción, o del error; y entonces queda satisfecha. Creo que la mayoría lo estará con los asignados en el caso del ilustre Cartesio.

* “saber no es otra cosa que recordar”.

como cuando acaba de lograrse algún descubrimiento; pensando y reflejando acerca de los hechos más comunes y familiares, que por lo mismo ni llaman ya la atención de la muchedumbre; y aquí encuentro yo cabalmente la diferencia característica entre los talentos vulgares y los extraordinarios. Los hombres comunes necesitan un hecho portentoso, que los saque y los sacuda por decirlo así, del torpor de sus pensamientos; mientras que el genio encuentra esos prodigios y analogías con lo prodigioso en los datos más triviales y sencillos; el numen de la ciencia todo lo ve y descubre encadenado, halla una clave general bajo la cual encierra fenómenos al parecer lo más inconexos y remotos. Tan cierto es que hasta el ingenio más estupendo ha de ser secundado por los hechos, que toca en lo imposible que en medio de un pueblo salvaje nazcan Newtones y Cartesios; no porque la naturaleza no haya situado en todas partes hombres con las *capacidades* o virtualidades competentes para haber llegado a ser otros tantos insignes filósofos y matemáticos, sino que les faltaron las circunstancias, pues las necesidades de la sociedad a que pertenecen no son poderosas a fecundar su grande ingenio. Así me ha parecido siempre de la mayor verdad aquel pensamiento del poeta inglés Gray, en su famosa *Oda a un cementerio*, cuando exclama: “¡Cuántos hombres aquí sepultados, que hubieran sido unos Miltones o unos Shakespeares!”⁵⁰ El hombre, pues, por grande que sea, y por mucho que deba al aguijón de su genio, es deudor en parte a su siglo, y a las circunstancias que también lo aguijan y rodean; a un tiempo e independientemente fue inventado por Newton y Leibnitz el cálculo infinitesimal, como que ya reclamaba un instrumento más exquisito el estado de la *lengua matemática* para llenar las necesidades de la ciencia. Los hombres grandes deben algún tanto a su siglo, pero su siglo y aun los posteriores deben mucho a los hombres grandes. A nadie con menos derecho puede tacharse de amenguar la virtualidad del ingenio humano que a quien estampó esta proposición en su *Elenco de 1835*: “En materia de arte (y en ciencia no puede ser en tanto grado, *quia res ipsa vetat*,⁵¹ pero también tiene lugar) nos parece un error el juzgar que los grandes maestros se formaran con los largos estudios: nosotros creemos que la *inspiración* los formó, y el trabajo los perfeccionó”. Rafael murió de 36 años, y dejó vinculada la inmortalidad en infinito número de obras, muchas de las cuales había ejecutado antes de los veinte. Nadie, pues, más decidido que yo por la inneidad no ya de las facultades en general, sino de las facultades muy en especial, o llámese *especialidades*; hechos que hoy sirven de segura base a la *frenología*, a pesar de hallarse este ramo todavía en mantillas, a fuer de novísimo árbol de los conocimientos. Estos mismos datos, y no la doctrina de los idealistas, son los que refutan la opinión de Helvecio sobre la omnipotencia de la *educación*; pues esta misma pende de

50. No cito los versos, que no recuerdo literalmente sino tan sólo el pensamiento.

51. “porque lo rechaza la propia cuestión”.

un principio, la *organización* o constitución individual, que a veces no puede aquélla vencer, y a veces —desgraciadamente— ni aún modificar.

Así veremos igualmente cómo se equivoca y contradice Cousin en su lección 18ª y en la 22ª de su curso de 1829. Se equivoca en suponer el entendimiento igual en todos los hombres —lo que viene a ser el mismo error de Helvecio, que refuta en otra parte—; y aún cuando se diga que esta igualación no pasa de lo que esa escuela llama impropriamente *espontaneidad*, es facilísimo probar que sin salir de la tal época de la espontaneidad, se hace forzoso suscribir la pretendida igualación. Con efecto, aun suponiendo que no han llegado uno o más hombres a la época de la reflexión —único distintivo entre sus facultades que asignáis— todavía difieren y se *individúan*, no sólo en el modo de recibir las impresiones, pues uno tiene la vista más perspicaz que el otro, y éste el oído más delicado que aquél, etcétera, sino en las tales ideas *espontáneas* y *fáciles*, o de primera mano que los objetos les inspiran. Más diré: las diferencias de la espontaneidad suelen ser igualadas por la reflexión. ¿Quién no ha visto a un hombre no entender una cosa al principio como otro, y después alcanzarle con la reflexión? Luego a veces la reflexión es más niveladora que la espontaneidad

Así que los entendimientos, hablando en rigor, que es lo que acá llamamos ciencia, no se hallan uniformados, ni aún en esa época, más que en ciertos hechos harto groseros, por así decir, puesto que pueden alcanzarse hasta por los sentidos más obtusos y los espíritus más limitados; esos son los que constituyen el único patrimonio común de la humanidad; como v.g., *saber* que el sol nos alumbra y nos quema; que es malo matar a un hombre; tener idea de tiempo, etcétera, etcétera, pues con no ser idiota, están asegurados semejantes conocimientos. En tal estado, hasta el más torpe entendimiento puede hacerle comprender por otro algunas —no todas— de las razones que él por sí solo no fue parte a descubrir o percibir. Por eso nos hizo nuestro Criador; por eso está asegurada la idea de Dios entre los hombres; porque si bien no todos llegan aislada o individualmente a ella como ocurre a uno siquiera más capaz que a los otros, ya se difunde y vincula en la comunidad, la cual toda está *formada* para percibirla, o para percibir las pruebas, los hechos en que descansa, ya que no para dar con ellas así de primera mano. *Caeli enarrant gloriam Dei*.⁵²

He probado que se equivocaba Víctor Cosin. Dije también que se contradecía y voy a probarlo asimismo. ¿Cómo, después de tanto impugnar a Locke en la lección 18ª (no cito texto, por no levantarme a tomar el libro del estante, pero reléala todo el que guste) porque se resiste a la inneidad de las ideas, y solamente la concede a las facultades, vemos a nuestro campeón en la lección 22ª muy empeñado en demostrarnos con razones y hasta con autoridad que el *entendimiento*, las facultades son *innatas*? ¿Qué es

52. “los cielos proclaman la gloria de Dios”.

eso, señor de mi ánima? Una gran verdad, por la cual hemos estado luchando y lucharemos a brazo partido, pero un grandísimo *renuncio* de parte de V. y toda su clientela decidora de amenes. Sea muy en buena hora; ya le pescamos una verdad, y una verdad vale mucho, aunque sea a costa de una contradicción. Pues, no señor, porque M. Cousin no está contento hasta que no eche a perder aun lo más sencillo y perceptible; cuando no es en el fondo lo hace en la forma, para que no se le escape la maldad de poner en confusión a los muchachos. A la prueba. Después de demostrar perfectamente la *inneidad* del *entendimiento* la renuncia al final de estos términos: “ el entendimiento humano es innato a *él mismo* o por él mismo, e *igual a él mismo* en todos los hombres”. Señor, diga *es innato*, y pare V. de contar.

¿Qué quiere decir *innato* a él mismo o por él mismo? ¿Por su propia virtud? Ya está dicho, pues eso quiere decir *innato* en todo el curso de la discusión. ¿Y por qué agregar además la *absoluta* de que “es igual en todos los hombres el entendimiento”? Si quiere ser agudo y conciso en la sentencia, es menester que sea perspicuo y exacto: traslado a Verulamio, para el que desee aprender a enunciar aforismos. ¡Valiente libro de texto para la juventud el de M. Cousin! Física y realmente ¿son iguales los entendimientos? ¡Ojalá que no estuvieran aquí ni en ninguna parte desgañitándose las gentes con tanto debatir! Yo, por el contrario, creo cada vez más en la frenología; y M. Cousin y otros espíritus de su temple me aferran más y más en mi creencia, pues aquello cabalmente que a ellos les parece *divino*, a mi me parece *menos* que *humano*. Y de aquí saco una gran lección de tolerancia, es decir, querernos y compadecernos recíprocamente los mortales, de corazón, aunque estén peleando los entendimientos, pues si naturaleza los hizo tan diversos, están en su oficio, para pelear los hizo; o bien recorran los contrarios nuestro campo, así como nosotros hemos recorrido el suyo, y entonces habrá más esperanza de conciliación, porque habremos adelantado mucho para el *ceteris paribus*.⁵³ Así esta misma guerra prueba que la *ciencia* de la *conciencia* no se puede levantar sólo sobre la conciencia propia individual. ¿No se acuerda V. ahora, sin querer, del ejemplo del valor; al principio de este papel? Pues todavía no quedó agotada su sustancia. ¿Al mismo hombre que se ha esforzado por la mañana, no se le ve cobarde por la noche? ¿Y al más menguado durante su vida, no se admira, a veces, por su denuedo en la postrimera hora? Así yo, cuando quiero estudiar y profundizar los fenómenos morales cierro los libros de los metafísicos —¡dichoso el que no ha tenido que abrirlos!— clavo los ojos en este grandioso de la *naturaleza*, o en los textos que en fiel reflejo me lo reproducen, *en el espejo que no adula de la fisiología y la datología*, y después me hundo y me concentro en el recinto de mis meditaciones. Así

53. “a los iguales a los demás”.

es como hace sus mementos y el examen de conciencia su siempre el mismo FILOLEZES.

Habana, 8 de abril de 1840.

Dígase ahora si la conciencia es infalible, sin embargo de que a nadie falte su testimonio, como asienta M. Cousin. ¿Qué tiene que ver lo uno con lo otro? Nadie deja de sentir; pero de ahí no se infiere que ese testimonio sea infalible: ¿prueba esto que posean la *verdad*, es decir, la congruencia de sus ideas con la realidad de las cosas? Más todavía se dirá: ¿no es siempre el entendimiento, o la conciencia, o como queráis llamar al principio interno, el instrumento de la noción? Sí, pero no lo es por sí solo, sino en confronta con los sentidos y con los objetos externos. Si no tenemos mejor criterio, si aún ése nos lleva a veces al error, con él también arribamos a algunas verdades eternas, imperecederas. Así está constituida la humana naturaleza; no está en nuestro arbitrio alterarla, pues no hemos ir a para en el escepticismo de Malebranche, escollo para el cual no se halla más salvamento que en el puerto de la revolución. Este primer discípulo de Cartesio, partiendo de dos premisas innegables, llegó a una consecuencia insostenible. He aquí en resumen su grande argumento y su sistema. No debe seguirse una mala guía, y mala es la que nos pierde y extravía; es así que los sentidos y la razón nos pierden y extravían, nos engañan solos y acompañados; luego, debemos rechazar tan falaces conductores, y entregarnos en brazos de la Divinidad, que es quien últimamente no puede engañarse ni engañarnos. Luego sólo por las sagradas letras estamos ciertos de la existencia de los cuerpos. Pero ¿quién no ve que aún concediéndole a Malebranche, a esta quintaesencia del cartesianismo, sus premisas, cuán fácil es detenerle en la carrera de sus consecuencias con sólo estos dos obstáculos que le opongan? A saber: 1º buena o mala guía, no hay otra mejor, pues aunque no siempre lleguemos con ella a la verdad, cuando arribamos es sólo por ella. 2º Norabuena que solamente por la revelación sepamos la existencia de los cuerpos; pero la revelación la hemos leído por los ojos, u oído por las orejas y después de cotejado su testimonio por medio de nuestro entendimiento con otras relaciones, por el mismo instrumento decidimos si es humano o divino el relato. Luego no puede, aunque quiera Malebranche, salir de los medios concedidos a la humanidad para construir la ciencia quedando su escepticismo victoriosamente refutado por las mismas doctrinas del llamado sensualismo, a quien se tacha de escéptico por excelencia.

Quiero entregarme a nuevas consideraciones sobre tan importante materia, para ilustrar cada vez más y más el punto de vista sobre el verdadero criterio de la ciencia humana, el cual no puede ser otro que la fuerza de la naturaleza de las cosas. Repárese que un gran número de los errores de los hombres, y señaladamente de los metafísicos, consiste en la aplicación de ideas de un orden de objetos a otros. Como empieza nuestro enten-

dimiento a discurrir sobre los datos de una experiencia harto reducida, quiere aplicar ese limitado tipo a objetos y asuntos que están sujetos a otras leyes que le son ignoradas, y a los cuales por supuesto no debe aplicarse, o bien, arrebatado por los bellos resultados obtenidos en un ramo, trata de seguir, no ya el mismo procedimiento —lo que no sería ya tan reprehensible— sino hacer aplicación de las mismas ideas a los objetos mas diversos. ¡Cuántas aplicaciones no han querido intentarse de las matemáticas, que han sido burladas precisamente por los más entendidos en esta materia! Los metafísicos, desde la más remota antigüedad, como ya se vio en el sistema pitagórico de los números, han causado gravísimos perjuicios a la ciencia. aplicando las doctrinas generales de la cantidad, de unas teorías que descansan en un supuesto, en que se prescinde de la existencia, como sucede en las matemáticas, a las existencias reales de las cosas: en una palabra, el matemático no tiene que demostrar que *es*, sino que *debe ser*; su ciencia es de pura *demonstración*, no de inducción; al paso que la metafísica, la psicología, la ontología son ciencias de observación, como cualquiera otra de las fiestas en que se trata de demostrar existencias; y por eso no puede hacerse todo el gasto con sólo el razonamiento y los signos. Así, por este camino, se han perdido los metafísicos y con principios *a priori*, cuando rigurosamente no lo son ni aún los mismos que emplean los matemáticos como es facilísimo convencerse, pues, como decía Aristóteles, “por considerar la cantidad aparte, no pueden ellos hacer que subsista aparte, ni convertir una distinción lógica en una separación real y su abstracción no pasa nunca de abstracción” (Arist. *Phys.* II, 2^o. y *Metap.*, pág. 213). Este principio es destructor de toda metafísica en el sentido que se ha dado a esta palabra, pues entendiéndola como las últimas consecuencias a que llegamos especulando sobre las mismas observaciones a que nos provoca la naturaleza, entonces formará una parte real y efectiva de los conocimientos humanos, *metafísica*, es decir, después de la física, ciencia a que arribamos en virtud del estudio mismo de la grande obra del universo; y aquí está la filosofía primera en dignidad y última en tiempo, que abraza la Ontología, o más propiamente hablando, la Teodicea, o conocimiento de la *causa primera*. Otras veces los espíritus puramente metafísicos, que yo llamaría ignorantes de las leyes naturales, suelen negar la existencia de los hechos, cuando no comprenden el *quomodo*,⁵⁴ o tratan de explicarlo de la manera menos plausible y natural; lo cual depende asimismo de carecer de datos sobre el punto a que pueden llegar las fuerzas de la naturaleza. Los metafísicos, y en especial los idealistas, son, en esta parte, ni más ni menos como los niños; carecen de conocimientos en una materia, y creen segurísimas las consecuencias a que los conducen las pocas y pobres experiencias que acerca de ella

54. “como”.

poseen; por eso encontramos siempre que su punto de vista es el más vulgar y superficial, y hoy día inexcusable, a virtud de los adelantamientos que en todos los ramos han hecho las ciencias naturales. Cuando algunos de ellos v.g., se empeñan en establecer las funciones del espíritu como independientes de los órganos, es o porque ignoran los infinitos y concluyentes datos que manifiestan su imprescindible dependencia o si lo saben peor para ellos, que entonces no pueden estar de buena fe.

Son también chistosísimos, cuando para probarnos que una cosa es espiritual⁵⁵ nos echan la retahíla de que no es extensa, figurada, coloreada, etcétera etcétera.; a lo que les diría yo nada más sino que el hambre y la sed tampoco son extensas ni figuradas, y sin embargo salen del estómago, como necesidades de nuestro cuerpo, de nuestro organismo, siendo para mí sin embargo *espirituales*, porque las considero como el resultado de una fuerza que produce en el hombre todos los fenómenos vitales: fuerza que aparece actuando diversamente, según los órganos donde se nos presenta y los fines que se encarga de desempeñar. ¿No estuvieron también los filósofos por mucho tiempo relegando al país de las patrañas los relatos de Plinio sobre las piedras caídas de la atmósfera? ¿Y por qué? Porque ignoraban las leyes de la naturaleza en esta parte, porque ni las habían visto caer, y juzgaban semejante fenómeno en pugna con las leyes averiguadas. Hoy nadie duda de la existencia de los aerolitos; así pues, lejos de ser la conciencia o nuestro entendimiento quien nos ilustra, es sólo el estudio de la naturaleza el que nos ofrece un seguro criterio para juzgar, y el que ensanchando la esfera de nuestros conocimientos, nos encumbra a un punto de vista más elevado y más científico, a fuer de mostrarnos más y más la armonía y enlace que reina en la grande obra del Eterno. Así pues, siempre he sustentado que las realidades del mundo físico exceden a lo más atrevido que nuestro ingenio o especulación pudieron figurar o barruntar. Por más que trabajara la humana fantasía en imaginarse millones de mundos vagando por las regiones del espacio, ¿podía nunca elevarse al número inconcebible, al infinito, que el telescopio le ha descubierto sólo en la Vía Láctea, en ese apiñamiento para nuestra vista, inconcebible para nuestra razón, de estrellas y más estrellas que se ofrecen a nuestros ojos como una mera nebulosidad? Por más que con nuestra capacidad de fingir nos figurásemos la divisibilidad de la materia ¿podríamos llegar jamás a las realidades que bajo el portaobjeto del microscopio nos ha revelado el infatigable Ehrenberg? ¡Seis millones de animalillos en una gota de agua! ¿Qué se hubiera dicho medio siglo hace a los que hubiesen hablado de los prodi-

55. No puede hacerse peor servicio a la *espiritualidad*, que pretendiendo demostrarla de esa manera *negativa*, la espiritualidad descansa en las pruebas directas y positivas de las funciones y propiedades características del alma humana.

gios de velocidad alcanzados y vulgarizados hoy día con el agente universal del vapor? Se les habría tenido por visionarios, como aconteció con el primero de los descubrimientos al inmortal Cristóbal Colón.

Mas diré todavía. El estudio de la naturaleza es quien enaltece nuestro espíritu, y le lanza a las regiones de lo infinito: él, más que ningún otro provee a las necesidades y conveniencias del hombre, satisface su curiosidad, fortifica su entendimiento, ofrece más seguro criterio a su juicio, disipa los vanos terrores, ahuyenta la superstición; y levanta, en fin, mejor que ningún otro, el verdadero conocimiento de su Criador. El gran Newton debió ser y fue profundamente religioso. Este estudio contemplativo de la naturaleza es un germen continuo de la más sublime y edificante religión: son a la vez templo e imagen que provocan al culto más puro y acendrado. ¡Cuántas veces contemplando simplemente la cola del pavón, y perdiéndose la fantasía en aquellas varidísimas combinaciones de colores y matices simétricos como las mismas formas que las plumas afectan, y admirando y adorando al Eterno que ahí derramó tanta belleza y donosura, por grados sublimándose la contemplación, he venido por grados a inundarme en los más religiosos sentimientos que pueden agitar a un pecho humano: la veneración, la gratitud, el amor, el amor infinito: aquí está toda la religión. En efecto, he dicho para mí: el que creó tantas maravillas, ha querido que no sólo disfrute de ellas y las admire, sino que me eleva hasta él, puesto que me hace sentir tan vivamente su poder, su sabiduría, su misericordia, y se anega en un torrente de afectos, que no pudiendo contenerse dentro del pecho, han de ir forzosamente a derramarse sobre aquellos de mis hermanos que no hayan experimentado en tal grado esta necesidad de adorar. Así, una flor es mi altar, y ese altar me inspira himnos que no está en el poder de mi voluntad no entonar. Aquí es donde más entreveo la profundidad de este plan de la Causa de las causas. ¿Por qué, para qué me has inspirado tales y tan ardientes sentimientos? ¿No te has propuesto un fin insondable, cuando a cada paso, en cada objeto, me levantas a mí, humilde gusano, hasta la altura de tu trono?

Por lo demás, si la historia que no toma cuenta de todos lo hechos, y omite los más capitales, es una historia falaz y mentirosa, indigna de tan respetable nombre; y si no es posible aplicar los remedios adecuados a los males, ni fomentar los principios de bondad que en las cosas que en sí son, jamás podremos recomendar el estudio de la conciencia, cual lo propone la escuela ecléctica, como sólida base para un sistema moral. ¿Qué eficacia pueden tener nuestros consejos, ni nuestros preceptos, si nos contentamos con recomendar lo que engrandece al hombre, sin indicarle los medios para conseguirlo? Pues esto hacen estos moralistas; todavía peor, y es otro motivo poderoso para destruir de una vez las doctrinas psicológicas de donde parten. Como destrozan al hombre en lugar de

completarle, tratan de eliminar el estudio de sus funciones corporales, o se resisten a que se estudie lo moral en sus relaciones con lo físico; en una palabra, reducen, como se ha visto que repetidamente lo hace Cousin, el estudio del hombre a la psicología. Me dirán que tratan del hombre intelectual; muy bien, les contestaré, pero ese mismo no le podéis conocer, si lo separáis del corporal. Así, pues, diferimos de todo punto de esta escuela; y esto era lo más natural; ellos encerrándose en la conciencia no sólo desconocen la humanidad, sino que se ponen en el imposible consiguiente de no poder curar sus achaques, ni fomentar sus virtudes. Para ellos no es la higiene, si son consecuentes, una parte de la moral; nosotros, por el contrario, tratamos de salir fuera de nosotros mismos, de confrontarnos con el mundo y con nuestros semejantes por el intermedio de nuestros sentimientos, buscando la ciencia no en los mundos menores, o parciales, como decía Heráclito, sino en el mundo grande, común y universal; siendo hasta el extremo el reverso de la medalla de nuestros compañeros psicólogos, que ni aún quieren conocer íntegramente el mundo que llevan dentro de sí propios. *Vae illis*.⁵⁶

22

Si la conciencia es más o menos clara, más o menos viva, como asentáis, y a queda establecida su perplejidad, de la cual no puede salir sin apelar a la *experiencia externa*. Es menester no perder ni pie ni pisada a M. Cousin, para que vea la juventud cuán escaso anda el oro hasta en lo poco que reluce: *nothing extenuate nor set down ought in malice*, como encargaba el malhadado Otelo aún a sus propios enemigos. Es verdad que así nos vamos a eternizar, por muy breves que queramos ser: ita y tanta es la copia de errores e inexactitudes que se agolpan en la red del análisis! Pero nos hemos propuesto hacer un servicio a nuestra juventud, como uno de los más eminentes que en nuestra débil mano está tributar a la patria, y es menester decidarnos a prestárselo por entero. Sigamos con nuestro psicólogo. “Que la conciencia se halla en todos los hombres”, continúa. ¿Quién se lo ha negado? Pero ¿qué tenemos con eso? Todos los hombres tienen ojos, todos los hombres tienen entendimiento, todos los hombres tienen corazón, todos los hombres tienen pasiones. Pero ¿es posible se abuse así en nombre de la filosofía de la ciencia y de la bondad de los lectores? Doctrina, señores, y dejémonos de trivialidades, que a nada conducen, y sobre las cuales nada puede construirse, nada puede asegurarse. Estas vaciedades no pueden tener más objeto que el encubierto de hacer creer a los alumnos que los filósofos de la opinión contra-

56. “¡Pobres de ellos!”.

ria, a fuer de negar la autoridad exclusiva de la conciencia para levantar las ciencias, niegan el hecho de la conciencia, que es una verdad de sentimiento, evidentísima, por lo mismo, a todo hombre que viene a este mundo. Así la juventud o gradúa a tales hombres de unos *pirrónicos increíbles*, o, a mejor escapar, de unos sistemáticos aferrados, a quien la venda de su sistema les estorban ver más claro y perspicuo.

Sólo así puede hallar explicación y aplicación ese hacinamiento de perogrulladas que hace M. Cousin en este y otros lugares de sus obras; muy parecida en esto su conducta a la de su consecretario Jouffroy, que se opone a malgastar su linda prosa en describirnos la realidad de los hechos internos, como si sus antagonistas negaran su existencia, cuando la dificultad y el punto de divergencia no se cifra sino en la explicación de esos mismos hechos que todos confiesan, pero que unos atribuyen al espíritu por sí y ante sí, y otros al espíritu ligado forzosamente a las condiciones que plugo imponerle su Hacedor. Con semejante táctica sufre otra ilusión la pobre juventud; y es, que viendo que por espacio de muchas hojas hay verdades palmarias en los autores que maneja, ya esta circunstancia la previene en favor de todo lo demás, y aún la hará creer en ocasiones que haya exageración de parte de sus denunciadores, cuando cabalmente en esos lugares es donde más brilla para los expertos la hipocresía de aquella estrategia literaria. La juventud todavía candorosa, incapaz de apelar a tales mezquindades, no cree, juzgando por su propia conciencia (por eso se engaña: valiente criterio!) que haya entre los sabios, entre los filósofos, entre los sacerdotes de la verdad, hombres osados a practicar tan despreciables artimañas.

23

“Ninguno es desconocido a sí propio” —dice M. Cousin—. Aquí sí creo yo que el candor está en su parte; pues a ocasiones lo veo tan alucinado, y tan de buena fe alucinado, por todos los caracteres con que se me presenta, y por cosa que tampoco lo merece, que me es forzoso confesar que a su razón parecen grandes cosas lo que a la mía parecen pequeñeces. Cada cual tiene su razón y su gusto; no hay que disputar sobre gustos. La base de M. Cousin en la ciencia es admitirlo todo y combinarlo todo, es la laxitud llevada al extremo; la divisa de *Filolezes* es explicarlo todo: no admitir nada sin cuenta y razón; en fin, el *rigor* es la base de mi ciencia. Soy tan rígido en psicología como en moral; con que, jamás podremos avenirnos, ni vivir en paz y concordia, es decir, en paz y concordia filosófica, pues *Filolezes* vive con todo el mundo en paz y sosiego, cuanto más con hombre tan esencialmente conciliador y acomodaticio como el jefe de la escuela ecléctica!

24

Bien poco.

25

Eso prueba hasta la evidencia que con ella sola no se puede hacer la campaña; puesto que la mayor parte la emplean sin aplicarse a perfeccionarla, ilustrarla y entenderla. Pero ¿en qué consiste esa perfección, ilustración y extensión de la conciencia a la que aludís? En el ejercicio de la voluntad y de la atención —os respondéis vosotros mismos—. De modo es que con solo *querer* y *atender*, hace cuanto quiere; pero no hará cuanto es menester. Me explicaré: se trata de observar fenómenos, que, si bien pasan interiormente(¿y qué fenómeno del entendimiento no tiene su parte de interior?) tenemos que cotejarlos no sólo con los que pasan en nuestros semejantes, sino buscar muchas veces también en lo exterior sus causas y antecedentes; y aún nos hallamos muy a menudo en el caso, para explicar los mismos fenómenos intelectuales, de acudir interiormente a otras funciones o fenómenos que con ellos se enlazan profundamente. De manera que para formar la ciencia, no basta querer y atender; por más que prodiguemos la fuerza de nuestra voluntad y atención, si éstas no se emplean sobre los objetos que las reclaman para ese fin particular, nada absolutamente conseguiremos; no podremos distinguir las *ilusiones* de la conciencia de las *realidades* de la naturaleza; ved ahí lo que tenemos menester para constituir la ciencia: una piedra de toque, un criterio que nos sirva para distinguir lo verdadero de lo falso, lo individual y privativo de lo universal y común. En una palabra, para constituir la ciencia es la primera condición *atender* y *querer*, pero ella no basta por sí sola, si se aplica exclusivamente a los hechos de conciencia, ni aún para formar la ciencia de la conciencia. El error fundamental de la escuela pseudoeclectica, en esta parte, consiste en figurarse que puede constituirse la ciencia de lo interior; siguiendo el mismo método que en las ciencias físicas, con sólo aplicar la atención. Norabuena que se adopte el único medio eficaz, que es el de las ciencias físicas, pero envuelve una contradicción al concebir que esto pueda verificarse sin que los hechos sobre que recae nuestra atención tengan cierta exterioridad respecto a la facultad de conocer, y sin que empleemos algunos órganos o sentidos para realizar la observación. Como no se han penetrado bien de estos principios, distinguen observación *interna* y *externa*, como si al observar los hechos internos lo hiciéramos con otra facultad distinta de aquella con que observamos los externos, y cuando hasta el hecho de más grosera experiencia, no puede confeccionarse sin la interpretación del entendimiento. No ven estos señores, o no quieren ver, que siempre que hay observación, hay servicio prestado por los sentidos, aunque no

siempre sean éstos los cinco externos que aprendieron en el catecismo; así nos dividen, como Jouffroy, que es cosa de dar lástima, los hechos en *sensibles e insensibles*. ¡Hechos *insensibles*! ¿Y sabéis por qué? Porque existen hechos que no se ven, ni se tocan, ni se oyen; pero se sienten de otro modo tan claro y evidente, y por su órgano tan determinado que es lo mismo que si se tocaran; que se tocan, podemos decir con toda verdad; y ¡ay de la ciencia si no se tocaran! Cuando veo a hombres graves como Cousin y Jouffroy, decirnos que una cosa no entra por los sentidos, porque no se ve, ni se oye, ni se huele, se me parecen a los niños cuando niegan la existencia del aire porque no lo ven, ni lo oyen. ¿No es una niñería de marca sustentar *que no sentimos el pensamiento* v.g., porque no lo vemos ni olemos? Pero estamos seguros, segurísimos, de que existe, y de que existe en la cabeza; lo sentimos de esa manera especial y en ese órgano que le está asignado, y así en su individualidad no se parece a los otros modos de sentir; así como la vista en nada se parece al oído, sino en el punto en que todas esas funciones se asemejan: en el sentir. ¿Cómo, por otra parte, podéis concebir observación, sin el intermedio de los órganos? Cuando observáis el fenómeno de la memoria, lo ejecutáis por el órgano de vuestro cerebro. ¿No sentís, no experimentáis la memoria, cuando la observáis? ¿Y dónde está, dónde reside ese sentimiento? ¿Puede un sentimiento cualquiera que sea, estar solo, por sí y ante sí, sin hallarse como enclavado en un órgano corporal? El hecho sólo de la embriaguez echa por tierra todo vuestro andamio. ¿Cómo puede concebirse la acción de un licor sobre las facultades intelectuales, sin que pase materialmente de unos órganos a otros? Desde el estómago donde cae primero, y a quien sólo calienta (porque ese es el modo de obrar el estímulo en esta víscera) y no hace delirar, hasta el cerebro, a quien altera de otra suerte, no sólo produciendo aumento de calor; sino alterando todas las funciones mentales; pues como el cerebro es el órgano de las ideas, sin que eso estorbe que experimente en muchos casos la sensación del dolor común a ese tacto universal que se haya derramado en todos los tejidos animales, así interior como exteriormente; en una palabra, la sensibilidad misma en su forma más grosera, fundamental y primitiva. ¡Con que en resumidas cuentas nuestra gente metafísica amon-tona absurdos sobre absurdos, y contradicción sobre contradicción! Ni comen ni dan de comer otra fruta .

26

No puedo dejar pasar nunca este modo exótico de explicarse tan habitual en nuestro Eclético. La conciencia jamás ni en ningún sentido ni para la generalidad de los hombres, como decís, puede llamarse *procedimiento*. La palabra procedimiento se aplica a un método, a una marcha, a un orden de funciones: la conciencia es uno de los hechos con que cuenta el

espíritu para proceder en la investigación; y ni el procedimiento del hombre más vulgar pensando, está limitado al ejercicio exclusivo de su conciencia, sino que entran en juego todas sus facultades mentales y aún sus sentidos externos, para instituir sus observaciones buenas o malas, diminutas o comprensivas. Nadie menos que M. Cousin debería explicarse en estos términos, cuando por otra parte hace a la conciencia tan pasiva, que apenas le da el papel de testigo en el juego de las facultades mentales. “Pero algunos hay, continúa, que elevan este procedimiento a la altura de un arte, de un método en la reflexión”. Lo que ha querido decir M. Cousin se entiende ahora más claramente; más eso no quita que no lo haya sabido decir; no hay cosa más común y perceptible que su idea expresada con la sencillez y exactitud con que debe hablarse: el vulgo observa, pero no sabe observar tan bien como el sabio; el primero se deja llevar de sus primeras impresiones, el segundo las pasa por el crisol de su reflexión.

Ahora bien, y viniendo a lo más importante, no “es la conciencia lo que el filósofo eleva a la altura de un arte o de un procedimiento”, sino que trata de metodizar todas sus facultades para sacar el partido posible en la investigación; y es tan poco lo que debe este procedimiento a la conciencia exclusivamente, cuando más bien es hijo de la experiencia de los errores a que le ha conducido a veces sólo la precipitación, o falta de atención, y a veces la de los datos o experimentos y observaciones suficientes; así primero proceden los hombres como después, en el sentido de que siempre emplean todas sus facultades, no privativamente la conciencia, pero se dirá que después proceden diversamente en cuanto a las precauciones y reglas que adoptan en sus investigaciones, amaestrados y escarmentados por la experiencia, que con hechos demasiado eficaces ha despertado y fecundado su *reflexión*. Así, pues, éste tampoco es un método propiamente tal, sino quien nos dice y convence, en virtud de los datos obtenidos, que es necesaria la observación y la experimentación para averiguar la verdad; luego en la experimentación y observación es en lo que cabe el procedimiento, y dar reglas para verificarlo del mejor modo posible; luego ellas son lo que propiamente merecen la denominación de *método* y de *arte*: método porque es una vía, un camino en que hay que seguir varios trámites; arte porque para mejor conseguirlo cabe dictar reglas y preceptos más o menos eficaces; unas para producir el bien, otras para evitar el mal; o sea, parte positiva y parte negativa. Así lo entiendo yo.

Tampoco estoy bien con que se llame a la *reflexión* “una reproducción libre de la conciencia”. Esto de *reproducción*, y de *libre*, a mayor abundamiento (para echarlo a perder más) huele a cosa de *engendrar* la conciencia a la reflexión. Que la conciencia entre como base a la reflexión, ya se entiende; pero también entra en las demás facultades mentales, y no por eso se las apellida reproducciones libres ni forzadas de la conciencia, ni eso les quita que desempeñe cada una su función especial para contribuir a

la grande obra de la investigación. Así, pues, hay conciencia en la memoria, la hay en el raciocinio, pero ni la memoria ni el raciocinio son reproducciones espontáneas de la conciencia; cada facultad lo es *sui generis*,⁵⁷ o aun cuando tenga puntos de contacto y semejanza con otra, aunque se sirvan de antecedentes unas u otras, nunca le falta a cada una el rasgo característico que la distingue. Todo lo que puede asentarse con exactitud es que nuestra conciencia, tomada esta palabra en el sentido del resultado o espejo de nuestros conocimientos, cambia en virtud de las experiencias y reflexiones que sobre los objetos hemos instituido. Pero ninguna facultad, y mucho menos espontánea o libremente como se pretende; sin percepción no habría memoria, porque esta no puede recaer sino sobre las especies percibidas; más nosotros no nos acordaríamos, aunque percibiésemos, si no se nos hubiera dotado de esotra facultad especial de recordar; punto de vista que vienen a robustecerlo y confirmarlo la patología y frenología de consuno. Efectivamente, suele perderse la memoria de resultados de algunas enfermedades, subsistiendo sin embargo la percepción de los objetos presentes; lo que no debe causarnos extrañeza —añade la fisiología frenológica— porque la facultad de acordarse tiene su órgano especial en el cerebro, cuya relación con el de percibir ha quedado cortada por virtud de la enfermedad. Así es como unas ciencias fortifican y aseguran los resultados que nos suministran las otras. ¡Qué satisfactorio debe ser para el entendimiento humano, en su natural fragilidad, llegar al mismo término por diversos caminos! ¡Qué espectáculo más bello y arrebatador que la imagen pura de la verdad! El que la saborea una vez, ya no gusta de otros manjares!

Por lo demás, quiero hacer justicia al señor Cousin en esto de usar el epíteto de *libre*, hablando de la reflexión como reproducción de la conciencia. Si se toma la palabra *libre* en el sentido de ser la reflexión una consecuencia espontánea del entendimiento, es decir, que, por su propia naturaleza, o de suyo, ha de venir a parar en la reflexión, entonces estamos de acuerdo. Pero en tal caso ¿por qué no explicarse con más precisión y claridad, dotes que tan esencialmente caracterizan a los escritores franceses? Porque bien examinado, no hay cosa menos espontánea, menos libre que la reflexión; motivada, forzada, por nuestras anteriores impresiones, y fortificada con el cotejo de los aciertos y extravíos, es hija legítima de la atención y el escarmiento; ¿vosotros mismos en vuestro lenguaje no la contrastáis con la espontaneidad? Convengamos, pues, en que M. Cousin es de lo más libre, pero no de lo más feliz para explicarse; falta tanto más grave, cuanto se comete en una obra didáctica, y que se ha intentado ofrecer como texto para la enseñanza de la juventud todavía bisoña en el análisis.

57. "a su manera".

27

Así es la verdad. M. Cousin ha tratado y trata de demostrar que dentro de nosotros así como fuera pasan fenómenos, tan ciertos y positivos los unos como los otros. Pero no está ahí la dificultad, como ya hemos visto, sino en averiguar si estando esos hechos sujetos al dominio de la observación, se observan por el ministerio de los órganos. Pues los hechos nadie los niega ni puede negar; pero unos los atribuyen a una causa, y otros a otra muy diversa. Nadie pretende que no tengamos memoria ni raciocinio, v.g., empero, quien lo atribuye al espíritu solamente, quien a la organización exclusivamente, quien a uno y otro combinados e indisolubles. Ya nosotros hemos dado nuestro modo de pensar en la materia, y sobrarán ocasiones de corroborarlo.

28

No quiero más que este dato, de la mayor facilidad de comprender lo externo que lo interno, para decidir a mi favor la cuestión del método u orden en que deben aprenderse las ciencias, sobre la cual tanto se me hizo escribir en los periódicos a principios del año próximo pasado y en las *Memorias de la Sociedad Patriótica* en 1838. Bien que en esta materia no se aparta M. Cousin de mi opinión, ni en el lugar que comentamos, ni en otras partes de sus obras. ¡Qué más! En la Escuela Normal que él dirige y cuyos reglamentos ha formado, se enseñan las matemáticas y ciencias físicas con antelación e independencia de las morales.

29

Esto está muy bien dicho: lo único que os pido es consecuencia. Con que, por el mismo método, por el mismo procedimiento, con los mismos instrumentos se forman unas ciencias y otras, al menos las llamadas físicas y morales: todas son ciencias de observación, si aspiran al timbre y esfera de tales. Y de intento he dicho con los mismos *instrumentos*; pues a veces se emplean los mismos en diversos objetos, y a veces otros, aunque análogos medios en el propio o en distinto objeto. Los ejemplos aclaran las cosas, si es que la presente puede todavía aparecer oscura para algunos entendimientos. Con los mismos sentidos v.g. con que observo la porosidad y atracción de los cuerpos que pertenecen a la física, observo los delitos de los hombres que pertenecen a la jurisprudencia; y es uno mismo el entendimiento que se observa pensando por medio de su cerebro, que el entendimiento que se observa mirando por medio de sus ojos. En este último caso, además de los órganos internos (el cerebro y los nervios) empleo un órgano externo (los ojos) para la observación,

cuando en el primero sólo tuve que emplear los cerebrales, porque el objeto entonces no correspondía a la vista, no era visible, así como no podemos ver con las orejas, porque éstas se hallan exclusivamente destinadas a la percepción de los sonidos. Y si “no hay más Bacones que Cartesios”, como decís, viene abajo la distinción favorita de todos vosotros, de Maine de Biran, de Jouffroy, de Cousin mismo, entre experiencia interna y externa y entre hechos sensibles e insensibles! Verdad es que nuestra experiencia recae sobre objetos interiores o externos; pero la diversidad de objetos no hace diversa la causa o facultad de observar, común en todos casos; y la ciencia nunca distingue de esa manera, así como no diremos que por distinto medio o procedimiento he formado idea de los olores y de los sabores, pues aunque diferentísimas estas impresiones, mi entendimiento ha procedido idénticamente al formar los conceptos por ambas clases de sensaciones motivados. ¿Acaso son insensibles los hechos porque no se ven, o no se oyen? ¡Hechos insensibles! Sólo los metafísicos que han perdido el miedo a la contradicción y al adefesio, contando con que la ignorancia se los abonará en cuenta de profundidad, osarían amalgamar y ayuntar dos palabras que tan extremadamente se repelen. Si los hechos son hechos, ya son sensibles *de juro*, sean pertenecientes al mundo físico, moral, intelectual o político: todos se experimentan con los mismos o análogos medios. ¿Pues porque no vemos el pensamiento, ha dejado de ser sensible? ¿No lo experimentas dentro de tí mismo, no lo sientes en tu cabeza, y no en toda tu cabeza? ¿Podrá ser más fuerte y eficaz la *experimentación* que haces con tus ojos? Así nadie ataca más la unidad de la ciencia que estos psicólogos de nuevo cuño. Quieren distinguir esencialmente donde la naturaleza sólo distingue accidentalmente; y cuando es necesario diferenciar, entonces se apresuran a confundir. No pueden resistir al cargo que les resulta de esta alternativa: “o sois ignorantes, o sofistas de profesión”. Además de esto ¿quién no ve que aún la experiencia que recaiga sobre el objeto más externo y material del mundo, como v.g. la idea del color, figura, etcétera, no puede confeccionarse sino en el interior del hombre, con el ingrediente de su espíritu? En este sentido no hay experiencia que no sea *interna*, pues experiencia es un compuesto, cuyos elementos son los objetos, los órganos y el entendimiento; luego si toda la experiencia en principio es interna, no se debe distinguir en buena lógica por condiciones comunes a toda experiencia. Por cualquier lado que se les tome, se les reduce al absurdo, o a la inconsecuencia. Ellos mismos se han colocado en tan crítica situación.

Los que han negado el positivismo y aún la existencia de la psicología, no se propusieron negar los hechos de la razón humana, sino las pretensio-

nes que los metafísicos querían hacer pasar por verdades demostradas. La psicología es por el contrario tan positiva, que constituye en sí un capítulo, pero capítulo interesante, de la fisiología o ciencia del hombre. En resolución, los verdaderos investigadores a lo que se resisten es a admitir las explicaciones que de lo hechos confesados por todos suministran los metafísicos superficiales y faltos de la debida observación. Por este motivo y pareciendo sobrado pretensora la denominación de *Psicología*, por indicar el conocimiento de la naturaleza del alma, que no es conocida sino por sus efectos las ideas y sentimientos, se le ha sustituido por el nombre más modesto y exacto de *Ideología*. Pero poco nos importan las nomenclaturas, cuando estemos de acuerdo con el valor de los signos que son moneda convencional. Sepamos que para nosotros la palabra *alma* no representa más que la causa de los efectos que llamamos *ideas*, y está la materia fuera de combate.

31

Doloroso es repetirlo; pero por rareza se explica nuestro psicólogo con la debida precisión: en este sentido no hay un autor menos francés que M. Cousin. Una cosa es la oscuridad hija de la profundidad, y otra la inexactitud palmaria y averiguada que está acusando la proeza del pensamiento o la falta de meditación. A veces nos cuesta trabajo entender al de Estagira o al de Konigsberga; empero, precisamente cuanto más lo penetramos en lo que llevan razón, tanto más exacto y feliz hallamos el modo de explicarse de estos magnates de la ciencia, quienes lejos de perder un ápice, ganan sobremanera al ser estudiados y ser sometidos al más severo análisis y escrutinio: son como aquellas rocas inalterables que parecen desafiar a los embates del tiempo, diciéndole: *in aeternum stamus*.⁵⁸ Yo bien sé lo que trata de significar aquí el señor Cousin, y es, que sólo los fenómenos de la conciencia son del resorte de la psicología; pero convengamos en que no podía haber escogido un modo de explicarse más inexacto como cuando asienta “que los objetos de la psicología son los de la reflexión y los de la conciencia”, que vale tanto como aseverar, que la psicología trata de cuanto Dios crió, y el hombre formó, pues todo ello es objeto de la reflexión y de la conciencia; viniendo a parar en que la tal psicología abrazaría todas las ciencias del universo. Pero lo que ha querido significar nuestro psicologista es que los fenómenos de la conciencia son los que pertenecen al imperio de dicha ciencia. ¿Por qué, pues, substituir la palabra *objetos* a la palabra *fenómenos*? La fórmula debería estar concebida en estos términos: “Los fenómenos de la conciencia son objetos de la psicología”. Pero ¿es mero descuido o simple inocentada el haber dado el autor una forma inexacta a

58. “vivimos para la eternidad”.

un pensamiento tan sencillo y perceptible? Juzgue el lector por lo que sigue, pues quiero por esta vez dejar a su arbitrio la calificación: “ahora bien, es evidente (continúa) que los objetos de la conciencia no son ni el mundo exterior, ni Dios, que no se nos dan en nosotros mismos...” .Pues entonces ¿cuales son? Las sensaciones, las impresiones, las ideas, en una palabra, los fenómenos que pasan en el mundo interior. Pero estos fenómenos ¿no son acciones que recaen sobre los objetos externos y que éstos han ayudado también a producirlos? Luego por su medio conocemos el mundo exterior; y conociendo el mundo exterior, al notar el orden, armonía y concierto que en la obra reinan, leemos en ella, con caracteres indelebles, plan vasto, sabiduría profunda, omnipotencia, misericordia infinita, amor sin límites, y ahí está Dios forzosamente derivado de la contemplación del universo. No puede haber otro Dios para la recta filosofía; así pues, no tenemos una idea, una imagen real y efectiva de la Divinidad, como la tenemos de una planta o de un hombre, pero penetra en nuestro corazón ese sentimiento inefable de una causa primera, y satisface nuestro espíritu ese pináculo y pedestal de todas las inducciones del alma humana sobre el universo.

Si al decir el señor Cousin “que ni el mundo exterior ni el autor de la naturaleza se nos dan en la conciencia”, ha querido significar que el hombre no puede conocer las esencias de las cosas, y tal es en efecto su opinión, como se ve por todo lo que sigue, donde toma la palabra *ser* en el sentido de *esencia*, estamos completamente de acuerdo. Mas si como le hemos demostrado, todo el conocimiento que tenemos filosóficamente del Criador, no puede derivarse sino de la contemplación del mundo exterior, entonces tiene nuestro psicólogo que echar abajo todo el mal concertado edificio de sus opiniones. Todo su empeño es que la idea de Dios se derive de la razón; porque no estando en la conciencia, y ofreciendo ésta el reflejo exacto de los fenómenos, claro está la necesidad de apelar a otra fuente para encontrarla, y esa fuente no puede ser más que la razón en tal caso, puesto que adrede quedan cerradas las demás avenidas. Pero no advierten los que así piensan, que de esta manera destruyen la idea de Dios, que no puede aparecer en el alma humana sino en el intermedio del mundo exterior; de forma que ese Dios derivado puramente de la razón es un ser absolutamente hipotético; más claro, el que niegue la aparición de la idea de Dios en el examen del Universo, niega la existencia del Ente Supremo, pues en los fenómenos están las únicas pruebas racionales que de tan importante verdad pueden suministrarse. Si destruí el principio de la sensación, echáis por tierra todo sentimiento religioso, y os hundís en un escepticismo inevitable. ¿Como queréis derrocar la base de los conocimientos humanos, sin que naufrague la *idea* de una *causa* primera? Consecuencia, a vosotros; examen, a los lectores. No pedimos más.

Lo que se infiere de tales premisas no es ya “una separación completa entre la psicología y la ontología”, sino la imposibilidad de construir una ciencia ontológica aparte y propiamente tal; pues no hay ciencia ninguna, en lo humano, sin exceptuar a las matemáticas, que no descansan primitivamente en los fenómenos, y por consecuencia en la sensación, sin que sea dado al hombre penetrar jamás las esencias o causas primeras; porque en tal caso se confundirá con el mismo autor de la naturaleza, cuya obra jamás le será permitido comprender. Aquí viene a colocarse por sí mismo el artículo que en la pasada polémica publiqué en el *Diario* de 8 de abril último, bajo el título de la *Ontología embozada y desembozada*, el cual a la letra, con las debidas supresiones, es como sigue.⁵⁹

“Multaque indicia [Ontologiae]
quamquam premantur, erumpere”⁶⁰

TÁCITO

Ved aquí un dilema tan sencillo como arrasante de toda Ontología, y aún de toda tentativa de Ontología; dilema reducido a los términos siguientes: la Ontología o trata del ente común, o del *Ente* por excelencia; si lo primero, está toda ella reducida a esta sola proposición, u otra equivalente, a saber, “todo ente existe, o todas las cosas se parecen en una cosa, en la existencia, dado que el único punto de clasificación para todos los seres es la existencia”. Pero ¿se le ocurrirá a nadie que esté en su razón, *rationis compos*,⁶¹ formar una ciencia del ser, o de los seres, como ser? No, porque ese punto de clasificación nada enseña y es una verdadera perogrullada. Si para conocer, pues, los *seres* tengo que entrar en el estudio de cada uno, o de cada clase, o de cada aspecto del cual puede ser mirado el mismo ente, o la clase a que pertenezca, claro está que el conocimiento de los seres será el objeto de otras tantas ciencias especiales, de todas las ciencias humanas; en una palabra, Dios, el hombre y el mundo. Luego por este lado no puede constituirse la Ontología. Veamos ahora si puede fabricarse por otro, que es el segundo miembro de la alternativa propuesta. Si la Ontología versa acerca del *Ente* por excelencia, entonces abandonando sus pretensiones al ente en común, se convierte en la Teología natural o ciencia

59. Luz reproduce aquí textualmente lo contenido en el mencionado artículo que se encuentra en el t. III del vol. III de *Obras de Luz*. Abril 8 de 1840 de la B.C.A.

60. “y muchos signos [de la Ontología], se hacen visibles aunque se quiera ocultarlos”.

61. “en su juicio”.

de Dios, hasta donde alcancen las luces de la razón, pero aún no puede hallar rigurosamente cabida, porque en primer lugar a Dios no lo podemos concebir sin atributos o propiedades, como no puede menos de suceder al entendimiento humano respecto de cuanto existe; de suerte que la ciencia que tengamos de Dios, cualquiera que sea, más o menos limitada, forzosamente ha de recaer sobre sus atributos, y entonces ni aún la ciencia de Dios lo es, en cuanto ente o ser meramente tal; luego no es en rigor ciencia ontológica. Tal es, en efecto, la propensión, la ley del alma humana, que todo el mundo se figura o concibe al Ser Supremo, según los datos o modelos que le ofrece la misma naturaleza o su propio entendimiento, fingiéndoselo muy corporal el hombre salvaje, y muy espiritual el civilizado, cada cual a imagen y semejanza de sus concepciones. Luego no es posible en lo humano formar una ciencia del ente en cuanto ente, sea por el rumbo del universo, sea por el rumbo de su hacedor. Ni aun la misma existencia de Dios, que sería en todo caso el fundamento de la Ontología, es, ni puede ser, inducción o deducción de esta pretendida ciencia, toda vez que aquella gran verdad fundamental, es filosóficamente el resultado de la misma observación del hombre y del universo. Además de esto, aun considerando a Dios, cual lo es, como el *Ente* por sí y absoluto, esto es, independiente y superior a todo lo creado, todavía la *idea* de Dios no es *absoluta* respecto de nosotros, dado que nos elevamos hasta ella por la contemplación de los fenómenos; así que, lejos de ser absoluta, es *eminentemente relativa*, y tanto, que cada objeto comparado con otro objeto del universo, y el conjunto de los objetos, nos lleva invenciblemente a la misma grandiosa *inducción*, o sea, a un resultado corroborado por millares y millares de inducciones, incluso en ellas el magnífico argumento de Cartesio, que entra forzosamente en el círculo de la inducción. Cousin, presintiendo que no podía de primera intención introducir y acreditar la Ontología, y señaladamente entre sus ilustrados compatriotas, se contentó con insinuar hábilmente —y aún eso fue hasta valentía— que aunque no debía comenzarse por la Ontología, sin embargo, eso nada probaba contra su existencia, pues sólo se había de llegar a ella por medio de la Psicología, es decir, después de agotado el estudio de los fenómenos: “una sana filosofía —dice al comenzar la lección 18^a del curso de 1829— no debe, sin duda, quitar del medio y destruir las cuestiones ontológicas sobre la naturaleza del espacio en sí mismo: *utrum*⁶² si es material o espiritual; si es sustancia o atributo; si es independiente de Dios o si se refiere a Dios mismo (es decir, una parte o atributo de Dios mismo, como ha sobrado quien la defienda, pues no hay disparate que no lo haya dicho algún filósofo, como ya observó Marco Tulio); puesto que todas estas cuestiones se hallan incontestablemente en el espíritu humano; empero, la filosofía

62. “sobre sí”...

debe aplazarlas hasta el tiempo en que observaciones psicológicas bien hechas y hábilmente combinadas permitan resolverlas”.⁶³ ¿Se pudiera creer que un hombre en su sana razón, y seriamente, se explicase en los términos enunciados? No quiero ni calificar las especies que a manos llenas vierte nuestro metafísico en el párrafo anterior porque son pocas y flojas las más abundantes y enérgicas palabras, para bautizar semejantes desvaríos. ¿Merece ser *libro dogmático*, texto de enseñanza, libro de ponerse en manos de la juventud, en donde a cada paso se tropieza con esas pomposas y huecas extravagancias? Si pudiéramos decir de Víctor Cousin, el filósofo,⁶⁴ lo que del padre Homero decía Horacio, *quandoque bonus dormitat Homerus*⁶⁵ podrían disculparse esos arranques ontológicos y algunas otras espinitas, si estuvieran más *clairsemées*,⁶⁶ o menos copiosamente vertidas. Pero ¿qué hemos de hacer con un escritor que está continuamente *dormitando*, o *ejecutando* en la vigilia cosas peores que en el sueño? La justicia nos obliga a declararle pésima guía, y sobre todo para guía de la juventud. *Principiis obta*.⁶⁷

Vamos a ver, siquiera por encima, algunos de los errores —otra sería la expresión propia— que envuelve ese celeberrimo pasaje.

1º *Ignorancia* de la naturaleza de las ideas. Por más que adelante la ciencia ¿qué más se ha de descubrir en esa relación sencillísima de nuestras concepciones? Si el espacio no es más que la extensión limitada por mi entendimiento, ¿qué otra cosa más puede ser con el tiempo? ¿Acaso es el espacio un objeto compuesto, como un mineral, v.g., que hoy se le descubre una propiedad, y mañana otra, y andando de los siglos otra y otra, que nos haga dudar, o por lo menos nos alumbre acerca de su naturaleza? El espacio, el número, el tiempo, el ser y otras relaciones simplicísimas por este estilo, no tienen más naturaleza que la que les atribuye el entendimiento humano. Podrán descubrir con el tiempo nuevas combinaciones con los *números*, v.g., pero estos adelantos en nada pueden ilustrar la cuestión de la naturaleza del número, ya que está ilustrada por sí misma, que no admite más, ni poco ni mucho. Así hoy, después de todos los adelantos del álgebra, y del cálculo infinitesimal, se está el número como se estaba así en la mente de Newton como en la del último hotentote; porque la naturaleza

63. “¡Bien largo va eso!” Nota que hace más de ocho años puse al margen a este lugar de la obra de M. Cousin.

64. Hablo de la parte puramente doctrinaria, pues en la histórica y literaria, o en puntos ajenos a la filosofía, hasta me encanta su estilo. ¿Quién es el escritor que le mejora el epitafio de su íntimo Santa Rosa? Justicia. Fair play!

65. “Algunas veces se queda dormido hasta el bueno de Homero (Horacio, *Arte poética*). Equivale a nuestro adagio: “al mejor escribano se le va un borrón”.

66. “espaciadas”.

67. “Opónense los principios”.

del número es la misma que le ha dado el entendimiento humano, la relación del cuánto, y nada más, hasta la consumación de los siglos, y hasta *in aeternum* para los entendimientos humanos, no para los divinos de los eternos psicólogos o sempiternos visionarios. Así pues, tan ridícula es para mí la cuestión de “si el espacio será *corporal o espiritual*”, como si me preguntaran si el número era negro o blanco, agrio o dulce. En todo caso, más bien sería corporal, porque su base está en la extensión, para cuya corporeidad no me parece exigirían mis adversos las pruebas. Pero en rigor, el espacio limitado, o lo que filosóficamente se llama el espacio, es una formación de nuestro entendimiento, y bajo este concepto se le puede llamar *intelectual o espiritual*, desde ahora, sin tener que aguardar a esas profundas investigaciones ontológicas hechas y dirigidas *comme il faut*,⁶⁸ por los observadores internos, no los groseros externos, por los observadores de lo fino, así como hay carpinteros de lo blanco. ¡Habrás visto gente como ella! Sacamos, pues, en claro que el espacio es eclético; no hay que reirse, que allá va la prueba: por la extensión, que es la raíz que lo pega a la tierra, es sensualista, corporal, y por el espíritu, que lo multiplica hasta el infinito, hechura suya —aunque la palabra no es muy espiritual—, se remonta hasta el séptimo cielo, y cátaele espiritualista. *Sed sic est*⁶⁹ que lo sensualista y espiritualista bien mezclado y diluido (para la neutralización del veneno ¡qué químico! iríase Ud. de Berzelius!) constituye lo *eclectical*; ERGO, *luce clarius patet, clamante scientia (et conscientia!) spatium quid eclecticum, ECCLECTIQUISSIMUM esse*.⁷⁰

No le vendría mal a esta escuela, y le embonaría literalmente otra *metrificatio invectivalis contra studia MODERNORUM*,⁷¹ si, contra los estudios de estos modernos que piadosamente nos quieren volver a los relumbrones de la Edad Media —*tanquam lucus a non lucendo*.⁷²

2º Si el espacio es *sustancia*, o *atributo*, podrá ya sentenciarse según lo alegado y probado. Ni uno ni otro, hablando en rigor; aunque en todo caso, más tiene de atributo en el fondo que de otra cosa, como que es una *relación* bajo la cual se contemplan los cuerpos —y *sugerida*, no formada por ellos mismos—.

3º “Si el espacio es independiente de Dios...” ¿Qué diríamos del que nos preguntase si la línea recta v.g., era independiente de Dios? Pues yo voy a probar que también es eclética la línea recta, y que hasta hay en ella

68. “como es debido”.

69. “pero es así{que}”...

70. *Luego*, según la ciencia (y la *conciencia*!), *queda más claro* que la luz que el espacio es *eclético, eclecticísimo*.

71. “Invectiva métrica contra los estudios de los *modernos*”.

72. “antorchas apagadas”.

trinidad, como procedente *ab utroque*,⁷³ de donde proceden todas sus hermanas ideas, que no pueden negar la alcurnia, esto es, de las cosas de afuera y del entendimiento de adentro, madre y padre de la hija idea. ¿No reparáis en el límite de aquella mesa? Pues yo prescindo de su ancho y de todo lo demás, y sólo considero el remate de su superficie. Pero la mesa u otro objeto de donde yo he sacado la línea, es un objeto material: (aquí está el sensualismo, ¿no es verdad?) y el entendimiento con que la he sacado, pues ella no estaba suelta, sino atada al cuerpo en el universo, es facultad de un alma espiritual (aquí está el espiritualismo ¿no es eso?); es así, según lo demostrado, (sí, será así, pero no según lo demostrado, sino según lo convenido) la combinación perfecta de aquello con esto constituye el eclecticismo (aquí está mi gente): luego la línea recta es ecléctica en derechura y por los cuatro costados (o por los que tiene).

Pero bien ¿a qué viene todo ese tren y andamio de pruebas para la cuestión de “si el espacio es o no dependiente de Dios”? Sí viene; porque así como de cualquier objeto y de cualquier idea puede decirse que es espiritual o corporal, o ambas cosas, según el modo con que se considere, de la misma manera no hay idea que no sea dependiente de Dios, porque Dios fue el creador de los objetos y del hombre dotado con facultades para conocerlos. Pero no es ésta la dependencia o inmediación a que se contraen los metafísicos; trátase de hacer el espacio un atributo de la Divinidad, pues considerándolo increado, por forzosa consecuencia le miran como eterno, y nada hay eterno más que Dios⁷⁴ y ved aquí como por sus pasos contados vienen a parar en el espinocismo más neto y llano. Así, pues, considerando a Dios como inmenso, entienden los espiritualistas esta expresión muy materialmente y al pie de la letra, concibiendo que el Criador se halla ocupando todo el espacio, sin dejar ni un poquito siquiera al justo.⁷⁵ Lo que prueba de paso cuán enclavada está en el entendimiento humano la idea de espacio como extensión, en términos que no pueden concebir ni aún los espíritus sino en el espacio, esto es, en la extensión limitada de la realidad o ilimitada que fabrica nuestro entendimiento. Lección importante que nos advierte no internarnos en regiones de cuyos linderos ningún viajero vuel-

73. “de uno y otro lado”.

74. Recuérdese lo que dije en mi último Elenco: que una gran fuente de extravíos en los metafísicos era aplicar ideas de un orden a objetos de otro.

75. Esto es, *repletivité** que es una de las tres clases de *ubicuidad*, con que están los entes ocupando el espacio, según los escolásticos; las otras dos son *punctatim* y *definitive***.
¿Cuál de las tres les acomodará para los espíritus? *Ostende nobis****

* “repletividad”.

** “breve y definitivamente”.

*** “Muéstranoslo”.

ve: regiones por las cuales se place en volar nuestro caudillo de la escuela ecléctica, toda vez que no contento ya con haber insinuado que la Ontología se quedase para más adelante, se mete en ella de rondón en varios lugares de sus obras, y muy singularmente en el famoso prólogo de la última edición de sus *Fragmentos filosóficos*. No quiero citar más que un pasaje, por no prolongar mucho más el presente artículo aunque sería muy conducente a nuestro propósito acotarle todo entero; itanto es el material refutable que envuelve en esta parte! Dice, pues, entre otras cosas muy notables, “que Dios no puede deliberar ni querer *a nuestro modo*”. Luego quiere y delibera al suyo, esto es, *more divino*⁷⁶ Es decir señor Cousin que sustituis las palabras a las cosas; porque en rigor, ¿cómo podeis decir que *delibera* un Ente *presciente* y para quien todo está presente hasta lo futuro; mejor dicho, para quien no hay pasado, ni futuro?

Deliberar vale tanto como *escoger* entre varios extremos y *determinarse* en consecuencia; y todo esto es humano, y ajenísmo de la idea que por otra parte nos hace la naturaleza formar de Dios, para no hablar de la revelación. Así, pues, no por proferir V. las palabras “*Dios delibera* a su modo”, alcanza más vuestro entendimiento que el de cualquier otro hombre acerca de la naturaleza divina; tan completa es vuestra ignorancia como la mía en el particular; pues no concebís mejor que yo ni esa, ni ningún genero de deliberación en el Ente Supremo; con la diferencia a mi favor; de que yo evito, confesando mi ignorancia, la contradicción en que vos mismo os colocáis gratuitamente. Hay también otra diferencia, que en nuestro favor reclaman vuestros partidarios, y es que con semejante conducta sois más valiente y arrojado que nosotros los que profesamos, dicen ellos, una filosofía tímida y mezquina (ahora es *tímida*, y otras veces la tachan de arriesgada, y es lo uno y lo otro: porque no va ni a más ni a menos de lo que consienten los hechos) que no se atreve a acometer las altas cuestiones de la naturaleza divina y la creación del Universo. ¿Y qué ganáis vosotros los valientes con acometerlas? Perderlas todas... ¿Por ventura las acometéis? No, sino que ponéis *palabras* en lugar de cosas. ¿A qué viene una valentía que se reduce forzosamente a valentía de decir desatinos gratuitamente?

¡Qué! ¿Por ventura se dejan de acometer semejantes cuestiones por falta de valor? ¿Qué idea os habéis formado de la naturaleza de la ciencia? ¿No os he dicho repetidamente que habías tomado la ciencia como negocio de voluntad? No, mirad que en la mayor parte es negocio del entendimiento. Si por más que yo desee profundizar una materia, me clama y convence mi entendimiento que no me es dado ni siquiera saludarla sin desbarrar; ¿cómo puedo gratuitamente, a sabiendas, zamparme de bruces en la sima del error o en el laberinto de la contradicción? Digo, pues, y repito con

76. “de manera divina”.

nuestro divino maestro, el hijo de María: *voluntatem nom quaero*; ⁷⁷ no busco mi voluntad en la ciencia, y así tendré al menos más derecho a esperar que mi juicio llegue a ser justo *et ideo iudicium meum justum* ⁷⁸ A veces llego a creer que vosotros tenéis el entendimiento de diversa conformación al mío, pues lo que más os acomoda es cabalmente lo que a mi más me repugna; y entonces creo más en la frenología, y hasta pierdo las esperanzas de convencerlos, aún caso que estéis de buena fe. ¡Qué remedio! *Sic erat in fato* ⁷⁹ El filósofo no es más que ministro e intérprete, no dueño ni legislador de la naturaleza; a nosotros no nos toca más que estudiar sus leyes, no dárselas; sin que esto quiera decir que seamos empíricos, que nos contentemos con la mera exposición de los fenómenos: no tal, quien busca las leyes, halla las causas hasta donde es lícito a hombres remontarse con las alas de su inteligencia. Señores, ¿y es este Víctor Cousin el mismo que nos repite en diversos lugares de sus obras, que “la filosofía para siempre se emancipó de la teología”? ¿Y quién con más osadía ha introducido las cuestiones teológicas en el campo de la filosofía? Víctor Cousin. ¿Y quién hace promesas más espléndidas de seguir el legítimo espíritu de la ciencia? Víctor Cousin. ¿Y quién se burla más de tanta palabra empeñada? Víctor Cousin. ¿Y quién se alimenta y alimenta a sus hijos con el pan cotidiano de la contradicción y la paradoja? Víctor Cousin. ¿No es él mismo quien nos dice, en este propio lugar, que ante la Providencia es forzoso doblar la cerviz? ¿Y cómo no se fía a la gran verdad de la existencia de Dios y sus atributos consiguientes? ¿Cómo antes de internarse en el misterio insondable de la naturaleza divina, en el misterio de los misterios, no reconoce y confiesa, en espíritu y verdad, que allí sólo *oportet adorare*”, ⁸⁰ clamando antes de lo que él lo ha hecho. *O, altitudo!* ⁸¹

Resulta, pues, en definitiva comprobado lo que antes critiqué a los metafísicos, es decir, que *constituían a Dios* a imagen y semejanza de ellos; vio M. Cousin ⁸² que el acto de la deliberación era lo más noble y bello que había en el hombre; Dios se compone de lo mejor y más selecto (pero no de lo mejor en lo humano); y luego en Dios hay y debe haber deliberación, aunque deliberación *allá a su modo*. Este *allá a su modo* es un manto para cubrir uno su ignorancia: yo como no tengo para qué cubrirla, ni me avergüenzo de confesarla, ni me falta valor para decir paladinamente: “Yo no sé

77. “no busco mi voluntad” (*San Juan*, V. 30).

78. “y así mi juicio será correcto”.

79. “estaba escrito”.

80. “conviene adorar”.

81. “Oh, lo arcano!”.

82. Algún día verá el público otros revuelos ontológicos de Cousin, pues el que ha visto es, en comparación, de los menos atrevidos.

nada de eso”. ¿Quién es valiente, el que confiesa su pecado o el que se pone una careta para ocultarlo? “Máscaras abajo”, señores, y adelante.

“Todas estas cuestiones se hayan incostablemente en el espíritu humano”, continúa Cousin; luego deben examinarse algún día, en su consecuencia, pues afirma que siendo así, “una sana filosofía debe aplazarlas hasta que las buenas observaciones psicológicas nos permitan resolverlas”. Ya hemos visto algún síntoma de que él no ha esperado al plazo, habiendo así enfermado a la antes sana y robusta filosofía. ¡Bien se lo temía el mismo médico! Pero viniendo a nuestro caso, esta necesidad de examinar semejantes cuestiones, por estar en el espíritu humano, se me parece al argumento que hacen algunos de la misma escuela, cuando para probar la existencia de sus *entes*, de los hijos de sus cerebros, dicen muy seriamente: “*existe* el hombre, luego existe la cosa”. Corriente, en todas las lenguas se encuentran las palabras *duende* y *vestiglo*; luego las cuatro partes del mundo están pobladas de endriagos y de espíritus *foletos*; pero fuera burlas, lo que existe o ha existido es la *impresión* y su *causa*, a que el hombre ha puesto una denominación. Vio el hombre un objeto extraordinario, que le asustó y consideró, o le dijeron en su espanto, hijo de su ignorancia, que era un agente superior a él y a la naturaleza —a la poca parte de ella que conocía— y capaz de hacerle daño y le llamo *duende* o *vestiglo*. No hizo pues, otra cosa que consignar, con el nombre de su *impresión*, un error en el catálogo de la lengua; ni más ni menos a guisa de un pobre rematado que, porque realmente sufre crueles tentaciones en su sobreexcitado cerebro, sensaciones que son muy reales y efectivas, le pinta aquel con la mayor viveza —que es uno de sus modos de padecer, análogo a su principal modo de obrar— legiones de diablos y centellas, a quienes atribuye toda la *realidad* que no tienen, y que les da su sentimiento.

Se dirá que no hay paridad, porque las cuestiones de que se trata no están sólo en los cerebros asustados y enfermos, sino en toda la humanidad, así en los ignorantes como en los sabios, puesto que todos queremos penetrar el misterio de la creación y el de la naturaleza divina, y otros no menos inabordables. Muy bien, eso podrá decirse con verdad, acerca de Dios y del mundo; pero no acerca de la idea de espacio y de tiempo. Entendámonos. Digo que podrá afirmarse con verdad que a todos nos atormenta más o menos el deseo de saber cómo es Dios y cómo y cuándo se hizo esta máquina admirable. Pero ¿podemos penetrar de presente estos arcanos? Si hemos de juzgar por los resultados de nuestra ciencia hasta el día de hoy —y cuenta que está adelantado— más bien nos inclinaremos por la negativa, puesto que toda nuestra ciencia se reduce, cuando llega a tanto, al conocimiento de las causas *segundas*, o para hablar con más exactitud, a conocer que hay tales o cuales causas segundas, sin penetrar todavía su naturaleza, o siendo propiamente para nosotros *su naturaleza* lo que de ellas conocemos. Pero ¿quién osará aseverar que tal es *toda* la naturaleza,

y la *íntima* naturaleza de las cosas? Nadie que reflexione. Mas supongamos que, andando el tiempo, pudiera el hombre llegar a calar el misterio que envuelve al mundo y a su Hacedor; aún en tal caso, ¿podríamos arribar a ese resultado por los medios que proponen los metafísicos, por virtud de observaciones psicológicas? Más bien llegaríamos a alzar un canto de ese denso e inmenso velo, por el camino de la geología y de todas las ciencias de la observación estrechamente coligadas al intento; lo cual prueba que la Ontología propiamente tal, ni existe, ni puede existir.

Pero ¿quién no ve que estamos suponiendo lo que jamás existirá? Aún cuando le sea dado al ingenio del hombre aumentar el caudal de sus conocimientos, aún cuando alcance a descubrir nuevas leyes inimaginables, ¿podría jamás penetrar la obra del Eterno? ¿Podría por más que sepa, *no tener más que saber*? No, mil veces no; y aquí es donde se le revela invenciblemente el infinito; y aquí la profundísima ciencia de aquellas palabras, fanal de mis ojos, y nutrimento de mi alma en el curso de mis meditaciones “El mundo —habla la Escritura— lo entregó Dios a la discusión de los mortales, de modo que no encuentre el hombre la obra que ha operado Dios desde el principio hasta el fin”.⁸³ Si después de nuestra humillación y nuestra miseria, me fuera lícito sondear los inescrutables planes del Eterno, yo diría que es obra, o hecho pensado, de su suprema inteligencia, hacer sentir a la criatura su inferioridad respecto de su Criador Y éste es en sustancia el magnífico y bien alabado argumento de Cartesio en favor de la existencia de Dios: del sentimiento de la imperfección levantar el ánimo a la suprema perfección. Al arribar allí, ¿qué habremos de hacer? Adorar, y nada más que adorar. Cuando el hombre llegue a conocer *toda* la naturaleza (¿cuándo? ¿toda la naturaleza? ¿la de cada uno de los millones de astros visibles o invisibles que sin confundirse ni tocarse vagan por el espacio con los infinitos seres que los poblaren, y que acaso algunos sean superiores a nosotros, pues ¿quién será osado a afirmar que somos el último eslabón en la cadena de lo creado?); cuando el hombre llegue a conocer toda la naturaleza —repito— se convertiría en su mismo autor; llegaría a ser *perfecto*, *no perfectible*, que es la ley a que lo sujetó su divino Hacedor.

Quedan, pues, de todo punto atrancadas las avenidas a la Ontología propiamente tal; resultando incluso en una de sus especies la manía que os aqueja a los idealistas de personificar los fenómenos, convirtiendo las abstracciones en realidades; o sea, dando una realidad *entitativa* a lo que sólo tiene una realidad *fenomenal*; así v.g., existe el *yo*, pero no existe, según queréis vosotros, como causa de los fenómenos, sino como *efecto* de otra causa, que es el alma. Tan cierto es que el yo no pasa de la esfera de mero fenómeno, cuanto que aparece y desaparece en infinitos casos; así es que vosotros mismos os veís precisados a decir que padece un eclipse total, y a

83. Vid. p 546, nota 51 (Nota de la E.)

fe que no podría haberse escogitado un giro más enérgico para impresionarnos de su *fenomenalidad*. ¿Pero no es más derecho y exacto decir lisa y llanamente que desaparece el fenómeno yo, quedando siempre la virtualidad del alma y de la vida, causa única de las facultades del hombre?

Ocioso será advertir que la anterior refutación de toda Ontología no va precisamente encaminada contra V, sino contra su maestro; toda vez que V ha tenido la circunspección de no lanzarse a toda vela por el océano de las hipótesis. Empero los indicios ontológicos que todavía descubro en el cuaderno de V. y señaladamente en el capítulo que ha dado ocasión al disparo de toda esa artillería contra las tentativas de esta especie, me hacen conocer que aún cuando V. oprima esos ímpetus ontológicos, todavía algunos rompen las trabas y se salen fuera; motivo porque no quise desaprovechar la coyuntura de ahogarlos en su principio. Pero justifiquemos mi operación con el mismo texto del señor Psicólogo. “Ni el mundo exterior —dice— ni Dios, ni el alma, como *substancias*, caen bajo las miradas de la conciencia”. Esto es dar a entender que como substancias pueden estos objetos entrar en la jurisdicción de otra facultad en lo humano; siendo así, como hemos demostrado, que ni existen substancias *per se*, esto es, sin propiedades, ni podemos concebir a Dios, ni al alma, rigurosamente, por el ministerio de la razón, sino como causa.

Tampoco puedo pasar impunemente las palabras que a continuación trae V.: “compete *sólo* a la conciencia el certificar la manifestación del alma por el ejercicio de sus facultades”. Pues ya he manifestado que pasan un sinnúmero de fenómenos internos, no corporales solamente, sino mentales y muy mentales, como son muchos de memoria, sin que la conciencia pueda certificar acerca de ellos, y que sin embargo se nos den a conocer por sus efectos, y como quien dice, sin saber cómo. ¡Cuántas veces perdemos al parecer absolutamente nuestra recordación de una idea, que otra circunstancia posterior revive y resucita! ¿Y dónde estaba? En mi espíritu. ¿Y lo sabía la conciencia? ¡Cuántas otras veces, por fuerza del hábito, que tiene la virtud de encubrir las operaciones, se escapan a los ojos de la conciencia innumerables antecedentes, que están sin embargo influyendo cada uno por su parte en la elaboración del pensamiento! Si me permiten los idealistas explicarme con esta imagen, que sí lo permitirán, puesto que ellos, a fuer de tales, gastan más imágenes que realidades. No quiero privarme ni privaros del placer de apoyar mi doctrina, o por mejor decir, mi exposición de los hechos, con el voto irrecusable para vosotros del gran Leibnitz. “Hay *mil* señales —dice— que nos hacen juzgar que existen en todos momentos en nosotros una infinidad de percepciones pero sin *apercepción* y sin *reflexión* (esto es, sin conciencia, de ninguna clase, ni de la natural de V. ni de su *reproducción*); es decir, mudanzas en la misma alma de que no nos apercibimos, porque dichas percepciones son muy pequeñas y en muy grande número, o demasiado informes, de suerte que

no tienen nada de muy distintivo aparte, pero que, estando unidas a otras, no dejan de producir su efecto, a lo menos confusamente. Así es cómo el hábito hace que no paremos la atención en el movimiento de un molino cuando hemos vivido cerca de él por algún tiempo. No es decir que este movimiento no inmute siempre nuestros órganos, y que no se encuentre también en el alma algo que le corresponda, a causa de la armonía de alma y del cuerpo; empero las impresiones que están en uno y otro, destituidas del aliciente de la novedad, no son bastante fuertes para atraerse nuestra atención y nuestra memoria, que sólo se fijan en objetos más ocupantes”. Tenemos, pues, en resumidas cuentas, por donde quiera que la tomemos, que la conciencia, para constituir la ciencia aún de los mismos fenómenos internos, o sea, la Psicología propiamente dicha, tiene que venir a dar forzosamente con la piedra de toque, con la imprescindible *experiencia exterior*, sin cuyo cimiento *in vanum laboraverunt, qui aedificant cam*⁸⁴

Infiérese asimismo de lo dicho, que si a la Psicología “le pertenece también —como V. asienta al final del párrafo que ha dado margen a la presente discusión— los fenómenos de la actividad y de la sensibilidad, en cuanto de ellos sabe la conciencia”, entonces se queda sin saber lo que necesita para constituir las ciencias de las ideas, puesto que para ello he demostrado repetidamente la absoluta necesidad de la experiencia externa reiterada y muy reiterada.

Con lo cual queda contestada insensiblemente la parte que ofrecí responder por separado en mi réplica a su primera respuesta de V.; aunque siempre volveré a hacerlo más detenidamente, por haberme propuesto dar tal claridad a mis ideas, que sea forzoso a mis adversarios abjurar de las suyas, o buscar nuevos datos para impugnar las mías. Creo que así es como haremos algo por la causa de la ciencia en nuestro suelo. Y adiós, hasta otro día que abriremos con la espontaneidad. FILOLEZES

Habana, 2 de abril de 1840.⁸⁵

Todavía debo agregar a lo dicho, para más inculcar la futilidad de la ontología, que ni aún reducida esta a la *teodicea*, puede decirse que forma una ciencia independiente o aparte entre los conocimientos humanos, pues la existencia de Dios con sus atributos es un capítulo de la misma física del universo, un resultado que siempre venimos a parar en todas y cada una de las materias que en las ciencias naturales se estudian; de manera que la *metafísica*, propiamente, se reduce a aquellas consideraciones especulativas, o parte trascendental a que nos conduce el mismo estudio del universo. Si cambian nuestras ideas acerca del mundo y sus fenómenos, por virtud de los nuevos descubrimientos, cambian igualmente nuestras con-

84. “trabajan en vano los que la edifican”.

85. Este trabajo filosófico es uno de los más importantes y representativos de Luz (Roberto Agramonte).

cepciones acerca de la causa primera y de todas las cuestiones ontológicas. Este modo de ver no se escapó al grande Aristóteles, quien a cada paso hace entrar a la física en la jurisdicción de la metafísica; y al contrario, son estos ramos tan relacionados y *dependientes*, que pueden y deben considerarse como una sola y misma ciencia, siendo la misma quien presenta los hechos, y la segunda la teoría de esos mismos hechos. Tan cierto es que la teología natural no forma un ramo aparte de los conocimientos humanos, cuanto todo el que se proponga dar una demostración filosófica de la existencia y atributos divinos, tiene que entrar forzosamente en el campo de las ciencias naturales. ¿Qué otra cosa es la renombrada *Teología Natural* del doctor Paley sino una serie no interrumpida de demostraciones tomadas de la física, química, fisiología e historia natural? ¿Qué otra cosa son esos famosos tratados conocidos en Inglaterra bajo el nombre de Bridgewater, destinados a excitar los sentimientos religiosos en los pechos del pueblo entero? Tan luego como se sale de este terreno, no se hace más que forjar novelas físicas o metafísicas sobre la naturaleza de Dios, cuya esencia no es dado al hombre comprender. Cotéjense en apoyo de lo que acabamos de asentar, las obras de aquellos filósofos que se han propasado a tratar *sólo metafísicamente* de la naturaleza divina con los que lo han verificado siguiendo los datos preciosísimos que a millares arrojan los fenómenos del universo, y se verá de un lado el delirio, el atrevimiento y la ignorancia, y del otro la racionalidad, la mesura y el verdadero saber. ¿Cuál de estos dos géneros de obras es propiamente el más religioso y edificante? ¿Cómo han de poder edificar los puramente metafísicos, si para edificar es preciso conover, y para conover es forzoso hacerse inteligible, y esto último no pueden ellos conseguirlo? Pero ¡cuán distinto es el caso respecto de los libros concebidos por el verdadero espíritu de investigación! Y aún suponiendo que algunos de entre los metafísicos se hallen en las verdaderas doctrinas acerca del autor de la naturaleza, cuánta desventaja todavía respecto de la exposición y del convencimiento, comparados con el observador del universo! El metafísico en tal caso sería comparable a un hombre que hace mil aseveraciones, sin ofrecer ninguna prueba, al paso que el investigador está prodigando los documentos más patentes y perentorios de cuanto se propone establecer. Supongamos de parte de uno y otro un alma en el mismo grado ardiente y comunicativa ¡cuánto nos distará todavía la eficacia de la jaculatoria de estos dos corazones! Las del primero serán meras exclamaciones que, faltas de apoyo, se desvanecerán como el humo; las del segundo, teniendo sus raíces en los fenómenos del universo, lejos de evaporarse, llevarán en sí mismas el germen fecundo de vida y de renovación perdurable. Al siglo presente no se le puede llevar al santuario de la religión, sino por el vestíbulo de la ciencia. Así lo practicaron en los primitivos tiempos los Padres y lumbreras del cristianismo, y en épocas más recientes los dignos sucesores de aquellos varones esclarecidos, los

Granadas y los Leones, los Fenelones, Bossuets y Pascales. Son las ciencias en sus varios ramos como otros tantos ríos, que por doquiera que sigamos su curso, constantemente vienen a parar al océano de la Divinidad;⁸⁶ a esta inducción, que teniendo por tributarias a todas y cada una de las inducciones que constituyen el saber humano, es la reina entre todas las inducciones, así como el *baobab* es el más robusto y corpulento entre los árboles, el rey de los bosques del universo, por estar formado en su tronco de cuantas ramas hacinadas brotan de sus innumerables cimientos. Así que, sentimos a Dios en todas partes: le vemos, le tocamos, le admiramos en los fenómenos todos del mundo exterior; le sentimos, le experimentamos, le adoramos en el fondo de nuestros pechos; pero nuestro entendimiento no puede alcanzar a percibirle y penetrar su naturaleza. Ignorante sobre blasfemador es el que pretenda lo contrario; y a esta categoría pertenecen los pretensos ontologistas, o bien será forzoso asentar que la ontología es el extracto y la quintaesencia de todos los conocimientos humanos. Entonces digo yo para mí: pues adquiramos estos conocimientos, y no perdamos un tiempo precioso en hablar de lo que no entendemos. *Ars longa, vita brevis.*⁸⁷

33

Sin duda que al sólido juicio de Locke le estorbó hacer una obra de ontología, en cualquiera de los sentidos que se han dado a esta palabra. Ahora bien, en el que parece tomarla en este pasaje M. Cousin, no hay nada más natural que la *ontología*, pues es la consecuencia forzosa del progreso en toda ciencia, cualquiera que sea; es la ciencia propiamente tal, es el remate y pináculo de todo saber. Efectivamente, no puede darse cosa más lícita, ni más en el orden, que buscar la causa y el origen de los fenómenos que nos inmutan. Pero entonces toda ciencia rigurosamente tal, tiene su parte de ontología, porque siendo el “saber, como decía el Estagirita, conocer por las causas”, se sigue sin disputa que toda ciencia apenas toma cuenta de ciertos efectos, cuando ya está empeñada en la indagación de las causas; así en este concepto, no habría disciplina más ontológica que la física y la química, pues no contentas estas ciencias con los resultados que buenamente arroja de sí la observación, pretenden y consiguen a veces, arrancar sus leyes y secretos a la naturaleza por la fecunda vía de la experimentación. Así sucede más o menos con todas las ciencias naturales, lográndose por este medio sus más seguros resultados. Pero no está ahí la fuente del mal: existe una diferencia característica entre los metafísicos ontológicos y los verdaderos investigadores: los primeros dando por sen-

86. Vid. *Aforismos*, no. 594.

87. “El arte es perdurable, la vida pasajera”.

tada la posibilidad del conocimiento íntimo de las causas, o sea, de las llamadas *esencias* de las cosas, se echan a correr por el campo de la hipótesis, *suponiendo* en vez de *demostrar*, cuanto les viene a la cabeza; mientras que los segundos, aún en sus conjeturas, persuadidos de que la ciencia humana a lo sumo llega a comprobar su existencia, no la naturaleza de una causa, jamás abandona el firme terreno de la observación. Pero entremos en algunos pormenores indispensables para hacer resaltar la diferencia entre rigurosos observadores y noveleros ontologistas a los ojos de nuestra apreciable juventud.

En virtud de todos los adelantamientos en todas las ciencias naturales y singularmente en la química puede el geólogo determinar con exactitud, o al menos aproximadamente, la edad de ciertos minerales, y los diferentes grados de transformación que han sufrido en el decurso de los siglos; de ahí se va remontado el observador especulativo, en fuerza de haber estudiado la acción de los agentes naturales, el agua, el aire, la electricidad y el calórico, sobre toda la naturaleza, a conjurar con bastante probabilidad, si no a *demostrar* todavía con rigor, que en la formación del universo precedió la materia inorgánica a la organizada, y el reino vegetal al reino animal; pero en todo este procedimiento, así en lo cierto como en lo probable, jamás abandona las lecciones de los hechos: es un fiel intérprete de este gran libro de los seres, donde se halla estampada la historia de lo pasado con caracteres indelebles, pero que no es dado al hombre descifrar ni en una mínima parte. Sino a fuerza de tiempo y de trabajo en una multitud de ramos, que deben ser los preliminares indispensables para los primeros lineamientos de la ciencia del Universo. Así es que ni empezar pudiera la geología si no hubiese sido precedida de las luces de la física, de la mineralogía, de la química y hasta de la anatomía comparada; mejor dicho, estas últimas ciencias forzosamente engendraron a la primera, como si el entendimiento humano hubiera sido obligado por el Supremo Hacedor al llegar al término de sus afanes más bien por la línea curva que por la recta; lección grave e importantísima, que arroja de sí la historia entera de la filosofía! ¿Y no ascendemos por este sabio método a resultados verdaderamente estupendos, y que ofrecen nuevo e inagotable pábulo a la humana especulación? Sin embargo, y en medio de ello, ni se adivina gratuitamente, ni se dispara dogmáticamente y a la casualidad, sino que se demuestra cuando se puede, y se conjetura, cuando no; señalando en uno y otro caso los datos que han servido de eslabones para remontarse, y quedando entonces satisfecho nuestro entendimiento, por desaparecer de esta manera hasta la sombra del milagro y del misterio, o convenciéndonos íntimamente de que para nuestra débil inteligencia, todo es milagro y misterio en la creación del Universo. Así, por la lenta, pero segura vía de la investigación, sabremos hasta dónde podremos alcanzar; pero en los progresos futuros de la ciencia

como en los que se han hecho hasta hoy, no habrá más que una continuación de los mismos procedimientos. Será, por fuerza, más rica y opulenta nuestra posteridad; empero no podrá acrecer su tesoro sino bajo la condición precisa de observar religiosamente la misma línea de conducta. Su espíritu y su norte se encerrarán en aquel celeberrimo *festina lente*.⁸⁸

Veamos ahora el reverso de la medalla, en la marcha seguida y resultados obtenidos por metafísicos ontologistas. Estos, sin curarse de experiencias ningunas, y sin hacer más observaciones que aquellas primitivas y groseras que se presentan buenamente desde los primeros albores de la inteligencia, y abandonados a la fuerza de su razón exclusivamente, fingen, imaginan, y arreglan el mundo y su autor a la medida de su fantasía, hablando acerca de Dios con tal confianza y seguridad como si hubieran estado mano a mano departiendo con Él: así pretenden como M. Cousin, entre otras frioleras, que Dios tuvo por precisión que crear el mundo, que no pudo formarlo de la nada, que Dios es un ente *deliberante* como nosotros pecadores, porque siendo la deliberación uno de los atributos más excelsos de la *humana* naturaleza como espíritu, es menester *suponerla* (sí, *suponed* cuanto queráis; el demostrar es lo que por acá necesitamos: *hoc opus, hic labor*)⁸⁹ en Dios, el primero entre los espíritus puros, con otras mil necias cuanto atrevidas suposiciones, tan indignas del siglo XIX como de la verdadera religión; suposiciones, que bastan anunciarlas para conocer toda su vaciedad, y que no hay entendimiento que no pueda repelerlas por su propia virtud y sin auxilio ajeno. Ahí están los frutos de la ontología, de esa ciencia de la creación de los metafísicos, en que se procede a averiguar el ser y esencia de las causas primeras, fundándose en argumentos y generalidades puramente lógicas, cuyas deducciones podrán ser exactísimas, y sin embargo no probar *existencia* ninguna, que es de lo que se trata o debe tratarse en *ontología*. Un orden de racionios semejantes fue el que condujo a Kant al notable resultado que arroja su famosa *Crítica*; conviene a saber: "la imposibilidad en que se halla la razón humana de salir del círculo de la experiencia para la demostración de la existencia"; resultado que puede considerarse como un nuevo comprobante y ampliación del principio lockeano de "ser la experiencia el manantial de todos nuestros conocimientos". Y ved aquí cómo se han venido a encontrar en el mismo terreno el sensualista y el idealista, o más bien, el *crítico*; pues, como perfectamente echará de ver, con harta impropiedad se ha tributado a Kant. el epíteto de *idealista*. Oigamos un instante el mismo pensamiento de Königsberga, para formarnos una idea de su modo de atacar a la ontología, y ver si está de acuerdo con el que siempre hemos empleado en todas

88. "despacio se va deprisa".

89. "ésta es la tarea, éste el trabajo".

nuestras impugnaciones. En el capítulo de su *Crítica*, destinado a demostrar la imposibilidad de la prueba ontológica de la existencia de Dios, demostración que será la gloria eterna de Kant, se explica en los términos siguientes:

“El concepto es siempre posible cuando no se contradice. Es el carácter lógico de la posibilidad, y por lo mismo se distingue su objeto del *nihil negativum*.⁹⁰ Pero que este concepto puede ser sin embargo un concepto vano, sin la realidad objetiva de la síntesis por la cual es producido, no se demuestra en particular; lo que descansa siempre, como hemos demostrado más arriba, en los principios de la *experiencia* posible y no en el principio de análisis (el llamado de contradicción). Todo lo cual significa que no debemos concluir inmediatamente de la posibilidad de los *conceptos* (posibilidad lógica) la posibilidad de las *cosas* (posibilidad real)”.⁹¹

Y en otro lugar:

“No puede a la verdad, negársele (a la prueba ontológica del Ser Supremo) el carácter analítico de la posibilidad, carácter que consiste en que simples posiciones (realidades) no producen contradicción alguna; empero, como la reunión de todas las propiedades reales en una cosa es una síntesis, cuya posibilidad no podemos juzgarla *a priori*, no siéndonos dadas específicamente las realidades, y que aún cuando así fuera, no sería posible en tal caso formar juicio alguno, porque el carácter de los conocimientos sintéticos jamás puede buscarse sino en la *experiencia*, de lo cual no puede hacer parte el objeto de una idea, se ve cuanto distó el célebre Leibnitz de conseguir aquello de que tanto se lisonjeaba, esto es, haber llegado a conocer *a priori* la posibilidad de un ente ideal tan excelso. En esta celeberrima prueba ontológica de la existencia de un Ser Supremo han perdido los metafísicos todo su trabajo y calor natural; debiendo todos quedar convencidos que tan fácil es aumentar nuestros conocimientos por medio de meras ideas, como un banquero su caudal agregando ceros a su fondo de caja”...⁹²

Todavía quiero acotar otro pasaje que no disgustará a mis lectores:

“Hay más (dice): se ha creído explicar con varios ejemplos ese concepto (el de la consabida prueba) tentado por casualidad y vulgarizado por fin, en términos de hacer creer que era completamente inútil toda investigación ulterior con objeto de comprenderle. Cualquier proposición de geometría, v. g., que un triángulo tiene tres ángulos, es absolutamente necesaria; y se quiere luego decir otro tanto de un objeto que se halla totalmente fuera del círculo de nuestro entendimiento, cual si se comprendiera perfectamente lo que se quiere significar por dicho concepto. Todos esos pretendidos ejem-

90. “nada negativo”.

91. Vid. *Crítica de la razón pura*, t. II, p.220, nota (1) de Bergúa (Roberto Agramonte).

92. Vid, id. idem. p. 224.

plos los toman, sin exceptuar uno solo, de *juicios*, pero no de *cosas* ni de *existencias*. Mas la necesidad absoluta de los juicios no es una necesidad absoluta de las cosas; puesto que la necesidad absoluta del juicio se reduce a una necesidad condicionada de la cosa o del predicado en el juicio. No afirma la proposición anterior que tres ángulos sean absolutamente necesarios, sino que puesta la condición de que existe (es decir, *sea dado*) un triángulo, existen también necesariamente tres ángulos (esto es, en él). Empero, esta necesidad *lógica* es tan poderosamente alucinadora que cuando se han formado los metafísicos un concepto *a priori* de una cosa, constituido de tal suerte que, según la idea que de él se han hecho, abrace en su comprensión la existencia, creen de ahí poder inferir con seguridad que porque la existencia compete necesariamente al objeto de este concepto, es decir, bajo la condición de que yo supongo esta cosa dada esto es, como existente), que su existencia va también supuesta necesariamente, y que este ser, por consiguiente, es en sí absolutamente necesario, por estar contenida su existencia en un concepto admitido arbitrariamente, y bajo la condición de dar ya por sentado su objeto”⁹³

Muchas e importantísimas para nuestro propósito son las consecuencias que se desprenden de los tres pasajes aducidos. Desde luego se ve claramente cuán propensos han estado siempre los metafísicos como ya le eché en rostro más de una vez, a aplicar ideas de un orden de cosas a objetos de otro diverso; siendo admirable la imperturbabilidad y confianza con que emprenden la demostración de existencias por un orden puramente lógico, ni más ni menos como los matemáticos, que jamás se han ocupado de existencias, y cuyas demostraciones descansan todas en una condición; no pudiendo asegurarse con verdad que no hay proposición alguna en matemáticas que no sea precisamente condicional y que por lo mismo no estribe en una suposición. En una palabra, las existencias no pueden demostrarse sino por vía de la observación y de la experiencia; y como todas las ciencias, menos las matemáticas, tratan de probar existencias, es forzoso que apelen al último recurso con que pueden establecerla, renunciando a los medios puramente lógicos, por de todo punto ineficaces, o a lo menos insuficientes para conseguir el fin propuesto. Digo *a lo menos insuficientes*, porque ya se supone que el análisis o procedimiento lógico siempre tiene lugar en toda investigación, aunque no sea más que como medio organizador; pero muy bien podíamos formar un edificio lógico construido con generalidades perfectamente deducidas, sin adelantar un sólo paso para demostrar la existencia del objeto: tan ridícula sería semejante pretensión como la de un calculador que sostuviera que iban doscientos hombres, v.g., embarcados en el buque A, por habérsele encargado el cálculo de

93. Vid. *Crítica de la razón pura*, cap. III secc. IV, en Ed. Bergúa, t. II 218 ss. (Roberto Agramonte).

los víveres necesarios, para aquel número dado de marineros, en otro número también supuesto de días. Todo lo que justamente puede pretender el matemático es demostrar la exactitud de su cómputo con arreglo a los datos suministrados, de cuya realidad no tiene absolutamente para qué cuidarse; así pues, norabuena que se hayan menester cien quintales de harina para sustentar doscientas bocas, v. g., por el término de seis meses, y que así lo convenza el cálculo hecho; pero no es dable demostrar la realidad del número de personas que lleva el bajel, sin acudir a la inspección, o a algún raciocinio fundado en otro hecho equivalente; es decir, a la experiencia, o a un discurso derivado inmediatamente de otro hecho de experiencia, como v. g., el haberte visto de lejos practicar en el buque tal o cual maniobra difícil con extrema celeridad, luego debe llevar tantos o cuantos hombres: consecuencia fundada inmediatamente en un dato suministrado por la experiencia, y que en rigor todavía no induce una certeza, sino tan sólo una posibilidad, en la cual caben infinitos grados, según el estado de los conocimientos humanos, pues descubierta una nueva fuerza motriz, v. g., el vapor, disminuye un tanto la verosimilitud de que se haya desempeñado la consabida maniobra por el número de hombres conjeturado. Luego hasta para conjeturar con algún tino, tiene que ir la razón humana pisando, por decirlo así, sobre los datos suministrados por la experiencia externa. Así en matemáticas puede demostrarse el absurdo por sólo la contradicción que existe entre uno y otro concepto; porque todo en esta ciencia consiste en conceptos, en suposiciones; y el aturdimiento no puede marchar contra su propio supuesto en ninguna materia. Con el mero hecho de concebir el círculo, forzosamente han de ser los radios iguales; porque el círculo, según la definición (esto es según el concepto) es una curva equidistante en todos sus puntos del centro; de suerte que el teorema *los radios sean iguales*, bien analizado, no es más que otra frase descriptiva de la misma naturaleza del círculo. Por consiguiente, tan luego como se altere en lo más leve la equidistancia de esta línea, continuará norabuena siendo *curva*, pero dejará de ser *círculo*, y destruida esta concepción, vino abajo la igualdad de los radios, la de los diámetros, consecuencia de aquella y todos cuantos conceptos están imbíbidos en el fundamento de la curva en cuestión. Las matemáticas abstraen de tal manera, que vienen a reducir el entendimiento a una sola consideración en extremo simple, o que sólo admite relaciones que no destruyan el supuesto principal. Así no hay más que una línea perpendicular; podrá la perpendicularidad ser a este plano, o al otro, y por ello podrá la misma línea perpendicular ser oblicua respecto de otra; pero si no se inclina más de un lado que de otro, es siempre perpendicular, como guarde esta circunstancia: lo que quiere decir, que la *oblicuidad* y la *perpendicularidad* son meras relaciones, que se excluyen mutuamente. Y ved ahí la marcha perenne y segura de esta ciencia admirable de la cantidad: toda ella es y debe ser así; pero confesemos que a la luz

del análisis se disminuye algún tanto nuestra admiración, y visto el artificio que ella emplea, nos convencemos de la imposibilidad de aplicar sus procedimientos como método a los demás ramos de los conocimientos humanos. Y cuidado no se vaya a inferir por un instante que neguemos la influencia del eficaz auxilio de las matemáticas en todas las ciencias experimentales; pero esta influencia, aunque importantísima, es puramente *instrumental*, haciendo las matemáticas las veces de *medio* auxiliador a la manera del lenguaje vulgar, para apurar y perseguir *relaciones*, a que ya este último es incapaz de llegar por su natural imperfección para tales exigencias.

Para dilucidar estos luminosos principios, patenticemos que el lenguaje común presta en todas las ciencias servicios de todo punto análogos a los que desempeñan las matemáticas; y por consecuencia, que en todas ellas puede también tener cabida el principio de contradicción como en las matemáticas; pero precisamente en el mismo orden que la tiene en esta última ciencia, a saber: para demostrar la congruencia o incongruencia entre los supuestos, no para asentar la existencia de los objetos y sus propiedades. Supongamos esta proposición: “no puede el mismo cuerpo ser a un tiempo rojo y amarillo”. La relación de *rojo* es tan sencilla como la de *redondez*, así podrá suceder que el cuerpo cambie de color, como puede cambiar de *figura*; pero del mismo modo que mientras sea redondo no podrá ser *cuadrado*, así interin sea rojo no podrá ser amarillo. Las definiciones, pues, prestan servicios a las otras ciencias, así como se los prestan a las matemáticas porque el lenguaje entra en todas partes para ayudarnos a clasificar nuestros conceptos, demarcándonos semejanzas y diferencias; y aquí está precisamente el escollo del lenguaje vulgar a que no está expuesto el matemático por la naturaleza de los objetos que exclusivamente se hallan debajo de su jurisdicción: reacciones extremadamente sencillas, y contrapuestas entre ellas mismas todo análisis y orden lógico; nada de *síntesis* y orden existente. Así es que aún cuando sea muy sensible que las otras ciencias no tengan el rigor de las matemáticas, es vano y aún perjudicial empeño el querer aplicar los métodos de éstas a aquéllas, cuando lo resiste la distinta naturaleza de los asuntos que tratan, o por lo menos el diverso aspecto bajo el cual los consideran tan diversas disciplinas: abuso a que ya se dejaron arrebatrar en la antigüedad los pitagóricos en general y Platón más que nadie, introduciendo con este motivo errores de la mayor trascendencia para toda la filosofía, y aún para la misma humanidad.

Però no interrumpamos nuestras consideraciones, recorriendo el campo de la historia de la filosofía, bien que en cada una de sus páginas encontraremos el más seguro abono de la exactitud de nuestra doctrina, para cuya mayor ilustración será bien echar una ojeada sobre la naturaleza de la abstracción en el lenguaje, a los cuales está tan esencialmente enlazado todo acto de la cogitación, y en quien se refleja inmediatamente. Redúcense

en el fondo las ideas abstractas a *signos*, o a *géneros*: vienen los signos a consecuencia de una comparación de relaciones parciales, y cabalmente por esta parcialidad tan adecuada a la débil comprensión del hombre, son los únicos medios capaces de impartir claridad a sus pensamientos y de corresponder a sus ensayos.⁹⁴ Los géneros, por el contrario, son seguramente como unos compendios o resúmenes; pero al propio tiempo, sólo respecto de ciertas semejanzas parciales que la comparación ha suministrado, vienen a ser el producto de signos ya comprendidos, y corresponden en las ciencias naturales a las dependencias o analogías descubiertas entre los fenómenos, o por mejor decir, a sus mismas leyes. Ahora bien, por lo tocante a la estructura de las lenguas completamente formadas y desarrolladas, no cabe la menor duda que admite una comparación íntima y verdadera con las matemáticas, descansando su aplicación práctica para el análisis, ni más ni menos, en el propio fundamento. Los idiomas, pues, facilitan el mecanismo del pensamiento combinando desde luego series enteras de operaciones, que de lo contrario habrían de verificarse aisladamente como si fueran *unidades* reducidas a ciertas formas abreviadas, y aún comunicando así al pensamiento mayor soltura y contracción. Pero en medio de esta semejanza de procedimiento y aún de uso, hasta cierto punto, entre el idioma de las matemáticas y el idioma vulgar⁹⁵ todavía es notabilísima la diferencia que en la aplicación separa el uno del otro. Como íbamos diciendo poco ha, es propio del lenguaje matemático su aplicación exclusiva a tales relaciones precisamente, las cuales por ser siempre de cantidad, por más que difieran los objetos de donde se toman, constante y forzosamente han de ser identificadas; así pues, tan cantidad es la tomada del fenómeno del *movimiento* como de la propiedad de la *extensión*, y el cómputo se practica siempre de la misma manera. En esta virtud, lejos de cambiar, se mantiene inalterable el valor de las palabras en el lenguaje matemático; al paso que en el vulgar, por una ley precisa, inevitable, y bajo cierto aspecto hasta preciosa ley del pensamiento humano, varía a cada instante la aplicación de las mismas palabras, viniendo a distinguirla una *relatividad* que es el fiel espejo de nuestros procedimientos mentales; siendo así que hay en el lenguaje una metáfora forzosa, o traslación de los mismos signos o fenómenos tan solo semejantes bajo algún punto de vista, mas o menos inmediato: metáfora que hallaremos más imprescindible cuan-

94. Vid. *Aforismos*, no. 1, y nota (2).

95. Por lo demás, Condillac demostró materialmente con un ejemplo esta semejanza, resolviendo una cuestión matemática con los signos del idioma vulgar, y con los del algebraico; pero aunque se obtiene el mismo resultado, queda la ventaja por estos últimos, por su mayor simplicidad, bien entendido que esta supremacía no es más que para las relaciones de cantidad, pues no pueden emplearse para las otras que exigen las demás ciencias.

to mas de cerca estudiemos la naturaleza del *juicio*, cuya operación mental descansa regularmente en una *síntesis* precisa, en que se ve el espíritu obligado a comparar una sensación con otra sensación, o en su lugar una sensación con un *recuerdo* por el ministerio de la memoria, suplente de las impresiones. Supongamos haber visto primero un campo, a cuyo color hemos dado el nombre de verde, y que después, con el mismo objeto a la vista, o bien en su ausencia, se nos presenta un pájaro de color parecido; en tal caso nos sentimos involuntariamente arrastrados a establecer la comparación entre objeto y objeto, por más que ellos difieran entre sí, sólo por la semejanza, aunque no sea completa que en el color de entrambos advertimos, y por consiguiente le aplicamos el mismo epíteto al nuevo objeto. Tiene el entendimiento humano la necesidad de clasificar, para ordenar sus conocimientos, y así se ve en el caso de descargarse del peso que en cierto modo le abrumaba con la abundancia de los hechos, descansando en la comparación, fundamento y lazo de todas las adquisiciones. Otro ejemplo, y basta. Vio el hombre el rápido movimiento del mismo pájaro por los aires, a que llamó *volar*, y notando enseguida la celeridad de la marcha en un andarín, dice de él que vuela, o que es como un pájaro, forzado a la comparación por la semejanza, aunque remota de los fenómenos; pero examinando las cosas bien de cerca, se advierte que en lo que en rigor comparamos no es el vuelo con la carrera, sino la velocidad del vuelo con la velocidad de la carrera: itanta es la sencillez de nuestros juicios, a que nos llevan forzosamente los fenómenos naturales junto con la ley de nuestro propio entendimiento! Así, pues, los signos no son más que recursos, instrumentos, arbitrios (iy bien arbitrios!) letreros que ponemos a las cosas, *tesserae rerum*,⁹⁶ como los llamaba Verulamio, para ayudarnos a pensar; pero no las *cosas* mismas, como parece han llegado a persuadirse los metafísicos, vista la facilidad y confianza con que de las *palabras* pretenden sacar cosas, sin haber podido atinar con la sencillísima teoría de las ideas que brevemente hemos explanado, y que consiste en una *relatividad* que podríamos caracterizar de esencialmente necesaria, viniendo a ser; por lo mismo, tan sólo aparente la *generalidad* de los conceptos, la cual no debe confundirse con aquella otra generalidad de todo punto diversa, que sirve primeramente de motora para el descubrimiento de una ley, y después de signo de la propia ley. El mismo filósofo de Königsberga, a pesar de su escrito crítico y perspicaz, fue víctima de esta ilusión, y eso aún valiéndose de la expresión “que de las palabras nada puede sacarse”. como se echará de ver, en su empeño de sostener la existencia de las ideas *a priori* descansando en ese ilusorio pensamiento, a saber: que no podía encontrarse nada tan *absolutamente general* dentro del círculo de la experiencia. Pero ningún metafísico se dejó alucinar en esta parte hasta el extremo que llegara

96. “etiquetas de las cosas”.

el *Divino Platón*: este grande hombre tomó los sustantivos abstractos por ideas fundamentales, *arquetípicas* o *normales*; porque le parecían ser algo más general que las cosas mismas que representaban: v.g., *belleza* más general que éste o aquel objeto bello, y hasta que todos los objetos bellos juntos y congregados; porque en éstos aparecen, sin embargo, al mismo tiempo otras relaciones y señales, empero “la belleza siempre se mantiene belleza”. Sin duda alguna, como que es una mera abstracción, es decir (no se crea que neguemos la existencia de la *belleza en los objetos*), un punto de vista aislado, una mera relación parcial de los objetos. Así fue como medró y levantó cabeza la *deducción* o *construcción* absoluta formada de las *ideas*: pretendióse de *juro* sacar lo concreto de lo abstracto, construir las cosas con las palabras. No paraban siquiera la consideración en el mismo valor de las palabras, estos filósofos *palabristas*; pues *abstracto* significa precisamente lo *extraído*, aquello que se *separa* de las cosas, que son unos conjuntos para nuestras concepciones, si bien *unidades* para la naturaleza. Antes podría asentarse con mejor fundamento que lo *abstracto* se haya encerrado en lo *concreto*; y siendo esto así, como no es dudable, ¿Habría cosa más contrapuesta a lo *a priori* que lo abstracto? Las ideas no tienen realidad sino como fenómeno de nuestro entendimiento; son meras funciones de la facultad de pensar, las cuales en ningún caso pueden producir objetos; siendo éstos los originales de donde aquéllas se derivan. Y como quiera que las ideas no sean más que simples medios de darnos a entender y entendernos, sólo estaremos seguros de su significación, o del valor que representan, cuidando a cada paso de traducirlas por su verdadero equivalente, a saber, sobre los objetos y relaciones que se proponen representar.

Internémonos algo más en el laberinto platónico, y conoceremos mejor el modo de fabricar la ontología. Buscábase tras lo variable lo invariable, pues las cosas realmente parece que cambian. El mismo objeto parece hoy grande, mañana pequeño; hoy oscuro, mañana claro; hoy azul, mañana encarnado; hoy bello y blanco, mañana negro y feo. ¿Qué permanece pues? ¿Qué no se altera? ¿Qué es lo que tiene en sí un principio de duración? A lo cual contestó Platón, en nuestro concepto, muy singularmente de esta manera. ¿Qué es lo que queda de todo esto? La belleza, la magnitud, la claridad, la oscuridad, la blancura, etcétera, etcétera. Sin duda, replicamos nosotros, es evidente que estas ideas a despecho de su *relatividad* permanecen siempre las mismas y nunca y nunca pasan a ser lo contrario. ¿Pero por qué? Simple y sencillamente porque no son más que medios de explicarnos, recursos artificiales formados por nosotros mismos, pero nada de primitivamente existente y original. El idioma, sin duda, tiene un interés especial en que se empleen debidamente, pues de lo contrario dejarían de llenar su objeto, que es la inteligencia de los conceptos; empero, donde está la razón principal del negocio es en que las ideas abstractas, por su

naturaleza, son puntos de vista, relaciones parciales sacadas de los mismos objetos, las cuales por consiguiente no pueden llevar en sí ni la pluralidad ni la mutabilidad de los fenómenos o apariciones de los cuerpos. Entonces venimos a parar ni más ni menos con lo que sucede en las matemáticas; esto es, que permanecen los conceptos, dadas ciertas suposiciones; pero el matemático procede en ello del modo más inocente del mundo y sin perjuicio de tercero, porque no es su propósito demostrar que existen las cosas, sino el enlace de ciertas relaciones, o supuestos ministrados por su entendimiento; al paso que los ontologistas aspiran, a fuerza de sutilizar y retrucanear, nada menos que a construir existencias con palabras. Desde mi más tierna edad, apenas saludé el campo de la filosofía, siempre experimenté como por una especie de instinto natural de mi razón, una repugnancia invencible por este género de demostraciones ontológicas. Así es que cada vez que tropezaba en las obras de los metafísicos con argumentos de este jaez: “lo contingente presupone lo necesario; luego si hay seres contingentes, ha de haber un ente necesario”, confieso que me quedaba atónito, aún en medio de la debilidad de mi bisoña inteligencia, de que hubiera hombres capaces de apelar a tan mezquina prueba para demostrar la existencia del Hacedor Supremo del universo, ostentada en este espectáculo de tantas maravillas: *Caeli enarrant gloriam Dei, et opera manuum ejus annuntiat firmamentum*.⁹⁷ Si buscáis pruebas, oh metafísicos, tended los ojos en torno de vosotros y sobre vosotros, y las encontraréis a millares. *Si monumentum quaeritis, circumspicite*.⁹⁸ Ya se ve que lo *contingente* se contrapone a lo *necesario*, es decir la una o la otra revelación que se ha tomado de los mismos objetos; de suerte que el propio objeto es contingente bajo un aspecto y necesario bajo otro diverso: así no existe un *ente* a quien en rigor podamos llamar *contingente*, o bien a todos podremos aplicar este epíteto, y entonces ya no sirve de distintivo semejante palabra. Ejemplo: desaparece el color de un cuerpo, permaneciendo su *forma*; entonces llamaremos con razón contingente al color, y necesaria a la forma; pero si también se altera la forma, del mismo modo la llamaremos contingente. Supongamos que la materia está sufriendo millares de modificaciones; en este concepto afirmaremos que la materia es *contingente*; pero si advertimos que siempre resulta extensa, impenetrable, resistente, diremos que es necesaria, inalterable, en sus elementos. ¿Cómo han querido los hombres deducir *entidades* de las meras relaciones? Hagan los metafísicos este sencillísimo examen de conciencia. ¿Hay un *ente* en la naturaleza que se llama el *medio*, el *extremo*, el *límite*? De ninguna

97. “Los cielos proclaman su gloria y las obras de sus manos anuncian el firmamento”.

98. Inscripción puesta en el sepulcro del famoso arquitecto sir Cristóbal Wren, situado en la misma gran Catedral de San Pablo de Londres, su obra maestra. (n. de Luz.) [“Si buscáis el monumento, mirad a vuestro alrededor”.]

manera. Pero cualquier objeto puede ser *medio*; puede ser *extremo*, puede ser *límite*; como que el entendimiento humano encontró forzosamente estas relaciones comparando unos cuerpos con otros residentes en el espacio, o sea las *relaciones de situación*. Ni más ni menos al modo que se forman las de magnitud: grande, pequeño, mayor. No existen la grandeza, ni la pequeñez por sí y ante sí, sino en los objetos físicos, y luego por comparación se transportan a los objetos morales; otro tanto sucede con la idea de belleza, que no es más que lo bello que encontramos en las cosas. De forma es que los metafísicos, estos verdadero alquimistas intelectuales, han llegado a persuadirse que por pasar un adjetivo a la forma de sustantivo, como de *grande grandeza*, de *bello belleza*, ya se transformaba real y efectivamente en *sustancia*, olvidándose del origen de las ideas; y no advirtiendo que no hay acción ni fenómeno en los seres que no haga veces de nombre, cuando se prescinde de otras circunstancias, y aún del resto del mismo objeto. En una palabra, cuando *abstraemos*, que es operación que estamos constantemente desempeñando en el lenguaje como fiel reflejo de lo que constantemente pasa en la elaboración del pensamiento; de lo contrario perdería el idioma su carácter esencialmente analítico, llegando a ser con demasía prolijo y fastidioso, o mejor dicho, molesto e innecesariamente engorroso; o procedente contra su propio fin y naturaleza: en una palabra, imposible en lo humano. ¿A quién se le ha ocurrido jamás aseverar, v.g., que el *marchar* es un ente, porque se usa como sustantivo en la oración “el marchar es saludable”? Sin embargo, *marchar* es tan nombre de una *acción* o de un fenómeno en el cuerpo como *pedra* v. g., es nombre de un objeto. Si pues yo no he menester más que llamar la atención del que me escucha sobre lo ventajosa que resulta a la salud la *marcha* (sustantivo en la forma, y con nombre, y por el oficio que desempeña, y porque tiene una realidad fenomenal, parcial) no tengo que ingerir aquí otras especies ajenas del caso; así es y debe ser constantemente el lenguaje: abstracción y siempre abstracción, y por lo mismo, sustitución y transporte de los signos que han sido sugeridos por una especie de objetos a otros diversos; o bien aplicación de una palabra que al principio hacía el oficio de signo individual, a un conjunto de objetos análogos, o sean *géneros* y *especies*. ¿Pero quién no ha observado la relatividad, si cabe, más forzosa de ciertas ideas generales, uncidas de tal suerte bajo el yugo de la relación, que no puede hacerse inteligible la una sin la otra, o mejor dicho, que entre ambas se está expresando la propia relación? La idea de *largo* tiene un valor tan indeterminado como la de *corto*: lo que llamamos corto bajo un aspecto, puede con igual derecho llamarse largo bajo otro, determinándose tan sólo por el cotejo y medida que en cada vez se haga. Más en medio de esta completa relatividad, no puede separarse la una de la otra, sino que en cualquier caso han de estar contrapuestas, no habiendo ya lugar a transporte de ninguna especie, pues entonces cesaría desde luego todo sentido o

inteligencia; así pues, el contraste en quien junta este par de ideas para hacer de ellas una relación, la cual generalmente se expresa de modo que nos servimos de uno de los miembros como medio, llamando simplemente *longitud* a la relación de *corto* y de *largo*. Otro tanto diremos de las ideas de *duro* y *blando*, *grande* y *pequeño*, *pesado* y *ligero*, *simple* y *compuesto*, con las infinitas a este tenor; debiendo sin duda llamar la atención de la juventud cómo unas doctrinas tan claras y evidentes, para cuya exposición parecía excusado tanto análisis como hemos desplegado, haya podido escaparse a la penetración de tan crecido número de grandes pensadores. Pero así lo depone la historia de la filosofía en cada una de sus páginas; habiendo nosotros, además, no contentos con enunciar el hecho simplemente, suministrado copia sobrada de materiales en la presente discusión, para atinar con la causa de los notables extravíos de los metafísicos. ¿Quién que haya hojeado siquiera los anales del espíritu humano, ignora que aquellos mismos que, exentos de preocupaciones y en un estado de adelantamiento, nos parece el colmo de la sencillez y de la facilidad, resulta ser sin embargo el término de un millón de errores, escabrosidades y confusiones por donde ha atravesado el miserable entendimiento del hombre en la serie de los siglos? La sencillez y la claridad son señales del progreso. Y para no amontonar ejemplos sobre ejemplos en comprobación, cual pudiéramos hacerlo al infinito, escogeremos tan sólo el notabilísimo de este género que nos ofrece el gran Leibnitz, y nada menos que al frente de su *filosofía de las mónades*: aquí le veremos pagar el tributo a la construcción metafísica. Dice pues (*Principia philos.*): *Monas non est nisi substantia simplex, quae in composita ingreditur. Simplex dicitur, quae partibus caret; necesse autem est dari substantias simplices, quia dantur. Compositum est nissi aggregatum simplicium.* Traduzcamos el pasaje, para mayor claridad en la discusión. “No es otra cosa la mónade sino la sustancia simple que entra (o forma) en la compuesta; llámase *simple* la que carece de partes; siendo necesario que existan (o se den, *dari*) sustancias simples, porque las hay compuestas, ni puede haber compuesto sin el agregado de los simples”. Nada a la primera vista más inocente ni sencillo, llevando hasta cierto aire matemático.

Pero ¡cuánto error e inexactitud no va encubierto bajo ese manto de sencillez y consecuencia! Veámoslo. Hablando en general y metafísicamente no puede decirse que haya sustancias simples ni compuestas, pues en primer lugar la idea de *sustancia*, metafísicamente, no es más que una, aplicable a cuantos casos se presenten, como que consiste en una abstracción formada por nuestro entendimiento, esto es, *sustancia* es una relación con *accidentes*. En cualquier objeto donde notamos que desaparecen unos fenómenos permaneciendo otros, encontramos la *sustancia*; por eso damos este nombre a todos los cuerpos considerándolos como unas unidades o conjuntos que se distinguen unos de otros. De la misma manera no hay

más que un *tiempo*, cuya abstracción, como la formamos en todos los fenómenos, no hacemos más que repetirla en los diversos casos sin variar en lo más leve la naturaleza del concepto; así, la misma idea de tiempo la formó viendo andar el reloj, o sintiendo para mi memoria el espacio entre mis pensamientos, o cualquier otro suceso de la especie que fuere —ni más ni menos— como es el mismo número cuando calculo sobre 100 hombres o 100 libras; pues no recae el cálculo sino sobre los cientos o entidad de razón que constituye el *número* o cuánto de las cosas. Haciendo aplicación de tan rigurosa doctrina, palparemos la futilidad del argumento de Leibnitz para probar la existencia de las sustancias simples, porque las hay compuestas, *quia dantur compositae*.⁹⁹ Para que estas palabras tan correlativas signifiquen una realidad, o tengan sentido común, es forzoso se tomen *en concreto*. Así cuando en química v.g. decimos que hay sustancias simples y compuestas, todo el mundo sabe lo que ha de entender: llamando los químicos al *oro* simple respecto al *aire*, por ejemplo, a causa de no haberse podido aún resolver aquellas sustancias en otros elementos, y ésta sí; no obstante ser la primera mucho más completa que la segunda bajo el respecto de la masa. Del mismo modo en aritmética denominaremos al *ocho* número compuesto relativamente a la *unidad*, que en tal caso será *simple*, y comparada después con sus partes, resultará compuesta. Luego todo es simple y todo es compuesto, o lo que es lo mismo, nada hay simple, ni compuesto por sí, o absolutamente: sino que la simplicidad y la composición constituyen la misma idea correlativa que aplicamos a diferentes objetos, según la urgencia de nuestro pensamiento. Así transportamos la relación que por primera vez sugirió cierto objeto al entendimiento (porque éste siempre trabaja sobre los materiales que le ofrecen las impresiones internas o externas) y a objetos de la más diversa naturaleza, porque los hallamos colocados bajo la misma o análoga relación, y así nos valemos hasta del mismo signo. Tan *movimiento* v.g., es el una bala que hiende los aires, como el del pensamiento que corre en mi cerebro, pues estos fenómenos por diversos que sean, pasan ambos por el *tiempo* y el *espacio*, y esto me basta para aplicar la misma palabra a una idéntica relación. A mayor abundamiento, veremos que un gran número de epítetos que aplicamos al movimiento se aplican con todo rigor, algo más que figuradamente, a la cogitación; pues de uno y otro se predica con igual exactitud que es tardío o veloz, corto o largo, interrumpido o continuo. Por donde quiera que lo examinemos nos está cantando su origen y naturaleza. No hay duda que la primera vez que advirtió el hombre un fenómeno que le llamase la atención como diverso o análogo a los que le eran conocidos, fue cuando les impuso el nombre también análogo o diverso a los nombres que ya conocía. Pero esta constancia, lejos de ser una dificultad, es un nuevo apoyo para

99. “porque las hay compuestas”.

nuestra doctrina, convenciendo a la evidencia que en la naturaleza de las cosas no está meramente la *ocasión*, sino hasta el molde o tipo de nuestras concepciones. Así pues, si el hombre no hubiera visto por lo menos dos cuerpos separados, no habría llegado a la consideración de espacio, esto es, extensión sin materia resistente; a no habersele presentado cuerpos mayores y menores que el suyo, no tendría en el catálogo de su lengua, las voces *grande* y *pequeño*; a no situarse él entre varios objetos, no existirían para su concepción ni el medio, ni los lados ni los extremos. Así también, la idea de *tiempo* sugerida por los objetos, en que se incluyen nuestros pensamientos, lleva el sello de la del movimiento; pues no es un concepto formado por el espíritu *a priori*, o aparecido de buenas a primera, sino hijo legítimo y directo de los movimientos que dentro y fuera han pasado para nosotros. Y volviendo más directamente a nuestro Leibnitz, le diremos, que en ningún caso, como aparece de sus palabras, hay una clase especial de cosas que se llaman compuestas, y otras simples; siendo por lo mismo la consecuencia que deduce no solamente falsa, sino imposible. Y repárese que esta existencia de las sustancias simples es nada menos que el fundamento de la filosofía de las mónades: por lo cual viene a asentarse que toda ella viene abajo por su propio peso. La mónade misma podrá considerarse como una sustancia simple, en el concepto de mirarla como un átomo o corpúsculo imperceptible, por su extremada pequeñez, comparada con un cuerpo mayor y perceptible formado por la reunión de partículas; pero esos mismos átomos son todavía *compuestos* relativamente a las partes mínimas que lo constituyen, pues siendo extensos han de componerse de partes. De lo contrario resultaría que la *inextensión* sumada producirá la *extensión*, o lo que es lo mismo, la suma de ceros sobre ceros una cantidad positiva. Pero aún considerando a la mónade como una *virtualidad* o potencia para producir otras sustancias, y por tanto diversa de las sustancias mismas, todavía es necesario tener presente que las *virtualidades* o *potencias*, aunque diversas de la sustancia, no forman otra clase de sustancias, sino que son fuerzas que se revelan en ellas mismas, y no tienen existencia aparte. Si pues las consideramos separadamente es sólo con el objeto de estudiarlas; es obra de nuestro entendimiento, que en nada prueba ser aislado e independiente en la naturaleza de las cosas. Y si no, sáquese una sola virtualidad o potencia del mundo que no exista en los mismos cuerpos! Aquí está al descubierto, y como si dijéramos, expuesta a la vergüenza pública, toda la deformidad y miseria de la ontología. Aquí el verdadero origen de esas imaginadas *sustancias simples* con que los metafísicos han tratado de poblar el universo filosófico, y no han poblado en realidad más que sus libros.

Antes de proceder a ulteriores reflexiones sobre esta materia, como me propongo, parece oportuno, para evitar la confusión, salir al encuentro a un reparo que quizás podrá hacerse a una de las consecuencias que

he sacado de las premisas aducidas en la presente investigación. Asenté, pues, que “sólo la experiencia era capaz de probar existencias”. Y no faltará alguno que escandalizándose —o haciéndose el escandalizado— intente ver en ese aserto una negación de la existencia del Ente Supremo; toda vez que no podemos instituir observación alguna sobre el objeto *Dios*, que se halla completamente fuera del reino de los sentidos. Este argumento, que es el mismo que siempre se ha hecho a los impugnadores de las ideas innatas, nos ofrecerá la ocasión de comprobar más la exactitud de nuestra doctrina. Vamos, en primer lugar, en gracia del mejor análisis, a conceder a los partidarios de la prueba ontológica, la ineptitud de la experiencia para probar la existencia del Ente Supremo. Puestos ya en este caso, los desafiamos a que nos la prueben por otro medio que no sea la observación con los sentidos externos; y creo haber adquirido, a fuerza de examen, el derecho a intimarles un reto, que después de lo escrito, espero no será mirado por los inteligentes como una bravata. Si pues no podéis *ontológicamente demostrar*, sino *suponer* la existencia del Ente Supremo, es menester que este dogma, filosóficamente hablando, halle su prueba en la experiencia o no la encuentre en ninguna parte. Pero no haya miedo de no encontrarla, que ella está escrita con caracteres indelebles en la frente y en el corazón del universo; y cada uno de los seres que le pueblan, y todos ellos reunidos y armonizados, arrojan de su seno la existencia de la Divinidad. Luego aún cuando Dios no sea un objeto sensible, no podemos llegar hasta él sino por el intermedio de los sentidos. Luego su existencia está precisamente asegurada por descansar en todas las experiencias y observaciones que el estudio del universo nos sugiere. Los que abandonando, pues, esta roca de conocimientos humanos, se van a buscar pruebas donde no las hay, son los que podrán hacer dudar de este dogma a los que antes no dudaron, y excitarán la risa de los verdaderos ateístas, caso que semejantes hombres existieran. Así, pues, los ontologistas, aún en caso de proceder con buena intención —que no es siempre el caso— infieren, sin querer, un daño inmenso a la moral, debilitando la creencia en un Ente Supremo, por buscar sus pruebas donde no se hallan. Y si todavía no quieren creermme —pónganse en el caso de tener que haberlas con un descreído que les niegue la existencia del soberano artífice— ¿de qué recursos se valdrían entonces para llamarle al camino de la razón? No por cierto de los instrumentos metafísicos que le confirmarían en su incredulidad, y que aún estando con la mejor fe, no serían parte a sacarle de las dudas que lo atormentan. Si le decís que se revela en la conciencia del Supremo Hacedor, entonces les queda el arbitrio de explicarles que en la suya no se ha revelado. Pero invocad el orden, concierto y armonía de todos los seres que lo pueblan; que se atreva a negaros el plan y providencia que reinan en toda esta máquina admirable; y si tales concesiones hace, como no puede menos de

hacerlas, pues se reducen a observaciones sobre el mismo mundo, ya le tenéis postrado y vencido confesando la existencia del Omnipotente.

Otro dato irrefragable para comprobar que la observación es el único medio para demostrar existencias, lo hallaremos en el desvarío a que han estado sujetos hasta los entendimientos más gigantescos cuando se han apartado de esta senda; como si la misma naturaleza quisiera que en el pecado llevaran la penitencia de su temeridad. ¿Por qué ventura el mismo Aristóteles, uno de los genios más positivos que en el mundo han sido, cuando decía que la *causa primera* era el pensamiento del pensamiento pensándose a sí mismo,¹⁰⁰ se formaba allá en su mente una idea más completa de la Divinidad que la que nosotros nos formamos en virtud de las observaciones sobre el universo? De ninguna manera, porque en estas palabras del Estagirita, y cuente que es uno de mis predilectos, no se encierran más que palabras. En el momento en que el entendimiento se propase de la existencia, sabiduría, providencia, justicia y otros atributos de la Divinidad que arroja de sí el mismo estudio del universo, internándose a tratar la esencia de Dios, de su naturaleza y del modo con que procedió en la creación, como lo ha hecho recientemente M. Cousin, imitando a otros metafísicos, todo es perdido, y no puede haber más que delirios y contradicciones. Así lo testimonia toda la historia de la Filosofía; viniendo la reciente de los sistemas en Alemania a ofrecer nuevo apoyo al resultado que constantemente nos da la antigua. Un solo hecho citaré, como que descuella entre los más estrafalarios extravíos. Sabido es que los alemanes hacen de la redención del género humano por Jesucristo uno de los puntos de la Filosofía; por lo que apenas se levanta un sistema filosófico que no presente su nueva teoría sobre la Redención y el Salvador. Con esta pequeña advertencia procederemos a extraer el pasaje en cuestión, tomado de la *Historia de los últimos sistemas de la Filosofía en Alemania desde Kant hasta Hegel* por Michelet. “Y como es notorio, dice, emprendió el mismo Dios esta *humanización* o encarnación, visto que el hombre no había llenado su deber. Así, pues, el hombre, según Baader; (que es el filósofo de cuyo sistema va dando cuenta el historiador) con sólo haber querido, hubiera podido ser Dios por sí mismo... ¿Y no es semejante proposición (exclama el historiador, pues ¿quién no había de resistirse?), cabalmente el demonio de la presunción y del orgullo, que el mismo Baader reprehende a la moral kantiana y a toda la Filosofía moderna? Y por otra parte, cómo se compone esto con la otra idea manifestada antes por el mismo Baader; que el hombre después de haberse extraviado por su caída (que por lo mismo la llama una *culpa feliz*) ha vuelto a su completa unidad con su Dios?” Este es el fruto que constantemente cosecha el espíritu humano cuando se interna en el país que le está vedado: delirio y contradicción.

100. Vid. *Aforismos*, no. 126.

No deja de hacer juego con esta teoría de la redención el Dios que saca M. Cousin de la conciencia, o por mejor decir, de su cerebro. Helo aquí: “el Dios de la conciencia (son sus palabras) no es un Dios Abstracto; un rey solitario relegado más allá de la Creación sobre el trono desierto de una eternidad silenciosa y de una existencia absoluta que se asemeje a la nada misma de la existencia (a palabrería e hinchazón sí puede apostárselas este conciencista con todos los metafísicos nacidos y por nacer). Es un Dios a la vez verdadero y real, a la vez sustancia y causa, siempre sustancia y siempre causa, no siendo sustancia sino en cuanto causa, es decir, siendo causa absoluta, uno y muchos, eternidad y tiempo, espacio y número, esencia y vida, indivisibilidad y totalidad, principio, medio y fin, en la cima del ser y en su más humilde escalón, infinito y finito, todo en una pieza”. Yo creería agraviar a mis lectores si me detuviera un instante a patentizarles las contradicciones y vaciedades que se encierran en la susodicha definición de la causa primera; definición que por mucho que haya querido embozarlo el ontologista parisiense, está enseñando las orejas del panteísmo.

Pero vengamos a otro punto más ventajoso para la juventud, cuyo provecho es el único móvil de nuestra pluma. Quiero hablar de la táctica de los metafísicos, después de soltar sus adefesios para estorbar que los impugnen fácilmente; y es suponer que siendo las materias que tratan oscuras por su propia naturaleza, ni es posible darles mayor claridad, ni podrán estar nunca sino al alcance de unas pocas inteligencias privilegiadas. Así es que la pobre juventud, parte de ella por modestia y respeto a los grandes hombres que de tal manera se explicaron, se conforma y resigna atribuyendo la culpa a su falta de capacidad; y parte, por pura vanidad, y porque no la tengan en el número de los ineptos, se apresura a entrar entre los escogidos, repitiendo con los caudillos del oscurantismo: *non omnibus concessum est adire Corinthum*;¹⁰¹ y así es la verdad, pues aunque son muchos los llamados, y sobrados los pretendientes, son pocos, poquísimos, los que están adornados de la verdadera circunspección y criterio, bases imprescindibles de toda filosofía, para poder resistir a la corriente de la moda, acelerada por el soplo del amor propio. Otro daño incalculable que causan las ideas metafísicas es inspirarle un desprecio reconcentrado contra toda investigación en el orden físico. Quien no conozca la mocedad, no podrá figurarse hasta que punto la aparta de la buena senda, el estarle con la continua cantinela de que todo lo perteneciente al mundo físico y a la experiencia tiene un carácter contingente y variable, y que sólo la razón pertenece a lo necesario o inalterable; dándole a entender que los resultados, obtenidos por la experiencia son cosas de poco más o menos, cual solemos decir, o de inferior categoría; y no reparan los pobrecillos que así

101. “no a todos les es dado ir a Corinto”.

lo contingente como lo necesario salieron de sus mismas impresiones, y que en los propios objetos físicos se hallan alternativamente ambos extremos de la misma relación. Así corrompen a un tiempo el entendimiento y el gusto de la juventud alimentándola con un pábulo estéril e improductivo, cuando hay tanto grano sustancioso que recoger en el dilatado campo de las ciencias.

También quiero advertir a la juventud de mi patria, ya que estamos en el capítulo de las advertencias, que no es conociendo ella las obras de algunos filósofos y señaladamente las de Kant (cuya cita ha dado margen a una gran parte de esta discusión) sino por el intermedio del señor Cousin, se figurará que son ontologistas aún algunos de aquellos mismos que más bien han combatido las pretensiones de esta fingida ciencia. Si no bastan todavía los testimonios aducidos sobre la prueba ontológica de la existencia de Dios por Kant, ábrase por dondequiera su *Crítica de la razón pura* y se tropezará a cada paso con su refutación del *idealismo psicológico* y de toda tentativa de ontología. No hay duda que hasta cierto punto lo que ha hecho M. Cousin en esta parte es comunicar a sus discípulos el alucinamiento de que él mismo está poseído. Como Kant hablase del *absoluto*, creyó el filósofo francés seguir a Kant, diciendo que existía el absoluto, que se figuró encontrar en la *impersonalidad de la razón*, la cual vino a ser, en su concepto, como un puente echado entre la psicología y la ontología. Pero no reparó M. Cousin, que si bien hablaba de *absoluto* el de Königsberga, era precisamente ara destruir sus pretendidos derechos, demostrando ser imposible su existencia para el entendimiento humano, que “sólo podía jugar en el círculo de la experiencia” — son sus palabras — propósito único de todo su libro, llevándolo impreso en su letra y espíritu desde la portada hasta el final, en términos de no poderlo equivocar. Copiemos tan sólo en corroboración unas pocas cláusulas de su prólogo, que a la claras descubren y resumen todo el alcance de la grande obra que se propone ejecutar...”Se nos preguntará, sin duda, cuáles son los tesoros de la ciencia que podremos dejar a nuestros nietos en una metafísica así depurada por la crítica, y por la misma reducida a la inmovilidad... Me he propuesto arrancar a la razón especulativa sus pretensiones a los puntos de vista transcendentales”... Como si dijera, he querido cortarles las alas a los atrevidos voladores. Ni más ni menos que la realización del deseo baconiano de *hominum intellectui non plumae sunt addendae, sed potius plumbum et pondera*.¹⁰² ¿Pero quién no hubiera parado mientes en el mismo epígrafe de Verulamio elegido por Kant para mote de su libro, que está pregonando toda el alma de aquel insigne restaurador de toda la ciencia, para que todavía desconociera y trocara sus intentos el ontologista parisiense? Tan notable acuerdo y

102. “No hay que dar alas al entendimiento humano, sino más bien plomo y peso”.

conformidad hay entre las miras de Verulamio y Kant que ya hubieron de llamar muy especialmente mi atención en uno de los artículos que a principios de 1838 publiqué sobre la *Cuestión de Método*.

Así dice el epígrafe tomado de la prefación en su *Instauratio Magna*. *De nobis ipsis silemus. De re autem quae agitur, petimus ut homines eam non opinionem, sed opus esse cogitent; ac pro certo habeant non sectae nos alicujus, aut placiti, sed utilitatis et amplitudinis humanae fundamenta moliri. Deinde ut suis commodis aequi [in commune consulant] et ipsi in partem veniant. Preaterea ut bene sperent, neque Instauratiorem monstram ut quiddam infinitum et ultra mortales fingant et animo concipiant, quam revera sit infiniti erroris et terminus legitimus.*¹⁰³ Ved aquí, pues, lo que se propuso el filósofo de Königsberga: “poner fin y término legítimo a ese manantial de infinitos errores”: el absoluto. Cegar para siempre la fuente de toda tentativa ontológica. Juzgue ahora el lector si tuve sobrada razón para asentar en mi último Elenco¹⁰⁴ (proposición 172) que “si M. Cousin hubiese entendido el gran resultado que arrojó la *Crítica* de Kant, de ese Kant, cuyo introductor se gloria de ser en su patria, acaso hubiera evitado tan desastrosa caída” (aludiendo a su teoría de la *trinidad* o hallazgo *absoluto*, que algún día examinaré *ex profeso*, impugnando detenidamente todo el prólogo de sus *Fragmentos*; tarea que por el momento, sobre ser superflua para nuestro propósito, nos haría prolongar demasiado la presente nota.

Ocioso parece advertir que cuanto llevamos dicho acerca de la imposibilidad de constituir una ciencia ontológica del Ser Supremo, se aplica en lo principal al alma humana, que según ya hemos observado más de una vez, conocemos como *causa*, no como *sustancia*; cosa que lejos de negar, la afirma también M. Cousin en el párrafo anterior del mismo texto que vamos comentando. Y sin embargo, sostiene este hombre a renglón seguido, la posibilidad de la ontología, y no contento con eso todavía, se mete a ontologista *constructor* de los más osados en varios lugares de sus demás obras, como sobradamente hemos observado! Contradicción, inconsecuencia, son las dotes que campean en sus escritos, apostándose las tan solamente con la paradoja y naderías, y errores más averiguados! y siendo, y confesando que es desconocida el alma humana en cuanto sustancia, ¿cómo acusa el señor Cousin (en la lección tercera del *Curso de 1828*) a Verulamio de inconsecuente a su método de inducción por la admirable reserva que profesa al no aplicar al conocimiento del alma humana el mismo procedimiento que al de la naturaleza exterior? A esta reserva de Bacon la llama “corromper la observación por un sistema”. Copiemos el pasaje del filósofo

103. La traducción de este texto está en *Cuestión de Método*, página 182 (Roberto Agramonte).

104. *Elenco de San Francisco de 1840* (Roberto Agramonte).

fo inglés, y nos convenceremos no sólo del sentido profundo que encierra sino de la identidad de propósito de Verulamio y Kant, pudiendo considerar a este último como ejecutor de la grande idea del primero. *Mens humana* (dice Bacon) *si agat in materiem, naturam rerum et opera Dei contemplando, pro modo materiae operatur atque ab eadem determinatur. Si ipsa in se vertatur, tanquam aranea texens telam, tunc demum indeterminata est, et parit telas quasdam doctrinae, tenuitate fili operisque mirabiles sed quoad usum frivolas et imanes.* Lo cual es sustancia vale tanto como decir: “Que cuando la observación se aplica a la naturaleza de las cosas, se hace una ciencia tan real y positiva como la naturaleza misma; más cuando se aplica al alma humana, entonces todo es tropiezo e indeterminación, formando como la araña ciertas telas admirables, por la sutileza de la doctrina, de los hilos y de la labor: pero frívolas y vacías en la realidad”. ¿Habrà nada más consecuente al circunspecto método de la inducción, ni nada más verdadero, ni más felizmente explicado, como que es el fiel resumen de toda la historia del espíritu humano? Esas palabras deberían llevar por delante los filósofos *constructores*, primero que lanzarse a tejer tantas miserables telarañas, con que todavía logran enmarañar una parte de la bisoña mocedad! No como quiera encuentro exactísima la idea de Bacon sino que todavía soy más rígido que él respecto de los tejedores hipotéticos; pues él les concede que fabrican telas asombrosas por la sutileza del hilo y de la mano de obra, al paso que a mí ni aún bajo ese aspecto me parecen admirables; porque no hay más belleza ni grandeza para mí en filosofía sino la pura y divina verdad: todo lo demás me parece feo, mezquino y despreciable. Ni aún en las obras de imaginación puedo concebir que se llame a una creación del ingenio graciosa, o bien imaginada, si pugna con la verdad que está en la naturaleza de las cosas, y en el fondo de nuestros corazones. Así, pues, nunca celebraremos bastantemente la cordura con que procedió el buen Locke en “no investigar, como dice Cousin, la naturaleza y principio del entendimiento, sino tan sólo la acción de esta facultad, los fenómenos por los cuales se desarrolla y manifiesta, y que por lo mismo debe considerarse su libro como una obra de psicología, no de ontología”. Ahora bien, si de estas palabras y de cuanto llevamos dicho se quiere inferir que nos oponemos al progreso de la ciencia, por oponernos a la formación de la ontología, ahí tienen nuestros adversarios un mentís a su deducción en nuestra nota sobre la conciencia. (Véase la nota 17.) Efectivamente, progreso ha habido después de Locke, y progreso habrá hasta la consumación de los siglos en el conocimiento del hombre físico, intelectual y moral; pero ese adelanto no se ha obtenido por el camino de la ontología, sino por la vía de la observación. En el estado en que Locke encontró la cuestión, era lo primero destruir las ideas innatas; y así muy atinadamente escogió patentizar este punto de vista; las ideas producidas en el entendimiento, sea cual fuere y como fuere este entendi-

miento, esta causa, esta alma, se adquieren siempre por la experiencia de lo que pasa dentro y fuera de nosotros mismos. Demostrado este principio hasta el fastidio, ya el hombre no podía contentarse con eso sólo, porque su vida es el progreso; si no marcha se queda atrás; y encontró que lo que pasaba dentro, se hacía en ciertos órganos internos análogos a los exteriores; y exigiendo todavía más la ciencia, trató hasta de distinguir y de *localizar* aquellas funciones que se creían desempeñadas por el mismo órgano; de suerte que siguiendo el propio método, lejos de destruir, confirmó lo ya sólidamente establecido, acrecentando el caudal de sus conocimientos, los cuales por su propia virtud le impulsaron a descubrir nuevos puntos de vista, a guisa del viajero que llegado al puerto de su destino que en nube columbraba a lo lejos, se ve circundado de otro horizonte todavía más vasto que el que acaba de desaparecer a sus ojos. En la citada nota demostré que la psicología, o tenía que permanecer estacionaria, o girar eternamente sobre el eje de las mismas palabras, o entrar de lleno y *de juro* en el campo de la Fisiología. Si pues la ciencia de la vida, entendida bajo este aspecto, quiere bautizarse todavía con el nombre de Ontología, entonces no disputaremos sobre las palabras, cuando nos entendemos sobre las cosas; pero es forzoso confesar que en este progreso de la ciencia jamás salimos del imperio de la observación, fuera del cual no hay más que delirios e ilusiones; y que la llamada en tal caso Ontología vendría a ser la última expresión rigurosa de la ciencia, que se cifra, es verdad, en saber por las causas, pero causas segundas, dentro de la misma observación, o por mejor decir, comprobándose por los fenómenos y su encadenamiento *la existencia*, más no la *naturaleza* de las causas: única meta a que puede llegar la ciencia humana.

Tengo, pues, derecho a esperar, que en mi país por lo menos no vuelva a emprenderse tentativa alguna de revivir la Ontología hasta no destruir primero las razones y datos en que me he apoyado para anonadarla de una vez; no habiéndome contentado en general con impugnar simplemente a M. Cousin, para lo cual bastarían otras tantas o menos palabras de las que emplea él en su texto. Porque como llevo siempre a la mira el provecho de nuestra juventud, no he querido perder la ocasión de explicar alguna doctrina en su obsequio, citando al intento el testimonio de varios filósofos, de nombradía para más llamar su atención sobre estas materias: tal es la humana debilidad, que un hombre inferior a otro en luces no puede tener razón sobre su superior; por más que se esfuerce en dar un carácter matemático a sus demostraciones, máxime habiendo nacido en nuestra propia tierra el impugnador, y el antagonista en la bienaventurada capital de la civilización. Así son los hombres: sólo la verdad y el tiempo los vencen. ¿Pero, quién había de decir a nuestro verdadero civilizador, a nuestro ilustre Varela, cuando desde el año de 1816 descargaba aquellos mortales golpes a la pretensora ciencia de la Ontología, que había de volver a levantar cabeza entre nosotros, porque

le plugo resucitarla como por ensalmo a un nuevo metafísico delirante allende el mar con el prestigio de su puesto y de su palabra? Oigamos a nuestro compatriota y maestro,¹⁰⁵ según se explicaba hace más de veinte años sobre las pretensiones de tal falsa ciencia.

DE LA ONTOLOGÍA

“1º Los metafísicos han hecho de la ontología un conjunto de sutilezas, y un germen de cuestiones sutiles, por creer que existen las cosas que tratan en ella, no siendo esta parte de la metafísica, sino una ciencia de nombres, en que aprendemos solamente las denominaciones generales que se le han dado a los seres de la naturaleza, según el diverso modo de considerarlas. No debemos figurarnos que semejantes voces tienen un objeto existente en la naturaleza, donde no hay sino individuos con propiedades individuales y ninguna general”.

“2º Las propiedades de las cosas no son algo distinto y separable de ellas mismas, sino solamente unas relaciones que tienen entre sí, causando en nuestro sentidos diversas conmociones, y en orden a esta diversidad hemos clasificado los distintos atributos que decimos existen en los objetos. Este modo de pensar que no es nuevo entre nuestros filósofos, parece no se ha reflexionado lo bastante para desterrar la preocupación antigua de que la sustancia es algo que está bajo los accidentes, como si fuera distinta de ellos, y así vemos que se disputa sobre el constitutivo de las sustancias, se dice que son desconocidas las esencias, y otras proposiciones semejantes que se leen no sólo entre los antiguos sino también entre los modernos. El mismo Condillac incurrió en este error, y habla de este sujeto incógnito porque buscan lo que no hay”.

3º Explicaremos las voces naturaleza, supuesto, persona, sustancia, propiedad, accidente, advirtiéndole que sólo expresan las diversas consideraciones que hacemos sobre los objetos”.¹⁰⁶

¿Y es posible que fueran tan poco profundas las raíces que entre nosotros echaron estas saludables doctrinas, que hayan podido conmovirse al primer soplo de esa hojarasca trasladada a nuestro suelo por el tamiz (pues ni original es) de la nueva filosofía eclectic-gálica? Más honroso había sido sin duda para la ilustración de nuestra patria el que en ella no hubiesen encontrado un solo eco, opiniones tan estrafalarias, que arroja lejos de sí el rigor de la ciencia. Pero esto mismo nos podrá servir de lección para

105. Varela, en *Miscelánea filosófica*, B. A. C. vol. 3, y *Lecciones de Filosofía* (Roberto Agramonte).

106. Ya el valiente pensador Hobbes había dicho hace dos siglos, reprendiendo al abuso de las ideas abstractas, y derivando la que llamaban *essentia separata* de la cópula, que para nada servían en filosofía esas palabras de *esencia*, *quididad*, *entidad* y todas esas barbaridades; *non sunt necessariae esse voces, essentia, entitas, omnisque illa barbaries ad philosophiam*”.

inculcarnos la necesidad de tener siempre encendida la lumbre del verdadero saber; porque desgraciadamente nunca falta en una sociedad, aún cuando sea de las más ilustradas (que todavía no es de éstas la nuestra) quien intente apagarla o amortecerla, so pretexto de alumbrarnos mejor.

34

Si por *oficial* entiende el autor el término que generalmente emplea Locke para designar los fenómenos del entendimiento, no hay dificultad ninguna en comprenderle. Pero salta a los ojos la inexactitud de la expresión aplicada a un escritor como Locke, en quien ni como hombre ni como metafísico hubo la menor chispa de ser eco de ningún gobierno ni partido: varón tan poco común y desprendido, que en expresión del mismo Cousin (véase la lección 15) era un modelo de prudencia, de firmeza e independencia, en términos de renunciar a los empleos y al favor de los grandes y de los gobiernos, para no tener en pugna sus opiniones con sus acciones; sacrificando constantemente el placer al deber, y manteniendo pura e inmaculada la candidez congénita de su alma. El epíteto de *oficial* a quien cuadra de molde es a ciertos hombres de lo presente que exponen a sus alumnos la Filosofía que se les manda, y reciben un sueldo para pensar. Es menester retundir la avilantez de algunos personajes que se atreven a dirigir a los hombres de bien inculpaciones que sólo a ellos alcanzan, diciéndoles la verdad franca y desnuda. La palabra *oficial* no se ha estampado ahí con inocencia: esta escuela ecléctico-doctrinaria siempre está buscando expresiones denigrativas o desfavorables para desacreditar directa o indirectamente a cuanto diga relación con el siglo XVIII y con sus antecedentes y al pobre Locke, a fuer de antecesor, como le place ponerle a esa escuela, le tocó pagar por todos los pecadores. Do quiera destila la tirría y pequeñez de estos sectarios contra uno de los siglos más grandes que vieron los siglos. Rebajadle quilates cuanto queráis, que la posteridad se los aumentará con usura.

35

Cuando tropiezo con paisajes como el presente, (y son harto comunes en nuestro psicólogo) redactados en ese tono de enfatización y de importancia, a guisa de oráculo, y en medio de todo envolviendo en el fondo una idea, o enteramente falsa, o no de las más rigurosas, me confirmo más y más en mi juicio sobre la palabrería habitual de M. Cousin; quedándome al mismo tiempo atónito sobre la confianza y seguridad con que se atreve a ausentar especies, sobre las cuales puede desmentirle hasta el último de los escolares como quien habla delante de personas dispuestas a tragar cuanto les echen sin temor ninguno de contradicción. No he sido yo el único, ni acaso

el primero que haya tachado de *palabrero* a nuestro Eclético, pues un famoso contemporáneo y compatriota suyo Leroux (en un artículo impreso en el año pasado) contrayéndose precisamente a la obra que estamos comentando, la califica de “charla sempiterna”, de extremo a extremo: *un volume environ de bavardage sur Locke dans son cours de 1829*¹⁰⁷ Pero justifiquemos nuestro dictamen respecto del pasaje en cuestión.

“Mas adelante, dice Cousin, examinaremos las ventajas e inconvenientes de esta denominación (la de *ideas*), así como la teoría que trae consigo...” —alusión a las puerilidades que amontona en el extremo de la *idea-imagen*, en el cual no debemos entrar ahora, pues como el mismo expresa, tiene su lección especial consignada: bástenos decir por el momento que allí descuellan su poca versación en las leyes de la sensibilidad, con que le reprendiera ya su otro paisano y colega Lerminier; fuera de que todo el fundamento sobre que hace girar la discusión, viene en sustancia a reducirse a la simpleza de no ser conveniente admitir la palabra *idea* para expresar los fenómenos del entendimiento, porque en su sentido literal significa *imagen*, y que esto de imágenes, rigurosamente, no pertenece más que a las sensaciones de la vista. ¿Pero quién que usa la palabra *idea*, está pensando en imágenes, sino en nociones? Si fueran a desecharse las voces, porque en su origen se aplicaron a ciertos objetos determinados, y después se han extendido y trasladado a otros, sería necesario acabar de una vez con el lenguaje, pues tal es su natural e indispensable tendencia. Respecto de las palabras tomadas de una lengua extraña, y sobre todo siendo esta antigua, es mucho menor el inconveniente; antes, se puede así dar al idioma moderno toda la precisión apetecible; pues si bien la palabra *idea* significaba en griego *imagen*, los pueblos modernos no entienden por ella cabalmente más que los fenómenos del entendimiento; con lo cual sube de punto la exactitud de nuestro lenguaje, teniendo la voz *imagen* para las sensaciones de la vista y la de *idea* para las *nociones* del entendimiento. Pero los mismos griegos, para quien podía ser más origen de confusión, porque no tenían al principio sino una sola palabra para esas diversas relaciones, ¿qué inconvenientes experimentaron ni qué embolismos le trajo por ventura para la exposición de sus doctrinas filosóficas el emplear la voz *idea*? ¡Cuán fácil no es conocer cuando la usan sus autores en el sentido propio o en el figurado, que en las lenguas modernas ha llegado a ser propio! Así nos sucede con todas las metáforas, y con ésta más que con ninguna otra, pues ha dejado de serlo para los idiomas actuales.

Otro de los puntos a que da grande importancia M. Cousin en ese examen de la *idea-imagen*, es que la palabra ni puede aplicarse con rigor a las sensaciones de los demás sentidos, fuera de la vista. Muy enhorabuena, señor rigorista! Pero ¿quién ha pretendido jamás que las impresiones cau-

107. “casi un volumen de charlatanería sobre Locke en su Curso de 1829”.

sadas en el oído, v.g., o los recuerdos, o las reliquias, o como queráis llamarlo, que quedan en el entendimiento de tales sensaciones, sean *imágenes* de la misma forma que las causadas por los objetos en la vista? Si tan sensaciones son las unas como las otras, y aún más corporales y groseras, si cabe, las producidas en las orejas que las formadas en los ojos, por intervenir en las primeras las vibraciones del aire, que es fluido densísimo en comparación de la sutilísima luz ¿qué adelanta M. Cousin con tanta charla para combatir la doctrina de Locke sobre la realidad del contacto de los cuerpos exteriores con nuestros sentidos, que es a lo que se reduce toda la cuestión de la *idea-imagen*? ¿Cuál es, pues, pregunto el inconveniente de llamar ideas, o imágenes, a las huellas que en nosotros dejan los objetos externos, y aún a los demás pensamientos que en su consecuencia formamos? Jamás podrá M. Cousin, por más que agote las fuerzas de su ingenio, destruir, no diré yo la teoría, sino el hecho incontestable de ser *el sentir* un género que incluye sus especies subordinadas en nuestro organismo: así *ver* es tan sensación, y por consiguiente tan imagen, como *gustar*; pero esto no quita que cada una de estas sensaciones se distinga perfectamente de la otra. Vergüenza da verse un hombre serio obligado a entrar en tan triviales exposiciones; pero no queda más arbitrio, cuando se trata de atacar lo más demostrado, hasta apelando a la miseria de dar importancia a lo que no la tiene, por parte de hombres que pretenden ser graves, y sobre todo cuando no faltan repetidores que les hagan coro, sin medir ni pesar siquiera el valor de las mismas palabras. También se apoya M. Cousin para combatir la *idea-imagen*, en que nuestro entendimiento forma algunos conceptos que no tienen modelo en la naturaleza como sucede con la *idea* del *número*, del *tiempo* y de otras por él llamadas *absolutas*, y por nosotros abstractas y muy relativas. Pero dejemos este registro para su oportunidad, que demasiado hemos dicho por el momento, para que los jóvenes lectores comprendiesen la alusión de nuestro aparatoso psicologista. Séame lícito, sin embargo, antes de cerrar esta nota, llamar todavía la atención sobre aquello de “la teoría que trae consigo esa denominación”. Una denominación puede muy bien ser, y es la más de las veces, la señal de una teoría; pero no se dirá nunca con exactitud que traiga consigo o *arrastre* (*entraîne*, ésta es expresión del original) una teoría que no puede ser producida sino por virtud de los hechos, o de alguna o algunas ideas que le sirven de antecedente. Sólo los metafísicos de profesión poseen la habilidad de levantar doctrinas sobre el cimiento de meras denominaciones.

Esta nota es como una continuación de la anterior. Aunque no tendría nada de pecaminoso ni de particular, que la palabra *idea* fuera el estandar-te de la filosofía de Locke, es sin embargo una falsedad el asentar semejan-

te cosa. Todos los filósofos de las naciones cultas, desde los griegos hasta nuestros días, han empleado la misma denominación exclusiva o indistintamente con otras equivalentes, para designar los fenómenos del entendimiento. Con mejor razón podría asegurarse que la palabra *idea* fue la bandera de Platón y su escuela esencialmente *idealista*, si bien no siempre la tomase en la misma acepción. ¿Quién prodiga más la palabra *idea* que el gran Descartes en todo el discurso de sus obras filosóficas, Descartes, considerado como el caudillo de la escuela espiritualista moderna, Descartes de cuyas obras completas ha sido editor el mismo M. Cousin, que señala la palabra *idea* como distintivo de la escuela de Lockë? ¿Cómo podría ser distintivo de la escuela de Locke una denominación que empleaban como favorita Malebranche, Laforge y cuantos cartesianos habían escrito y escribían, cuando salió al mundo el *Ensayo sobre el entendimiento humano*? Llamárase a la filosofía de este libro con el mote de la *filosofía de la experiencia*, y entonces nada tendríamos que vituperar. El único motivo que deja tralucirse del ridículo empeño de Cousin es no perder ripio para inculcar que Locke fue el padre de la escuela *ideológica* moderna; padre que, en vez de negarlo, se honra mucho con él esta escuela, pero cuya filiación no consiste en la palabra *idea*, común a todos los filósofos del orbe, y muy singularmente favorita de los que más y mejor impugnó Juan Locke; conviene a saber, los cartesianos, revividores de las ideas innatas. Todavía más: era tan preferida por estos últimos filósofos la denominación de ideas para explicar los fenómenos del entendimiento, que ellos fueron los primeros que coadyuvaron al desuso u omisión de las otras expresiones, como *fantasma*, *especie*, etcétera, introducidas y acreditadas por el dilatado imperio del escolasticismo. El verdadero motivo de haber adoptado la escuela moderna la denominación de *ideología* no fue otro, como ya tuve tiempo de observar en esta misma obra, sino de ajustarse más rigurosamente al espíritu de exactitud que ya reclamaban toda especie de conocimientos que aspirasen al timbre de ciencia. Considerando, pues, nuestra ignorancia sobre la naturaleza del alma, de la cual sólo podíamos conocer los efectos o ideas, como confiesa el mismo Cousin en esta propia lección, pareció más científico y menos pretensor preferir la denominación de *ideología*, a la de *psicología*, que aparentaba aspirar al conocimiento íntimo del alma humana. Ved ahí simple y sencillamente lo que ha pasado.

Ahora bien, y esto es más importante: si porque el filósofo inglés con toda su escuela sustenten, como vosotros lo hacéis (icuidado con olvidarse de ello, para que veamos de qué lado está la inconsecuencia!), la imposibilidad de penetrar en la naturaleza del alma, se pretende que dicha escuela se cierre otras puertas por donde le puede venir la luz para ilustrar estas materias, como pueden inducirlo a creer las palabras de que “para Locke y su escuela el estudio del entendimiento se encierra en el estudio de las ideas”, y se formarían nuestros jóvenes lectores una idea muy equivocada

de las tendencias de la filosofía lockeana, por lo mismo merece el asunto la pena de una brevísima explicación. La escuela de Locke cierra, es verdad, las puertas a toda tentativa de ontología; pero las abre de par en par a todo medio legítimo de investigación. Porque, ¿quiénes son los que han introducido el estudio de los instintos, de las pasiones, de las funciones todas del organismo, en el campo de la ciencia, para mejor conocer el entendimiento, sino lo sucesores y verdaderos continuadores de Locke? Así es como por sus pasos contados hemos venido a considerar a la psicología o ideología, llámeseles según se quiera, como un capítulo de la *Antropología*, o ciencia del hombre propiamente tal; pues para obtener la síntesis a que siempre aspira el entendimiento humano, se hace forzoso ver los fenómenos en todo el enlace y armonía que podamos alcanzar, lo que no se consigue sino estudiando y profundizando las acciones que pasan en el hombre, que es un compuesto indivisible de materia y espíritu; y sólo la fisiología puede gloriarse de haber contemplado las cosas bajo su verdadero punto de vista. Así pues, *la ciencia de la vida* incluye dentro de su jurisdicción las importantes apariciones que se suceden en el cerebro, parte principalísima del mismo hombre. Grave, importante, dilatado, es el capítulo de la ciencia que se ocupa de anotar las leyes del entendimiento; empero esas circunstancias no le eximen de ser un capítulo, una parte, una dependencia inmediata del gran tratado *de la vida*: este estudio es el que ilustrándonos sobre los verdaderos resortes de los fenómenos, será de más directa y eficaz aplicación a la moral, revelándonos así la misma naturaleza lo que sea dable practicar y evitar a las fuerzas de la humanidad: *quid ferre recusent, quid valeant humeri*.¹⁰⁸

Al terminar la presente nota no puedo menos de repetir cuanto dolor y vergüenza me causa tener que bajar a ciertas trivialidades, que de seguro excusaría, por ser tan ajenas de mis principios como de mi carácter; si por otra parte no cumplieran tan eficazmente al patriótico fin que me propongo, pues siendo mi objeto principal que la juventud abra los ojos respecto de ciertas guías, no debo perder coyuntura de hacerles sentir cuán falaces son éstas hasta en aquello mismo al parecer más sencillo y averiguado; y no como quiera sino aún en la exposición de los hechos históricos; atreviéndose a referir sin rubor y por supuesto lo que no ha pasado. ¡Cuántas muestras de esta escandalosa infidelidad no nos ofrece Cousin en algunas otras de sus producciones! Baste citar la avilantez con que afirma en su *Introducción* a los escritos inéditos de Abelardo, que en el siglo xvi no existió un filósofo, una sola cabeza verdaderamente original, saltando a pie juntillas al gran Verulamio y a tantas lumbreras como iluminaron al mundo en esa época importante, que aunque de *transición*, según dice su escuela, esa circunstancia en nada le despoja de su verdadera originalidad.

108. "de qué somos capaces y qué es lo que no podemos hacer".

Lo cierto es que hay un empeño marcado de parte de esta escuela francesa, idólatra de lo presente, en pintar como un poco o nada originales precisamente a aquellos mismos personajes que han dado el impulso a la humanidad en los períodos más notables de su historia. Por lo demás, cuanto han visto los lectores hasta aquí en M. Cousin es nada todavía respecto de lo que les queda por ver en aquellas lecciones posteriores en que propiamente entra en materia: hasta el presente no ha pasado de mera exposición: ya veremos llegando a la parte argumentativa,¹⁰⁹ donde se daría por muy bien librado si sólo escapara como ahora con un *much ado about nothing*: ruido mucho, nuez ninguna.

37

Entendámonos: Locke restringe el estudio del entendimiento al de las ideas, porque esto es lo que hacía a su propósito, cual era patentizar el gran principio que cualquiera que fuese la naturaleza de la causa que llamamos *alma* o *entendimiento*, sus efectos, o sean, las ideas derivan siempre de la experiencia, golpe el más mortal que podía darse a los cartesianos y a todos los idealistas de su tiempo, y lo que demandaba el estado de la ciencia en aquella época; en una palabra, cerrar las avenidas al idealismo y a la ontología. Mas si por la expresión de “reducir el estudio del entendimiento humano al estudio de las ideas”, van a entender los lectores que el filósofo inglés trataba de cerrar las puertas al análisis de los instintos, pasiones y operaciones corporales, en suma, a la fisiología o verdadero y completo conocimiento del hombre, se equivocarían de me—¹¹⁰

109. Esto indica que esta *Impugnación*, trunca, iba a prolongarse (Roberto Agramonte).

110. Aquí quedó trunco el trabajo de Luz (Roberto Agramonte).

APÉNDICE

NOTAS SOBRE EL CEREBRO¹ CON MOTIVO DE LA LECCIÓN 10 DE ABRENS

(*Diario de la Habana* de 14 de diciembre de 1846.)

Apuntes

1º ¡Quedar tan orondo con esa su determinación de la causa general de la locura! ¿Y cuál es? “La rotura, dice, del bazo, que une las funciones del espíritu y de la materia”. Esa, en todo caso, es la locura, el efecto que se trata de explicar, no la causa de él. Y digo “en todo caso” porque en rigor no es buena la definición.

2º Al ver la facilidad con que se contentan los entendimientos de ciertos psicólogos, no extraña el desprecio que inspiran a otros entendimientos, no diré severos, sino rectos, o justos sin los cuales *nequit consistere scientia*.

3º Nótese que queriendo atascar demasiado el cañón, se revienta éste, o se sale el tiro por la culata. Me explico: tanto quiere quitársele la influencia o la parte en los fenómenos a los órganos (ni puedo estampar siquiera la hipótesis de este adefesio) porque fenómenos sin órganos, sin lugar donde pasen, sin... *ad kalendas graecas*... que casi y sin casi venimos a parar en que son inútiles, superfluos; o que están destinados a otros cualesquiera... menos aquéllos a que más parecen estarlo.

4º Un hecho como el alegado por Hufeland, del cráneo que se encontró vacío, y el de Newman del que se encontró desorganizado, los desconciertan y sacan de sus casillas. En primer lugar es menester saber las demás circunstancias anatómicas y patológicas que acompañaron y antecedieron. Y aun así, porque las indicaciones de la Anatomía por sí solas son a veces demasiado groseras para este orden de fenómenos. En segundo lugar, hay veces que se hacen las funciones *en* los órganos, sin embargo de las lesiones, y por muchos años; y otras, enteros estos, se hallan paralizados; otras, no pueden ejercer ciertas funciones más groseras, y ejercen las más delicadas, v.gr. oídos hay que estando sordos, son eminentemente musicales y

1. Vid. nota de la página 894 (Roberto Agramonte).

armónicos, para ejecutar, no para componer. Testigos Bethoven y A. Herrera.

5° Esta gente que dice buscar la síntesis, no sabe por dónde vive esa señora del Universo y de la ciencia. Sin salir de la locura. El que depende de un vicio orgánico original, de la estructura del cerebro, no quita que pueda dimanar de otras causas internas y externas que nos afectan. Si Ahrens estudiara así los fenómenos, podría dar con una expresión general (filosófica de la *causa*; y no que generalmente; cuestiones de esta especie, no pasa su mérito de presentar alguna expresión general de los efectos, o por mejor decir, una traducción y nada más. Esto, en todo caso, no es más que el primer paso, y a veces un mal paso.

6° Si se pretende que el espíritu se altera sin la intervención de los órganos, ni se concibe siquiera porqué debe enfermar. Se quieren efectos sin causas, pues aunque los órganos no sean la *causa*, son el vehículo por donde obran las causas internas o exteriores; que por más morales que se supongan han de afectar los órganos. Y no acudan unos señores tan delicados a la grosería de la demostración anatómica, para demostrar, que con ciertos padecimientos mentales están incólumes los órganos, pues aunque lo estuvieran, eso no estorba que en ellos pasen los dolores y alteraciones

ÍNDICE ONOMÁSTICO



— A —

Abelardo, Pedro: *394, 417, 899, 992*

Acevedo, Rafael: *4*

Adams: *497*

Adicto: *274, 276, 279, 287, 289, 290, 292, 293, 298, 299, 304, 305, 306, 307, 308,*

440, 441, 442, 443, 444, 447, 448, 449, 453, 458, 459, 460, 543, 764

Agramonte, Roberto: *12*

Aguirre Alentado; Manuel: *6*

Ahrens: *995*

Aimé-Martin: *920*

Alejandro: *230*

Alfieri, Victorio: *668*

Almendros, Herminio: *13*

Almeyda: *85, 98*

Altieri: *498, 555, 628, 629, 639, 654, 655*

Amadeo Jacques: *5*

Ammon: *392*

Ammonio: *44, 806*

- Amós Comencio, Juan: 4
 Ancízar, Manuel: 4
 Angulema, duque de: 23
 Apolonio de Tianay: 259
 Aquiles: 157, 158
 Aquino, santo Tomás de: 738
 Aranda: 29
 Arango: 655
 Arango y Parreño, Francisco de: 20, 695
 Araujo de Hita, Isidoro: 6
 Araujo de Lira, Isidoro: 836
 Aristóteles: 80, 84, 88, 91, 92, 97, 110, 111, 119, 131, 148, 178, 213, 214, 215, 252,
 257, 277, 343, 396, 409, 427, 432, 459, 502, 513, 527, 590, 592, 595, 596, 597,
 598, 625, 676, 679, 680, 732, 791, 890, 919, 921, 940, 964, 981
 Arquímedes: 261, 265, 439, 847
 Arriquirbar, Nicolás de: 29
 Artiles, Genaro: 12
 Avellaneda: 736, 762

— B —

- Baader: 981
 Babbage, Carlos: 190, 300, 301
 Bacon de Verulamio: 4, 39, 86, 93, 122, 123, 179, 180, 192, 193, 194, 195, 217,
 223, 242, 250, 325, 343, 344, 399, 412, 421, 456, 464, 645, 702, 825, 832, 938,
 973, 983, 984, 992
 Bachiller y Morales, Antonio: 6
 Ballanche: 879
 Balli: 333
 Barrot, Odilio: 714
 Bayamés, El: 743, 744, 748, 770, 791

Beaumont: 293
 Bekkers: 361, 390, 391
 Bello, Andrés: 5
 Benedicto XIV: 839
 Bentham, Jeremías: 32, 137, 140, 162, 188, 313, 322, 324, 325, 333, 344, 349
 Bergier: 792
 Berzelius: 605, 694, 956
 Betancourt Cisneros, Gaspar: 6
 Bethoven: 995
 Blasillo: 670
 Bonald, Lois de: 32
 Boulanger: 138
 Breuzter, David: 259
 Brewster, David: 419
 Broen: 244
 Broussais: 137, 244, 376, 390, 422, 760, 791, 834, 867, 904, 906, 911
 Brownson: 361
 Bruto, cónsul: 328, 341
 Buffon: 29, 265
 Buhle: 829
 Byron: 190

— C —

Caballero, José Agustín: 14, 20, 21, 22, 29, 40, 46, 50, 65
 Cabanis: 29, 85, 137, 479, 834, 848
 Caledonio: 565
 Calicles: 319
 Calígula: 240
 Calístenes: 230
 Campomanes: 29

1000 \ ÍNDICE ONOMÁSTICO

Cano, Melchor: 29, 159, 901

Cánova: 257

Carise: 759

Carlomagno: 306

Carlos X: 716, 832, 837

Carondas: 238

Carrière, Eduardo: 408, 422

Cartesio: 93, 94, 162, 166, 187, 248, 278, 540, 595, 603, 610, 628, 645, 690, 693,
831, 896, 911, 914, 915, 923, 930, 931, 939, 954, 961

Casas: 655

Castellanos Mojarrieta, Manuel: 6

Castro: 123

Castro, Vicente Antonio de: 6, 647

Cauto: 644, 645, 646, 674, 680, 686, 687, 698

Celnart, Elizabeth: 717

Cervantes y Saavedra, Miguel de: 670, 671, 736, 762, 924

César: 306, 680

Cicerón: 215, 313, 449, 837

Ciudadano del Mundo: 31, 535, 553, 554, 556, 577, 578, 579, 582, 629, 692, 693,
694, 696, 712

Colón, Cristóbal: 202, 716, 942

Columela: 258

Comte, Carlos: 32, 80, 175, 227, 239, 263, 296, 303, 304, 313, 390, 442, 443, 449, 571

Condillac, Etienne Bonnot de: 4, 29, 36, 37, 85, 109, 110, 113, 114, 125, 126, 129,
137, 153, 154, 162, 205, 207, 208, 277, 396, 463, 466, 467, 468, 469, 470, 471,
472, 473, 474, 475, 476, 477, 478, 479, 480, 588, 589, 590, 645, 648, 731, 789,
793, 796, 797, 798, 820, 838, 899, 911, 987

Condorcet: 32, 37, 724, 731, 796, 819, 821, 852, 853

Confucio: 230, 238, 243, 244, 261, 263

Consabido: *Ver Luz y Caballero, José de la*

Constant, Benjamín: 32, 392, 826

Cook: 262

Copérnico, Nicolás: 88, 255, 265, 394, 397, 410, 411, 448, 450, 452, 453

Corneille: 342

Corresponsal, El: *Ver Luz y Caballero, José de la*

Costales, Manuel: 6, 104, 110, 111, 113, 114, 115, 116, 124, 125, 126, 128, 129,
130, 131

Cousin, Víctor: 4, 5, 6, 31, 32, 33, 35, 37, 38, 39, 40, 41, 43, 44, 45, 46, 48, 49, 50, 51,
52, 55, 56, 59, 61, 65, 66, 80, 81, 83, 122, 123, 136, 137, 141, 148, 149, 150, 151, 152,
153, 155, 165, 166, 167, 172, 179, 187, 194, 198, 199, 203, 207, 212, 217, 218, 278,
312, 360, 362, 389, 391, 392, 393, 394, 395, 396, 397, 399, 401, 402, 408, 409, 412,
413, 415, 416, 417, 419, 420, 421, 423, 424, 426, 427, 428, 429, 430, 433, 434, 435,
438, 439, 455, 456, 502, 509, 538, 539, 542, 555, 561, 562, 563, 564, 565, 566, 576,
588, 589, 590, 591, 594, 595, 604, 607, 608, 618, 622, 623, 624, 626, 629, 640, 641,
642, 645, 646, 648, 650, 662, 674, 676, 677, 678, 680, 681, 683, 684, 686, 687, 688,
698, 699, 702, 703, 714, 715, 716, 717, 720, 722, 730, 732, 733, 735, 749, 750, 752,
756, 764, 771, 773, 779, 781, 785, 786, 789, 791, 793, 794, 795, 797, 798, 799, 800,
801, 802, 803, 804, 805, 806, 807, 808, 809, 810, 811, 814, 815, 816, 818, 819, 820,
822, 823, 824, 825, 826, 827, 828, 829, 831, 832, 833, 834, 835, 836, 838, 839, 840,
843, 844, 847, 848, 851, 856, 857, 858, 863, 865, 866, 867, 868, 879, 880, 881, 882,
883, 885, 886, 887, 888, 889, 891, 892, 894, 895, 898, 899, 913, 914, 915, 918, 920,
925, 927, 928, 929, 931, 932, 937, 938, 943, 944, 946, 947, 948, 949, 950, 951, 952,
954, 955, 958, 959, 960, 965, 967, 981, 982, 983, 984, 985, 986, 988, 989, 990, 991,
992, 993

Cristo: 269, 283

Crusio: 285

Cuvier, Jorge: 88, 222, 257, 598

— CH —

Chateaubriand: 50, 136

— D —

D'Alambert: 37, 45

D'Alembert: 724, 731, 732

Damiron: 408, 421, 429, 539, 595, 645, 797, 834, 866, 906, 920

Dante: 924

Davy: 188, 202

De Bonald: 278

De Wette: 392

Decazes: 714

D'Eckstein: 150, 920

Defontanes: 797

Del Monte, Domingo: 34, 151

Demetz, M.: 176

Descartes, René: 28, 29, 180, 277, 343, 344, 455, 571, 831, 847, 875, 893, 916,
927, 930, 931, 991. Véase Cartesio.

Destutt de Tracy: 29, 71, 75, 81, 82, 84, 113, 137, 162, 203, 212, 396, 834, 916

Devanador, El: 761, 762

Dewey, John: 11

Díaz de Espada y Fernández de Landa, Juan José: 21, 24

Diderot: 37, 45, 312, 724, 731, 796, 819, 821, 829, 851, 852, 853

Dilthey: 11

Domiciano: 240

Dómine: 153, 155, 156, 157, 158, 159, 160, 172, 174, 177, 178, 179, 186, 192, 195,
196, 198, 199, 200, 201, 202, 204, 205, 206, 207, 208, 209, 210, 211, 215, 218,
248, 252, 253, 254, 272, 292, 293, 442, 453, 543, 696

Droz: 313

Dumas: 694

— E —

- Eckstein: 278
 Eclético: 111, 112, 115, 118, 120, 121, 124, 125, 434
 Echegoyen, Ana: 13
 Ehrenberg: 941
 Ekstein, barón de: 136
 Eneas: 895
 Eneida: 219
 Engels, Federico: 47
 Entralgo, Elías: 12
 Epicteto: 238
 Epicuro: 257, 265, 266, 285, 343, 353, 401, 402, 513
 Escolástico, El: 729, 777
 Escriblero, Martín: 848
 Esculapio: 422, 817
 Espada: 655, 695
 Esquirol: 911
 Estrabón: 258
 Estudiante, El: 700
 Euclides: 210, 257, 284, 677
 Ezpeletay Enrile, Joaquín de: 654

— F —

- Fair-Play: *Ver Luz y Caballero, José de la*
 Farcy: 826
 Feijóo, Benito Gerónimo: 29
 Félix de Arrate, José Martín: 19
 Fenelón: 642, 847

1004 \ ÍNDICE ONOMÁSTICO

Fernando VII: 25, 30

Ferrand, Clermont: 717

Fichte: 32, 80, 278, 392, 396, 409, 427, 428, 714, 822

Fieschi: 760

Filolezes: *Ver también Luz y Caballero, José de la*

Filostrato: 259

Fisiólogo, El: 743, 744, 748, 770

Flavio: 259

Floridablanca: 29

Franck: 408, 421, 595

Franklin, Benjamín: 228, 242, 361, 542, 544

Fray Gerundio Habanero, El: 651

Frenólogo, El: *Ver González del Valle, Manuel*

Freud: 47

Funes, Juan Francisco: 6, 632

— G —

Galileo Galilei: 82, 88, 93, 167, 222, 223, 229, 230, 242, 398, 446, 447, 448, 449, 910

Galuppi: 361

Galvani: 228, 242

Gall, F. J.: 32, 590, 769, 842, 904

Gallardo: 670

Gallego: 670

Gándara, Miguel Antonio de la: 29

Gans: 822

García Bárcena, Rafael: 12

Gay Calvo, Enrique: 12

Genoude, M. de: 136

Genovesi: 361

Goethe: 190, 392

González del Valle, Francisco: 9

González del Valle, José Zacarías: 6, 42, 360, 680, 687

González del Valle, Manuel: 6, 24, 28, 30, 33, 35, 41, 323, 537, 643, 644, 647, 682,
712, 718, 850, 851

González, Diego: 13

Granada: 670

Gray: 622, 936

Grinn, barón de: 312

Gruppe: 278, 391, 625, 631

Guayabero, El: 791

Guerra, Ramiro: 13

Guizot: 392, 714, 830

— H —

Hamilton: 32, 389, 391, 393, 424, 425, 562, 563, 564, 565, 566, 750

Hasse: 392

Haüy: 302

Heeren: 266

Hegel: 32, 51, 278, 714, 802, 807, 808, 818, 822, 823, 827, 830, 898, 899, 981

Heineccio: 332

Heinecio: 24

Heinnecio: 384

Helvecio: 37, 114, 129, 138, 188, 285, 286, 309, 311, 312, 313, 317, 318, 319, 320,
323, 324, 325, 336, 338, 343, 344, 353, 360, 374, 385, 463, 479, 539, 622, 645,
648, 724, 731, 936

Henry: 361, 868

Heráclito: 661, 943

Hércules: 483

Herder: 5, 278, 324, 392

Hermes: 44, 806

1006 \ ÍNDICE ONOMÁSTICO

Herodoto: 265

Herrera, A.: 995

Herschell, Juan Federico: 191, 528

Hervás y Panduro, Lorenzo: 724, 725, 731

Hiao, emperador: 229

Hiparco: 267, 458

Hipócrates: 257, 892

Hippodamos: 837

Hobbes: 32, 309, 313, 319, 338, 409, 426, 645, 732

Holbach, barón de: 37, 114, 129, 138, 312, 318, 319, 323, 324, 343, 344, 353, 479, 645

Holtv: 392

Homero: 459, 815, 924, 955

Horacio: 151, 272, 410, 451, 452, 573, 809, 955

Horrutiner: 123

Howard: 293, 333

Hufeland: 994

Hugo, Víctor: 190, 580

Humboldt, barón de: 202, 262

Hume, David: 313, 732, 793

Huskisson: 300

Hutcheson: 285

— I —

Inclán y Costa, Clemente: 12

Infante, fray Pedro: 123

Iriarte: 524

Iriarte, Tomás de: 735

Ixión: 565

— J —

Jacobi: 278, 392

Jefferson, Tomás: 24

Jorrín, José Silveiro: 8

Josefo: 259

Jouffroy, Teodoro: 136, 137, 141, 167, 177, 179, 187, 194, 203, 247, 303, 392, 408,
421, 429, 539, 543, 544, 576, 586, 595, 618, 645, 716, 797, 798, 808, 894, 920,
922, 933, 944, 946, 950

Joung: 47

Jovellanos: 29, 527, 542, 543, 570, 642, 670

Juliano: 44, 807

Julio César: 694

Justiniano: 297

— K —

Kant, Immanuel: 36, 80, 179, 187, 194, 213, 214, 215, 217, 248, 252, 278, 361, 377,
396, 409, 426, 427, 428, 502, 513, 587, 591, 594, 595, 631, 703, 714, 810, 822,
823, 981, 983, 984, 985

Keplero: 88

Körner: 392

— L —

La-Grange: 312

Lacan: 47

Lacio: 541

Lactancio: 640, 641

Lafayette: 714

Laforge: 991

Lagrange: 847

Lamanais: 32

1008 \ ÍNDICE ONOMÁSTICO

Lamartine: 136, 190

Lamennais: 136, 278, 879

Laplace: 439, 847

Larromiguere: 37, 838

Lastarria: 5

Launai, de: 724

Lavaux: 833

Lazo, Raimundo: 12

Le Roy: 244

Leibnitz: 32, 93, 148, 180, 242, 277, 298, 299, 376, 435, 438, 459, 482, 483, 484,
511, 592, 595, 612, 622, 905, 906, 910, 914, 920, 921, 926, 927, 931, 936, 962,
968, 977, 978, 979

Lemercier: 394

León y Mora, Domingo de: 6, 644, 646, 670, 674, 679, 681, 686, 687, 698, 701,
702, 764

Lermenier: 421

Lerminier: 297, 299, 390, 408, 421, 809, 822, 824, 839, 853, 989

Leroux: 65, 714, 715, 716, 989

Lessing: 392

Licurgo: 175, 270

Limberg: 361

Lincoln, Abraham: 8

Lira: 839

Lista, Alberto: 540

Locke, Juan: 45, 110, 128, 129, 137, 148, 169, 199, 203, 205, 207, 208, 212, 218,
223, 247, 277, 396, 409, 418, 419, 428, 430, 431, 432, 435, 438, 463, 464, 465,
466, 467, 468, 472, 479, 480, 481, 482, 483, 484, 507, 508, 509, 524, 543, 555,
561, 589, 590, 594, 623, 645, 648, 678, 684, 685, 688, 690, 726, 731, 732, 789,
793, 827, 835, 839, 847, 866, 867, 870, 871, 872, 873, 874, 877, 878, 880, 881,
882, 883, 884, 885, 886, 887, 911, 915, 965, 985, 988, 990, 991, 992, 993

Luciano: 259

Lucrecio: 266, 641

Lugareño, El: 534, 535, 544, 549, 550, 552, 555, 577, 578, 579, 580, 693, 696, 705,
706, 707, 708, 709, 734

Lugdonense: 708

Luis Felipe: 28

Luis XVIII: 832

Lutero: 832

Luz y Caballero, José de la: 3, 6, 7, 8, 9, 12, 14, 15, 20, 21, 22, 23, 25, 26, 28, 30,
31, 33, 35, 36, 40, 41, 42, 43, 46, 48, 49, 50, 52, 53, 54, 55, 60, 61, 63, 64, 65, 66,
97, 122, 131, 141, 150, 196, 209, 538, 551, 693, 704, 705, 707, 721, 731

— M —

Maceo, Antonio: 8

Magallanes: 262

Magendie: 188

Maine de Biran: 32, 37, 155, 509, 596, 597, 618, 645, 897, 914, 920, 921, 922, 924,
925, 927, 950

Maistre, Joseph de: 32

Malebranche: 426, 847, 939, 991

Mancino: 361

Mandeville: 285

Manquiamelo, Victo: 759

Manzoni: 190, 777

Marat: 833, 834

Marco Aurelio: 238

Marco Tulio: 346, 604, 675, 694, 954

María Cristina: 25

Martí, José: 8, 10, 30, 64

Marx, Carlos: 47, 65

1010 \ ÍNDICE ONOMÁSTICO

Massena: 620, 934
Máximo: 44, 807
Menéndez y Pelayo, Marcelino: 8
Menzel: 392
Mestre, Antonio: 7
Mestre, José M.: 50
Michelet: 822, 981
Milton, John: 924
Mill, James: 198
Mill, John S.: 198
Mill, Stuart: 11
Minos: 238
Mirabaud, Federico: 312
Moderado: *Ver León y Mora, Domingo*
Moisés: 243
Molé: 714
Montaigne: 285, 306
Montalembert, conde de: 136
Montesquieu: 32, 37, 174, 188, 536, 796
Montori, Arturo: 13
Morell de Santa Cruz, Pedro Agustín: 19
Morey: 834
Mussy, Gueriau: 760

— N —

Napoleón Bonaparte: 35, 37, 38, 58, 496, 620, 639, 796, 820, 934
Neander: 392
Nerón: 240, 341
Newman: 994
Newton, Isaac: 82, 88, 93, 166, 190, 222, 223, 228, 242, 344, 394, 408, 418, 419,
439, 444, 620, 622, 677, 839, 910, 935, 936, 942, 955

Niebuhr: 191

Novalis: 392

— O —

O'Farril, Gonzalo: 20

O'Gavan, Juan Bernardo: 21, 30

Olshausen: 392

Omar, califa: 641

Ontólogo, El: 6, 761, 762, 767, 773, 781, 787, 788, 789, 792, 800, 815, 816, 817,
818, 852

Ortiz, Fernando: 9

— P —

Pablo Sirio: 454

Padre Cristóforo, El: 777

Páez, Alfonso E.: 8

Paley: 964

Pandero, Juan: 498

Pardo Pimentel, Nicolás: 6, 627, 629, 632, 636, 637, 638, 639, 658

Parent-du-Chatélet: 190, 191

Pascal, Blas: 82, 564, 847

Paulo III: 448

Paulo V: 448

Pavlov: 47

Pellico, Silvio: 375, 380

Pepín: 834

Pigault-Lebrun: 138

Pinel: 911

Piñera Llera, Humberto: 14

Piñeyro, Enrique: 8

Piñeyro, Narciso: 695

1012 \ ÍNDICE ONOMÁSTICO

Pío VII: 724

Piquer: 509

Pitágoras: 44, 88, 91, 92, 178, 252, 257, 448, 807

Platón: 44, 50, 80, 88, 92, 110, 111, 119, 131, 148, 217, 277, 290, 391, 396, 432, 452,
454, 459, 513, 540, 555, 563, 598, 630, 676, 678, 679, 684, 690, 800, 806, 807,
826, 847, 908, 912, 914, 915, 919, 921, 927, 971, 974, 991

Plinio: 189, 257, 259, 265, 941

Plotino: 44, 807

Pluche, abate de: 98

Plutarco: 542

Poey, Felipe: 654

Poli: 361

Pope, A.: 187

Porfirio: 44, 807

Potamón Alejandrino: 45

Proclo: 44, 45, 807, 808, 810, 811

— Q —

Quintiliano: 215, 297

— R —

Rafael: 622, 718

Ramírez: 655

Ramos, Enrique: 29

Raspail: 191

Regnault, Elías: 65, 717

Reid: 136, 141, 797

Reissemberg: 408

Ribera, Nicolás Joseph de: 19

Rickert: 11

Richter: 392
 Ripley: 361, 392
 Robespierre: 36, 834
 Rochefoucauld, duque de la: 129
 Rodríguez, Carlos Rafael: 9
 Rodríguez, José Ignacio: 7
 Romay, Tomás: 20
 Rosmini: 362
 Rossi: 540, 645
 Rousseau, Juan Jacobo: 29, 37, 724, 731, 732, 792, 793, 796, 819, 821, 829, 852, 853
 Royer-Collard: 37, 50, 136, 137, 141, 278, 522, 645, 797, 809, 819, 838
 Ruiz, Francisco: 6, 24, 26, 33, 631
 Rumilio: 81, 87, 97, 98, 99, 178, 204, 205, 217, 696

— S —

Saco, José Antonio: 16, 24, 25, 26, 30, 34
 Sagarra, Juan Bautista: 25
 Saint Hilaire, Geoffroy de: 598
 Saint Lambert: 479
 Saliveberry: 769, 770
 San Agustín: 378, 449
 Sanconiathon: 243
 Sancta-Rosa: 826
 Sánchez Rubio, Marcos: 761, 790
 Sanguily, Manuel: 7, 8
 Santo Tomás: 32, 378, 732, 750
 Sarmiento: 650
 Sarmiento, Domingo Faustino: 5
 Sautelet: 827
 Savigny: 291, 297, 391

1014 \ ÍNDICE ONOMÁSTICO

Say, Juan Bautista: 300

Scott: 190

Schelling: 32, 278, 361, 389, 390, 391, 392, 393, 408, 423, 424, 564, 822

Schiller: 190, 392

Schleiermacher: 391, 392, 563

Séneca: 266, 457

Shakespeare, William: 620, 630, 934

Shasta: 235

Siempre el mismo: 792

Siracusa: 202

Smith, Adam: 300

Sócrates: 50, 92, 197, 223, 267, 313, 319, 343, 372, 513, 584

Solís: 262

Solón: 263, 270

Spinoza: 32

Spurzheim: 590, 842

St. Hilaire, Barthélemy: 213, 214, 252, 429

Staël, madame de: 50, 808

Steward, Dugald: 32, 136, 141

Stewart: 847

Storch, Miguel: 6

Suárez y Romero: 122, 123, 124

— T —

Tácito: 575, 785

Tacón, Miguel: 25

Tenneman: 361, 834, 886

Teofrasto: 257

Terencio: 694

Thales: 223

Thales Milesio: 88, 91, 92, 178
 Thiers: 834
 Tiberio: 240
 Tito: 510
 Tocqueville: 192, 293
 Tolomeo: 397, 410, 411, 452, 453
 Toro, Fermín: 4
 Torre, Carlos de la: 13
 Torres-Cuevas, Eduardo: 16
 Torricelli: 398
 Trajano: 238
 Trinitario, El: 744, 748, 770, 791
 Tuesten: 392
 Tulio: 194, 216, 321, 329, 390, 393, 423, 434, 678, 764
 Turgot: 32
 Turíbulo: 777

— U —

Uhland: 392
 Un amante de la Verdad: *Ver Luz y Caballero, José de la*
 Un tercero en discordia: 260
 Urbano VIII: 448

— V —

Valencia, padre: 496
 Valle: 681, 683, 684, 686
 Vallí, Eusebio: 202
 Van de Weyer: 408
 Varela, Félix: 8, 14, 16, 21, 22, 24, 28, 29, 30, 31, 33, 35, 36, 40, 41, 42, 43, 45, 46,
 50, 53, 54, 61, 62, 83, 213, 394, 411, 455, 498, 534, 538, 550, 551, 554, 555, 556,

1016 \ ÍNDICE ONOMÁSTICO

*571, 577, 578, 581, 597, 655, 681, 684, 685, 692, 693, 694, 696, 700, 704, 705,
706, 707, 708, 709, 711, 738, 866, 986*

Varona, Enrique José: *15*

Vaucauson: *848*

Veidam: *237, 238*

Vélez, Justo: *21*

Vico: *361, 536*

Victoria, José T. de la: *6, 208*

Vilaseca, Salvador: *12*

Villanueva, conde de: *25*

Villemain: *830*

Virgilio: *172, 219, 258*

Vitier, Medardo: *9, 10, 12, 13*

Vitoria, Francisco de: *29*

Vitruvio: *257*

Vives: *24*

Volta: *82, 228, 242, 446*

Voltaire: *32, 37, 45, 136, 138, 309, 312, 724, 728, 731, 732, 792, 796, 819, 821, 828,
829, 839, 852, 853, 854*

— W —

Ward, Bernardo: *29*

Washington: *496*

Wendt, Amadeo: *361, 390, 391*

Wieland: *392*

Wolfio: *285*

— Y —

Yamblico: *44, 807*

Young, M.: *743*

— Z —

Zayas, Alfredo: 7, 12

Zayas, José María: 7

Zealeuco: 238, 263

Zend: 239

Zender, Joaquín D. L.: 744

Zenón: 513

Zequeira y Arango, Manuel Tibursio de: 20

Zoroastro: 44, 237, 238, 244, 261, 263, 807

ÍNDICE



VOLUMEN II

- 1840 -

POLÉMICA SOBRE EL ECLECTICISMO Y CUESTIÓN DE MÉTODO

MARZO

- I. TRINIDAD, por *El Lugareño* (Gaspar Betancourt Cisneros), *Gaceta de Puerto Príncipe*, marzo 3 de 1840 495
- II. LA PSICOLOGÍA SEGÚN LA DOCTRINA DE COUSIN, por Manuel González del Valle 500
- III. PROLEGÓMENO CONTRA LA PSICOLOGÍA SEGÚN LA DOCTRINA DE COUSIN, POR MANUEL GONZÁLEZ DEL VALLE, por *Filolezes* (José de la Luz y Caballero), *Diario de la Habana*, marzo 13 de 1840 518
- IV. APÉNDICE. DISCURSO INAUGURAL PRONUNCIADO EN LA APERTURA DEL CURSO DE FILOSOFÍA EN EL REAL COLEGIO DE HUMANIDADES DE JESÚS EL DÍA 15 DE MARZO DE 1840 526
- V. SEÑORES EDITORES DEL *CORREO DE TRINIDAD* 534
- VI. AL PRESUNTUOSO *FILOLEZES*, por Manuel González del Valle, *Diario de la Habana*, marzo 17 de 1840 536

VII.	SEGUNDO ARTÍCULO CONTRA LA PSICOLOGÍA SEGÚN LA DOCTRINA DE COUSIN, por <i>Filolezes</i> (José de la Luz y Caballero), <i>Diario de la Habana</i> , marzo 19 de 1840	5 3 7
VIII.	EL EPÍGRAFE (I). TERCER ARTÍCULO CONTRA <i>LA PSICOLOGÍA SEGÚN LA DOCTRINA DE COUSIN</i> , por <i>Filolezes</i> , <i>Diario de la Habana</i> , marzo 23 de 1840	5 4 2
IX.	EL TEXTO DE VARELA Y LA CÁTEDRA DE FILOSOFÍA DE TRINIDAD. CONTESTACIÓN AL <i>LUGAREÑO</i> , por <i>El Ciudadano del Mundo</i> , <i>Correo de Trinidad</i> , marzo 19 de 1840, y <i>Gaceta de Puerto Príncipe</i> , marzo 26 de 1840	5 4 9
X.	AL <i>CIUDADANO DEL MUNDO</i> , por <i>El Lugareño</i> (Gaspar Betancourt Cisneros), <i>Gaceta de Puerto Príncipe</i> , marzo 26 de 1840	5 5 3
XI.	AL <i>CIUDADANO DEL MUNDO</i> , RESIDENTE EN LA CIUDAD DE TRINIDAD, por El Lugareño, <i>Gaceta de Puerto Príncipe</i> , marzo 28 de 1840	5 5 4
XII.	EL EPÍGRAFE (II). CUARTO ARTÍCULO CONTRA <i>LA PSICOLOGÍA SEGÚN LA DOCTRINA DE COUSIN</i> , por <i>Filolezes</i> , <i>Diario de la Habana</i> , marzo 30 de 1840	5 5 9
XIII.	PRIMERA RESPUESTA A LAS PRIMERAS OBJECIONES DE <i>FILOLEZES</i> CONTRA LOS ARTÍCULOS PUBLICADOS DE PSICOLOGÍA, por Manuel González del Valle, <i>Diario de la Habana</i> , marzo 30 de 1840	5 7 0
ABRIL		
XIV.	RÉPLICA DE <i>FILOLEZES</i> A LA PRIMERA RESPUESTA DEL DOCTOR DON MANUEL GONZÁLEZ DEL VALLE, por <i>Filolezes</i> , <i>Diario de la Habana</i> , abril 2 de 1840	5 7 3
XV.	TERCIANDO EN LA DISPUTA ENTRE <i>EL LUGAREÑO</i> Y <i>EL CIUDADANO DEL MUNDO</i> , por <i>El Habanero</i> , <i>Gaceta de Puerto Príncipe</i> , abril 2 de 1840	5 7 7
XVI.	MÁS SOBRE LA CÁTEDRA DEL <i>TRINITARIO</i> Y EL TEXTO DE VARELA, por <i>Noiría</i> , <i>Gaceta de Puerto Príncipe</i> , abril 2 de 1840	5 8 0
XVII.	SEGUNDA RESPUESTA A LAS OBSERVACIONES DE <i>FILOLEZES</i> PUESTAS EN EL <i>DIARIO</i> DEL 30 DE MARZO CONTRA LOS <i>ARTÍCULOS DE PSICOLOGÍA</i> , por Manuel González del Valle, <i>Diario de la Habana</i> , abril 4 de 1840	5 8 3

XVIII.	EL ENTREACTO. A LA SEGUNDA RESPUESTA DEL PSICÓLOGO SEGUNDA RÉPLICA DE FILOLEZES, por <i>Filolezes, Diario de la Habana</i> , abril 5 de 1840	5 8 5
XIX.	OBSERVACIONES SOBRE EL JUICIO DE VÍCTOR COUSIN ACERCA DE CONDILLAC, RECIÉN PUBLICADO EN EL NO. 6 DEL TOMO III DE <i>LA CARTERA CUBANA</i> , por <i>Filolezes, Diario de la Habana</i> , abril 6 de 1840	5 8 8
XX.	TERCERA RESPUESTA A FILOLEZES POR LO DEL DIARIO DE 5 DE ABRIL, por Manuel González del Valle, <i>Diario de la Habana</i> , abril 8 de 1840	6 0 1
XXI.	LA ONTOLOGÍA EMBOZADA Y DESEMBOZADA, por <i>Filolezes, Diario de la Habana</i> , abril 8 de 1840	6 0 2
XXII.	LA VOLUNTARIEDAD. DÚPLICA A LA ÚLTIMA RÉPLICA DEL PSICÓLOGO INSERTA EN EL DIARIO DE HOY, por <i>Filolezes, Diario de la Habana</i> , abril 9 de 1840	6 1 3
XXIII.	CONTINÚA LA RÉPLICA DE FILOLEZES A LA PRIMERA RESPUESTA DEL DOCTOR DON MANUEL GONZÁLEZ DEL VALLE, por <i>Filolezes, Diario de la Habana</i> , 11 de abril de 1840, suplemento	6 1 8
XXIV.	CUARTA RESPUESTA A LOS TRES CRECIENTES VERBALES DE FILOLEZES VISIBLES EN LOS DIARIOS DE 6, 8 Y 9 DE ABRIL, por Manuel González del Valle, <i>Diario de la Habana</i> , abril 11 de 1840	6 2 5
XXV.	EL ALTIERI COMO TEXTO DE ENSEÑANZA FILOSÓFICA*, por <i>Filolezes, Diario de la Habana</i> , abril 11 de 1840	6 2 7
XXVI.	CUADRAGÉSIMA RÉPLICA A LA CUARTA RESPUESTA DEL DOCTOR DON MANUEL GONZÁLEZ DEL VALLE INSERTA EN EL DIARIO DE HOY, <i>Diario de la Habana</i> , abril 12 de 1840	6 3 0
XXVII.	EL ALTIERI COMO TEXTO DE ENSEÑANZA FILOSÓFICA*, por Juan Francisco Funes, <i>Diario de la Habana</i> , abril 13 de 1840	6 3 2
XXVIII.	RETO AL ANTICUBANO PARDO Y PIMENTEL*, por <i>Filolezes, Diario de la Habana</i> , abril 13 de 1840	6 3 6

* Los artículos que aparecen con un asterisco fueron titulados por Roberto Agramonte. (N. de la E.)

XXIX.	QUINTA RESPUESTA A <i>FILOLEZES</i> , por Manuel González del Valle, <i>Diario de la Habana</i> , abril 14 de 1840	6 4 0
XXX.	A OÍR SENTENCIA EL DOCTOR VALLE Y <i>FILOLEZES</i> , por <i>Filolezes</i> , <i>Diario de la Habana</i> , abril 14 de 1840	6 4 3
XXXI.	EN DEFENSA DE COUSIN Y EL ECLECTICISMO*, por Domingo León y Mora, <i>Noticioso y Lucero</i> , abril 14 de 1840 ...	6 4 4
XXXII.	PROTESTAS ANTE EL PÚBLICO, por Manuel González del Valle, <i>Diario de la Habana</i> , abril 14 de 1840	6 4 7
XXXIII.	RESPUESTA A LAS PREGUNTAS DEL SEÑOR <i>FILOLEZES</i> INSERTAS EN EL <i>DIARIO</i> DEL 5 DEL CORRIENTE, por Vicente A. de Castro, <i>Diario de la Habana</i> , abril 15 de 1840	6 4 7
XXXIV.	CONTRA <i>FILOLEZES</i> , por <i>Sarmiento</i> , <i>Noticioso y Lucero</i> , abril 15 de 1840	6 4 9
XXXV.	LO QUE PUEDEN LAS PASIONES, por <i>El Fray Gerundio Habanero</i> , <i>Noticioso y Lucero</i> , abril 15 de 1840	6 5 0
XXXVI.	CONTRA DON NICOLÁS PARDO Y PIMENTEL, por <i>Filolezes</i> , <i>Diario de la Habana</i> , abril 15 de 1840	6 5 2
XXXVII.	FALTAS DE LÓGICA, DE GRAMÁTICA Y DE MODERACIÓN, COMETIDAS POR EL FILÓSOFO <i>FILOLEZES</i> EN SUS ESCRITOS, por Nicolás Pardo y Pimentel, <i>Noticioso y Lucero</i> , abril 16 de 1840	6 5 8
XXXVIII.	A LA QUINTA RESPUESTA DEL DOCTOR VALLE, por <i>Filolezes</i> , <i>Diario de la Habana</i> , ABRIL 16 DE 1840	6 6 0
XXXIX.	A LA GRANIZADA DEL <i>LUCERO</i> DE HOY, por <i>Valete</i> (José de la Luz y Caballero), <i>Diario de la Habana</i> , abril 16 de 1840	6 6 2
XL.	EL SEÑOR P. P. MEDIDO POR SU MISMO PITIPIÉ, por <i>Filolezes</i> , <i>Diario de la Habana</i> , abril 19 de 1840	6 6 4
XLI.	RETO A DOMINGO LEÓN Y MORA EN TORNO A COUSIN, <i>Diario de la Habana</i> , abril 21 de 1840	6 7 4
XLII.	¿ES COUSINISTA EL ELENCO DE 1835?*, por <i>Filolezes</i> , <i>Diario de la Habana</i> , abril 22 de 1840	6 7 5
XLIII.	TERCERA CUCARADA, por <i>Filolezes</i> , <i>Diario de la Habana</i> , abril 24 de 1840	6 7 7
XLIV.	REHUSADO EL RETO DE <i>FILOLEZES</i> *, por Domingo de León y Mora, <i>Noticioso y Lucero</i> , abril 25 de 1840	6 7 9

XLV.	REINVITANDO A VALLE A LA DISCUSIÓN FILOSÓFICA*, por <i>Filolezes, Diario de la Habana</i> , abril 25 de 1840	6 8 2
XLVI.	ESPERAMOS QUE ALGUNO CONTESTE LAS SIGUIENTES PREGUNTAS, por <i>Un Estudiante, Diario de la Habana</i> , abril 26 de 1840	6 8 3
XLVII.	EL JUICIO, por <i>Filolezes, Diario de la Habana</i> , abril 26 de 1840	6 8 3
XLVIII.	MÁS SOBRE EL ANTICOUSINISMO DEL <i>ELENCO DE 1835*</i> , por <i>Filolezes, Diario de la Habana</i> , abril 27 de 1840	6 8 6
XLIX.	CONTINÚAN LAS OBSERVACIONES ACERCA DEL JUICIO DE VÍCTOR COUSIN SOBRE CONDILLAC, RECIÉN PUBLICADO EN EL NO. 6º DEL TOMO 3º DE <i>LA CARTERA CUBANA</i> , por <i>Filolezes, Diario de la Habana</i> , abril 29 de 1840	6 8 8

MAYO

L.	RECTIFICACIÓN. IDENTIFICACIÓN FILOSÓFICA CON MI MAESTRO VARELA, por José de la Luz y Caballero, <i>Gaceta de Puerto Príncipe</i> , mayo 2 de 1840. Reproducido en <i>Diario de la Habana</i> , mayo 29 de 1840. Reproducido en <i>El Correo de Trinidad</i> , mayo 14 de 1840	6 9 2
LI.	SOBRE EL ALBEDRÍO*, por <i>Filolezes, Diario de la Habana</i> , mayo 2 de 1840	6 9 7
LII.	CONTRA LEÓN Y MORA Y EL COUSINISMO*, por <i>Filolezes, Diario de la Habana</i> , mayo 2 de 1840	6 9 8
LIII.	SOBRE LA CÁTEDRA DE FILOSOFÍA MORAL*, por <i>El Estudiante, Diario de la Habana</i> , mayo 6 de 1840	7 0 0
LIV.	CONTRA DOMINGO DE LEÓN Y MORA Y EL COUSINISMO*, por <i>Filolezes, Diario de la Habana</i> , mayo 10 de 1840	7 0 1
LV.	<i>EL CIUDADANO DEL MUINDO</i> A DON JOSÉ DE LA LUZ. SALUD, <i>El Correo de Trinidad</i> , jueves 21 de mayo de 1840 ..	7 0 3
LVI.	EL YO, por <i>El Frenólogo</i> (Manuel González del Valle), <i>Noticioso y Lucero</i> , mayo 23 de 1840	7 1 2
LVII.	OTRA PIEZA JUSTIFICATIVA DE LA MISMA ESTOFA, Y HASTA <i>ULTRAPETITÁ</i> . SOBRE EL ECLECTICISMO POR P. LEROUX, por Elías Regnault (traducido), <i>Diario de la Habana</i> , mayo 23 de 1840	7 1 3

LVIII.	AL FRENÓLOGO, por <i>Filolezes</i> , <i>Diario de la Habana</i> , mayo 29 de 1840	7 1 7
LIX.	SEÑOR FRENÓLOGO ANTI-FRENÓLOGO, por José de la Luz, <i>Diario de la Habana</i> , mayo 30 de 1840	7 2 1
LX.	CONTESTACIÓN AL ARTÍCULO DE DON JOSÉ DE LA LUZ, INSERTO EN EL <i>DIARIO DE LA HABANA</i> DE 30 DE MAYO 1840 [CONTRA EL TRONO Y EL ALTAR], <i>Diario de la Habana</i> , mayo 30 de 1840	7 2 2

JUNIO

LXI.	AL SEÑOR FRENÓLOGO ANTI-FRENÓLOGO, por José de la Luz, <i>Diario de la Habana</i> , junio 2 de 1840	7 2 6
LXII.	AL FRENÓLOGO Y COMPAÑÍA, por <i>El Centinela</i> (José de la Luz), <i>Diario de la Habana</i> , junio 4 de 1840	7 2 7
LXIII.	EL FRENÓLOGO Y FILOLEZES, por <i>Fair-Play</i> (José de la Luz), <i>Diario de la Habana</i> , junio 4 de 1840	7 2 8
LXIV.	EL FRENÓLOGO EN FORMA (¡SILOGÍSTICA!), por <i>El Escolástico</i> (José de la Luz), <i>Diario de la Habana</i> , junio 5 de 1840	7 2 9
LXV.	AL SEÑOR FRENÓLOGO, por José de la Luz, <i>Diario de la Habana</i> , junio 5 de 1840	7 3 0
LXVI.	AL FRENÓLOGO, OTRA Y OTRA, por <i>Siempre el mismo</i> (José de la Luz), <i>Diario de la Habana</i> , junio 6 de 1840	7 3 1
LXVII.	FÁBULAS CUBANAS (FÁBULAS CONTRA EL SENSUALISMO), por <i>El Frenólogo, Noticioso y Lucero</i> , junio 7 de 1840	7 3 3
LXVIII.	TRENOS Y PLÁCEMES AL FRENÓLOGO POR SU ARTÍCULO MÍSTICO-ECLÉCTICO-DOGMÁTICO (Y MUY ARREGLADITO —ESO SÍ— LA VERDAD EN SU LUGAR) “SOBRE NUESTRAS OBLIGACIONES PARA CON LOS DEMÁS”, INSERTO EN EL <i>NOTICIOSO</i> DE HOY. SEA ANTE TODAS COSAS POR SIEMPRE BENDITO Y ALABADO, por <i>El Padre Cristóforo</i> (José de la Luz), <i>Diario de la Habana</i> , junio 7 de 1840	7 3 7
LXIX.	SEGUNDA HOMILÍA AL FRENÓLOGO Y COMPAÑEROS MÁRTIRES, por <i>Fray Verónico de la Purificación</i> (José de la Luz), <i>Diario de la Habana</i> , junio 8 de 1840	7 3 9
LXX.	UN DÍRIGE AL FRENÓLOGO EN SU ARTÍCULO DE HOY 7, por <i>El Sepulturero</i> (José de la Luz), <i>Diario de la Habana</i> , junio 9 de 1840	7 4 1

LXXI.	¡DESENREDENSE!, por <i>El Devanador</i> (José de la Luz), <i>Diario de la Habana</i> , junio 10 de 1840	7 4 1
LXXII.	DARLE A CADA UNO LO SUYO (NOTICIA SUELTA)*, por <i>Unicuique Suum</i> (José de la Luz), <i>Diario de la Habana</i> , junio 27 de 1840	7 4 3
LXXIII.	SOBRE FRENOLOGÍA. CONTESTACIÓN AL <i>DIARIO DE LA HABANA</i> DE HOY 26 DE JUNIO, por <i>El Bayamés, Noticioso y Lucero</i> , junio 27 de 1840	7 4 3
LXXIV.	SOBRE FRENOLOGÍA (ALCANCE) A LA CONTESTACIÓN DE AYER, por <i>El Bayamés, Noticioso y Lucero</i> , junio 28 de 1840	7 4 4

JULIO

LXXV.	A FRAY VERÍDICO DE LA PURIFICACIÓN, por <i>El Ontólogo</i> (Manuel González del Valle), <i>La Aurora de Matanzas</i> , julio 1º de 1840	7 4 6
LXXVI.	SOBRE FRENOLOGÍA, por <i>El Fisiólogo</i> [José de la Luz y Caballero], <i>Diario de la Habana</i> , julio 1º de 1840	7 4 8
LXXVII.	SOBRE FRENOLOGÍA*, por <i>El Bayamés, Noticioso y Lucero</i> , julio 3 de 1840	7 4 9
LXXVIII.	POR DE PRONTO AL <i>ONTÓLOGO</i> DE LA <i>AURORA DE MATANZAS</i> (QUE ES <i>EL FRENOLOGO</i> DE LA HABANA) EL SIGUIENTE ARTÍCULO QUE ESTABA GUARDADO DESDE EL DÍA DE LA FECHA QUE LLEVA, por <i>Filolezes, Diario de la Habana</i> , julio 3 de 1840	7 5 0
LXXIX.	PRIMERA RESPUESTA AL ARTÍCULO “UNA QUE VALE POR TODAS”, PUBLICADO EN <i>LA AURORA DE MATANZAS</i> DE 28 DE JUNIO PRÓXIMO PASADO, por <i>Filolezes, Diario de la Habana</i> , julio 4 de 1840	7 5 2
LXXX.	SOBRE FRENOLOGÍA*, por <i>El Trinitario, Noticioso y Lucero</i> , julio 5 de 1840	7 5 5
LXXXI.	SEGUNDA RESPUESTA AL ARTÍCULO “UNA QUE VALE POR TODAS”, PUBLICADO EN <i>LA AURORA DE MATANZAS</i> DE 28 DE JUNIO PRÓXIMO PASADO, por <i>Filolezes, Diario de la Habana</i> , julio 5 de 1840	7 5 6
LXXXII.	[SOBRE] FRENOLOGÍA. DIÁLOGO SEGUNDO, por <i>El Trinitario, Noticioso y Lucero</i> , julio 6 de 1840	7 5 9

LXXXIII.	LA MARAÑA. CONSTACI3N AL ÚLTIMO ARTÍCULO PUBLICADO EN EL <i>DIARIO DE LA HABANA</i> DE 10 DE JUNIO DE 1840, SUSCRITO POR <i>EL DEVANADOR</i> , por <i>El Ont3logo, La Aurora de Matanzas</i> , julio 7 de 1840	7 6 2
LXXXIV.	TERCERA RESPUESTA AL ARTÍCULO “UNA QUE VALE POR TODAS”, PUBLICADO EN <i>LA AURORA DE MATANZAS</i> DE 28 DE JUNIO PR3XIMO PASADO, por <i>Filolezes, Diario de la Habana</i> , julio 7 de 1840	7 6 4
LXXXV.	ADMONICI3N BREVISIMA A <i>FILOLEZES</i> POR SU ARTÍCULO COMENZADO A PUBLICAR EN EL <i>DIARIO DE LA HABANA</i> EL 4 DE JULIO DE 1840, por <i>El Ont3logo, La Aurora de Matanzas</i> , julio 8 de 1840	7 6 8
LXXXVI.	[SOBRE] FRENOL3GÍA. FLAMANTE, FAMOSO Y ESTUPENDO DESCUBRIMIENTO, por <i>El Bayam3s, Noticioso y Lucero</i> , julio 8 de 1840	7 7 0
LXXXVII.	CUARTA RESPUESTA AL ARTÍCULO “UNA QUE VALE POR TODAS”, PUBLICADO EN <i>LA AURORA DE MATANZAS</i> DE 28 DE JUNIO PR3XIMO PASADO, por <i>Filolezes, Diario de la Habana</i> , julio 9 de 1840	7 7 1
LXXXVIII.	SOBRE LAS FÁBULAS CONTRA EL SENSUALISMO*, por <i>El Fren3logo, Noticioso y Lucero</i> , julio 10 de 1840	7 7 5
LXXXIX.	SEÑOR <i>FILOLEZES</i> AMENAZADOR, por <i>El Fren3logo, La Aurora de Matanzas</i> , julio 10 de 1840	7 7 6
XC.	QUINTA RESPUESTA AL ARTÍCULO “UNA QUE VALE POR TODAS”, PUBLICADO EN <i>LA AURORA DE MATANZAS</i> DE 28 DE JUNIO PR3XIMO PASADO, por <i>Filolezes, Diario de la Habana</i> , julio 10 de 1840	7 7 8
XCI.	SEXTA RESPUESTA AL ARTÍCULO “UNA QUE VALE POR TODAS”, PUBLICADO EN <i>LA AURORA DE MATANZAS</i> DE 28 DE JUNIO PR3XIMO PASADO, por <i>Filolezes, Diario de la Habana</i> , julio 11 de 1840	7 8 2
XCII.	LA VERDAD. NUEVA DEFENSA DE COUSIN*, por <i>Lira, Noticioso y Lucero</i> , julio 12 de 1840	7 8 5
XCIII.	S3PTIMA RESPUESTA AL ARTÍCULO “UNA QUE VALE POR TODAS”, PUBLICADO EN <i>LA AURORA DE MATANZAS</i> DE 28 DE JUNIO PR3XIMO PASADO, por <i>Filolezes, Diario de la Habana</i> , julio 12 de 1840	7 8 8

- XCV. [SOBRE] FRENOLOGÍA. RESUMEN DE LOS ARGUMENTOS LUCERESCOS DEL 6 DE JULIO Y OTROS ANTERIORES, CONTRA LOS ARTÍCULOS DE AQUELLA CIENCIA, IMPRESOS EN *LA CARTERA CUBANA* Y CON LOS CUALES SE DA POR RESUELTA LA DISCUSIÓN A FAVOR DEL *TRINITARIO*, *BAYAMÉS* Y *COMPARSA*, por *El Guayabero*, *Diario de la Habana*, julio 13 de 1840 ... 791
- XCV. OCTAVA RESPUESTA AL ARTÍCULO “UNA QUE VALE POR TODAS”, PUBLICADO EN *LA AURORA DE MATANZAS* DE 28 DE JUNIO PRÓXIMO PASADO, por *Filolezes*, *Diario de la Habana*, julio 13 de 1840 793
- XCVI. VÍCTOR COUSIN. ESTA SÍ ES LA VERDAD. ARTÍCULO I, por *Filolezes*, *Diario de la Habana*, julio 14 de 1840 796
- XCVII. NOVENA RESPUESTA AL ARTÍCULO “UNA QUE VALE POR TODAS”, PUBLICADO EN *LA AURORA DE MATANZAS* DE 28 DE JUNIO PRÓXIMO PASADO, por *Filolezes*, *Diario de la Habana*, julio 15 de 1840 802
- XCVIII. VÍCTOR COUSIN. ESTA SÍ ES LA VERDAD. ARTÍCULO II, por *Filolezes*, *Diario de la Habana*, julio 15 de 1840 807
- XCIX. RASGUÑO AL ARTÍCULO ETERNO Y SEMPITERNO, Y POR SUPUESTO CANSADO, QUE EN CONTESTACIÓN A “UNA QUE VALE POR TODAS”, HACE DÍAS QUE SE ESTÁ PUBLICANDO EN EL *DIARIO DE LA HABANA*, por *El Psicólogo*, *La Aurora de Matanzas*, julio 16 de 1840 812
- C. DÉCIMA RESPUESTA AL ARTÍCULO “UNA QUE VALE POR TODAS”, PUBLICADO EN *LA AURORA DE MATANZAS* DE 28 DE JUNIO PRÓXIMO PASADO, por *Filolezes*, *Diario de la Habana*, julio 17 de 1840 813
- CI. SOBRE LA BIOGRAFÍA DE M. COUSIN, por *Lira*, *Noticioso y Lucero*, julio 18 de 1840 818
- CII. VÍCTOR COUSIN. ESTA SÍ ES LA VERDAD. ARTÍCULO III, por *Filolezes*, *Diario de la Habana*, julio 18 de 1840 823
- CIII. VÍCTOR COUSIN. ESTA SÍ ES LA VERDAD. ARTÍCULO IV, por *Filolezes*, *Diario de la Habana*, julio 19 de 1840 831
- CIV. SOBRE LA BIOGRAFÍA DE M. COUSIN, por *Lira* (Isidoro Araújo de Lira), *Noticioso y Lucero*, julio 21 de 1840 837
- CV. PANTEÍSMO, por *El Frenólogo*, *Noticioso y Lucero*, julio 21 de 1840 841

CVI.	VINDEX, AL SEÑOR <i>TRINITARIO</i> . ¡SALUD!, por <i>Vindex, Noticioso y Lucero</i> , julio 24 de 1840	8 4 2
CVII.	SEÑOR <i>FILOLEZES</i> , por <i>El Frenólogo, Noticioso y Lucero</i> , julio 25 de 1840	8 4 4

AGOSTO

CVIII.	FRENOLOGÍA. DIÁLOGO TERCERO Y ÚLTIMO, por <i>El Trinitario, Noticioso y Lucero</i> , agosto 2 de 1840	8 4 6
CIX.	MUERTE Y ENTIERRO DEL SENSUALISMO, por <i>El Ontólogo, La Aurora de Matanzas</i> , agosto 5 de 1840	8 5 1
CX.	SOBRE LA BIOGRAFÍA DE M. COUSIN. ARTÍCULO III, por <i>Lira, Noticioso y Lucero</i> , agosto 9 de 1840	8 5 3

OCTUBRE

CXI.	SOBRE LA ANUNCIADA IMPUGNACIÓN A COUSIN, por <i>Yo, Noticioso y Lucero</i> , octubre 1º de 1840	8 5 6
CXII.	MÁS SOBRE LA IMPUGNACIÓN. QUIEN CALLA, PIEDRAS APAÑA, <i>Noticioso y Lucero</i> , octubre 12 de 1840	8 5 7
CXIII.	MÁS SOBRE LA BIOGRAFÍA DE M. COUSIN, por <i>Lira, Noticioso y Lucero</i> , octubre 22 de 1840	8 5 8

IMPUGNACIÓN A COUSIN

ADVERTENCIA	8 6 3
CURSO DE 1829. PRIMERA LECCIÓN SOBRE LOCKE, QUE ES LA 16ª DEL CURSO	8 7 0
ANOTACIONES	8 7 9
APÉNDICE. NOTAS SOBRE EL CEREBRO. CON MOTIVO DE LA LECCIÓN 10 DE AIRENS, <i>Diario de la Habana</i> de 14 de diciembre de 1846	9 9 4
ÍNDICE ONOMÁSTICO	9 9 7

JUNIO

- IV. CUESTIÓN DE MÉTODO SUSCITADA EN PUERTO PRÍNCIPE, por *El Crítico Parlero* (Antonio Bachiller y Morales), *Diario de la Habana*, junio 19 de 1838 9 6
- V. IDEOLOGÍA Y LITERATURA. 1. NECESIDAD DEL ESTUDIO DE LA IDEOLOGÍA PARA EL DE LA LITERATURA, por Manuel Costales, *La Siempreviva*, t. I, p. 13, 1838 9 9

AGOSTO

- VI. IDEOLOGÍA Y LITERATURA. 2, por *El Ecléctico* [José Zacarías González del Valle], *Diario de la Habana*, agosto 11 de 1838 1 0 4
- VII. IDEOLOGÍA Y LITERATURA. 3, por Manuel Costales, *Diario de la Habana*, agosto 16 de 1838 1 0 8
- VIII. IDEOLOGÍA Y LITERATURA. 4, por *El Ecléctico* [José Z. González del Valle], *Diario de la Habana*, agosto 24 de 1838 1 1 3

SEPTIEMBRE

- IX. IDEOLOGÍA Y LITERATURA. 5, por Manuel Costales, *Diario de la Habana*, septiembre 13 de 1838 1 1 7
- X. Addenda I. Pasajes de *Tulio* sobre Luz 1 2 2
- XI. IDEOLOGÍA Y LITERATURA. 6, por *Un amante de la verdad* [José de la Luz y Caballero], *Diario de la Habana*, 21 de septiembre de 1838 1 2 4
- XII. IDEOLOGÍA Y LITERATURA. 7, por *El Ecléctico* [José Z. González del Valle], *Diario de la Habana*, septiembre 27 de 1838 1 2 8
- XIII. ENCUESTA SOBRE LAS IDEAS. 8, por *El amigo de la juventud* [José de la Luz y Caballero], *Diario de la Habana*, 27 de septiembre de 1838 1 3 2
- XIV. IDEOLOGÍA Y LITERATURA. 9, por Manuel Costales, *Diario de la Habana*, septiembre 28 de 1838 1 3 3

NOVIEMBRE

- XV. MORAL RELIGIOSA, por Domingo del Monte, *El Plantel*, entrega 3ª, noviembre 25 de 1838 1 3 5

XXV.	QUINTA RÉPLICA AL <i>DÓMINE</i> DE PUERTO PRÍNCIPE, por José de la Luz y Caballero, <i>Diario de la Habana</i> , enero 21 de 1839	1 9 7
XXVI.	Apéndice	2 0 3
XXVII.	BREVES OBSERVACIONES SOBRE EL ARTÍCULO “FILOSOFÍA”, por José T. de la Victoria, <i>Gaceta de Puerto Príncipe</i> , enero 30 de 1839	2 0 4

FEBRERO

XXVIII.	SEXTA RÉPLICA AL <i>DÓMINE</i> DE PUERTO PRÍNCIPE, por <i>El Corresponsal</i> (José de la Luz y Caballero), <i>Diario de la Habana</i> , febrero 10 de 1839	2 0 9
XXIX.	PRIMERA REFUTACIÓN AL PLANTEAMIENTO DE LA CUESTIÓN DE MÉTODO SEGÚN DON JOSÉ DE LA LUZ, por <i>El Adicto</i> , <i>Diario de la Habana</i> , febrero 12 de 1839, referidos a los artículos insertos en las <i>Memorias de la Sociedad Patriótica</i> de junio 18 de 1838	2 1 9
XXX.	SEGUNDA REFUTACIÓN AL PLANTEAMIENTO DE LA CUESTIÓN DE MÉTODO SEGÚN DON JOSÉ DE LA LUZ, por <i>El Adicto</i> , <i>Diario de la Habana</i> , febrero 14 de 1839	2 2 9
XXXI.	TERCERA REFUTACIÓN AL PLANTEAMIENTO DE LA CUESTIÓN DE MÉTODO SEGÚN DON JOSÉ DE LA LUZ, por <i>El Adicto</i> , <i>Diario de la Habana</i> , febrero 15 de 1839	2 3 5
XXXII.	PRIMERA RÉPLICA AL <i>ADICTO</i> SOBRE LA CUESTIÓN DE MÉTODO, por José de la Luz y Caballero, <i>Diario de la Habana</i> , febrero 16 de 1839	2 4 5
XXXIII.	¿DEBE ESTUDIARSE LA LÓGICA ANTES DE LA FÍSICA?, por <i>Un tercero en discordia</i> , <i>Noticioso y Lucero</i> , febrero 18 de 1839.....	2 6 0
XXXIV.	CUARTA REFUTACIÓN AL PLANTEAMIENTO DE LA CUESTIÓN DE MÉTODO SEGÚN DON JOSÉ DE LA LUZ, por <i>El Adicto</i> , <i>Diario de la Habana</i> , febrero 18 de 1839	2 6 1
XXXV.	SEGUNDA RÉPLICA AL <i>ADICTO</i> SOBRE LA CUESTIÓN DE MÉTODO, por José de la Luz y Caballero, <i>Diario de la Habana</i> , febrero 23 de 1839	2 6 5

XLVII.	DEFENSA DEL ECLECTICISMO DE COUSIN, por <i>Tulio</i> (José Zacarías González del Valle), <i>Noticioso y Lucero</i> , septiembre 16 de 1839	3 6 0
XLVIII.	APÉNDICE DEL ARTÍCULO ANTERIOR, por Francisco Ruiz, <i>Diario de la Habana</i> , septiembre 20 de 1839	3 6 3
XLIX.	MÁS SOBRE LA LEY DEL DEBER, por Manuel González del Valle, <i>Diario de la Habana</i> , septiembre 22 de 1839 ...	3 7 1
L.	PRIMADO DEL DEBER SOBRE LA UTILIDAD, por <i>Otro</i> [José Z. González del Valle], <i>Noticioso y Lucero</i> , septiembre 22 de 1839	3 7 5
LI.	PRIMADO DE LA UTILIDAD SOBRE EL DEBER, por Francisco Ruiz, <i>Diario de la Habana</i> , septiembre 28 de 1839 ...	3 8 1

OCTUBRE

LII.	UN TERCERO EN DISCORDIA ENTRE DON FRANCISCO RUIZ Y DON MANUEL GONZÁLEZ DEL VALLE, EN LA CUESTIÓN DEL PRINCIPIO UTILITARIO Y DEL DEBER EN ABSTRACTO, por <i>El Experimentalista</i> , <i>Noticioso y Lucero</i> , octubre 2 de 1839	3 8 6
LIII.	PRIMERA REFUTACIÓN A <i>TULIO</i> SOBRE EL ECLECTICISMO DE COUSIN, por José de la Luz y Caballero, <i>Diario de la Habana</i> , octubre 3 de 1839	3 8 8
LIV.	IMPORTANCIA DE ESTA POLÉMICA SOBRE MORAL UTILITARIA, por <i>Aurelio</i> , <i>Diario de la Habana</i> , octubre 6 de 1839	4 0 0
LV.	UN VOTO EN LA CUESTIÓN Y CONFLICTO DEL PRINCIPIO DEL DEBER CON EL DE LA UTILIDAD, por <i>Un discípulo de Cousin</i> , <i>Noticioso y Lucero</i> , octubre 7 de 1839	4 0 6
LVI.	DEFENSA DEL ECLECTICISMO DE COUSIN, por <i>Tulio</i> (José Zacarías González del Valle), <i>Diario de la Habana</i> , octubre 14 de 1839	4 0 8
LVII.	SEGUNDA REFUTACIÓN A <i>TULIO</i> SOBRE EL ECLECTICISMO DE COUSIN, por José de la Luz y Caballero, <i>Diario de la Habana</i> , octubre 29 de 1839	4 1 2
LVIII.	TERCERA REFUTACIÓN A <i>TULIO</i> SOBRE EL ECLECTICISMO DE COUSIN, por José de la Luz y Caballero, <i>Diario de la Habana</i> , octubre 30 de 1839	4 2 5
LIX.	SEXTA RÉPLICA AL <i>ADICTO</i> SOBRE LA CUESTIÓN DE MÉTODO, por José de la Luz y Caballero, manuscrito de octu-	

IV.	APÉNDICE. DISCURSO INAUGURAL PRONUNCIADO EN LA APERTURA DEL CURSO DE FILOSOFÍA EN EL REAL COLEGIO DE HUMANIDADES DE JESÚS EL DÍA 15 DE MARZO DE 1840	5 2 6
V.	SEÑORES EDITORES DEL <i>CORREO DE TRINIDAD</i>	5 3 4
VI.	AL PRESUNTUOSO <i>FILOLEZES</i> , por Manuel González del Valle, <i>Diario de la Habana</i> , marzo 17 de 1840	5 3 6
VII.	SEGUNDO ARTÍCULO CONTRA LA PSICOLOGÍA SEGÚN LA DOCTRINA DE COUSIN, por <i>Filolezes</i> (José de la Luz y Caballero), <i>Diario de la Habana</i> , marzo 19 de 1840	5 3 7
VIII.	EL EPÍGRAFE (I). TERCER ARTÍCULO CONTRA <i>LA PSICOLOGÍA SEGÚN LA DOCTRINA DE COUSIN</i> , por <i>Filolezes</i> , <i>Diario de la Habana</i> , marzo 23 de 1840	5 4 2
IX.	EL TEXTO DE VARELA Y LA CÁTEDRA DE FILOSOFÍA DE TRINIDAD. CONTESTACIÓN AL <i>LUGAREÑO</i> , por <i>El Ciudadano del Mundo</i> , <i>Correo de Trinidad</i> , marzo 19 de 1840, y <i>Gaceta de Puerto Príncipe</i> , marzo 26 de 1840	5 4 9
X.	AL <i>CIUDADANO DEL MUNDO</i> , por <i>El Lugareño</i> (Gaspar Betancourt Cisneros), <i>Gaceta de Puerto Príncipe</i> , marzo 26 de 1840	5 5 3
XI.	AL <i>CIUDADANO DEL MUNDO</i> , RESIDENTE EN LA CIUDAD DE TRINIDAD, por El Lugareño, <i>Gaceta de Puerto Príncipe</i> , marzo 28 de 1840	5 5 4
XII.	EL EPÍGRAFE (II). CUARTO ARTÍCULO CONTRA <i>LA PSICOLOGÍA SEGÚN LA DOCTRINA DE COUSIN</i> , por <i>Filolezes</i> , <i>Diario de la Habana</i> , marzo 30 de 1840	5 5 9
XIII.	PRIMERA RESPUESTA A LAS PRIMERAS OBJECIONES DE <i>FILOLEZES</i> CONTRA LOS ARTÍCULOS PUBLICADOS DE PSICOLOGÍA, por Manuel González del Valle, <i>Diario de la Habana</i> , marzo 30 de 1840	5 7 0

ABRIL

XIV.	RÉPLICA DE <i>FILOLEZES</i> A LA PRIMERA RESPUESTA DEL DOCTOR DON MANUEL GONZÁLEZ DEL VALLE, por <i>Filolezes</i> , <i>Diario de la Habana</i> , abril 2 de 1840	5 7 3
XV.	TERCIANDO EN LA DISPUTA ENTRE <i>EL LUGAREÑO</i> Y <i>EL CIUDADANO DEL MUNDO</i> , por <i>El Habanero</i> , <i>Gaceta de Puerto Príncipe</i> , abril 2 de 1840	5 7 7

XXVII.	EL ALTIERI COMO TEXTO DE ENSEÑANZA FILOSÓFICA*, por Juan Francisco Funes, <i>Diario de la Habana</i> , abril 13 de 1840	6 3 2
XXVIII.	RETO AL ANTICUBANO PARDO Y PIMENTEL*, por <i>Filolezes</i> , <i>Diario de la Habana</i> , abril 13 de 1840	6 3 6
XXIX.	QUINTA RESPUESTA A <i>FILOLEZES</i> , por Manuel González del Valle, <i>Diario de la Habana</i> , abril 14 de 1840	6 4 0
XXX.	A OÍR SENTENCIA EL DOCTOR VALLE Y <i>FILOLEZES</i> , por <i>Filolezes</i> , <i>Diario de la Habana</i> , abril 14 de 1840	6 4 3
XXXI.	EN DEFENSA DE COUSIN Y EL ECLECTICISMO*, por Domingo León y Mora, <i>Noticioso y Lucero</i> , abril 14 de 1840 ...	6 4 4
XXXII.	PROTESTAS ANTE EL PÚBLICO, por Manuel González del Valle, <i>Diario de la Habana</i> , abril 14 de 1840	6 4 7
XXXIII.	RESPUESTA A LAS PREGUNTAS DEL SEÑOR <i>FILOLEZES</i> INSERTAS EN EL <i>DIARIO</i> DEL 5 DEL CORRIENTE, por Vicente A. de Castro, <i>Diario de la Habana</i> , abril 15 de 1840	6 4 7
XXXIV.	CONTRA <i>FILOLEZES</i> , por <i>Sarmiento</i> , <i>Noticioso y Lucero</i> , abril 15 de 1840	6 4 9
XXXV.	LO QUE PUEDEN LAS PASIONES, por <i>El Fray Gerundio Habanero</i> , <i>Noticioso y Lucero</i> , abril 15 de 1840	6 5 0
XXXVI.	CONTRA DON NICOLÁS PARDO Y PIMENTEL, por <i>Filolezes</i> , <i>Diario de la Habana</i> , abril 15 de 1840	6 5 2
XXXVII.	FALTAS DE LÓGICA, DE GRAMÁTICA Y DE MODERACIÓN, COMETIDAS POR EL FILÓSOFO <i>FILOLEZES</i> EN SUS ESCRITOS, por Nicolás Pardo y Pimentel, <i>Noticioso y Lucero</i> , abril 16 de 1840	6 5 8
XXXVIII.	A LA QUINTA RESPUESTA DEL DOCTOR VALLE, por <i>Filolezes</i> , <i>Diario de la Habana</i> , ABRIL 16 DE 1840	6 6 0
XXXIX.	A LA GRANIZADA DEL <i>LUCERO</i> DE HOY, por <i>Valete</i> (José de la Luz y Caballero), <i>Diario de la Habana</i> , abril 16 de 1840	6 6 2
XL.	EL SEÑOR P. P. MEDIDO POR SU MISMO PITIPIÉ, por <i>Filolezes</i> , <i>Diario de la Habana</i> , abril 19 de 1840	6 6 4
XLI.	RETO A DOMINGO LEÓN Y MORA EN TORNO A COUSIN, <i>Diario de la Habana</i> , abril 21 de 1840	6 7 4
XLII.	¿ES COUSINISTA EL ELENCO DE 1835?*, por <i>Filolezes</i> , <i>Diario de la Habana</i> , abril 22 de 1840	6 7 5

LVII.	OTRA PIEZA JUSTIFICATIVA DE LA MISMA ESTOFA, Y HASTA <i>ULTRAPETITÁ</i> . SOBRE EL ECLECTICISMO POR P. LEROUX, por Elías Regnault (traducido), <i>Diario de la Habana</i> , mayo 23 de 1840	7 1 3
LVIII.	AL FRENÓLOGO, por <i>Filolezes</i> , <i>Diario de la Habana</i> , mayo 29 de 1840	7 1 7
LIX.	SEÑOR FRENÓLOGO ANTI-FRENÓLOGO, por José de la Luz, <i>Diario de la Habana</i> , mayo 30 de 1840	7 2 1
LX.	CONTESTACIÓN AL ARTÍCULO DE DON JOSÉ DE LA LUZ, INSERTO EN EL <i>DIARIO DE LA HABANA</i> DE 30 DE MAYO 1840 [CONTRA EL TRONO Y EL ALTAR], <i>Diario de la Habana</i> , mayo 30 de 1840	7 2 2

JUNIO

LXI.	AL SEÑOR FRENÓLOGO ANTI-FRENÓLOGO, por José de la Luz, <i>Diario de la Habana</i> , junio 2 de 1840	7 2 6
LXII.	AL <i>FRENÓLOGO</i> Y COMPAÑÍA, por <i>El Centinela</i> (José de la Luz), <i>Diario de la Habana</i> , junio 4 de 1840	7 2 7
LXIII.	EL FRENÓLOGO Y FILOLEZES, por <i>Fair-Play</i> (José de la Luz), <i>Diario de la Habana</i> , junio 4 de 1840	7 2 8
LXIV.	EL FRENÓLOGO EN FORMA (¡SILOGÍSTICA!), por <i>El Escolástico</i> (José de la Luz), <i>Diario de la Habana</i> , junio 5 de 1840	7 2 9
LXV.	AL SEÑOR FRENÓLOGO, por José de la Luz, <i>Diario de la Habana</i> , junio 5 de 1840	7 3 0
LXVI.	AL FRENÓLOGO, OTRA Y OTRA, por <i>Siempre el mismo</i> (José de la Luz), <i>Diario de la Habana</i> , junio 6 de 1840	7 3 1
LXVII.	FÁBULAS CUBANAS (FÁBULAS CONTRA EL SENSUALISMO), por <i>El Frenólogo, Noticioso y Lucero</i> , junio 7 de 1840	7 3 3
LXVIII.	TRENOS Y PLÁCEMES AL <i>FRENÓLOGO</i> POR SU ARTÍCULO MÍSTICO-ECLÉCTICO-DOGMÁTICO (Y MUY ARREGLADITO —ESO SÍ— LA VERDAD EN SU LUGAR) “SOBRE NUESTRAS OBLIGACIONES PARA CON LOS DEMÁS”, INSERTO EN EL <i>NOTICIOSO</i> DE HOY. SEA ANTE TODAS COSAS POR SIEMPRE BENDITO Y ALABADO, por <i>Il Padre Cristóforo</i> (José de la Luz), <i>Diario de la Habana</i> , junio 7 de 1840	7 3 7

LXXX.	SOBRE FRENOLOGÍA*, por <i>El Trinitario, Noticioso y Lucero</i> , julio 5 de 1840	7 5 5
LXXXI.	SEGUNDA RESPUESTA AL ARTÍCULO “UNA QUE VALE POR TODAS”, PUBLICADO EN <i>LA AURORA DE MATANZAS</i> DE 28 DE JUNIO PRÓXIMO PASADO, por <i>Filolezes, Diario de la Habana</i> , julio 5 de 1840	7 5 6
LXXXII.	[SOBRE] FRENOLOGÍA. DIÁLOGO SEGUNDO, por <i>El Trinitario, Noticioso y Lucero</i> , julio 6 de 1840	7 5 9
LXXXIII.	LA MARAÑA. CONSTACIÓ AL ÚLTIMO ARTÍCULO PUBLICADO EN EL <i>DIARIO DE LA HABANA</i> DE 10 DE JUNIO DE 1840, SUSCRITO POR <i>EL DEVANADOR</i> , por <i>El Ontólogo, La Aurora de Matanzas</i> , julio 7 de 1840	7 6 2
LXXXIV.	TERCERA RESPUESTA AL ARTÍCULO “UNA QUE VALE POR TODAS”, PUBLICADO EN <i>LA AURORA DE MATANZAS</i> DE 28 DE JUNIO PRÓXIMO PASADO, por <i>Filolezes, Diario de la Habana</i> , julio 7 de 1840	7 6 4
LXXXV.	ADMONICIÓN BREVÍSIMA A <i>FILOLEZES</i> POR SU ARTÍCULO COMENZADO A PUBLICAR EN EL <i>DIARIO DE LA HABANA</i> EL 4 DE JULIO DE 1840, por <i>El Ontólogo, La Aurora de Matanzas</i> , julio 8 de 1840	7 6 8
LXXXVI.	[SOBRE] FRENOLOGÍA. FLAMANTE, FAMOSO Y ESTUPENDO DESCUBRIMIENTO, por <i>El Bayamés, Noticioso y Lucero</i> , julio 8 de 1840	7 7 0
LXXXVII.	CUARTA RESPUESTA AL ARTÍCULO “UNA QUE VALE POR TODAS”, PUBLICADO EN <i>LA AURORA DE MATANZAS</i> DE 28 DE JUNIO PRÓXIMO PASADO, por <i>Filolezes, Diario de la Habana</i> , julio 9 de 1840	7 7 1
LXXXVIII.	SOBRE LAS FÁBULAS CONTRA EL SENSUALISMO*, por <i>El Frenólogo, Noticioso y Lucero</i> , julio 10 de 1840	7 7 5
LXXXIX.	SEÑOR <i>FILOLEZES</i> AMENAZADOR, por <i>El Frenólogo, La Aurora de Matanzas</i> , julio 10 de 1840	7 7 6
XC.	QUINTA RESPUESTA AL ARTÍCULO “UNA QUE VALE POR TODAS”, PUBLICADO EN <i>LA AURORA DE MATANZAS</i> DE 28 DE JUNIO PRÓXIMO PASADO, por <i>Filolezes, Diario de la Habana</i> , julio 10 de 1840	7 7 8
XCI.	SEXTA RESPUESTA AL ARTÍCULO “UNA QUE VALE POR TODAS”, PUBLICADO EN <i>LA AURORA DE MATANZAS</i> DE 28 DE JUNIO PRÓXI-	

CII.	VÍCTOR COUSIN. ESTA SÍ ES LA VERDAD. ARTÍCULO III, por <i>Filolezes, Diario de la Habana</i> , julio 18 de 1840	8 2 3
CIII.	VÍCTOR COUSIN. ESTA SÍ ES LA VERDAD. ARTÍCULO IV, por <i>Filolezes, Diario de la Habana</i> , julio 19 de 1840	8 3 1
CIV.	SOBRE LA BIOGRAFÍA DE M. COUSIN, por <i>Lira</i> (Isidoro Araújo de Lira), <i>Noticioso y Lucero</i> , julio 21 de 1840	8 3 7
CV.	PANTEÍSMO, por <i>El Frenólogo, Noticioso y Lucero</i> , julio 21 de 1840	8 4 1
CVI.	VINDEX, AL SEÑOR <i>TRINITARIO</i> . ¡SALUD!, por <i>Vindex, Noticioso y Lucero</i> , julio 24 DE 1840	8 4 2
CVII.	SEÑOR <i>FILOLEZES</i> , por <i>El Frenólogo, Noticioso y Lucero</i> , julio 25 de 1840	8 4 4

AGOSTO

CVIII.	FRENOLOGÍA. DIÁLOGO TERCERO Y ÚLTIMO, por <i>El Trinitario, Noticioso y Lucero</i> , agosto 2 de 1840	8 4 6
CIX.	MUERTE Y ENTIERRO DEL SENSUALISMO, por <i>El Ontólogo, La Aurora de Matanzas</i> , agosto 5 de 1840	8 5 1
CX.	SOBRE LA BIOGRAFÍA DE M. COUSIN. ARTÍCULO III, por <i>Lira, Noticioso y Lucero</i> , agosto 9 de 1840	8 5 3

OCTUBRE

CXI.	SOBRE LA ANUNCIADA IMPUGNACIÓN A COUSIN, por <i>Yo, Noticioso y Lucero</i> , octubre 1º de 1840	8 5 6
CXII.	MÁS SOBRE LA IMPUGNACIÓN. QUIEN CALLA, PIEDRAS APAÑA, <i>Noticioso y Lucero</i> , octubre 12 de 1840	8 5 7
CXIII.	MÁS SOBRE LA BIOGRAFÍA DE M. COUSIN, por <i>Lira, Noticioso y Lucero</i> , octubre 22 de 1840	8 5 8

IMPUGNACIÓN A COUSIN

ADVERTENCIA	8 6 3
CURSO DE 1829. PRIMERA LECCIÓN SOBRE LOCKE, QUE ES LA 16ª DEL CURSO	8 7 0
ANOTACIONES	8 7 9
APÉNDICE. NOTAS SOBRE EL CEREBRO. CON MOTIVO DE LA LECCIÓN 10 DE AIRENS, <i>Diario de la Habana</i> de 14 de diciembre de 1846	9 9 4
ÍNDICE ONOMÁSTICO	9 9 7

FELIPE POEY Y ALOY. OBRAS
(TOMO ÚNICO)

Ensayo introductorio, selección y notas
Rosa María González López

2000

FELIPE POEY Y ALOY. ICTIOLOGÍA CUBANA
(DOS VOLÚMENES)

Transcripción, conjunción y edición científica
Darío Guitart Manday

FELIPE POEY Y ALOY. ICTIOLOGÍA CUBANA
(ATLAS)
(TOMO ÚNICO)

El siglo XIX cubano se conoce en su hondura teórica y su alcance práctico en la *Polémica filosófica* que expresa la síntesis y las opciones de una época fundacional en la cual la conquista de una espiritualidad que nos definiera, decidían el destino político, teórico, social y cultural de la Isla.

Dos métodos para el conocimiento de la realidad cubana inspiran un debate que se centra en la creación de una cultura del pensar para el pueblo o la legitimación de una cultura de elite, la cual se traduce en la construcción de una teoría de la emancipación o una teoría de la sujeción. Cultura, filosofía, pedagogía, ciencia, religión, moral, tradición, psicología, antropología, ontología e ideología, fueron conceptos reanalizados y debatidos por tendencias divergentes que sostenían caminos diferentes sobre los modos de pensar la organicidad de la sociedad cubana.

Nunca en la historia de la cultura nacional hubo discusión teórica tan abarcadora como decisiva para la enseñanza y la sociedad en general. En ella, José de la Luz y Caballero, filósofo y educador del más alto calibre, defendió y enriqueció las bases teóricas sobre las cuales había nacido el pensamiento de la emancipación cubana. De él diríamos en la época que nos asiste lo que pensó de quienes fueron sus mayores: “Los hombres grandes deben algún tanto a su siglo, pero su siglo y aún los posteriores deben mucho a los hombres grandes”.

LA POLEMICA FILOSOFICA CUBANA



11

**BIBLIOTECA DE
CLASICOS CUBANOS**

ISBN 858-7078-20-1



9 789597 078203